

NÉSTOR DURIGÓN

ASESINOS SERIALES

B
EDICIONES B

Néstor Durigon

Asesinos seriales

Ediciones B

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Introducción a la criminología

Desde tiempos remotos, la conducta del hombre siempre ha preocupado a los investigadores y desatado controversias. Por eso, para analizarla, surgieron las escuelas jurídico-penales, que han profundizado los estudios, buscando respuestas a sus más oscuros interrogantes. Términos como «causal-explicativas», «normativas» y «aplicativas» provienen de ese esmerado estudio de la naturaleza de la conducta humana.

La ciencia causal-explicativa estudia tanto el comportamiento del hombre como el origen de su conducta, y su única limitación es su propio margen de investigación. Los comportamientos que están fundados en las normas legales o regulados por ellas atañen a la ciencia normativa, y su campo de investigación es menos amplio que el de la ciencia causal-explicativa, porque no excede el marco de las normas. Por último están las ciencias aplicativas, que constituyen un conjunto de técnicas que utilizan el material científico de las otras ciencias para facilitar el desentrañamiento de los interrogantes que podrían surgir en ellas.

La criminología ayuda a estudiar el delito, aunque esto no signifique que sea su objeto exclusivo. La ciencia causal-explicativa intenta explicar el origen y el desarrollo del delito dentro de la sociedad que lo produce. La ciencia normativa estudia los modelos de comportamiento humano que la ley describe como delito y todas las sanciones que se pueden aplicar para cada comportamiento establecido. La ciencia aplicativa se ocupa de indagar las circunstancias témporo-espaciales en las que se realizó el hecho punible, además de los instrumentos y las personas involucrados.

De este modo, podemos establecer que la criminología es una ciencia causal-explicativa; el derecho penal, una ciencia normativa, y la criminalística, una ciencia aplicativa.

La lucha contra el delito y la preocupación científica en torno a este fueron dos objetivos fundamentales de las ciencias normativas durante la Antigüedad y la Edad Media. Tanta fue la importancia que se le dio a estos temas que se llegó a consultar a grandes filósofos de la talla de Hesíodo, Pitágoras, Heráclito, Protágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles, para que dieran su opinión sobre el problema de los delincuentes y el castigo que se les debía aplicar. Sin embargo, en aquellos tiempos no existía el *presupuesto operandi* necesario para encarar una investigación seria, y no se pudieron coleccionar las experiencias adquiridas de modo sistemático por falta de un sentido científico realista.

En la época medieval, las bases de la filosofía del derecho penal que estableció Santo Tomás de Aquino con la Escolástica presentaban las mismas falencias. Fue en la Edad Moderna, con el ímpetu de la Ilustración, cuando se comenzaron a investigar los fenómenos reales, algo que solo se realizó con verdadera intensidad en el siglo XIX, abarcando tanto los planos físicos como los psíquicos conectados con el delito. Todavía la criminología no era una ciencia independiente, cultivada de modo sistemático, sino que se definía como el resultado de las diversas ramas de la investigación del hombre. Recién cuando logró reunir todas las piezas dispersas, se desarrolló como disciplina propia. Su sustento está en las investigaciones médicas, sobre todo en la medicina legal, la antropología, la psiquiatría, la biología hereditaria y la psicología médica.

Ya en la Antigüedad, los médicos se ocupaban de cuestiones medicolegales aisladas, y algunos fueron considerados expertos. En 1249 se tomó en Bolonia el primer juramento para la redacción de dictámenes medicolegales, y B. de

Varignana (†1318) practicó la primera autopsia para constatar un envenenamiento.

Se considera a César Lombroso el fundador de la criminología científica, aunque no podemos soslayar que anteriormente la materia ya hubiera sido abordada por muchos investigadores de numerosas ramas. Encontramos, por ejemplo, a Benedicto Agustín Morel, que hizo reflexiones similares a las de Lombroso con sus propias investigaciones. Más tarde, e impulsado por una fuerte intención político-criminal, Jeremías Benthan propuso reformas al sistema legal y penal inglés, en tanto que su compañero de ciencia, John Howard, impulsó movimientos de reformas a través de su obra *El estado de las prisiones en Inglaterra y Gales (The State of the Prisons in England and Wales, 1777)*.

El objetivo fundamental de la criminología científica fue, por tanto, intentar involucrar al hombre en esta. Ejemplos de este empeño son Johann Caspar Lavater, con sus primeras publicaciones de fisonomía en 1775, y Franz Joseph Gall, el verdadero fundador de la antropología criminal, cuya obra magna *Las funciones del cerebro (Sur les fonctions du cerveau)* apareció en 1882.

Respetando las teorías de Morel, comenzó a considerarse que el crimen era una determinada forma de degeneración hereditaria en el individuo o incluso en su familia. Se intuía que los cráneos de los criminales tenían particularidades, y estas fueron halladas por el neurólogo y patólogo Paul Broca. En 1869 el arqueólogo norteamericano Thomas Wilson hizo investigaciones sobre 464 cráneos de asesinos, y en 1870 el médico de prisión escocés James Bruce Thomson publicó en el *Journal of Mental Science* el resultado de sus observaciones personales de más de 5000 presos.

La tesis de la locura moral (Schwachsinn) fue publicada por James Prichard en 1835. Entre 1873 y 1875, David Nicolson publicó sus trabajos sobre la vida psíquica del criminal y su tendencia a la locura, la imbecilidad y la ausencia de sensibilidad.

André-Michel Guerry encaró estudios a partir de principios completamente distintos de los conocidos y expuso sus conclusiones en el ensayo «Essai sur la statistique morale de la France» (Ensayo sobre la estadística moral de Francia), de 1833, y Adolphe Quetelet hizo lo propio en «Sur l'homme et le développement de ses facultés ou Essai de physique sociale» (El hombre y el desarrollo de sus facultades o Ensayo sobre la Física social), de 1836.

En Alemania, Georg von Mayr alcanzó fama por sus obras *Estadística de la policía judicial en el reino de Baviera*, de 1867, y por *La regularidad en la vida social*, publicada diez años después.

Está claro que por aquellos tiempos, ante hechos relacionados con la criminalidad, dominaban el debate las ciencias del espíritu; aunque también es cierto que en los cien años anteriores a Lombroso se había seguido un camino empírico.

En Hispanoamérica el primer criminólogo fue José Ingenieros, seguido por los cubanos Ricardo A. Oxamendi y J. Morales Coello. Pero para que la verdadera criminología del hombre hispanoamericano se hiciera posible aún faltaba un largo trecho por recorrer, aunque Luis Carlos Pérez utiliza datos sobre la criminalidad de menores y mujeres en Colombia; Huarcar Cajías, en Bolivia, y el reconocido profesor venezolano José Rafael Mendoza ha presentado un libro con gran mérito expositivo.

Como decíamos, en un principio se creyó que el delito se debía a los defectos físicos y mentales del delincuente, y que era producto de caracteres hereditarios. Con el tiempo, el estudio del crimen y de los criminales se centró en la sociedad, hasta llegar a la conclusión de que las interrelaciones entre las personas, los grupos y el sistema en que viven y se mueven son las principales causas de la delincuencia. El delito se aprende y no se hereda, y esto lo explica claramente la sociología.

La criminología es una ciencia muy nueva que se basa en dos áreas de búsqueda claramente definidas, diferentes pero estrechamente relacionadas

entre sí. La primera es el estudio de la naturaleza del delito dentro de la sociedad, y la segunda es el estudio de los delincuentes desde un punto de vista psicológico. Ambas teorías son más descriptivas que analíticas. Los eruditos en la materia estudian el comportamiento humano desde una perspectiva clínica o desde una perspectiva legal. Por esta razón la criminología está lejos de ser una ciencia exacta.

Valiéndose de estas perspectivas, la ley determina qué conductas son criminales y qué conductas no lo son. Por eso los científicos tratan de justificar por qué ciertas personas violan la ley.

De acuerdo con las creencias y las necesidades del ámbito social, podríamos discernir entre lo que es legal y lo que no lo es. Aunque el código penal expone nociones firmes sobre el mal y el bien, observamos que no todo lo malo en sentido moral es criminal, y que algunos actos, que por lo general no se consideran malos, deben ser penalizados. Por eso hay que tener en cuenta que, dependiendo de los diferentes comportamientos sociales, existen diferentes causas para cada delito.

Para una mejor comprensión de la criminología, debemos adentrarnos en el estudio de las escuelas jurídico-penales y de las teorías personales de algunos especialistas, puesto que los conceptos puramente jurídicos van entrelazados con los criminológicos; y de allí debe partir el análisis de los problemas normativos. El rápido desarrollo de estas escuelas y teorías en el siglo XX se debió a las continuas confrontaciones entre ellas, algunas de las cuales llegaron a la violencia. Uno de los avances más importantes que se obtuvo como resultado de esta lucha consistió en la delimitación de los campos, en la precisión de los métodos y en la colaboración entre profesionales, que hasta este momento habían trabajado cada uno por su lado.

ESCUELA CLÁSICA

Durante los siglos XVII y XVIII (Siglo de las Luces) surgieron nuevas clases sociales, como la que integraron los mercaderes, los banqueros y los hombres de negocios o burgueses. El esfuerzo del trabajo excesivo y del pensamiento racional llevó al despertar de la ética protestante y a que las personas anhelaran el éxito personal. Comenzó a cambiar la manera de pensar, y la cultura se volcó hacia las ciencias, en lugar de persistir en los antiguos caminos de Dios. Entonces se comprendió que el hombre siempre había experimentado dolores y placeres, y el Estado dejó de ser observado como una entidad divina que imponía castigos y reglas para todos los ciudadanos; se le exigió, en cambio, que siguiera los dictados de la razón.

La reforma clásica se inició en la última mitad del siglo XVIII, en Inglaterra e Italia, y se extendió a Europa Occidental y a los Estados Unidos. Desde el punto de vista histórico, la escuela clásica no existió como tal hasta la llegada de Enrico Ferri, que comenzó a llamarles *clásicos* a los juristas prepositivistas posteriores a Cesare Beccaria.

Con solo 26 años, en 1764 Beccaria escribió *De delitos y castigos*, una obra que impulsaba la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; proponía escribir las leyes para que pudieran ser leídas y comprendidas por todos los ciudadanos y no solo por máximos juristas; sugería que la interpretación de estas no fuera desviada de la moral por los juristas o jueces, y, finalmente, planteaba la necesidad de limitar el ámbito de las leyes penales al mínimo necesario, para restringir el delito.

Gracias a la escuela clásica, finalizaron la barbarie y la injusticia que el derecho penal representaba, y llegó la humanización por medio del respeto a la ley, el reconocimiento de las garantías individuales, y la limitación al poder absoluto del Estado.

Los postulados de la escuela clásica son los siguientes:

1. El derecho natural como base filosófica.

2. El respeto absoluto al principio de legalidad.
3. La consideración del delito como un ente jurídico y no como un ente filosófico.
4. El libre albedrío.
5. La aplicación de las penas a los individuos moralmente responsables.
6. La exclusión del derecho de quienes carecen de libre albedrío, como los locos y los niños.
7. La pena como retribución que hace el criminal por el mal que hizo en la sociedad.
8. La exactitud en la retribución.
9. Las penas como sanciones aflictivas determinadas, ciertas, ejemplares, proporcionales; deben reunir los requisitos de publicidad, certeza, prontitud, fraccionabilidad y reparabilidad, y en su ejecución deben ser correctivas, inmutables e improrrogables.
10. La finalidad de la pena es restablecer el orden social externo que ha sido roto por el delincuente.
11. El derecho de castigar pertenece al Estado a título de tutela jurídica.
12. El derecho penal es garantía de libertad, ya que resguarda la seguridad jurídica ante la autoridad.
13. El método debe ser lógico-abstracto, silogístico y deductivo.

ESCUELA POSITIVA

Contrariamente a la escuela clásica, la escuela positiva tuvo una existencia real, integrada por un grupo de juristas que desafiaron a otros para imponer sus ideas. Estaba constituida por una clase de intelectuales que reconocían a Lombroso como su líder, y sus conocimientos como doctrina.

Nació de los excesos de la escuela clásica, de su abuso de la dogmática, del

olvido del hombre delincuente, y de considerar que había agotado la problemática jurídico-penal.

El principal medio de difusión de esta escuela fue la revista *Archivi di psichiatria, scienze penali e antropologia criminale*, y su vida ha sido agitada y fecunda, llena de aciertos y de errores. Así como ha tenido muchos seguidores, también están los que la contradicen fervientemente.

Los postulados de la escuela positiva son los siguientes:

1. El método científico.
2. El delito como hecho de la naturaleza que debe estudiarse como un ente real, actual y existente.
3. El determinismo, totalmente privativo de esta escuela.
4. La sustitución de la responsabilidad moral por la responsabilidad social, puesto que el hombre vive en sociedad y será responsablemente social mientras viva en sociedad.
5. El hecho de que no haya responsabilidad moral no quiere decir que se pueda quedar excluido del derecho.
6. La sustitución del concepto de «pena» por el de «sanción».
7. La aplicación de la sanción de acuerdo a la peligrosidad del criminal.
8. La duración de la sanción según la duración de la peligrosidad del delincuente; por eso las sanciones son de duración indeterminada.
9. La afirmación de que la ley penal no restablece el orden jurídico, sino que tiene por misión combatir la criminalidad, considerada como fenómeno social.
10. El derecho a imponer sanciones pertenece al Estado a título de defensa social.
11. La consideración de que más importante que las penas son los sustitutivos penales.
12. La aceptación de «tipos» criminales.

13. Los estudios antropológicos y sociológicos como base de la legislación penal.

14. El método inductivo-experimental.

TEORÍA DE LA INTELIGENCIA Y LA DELINCUENCIA

Esta teoría, desarrollada por Harry Godland, indica que la incapacidad mental es la única causa de la criminalidad. Surge después de un estudio realizado por Godland durante los años 1910 y 1914, por medio del cual sometió a pruebas a cerca de 150.000 reclusos condenados, entre los cuales halló que un 50 % de ellos tenía alguna deficiencia mental.

Los postulados de esta teoría son los siguientes:

1. El débil mental sería un tipo de delincuente.
2. Las personas nacen con debilidad mental o con inteligencia normal.
3. En la mayoría de los casos, estas personas conocen los delitos peligrosos de asalto y los delitos sexuales.
4. Los débiles mentales cometen estos delitos por la ausencia de factores inhibitorios sociales, y no pueden exteriorizar lo descrito como bueno o malo.
5. Los débiles mentales no tienen la capacidad de prever la consecuencia de sus actos, y por lo tanto la amenaza penal no tiene efecto sobre esta clase de individuo.
6. Los débiles mentales son personas muy sugestionables, y cualquier otro criminal más inteligente lo puede llevar a cometer un delito.
7. Por ser débiles mentales, en los barrios donde existe una elevada criminalidad actúan por imitación.

8. Los seres inteligentes tienen la capacidad de ocultar el crimen, pero los débiles mentales carecen de esta capacidad.

TEORÍA DE LA SEXUALIDAD DE LOS NIÑOS Y PSICOANÁLISIS

Los postulados de esta teoría recién fueron comprendidos cuando Sigmund Freud desarrolló su teoría de la sexualidad humana, en la que define la relación infantil con los padres. Según Freud vivimos del pasado, debido a que somos susceptibles a este por la influencia directa de nuestra niñez en la vida adulta.

El ser humano en sus inicios era solo instinto, y a partir de ese momento fue creando nuevos instintos psíquicos: el «ello» (*id*), lo más primitivo, y el «yo» (*ego*), creado después, sobre la base de que, en un principio, solo éramos animales, y después nos desarrollamos sin dejar nunca de tener instintos, aunque solo en forma inconsciente.

El «yo» se relaciona con la voluntad interiormente, pero tiene otra instancia psíquica que es el «super yo», formada cuando el niño nace y es sometido a la autoridad de sus padres, primero, y de las otras personas, después. Allí podemos encontrar las reglas y las pautas de lo bueno (lo que se debe hacer) y de lo malo (lo que no se debe hacer).

En lo interno del «yo», donde están la memoria y el «super yo», se puede llegar a la conciencia.

Tanto los principios que están en el «ello» como las normas del «super ello», como nuestra conciencia y las exigencias del mundo exterior, influyen en la conducta humana, que es la realidad de un proceso complejo.

La fuerza que lleva el instinto es la libido, placer físico que Freud llama placer sexual, planteándonos que el ser humano tiene experiencia sexual en

tres fases definidas desde el momento que nace:

- 1) La fase moral
- 2) La fase de agresión
- 3) La fase fálica

Los sueños son el mensaje del subconsciente y expresan siempre la realización de un deseo. Si estos sueños producen angustias, las personas se despiertan para protegerse; estas angustias afectan el desarrollo de las personas. El sueño es el resultado de un compromiso entre las ideas del «yo» y las ideas latentes que se expresan en él.

Para explicar la criminalidad, Freud decía al principio que los delincuentes carecen de «super yo», pero esto era ilógico, ya que, si una persona tuviera solo instinto, actuaría como un animal y sería imposible convivir con ella. Más adelante realizó otro planteamiento, en el cual indicó que el problema de la criminalidad es producto del «super yo», y se explicaba por una deficiencia educativa. Al crecer, ese niño no había podido formar un «super yo» adecuado, y esta instancia no había podido cumplir su función.

LA CRIMINOLOGÍA CLÍNICA

Definida por Benigno di Tullio como la ciencia de las conductas antisociales y criminales, la criminología clínica se basa en la observación y el análisis profundo de casos individuales normales, anormales o patológicos. Esta corriente intenta dar una explicación integral a cada caso, considerando al ser humano como una entidad biológica, psicológica, social y moral. Aparentemente, el término proviene de Lombroso y deriva del griego *cline*,

«lecho»: el médico clínico observa, diagnostica y le da su pronóstico al paciente que se encuentra en la cama.

En sus premisas la criminología clínica considera que la conducta humana está condicionada por múltiples factores biológicos, psicológicos y sociales, y que se debe averiguar, caso por caso, qué circunstancias motivaron que la persona cometiera un delito. Los pasos que se deben seguir son:

1. Entendimiento directo con el delincuente.
2. Examen médico.
3. Examen psicológico.
4. Encuesta social para investigar el medio en que se desarrolló la persona.

El trabajo clínico debe ser interdisciplinario, vinculado con el funcionamiento de las prisiones. Este trabajo permite conocer qué actitud tomar frente al individuo, para establecer el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento sin inconvenientes.

La «peligrosidad» es un concepto clave de la escuela clínica, que se basa en el supuesto de que existe una causa que conduce a la persona a delinquir, por la que se puede determinar si seguirá delinquir y en qué medida. El diagnóstico determinará el grado de peligrosidad del individuo, para el cual entran en juego los siguientes aspectos:

- a) Capacidad criminal: cantidad de delitos que el individuo puede cometer.
- b) Adaptabilidad: capacidad de adaptación del individuo al medio en que vive.

De todas formas, la problemática más difícil de determinar es el paso al acto criminal, por lo que hay que observar cuatro fases importantes:

- a) Consentimiento mitigante: el delincuente concibe y no rechaza la posibilidad del delito.
- b) Consentimiento formulado: la persona decide cometer el delito.
- c) Estado de peligro.
- d) Paso al acto: La comisión del delito.

Dentro de la criminología clínica, Edwin Sutherland fue quien incorporó la variante de «delito de cuello blanco», definiéndolo como «un ilícito cometido por una persona de respetabilidad y estrato social alto en el curso de su ocupación», con las siguientes conclusiones:

1. La delincuencia de las empresas y de los ladrones de cuello blanco son reincidentes.
2. El delincuente tiene miedo a la denuncia.
3. Los hombres de negocios expresan el mismo desprecio hacia la ley que los demás.
4. Son crímenes bien organizados. A diferencia del ladrón común, el de cuello blanco no se considera un delincuente.
5. El delincuente expresa públicamente su adhesión a la ley, aunque en privado la viola.
6. Es un delito oculto, una manera de lograr la imputabilidad a través de abogados expertos.
7. En términos históricos, el delincuente advierte que muchas de las grandes fortunas se deben a la práctica ilícita.

Esta investigación de Sutherland cambió toda la criminología, ya que contradujo la premisa de que el delito debía explicarse a partir de los problemas psicológicos. Su conclusión fue que se debía incluir a las clases medias y altas en el fenómeno de la criminología.

LA TEORÍA DEL APRENDIZAJE

De acuerdo con esta teoría, las consecuencias biológicas centradas en las experiencias individuales pasan a un segundo plano. Lo importante para comprender la criminalidad es analizar el entorno de la persona.

Nils Christie realizó un experimento para confirmar una hipótesis planteada en Noruega a finales de la Segunda Guerra Mundial. En 1942, se llevaron a ese país prisioneros de distintas nacionalidades y fueron puestos en cárceles custodiadas por carceleros noruegos. En menos de un año, más de la mitad de los prisioneros murieron a causa del hambre y de los malos tratos. Se comprobó que fueron torturados y que entre el carcelero y los prisioneros no existía ningún tipo de relación afectiva. En 1952 Christie investigó a estos carceleros para determinar su conducta, y encontró los siguientes resultados:

1. No existía gran diferencia entre las características personales de un guardia torturador y las de uno no torturador.
2. Todos los guardias tenían características comunes al resto de la población en Noruega.

Las características del grupo de prisioneros eran las siguientes:

1. El hambre extrema daba como resultado que cualquier corte o herida despidiera mal olor.
2. Esta circunstancia causaba alteraciones en la conducta, y hacía que los carceleros vieran a los prisioneros como personas de carácter no humano y por eso los torturaran.

En conclusión tenemos la posibilidad de actuar con crueldad sin que se nos considere asesinos. A partir de esta observación se realizó un experimento efectivo, en el que se comprobó la obediencia a la autoridad, poniendo a los carceleros bajo la observancia de otra persona. Es decir, se buscó probar que muchas personas son capaces de hacerle daño a otra, siempre y cuando ese daño no se defina como perjudicial y dañino, o esté prohibido.

ESCUELA ECLÉCTICA

Esta escuela tiene el mismo fundamento teórico que la escuela clásica: el contrato social. No es una escuela en sí, sino la reunión de varias escuelas asociadas a esta corriente. La diferencia con las escuelas clásica y positiva es que en estas había una serie de normas que, de no coincidir con alguna, se rompía con todas las demás. Era un esquema casi perfecto, y el objetivo de la escuela ecléctica fue romper con esas reglas o esquemas monolíticos, y crear algo diferente.

Su premisa básica es la igualdad material y, como en la escuela clásica, su responsabilidad se afianza en lo individual, pero añadiéndole el concepto de «situación», referido al medio físico y social. Como consecuencia de la introducción del concepto de «situación» en el grado de responsabilidad del individuo, la escuela logra la contención punitiva por razones subjetivas y conserva dicha disminución por razones objetivas.

La integración entre el derecho penal y la criminología requiere una gran madurez en ambas disciplinas. Se insiste sobre la madurez de estas ciencias porque en aquella época el derecho penal aún no había alcanzado su madurez y la criminología recién daba sus primeros pasos.

ESCUELA SOCIAL

Promovida por el filósofo Émile Durkheim, esta escuela tiene su fundamento en la dialéctica. Sus antecedentes provienen, en especial, de Alexandre Lacassagne, quien sentenció lapidariamente: «Las sociedades tienen los criminales que se merecen, y el medio social es el caldo de cultivo de la criminalidad, mientras que el microbio es el criminal».

Para la escuela social, el *presupuesto operandi* es la desigualdad material y la división del trabajo, y no la igualdad del contrato. La responsabilidad penal es propia del individuo, y plantea una depuración de las fuerzas sociales. Su sistema jurídico reclama, ante todo, una justicia social y tiene un criterio político que busca la comprensión y las mejoras sociales.

En cuanto a los delincuentes, esta escuela se ocupa de estudiar su problemática dentro de un enfoque sociológico, desplazando la patología del campo individual al social. También introduce el estudio de la motivación del delincuente y establece la medición punitiva basándose en factores objetivos y subjetivos. Naturalmente, no solo aprueba la atenuación punitiva, derivada de ambos factores, sino que también admite la exclusión de la responsabilidad. La escuela social fue la primera en distinguir lo patológico de lo no patológico, poniendo énfasis en esto último. Al calificar al delincuente, contempla claramente las anormalidades biológicas y las psicológicas, lo cual nos permite decir que tiene una interpretación legal psico-socio-jurídica. Esta escuela da un fuerte impulso a la criminología, y favorece su maduración en busca de una integración ulterior, todavía inexistente, con el derecho penal.

El mayor mérito de la escuela social reside en introducir el concepto de «función social del derecho», en el que la ley aparece como el mejor mecanismo ideado para lograr una justa composición y un equitativo desarrollo de toda la sociedad. Este concepto introdujo a su vez cambios importantes en el derecho privado y en el derecho público, como las figuras

del abuso del derecho y de la expropiación. También generó la eliminación de la arraigada separación tajante entre lo privado y lo público, división sobre la que se basan todos los sistemas jurídicos.

ESCUELA ANÓMICA

Como su nombre lo indica, su fundamento teórico está basado en la anomia, situación en la cual el desarrollo social desborda el control institucional. Su *presupuesto operandi* está basado en la desigualdad material y en la mayor división del trabajo. Mantiene el concepto de responsabilidad en el campo individual, pero introduce la tendencia a socializarlo.

La finalidad de su sistema jurídico es el hallazgo de un nivel natural en la escala de méritos. Su enfoque es sociológico y está dirigido a la contracultura, desechando por completo la cultura. Solo el proletario aparece representado en las estadísticas de criminalidad, y no ignora la motivación del delincuente, aunque no la considera el punto principal de discusión, puesto que considera que la motivación importante no se genera en el individuo sino en la sociedad.

Al centrar el foco eruptivo de la delincuencia en el marco social y no en el individuo, la medición punitiva pierde importancia, porque es de poca utilidad en el tratamiento de la delincuencia, al mantenerse, erróneamente, dentro de rigurosos esquemas individuales. Su aporte principal ha sido la interpretación de la delincuencia proletaria, estadísticamente representada en las cifras policiales de criminalidad. Este aporte ha sufrido las peores críticas y los más tajantes rechazos.

ESCUELA ECOLÓGICA

Escuela con sede en Chicago y producto de las inmigraciones incontroladas de europeos, en su fundamento teórico afirma que la formación de la sociedad es orgánica y no contractual. Su *presupuesto operandi* está basado en la desigualdad material y en la excesiva división del trabajo. Su responsabilidad deja de ser individual y se convierte en social y grupal. La finalidad de su sistema jurídico es encontrar el equilibrio biótico-social, y su principal aporte es intentar interpretar la delincuencia de la mafia.

CONCLUSIÓN

Tal como hemos observado, Lombroso, el padre de la criminología, es reconocido por la sistematización de una serie de conocimientos, teorías e investigaciones que se encontraban totalmente dispersos. Sabemos que no fue original, ya que antes que él otros filósofos habían mostrado su inquietud, aunque resultaran un tanto retraídos para exponer sus ideas. De todas formas, este criminólogo italiano terminó creando una nueva ciencia. Una ciencia que intenta dilucidar por qué el hombre mata sin razones aparentes.

PERFIL DEL ASESINO SERIAL

Al abordar el tema de los asesinos seriales, es frecuente descubrir que tanto el investigador neófito en este tipo de hechos como cualquier otra persona interesada en comprender el comportamiento de estos singulares personajes y sus actos se encuentran con la intrincada complejidad que encierra este particular capítulo de la tipología criminal. Aparecen nuevos términos, que van desde las simples explicaciones de la policía hasta las complicadas definiciones de los psiquiatras con su entreverada descripción de lo que

llaman «pautas de comportamiento». De este modo, surgen términos tales como «trastorno antisocial de la personalidad», «psicótico», «psicópata», «sociópata», «esquizofrenia» y el DSM IV entre los científicos, y «asesino múltiple», «asesino en masa» o «asesino excursionista» en los terrenos más llanos.

Los medios de comunicación siempre han tenido un papel protagónico a la hora de desentrañar esta relación de palabras y terminologías que, generalmente, no ha logrado más que confundirnos si lo que pretendemos es tener una idea clara y objetiva sobre este tema de por sí complejo.

Aspectos de tanta relevancia como la clasificación de la escena del crimen, del tipo de crimen, o del *modus operandi* del asesino, e incluso del tipo de víctima y de su entorno, son sumamente importantes a la hora de realizar una investigación con una base sólida. Es entonces cuando empezamos a manejar con soltura las palabras características de esta tipología criminal, que nos ayudan a comprender mejor las motivaciones y las acciones consumadas por los temibles asesinos en serie.

TIPOS DE ASESINOS EN SERIE

EL ASESINO EN MASA

Para clasificar a este tipo de criminal siempre debemos tener en cuenta el número de víctimas que ha causado, no menos de cuatro, y el hecho de que se encuentren todas en un mismo lugar (escena del crimen). Por lo general, las víctimas del asesino en masa pertenecen a un entorno que el homicida conoce a la perfección y puede que tengan (o no) relación directa con él. Hay que considerar también que es común que responsabilice a sus víctimas de sus

propios problemas y que su acción esté motivada por una venganza, o que sea un medio para resolver sus conflictos. Este tipo de asesino está convencido de que es el dueño de la verdad, y es propenso a sufrir lo que habitualmente denominamos un «delirio», por lo que sus actos pueden originarse en una «psicosis», es decir, en la pérdida total de su contacto con la realidad ya sea a través de una causa endógena (esquizofrenia) o de una exógena (drogas u otro tipo de sustancias).

Cada tanto, los medios de comunicación nos conmueven con ejemplos clásicos de esta tipología, entre los cuales podemos ver casos de jóvenes que irrumpen en el aula de su colegio, disparando sobre sus compañeros y causando varias víctimas, para luego entregarse pasivamente o suicidarse. También podemos recordar esos casos en los que las víctimas pertenecen al entorno de una secta destructiva, y son influenciadas por un líder que las convoca a matarse con fines inciertos. En síntesis, nos encontramos frente una acción límite que adopta el individuo como única salida a su conflicto psicológico.

EL ASESINO MÚLTIPLE

Si hablando del asesino en masa enumeramos cuatro o más víctimas en un mismo lugar, en el caso del asesinato múltiple debemos referirnos a la ejecución de dos o más víctimas, pero en distintos lugares. Dentro de este marco se ubican dos tipologías diferentes: el denominado *asesino excursionista* y el *asesino serial*.

EL ASESINO EXCURSIONISTA

Seguramente, este es un tipo de homicida que rara vez encontraremos. Nos

estamos refiriendo a un individuo que comete sus crímenes en lugares diferentes y en un lapso muy corto.

Este asesino carece de tiempo para serenarse entre la comisión de un hecho y el siguiente. Podemos decir que todos los homicidios son el resultado de un único suceso de inicio, y que apenas duran el tiempo que el criminal necesita para cumplir su fin.

En cuanto a la personalidad del autor, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que estaríamos ante una forma de esquizofrenia, más cerca de la tipología del asesino en masa que de la del serial.

EL ASESINO SERIAL

Para definir a este tipo de asesino podríamos decir que es aquel que comete tres o más acciones homicidas en periodos de tiempo que van desde unos pocos días hasta semanas, meses e incluso años. Esta cadena de asesinatos es producto de un apuro que no puede eludir. Es habitual que este individuo siga un patrón o pauta determinada, que irá perfeccionado progresivamente, ya sea con relación al lugar, al tipo de víctima o a lo que haga con ella.

Un rasgo importante entre los asesinos seriales es la personalidad: sea quien sea, siempre estaremos frente a un psicótico o a un psicópata, patología sumamente importante a la hora de investigar, ya que define su forma de actuar.

El asesino serial es ególatra, mentiroso, desprecia las normas sociales y los derechos del prójimo. Sobrevalora a las personas con el fin de tener una excusa para concretar sus objetivos. No cuenta con principios morales ni con sentimiento de culpa. Padece el trastorno característico que los especialistas llaman «trastorno antisocial de la personalidad». El asesino serial clásico siempre es conflictivo y no sufre remordimientos.

En forma externa es aparentemente afable, pero en algún momento aparecerá irremediabilmente su yo criminal, que se disparará en forma repentina. Es muy

probable que estas vivencias le provoquen un gran sentimiento de soledad, debido a que percibe que está actuando permanentemente y, como todo psicópata, seguirá pretendiendo obtener poder para compensar situaciones sufridas en la infancia.

No siempre es agresivo. Algunos asesinos seriales se imponen a través de la violencia, mientras que otros, la mayoría, recurren a maniobras de seducción. El seductor difícilmente mate, porque vuelca la agresividad en sus prácticas sexuales.

La mayor parte de los asesinos seriales son hombres, debido a que las mujeres son menos propensas a caer en depresiones. Estadísticamente, ellas solo representan el 11 % de los asesinos en serie. Por lo general, son mucho menos violentas que los homicidas masculinos y raramente cometen un crimen de carácter sexual. Cuando matan, no acostumbran usar armas de fuego y rara vez emplean armas blancas. Prefieren los métodos más discretos y sencillos, como el veneno. Son metódicas y muy cuidadosas. Planean el acto meticulosamente y de una manera tan sutil que los investigadores suelen caer en el desconcierto y, por lo general, pasa mucho tiempo antes de que sean identificadas y localizadas por la policía.

Siempre se creyó que una mujer que asesinaba repetidamente y sin motivo aparente sufría un caso de esquizofrenia o algún tipo de locura. Ante las evidencias recogidas, se realizaron estudios sobre el perfil psicológico de la mujer asesina serial, y se descubrió que, tras esos rostros delicados e inocentes, también podían ocultarse despiadadas mentes criminales.

SWANEY BEANE

El hombre de la caverna

Swaney Beane nació a finales del 1300 en el marco de una humilde familia granjera a las afueras de Edimburgo, cerca de la costa oeste de Escocia. Siendo muy joven, abandonó el hogar paterno y en compañía de su mujer emprendió un áspero viaje hacia el otro extremo del país. A mitad del camino, ambos decidieron refugiarse en el interior de una profunda caverna, cuya entrada no era más que una pequeña grieta a través de la cual se extendía una cueva de alrededor de una milla de largo. Esta caverna se convirtió en el hogar de los Beane durante los siguientes veinticinco años.

En un principio basaron su subsistencia en las pertenencias que les sustraían a los distintos viajeros que conseguían asaltar y asesinar por sorpresa. Pero, poco a poco, sus necesidades comenzaron a ser cada vez más apremiantes. Como tuvieron muchos hijos casi en forma ininterrumpida y como el incesto se fue convirtiendo en una práctica habitual dentro de la caverna (las relaciones entre hermanos, padres, madres e hijos eran algo cotidiano), la familia creció rápidamente y la necesidad de comida fue incrementándose en forma dramática.

Tal como era de esperarse, la solución a sus angustiantes problemas recayó una vez más en los viajeros que tenían la desgracia de pasar por las cercanías. Desde entonces, después de robarles y de asesinarlos, empezaron a transportarlos al interior de la caverna para comérselos. Los Beane se aficionaron tanto a la carne humana que durante esos 25 años comenzó a considerarse un episodio común la desaparición de viajeros en las extensiones

rocosas de Galloway. Lo único que se rescataba de las pobres víctimas eran algunos restos aislados; partes de los cuerpos solían aparecer ocasionalmente en la costa.

Estos escabrosos hallazgos dieron lugar a diferentes teorías. Una de ellas consideraba que los viajeros podían estar siendo atacados por alguna manada de lobos salvajes; sin embargo, esta hipótesis no se pudo sostener durante mucho tiempo porque no solo se esfumaban los individuos que viajaban en forma solitaria, sino que también desaparecían grupos de dos o más personas. Otra explicación aún más descabellada atribuía las desapariciones al hecho de que esos terrenos rocosos estuvieran habitados por sanguinarios hombres lobo o maléficos demonios. En síntesis, nadie hallaba una explicación convincente.

Pero una tarde un grupo de treinta personas que regresaba plácidamente a sus hogares después de haber pasado el día fuera escucharon unos gritos escalofriantes delante de ellos. Cuando llegaron al lugar del tumulto, se encontraron frente a un hombre desesperado que se defendía, pistola en mano, contra una banda de atacantes de aspecto salvaje. Cerca de él yacía en el suelo su mujer, destripada, sobre la que algunos de los atacantes se esmeraban en arrancarle pedazos de carne con las manos para comérselos crudos. Los viajeros, atónitos, no podían creer el horrendo espectáculo que presenciaban. Al ser descubiertos, los integrantes del clan de los Beane huyeron despavoridos hacia las colinas. Ahora había pruebas sobre las misteriosas desapariciones.

La persona que aportó el testimonio sobre lo ocurrido fue el marido sobreviviente del ataque. La truculenta historia llegó a oídos del rey, quien decidió tomar serias medidas: envió a la zona 400 soldados armados hasta los dientes y acompañados de perros de caza. Los perros no tardaron en hallar la entrada de la caverna, ya que el fuerte olor a carne les facilitó la búsqueda. Los soldados entraron en la cueva, siguiendo el pasadizo en forma de zigzag, y llegaron al núcleo del hogar de los Beany. Allí encontraron a 48 personas:

Beane y su mujer, sus 14 hijos y 32 jóvenes, fruto de los continuos incestos entre todos ellos. El lugar estaba colmado de brazos, piernas y demás miembros, amontonados unos sobre otros. Algunos trozos de carne habían sido salados, con la intención de conservarlos para ser consumidos durante los siguientes meses.

Tras ser apresados, el rey los calificó como bestias salvajes y los condenó a muerte sin juicio alguno. Tanto Swaney como los 36 hombres del clan fueron torturados y desmembrados en público. Las mujeres fueron obligadas a contemplar todo el proceso, mientras a sus espaldas las esperaba la hoguera.

GILLES DE RAIS

Barba Azul

Desde el día en que nació en 1404, la suerte nunca le fue esquiva a Gilles de Laval, barón de Rais. Cuando apenas había cumplido los 20 años, era ya considerado un joven de atractiva elegancia y sorprendente belleza. Entre sus innumerables cualidades, contaba con haber recibido una esmerada formación intelectual y militar, que le había concedido el privilegio de combatir por su amigo el rey Carlos VII, al lado de Juana de Arco como primer teniente. Con esa distinción, sirvió en las distintas batallas de la época y fue recompensado con el título de mariscal de Francia.

Gilles descendía de una de las familias más ricas y poderosas de Francia, y a los 11 años había heredado una de las mayores fortunas del país, la que se incrementó considerablemente cinco años después cuando se casó con Catalina de Thouars, una prima que poseía grandes riquezas. Todo ello contribuía a hacer de él un hombre enormemente dichoso, e incluso fue padre de una niña que colmó su felicidad. Pero a pesar de que su vida transcurría con total normalidad y era uno de los nobles más apreciados de Europa, su conducta cambió radicalmente cuando le comunicaron la detención de su protegida, Juana de Arco. El joven mariscal trató de rescatarla con una obstinación casi obsesiva, que no le sirvió de nada puesto que Juana terminó siendo quemada en la hoguera.

Tras el duro golpe de perder a la mujer que idolatraba en secreto, Gilles se separó de su esposa y se encerró en su castillo de Tiffauges, negándose a tener contactos sexuales con ninguna mujer. Fue entonces cuando comenzó su

insólita carrera de crímenes y sacrilegios contra la Iglesia, tratando de desafiar a Dios por haber permitido que Juana fuese torturada y quemada.

Para divertirse, ordenaba que se organizaran en sus múltiples castillos lujosísimas fiestas y representaciones teatrales, que gozaban del reconocimiento en toda Europa. Pero tanto despilfarro comenzó a menguar su fortuna y lo obligó a vender varias de sus propiedades.

Abrumado por tantas pérdidas, el barón de Rais se fue aficionando enfermizamente a la alquimia, pasión que lo llevó a instalar un laboratorio en un ala del castillo. Allí se encerró a trabajar, casi sin dormir, con la ayuda de alquimistas y magos traídos de toda Europa, en busca de la piedra filosofal que, según la tradición esotérica, era capaz de transformar los metales en oro.

Después de cierto tiempo, tuvo que despertar forzosamente de su sueño dorado, debido a que la contratación de tantos alquimistas y magos le costaba una fortuna que lo iba arruinando cada vez más. Desengañado, decidió a despedir a la gran mayoría. Pero esta tampoco fue una decisión acertada: los pocos «hombres de ciencia» que quedaron a su mando no tardaron en convencerlo de que solo podría conseguir el oro que necesitaba con la ayuda del diablo. En algunas de sus numerosas biografías, se cuenta que Gilles habría hecho un testamento legando parte de sus bienes a Satanás, pero reservando para sí su vida y su alma, según la leyenda. También se dice que en las escrituras del castillo figura como titular el mismísimo diablo.

Según los historiadores, Gilles cometió su primer crimen con el propósito de realizar un pacto con el demonio para lograr sus favores. Pero después de haberle cortado las muñecas a la víctima y extirpado el corazón, los ojos y la sangre, el diablo no dio señales de vida ni logró transformar el metal en oro. Lo único que el barón había conseguido era descubrir su pasión secreta: la tortura, la violación y el asesinato de niños. En efecto, Gilles sentía una predilección malsana por los niños y por los adolescentes, hasta el punto de que se le atribuyó la muerte de cerca de 200 criaturas, aunque tal vez fueran

más.

Está documentado que a partir del verano de 1438 comenzaron a desaparecer algunos muchachos de la ciudad de Nantes y de los pueblos vecinos. Lo que llamó la atención fue que la mayor parte había sido vista por última vez cerca de la mansión del barón de Rais. Gilles invitaba a ingresar a su castillo a algunos de los niños mendigos que pedían limosna frente al puente levadizo, quienes luego eran retenidos contra su voluntad por sus servidores. Una vez violados y desmembrados, se guardaba la sangre y otros restos de las víctimas para las prácticas de magia.

El propio Gilles se ocupó de contar en alguna oportunidad cómo disfrutaba visitando la sala donde los chicos eran colgados de unos ganchos. Cuando escuchaba las súplicas de alguno de ellos y veía sus contorsiones, aparentaba fingir horror, se acercaba al pequeño, lo liberaba de las cuerdas, lo cobijaba tiernamente en sus brazos, le secaba las lágrimas y lo reconfortaba con dulzura. Una vez que lograba ganarse la confianza del muchacho, sacaba un cuchillo, le cortaba la garganta, y para rematar su obra violaba el cadáver.

En otra ocasión, se acercó a un niño que había elegido previamente y lo llevó al gran lecho que estaba ubicado al fondo de la sala de «torturas». Después de obsequiarlo con algunas caricias, tomó una daga que colgaba de su cintura y, riendo a carcajadas, le cortó la vena del cuello. Frente a la sangre que brotaba profusamente y al cuerpo que se convulsionaba, el barón se puso fuera de sí. Le arrancó las vestimentas al moribundo, tomó su propio miembro y lo frotó en el vientre del jovencito, a quien dos de sus cómplices tuvieron que sostener por estar inconsciente. Cuando finalmente salió el esperma, el nefasto barón sufrió un nuevo acceso de rabia, tomó una espada y de un golpe le cortó la cabeza a la víctima. En pleno éxtasis, se tumbó sobre el cuerpo decapitado, introdujo el sexo entre las piernas rígidas del cadáver, y gritando y llorando tuvo un nuevo orgasmo. Luego, se derrumbó sobre el chico, cubriéndolo de besos y lamiendo su sangre. Posteriormente, ordenó que

quemaran el cuerpo y que conservaran la cabeza hasta el día siguiente. En ese mismo suelo, desnudo y manchado de sangre, se quedó dormido.

(Se dice que, tras la comisión de sus crímenes de vampirismo y necrofilia, Gilles solía caer en un sueño pesado, casi comatoso, hecho que coincide con lo que hacían otros asesinos vampíricos y necrófilos, que también dormían después de atacar a los cadáveres, como sucedía con Henri Blot).

Como de costumbre, a la mañana siguiente ya no quedaba ninguna huella de su desenfreno nocturno: sus sirvientes habían limpiado todo sistemáticamente. Entonces, pidió que le trajeran la cabeza y, frente a ella, se arrodilló bañado en lágrimas y prometió reformarse. Acercó sus labios a la cabeza, la besó largamente y se fue a su cama llevándola consigo, mientras le prometía que muy pronto se reuniría con otras cabezas tan bellas como ella.

Uno de los mayores placeres de Gilles era tener las cabezas decapitadas clavadas ante su vista. Luego llamaba a un artista de su entorno, que se ocupaba de ondular con exquisitez el cabello del niño, le pintaba los labios y coloreaba las mejillas hasta darle un aspecto de singular belleza.

Cuando tenía bastantes cabezas cortadas, celebraba una especie de concurso de belleza, en el que sus amigos e invitados votaban por cuál era la más bonita. La cabeza «ganadora» era premiada y destinada a un uso necrofílico.

Tras las numerosas desapariciones de niños, las sospechas se volcaron progresivamente hacia el barón, pero nadie se atrevía a acusarlo de nada, porque, aunque más empobrecido, seguía siendo un personaje muy poderoso, y sus víctimas, en cambio, solo eran gente muy humilde. Por otra parte, los proveedores de chicos no dejaban de amenazar e intimidar a los padres que reclamaban a sus hijos desaparecidos, y tanto en Nantes como en sus pueblos cercanos reinaba el silencio.

A principios de 1440, el rumor de estas atrocidades llegó hasta la corte del

duque de Bretaña, quién ordenó abrir una investigación de los secuestros y de la posible responsabilidad del barón de Rais.

El 13 de septiembre, un grupo de soldados detuvo a Gilles en el pueblo de Machecoul y descubrió en su propiedad los cuerpos despedazados de 50 adolescentes. El duque de Bretaña le hizo comparecer ante la Justicia bajo la acusación de haber inmolado entre 140 y 200 niños en prácticas diabólicas.

Como se obstinaba en negar sus crímenes a pesar de las numerosas evidencias que lo inculpaban, se sometió al barón a todo tipo de torturas para obligarlo a confesar, pero solo la amenaza de excomunión lo indujo a hacerlo detalladamente.

En octubre Gilles aceptó voluntariamente todos los cargos que se le imputaban y confesó que había disfrutado mucho con su vicio, a veces cortando él mismo la cabeza de algún niño con una daga o un cuchillo, y otras golpeando a los jóvenes hasta matarlos con un palo, tras lo cual besaba voluptuosamente los cuerpos muertos, deleitándose frente a aquellos que tenían las cabezas más bellas y los miembros más atractivos. Afirmó ante los jueces que sentía el mayor placer cuando se sentaba sobre los vientres y veía como agonizaban lentamente. Aseguró que en los cargos que se le imputaban no había intervenido nadie más que él ni había obrado bajo la influencia de nadie, sino que había seguido el dictado de su propia imaginación con el único fin de procurarse placer y deleites carnales.

Al amanecer del 26 de octubre fue llevado a un descampado, junto con dos de sus más destacados cómplices, para ser ahorcado y quemado en la hoguera. En el patíbulo manifestó públicamente su arrepentimiento, instando a todos los presentes a no seguir su ejemplo y pidiendo humildemente perdón a los padres de las víctimas. Murió aferrándose desesperadamente a su fe cristiana.

Accediendo a las súplicas de algunos de sus parientes, el cuerpo parcialmente quemado fue retirado de la hoguera y enterrado en una iglesia de las carmelitas en Nantes. Sus bienes fueron confiscados en beneficio del duque

de Bretaña y de la Iglesia.

VLAD TEPES

El verdadero Drácula

Vlad Tepes fue un antiguo príncipe rumano que por sus diversas hazañas y por su controvertida personalidad llamó la atención y despertó el interés no solo de sus contemporáneos sino también de la historia y la literatura de todos los tiempos. Para algunos historiadores no fue más que un heroico defensor de los intereses y de la independencia de su país y del cristianismo, mientras que para otros se trató de un ser patológico que torturaba, atormentaba y, por supuesto, mataba para divertirse o por puro placer.

Vlad era nieto de Mircea el Grande, y uno de los tres hijos legítimos de Vlad «El Diablo», ambos soberanos de Velaquia, un antiguo principado danubiano, que formó con Moldavia el reino de Rumania. No se conoce la fecha exacta ni el lugar de su nacimiento, aunque se calcula que fue alrededor de 1428 en la ciudad de Sighisoara, Transilvania, situada en la región de Brashov y fundada en 1280.

Allí vivía su padre, en una mansión que aún hoy se conserva (Bran Castle), donde se supo ganar con todos los méritos el sobrenombre de «Dracul» (que en la lengua regional significa ‘diablo’) por su famosa crueldad y sangre fría, que posteriormente heredó su ilustre descendiente. Este, a su vez, obtuvo el apodo de «Draculea» (la terminación *ulea* en rumano significa ‘hijo de’, por lo que podría traducirse como «el hijo del Diablo»). Vlad, a quien el pueblo también acostumbraba llamar «Tepes» (‘empalador’) por ser la pena capital que el príncipe aplicaba con mayor satisfacción a sus enemigos, reinó como príncipe de Velaquia en 1448; de 1456 a 1462, y, finalmente, en 1476, año de

su muerte.

Por aquel entonces, el trono de Velaquia estaba amenazado por los turcos y húngaros desde el exterior, y por los nobles ávidos de poder desde el interior, quienes luchaban entre sí con un salvajismo y ferocidad realmente bestial. La trágica muerte de su padre, ejecutado por Iancu de Hunedoara en 1447, obligó al joven Vlad a ponerse del lado de los turcos, adversarios de Iancu, con lo que alcanzó el trono de Velaquia en septiembre de 1448. Aunque su rival el príncipe Vladislav II, al que apoyaban los húngaros y la población de origen alemán, cayó derrotado en Kossovo, al norte de la actual Macedonia, Vlad solo consiguió conservar su corona unas pocas semanas. Entonces, decidió separarse progresivamente de los turcos y estrechar relaciones con su enemigo Iancu, actitud inmoral pero sumamente práctica. Su muy poco escrupuloso vuelco político tenía una sola intención: volver a reinar en Velaquia, un deseo que recién logró satisfacer en 1456 derrotando y apresando a Vladislav, a quien tuvo el gusto de hacer decapitar en la ciudad de Tirgusor (cerca de Tirgovisthe, la antigua capital de Velaquia). Como no tardaron en iniciarse una serie de alianzas e intrigas, acompañadas de lealtades y traiciones, Vlad se dispuso a demostrar su poder empalando a algunos rebeldes destacados y arrojando al fuego a otros, siendo este el macabro y tortuoso inicio de su carrera de crueldades. Favorecido por la suerte, logro atrapar al más peligroso de sus adversarios, Dan Voeivod, al que obligó a cavar su propia tumba y asistir a sus funerales antes de hacerlo decapitar.

Consolidado en el trono, Vlad comenzó a disfrutar de su poder ofreciendo opíparos banquetes a diversos invitados, en los cuales rodeaba las mesas con cientos de hombres y mujeres brutalmente empalados. Según los cronistas, en una ocasión, ante el hedor que desprendían los cadáveres atravesados por largos maderos, uno de los concurrentes protestó airadamente ante su anfitrión con el argumento de que no podía comer con aquella peste. Inmediatamente «el hijo del Diablo» ordenó que su desagradecido invitado fuese empalado en el

madero más alto, para que pudiese disfrutar del aire puro por encima de todos los que tanto lo molestaban. Por estas circunstancias, no puede extrañar a nadie el terror que despertara este curioso personaje entre sus conciudadanos.

Todavía hoy, en la ciudad de Tirgovisthe, se erige la terrible Torre de Drácula, desde la que Vlad vigilaba en lo alto una jarra de oro que había dejado en una fuente del pueblo, con el fin de que los viajeros pudiesen beber agua antes de proseguir su marcha. Nunca nadie se atrevió a robar la valiosa jarra, por terror al tormento que aguardaba a los ladrones en el reinado de Tepes. Cada mañana, «el hijo del Diablo» subía a la torre para vigilar sus tierras y veía el valioso recipiente en su lugar; nadie sentía la más mínima tentación de llevárselo, por lejano que fuera su destino. Una estatua del temible príncipe transilvano ha sido erigida en el mismo lugar en que antes se encontraba la jarra de oro.

Por otra parte, aunque educado en el cristianismo ortodoxo, Vlad Tepes hacía gala de costumbres poco cristianas, como mojar el pan en la sangre de sus víctimas empaladas para luego degustarlo con placer.

Respondiendo a sus convicciones religiosas, en el año 1462 se levantó contra los turcos, a quienes no les pagaba los tributos que exigían desde hacía años. El sultán Muhammad II, conquistador de Constantinopla, conociendo el carácter de su enemigo y el coraje y el valor de sus guerreros, prefirió valerse de un ardid antes que de la fuerza para doblegarlo. Le envió entonces como mensajero al colaboracionista griego Catavolinos, para que lo convocara a un encuentro en una fortaleza cercana a Bucarest, con la excusa de resolver un «pequeño problema fronterizo». Claro está que previamente había apostado cerca de la población un destacamento de tropas escogidas al mando del general Hamza Beg. Vlad fingió caer en la trampa y se encaminó a la cita con un fuerte contingente de caballería, que luego de entregar algunos presentes a la oficialidad turca derrotó por completo al adversario. Luego del triunfo, tomó prisioneros al griego y al general otomano, quienes junto con el resto de

los apresados fueron llevados a la capital de Velaquia, donde, lógicamente, terminaron empalados.

Envalentonado, Vlad cruzó el Danubio y mató a todos los turcos que encontró a su paso e incendió todas las viviendas que halló en su camino. En una carta que le envió al flamante soberano húngaro Matías Corvino, le reveló haber acabado con más de 24.000 enemigos, número que conocía perfectamente porque había hecho amontonar las cabezas para contarlas. Claro está que no podía precisarle cuántos habían muerto en los incendios de sus casas.

Enfurecido, Muhammad II alistó un gran ejército de unos 250.000 hombres y una flota dispuesta a remontar el Danubio. Tras una importante epidemia de peste que provocó cuantiosas bajas entre sus hombres e impidió que la flota se apoderara de la ciudadela de Kilia (al sur de Moldavia), el Sultán ordenó la retirada, y una vez en Estambul decidió valerse de su genio y astucia para derrocar al «Empalador». Lo enfrentó entonces a uno de sus propios hermanos, Randu «el Hermoso», que se había pasado al bando otomano arrastrando a algunos de los principales boyardos, y, tras una serie de intrigas (con documentos falsificados incluidos), Muhammad logró que el rey ordenara el arresto de Vlad. Este fue encerrado durante doce años; primero, en Visegrado, y, luego, cerca de Budapest, donde recibió un trato especial, es decir, fue tratado mejor de lo que se merecía. Mientras tanto, Randu, hombre débil y sin personalidad, se calzó la corona de Velaquia, convertido en un títere de los turcos.

No se sabe cómo, pero Vlad Tepes consiguió librarse de la prisión. Lo cierto es que el 10 de enero de 1475 participó en la batalla de Vaslui contra los otomanos, formando parte del contingente enviado por el rey de Hungría al príncipe transilvano Esteban Báthory. Lo curioso, y cierto por otro lado, es que Vlad recuperó su trono el 11 de Noviembre de 1476. Semanas más tarde, los turcos lo sorprendieron desprevenido con una escolta de solo 200 hombres

(de los cuales solo 10 sobrevivieron para contarlo) y lo mataron. La cabeza del «hijo del Diablo» fue enviada a Estambul y exhibida públicamente. Como era de esperarse, lo sucedió su hermano Randu, pero siempre sometido a las imposiciones de la «Sublime Puerta», que reino hasta septiembre de 1500.

La singular personalidad de Vlad Tepes inspiró al escritor Bram Stoker, que convirtió al temible noble rumano en el fantástico conde Drácula.

ELIZABETH BÁTHORY

La condesa sangrienta

El caso de Elizabeth Báthory siempre ha despertado un interés especial para los analistas de la historia del crimen en serie, debido a la particularidad de tratarse de una mujer que asesinó de la manera más cruel y despiadada a cerca de 650 jóvenes.

Además de destacarse por su particular perversión sexual, esta condesa del siglo XVI sentía una particular atracción por la sangre, que no solo se contentaba con beber, como es habitual en los llamados asesinos vampíricos, sino que además acostumbraba a bañarse en ella para impedir que su piel envejeciera con el paso de los años.

Elizabeth Báthory nació en el año 1560, en el seno de una de las familias más ricas de Hungría. Si bien formaba parte de la más ilustre y distinguida aristocracia —era prima del primer ministro de Hungría y sobrina del rey de Polonia—, no hay que olvidar que entre los miembros de su familia ya había algunos con antecedentes esotéricos, entre los que se encontraban un tío adorador de Satán y muchos parientes adeptos a la magia negra o a la alquimia. La propia Báthory fue influida desde la infancia por las enseñanzas de una nodriza que se dedicaba a las prácticas brujeriles.

Con solo 15 años, Elizabeth se casó con un noble, el conde Nadasdy, un valeroso guerrero al que todos conocían con el apodo de «el Héroe Negro». La pareja se fue a vivir al solitario castillo de Csejthe, al pie de los Cárpatos, pero el conde no tardó en ser requerido para comandar sus fuerzas en una batalla, por lo que se vio obligado a dejar sola a su flamante mujer durante un

tiempo prolongado.

Después de pasar largos meses en la espera de su marido, la condesa no pudo soportar el aburrimiento que le producía el continuo aislamiento, y se fugó para mantener una breve relación con un joven noble, al que las gentes del lugar llamaban «el Vampiro» por su extraño aspecto. En poco tiempo, regresó nuevamente al castillo y empezó a mantener relaciones lúdicas con dos de sus doncellas.

Desde ese momento, y para distraerse durante las largas ausencias de su esposo, comenzó a interesarse por el esoterismo, tal vez en exceso, ya que se hizo rodear de una siniestra corte de brujos, hechiceros y alquimistas.

A medida que iban pasando los años, Elizabeth advertía con desagrado que la belleza que la caracterizaba se iba degradando y, preocupada por su aspecto físico, pidió consejo a su vieja nodriza. Esta, totalmente convencida de las técnicas que pregonaba la brujería, le señaló que el poder de la sangre y los sacrificios humanos daban excelentes resultados en los hechizos de magia negra, y le aconsejó que se bañara con sangre de doncella para poder conservar su belleza eternamente.

En esa época, la condesa fue madre por primera vez y seguidamente tuvo tres hijos más. Si bien su actividad maternal le absorbía la mayor parte del tiempo, en el interior de su mente seguían resonando las palabras tentadoras de la nodriza: «belleza eterna». Al principio intentó dejarlas de lado, posiblemente no por falta de deseo o valor, sino por temor a las consecuencias que podrían ocasionarle esas prácticas si llegaban a oídos de la refinada aristocracia a la que pertenecía. Pero años más tarde, tras el fallecimiento del conde Nadasdy, Elizabeth se sintió liberada y no tardó en poner a prueba los consejos de la bruja. Poco tiempo después, murió su primera víctima.

Fue en ocasión de que una joven y distraída sirvienta se ocupara de peinarla y que accidentalmente le diera un fuerte tirón en el cabello. Presa de la furia, la condesa le propinó una bofetada tan violenta que la sangre de la doncella

terminó salpicándole la mano. Al observarla cubierta de sangre, creyó ver que parecía más suave y blanca que el resto de la piel, y concluyó que su vieja nodriza tenía razón y que la sangre podía rejuvenecer los tejidos. Con la seguridad de que era posible recuperar la belleza de su juventud y conservarla indefinidamente a pesar de sus casi cuarenta años, ordenó que cortaran las venas de la desafortunada sirvienta y que vertieran su sangre en una tina para poder bañarse en ella.

A partir de ese momento, los baños de sangre fueron su gran obsesión, y llegó al extremo de lanzarse a recorrer los ríspidos caminos de los Cárpatos para recolectar las hembras jóvenes que requería su tratamiento. Para concretar su brutal objetivo, se hacía acompañar por sus doncellas más fieles, quienes se ocupaban de convocar a las inocentes muchachas bajo el engaño de asegurarles un buen empleo como sirvientas en el castillo. Si la mentira no daba el resultado esperado, procedían sin miramientos al secuestro, drogándolas o azotándolas hasta someterlas por la fuerza. Una vez introducidas en el castillo, las víctimas eran trasladadas a los fríos sótanos, donde se las encadenaba y acuchillaba, ya sea a manos de un verdugo, de un sirviente o de la propia condesa. De ahí en más solo quedaba esperar que se desangraran lo suficiente como para llenar su bañera.

Se dice incluso que ordenó construir un artilugio, la Dama de Hierro, un aparato mecánico dentro del que se introducían las víctimas para ser estrujadas y exprimidas por púas interiores, de manera que su sangre manara hacia los recipientes en los que era recogida.

Una vez dentro de la bañera, Elizabeth hacía que le derramaran la sangre por todo el cuerpo, y al cabo de unos minutos, para que el tacto áspero de las toallas no frenara el poder de rejuvenecimiento del cálido fluido, ordenaba que un grupo de sirvientas elegidas por ella misma lamiesen su piel. Si las doncellas mostraban repugnancia o recelo, las mandaba torturar hasta la muerte. Si por el contrario reaccionaban de forma favorable, la condesa las

recompensaba.

En algunas ocasiones, las víctimas que le parecían más sanas o de mejor aspecto eran encerradas durante años en los sótanos para ir extrayendo pequeñas cantidades de su sangre mediante incisiones, a fin de que la señora del castillo pudiera bebérsela a su agrado.

Por otro lado, las calaveras y los huesos también eran aprovechados por los hechiceros del castillo, convencidos de que solo un buen sacrificio humano podía dar resultados satisfactorios en las prácticas de sus experimentos alquímicos.

Durante once años los campesinos vieron aterrados cómo el carruaje negro con el emblema de la condesa Báthory rastreaba el pueblo en busca de jóvenes que desaparecían misteriosamente dentro del castillo, del que nunca volvían a salir.

En un principio, los restos de los cuerpos sin vida fueron sepultados cuidadosamente en las inmediaciones del castillo, pero con el tiempo, ya sea por pereza o descuido, tan solo se arrojaban al campo para que las alimañas se ocuparan de ellos.

Algunos aldeanos vivían estremecidos por los gritos desgarradores que se oían saliendo del lugar, y poco a poco comenzó a circular por el pueblo el rumor de que algo raro estaba sucediendo dentro del castillo. Finalmente, los pueblerinos se organizaron y empezaron a rondar por las inmediaciones en busca de indicios de lo que pasaba. No tardaron mucho en descubrir la verdad: a los pocos días se toparon con los restos de más de una docena de cadáveres.

Enardecidos, ocasionaron una revuelta y se quejaron ante el soberano, insistiendo en que el castillo estaba maldito y en que además era una residencia de vampiros.

Como por aquel entonces enfrentar a una familia poderosa resultaba algo verdaderamente difícil, y más aún si, como en este caso, el acusado, además

de ser una persona distinguida entre la nobleza, tenía amigos tan poderosos como él por todas partes, el emperador prefirió hacer oídos sordos a las quejas de su pueblo. Pero ante la creciente presión, finalmente accedió a enviar una tropa de soldados, que irrumpieron en el castillo en 1610.

Al entrar los soldados encontraron tendido en el suelo del gran salón del edificio el cuerpo pálido y desangrado de una mujer muerta. No mucho más lejos hallaron otro cuerpo, este con vida, de una muchacha terriblemente torturada, que había sido pinchada con un objeto para extraerle la sangre. Luego descubrieron el cadáver desangrado y parcialmente quemado de una joven que había sido salvajemente azotada. En los calabozos, había gran cantidad de niñas jóvenes y mujeres, todas vivas, aunque algunas de ellas tenían señales de haber sido sangradas en numerosas ocasiones. En los alrededores del castillo, desenterraron 50 cadáveres.

Después de liberar a las prisioneras, sorprendieron en una de las habitaciones privadas a la condesa y a algunos de sus brujos en medio de uno de sus sangrientos rituales. Los detuvieron de inmediato y los condujeron a la prisión más cercana. Los crímenes sádicos de la condesa sangrienta habían durado aproximadamente diez años

En el juicio, sobran las pruebas para declarar culpable a Elizabeth Báthory de los viles crímenes cometidos. No solo se habían encontrado 80 cadáveres, sino que además estaban los guardias como testigos para certificar que la habían visto matar con sus propios ojos.

Sin escapatoria posible, la condesa confesó haber asesinado, junto con sus hechiceros y verdugos, a más de 600 jóvenes, y haberse bañado reiteradamente en aquel «fluido cálido y viscoso a fin de conservar su hermosura y lozanía».

Dijo que la seducía el olor de la muerte, la tortura y las orgías lesbianas, y que todo lo mencionado poseía un «siniestro perfume». Sus cómplices fueron condenados culpables, unos decapitados y otros quemados en la hoguera.

Aun contando con el privilegio de pertenecer a la nobleza y de ser amiga personal del rey húngaro, Báthory fue condenada por este mismo a una muerte lenta. La emparedaron en el dormitorio de su castillo, dejándole una pequeña ranura por la cual le pasaban algunos desperdicios como comida y un poco de agua. Murió a los cuatro años de permanecer en esa catacumba, sin haber intentado comunicarse con nadie ni pronunciar la más mínima palabra. Fue una especie de suicidio. De un día para el otro dejó de comer y falleció en 1614 a los 54 años.

Poco después de su muerte, comenzó a propagarse la leyenda (que aún circula en los Cárpatos) de un espectro femenino que abandona por las noches las ruinas del castillo de Csejthe, para atacar a las doncellas.

Resulta curioso establecer un paralelismo entre esta mujer y Gilles de Rais, otro vampiro histórico, debido a que, si bien éste cometió sus crímenes dos siglos antes, ambos procedían de manera muy similar. Los dos pertenecían a la alta nobleza, él era homosexual y ella lesbiana, y lo más sorprendente e inquietante de todo es que tanto los sirvientes de uno como los de otro participaban en los macabros baños de sangre de ambos asesinos.

PETER STUBBE
El hombre lobo alemán

Es muy probable que desde el siglo XV hasta el siglo XVIII, muchos de los llamados ofensores sexuales fuesen juzgados como brujos, licántropos o incluso vampiros por los fanáticos religiosos de aquellos tiempos, que condenaban cualquier actitud o pensamiento que no estuviera alineado con los dogmas que ellos mismos habían establecido.

Por lo tanto, resultaba habitual que las personas detenidas fueran sometidas a las más crueles torturas con el propósito de obligarlas a confesar su culpa en crímenes, pactos con el diablo y las más diversas actividades brujeriles, aunque no las hubieran cometido, simplemente por ser excéntricas, feas, contar con alguna deformidad física o sufrir la falsa acusación por parte de un vecino.

En el Museo Británico y en la Biblioteca de Lambeth, se encuentran los dos ejemplares originales de una de las más conocidas acusaciones de licantropía: el caso de Peter Stubbe, el «hombre lobo» alemán que fuera ejecutado en el año 1589 en la localidad de Bedburg, cerca de Colonia. Fue uno de los casos más lamentables de un hombre perdido por su propia confesión, forzada por la tortura, y a quien ya se había condenado antes de iniciarse el juicio.

Lo cierto es que en un lapso de 25 años, trece niñas, dos mujeres y un hombre fueron asesinados en la comunidad, además de comprobarse que algunas de las niñas habían sido atacadas sexualmente y mutiladas. El asesino (o asesinos) nunca fue descubierto.

Tras ser identificado por algunas personas a las que había tratado de asaltar

unos pocos días antes, Peter Stubbe fue arrestado. Convencido de que el tormento al que sería sometido lo obligaría a confesar cualquier cosa, Stubbe admitió su culpa y proporcionó detalles de algunos de los crímenes. Confesó que tenía un cinturón mágico que lo transformaba en un «lobo voraz y devorador, fuerte y poderoso, con ojos grandes y alargados, que brillaban como tizones de carbón por la noche, una boca grande y ancha con dientes muy afilados y crueles, un cuerpo fornido y garras poderosas».

Quienes lo acusaban registraron minuciosamente el valle donde Stubbe dijo que había dejado su cinturón mágico escondido, pero no encontraron nada. Naturalmente, el mágico elemento nunca existió, como tampoco era cierto que Stubbe se transformara en lobo ni que hubiera pactado jamás algo con el diablo. Aquellos singulares detalles en las confesiones de los acusados estaban de moda en esa época, cuando la hechicería formaba parte de la lista de crímenes.

A pesar de tanta inconcebible fantasía, nada impidió que los jueces creyeran en su confesión. Por el contrario, declararon: «Se puede muy bien suponer que el cinturón ha ido a manos del diablo de quien provino».

Y la condena fue terrible. Después de atarlo a la rueda, le aplicaron tenazas al rojo sobre diez puntos distintos del cuerpo hasta que la carne de los huesos comenzó a desprenderse. Posteriormente le rompieron los brazos y las piernas con un hacha de madera, y luego le cortaron el cuello en redondo para, finalmente, reducir su cuerpo a cenizas.

Soslayando el profundo fanatismo reinante y la irracional aceptación de los inquisidores de la amenaza del hombre lobo, tampoco se puede afirmar con contundencia que Stubbe no fuera responsable de los actos que describe en sus declaraciones, porque en la mayoría de estos solo el verdadero culpable de los crímenes podía ser capaz de proporcionar con tanta exactitud la descripción de algunas de las mutilaciones halladas en determinadas víctimas.

Lo que es indudable es que el asesino de las dieciséis víctimas tenía

aterrorizada a toda la población alemana, y el proceso del presunto culpable concitó la enorme atención de todos los habitantes de la región. Para comprender fielmente como fue visto y vivido el caso en aquel entonces, estos son algunos fragmentos del referido documento:

Discurso verdadero que declara la vida condenable y la muerte de un tal Peter Stubbe, un terrible y malvado hechicero, que bajo la forma de lobo cometió muchos asesinatos, continuando esta práctica doble durante veinticinco años, matando y devorando hombres, mujeres y niños. El cual, por tales hechos, fue apresado y ejecutado el 31 de octubre pasado en la Torre de Bedburg, cerca de la ciudad de Colonia, en Alemania...

En las ciudades de Cperadt y Bedburg, en la alta Alemania, se crió y nutrió un tal Peter Stubbe, que desde su juventud se sintió grandemente tentado al mal, y practicó las malas artes entre los doce y los veinte años, siguiendo así hasta hoy, sumergiéndose en los conocimientos de la magia, la nigromancia, la hechicería, y trabando conocimiento con muchos espíritus infernales...

... este gran pecador no deseaba riquezas ni ascensos, ni menos se satisfacían sus fantasías con ningún placer externo, sino que, poseyendo un corazón tirano y una mentalidad cruel y sangrienta, solo pedía que para procurarse placer pudiera obrar su maldad sobre hombres, mujeres y niños bajo la forma de algún animal, para vivir sin temor o peligro de vida, y sin que se lo identificara como el ejecutor de ninguna empresa sangrienta que estaba dispuesto a acometer: el demonio, que comprendió que sería un instrumento adecuado para realizar todas las maldades posibles como una bestia feroz que se satisfacía con el deseo del mal y la destrucción, le entregó una faja que debía ponerse para transformarse en un voraz lobo, fuerte y poderoso, de ojos enormes y brillantes, que en la noche relucían como tizones encendidos, una boca ancha y profunda con colmillos agudos y crueles, un cuerpo inmenso y aceradas garras. Y tan pronto como se quitase la faja volvería a adoptar su verdadera forma humana...

... Peter Stubbe se mostró muy complacido, ya que la forma de lobo armonizaba con

su fantasía y naturaleza, inclinada a la sangre y la crueldad, viéndose satisfecho con este don extraño y diabólico, ya que no podía acarrearle mal alguno, puesto que la faja podía ser escondida en cualquier sitio reducido. Así pasó a la consumación de los más viles y repugnantes crímenes, ya que si alguna persona le enojaba, al momento ansiaba tomarse cumplida venganza, merodeando por la ciudad y sus alrededores en forma de lobo, no descansando hasta haberle destrozado la garganta a su víctima y haberla desmembrado. Gozaba tanto con la vista de la sangre, que empezó de noche a vagar por los campos, ejecutando extremas crueldades. De día iba ataviado por las calles como los demás, bien conocido por todos los habitantes, siendo a veces saludado por aquellos cuyas amigas e hijas había asesinado, sin que nadie sospechase de él. En estas poblaciones vagaba arriba o abajo, espionando por si divisaba a alguna doncella, esposa o hija que agradase a sus ojos y encendiese la pasión en su corazón, tras lo cual acechaba la ocasión en que su víctima salía de su población, particularmente si lo hacía sola, echando a correr tras ella, y con toda crueldad la asesinaba; también a veces, merodeando por los campos o los bosques, veía a varias jóvenes juntas, jugando o descansando, y de repente en su forma de lobo se abalanzaba sobre ellas, y mientras las otras huían él apresaba a una, y una vez realizada su lasciva hazaña, la asesinaba, y si le había gustado alguna de sus compañeras corría en su busca por todas partes y la separaba de las demás, pues tal era su velocidad y su rapidez de movimientos gracias a su forma de lobo que podía vencer a cualquier sabueso de la región; y tanto practicó estas maldades que toda la provincia empezó a temerle, espantados de aquel lobo siniestro y ávido de sangre. Así continuó sus diabólicas y condenables hazañas durante unos cuantos años, asesinando a trece jovencitas y a dos mujeres embarazadas, a las que les abrió el vientre para quitarles los fetos, comiéndose sus corazones sangrientos y palpitantes, que para él eran exquisitos bocados que amenguaban su feroz apetito. Acostumbraba matar a menudo corderos y ovejas, como hacen los lobos, alimentándose con su sangre y su carne cruda, como si fuese un lobo auténtico, de tal manera que todos los que vivían en aquellos parajes le temían como al mismo Lucifer.

Mucho tiempo continuó su particular existencia, a veces en su rol de lobo, otras como hombre, ya sea en las poblaciones o bien en los bosques y espesuras, donde una vez llegó a encontrarse con dos hombres y una mujer, a quienes deseó fervorosamente asesinar, para lo cual, y como conociera a uno de ellos por el

nombre, se escondió entre unas matas y lo llamó en voz alta. El aludido tendió la vista en derredor y, al no ver a nadie, fue a investigar por entre los arbustos, abalanzándosele el lobo y matándolo en el acto. Transcurridos unos minutos, y como el hombre no volviera junto a la otra pareja, el otro individuo internose por la espesura con ánimo de buscarlo, ocasión que ya acechaba el infame lobo para repetir su hazaña. Pero no se libró tampoco la mujer, ya que al verse sola y desamparada en el bosque, echó a correr, pero el lobo logró alcanzarla y se precipitó sobre ella atacándola sexualmente. Lo cierto es que jamás volvió a encontrarse el menor rastro de esta pobre víctima, aunque sí fueron hallados los cuerpos atrozmente mutilados y devorados de sus pobres compañeros.

Así vivió durante veinticinco años Peter Stubbe, sin que nadie sospechase que era el autor de tantas muertes y crueldades, durante cuyo tiempo asesinó y devoró a gran número de hombres, mujeres, niños, ovejas, corderos, cabras y otro ganado, ya que cuando le faltaban las víctimas humanas hacía presa de los animales.

Los precavidos habitantes de Colonia y Bedburg empezaron a salir de sus casas siempre armados hasta los dientes a fin de poder repeler en caso necesario los ataques del lobo. Todos los pobladores tenían grandes perros al acecho de la fiera, hasta que por fortuna lograron acorralarle, de modo que, viéndose el lobo perdido, arrojó lejos de sí la faja, apareciéndose en forma humana con un bastón y yendo parsimoniosamente en dirección a la ciudad. Pero los hombres que seguían a los perros no se dejaron engañar y lo apresaron. Poco después fue llevado a la ciudad de Bedburg donde, temeroso del tormento, confesó voluntariamente todas sus maldades cometidas en el espacio de veinticinco años, declarando asimismo que el diablo le había entregado la faja que arrojara en el valle antes de ser apresado; los magistrados enviaron a buscar la faja, que no fue hallada. Ya que el diablo, habiendo logrado su propósito, la perdición de su aliado, le dejó entregado a los horrores del tormento.

Tras haber estado preso cierto tiempo, los magistrados examinaron el caso escrupulosamente, señalando que su hija Bell Stubbe y su comadre Katherine Trompin eran accesorios a los crímenes cometidos, siendo condenadas juntamente con Peter Stubbe el 28 de octubre de 1589.

Peter Stubbe, como principal encartado y malhechor, fue condenado a la rueda, siéndole quemada la carne con hierros candentes en diversos lugares del cuerpo, tras lo cual debían romperse las piernas y los brazos mediante hachas, separada la cabeza del cuerpo y reducidos los restos a cenizas.

Su hija y su comadre también debían ser reducidas a cenizas la misma hora del mismo día. Y el 31 de aquel mes, sufrieron la muerte acordada en la ciudad de Bedburg, en presencia de muchos pares y príncipes de Alemania.

Así, buen lector, te he hecho relación del verdadero discurso de este hombre malvado que era Peter Stubbe, que deseo sirva de advertencia y escarmiento a todos los hechiceros y brujas que ilegalmente siguen a sus imaginaciones diabólicas hasta la ruina y destrucción de sus almas eternamente, por lo que ruego a Dios custodia a todos los hombres de bien, y a todos los corazones los proteja del mal.

Amén

Después de concretada la ejecución, los magistrados de la ciudad de Bedburg quisieron dejar una señal de advertencia y mandaron colocar un poste, al que fue atado el cadáver de Stubbe, y colgar en lo alto la cabeza y un dibujo en forma de lobo como recuerdo de sus muchos crímenes, con dieciséis piezas de madera de un metro de largo para representar las dieciséis víctimas conocidas de aquel voraz «hombre lobo». Al mismo tiempo, se ordenó que se erigiera un monumento en memoria de los asesinatos allí cometidos.

Tal como decía un historiador acerca de este proceso, tal vez no del todo justo: «Es interesante observar la facilidad con que las personas, por otra parte inteligentes, racionalizaban lo imposible y hacían que evidencias negativas se convirtieran en pruebas positivas...».

WILLIAM BURKE y
WILLIAM HARE
Los comerciantes de cuerpos

Burke y Hare fueron dos irlandeses oriundos del Ulster (Irlanda del Norte), que al emigrar a Escocia emprendieron el aberrante negocio de asesinar personas con el fin de vender los cuerpos a la Universidad de Medicina de Edimburgo para ser estudiados.

William Burke nació en Irlanda en 1792. Sirvió como asistente de un oficial en la milicia del condado de Donegal, y con motivo de una disputa hogareña abandonó a su esposa y a sus dos niños, y se fue a vivir a Escocia. Allí consiguió trabajo como obrero en el Union Canal. En Edimburgo se vinculó con Helen MacDougall en 1827, y se desempeñó en empleos diversos como tejedor, panadero y, finalmente, zapatero.

Al igual que Burke, William Hare también se mudó a Edimburgo después de trabajar un tiempo en el Union Canal. Allí conoció a un hombre llamado Logue, que regenteaba una pensión. Cuando Logue murió en 1826, Hare y la viuda de Logue, Margaret, se fueron a vivir juntos a la pensión, como marido y mujer. Fue entonces cuando Burke y su esposa se convirtieron en inquilinos habituales del lugar. No se sabe si los hombres ya se conocían desde la época en que trabajaban en el canal.

Según el testimonio posterior de Hare, el primer cuerpo que vendieron fue el de un inquilino que murió dejando adeudadas cuatro libras del alquiler. Urgidos de dinero y sabiendo que los anatomistas necesitaban cadáveres para su estudio, decidieron ofrecérselo al prestigioso doctor Robert Knox, que

tenía su estudio en Surgeons Square, 10. Burke y Hare robaron el cuerpo de su ataúd y se lo llevaron. Knox les pagó siete libras, diez chelines, y los irlandeses acordaron continuar con el negocio. Corría el mes de noviembre de 1827.

Su segunda víctima fue otro inquilino, Joseph el molinero. Como estaba debilitado por una enfermedad, aprovecharon para llenarlo de whisky y asfixiarlo sin problemas.

Así continuaron con su tarea hasta que se quedaron sin inquilinos y tuvieron que atraer a alguien de afuera. En febrero de 1828 invitaron a la doncella del pensionado, Abigail Simpson, a que pasara la noche en el lugar antes de regresar a su casa. Consiguieron emborracharla y asfixiarla. Estaban contentos: como el cadáver era fresco, su precio estaba cotizado entre las ocho y las catorce libras.

Después de sacar provecho de otro inquilino, Margaret Hare invitó a una mujer a la pensión: consiguió emborracharla por las suyas y recién entonces recurrió a su esposo.

Un tiempo más tarde, Burke se apareció con dos prostitutas, Mary Paterson y Janet Brown. Con una excusa planeada a las apuradas, Helen y Burke consiguieron que Janet se fuera a dar una vuelta. Cuando regresó, Helen le dijo que Mary había salido con Burke. A la mañana siguiente un grupo de estudiantes de medicina reconoció en la calle a la prostituta muerta, posiblemente porque ya habían disfrutado de sus servicios.

Luego apareció otra conocida de Burke, una mendiga llamada Effie, por la que consiguieron cobrar diez libras. Días después Burke «salvó» a una mujer ofreciéndole refugio cuando se enteró de que la policía la estaba buscando. Horas más tarde el cuerpo de la «perseguida» era estudiado por los anatomistas.

Las dos víctimas siguientes fueron una anciana y un joven sordo. Hare dudó respecto del muchacho, pero para terminar la discusión Burke le rompió la

espalda y vendió ambos cuerpos en ocho libras cada uno. Posteriormente se sumaron a la lista dos inquilinas, la señora Ostler y una pariente de Helen, Ann MacDougall.

Más adelante, Hare se hizo cargo de la vieja prostituta Mary Haldane. Cuando su hija le preguntó por su paradero, fue a parar con su madre a la mesa de cortes de la escuela de medicina. Sin embargo, esta desaparición no pasó inadvertida, porque Mary era una figura muy popular en la vecindad.

La siguiente víctima también resultó una persona muy conocida. Se trataba de un joven retrasado al que llamaban Daft Jamie. El muchacho se resistió y la pareja tuvo que unir fuerzas para matarlo. Al comprobar su ausencia, su madre comenzó a preguntar por su hijo. Cuando el doctor Knox destapó el cuerpo la siguiente mañana, varios estudiantes reconocieron a Jamie; Knox negó que se tratara del joven retrasado pero, aparentemente, la duda quedó sembrada.

La última persona que lograron asesinar fue Mary Docherty. Burke la atrajo con el argumento de que su propia madre también era una Docherty, pero tuvo que esperar debido a que el soldado James Gray y su esposa Anna se estaban alojando en la pensión. Cuando los Gray salieron durante la noche, los vecinos oyeron el ruido de una lucha. Al otro día Anna empezó a sospechar cuando Burke no la dejó acercarse a una cama donde había dejado sus medias. Cuando al atardecer los Gray se quedaron solos en la casa, verificaron la cama y se encontraron con el cuerpo de la Docherty oculto debajo de ella. Impresionados, fueron a enfrentar a Helen que, en lugar de hacerse la desentendida, trató de sobornarlos ofreciéndoles diez libras semanales. El matrimonio rehusó la oferta y fue a realizar la denuncia.

Helen y Margaret alertaron a sus esposos, quienes sacaron el cuerpo de la casa antes que llegara la policía. Sin embargo, durante el riguroso interrogatorio al que fueron sometidos posteriormente, Burke declaró que la Docherty había salido a las 7.00 de la mañana y Helen, que lo había hecho por la tarde. La discrepancia los llevó al arresto. Una denuncia anónima condujo a

los investigadores al aula de Knox, donde encontraron el cuerpo de Mary Docherty. James Gray lo identificó y los Hare fueron arrestados poco después. La fiesta criminal había durado once meses.

Cuando el 6 de noviembre un periódico local escribió sobre las desapariciones, Janet Brown se enteró de la noticia y se dirigió a la policía, donde identificó la vestimenta de Mary Paterson.

Como la evidencia era escasa, el renombrado abogado Sir William Rae le ofreció a Hare la inmunidad en el juicio si aportaba datos. El testimonio de Hare fue decisivo para que en diciembre de 1828 su amigo Burke recibiera la sentencia de muerte.

Robert Knox resultó absuelto. Su casa fue atacada por una muchedumbre enfurecida, su popularidad entre los estudiantes se derrumbó y sus peticiones de traslado a otras posiciones en la escuela de medicina fueron rechazadas. Entonces partió a Londres, donde consiguió trabajo en el Cancer Hospital. Falleció en Hackney en 1862.

William Burke fue colgado públicamente el 28 de enero de 1829. Su cadáver fue diseccionado por el profesor de cirugía de Edimburgo ante un público numeroso. Luego fue esqueletizado y su esqueleto aún se conserva en el Museo de Anatomía, de la Universidad Real de Cirujanos, donde también se exhibe una billetera presuntamente hecha con la piel.

William Hare fue liberado en febrero del mismo año. Emigró a Carlisle, Inglaterra, y desapareció de la historia. Algunas versiones mencionaban que una multitud lo había atacado hasta dejarlo ciego, y luego lo había arrojado en una calera; pero tal vez se trate solo de una leyenda. Otra versión refiere que se mudó a Londres, donde murió sin dinero en 1859.

Helen MacDougall se libró de la condena porque su complicidad en los asesinatos no pudo probarse con certeza. Regresó a su casa, pero como casi fue linchada por una multitud enardecida, huyó a Inglaterra donde su reputación la había precedido. Los rumores dicen que debió refugiarse en

Australia, donde vivió bajo un falso nombre hasta su muerte, alrededor de 1868. Margaret Hare también logró escapar del linchamiento y, según comentarios populares, retornó a Irlanda, donde nunca se supo nada más sobre ella.

MANUEL BLANCO
ROMASANTA
El hombre lobo gallego

El caso del hombre lobo gallego goza del privilegio de ser el primero de los Expediente X en España y refiere la increíble historia de Manuel Blanco Romasanta, un individuo que siempre estuvo convencido de ser un auténtico hombre lobo. Este sujeto, apodado «el tendero», se hizo tristemente célebre por haber causado no menos de trece muertes entre hombres, mujeres y niños en el bosque de Allariz, situado en la provincia de Orense. Fue arrestado por la Guardia Civil el 2 de Julio de 1852 en la villa de Nombela, en el partido judicial de Escalona, Toledo, y juzgado por sus crímenes dos años después. El sumario, de más de 2000 folios manuscritos, se conserva en el Archivo Histórico del Reino de Galicia.

Manuel Blanco Romasanta era una persona inteligente, de amplia cultura. Podía asegurarse que tenía la formación de un clérigo de aldea en la Galicia del siglo XIX, pues leía con avidez y era un seductor que enamoraba a las mujeres declamando maravillosos poemas. Su aparente derrumbe se produjo en el año 1839, ya que, según sus propias declaraciones, es entonces cuando apareció la maldición, la fatídica maldición que lo convirtió en un hombre lobo. Su vasto radio de acción abarcó Galicia, Portugal y Castilla, lugares en los que dejó su huella durante largos ocho años.

En el año 1843 se vio involucrado en el primer episodio comprometedor: la extraña muerte del alguacil de León, Vicente Fernández. Según se cuenta, el agente había sido comisionado para salir al encuentro de Manuel Blanco con

el objeto de embargarle la tienda por una deuda de 600 reales que mantenía. Nadie volvió a ver al alguacil hasta el 25 de agosto, cuando apareció su cadáver.

Tras buscar a Manuel infructuosamente, el 10 de octubre de 1844 el Juzgado de Primera Instancia de Ponferrada lo condenó a diez años de prisión, pero como su paradero seguía siendo desconocido fue declarado en rebeldía.

Aquí comenzó la historia negra de Romasanta, quien, olfateando el peligro, regresó a Orense. Mientras la policía lo buscaba por todos los rincones de Ponferrada a principios de 1844, Manuel se instaló tranquilamente en Rebordechao, tierras de Vilarde Barrio. Desde su llegada se hizo querer por sus vecinos más cercanos, y en poco tiempo ya se había ganado la estima de todo el pueblo. No se perdía una sola misa e incitaba a la gente a rezar: era el devoto perfecto. Si bien continuaba con su oficio de mercader, yendo de pueblo en pueblo, siempre acababa regresando a Rebordechao. Como la imagen que daba era la de un hombre tímido y reservado, nadie sospechó jamás que tras ese aspecto tan inocente se escondía una bestia tan salvaje. Durante su permanencia en Rebordechao, Blanco fue responsable de al menos nueve homicidios: siete mujeres y dos hombres.

Aprovechando sus frecuentes viajes, acostumbraba ofrecer sus servicios como guía a aquellos que querían instalarse en la ciudad. Algunos le aceptaban el ofrecimiento, y ninguno de ellos volvió a ser visto con vida. Manuel regresaba de sus viajes con cartas y muy buenas noticias de los emigrados, pero el hecho de que toda la información que recibían solo llegaba por mano del viajante comenzó a despertar sospechas entre vecinos y familiares.

Cuando desapareció Josefa, los rumores se dispararon. Todos sabían que en Portugal Manuel vendía grasa, una especie de medicina popular entonces valorada como el oro. Para obtenerla, Romasanta se dedicaba con total parsimonia a despellejar y vaciar a sus víctimas para vender su manteca y sus

pertenencias, exclusivamente a cambio de dinero. Luego obsequiaba los restos a las manadas de los lobos del lugar, para darle un buen marco a la imagen del personaje que fingía ser en la sociedad supersticiosa e ignorante de aquellos tiempos.

De ese modo, comenzaron a multiplicarse los que apodaban a Manuel «sacamantecas», convencidos de que era el responsable de haber asesinado a sus conocidos y vendido su grasa.

A mediados de 1852 se había radicado en Nombela, provincia de Toledo, dedicándose a la siega. Y fue en esta región donde culminó la maldición que lo convertiría en hombre lobo. Según Manuel, fue exactamente el 29 de junio de 1852, día de San Pedro, cuando el Romasanta volvió a ser un hombre normal.

Las investigaciones comenzaron en agosto del mismo año. Detenido en Galicia, Blanco se desmoronó y confesó todos sus crímenes. Se trató de una confesión que superó lo imaginable y que fue recogida por todos los periódicos de la época y originó apasionados debates jurídicos en salas abarrotadas de curiosos. Es que no todos los días se detenía a un hombre lobo. El caso levantó tanta expectación que hasta la reina de España, Isabel II, tuvo que intervenir en el curso de los acontecimientos.

Todos los detalles del proceso están compilados en *La causa 1788 del Hombre Lobo*. Las más de 2000 páginas, divididas en cuatro tomos, dos rollos y un extracto están celosamente guardadas en el Archivo Histórico del Reino de Galicia, en La Coruña.

Según las declaraciones del propio Romasanta, sus horrendas transformaciones solo ocurrían esporádicamente sin que él pudiera hacer nada para evitarlas. Contó que antes de metamorfosearse se revolcaba frenéticamente en el suelo, para luego cambiar de aspecto progresivamente hasta convertirse en la espantosa bestia. Mataba a sus víctimas con las manos y los dientes y después se las comía. Prefería las presas fáciles, como las mujeres y los niños.

Hasta aquí todo está claro, pero es en este punto donde surge el mayor de los interrogantes: ¿qué fue de Manuel Blanco Romasanta después del juicio? Para esta pregunta no hay respuesta. El hombre lobo de Allariz desapareció en 1854 tras la última sentencia. No hay constancia alguna de su muerte, no hay registros de su entierro ni tampoco de su posible liberación. La imaginación popular tomó vuelo y la leyenda del hombre lobo ya no paró de crecer.

Existen tres versiones sobre su destino:

La primera (la oficial): Manuel falleció de muerte natural al poco tiempo de ingresar en prisión.

La segunda (la popular): Blanco murió a manos de algún carabinero ansioso de comprobar cómo se transformaba en lobo. Para sorpresa de todos, no resultó inmune a los disparos.

La tercera (la fantástica): Romasanta escapó de la cárcel y aún hoy vaga por los bosques, convertido en hombre lobo, buscando nuevas presas.

El cine no ha desaprovechado esta historia, y Julian Sands se metió en la piel del hombre lobo de Allariz bajo la dirección del español Francisco Plaza (*Romasanta*, 2004).

ALBERT FISH

El abuelo asesino

Nadie podía haberse imaginado jamás que ese abuelito tan querible de más de 65 años, rostro demacrado, cuerpo encogido y fatigado, cabello y bigote grises, y ojos tímidos podía embozar una personalidad con tantas patologías como las que indica su informe psiquiátrico: sadismo, masoquismo, castración y autocastración, exhibicionismo, voyeurismo, pedofilia, homosexualidad, coprofagia, fetichismo, canibalismo e hiperhedonismo.

Fish nació en 1870 en el marco de una familia en la que ya existían numerosos antecedentes de perturbación mental, empezando por su madre, que oía voces por la calle y tenía alucinaciones, siguiendo por dos de sus tíos, internados en un instituto psiquiátrico, y terminando por una hermana demente y un hermano alcohólico.

Desde muy niño sintió particular atracción por el sadomasoquismo, y acostumbraba entretenerse infligiendo dolor a los demás y sobre todo a sí mismo. Le apasionaba seguir con atención las notas de los crímenes publicadas en los periódicos y coleccionaba, sobre todo, los artículos sobre los asesinos caníbales en serie, con los que se sentía identificado.

A los 20 años mantuvo relaciones homosexuales y ejerció la prostitución homosexual en Washington, donde violó a un niño y asesinó a su primera víctima.

Por entonces comenzó a sufrir alucinaciones de tipo religioso y a vivir obsesionado con la idea del pecado, creyendo que la única forma posible de expiación era a través del sacrificio personal y el dolor. Él mismo se infligía

castigos masoquistas automutilándose, frotándose rosas con espinas por el cuerpo desnudo, y clavándose agujas de marinero en la pelvis y en los órganos genitales. En una oportunidad fue sorprendido completamente desnudo en su habitación, masturbándose con una mano, mientras que con la otra se golpeaba la espalda con un palo del que sobresalían unos clavos. Tras cada golpe gritaba de dolor, mientras la sangre se deslizaba por las nalgas.

Oficialmente, fue detenido ocho veces: la primera por tentativa de estafa, y las otras por robo, por pago con cheques sin fondos, y por cartas obscenas enviadas a los avisos de las agencias matrimoniales de los periódicos. Aunque en un principio nadie lo tomó en serio, el viejo Fish llegó a afirmar que era Jesucristo, que San Juan le hablaba y que el mismo Dios le ordenaba cometer sacrificios humanos.

Escuchaba voces que me decían cosas y cuando no las comprendía todas trataba de interpretarlas con mis lecturas de la Biblia [...]. Entonces supe que debía ofrecer uno de mis hijos en sacrificio para purificarme a los ojos de Dios de las abominaciones y los pecados que he cometido. Tenía visiones de cuerpos torturados en cualquier lugar del infierno...

Lo internaron tres veces en un hospital psiquiátrico, y en cada ocasión lo dejaron salir al poco tiempo por considerar que no era peligroso ni estaba perturbado, sino que simplemente sufría una personalidad psicopática de carácter sexual.

A pesar de todos los delitos que se le atribuían, la policía de Nueva York tardó seis años en poder inculparlo por asesinato.

Fue atrapado el 13 diciembre de 1935. El logro se debió a una carta que Fish había enviado a la madre de la víctima que había secuestrado, en la que le revelaba sus aficiones por el canibalismo y cómo se había decidido a probar carne humana por primera vez con el cuerpo de su hija. Esta es la prueba:

Querida señora Budd:

Hace algunos años, mi amigo el capitán John Davis zarpó de California hacia Hong Kong, que por aquel entonces padecía los problemas del hambre y en donde las calles se habían vuelto muy peligrosas para los niños de entre 9 y 12 años, porque tenían la costumbre de matarlos y cortarlos en pedazos y vender su carne como alimento.

Antes de zarpar mi amigo, raptó a dos niños, los mató, cortó en pedazos, guisó su carne, y se la comió.

Esa es la razón por la que hace algunos años yo acudí a su casa el 3 de junio de 1928 con el pretexto de acompañar a su hija a la fiesta que daba mi hermana, y me la llevé a una casa abandonada que había en Westcher County, donde la estrangulé, la corte en pedazos y comí parte de su carne. Tranquila; no la violé. Murió siendo virgen.

Tras leerla y sufrir un gran shock emocional, la mujer se puso en contacto con la policía, que, después de una rápida investigación, pudo localizar la procedencia de la carta. Siguieron la pista de Albert Fish y por fin lograron arrestarlo.

Entre las pertenencias de Fish se encontraron recortes de periódicos sobre los crímenes de Fritz Haarman, «el carnicero de Hanover».

En su declaración el anciano afirmó que, después de matar a la niña, le había cortado la cabeza con un trinchante y había partido su cuerpo en dos con una sierra, a la altura del ombligo.

El propio Fish reconoció: «No soy un demente, solo soy un excéntrico. A veces ni yo mismo me comprendo».

Una vez detenido, confesó haber cometido otros muchos crímenes, todas las aberraciones que había consumado a lo largo de su vida y su deseo irresistible de comer carne cruda durante las noches de luna llena, costumbre por la que obtuvo el apodo de «el maníaco de la luna».

Entre sus crímenes más atroces estaban los casos de vampirismo, como el de una niña de cuatro años a la que flageló hasta que la sangre comenzó a resbalarle por las piernas, le cortó las orejas, la nariz y los ojos, le abrió el vientre, y recogió su sangre para bebérsela con fruición, además de desmembrarla y prepararse un estofado con las partes más tiernas.

... Decidí comérmela. La llevé a una casa abandonada en Westchester, en la que me había fijado. En el primer piso me desvestí completamente para evitar manchas de sangre. Cuando me vio desnudo se echó a llorar y quiso huir, pero la alcancé. La desnudé, se defendió mucho, me mordió y me hizo algunos rasguños. La estrangulé antes de cortarla en pedacitos para llevarme a casa toda su carne, cocinarla y comérmela. No pueden imaginar cuán tierno y sabroso estaba su culito asado. Tardé nueve días en comérmela por completo. No me la tiré, aunque hubiese podido hacerlo de haberlo querido; murió virgen.

El desalmado asesino también detalló la historia de un joven vagabundo al que obligó a realizar toda clase de actos sádicos, masoquistas y coprófagos durante dos semanas, además de tajarle las nalgas en varias ocasiones para beber su sangre. Finalmente intentó cortarle el pene con unas tijeras, pero cambió de opinión al ver el sufrimiento del chico y, arrepentido, le dio 10 dólares y le permitió escaparse.

Ante el psiquiatra explicó que estaba obligado a torturar y matar niños por orden divina, y que comérselos le provocaba un éxtasis sexual muy prolongado.

También confesó las emociones que experimentaba al comerse sus propios excrementos, y el obsceno goce que le producía introducirse trozos de algodón empapado en alcohol dentro del recto, para después prenderles fuego. Los hijos de Fish narraron cómo habían visto a su padre golpeándose el cuerpo desnudo con tablones llenos de clavos hasta que brotara la sangre.

Durante el juicio se probó que había realizado todo tipo de perversiones

con más de 100 niños, de los cuales había matado a 15. Se descubrió también su extraño gusto por lastimarse a sí mismo —uno de sus sistemas preferidos era clavarse agujas alrededor de los genitales. Una radiografía descubrió un total de 29 agujas en el interior del cuerpo (algunas introducidas hace tanto tiempo que habían comenzado a oxidarse). En otras ocasiones había intentado introducirse agujas debajo de las uñas, pero no tardó en renunciar a ello cuando el dolor se hizo insoportable.

Tras ser diagnosticado psicótico pero cuerdo, y por sus crudas declaraciones acerca de cómo había ultrajado a sus víctimas, obtuvo la sentencia de «culpable de crímenes con premeditación».

Fue condenado a morir en la silla eléctrica y ejecutado en la prisión de Sing Sing el 16 de enero de 1936. En los momentos culminantes sorprendió a los guardias ayudándolos a colocarle los electrodos, y se mostró entusiasmado.

Que alegría morir en la silla eléctrica. Será el último escalofrío. El único que todavía no he experimentado...

Albert Fish se llevó a la tumba su secreto mejor guardado: el número de personas que había asesinado. Cuando se le preguntó por la cifra exacta de sus aberraciones, respondió sonriente: «Por lo menos cien». Las opiniones de los psicólogos no son coincidentes en este aspecto, unos hablan de varios centenares de víctimas, mientras que otros estiman que no pudo haber más de cincuenta. De todas formas se considera que por lo menos es responsable de haber asesinado a un total de quince niños, la gran mayoría de los cuales procedía de los estratos más bajos de la población.

LA FAMILIA BENDER

La taberna fatal

A fines del año 1870 una familia de inmigrantes supuestamente holandeses o alemanes apareció en las altas praderas del sur de Kansas y se radicó en un municipio que por entonces llevaba el nombre de Osage, en el condado de Labette. Estaba liderada por William Bender, el padre, un hombre alto y adusto, de fría mirada y andar cansino. La madre, una mujer corpulenta y hermética, respondía sumisamente a sus indicaciones y nunca se la conoció por otro nombre que el de «señora Bender». Sus hijos eran John y Kate, dos jóvenes de aspecto vital pero socialmente esquivos. Con sus propias manos y viejos tablones construyeron esforzadamente una pequeña y modesta casa de madera, cuyo interior dividieron en dos ambientes con una gruesa lona de las que se usaban para cubrir las carretas, a modo de mampara. En la parte de adelante colocaron una mesa, algunos bancos y una estantería con unos cuantos y variados artículos para la venta, tales como tabaco, sardinas, caramelos, galletas, pólvora y municiones. En el exterior, justo sobre la puerta de entrada, colgaron un simple cartel en el que se leía claramente a la distancia «Groceries» (tienda de comestibles). En la parte de atrás solo había dos camas.

La casa estaba ubicada en una zona aislada sobre la concurrida carretera principal, más o menos a mitad de camino entre Osage y la ciudad de Independence, en el vecino condado occidental de Montgomery.

La familia fingía servir comida y refrescos a los viajeros que necesitaran hacer un alto en sus agotadoras travesías. De todas formas, se sabía poco de

ellos, y se mostraban reticentes con los vecinos. Kate era la más sociable del grupo; proclamaba que era curandera y espiritualista, y se decía que había viajado un poco por el país dando conferencias sobre las artes ocultas y haciendo entretenidas demostraciones sobre sus habilidades, pero sin crear demasiada conmoción ni comentarios. La chica era hermosa, voluptuosa, tenía una singular gracia felina y era la que, en realidad, manejaba los hilos de la familia. Aunque los Bender nunca se integraron por completo a la comunidad, los dos jóvenes iban ocasionalmente a la iglesia y a la escuela de canto, y los hombres asistían con frecuencia a las reuniones públicas en el municipio.

En 1871 y 1872 varias partidas de viajeros pasaron por el camino haciendo preguntas sobre personas que desde hacía tiempo faltaban de sus casas y que habían sido vistas por última vez en Fort Scott, en el condado de Bourbon, o en Independence, los dos polos de Osage. El 10 de marzo de 1873, durante una reunión pública que se convocó en el edificio de la escuela Harmony Grove con el fin de discutir una ley de rebaños, surgió el tema de las desapariciones de los viajeros. La gran preocupación de los concurrentes era que en los condados de Labette, Montgomery y Bourbon todos sospechaban que los desaparecidos estaban en Osage. Entonces se generalizó la opinión de que la única forma de lavar su honor era emprendiendo una búsqueda local intensiva, casa por casa, para demostrar su ausencia de responsabilidad en los hechos, y propusieron conseguir una orden judicial para que la tarea tuviera respaldo oficial. Tanto el padre de los Bender como su hijo estaban presentes, pero cuando los demás expresaron su buena voluntad para llevar a fondo las premisas de la búsqueda, permanecieron en silencio.

Cerca de diez días antes de esa reunión, el doctor William York había salido de su casa de Onion Creek, en el condado de Montgomery, en busca de un hombre llamado Loucher y su hijo, que habían dejado Independence para dirigirse a Iowa durante el invierno anterior, y que a partir de entonces no volvieron a ser vistos por sus amigos y familiares. El doctor York llegó a Fort

Scott y emprendió su regreso el 8 de marzo, pero tampoco él llegó nunca a su casa. A principios de abril, el coronel A. M. York, con cerca de cincuenta ciudadanos del condado de Montgomery, partió desde Independence para realizar una búsqueda completa de su hermano. Fueron hasta Fort Scott, pero no lograron hallar ninguna pista del hombre desaparecido. Al regresar, visitaron la taberna de los Bender y trataron de convencer a Kate, que decía ser clarividente, para que los ayudara a descubrir el paradero del médico. Pero la muchacha logró eludir la responsabilidad sin que recayera ninguna sospecha sobre ella. Esa noche la familia Bender dejó la casa y fue hasta Thayer, en el condado de Neosho, donde compraron cuatro boletos para Humboldt y abordaron el tren al norte de las 5.00 de la mañana siguiente. Dos o tres días después, su yunta de bueyes fue encontrada abandonada a una corta distancia de Thayer, aparentemente hambrienta.

El 1 de mayo, un hombre que pasaba por el lugar de los Bender notó que todos sus animales merodeaban en torno a la taberna como reclamando cuidado. Cuando fue al establo advirtió que faltaba la yunta y que había un ternero muerto en el corral, evidentemente hambreado. Fue entonces a la casa, pero no encontró a nadie en su interior. Notificó a las autoridades del municipio, quienes, con un grupo de voluntarios, fueron hasta la taberna y entraron a revisarla. Allí casi todo presentaba el orden acostumbrado, faltaba muy poco, salvo la ropa de sus propietarios. Pero un hedor nauseabundo hacía imposible la respiración dentro del lugar.

En el sector posterior, descubrieron que en el piso había una puerta trampa a medio cerrar. La abrieron por completo y descubrieron que daba a un hoyo en cuyo fondo había sangre grumosa, de la que provenía el olor asfixiante. La casa fue desmantelada íntegramente y, salvo el pozo, no se encontró nada debajo de ella. Pero en un jardín cercano alguien advirtió una depresión en la que sobresalía algo inusual. Después de cavar un poco encontraron sepultado el cuerpo del doctor York. Estaba cabeza abajo y con los pies apenas

cubiertos. Tenía el cráneo extrañamente aplastado y la garganta presentaba un profundo corte de oreja a oreja. De ahí en adelante la búsqueda trajo siete cuerpos más; todos los cuales, excepto uno, fueron identificados posteriormente por sus conocidos. Eran el señor Loucher y su pequeño hijo de siete u ocho años, William Boyle y tres hombres conocidos: McCratty, Brown y McKenzie.

Después de analizar fríamente la situación, dedujeron que en la habitación posterior de la casa, casi contra la mampara de lona, los Bender habían cortado el agujero en el piso con el suficiente tamaño como para que un hombre pasara limpiamente por él. El espacio estaba disimulado con la puerta trampa que se levantaba y cerraba con una correa. Bajo la puerta habían cavado la tierra hasta hacer un pozo de aproximadamente dos metros de diámetro y más o menos lo mismo de profundidad. La utilidad de este artilugio era ocultar hasta la noche a una víctima asesinada de día, para entonces retirarla de su escondite, sacarla de la casa y llevarla a enterrar.

Como saldo de estos crímenes, los Bender obtuvieron, según se pudo averiguar, 4600 dólares en billetes, dos equipos de caballos y carros, un pony y una montura.

La familia tenía muy bien planeada su fuga, y no se pudo seguir su rastro, aunque los detectives pensaron que tal vez habían continuado sus peregrinaciones por Texas y Nuevo México. Grupos familiares a los que se confundió con los Bender fueron hostigados en muchas regiones del país: en 1890, dos mujeres, supuestamente la señora Bender y Kate, fueron arrestadas en Michigan y llevadas al condado de Labette para ser interrogadas. A través de procedimientos de *habeas corpus* fueron puestas en libertad, y la corte quedó satisfecha con su demostración de que no eran las personas buscadas. El fin de los Bender aún hoy se desconoce. La tierra parece habérselos tragado, como a sus víctimas.

BELLE GUNNESS

La viuda negra

Belle Guinness nació en Noruega, donde tuvo una vida intrascendente hasta el año 1883, cuando emigró a los Estados Unidos para radicarse en la ciudad de Chicago, donde se casó. Su esposo, Max Sorensen, también de origen escandinavo, falleció durante los primeros tiempos del matrimonio, con lo que su esposa obtuvo el seguro de vida y el dinero de la granja donde residían.

Esta mujer, que al parecer estaba signada por la desgracia, sufrió la pérdida de dos de sus hijos muy poco después de la muerte de su esposo. Fue entonces cuando decidió mudarse a Indiana.

No bien logró asentarse en la nueva ciudad, colocó todo su dinero en una pastelería, pero esta se incendió, al igual que todos los otros negocios en los cuales invirtió su dinero.

Al estimar que el cobro de los seguros de los negocios no le daba el suficiente dinero que pretendía, contrajo nupcias nuevamente, esta vez con el norteamericano Peter Guinness, del que tomó su apellido.

Cuando todo parecía marchar a la perfección, la desgracia volvió a cruzarse en su vida con curiosa obstinación. Su pobre esposo tuvo el infortunio de resbalarse «accidentalmente» y recibir un golpe mortal en la cabeza. Días más tarde, Belle cobró el seguro de vida del pobre Peter.

Cuando contó la suma, la joven viuda llegó a la conclusión de que el matrimonio le suministraba dinero fácil sin demasiadas complicaciones. Decidió entonces publicar un aviso en el periódico, donde indicaba: «Viuda, rica, atractiva, joven y dueña de una granja busca esposo». A este anuncio

respondieron aproximadamente 14 hombres, entre los cuales había muchos que poseían grandes fortunas.

Por ese entonces contrató a un hombre para que la ayudara en las obligaciones de la granja, llamado Roy Lamphere, quien también cumplía las funciones de amante.

El 28 de abril de 1908, la granja volvió a incendiarse. En un primer momento la policía consideró que el siniestro había sido provocado por el hombre que Belle había contratado, pues lo vieron escapar de la propiedad con un recipiente de kerosén en el momento que se desataba el fuego.

Cuando los investigadores llegaron al lugar tuvieron la desagradable sorpresa de encontrar entre los restos de la casa una gran cantidad de cuerpos, entre los que se hallaban los de los hombres que habían respondido al anuncio y los hijos de Belle, pero no lograron identificar el de ella, a pesar de que era una mujer alta y de cuerpo recio y pesado.

Inmediatamente arrestaron a Lamphere y lo acusaron de provocar el incendio, tras lo cual fue condenado a veintiún años de prisión. Roy, doblegado, reveló cómo había ayudado a la señora Gunnes a cometer sus atrocidades y a esconder los cuerpos, aclarando que él había sido el único hombre al que Belle había amado, ya que de lo contrario también estaría muerto porque no tenía seguro de vida.

Todos los cuerpos encontrados estaban desmembrados; cada uno de los asesinatos había sido cometido con fuertes golpes en la cabeza, y se hallaron residuos de arsénico al examinar los estómagos de algunas víctimas.

Buscaron a la siniestra Belle Gunnes por todos lados, pero fue imposible localizarla hasta que en 1932 apareció en Indiana una mujer llamada Esther Carlson, a la que se acusaba de asesinar a su esposo por intoxicación. Era la misma forma en que había muerto el primer esposo de Belle, en cuyo estómago se encontraron restos de la sustancia tóxica, al igual que en los cuerpos encontrados en la granja.

Belle fue desenmascarada, arrestada y acusada de más de veinte asesinatos, entre los cuales estaban los de sus hijos, esposos y pretendientes. Se la condenó a cadena perpetua.

Esta mujer, de aspecto manso e inofensivo, se ganó merecidamente la reputación de ser la asesina más peligrosa en la historia de los Estados Unidos.

JACK, EL DESTRIPIADOR

La leyenda continúa

La leyenda de Jack ha fascinado a la humanidad y permanece inalterable desde aquel terrible otoño londinense de 1888. Ese fue el año en que el inolvidable descuartizador comenzó su afilada tarea de asesinar a cinco prostitutas entre la noche del 31 de agosto y la del 9 de noviembre. El minucioso trabajo solo le llevó setenta días.

Para comprender plenamente el fenómeno de Jack el Destripador, es necesario tener en cuenta las turbulentas condiciones que existían en el extremo este de Londres en el momento de sus crímenes. Concretamente debemos adentrarnos en el barrio de Whitechapel, un triste lugar habitado por las clases más desfavorecidas de la ciudad, convertido en el caldo de cultivo de Europa. Allí la vida no era nada fácil. Los días transcurrían entre calamidades y miserias, colmados de un sinfín de privaciones. Todo a su alrededor era sórdido y precario. Las desgracias y la pobreza mostraban permanentemente a sus pobladores su rostro más crudo. Y los crímenes eran algo cotidiano. Se estima que 75.000 prostitutas se paseaban diariamente por sus calles, entre los más de 200.000 desempleados que había generado la crisis de fin de siglo. Más de 100.000 personas vivían en correccionales. Las condiciones de vida eran deplorables; el alcoholismo, una forma de vida. La serie de asesinatos del «Destripador», tal vez más que ningún otro factor, trajo a la luz la horrenda situación económica y social que imperaba en Whitechapel.

Introduzcámonos en la noche del 7 de agosto. Aparentemente era una noche

más, que de nuevo sumergía al barrio en una oscuridad casi completa. Las calles eran como túneles negros, en los que deambulaban misteriosas sombras y resonaban los ruidos de algunos enigmáticos pasos acompasados. Las sombras provenían del tenue reflejo de las luces de velas y lámparas provenientes del interior de algunas casas y tabernas, y de los faroles de las aceras. Aquella noche, la luz que asomaba mortecina por las ventanas traía un mal presagio, que no tardaría en cumplirse. Pronto alguien aprovechó las tinieblas de los negros callejones para asesinar brutalmente a Martha Turner, una vieja prostituta desdentada y alcohólica, obligada a merodear durante las noches en busca de clientela. Cinco días después, apareció otra vieja prostituta, muerta en circunstancias bastantes parecidas. Su nombre era Emma Smith. Ninguno de los dos asesinatos inquietó a la policía. En el olvidado barrio de Whitechapel los sucesos criminales eran cosa de todos los días, y la policía se limitaba a retirar los cuerpos para evitar que la alarma cundiese entre el vecindario. Pero la pesadilla apenas había comenzado.

Cuando el aire empezaba a anunciar la cercanía del otoño, el 31 de agosto amaneció en Whitechapel con la atmósfera cargada de un nauseabundo olor a sangre. Una nueva víctima había aparecido tirada en la calle. Había sido degollada y hábilmente destripada. En el barrio todos la conocían como Polly, pero su verdadero nombre era Mary Ann Nicholls, una prostituta de larga trayectoria que ya había visto pasar otros cuarenta y dos otoños. No era lo que se dice bonita. Se la podía describir como una mujer rolliza y de estatura baja, a la que le faltaban los cuatro dientes de adelante. En la última noche de su vida, la habían echado de la pocilga en la que vivía porque no podía pagar los míseros cuatro centavos que costaba pasar la noche en ella. Luego de perder su hogar, Mary se las había arreglado para vender su cuerpo, para conseguir regularmente esos cuatro centavos, pero no logró resistirse a gastarlos en ginebra. Más tarde, esa misma noche, su compañera Nelly Holland vio a Mary tambaleándose en las sucias aceras, avanzando a duras penas con rumbo

incierto.

A las 3.15 de la madrugada, un oficial de policía que estaba haciendo su ronda calle abajo por Bucks Row no advirtió nada fuera de lo común. Treinta minutos más tarde, dos cartoneros vieron lo que ellos creyeron que era un pedazo de tela útil, hecho un rollo en el costado del camino. Después de mirar más de cerca vieron sangre emanando del paquete. No tardaron en salir corriendo en busca de un policía. Un momento más tarde, antes de que los dos hombres regresaran, el oficial de policía se topó con el cuerpo de Mary. El momento de la muerte se estableció, entonces, entre las 3.15 y las 3.45 de la madrugada.

La garganta de Mary había sido cortada de oreja a oreja y la pobre mujer había sido destripada esmeradamente. En ese momento se supuso que el atacante le había puesto una mano sobre la boca y le había cortado la garganta desde atrás, tras lo cual había mutilado el cuerpo. Las cortaduras en el abdomen eran de una naturaleza tan distintiva que, cuando los cuerpos siguientes fueron examinados, inmediatamente se le atribuyeron a un solo responsable, que a partir de entonces sería conocido como Jack, el Destripador.

Días después del asesinato, empezó a correr el rumor de que Mary había sido amigable con un fabricante de zapatos, quien habitualmente vestía un delantal de cuero. Sin muchas más pruebas que aquella, el inmigrante polaco John Pizer fue arrestado y culpado del asesinato, pero la investigación de un coronel exoneró completamente a Pizer, y tuvo que ser liberado.

Ocho días más tarde, Annie Chapman, una prostituta desamparada, se convirtió en la nueva víctima del Destripador. Annie, como Mary, fue echada de su casa en Dorset Street porque le faltaban unos pocos centavos para pagar la cama. El cuerpo de Annie fue encontrado a las 6.00 de la madrugada, detrás del 26 de Hanbury Street, por John Davis, quien vivía en el mismo edificio, lugar que estaba a solo ciento ochenta metros de donde Mary había encontrado

su trágico final. Si bien las mutilaciones que presentaba el cuerpo de Annie eran incluso más viles que las del asesinato anterior, las cortaduras en el abdomen no dejaban duda alguna de que habían sido hechas por el mismo maniático.

Las noticias de estos dos asesinatos en apenas ocho días corrieron a través de la castigada Whitechapel. Las calles, si bien menos pobladas a altas horas de la noche, todavía eran recorridas por bastantes personas imprudentes. Nadie había visto al asesino, aunque seguramente había estado totalmente manchado de sangre. En ambas ocasiones, los ciudadanos despiertos debieron estar a pasos de los asesinatos y, sin embargo, no habían oído absolutamente nada.

El 30 de septiembre, Jack se puso a trabajar nuevamente. Esta vez asesinó a dos prostitutas, Elizabeth Stride y Catherine Eddowes, en la misma noche. Peddler Louis Diemshutz llevaba su caballo y su carro a las caballerizas del 40 de Berner Street. El caballo se asustó. Louis saltó del carro y advirtió el cuerpo de Liz Stride. La garganta había sido cortada de oreja a oreja, pero no tenía mutilaciones en el abdomen. Evidentemente, el Destripador había sido interrumpido en su labor. Cuarenta y cinco minutos más tarde, en Mitre Square, Catherine Eddowes se convirtió en la cuarta víctima de Jack. Fue mutilada de la forma acostumbrada. Si bien en los casos previos el Destripador nunca había sido visto por nadie, esta vez no fue así. Varios testigos dijeron haber visto a las dos últimas víctimas con un hombre antes de haber sido asesinadas.

A partir de sus descripciones, la policía llegó a la conclusión de que el Destripador vestía mucho mejor que el habitante promedio de Whitechapel, que probablemente tenía alrededor de treinta años y que medía cerca de un metro setenta y cinco de estatura. Era de complejión oscura y llevaba bigote. También era probable que tuviera alguna experiencia médica o de carnicero, no solo por los cortes que hacía, sino por la forma quirúrgica en que había extirpado el riñón del cuerpo de Catherine Eddowes. Fue entonces cuando se

divulgó que Jack había hecho su jugada más arriesgada: dos días antes del doble asesinato había escrito estas líneas a los editores del Central News Agency:

Estimado jefe:

Continúo oyendo que la policía me ha apresado, pero aún no me tienen. Me he reído cuando se veían tan inteligentes y hablaban de estar tras la pista correcta. La broma sobre el delantal de cuero me hizo reír en serio.

Estoy matando prostitutas y no dejaré de hacerlo hasta que me agarren. Buen trabajo, el último. No le di a la dama tiempo para gemir. ¿Cómo pueden atraparme ahora? Amo mi trabajo y quiero comenzar nuevamente. Pronto oirán de mí y de mis pequeños juegos. He guardado un poco del buen líquido rojo del último trabajo en una botella de cerveza de jengibre, para usarlo para escribir, pero se puso duro como goma y no puedo utilizarlo. Tinta roja es igual de bueno, espero. ¡Ja! ¡Ja!

En el próximo trabajo cortaré las orejas de la mujer para enviarlas a la policía, solo para divertirlos. Guarde esta carta hasta que haga un poco más de trabajo, luego entréguela tal cual. Mi cuchillo es lindo y afilado, y quiero ponerme a trabajar ahora mismo si tengo la oportunidad.

Buena suerte.

Sinceramente.

Jack el Destripador.

Unas pocas horas después del doble asesinato, se recibió otra carta:

No estaba jugando, querido y viejo jefe, cuando le di la pista. Se enterará sobre el trabajo de Jack mañana. Doble evento esta vez. La número uno se quejó un poco. No pude terminar del todo. No tuve tiempo de cortarle las orejas para la policía. Gracias por guardar la carta hasta que hubiera hecho más trabajo.

Jack el Destripador.

Se consideró que estas dos cartas provenían realmente del Destripador, y todavía llegó un mensaje más. A los pocos días, George Lux, el presidente del comité de vigilancia de Whitechapel, recibió una pequeña caja de cartón, junto con una nota. Esta decía:

Sr. Lusk, le envío la mitad del riñón que tomé de una mujer y que guardé para usted; tomé otra parte, la freí y me la comí. Tal vez le envíe el sangriento cuchillo que usé si tan solo espera un poco más. Agárrenme si pueden.

Dentro de la caja estaba el riñón prometido. Luego de examinarlo minuciosamente, se estimó que había sido extraído de una mujer de unos 45 años. El riñón estaba empapado en ginebra y tenía un avanzado estado de la enfermedad de Bright. Catherine Eddowes tenía cuarenta y tres años, la ginebra siempre había sido su bebida favorita y padecía de la enfermedad de Bright. No cabían muchas dudas de que Jack el Destripador era quien había escrito la carta y enviado el riñón.

En la noche del 9 de noviembre, la última y la más atractiva de las víctimas de Jack el Destripador cayó bajo su cuchillo. Mary Kelly, de 25 años, llevó al asesino a su habitación rentada. A las 10.45 de la noche, John Bowyer, un mensajero, fue enviado a la habitación de Mary para cobrar la renta. Apenas pudo soportar el sangriento espectáculo cuando descubrió su cuerpo horriblemente mutilado. Por primera vez, Jack no había estado apurado para completar su tarea.

La policía, totalmente desconcertada, decidió publicar las cartas en un diario con la esperanza de que alguien reconociera la letra del autor. Pero lo único que consiguió fue desatar el terror colectivo, que provocó un clima de agitación social y de protesta incontrolable. Hubo acusaciones directas a las autoridades policiales por ocultamiento de pruebas claves que inculpaban a importantes personalidades, y todo derivó en una crisis política a escala gubernamental.

También contribuyó a ello el seguimiento exhaustivo del caso que comenzaron a realizar los periódicos. Cada nueva edición hablaba de un sospechoso distinto y se hacía eco de las más diversas teorías sobre los motivos o el aspecto físico del misterioso criminal. Ante las ineficaces pesquisas policiales, las cartas y el rastro de los cadáveres parecían ser el único modo de seguirle la pista a este asesino en serie que se había cebado de forma inexplicable con las indefensas y viejas prostitutas. Crecía la atracción por el enigma, y este pasó a ser el tema protagónico de todas las conversaciones. Nadie confiaba en nadie. Fue entonces cuando se formaron comités de vigilancia populares, que configuraron patrullas con el fin de proteger a la gente y, al mismo tiempo, tratar de capturar al asesino. Casualmente, las matanzas cesaron, la policía desistió en sus pesquisas y el caso quedó archivado.

Desde entonces, han trascurrido mucho más de cien años, pero el interés por Jack el Destripador no ha decaído jamás. Acerca de tan sórdida historia se han escrito numerosos cuentos y ensayos, rodado películas y llevado a cabo ambiciosas investigaciones. El escritor Conan Doyle, creador del personaje Sherlock Holmes, afirmó que el asesino pudo ser una mujer, un cura, un policía o un carnicero. Y el prestigioso Bernard Shaw atribuyó irónicamente los sucesos a un reformador social que con sus acciones pretendía llamar la atención sobre la penosa situación del proletariado inglés.

Entre las innumerables teorías que circularon en aquellos tiempos, también existieron las que señalaron a sospechosos concretos, como Alberto Víctor, duque de Clarence y nieto de la reina Victoria, que se contagió de sífilis y murió loco; el hijo mayor de Eduardo VII, del que siempre se comentaban cosas raras; un abogado desequilibrado, cuyo cuerpo apareció flotando en el Támesis tras el último crimen; y el médico canadiense Neil Cream, un condenado a muerte a quien se le ocurrió decir «Yo soy Jack el ...» justo en el momento en que era ahorcado en 1892. Fue este último quien se mantuvo

siempre como el primer candidato.

Lamentablemente, todas estas teorías tienen sus fallas. Por ejemplo, el doctor Cream estaba en la prisión de Illinois cuando el Destripador merodeaba las calles de Whitechapel, y el duque de Clarence se encontraba en Sandringham entre el 3 y el 12 de noviembre, y sin lugar a dudas no estaba en Londres cuando Mary Kelly fue asesinada.

Los «destripadólogos» —particular título que ostentan los estudiosos que pretenden desvelar su identidad— forman desde entonces una auténtica legión en todo el mundo. Como aporte novedoso, podemos destacar las investigaciones de una consumada especialista, la escritora Patricia Cornwell. En su último libro, Cornwell afirma que el autor de los afamados crímenes fue el pintor impresionista Walter Richard Sickert. Pero aún después de haberse gastado parte de su gran fortuna en indagaciones, las pruebas que logró recopilar no son concluyentes.

Lo concreto es que la verdadera identidad de Jack el Destripador siempre fue un misterio, y el caso permanece abierto desde sus orígenes. Cada tanto se incorporan nuevos sospechosos (se han llegado a anotar hasta 175 candidatos posibles en una larga lista que contempla hasta médicos y anatomistas hábiles en el uso del bisturí a la hora de diseccionar cuerpos humanos).

Pero documentos recientes expuestos en el Museo del Crimen, de Scotland Yard, certifican que en su momento la policía llegó a tener la seguridad de que el asesino de por lo menos cinco de las once prostitutas era un judío polaco llamado Aaron Kosminski. Así lo certificó el inspector jefe Donald Swanson, que participó en las investigaciones de la época, en anotaciones al margen del libro de memorias de su superior, que finalmente fueron donadas al museo por sus herederos.

En esas memorias, Robert Anderson, una de las más altas autoridades de Scotland Yard, indicaba su completa seguridad de que Jack el Destripador era un peluquero judío polaco, pero no daba su nombre ya que no había sido

juzgado. En notas al margen, Swanson lo identificó tiempo después: el nombre del sospechoso era Aaron Kosminski.

Kosminski había sido detenido luego de haber amenazado con un cuchillo a su hermana. Tras ese episodio, la policía se sorprendió al comprobar el enorme parecido que tenía con las descripciones que se habían hecho del escurridizo «Jack». Durante la investigación, otro judío lo identificó con certeza, pero luego se negó a testificar en su contra por lo que su identidad no fue desvelada oficialmente, y nunca fue llevado a juicio. Tampoco fue interrogado, porque se lo consideró enfermo mental. Así y todo, Kosminski llegó a la conclusión de que ya lo habían descubierto y optó por dejar de matar. Al poco tiempo terminó muriendo encerrado en un manicomio.

JOHN Y SARAH MAKIN
Los babysitters del diablo

El 11 de octubre de 1892, James Hanoney estaba removiendo la tierra para desatascar un desagüe subterráneo en el patio posterior de una casa en Macdonaldtown, un suburbio de Sydney, Australia, cuando descubrió la causa del bloqueo: dos paquetes malolientes con ropa de bebé.

Los desenvolvió y encontró los restos descompuestos de dos niños ocultos entre la ropa. Llamó a la policía de inmediato, y después de remover el terreno cuidadosamente hallaron los cadáveres de otros cinco niños en distintos lugares del patio posterior.

Al iniciar las investigaciones, la policía identificó a los inquilinos anteriores de la cabaña —John Makin, de 50 años, y Sarah Makin, de 47—, y desandando sus pasos llegó hasta una casa en las cercanías de Redfern. Allí descubrieron azorados los restos de más bebés enterrados.

Siempre rastreando la huella dejada por los Makin, llegaron hasta otra casa familiar cerca de Chippendale. Encontraron más bebés muertos sepultados en los fondos, llegando al escalofriante número de doce.

Toda la familia Makin (Sarah, John y sus cuatro hijas: Florence, de 17 años; Clarice, de 16; Blanche, de 14, y Daisy, de 11) terminó en prisión. John y Sarah fueron acusados de los asesinatos.

El juicio de los Makin se realizó en la Suprema Corte de Justicia de Sydney, cuyos alrededores debieron ser vallados para evitar los desbordes de la multitud que se apiñaba diariamente intentando conocer los detalles del sórdido proceso. La defensa informó a la Corte que los Makin eran cuidadores

profesionales de niños, que por una tarifa semanal se ocupaban de custodiar bebés hasta que la madre volviera a buscarlos o hasta que se encontraran padres adecuados para darlos en adopción.

El proceso estableció una historia diferente. La familia de los Makin encontró más fácil y mucho más provechoso asesinar bebés y recibir una retribución semanal de sus madres, que por diversas razones necesitaban desprenderse de sus hijos.

La primer testigo fue Amber Murray, que con aproximadamente 18 años había entregado a su hijo ilegítimo Horace cuando este nació en marzo de 1892. Incapaz de cuidar al niño por sí sola, lo ofreció en adopción a través de un aviso en el *Sydney Morning Herald*, donde anunciaba la búsqueda de una madre bondadosa y afectuosa que deseara adoptar a su bebé, aclarando que se ofrecería un pago semanal para el mantenimiento del niño. Recibió respuesta de una pareja casada que vivía en el suburbio de clase obrera de Redfern, en Sydney. Esta le dijo que estaba capacitada para ocuparse de cuidar y amar al niño a cambio de solo 10 chelines por semana.

Al día siguiente, Amber Murray respondió a la dirección indicada y se citó con John y Sarah Makin y dos de sus hijas, quienes quedaron enamorados en el acto del pequeño Horace, al cual desearon llevar de inmediato a su casa para brindarle el amor y la atención que necesitaba, especialmente después de haber perdido poco tiempo atrás a su propio hijo.

Aquella conducta tan afectuosa no le llamó la atención a Amber Murray, ya que en la casa había otros cinco o seis bebés que, según los Makin, les estaban cuidando a unos amigos por poco tiempo. Entonces dejó a su pequeño Horace después de acordar que pagaría el dinero estipulado cada semana con la condición de que le permitieran visitar al pequeño de vez en cuando. Llegaron a un acuerdo y fue la última vez que vio a su hijo vivo.

John Makin llamaba semanalmente con prolija regularidad para reunir los 10 chelines de Amber Murray, pero cada vez que ella pretendía ver al niño la

eludía con alguna excusa.

Un día que John Makin había ido a recoger el dinero, le comunicó a Amber que se estaban mudando de Redfern a Hurstville en las inmediaciones occidentales de Sydney, y que le remitiría la nueva dirección después que se hubieran instalado definitivamente en algo más de un mes. Entretanto siguió llamando cada semana para reunir los 10 chelines.

Pero los Makin no se mudaron a las inmediaciones occidentales de Sidney. En su lugar tomaron una casa cerca de Macdonaldtown, que ocuparon clandestinamente en plena noche. Durante el juicio, la hija Clarice Makin dio una evidencia concluyente contra sus padres al informar que cuando se mudaron de Redfern a Macdonaldtown, ya no existía ninguna señal del pequeño Horace Murray.

Aunque Clarece, en realidad, no lo dijo con esas palabras, se pudo deducir sin inconvenientes que, si bien el pequeño Horace ya había sido asesinado, John Makin continuó cobrando regularmente la cuota.

Los Makin no se quedaron mucho tiempo en Macdonaldtown y en agosto su dirigieron a Chippendale, donde finalmente fueron arrestados después que Jaime Hanoney hizo su atroz descubrimiento en octubre de 1892.

Amber Murray y otras tres apesadumbradas madres identificaron la ropa con la que habían vestido a sus bebés para entregárselos a Sarah.

Otra pareja atestiguó que dieron su niño ilegítimo a los Makin y les entregaron un adelanto considerablemente importante, conviniendo 10 chelines por semana hasta que pudieran volver a buscar a su hijo después de concretar unos negocios en el exterior. En un lapso de días les comunicaron que el bebé había muerto, y los padres apesadumbrados giraron dos libras a los Makin para que pudieran pagar el funeral, que no atendieron.

En el banquillo de los testigos, las mentiras de los Makin fueron sistemáticamente desenmascaradas por el interrogatorio. Cada vez que negaban haber recibido a un niño, asesinado a un bebé o cobrado

semanalmente dinero de los padres, quedaban atrapados en sus propias redes engañosas.

Clarice Makin subió al estrado y atestiguó contra sus padres, identificando la ropa encontrada en uno de los bebés muertos como la que le había visto puesta cuando su madre lo había entregado. Daisy Makin atestiguó que solo dos niñas bebés las acompañaron cuando se mudaron de Redfern a Macdonaldtown, infiriendo que el pequeño Horace Murray ya había sido asesinado y enterrado en Redfern.

El veredicto llegó a una conclusión indiscutible: la única pena que les cabía era la muerte. John y Sarah Makin fueron condenados a morir en la horca, pero antes el juez Stephen miró a la pareja y dijo refiriéndose al bebé Horace Murray:

Tomaron dinero de la madre del niño. La engañaron con promesas que nunca tuvieron intenciones de cumplir ni que llegaron a cumplir porque ya habían decidido matar al niño. Engañaron a su madre respecto de su dirección y trataron de hacer totalmente estéril cualquier tipo de búsqueda y, finalmente, para hacer que su detección fuera imposible, como lo deseaban, habiéndole quitado la vida, lo enterraron en el jardín como al cadáver de un perro... Nadie que haya escuchado este caso puede concebir otra realidad que el hecho de que ustedes emplearon el negocio de la guardería para el peor provecho posible. Tres de los jardines de las casas en las que ustedes vivieron, donde se halló la horrenda evidencia de estos cuerpos, son testimonio de que llevaban adelante el negocio inicuo e infernal de destruir las vidas de estas criaturas con el solo propósito de obtener dinero.

El juez entonces dictó la sentencia de muerte. John Makin tuvo que sostener a su esposa, que se desplomó en el banquillo. El juez prometió pasar al Consejo Ejecutivo de New South Wales la recomendación del jurado para que tuviera misericordia de Sarah Makin.

Después que dos apelaciones que fueron denegadas, John Makin acudió galantemente a su muerte en la horca. Sarah Makin, favorecida por la

indulgencia del Consejo, solo fue condenada a cadena perpetua con trabajos forzados. Finalmente, fue liberada en 1911 después de cumplir 19 años tras las rejas, y olvidada por completo. No quedó ninguna prueba de culpabilidad pendiente contra ninguna de las hijas de los Makin.

HERMAN WEBSTER MUDGETT

El doctor Holmes

El 1 de mayo de 1893 la ciudad de Chicago se vio conmovida por la inauguración de la Exposición Universal, una muestra magnífica que debía reflejar el gigantesco progreso que había conseguido la humanidad en las industrias y en las ciencias. No era para menos: había llegado la era de la seguridad y del optimismo. Por aquellos días, también se inauguraba en la ciudad un fastuoso hotel. Se trataba de una obra formidable que había sido proyectada por un tal Campbell y realizada bajo la dirección de un tal doctor Holmes. Ambos tenían algo en común: no existían. Habían sido creados por Herman Webster Mudgett, quien se valía de esa argucia para estafar a albañiles y a proveedores de materiales de construcción y equipamiento para el suntuoso establecimiento.

Si algunos consideraban extraño el aspecto exterior del edificio, no cabe imaginar lo que sería su opinión si se hubieran aventurado en su interior. Toda su estructura era inquietante. Se encontraba diseñada con pasadizos secretos, trampas, espejos que permitían ver cuanto acontecía en las habitaciones, y hasta cañerías de gas colocadas debajo del parquet, que se controlaban desde el subsuelo y hacían posible que los huéspedes pasaran inconscientemente del placentero sueño diario al irreversible sueño eterno.

Si los clientes hubiesen tenido oportunidad de curiosear por los sótanos, seguramente habrían salido despavoridos sin perder tiempo recogiendo sus equipajes. Allí habrían descubierto un horno crematorio, una tinaja con ácido sulfúrico, y una mesa de disección anatómica con decenas de bisturís, sierras y

otras herramientas no muy comunes en la industria hotelera. Aunque nadie advertía las desapariciones, mucho menos podían llamar la atención las cartas falsificadas que Mudgett enviaba a los conocidos de sus huéspedes solicitándoles a familiares o socios que les girasen más fondos, porque lo estaban pasando fantásticamente bien.

Con aproximadamente unas 200 muertes en su haber, este sádico Barba Azul y obseso sexual puede ser considerado, con sobrado mérito, como el «hombre récord» en todas las categorías criminales. Su mansión del suburbio de Englewood en Chicago, conocida como «el castillo Holmes» es aún hoy la casa de asesinatos más sofisticada de toda la historia de la criminología.

El doctor Holmes, cuyo verdadero nombre era Herman Webster Mudgett, nació en 1860 en Gilmanton, y era integrante de una honrada y muy puritana familia de New Hampshire. A pesar de su educación conservadora, pronto manifestó un interés muy particular por las mujeres, sobre todo por las que gozaban de una buena fortuna. Así fue como paulatinamente se fue convirtiendo en un verdadero donjuán del crimen.

A los 18 años se casó con Clara Louering, una joven acaudalada, a la que, después de arruinar económicamente para pagar sus estudios de medicina y conseguir sus ansiados diplomas de la Universidad de Michigan, abandonó para irse a vivir con una deslumbrante viuda, que pareció complacida de solventar sus necesidades con las rentas de su respetable casa de huéspedes.

Gozando oficialmente de su título de médico, dejó a su segunda conquista sin derramar una lágrima, y ejerció su flamante profesión durante un año en el estado de Nueva York, para establecerse después en Chicago.

De elevada estatura, atractivo, con aspecto distinguido y siempre elegantemente vestido, Mudgett no tenía inconvenientes en sumar éxitos amorosos. Al llegar a su nueva ciudad no tardó en seducir a una joven encantadora (y que casualmente era millonaria) llamada Myrta Belknap. Para concretar sus objetivos, tomó el nombre de Holmes, se casó con ella y, por

medio de unas prolijas falsificaciones de escrituras, logró estafar rápidamente en 5000 dólares a su familia política, haciéndose construir en Wilmette una casa lujosa.

Empleando su ya distintiva habilidad, consiguió en las afueras de Englewood la gerencia de una farmacia cuya propietaria era una viuda excesivamente ingenua, de quien se convirtió fácilmente en su amante y hombre de confianza. A través de falsificaciones contables y malversaciones de fondos, logró adueñarse de la totalidad de los bienes de la desgraciada viuda, y después de hacerla «desaparecer» se dispuso a concretar su gran proyecto.

Para construir su castillo personal, el doctor Holmes tuvo que recurrir a varias empresas, que nunca recibían su pago y terminaban interrumpiendo sus obras. De esta manera, conseguía que solo el propietario fuera siempre el único en conocer los pormenores de la construcción de un edificio, cuya extraña edificación podía despertar sospechas.

Se apuraban los preparativos de la exposición de 1893, que se calculaba atraería a Chicago a una muchedumbre considerable, entre la que habría, inevitablemente, una gran cantidad de mujeres hermosas, ricas y solas. Naturalmente, Holmes decidió aprovechar esa situación. Valiéndose de una serie de ingeniosas estafas, compró un terreno y puso en marcha la construcción de un enorme hotel con aspecto de fortaleza medieval, cuya disposición interior se ocupó de concebir personalmente. Cada una de las habitaciones del singular edificio estaba provista de trampas y de puertas corredizas que daban a un laberinto inextricable, plagado de pasillos secretos desde los que, por unas pequeñas ventanitas disimuladas en las paredes, el doctor podía observar oculto el movimiento de sus clientes y, sobre todo, de sus clientas.

Cuidadosamente disimulada debajo del entarimado, una instalación eléctrica perfeccionada le permitía seguir en un panel indicador que había

sido instalado en su despacho cualquier desplazamiento de sus futuras víctimas. Finalmente, con solo abrir unas llaves de gas, podía asfixiar a los ocupantes de varias habitaciones, sin necesidad de desplazarse.

Un montacargas y dos «toboganes» estaban estratégicamente dispuestos para hacer descender los cadáveres a una bodega, donde, según los casos, los cuerpos eran disueltos en un recipiente de ácido sulfúrico, reducidos a polvo en un incinerador o sencillamente hundidos en un barril colmado de cal viva. Una habitación especial, bautizada como «el calabozo», contaba con un impresionante arsenal de instrumentos de tortura. Entre las máquinas inconcebibles que solo pudo idear el genio morboso del doctor, había una que llamó particularmente la atención de los periodistas. Era un autómatas que permitía cosquillear la planta de los pies de las víctimas hasta hacerles literalmente morir de risa.

El castillo de Holmes fue finalmente terminado en 1892, y, como ya hemos mencionado, la exposición de Chicago fue inaugurada el 1 de mayo de 1893. Durante los seis meses que permaneció abierta, la fábrica de matar del doctor Holmes nunca estuvo desocupada. El voraz verdugo seleccionaba a sus «clientas» con esmerado detenimiento. Para él era primordial que fueran ricas, jóvenes, bonitas, no tuvieran compañía y, para asegurar que no recibieran visitas inoportunas de amigos o de familiares, su domicilio tenía que estar situado en un estado lo más alejado posible de Chicago.

Es prácticamente imposible saber con exactitud cuántas mujeres fueron violadas, torturadas y asesinadas en el castillo del doctor Holmes. Resulta verosímil hablar de una cifra cercana a las 200 víctimas. Aunque el médico, tal vez por modestia, solo confesó 27, número que naturalmente es exiguo si tenemos en cuenta la envergadura de las instalaciones encaradas.

Cuando la exposición llegó a su término, las rentas del hotel se derrumbaron estrepitosamente, y el doctor Holmes se encontró de pronto con poco dinero. Lo primero que se le ocurrió para obtener rápidos ingresos en forma sencilla

fue prenderle fuego al último piso de su opulento edificio y reclamar a la compañía de seguros una prima de 60 dólares, sin tener en cuenta que la empresa aseguradora inevitablemente iniciaría una investigación antes de soltar el más mísero dólar.

Una vez descubierto, el médico se fugó y se refugió en Texas, donde se dedicó a realizar algunas estafas imprudentes que lo llevaron por primera vez a la cárcel. Después de pagar la fianza exigida, salió unos meses después y sin pérdida de tiempo se puso a pergeñar un nuevo plan delictivo.

Esta vez, si bien la idea era sencilla, no dejaba de ser ingeniosa. Un cómplice, de nombre Pitezel, debía sacar un seguro de vida en una compañía de Filadelfia. Una vez otorgado, harían aparecer como suyo un cadáver anónimo desfigurado por un accidente. De este modo, la señora Pitezel cobraría la prima, que repartirían en partes iguales, mientras que el «falso muerto» permanecía oculto durante un tiempo en algún lugar de Sudamérica. Pero para desgracia de Pitezel, Holmes tuvo la mala idea de cambiar de estrategia a último momento y de matarlo de verdad. El cambio de planes tenía, en su opinión, la ventaja de ahorrarle la peligrosa búsqueda de un cadáver y, sobre todo, de permitirle quedarse con la totalidad de la prima después de deshacerse de la señora Pitezel y de sus hijos, lo que para él no era más que un simple trabajo de rutina.

Fingiéndose colaborar con la Justicia, Holmes fue voluntariamente a la morgue para reconocer el cuerpo de su amigo. Muy compasivo con la viuda, acudió a Boston para buscarla y la trajo a Filadelfia para que cobrara el dinero. Pero, entre tanto, una denuncia de Marion Hedgepeth, un antiguo compañero de celda, arrojó una infinidad de dudas en las oficinas de los aseguradores.

La policía encaró una profunda investigación, remontando uno por uno todos los eslabones de la larga cadena. Finalmente, el doctor Holmes no tuvo más remedio que confesar la estafa a la compañía aseguradora, creyendo que ahí se

acabaría todo. Volvió a equivocarse. Ante las pruebas abrumadoras que se habían reunido en su contra, también tuvo que confesar los asesinatos de los Pitezel y de sus hijos.

Holmes fue condenado a muerte por el tribunal de Filadelfia y ahorcado el 7 de mayo de 1896, cuando solo tenía 35 años.

Como se ha dicho, ante el tribunal Mudgett afirmó haber asesinado a solo 27 personas a lo largo de su vida. Nadie le creyó, y menos aún después de tener que soportarlo durante el proceso burlándose de la justicia, confesando, por ejemplo, el asesinato de personas que estaban vivas. Por lo tanto nunca sabremos con certeza el número preciso de las personas que mató. Acordemos entonces cerrar la cuenta en 200 aunque, de todas formas, creamos que el doctor Holmes saliera ganando.

JOSEPH VACHER

El destripador francés

Joseph Vacher era un verdadero espectáculo para los ojos. Debido a un daño severo que se había ocasionado a sí mismo a los 25 años, padecía de una parálisis facial en el lado derecho de la cabeza, que le otorgaba un aspecto realmente repulsivo. Si bien sus crímenes no alcanzaron la misma trascendencia que los perpetrados por el legendario Jack el Destripador en Whitechapel, los sobrepasaron en número y en atrocidad. Conocido como el «destripador francés», Vacher fue condenado por el brutal asesinato de cuatro muchachos, seis mujeres jóvenes, y una viuda mayor, aunque se sospecha que su récord supera las 23 muertes. Sus víctimas fueron, en su mayoría, pastores y pastoras, y dirigía su furia principalmente contra las muchachas.

Joseph nació cerca de Lyon, Francia, en 1869. Según sus propias declaraciones, durante su infancia siempre fue considerado un niño tranquilo e inofensivo hasta que a los ocho años lo mordió un perro rabioso. Aparentemente, el boticario de su aldea lo habría medicado con cierto brebaje extraño cuya ingestión lo convirtió en un muchacho irritable y agresivo. Cuando se alistó para cumplir con su servicio militar en un regimiento de zuavos (regimientos de infantería en el ejército francés), logró demostrarse a sí mismo que era un buen soldado y consiguió un nombramiento de funcionario no comisionado, cargo que derivó en incesantes reclamos de los reclutas a su mando, que se quejaban de su excesiva severidad.

Al poco tiempo de dejar el servicio, sufrió la mayor desilusión de su vida: fue desdeñado por una mujer a la que amaba perdidamente. Despechado,

Joseph tomó una pistola y le disparó tres veces sin éxito; entonces probó volarse él mismo la cabeza, aunque tampoco logró lo que pretendía. La bala nunca le pudo ser extraída del cráneo, la cara le quedó desfigurada y la mujer no volvió a ser vista por la región. Más adelante, Vacher dijo que su horrible condición fue la que motivó en parte su violento comportamiento; según informes médicos, la herida pudo producirle ajustes recurrentes de locura.

En 1893 fue arrestado por pegarle un tiro a otra mujer y enviado a un asilo para insanos en Dole, donde, tras repetidos intentos de fuga, lo declararon curado de su violenta «manía persecutoria» y fue puesto en libertad.

A un mes de ser liberado, el 1 de abril de 1894, Vacher empezó a vagar por la campiña francesa buscando mujeres y niños para matar. En un frenesí demoníaco estranguló, apuñaló y destripó a once de sus víctimas en furiosos ataques que duraron tres años y medio. Primero las degollaba con un cuchillo y después las mutilaba con una navaja de afeitar. Disfrutaba también cortándoles los órganos genitales y violándolas vivas y muertas. Él mismo se consideraba un azote enviado por la Providencia para afligir a la humanidad.

Unas de las características más notables de su caso extraordinario fue la manera inteligente con que lograba desviar las sospechas de su persona. En una oportunidad mató a un joven pastor en un camino rural a unas pocas millas de Lyon, lo cortó en pedacitos y continuó su camino. El asesinato fue descubierto a los pocos minutos y la búsqueda del asesino se inició rápidamente. Un gendarme montó en una bicicleta, alcanzó a Joseph y lo detuvo exigiéndole sus documentos de identificación. Vacher, cuadrándose como un militar, le entregó al funcionario su licenciamiento como cabo del regimiento de zuavos.

—Ese es mi viejo regimiento —proclamó el gendarme—. Estoy persiguiendo a un hombre que acaba del cortarle la garganta a un muchacho. ¿Usted ha visto a alguien que le haya parecido sospechoso?

—Oh, sí —respondió Joseph, serenamente—. Vi a un hombre corriendo a

través de los campos hacia el norte, más o menos a una milla de aquí.

El gendarme entonces se apresuró a salir en búsqueda del asesino imaginario y de la escena real del crimen.

El destripador francés mató muchas veces por necesidad de dinero y alimento, pero también asesinó a un hombre porque llevaba puesta una camisa limpia que él deseaba tener.

Su víctima más prominente fue el marqués de Villeplaine, al que sorprendió mientras caminaba en su parque privado en el sudoeste de Francia, no lejos de la frontera española. Lo atacó por detrás, lo derribó de un palazzo y luego le cortó la garganta. Joseph se llevó el abrigo del marqués y su libro de bolsillo, que contenía algunos billetes. Durante un tiempo se refugió en España. Muchos testigos reportaban cerca de cada escena de sus crímenes el paso de un vagabundo feo y sórdido.

Aunque la policía agotó sus esfuerzos buscándolo durante mucho tiempo, nunca logró descubrirlo y tampoco sospechó nada de él; ni siquiera cuando lo arrestó en agosto de 1897 por ofender la decencia pública fuera de Touron. Pero en la cárcel, los guardias sintieron curiosidad cuando un detenido prestaba excesiva atención a las descripciones del descuartizador francés. Se lo comunicaron a los funcionarios y estos se pusieron a investigar estableciendo varios enlaces entre ese hombre y algunos de los crímenes del maniático asesino. Finalmente Joseph terminó confesando. Con extremada soberbia reveló vagamente quiénes podían ser sus víctimas, pero se esmeró en describir los pormenores de las matanzas. Se imaginaba a sí mismo como un héroe y así quería ser reconocido, por lo que antes de hablar exigió dos condiciones. Una fue que se publicara la historia completa de sus asesinatos en los principales periódicos franceses, y la otra, que debía ser juzgado separadamente por cada crimen en el distrito donde se había cometido.

Su jactancia llegó al extremo de no querer revelar nunca el número de sus homicidios. Se supo, por ejemplo, que había matado a un muchacho de 16

años cerca de Lyon, en junio de 1897. Vacher jamás habló de esa muerte porque el muchacho era un vulgar cazador furtivo y ladrón de pollos, cuya desaparición no causaba ninguna conmoción popular.

El número exacto de sus víctimas no se conocerá nunca, pero 23 asesinatos se habían cometido en el último mes de octubre y muchos de ellos tenían su sello, aunque no lo reconociera. En realidad, es posible que ni él mismo supiera la cantidad real. Frente al magistrado, contaba la historia de alguna tragedia reciente de vez en cuando, como si los detalles volvieran a su mente, y en cada caso la investigación tenía que salir a corroborar lo que Vacher narraba. Los cuerpos fueron encontrados en los lugares que indicó, en espesuras solitarias o en pozos abandonados. Aparentemente, mataba meramente por el gusto de matar, y eso también se desprende de sus declaraciones. Refiriéndose a sus crímenes, Vacher dijo:

Mis víctimas nunca sufrieron. Mientras que las estrangulaba con una mano, yo simplemente les quitaba la vida con un instrumento agudo que sostenía en la otra. Soy un anarquista, y me opongo a la sociedad, sin importar qué forma de gobierno exista.

En enero del año siguiente atacó con ferocidad a un custodio de la prisión de Lyon donde estaba encerrado, y casi lo mató a golpes antes que los guardias de la cárcel pudieran reducirlo. Durante el juicio por los once homicidios, clamó por su inocencia y simuló locura hasta el fin. Se defendió diciendo que si cada acción tenía un objeto, carecía de responsabilidad en los hechos dado que su móvil nunca había sido ni el hurto ni la venganza.

A pesar de todos sus argumentos, la corte lo encontró culpable y fue guillotinado en Bourghon-Bresse, la capital del departamento del Ain, el 31 de diciembre de 1898.

JOE BALL

El carnicero de Elmendorf

Frank Ball apareció en Elmendorf, un pequeño pueblito ubicado al sudeste de San Antonio, Texas, alrededor del año 1885. Por medio de un préstamo del banco local abrió una fábrica para procesar algodón, y con la llegada del tren pocos años después su negocio prosperó en forma notable y lo convirtió en un hombre rico. Frank se casó con Elizabeth, y acrecentó su fortuna haciendo negocios de bienes raíces y abriendo una gran tienda en el pueblo.

La familia Ball crió en total a ocho hijos. Joseph D. Ball, el segundo de ellos, nació el 7 de enero de 1896. La niñez de Joe fue normal, pero llamaba la atención su carácter retraído que lo impulsaba a disfrutar más de la pesca y de las largas caminatas solitarias que de las actividades con otros chicos. Cuando llegó a la adolescencia comenzó a apasionarse por las pistolas y acostumbraba pasar largas horas practicando tiro, con lo cual llegó a convertirse en un tirador muy habilidoso.

En 1917, cuando los Estados Unidos le declararon la guerra a Alemania, Joe se enroló en el ejército y fue enviado al frente. No existen registros sobre su desempeño durante la guerra, pero lo concreto es que sobrevivió y en 1919 fue dado de baja con honores, tras lo cual regresó a Elmendorf.

En un principio trabajó durante algún tiempo con su padre, pero, aparentemente, los dos años pasados en las trincheras le hicieron difícil adaptarse a la vida civil, y renunció. Como había aprendido algo de negocios, advirtió que la prohibición generaba una gran demanda de licor ilegal, por lo que decidió dedicarse de lleno al contrabando y, a pesar de los riesgos (que

aparentemente disfrutaba), recorrer la región en su Ford modelo A vendiendo whisky.

A mediados de los años veinte, Joe contrató a un joven afroamericano, muy inteligente y extremadamente astuto, llamado Clifton Wheeler, para que lo ayudara en el negocio encargándose del trabajo sucio. Se dice que el muchacho le tenía miedo, porque cuando Ball se pasaba con la bebida se entretenía haciéndolo bailar disparándole a los pies.

Cuando terminó la prohibición, el negocio de Joe dejó de tener sentido; entonces, aprovechando sus conocimientos sobre el licor, decidió abrir una cantina. Después de comprar un terreno junto a la carretera a las afueras de Elmendorf, construyó una taberna con dos habitaciones en la parte de atrás. La bautizó con el nombre de Sociable Inn. El lugar no era más que un ambiente relativamente grande, con algunas mesas y un piano, donde los parroquianos podían embriagarse a gusto y, de vez en cuando, disfrutar de una sangrienta riña de gallos.

Aunque el nuevo negocio parecía marchar satisfactoriamente, Joe sentía que debía incorporarle alguna atracción que convocara a más clientes. Por ello construyó en los fondos de la taberna un pequeño lago artificial, rodeado por una reja de tres metros de altura, donde puso cinco caimanes vivos, uno grande y cuatro más chicos. El éxito fue inmediato y las nuevas mascotas atrajeron a gran cantidad de clientes nuevos. La concurrencia se multiplicaba los sábados cuando Joe presentaba un show especial en el que alimentaba a los caimanes con algún mapache, perro, gato o cualquier otro animal vivo del que hubiera podido echar mano en las inmediaciones.

Además de los caimanes, el suceso de la taberna se basaba en la habilidad de Joe para conseguir siempre chicas jóvenes y bonitas para atender a los parroquianos. Como ninguna de las chicas permanecía mucho tiempo, Joe se veía obligado a reiterar la explicación de que eran mujeres de paso que iban de un lado a otro buscando la forma de hacer un poco de dinero fácil

rápidamente.

En 1934 Joe conoció a Minnie Gotthardt, una muchacha de 22 años de Seguin, a quien apodaban «Big Minnie». Aunque ella no era del agrado de la mayoría de sus clientes, Joe comenzó una relación íntima con ella y juntos atendieron el Sociable Inn durante los siguientes tres años. Pero llegó el día en que Joe se enamoró de una de sus meseras más jóvenes, y comenzaron los problemas. La joven se llamaba Dolores «Buddy» Goodwin, y las cosas se complicaron todavía más cuando en 1937 entró a trabajar a la taberna Hazel «Schatzie» Brown, otra chica bonita de 22 años que de inmediato fue atendida preferentemente por Joe.

Durante el verano, el problema sentimental del tabernero comenzó a solucionarse parcialmente cuando salió de escena Big Minnie, que, según explicó Joe Ball a los amigos y familiares de la mujer, había decidido dejar el pueblo cuando dio a luz a un bebé negro.

Unos meses después Joe se casó con Dolores a quien le confesó que no era cierto que Minnie hubiera huido, tal cual decía, sino que en realidad él la había llevado hasta una playa cercana donde le había disparado en la cabeza, y la había enterrado en la arena. Dolores no le creyó y el tema no volvió a tratarse entre ellos.

En enero de 1938 Dolores sufrió un accidente automovilístico que, si bien no le costó la vida, le ocasionó la amputación del brazo izquierdo. Rápidamente comenzaron a correr los rumores de que lo que realmente había pasado era que uno de los caimanes de Joe se lo había arrancado. Cualquiera haya sido la verdad, lo cierto es que Dolores desapareció misteriosamente en el mes de abril y, no mucho tiempo después, también lo hizo Hazel.

Tal vez las mujeres no fueran muy fieles a Joe ni él a ellas, pero ese no era el caso con sus caimanes. Según se cuenta, cuando un vecino fue a recriminar a Joe por el fuerte olor a carne podrida que emanaba del alimento de sus mascotas, Joe tomó una escopeta y le sugirió que no se metiera en sus asuntos,

salvo que quisiera él mismo terminar como alimento de los animalitos. El vecino aceptó el consejo y, además, se mudó a otro pueblo.

El negocio de Joe parecía ir viento en popa a pesar de la continua desaparición de sus ayudantes. Pero a mediados de 1938, la familia de Minnie volvió a hacer preguntas al no poder encontrarla en ningún lado por más empeño que pusiera la oficina del sheriff del condado de Bexar. Como todos sabían que Joe había sido su último amante y el último patrón conocido, fue interrogado en varias oportunidades sin encontrar evidencias para imputarle un crimen. Naturalmente, tuvieron que dejarlo en paz.

Algunos meses más tarde, los familiares de otra chica desaparecida, Julia Turner, de 23 años, acudieron a la policía. Como Julia también había sido empleada de Joe, la policía volvió a interrogarlo, y él les dijo que, al parecer, la chica había tenido algunos problemas locales y había decidido alejarse del pueblo. Las investigaciones policiales determinaron que Julia no había regresado al departamento que compartía con otra chica, y que su ropa y sus efectos personales aún estaban ahí. Los investigadores retornaron a la taberna y volvieron a interrogar a Joe. Esta vez «recordó» que la chica había estado realmente desesperada y que él le había prestado 500 dólares, ya que ella ni siquiera quería regresar a su departamento.

En los siguientes meses, desaparecieron dos jóvenes más empleadas por Joe. Los ayudantes del sheriff interrogaron a fondo al tabernero durante horas pero no lograron evitar que reiterara sus argumentos; las chicas habían dejado el pueblo, y él no tenía la menor idea de cuál podía ser su paradero. Como no tenía pruebas, la policía tuvo que dejarlo ir una vez más.

El 23 de septiembre, la suerte comenzó a serle esquiva a Joe. Uno de sus viejos vecinos declaró a la policía que lo había visto cortando pedazos de carne humana para darle de comer a sus caimanes. Mientras la policía discutía qué debía hacer, un chicano se apersonó ante el alguacil del condado de Bexar, John Gray, para pedirle que le prestara ayuda para resolver qué hacer con un

barril «con olor a muerto» que Joe había dejado detrás del granero de su hermana. Al otro día, los alguaciles John Gray y John Klevenhagen fueron a constatar la denuncia, pero el barril ya no estaba. No les quedó más remedio que volver a visitar a Joe.

No bien Gray y Klevenhagen llegaron al Sociable Inn, le comunicaron a Ball que venían a buscarlo para llevarlo a San Antonio con el fin de interrogarlo nuevamente. Joe se mostró bien dispuesto y solicitó permiso para cerrar el establecimiento apropiadamente; los policías accedieron. Joe tomó una botella de cerveza y la dejó caer torpemente, se acercó a la caja registradora y oprimió la tecla «NO SALE» (No hay venta). Cuando el cajón de la registradora se abrió, extrajo de su interior un revolver Colt calibre 45 y, tras colocárselo contra el pecho, gatilló ante la impotencia de los agentes. Joe Ball había muerto.

Alguaciles de toda la región se congregaron en la taberna para iniciar la investigación. Después de encontrar carne podrida en el lago de los caimanes y un hacha cubierta con sangre y pelo, empezaron a teorizar sobre la posibilidad de que el tabernero descuartizara a sus víctimas para alimentar con ellas a sus mascotas.

Las investigaciones solo llegaron a la conclusión de que Clifton Wheeler podría haber ayudado a Joe en estas espeluznantes tareas, así que lo detuvieron y llevaron a San Antonio para ser interrogado.

En un primer momento Wheeler negó rotundamente saber algo sobre alguna de las acciones que le imputaban a Joe, pero tras ser sometido a un largo día de preguntas ininterrumpidas finalmente aceptó colaborar. Explicó entonces que Hazel Brown, una de las chicas de Joe, se había enamorado perdidamente de otro hombre con el que planeaba irse para comenzar una nueva vida. La inesperada noticia y el hecho de que ella lo amenazara con acusarlo de haber matado a Minnie hicieron que Joe se enfureciera y la asesinara. Para poder corroborar sus dichos le pidieron que les mostrara en dónde estaba enterrado

el cuerpo.

Al día siguiente Wheeler los condujo a un lugar apartado que se encontraba a una distancia de unas tres millas del pueblo, cerca del río San Antonio. No bien llegaron, Clifton comenzó a cavar en un sitio en el que la tierra se encontraba algo removida, y al poco tiempo quedaron al descubierto dos brazos, dos piernas y un torso en avanzado estado de descomposición. Cuando le preguntaron por la cabeza, el afroamericano se limitó a señalar los restos de una hoguera. Entre las cenizas aparecieron una mandíbula, algunos dientes y pedazos de un cráneo humano.

Entonces Wheeler contó que una noche, encontrándose bastante ebrio, Joe le había ordenado traer algunas mantas y una lata de alcohol. Después habían ido hasta el granero de su hermana a buscar un barril de 55 galones que metieron en el auto de Joe y llevaron hasta el río. Ahí, a punta de pistola, lo había obligado a hacer un pozo profundo y a ayudarlo a abrir el barril en cuyo interior estaba el cadáver de Hazel. Siempre bajo amenazas, lo forzó luego a desmembrar con él el cadáver y, una vez cumplida la tarea de enterrarlo, había arrojado la cabeza de la chica al fuego.

Cuando le preguntaron sobre el destino de Minnie Gotthardt, dijo que Joe la había llevado a Ingleside, cerca de Corpus Christi, donde después de emborracharse le había pegado un tiro en la cabeza. Reveló que la había matado porque descubrió que estaba embarazada y no quería que esa situación perjudicara su relación con Dolores. También en este caso fue sepultada por ambos en la arena. El 14 de octubre, el cuerpo de Minnie fue encontrado en el lugar en donde Wheeler había dicho que estaría.

Cuando Clifton fue interrogado sobre la desaparición de las demás chicas, negó saber algo sobre ellas. Bajo amenazas, se declaró culpable de complicidad y fue condenado a dos años de prisión.

Entre las cosas halladas en la taberna había un álbum con fotos de docenas de mujeres. No se comprobó que Ball las hubiera conocido, pero el alguacil J.

W. Davis consideró que podrían servir como pista de otros asesinatos.

Dolores fue localizada mucho después en California, donde se había radicado para comenzar una nueva vida. También fue encontrada en Phoenix, Arizona, otra de las chicas que se creía desaparecida.

Los caimanes de Joe terminaron en el zoológico de San Antonio.

Las investigaciones determinaron que la sangre y el pelo encontrados en el hacha no eran humanos, pero muchas de las chicas desaparecidas nunca fueron halladas.

En 1957, en una entrevista concedida al periódico *San Antonio Light*, Dolores declaró que Joe Ball era un hombre dulce y cariñoso, que jamás habría hecho daño a nadie ni alimentado a sus caimanes con carne humana. La duda permanecerá para siempre.

CAYETANO SANTOS GODINO

El petiso orejudo

Cayetano Santos Godino nació en la ciudad de Buenos Aires el 31 de octubre de 1896. Era hijo de los inmigrantes calabreses Fiore Godino y Lucía Rufo, y nadie imaginaba que años más tarde horrorizaría a la Argentina con el apelativo de «el Petiso orejudo».

Es muy probable que el responsable de haber creado a este monstruo, que terminó convirtiéndose en el primer criminal en serie de la historia policial argentina, haya sido su propio padre. Alcohólico y golpeador, había contraído la sífilis un tiempo antes del nacimiento de Cayetano. La criatura tuvo la desgracia de venir al mundo con graves problemas de salud, tanto es así que durante sus primeros años de vida estuvo varias veces a punto de morir a causa de una enteritis.

La infancia de Cayetano transcurrió en la calle, vagabundeando. A partir de los cinco años comenzó a concurrir a escuelas de donde irremediamente era expulsado por su falta de interés en el estudio y su pésimo comportamiento. Comenzó sus correrías y su sádica carrera criminal en los terrenos baldíos y en los tradicionales conventillos de los barrios de Almagro y Parque Patricios, que por entonces estaban al borde de la pampa. Era una pacífica zona de quintas de retiro y de descanso, pero también un suburbio donde se entremezclaban paisanos y extranjeros.

El 28 de septiembre de 1904, cuando Cayetano apenas tenía siete años, comenzó formalmente su carrera criminal. Por medio de engaños, llevó a Miguel de Paoli, un niño de casi dos años, hasta un baldío desolado, donde lo

golpeó salvajemente para luego arrojarlo sobre un montón de espinas. Un policía, que casualmente pasaba por el lugar, advirtió el hecho y llevó a los dos chicos a la comisaría donde, horas más tarde, fueron recogidos por sus respectivas madres.

Al año siguiente, Cayetano agredió a su vecinita Ana Neri, que apenas tenía dieciocho meses. Le condujo hasta otro baldío y allí la golpeó repetidamente en la cabeza con una piedra. Nuevamente fue descubierto por un policía que lo sorprendió en pleno ataque y logró detenerlo, pero dada su corta edad fue liberado esa misma noche.

Extrañamente, el que sería el primer asesinato de Cayetano pasó desapercibido, y recién fue descubierto años después, cuando él mismo lo relató en su confesión ante la policía. Según sus declaraciones, en 1906 tomó a una niña de aproximadamente dos años y la llevó hasta un descampado donde intentó estrangularla. Como no consiguió su objetivo, optó por enterrarla viva en una zanja que cubrió con latas. Las autoridades, al conocer este crimen, se dirigieron inmediatamente al lugar y se encontraron con que habían edificado una casa de dos pisos sobre el terreno. La historia no pudo ser comprobada, a pesar de que los archivos de la policía registraban una denuncia por desaparición con fecha del 29 de marzo de 1906, de una niña de tres años llamada María Roca Face, tomada en la comisaría 10ª. La niña nunca fue encontrada.

Ese mismo año, aparentemente solo unos días después de cometer su primer asesinato, Cayetano fue denunciado por su padre ante la policía al descubrir que había martirizado algunas aves domésticas. Fiore había encontrado dentro de un zapato de su hijo un pájaro muerto y, debajo de su cama, una caja en la que guardaba cadáveres de otras aves. Por ese motivo se levantó la siguiente acta:

En la Ciudad de Buenos Aires, a los 5 días del mes de abril del año 1906, compareció una persona ante el infrascrito Comisario de Investigaciones, la que

previo juramento que en legal forma prestó, al solo efecto de justificar su identidad personal, dijo llamarse Fiore Godino, ser italiano, de 42 años de edad, con 18 de residencia en el país, casado, farolero y domiciliado en la calle 24 de Noviembre 623. Enseguida expresó: que tenía un hijo llamado Cayetano, argentino, de 9 años y 5 meses, el cual es absolutamente rebelde a la represión paternal, resultando que molesta a todos los vecinos, arrojándoles cascotes o injuriándolos; que deseando corregirlo en alguna forma, recurre a esta policía para que lo recluya donde crea oportuno y para el tiempo que quiera. Con lo que terminó el acto y previa íntegra lectura, se ratificó y firmó. Fdos: FRANCISCO LAGUARDA, Comisario. Fiore Godino. Se resolvió detener al menor Cayetano Godino y se remitió comunicado a la Alcaldía Segunda División, a disposición del señor Jefe de Policía.

Cayetano pasó recluido algo más de dos meses y posteriormente regresó a las calles. Como ya no iba a la escuela, volvió a dedicarse a la vagancia, sumergido en sus fantasías morbosas y masturbándose continuamente.

El 9 de septiembre de 1908 volvió a actuar. Después de llevar a Severino González Caló, de dos años, a una bodega ubicada frente al colegio del Sagrado Corazón, lo sumergió en una pileta para caballos y la tapó posteriormente con una tabla para ahogarlo. El propietario del lugar, Zacarías Caviglia, descubrió la tentativa, pero Godino se defendió diciendo que el niño había sido llevado hasta allí por una mujer vestida de negro, de la que además dio detalladas señas particulares. De todas formas, fue conducido a la comisaría de donde fue recogido al día siguiente.

Seis días más tarde, el 15 de septiembre, en Colombes 632, quemó con un cigarrillo los párpados de Julio Botte, de veintidós meses de edad. Si bien fue descubierto oportunamente por la madre de la víctima, Cayetano logró escapar.

El 6 de diciembre, Fiore y Lucía Godino, cansados de los continuos problemas que les causaba su hijo, volvieron a entregarlo a la policía, logrando que lo confinaran tres años en la colonia de menores Marcos. Durante su encierro, Cayetano concurre a clases, en donde aprendió nociones

básicas de lectura y escritura. Pero su largo confinamiento, en lugar de regenerarlo, lo endureció. El 23 de diciembre de 1911 volvió a las calles, pero ahora convertido en un criminal frío y terriblemente potenciado.

Su liberación se produjo aparentemente a pedido de sus padres, con quienes regresó a vivir. En un inútil intento por redimirlo, le habían conseguido trabajo en una fábrica, pero por desgracia solo fue capaz de mantener el puesto alrededor de tres meses.

Retomando su hábito de vagar por las calles, ahora frecuentando los lugares y las personas del más bajo nivel moral de la pujante ciudad, comenzó a sufrir fuertes dolores de cabeza que se transformaban en impulsos de matar, sobre todo después de tomar alcohol.

El año 1912 es recordado por resonantes hitos históricos, como el comienzo de la guerra en los estados balcánicos y el hundimiento del Titanic, pero para Cayetano Santos Godino, a quien por entonces ya se lo conocía por el sobrenombre de «Petiso orejudo», no fue más que su año de furia.

El 17 de enero se introdujo en una bodega de la calle Corrientes y se dio el gusto de ponerse de cara a otra de sus grandes pasiones: el fuego. El incendio que provocó exigió a los bomberos un extenuante trabajo de cuatro horas para poder sofocarlo. Después de ser arrestado, Cayetano comentó que le gustaba ver trabajar a los bomberos porque «era lindo ver como caían en el fuego».

El 26 de enero de ese fatídico año, la ciudad fue conmovida por un crimen aterrador. El cadáver del menor Arturo Laurora, de trece años, fue encontrado en una casa que había sido puesta en alquiler en la calle Pavón. El cuerpo fue descubierto golpeado y semidesnudo, con un trozo de cuerda atado alrededor del cuello. Su desaparición había sido reportada el día anterior, pero las investigaciones no dieron resultado alguno. Más adelante, Cayetano confesó su autoría en el crimen.

El siguiente 7 de marzo le prendió fuego a las ropas de Reyna Bonita Vaínicoff, una niña de cinco años. La pequeña falleció 16 días después en el

Hospital de Niños.

En los meses posteriores causó dos incendios más que fueron controlados fácilmente sin que se lamentaran víctimas

El 24 de septiembre, mientras trabajaba en la bodega de un tal Paulino Gómez, mató de tres puñaladas a una yegua. No fue detenido, por falta de pruebas, y apenas unos días después incendió la estación Vail, de la Compañía de Tranvías Anglo Argentina.

El 8 de noviembre el Petiso orejudo, sacando provecho de sus acostumbrados engaños, convenció a Roberto Russo, de dos años, de que lo acompañara a un almacén en donde, supuestamente, le iba a comprar unos caramelos. En lugar de llevarlo al almacén, lo condujo hasta un alfalfar que se encontraba a pocas cuadras, en donde, después de atarle los pies, intentó ahorcarlo con un trozo de la cuerda que usaba para sostenerse los pantalones. Fueron descubiertos por un peón del alfalfar, que los entregó a las autoridades. Cayetano declaró que había encontrado al niño atado en el lugar y que estaba ocupado en rescatarlo cuando apareció el peón. Fue liberado por falta de mérito.

El 16 del mismo mes, en un baldío situado en la esquina de las calles Deán Funes y Chiclana, intentó golpear a Carmen Gittone, una niña de tres años. Un vigilante apareció oportunamente y Cayetano consiguió escapar una vez más. Cuatro días después, se llevó de la esquina de Muñiz y Directorio a la niña Catalina Naulener, de cinco años. Mientras buscaba un baldío por la calle Directorio, la menor comenzó a resistirse a continuar el paseo. Godino se descontroló y empezó a golpearla. Desde una de las casas ubicadas en las cercanías, salió un hombre alertado por los gritos y Cayetano tuvo que huir raudamente.

El último crimen del Petiso orejudo fue el mejor documentado de su brutal carrera homicida. Su víctima, Gerardo Giordano, de apenas tres años, salió, como todas las mañanas después de desayunar con sus padres, de su casa

ubicada en la calle Progreso 2185 para ir a jugar con sus amiguitos como era costumbre. Corría el 3 de diciembre de 1912. Esa misma mañana, a pesar de los ya reiterados gritos de su padre, Cayetano salió de su casa ubicada en Urquiza 1970, con la firme determinación de volver a matar. Después de vagabundear un rato por las cercanías, se encontró en la calle Progreso frente a un grupo de chicos que estaba jugando en la vereda. Se les sumó sin despertar ninguna sospecha porque, después de todo, su aspecto de idiota siempre le permitía ganar la confianza de sus víctimas.

No tardó mucho en convencer a Gerardo de que lo acompañase a comprar unos caramelos. Un rato antes y sin éxito, ya había invitado a Marta Pelossi, de dos años, pero la menor, asustada, había salido corriendo para refugiarse en su casa. De esta manera, víctima y homicida se encaminaron sin apuro hacia el almacén ubicado en Progreso 2599, en donde compraron dos centavos de caramelos de chocolate. El chico los reclamó de inmediato, pero Godino, sin inmutarse, resolvió dosificarlos: le dio solo algunos y prometió que le entregaría los demás si aceptaba acompañarlo hasta un lugar cercano, la Quinta Moreno.

No bien llegaron a la entrada, el chico se puso a llorar resistiéndose a ingresar. Pero Cayetano ya había llegado muy lejos como para dejar escapar a su presa y, sin vacilar, lo agarró violentamente de los brazos, lo introdujo en la quinta y lo arrinconó cerca de un horno de ladrillos. Después de derribarlo con fuerza y de aquietarlo poniéndole la rodilla derecha sobre el pecho, el Petiso entró en acción. Presuroso pero tranquilo, se quitó la cuerda que usaba como cinturón —el clásico piolín de algodón que emplean los albañiles para sostener las plumadas— y empezó a enrollarlo alrededor del cuello de Gerardo. Luego de darle trece vueltas, comenzó a tirar para estrangularlo. Pero como el niño se resistía buscando la forma de incorporarse, Cayetano se vio obligado a atarlo de pies y manos cortando la cuerda con un fósforo encendido. Volvió a intentar sofocarlo, pero el chico no dejaba de luchar. Fue

entonces cuando una nueva idea se le cruzó por la mente: ¿por qué no atravesarle la cabeza con un clavo?

Sin perder tiempo, se dispuso a encontrar la herramienta necesaria y salió del lugar. Casualmente se topó con el padre de Gerardo, que le preguntó por el paradero de su hijo. Imperturbable, Cayetano le dijo que no lo había visto y le sugirió que fuera hasta la comisaría más cercana para presentar la denuncia. Mientras el hombre se alejaba, el irrefrenable asesino encontró un viejo clavo de cuatro pulgadas y regresó con él junto al niño. Valiéndose de una piedra como martillo, lo hundió en la sien del moribundo y, después de cubrirlo con una vieja lámina de cinc, huyó de la escena del crimen.

Esa noche, durante el velatorio de su víctima, Cayetano tuvo la osadía de hacer acto de presencia. Después de observar durante algún tiempo el cadáver de Gerardo, se fue llorando del lugar (según sus declaraciones posteriores, quería ver si el cadáver aún tenía el clavo en la cabeza). Para su desgracia, dos policías, el subcomisario Peire y el principal Ricardo Bassetti, ya habían atado cabos con los casos anteriores, y esa misma madrugada hicieron allanar el hogar de los Godino y arrestar a Cayetano tras encontrar en sus bolsillos el artículo de un periódico donde se narraban los detalles del asesinato y, en sus pantalones, los acusadores restos del piolín con el que había intentado ahorcar a Gerardo.

Tras ser detenido confesó cuatro homicidios y numerosas tentativas de asesinatos. En una primera instancia, Cayetano Godino fue declarado penalmente irresponsable y se lo encerró en el Hospicio de las Mercedes, en el pabellón de alienados delincuentes, donde atacó a dos pacientes: uno de ellos, inválido en una cama, y el otro, confinado a una silla de ruedas. Después de un intento de fuga, fue trasladado a la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras y, finalmente, en 1923, al terrible penal de Ushuaia, la ciudad más austral del mundo, a la «cárcel del fin del mundo». En 1927, convencidos de que la raíz de su maldad estaba en sus enormes orejas, los médicos del penal

le hicieron una cirugía estética. Obviamente este tratamiento «extremo» no sirvió para nada.

En 1936 pidió la libertad y se la negaron: de los dictámenes médicos elaborados por los doctores Negri y Lucero y los doctores Estévez y Cabred se llegaba a la conclusión de que: «Es un imbécil o un degenerado hereditario, perverso instintivo, extremadamente peligroso para quienes lo rodean».

De su vida de recluso se sabe poco. Apenas alguna anécdota como la que cuenta que en 1933 consiguió desatar la furia de los presos porque mató al gato mascota del penal, arrojándolo junto con los leños al fuego. Le dieron tal paliza que tardó más de veinte días en salir del hospital. Las circunstancias de su muerte, ocurrida en Ushuaia el 15 de noviembre de 1944, siguen siendo oscuras. Supuestamente murió a causa de una hemorragia interna causada por un proceso ulceroso gastroduodenal, pero no se ignora que fue maltratado y, con frecuencia, violentado sexualmente. Sobrellevó los largos días de la cárcel sin amigos, sin visitas y sin cartas. El Petiso orejudo murió sin expresar remordimientos.

El penal de Ushuaia fue finalmente clausurado en 1947 y, cuando el cementerio fue removido, sus huesos ya no estaban.

HENRI DÉsirÉ LANDRU

El hombre de las muchas vidas

Apenas pasada su adolescencia, Henri Désiré Landru conoció a Marie Remy, se casó y tuvo cuatro hijos. Era un individuo de baja estatura, casi insignificante, sumamente introvertido, respetuoso, delicado e instruido. Sin lugar a dudas estas señas particulares no eran más que una máscara para mostrar ante su familia y sus conocidos, ya que, en realidad, Landru era en lo más profundo otra persona: un despiadado criminal de mente fría y conducta perversa.

Trabajaba en un garaje de Neuilly encargándose de las tareas de vigilancia y administración y, desde hacía algún tiempo, vivía con su familia en la ciudad de Clichy. Fue allí donde su mujer comenzó a sentirse incómoda cuando Henri le dijo que, a partir de entonces, debía llamarlo con otro nombre: François Petit. Le indicó que se fuera acostumbrando, pero no le dio ningún otro tipo de explicación. Debido a que Henri traía regularmente dinero a casa y sus ausencias no eran muy exageradas, Marie optó por aceptar la extraña condición impuesta por su marido y no volvió a hablar del tema. De cualquier forma, Henri se comportaba excelentemente bien con su familia.

Pero Landru comenzó a prolongar sus alejamientos. Había emprendido la prolija tarea de dedicarse a entablar relación con otras personas y a darse a conocer con otros nombres de diversos pasados. Sin ir más lejos, en el garaje era conocido como Fremyet.

Durante una de sus largas ausencias, Marie comenzó a inquietarse por los movimientos de su marido, ya que en una oportunidad la dejó atónita

despidiéndose de ella alegremente en plena noche. Landru había conocido a una viuda sumamente atractiva, madame Cuchet, y la había enamorado bajo la falsa identidad de Diard, un ingeniero con un brillante futuro, que hasta hacía muy poco vivía con su pobre madre enferma, que, lamentablemente, acababa de fallecer (todo un cuento para embaucar a la viuda).

Solo un pequeño problema complicaba la relación entre ambos: el hijo de 17 años de madame Cuchet, que no le agradaba a Landru, porque los visitaba con demasiada frecuencia y desconfiaba de él. Recelaba que el cargoso ingeniero no terminara de proponerle matrimonio a su madre, aunque madame Cuchet le rogara que fuese un poco más paciente, convencida de que la petición de mano llegaría en cualquier momento.

En aquella época París soportaba asiduos ataques aéreos con motivo de la guerra europea, de modo que Landru, bajo su falsa identidad de Diard, le propuso a madame Cuchet que ella y su hijo André se marcharan de la ciudad y se refugiaran en un hotelito de Vermouillet para alejarse de los bombardeos. Allí pasaron siete meses mientras Landru, teniendo bajo su control los ahorros de la mujer y la plena confianza de esta, se deshizo de los muebles de la casa en una colosal hoguera que despertó la curiosidad de todos los vecinos. Finalmente, nadie volvió a ver a madame Cuchet ni a su hijo, y Landru retomó su papel de padre ejemplar, fiel esposo y sumiso empleado del garaje de Neuilly.

Poco tiempo después se le ocurrió una forma más efectiva de encontrar candidatas ideales para concretar sus objetivos, y montó un negocio de contratación de empleadas para el cuidado de señoras o de niños. Así consiguió a su segunda víctima: nuevamente una viuda, pero esta vez mucho más atractiva que la anterior y con mucho más dinero, madame Laborde-Line. Con ella siguió la misma táctica que con madame Cuchet: se presentó como Dupont, un empleado del servicio secreto, y al poco tiempo le propuso que se fuera a vivir fuera de París, tras lo cual permaneció al resguardo de sus

ahorros para invertirlos convenientemente en aquella inestable época de guerra. Días después, los vecinos de aquel hotelito volvieron a deslumbrarse con una hoguera imponente.

Como empezó a circular el rumor de que, efectivamente, Dupont pertenecía al servicio secreto, nadie dijo nada cuando al poco tiempo la calle volvió a iluminarse con una tercera hoguera. Era como si ese oficio misterioso justificara cualquier cosa por más extraña que pareciese.

Finalmente, Landru abandonó definitivamente el hotel, pagó su cuenta y no volvió a aparecer por el lugar. Era necesario cambiar el radio de acción.

Por entonces estaba sumamente tranquilo porque sabía que ninguna de las desapariciones había sido denunciada a la policía, pero lo que ignoraba era que unos familiares de madame Laborde-Line habían comunicado sus sospechas a un inspector francés llamado Jean Bolin. Le habían dicho que creían que madame se había ido a pasar unas vacaciones a una propiedad de su pretendiente, al que ellos mismos habían visto en un par de ocasiones, y lo describieron como un tipo pequeñito, de barbita puntiaguda y voz grave.

Mientras tanto, Landru ya había fijado su nueva residencia ocasional para las visitas femeninas en Gambois, un pueblo antiquísimo que ni siquiera contaba con luz eléctrica. En ese lugar recóndito alquiló una casa, y con la autorización del dueño construyó un horno más grande, argumentando que era inventor y que estaba desarrollando un invento que serviría para acabar definitivamente con la guerra que estaban padeciendo. Ante esta misión patriótica nadie se atrevió a molestarlo; sin embargo, aunque los vecinos no podían ver la casa porque estaba rodeada por un alto muro, sí vieron extrañados la humareda oscura y acre que subía por la chimenea del nuevo horno que, en realidad, no era más que una caldera.

Landru encontraba mujeres con absoluta facilidad. Había creado una empresa de contratación femenina que le permitía libremente llevar a sus pobres víctimas hasta la casa de Gambois, donde estaba instalado desde 1916.

Tres años más tarde los pobladores, cansados de las extrañas quemas, decidieron quejarse. Para entonces ya había asesinado a más de cien mujeres. Como el pueblo estaba fastidioso y ya no tenía la excusa de la guerra porque esta había terminado, se volvió a su casa.

Regresó a su hogar con la dicha que la daba la riqueza y el júbilo por el regreso de sus hijos mayores, que habían participado en la guerra. Fue en ese marco de felicidad que le confesó a su esposa que era rico, aunque le indicara puntualmente que no se lo dijera a nadie.

Cuando comenzó a disfrutar de sus riquezas vilmente obtenidas, el inspector Bolin, alertado por la desaparición de otra mujer, madame Marchardier, se sumergió con más atención en sus investigaciones. Un día recibió la visita de una mujer que en una declaración previa no había mencionado que la desaparición de su hermana estaba vinculada a un enigmático pretendiente. Ese día Bolin terminó de unir los cabos sueltos cuando la hermana de la desaparecida le confesó, además, que había ido a verlo porque se había cruzado con el «pretendiente» en una tienda de la Rue de Rivoli, donde había visto al citado pretendiente comprando obras de arte.

El inspector se dirigió a la tienda sin perder tiempo y averiguó que el hombrecito de barba puntiaguda por el que preguntaba era muy conocido en el lugar, pero que desconocían su dirección. Entonces, formó un equipo de policías que envió a vigilar las inmediaciones durante un tiempo. Pero Landru no daba señales de vida. Más de cincuenta hombres repartidos por París lo buscaban por las calles sin conocer su verdadero nombre y enredándose en innumerables falsas alarmas.

Henri se encontraba disfrutando de su nuevo estilo de vida y se había alquilado un departamento privado que, naturalmente, no compartía con su esposa. Un buen día al llegar, se encontró al inspector Bolin esperándolo en su propio salón. El policía no titubeó en acusarlo de varios asesinatos, pero Landru ni se inmutó. Tan solo le replicó que debía probar su acusación.

Entonces, en Versalles comenzó a desarrollarse uno de los juicios más resonantes y célebres de aquellos años, pero curiosamente, aunque Henri reconoció y narró ciertos pasajes, solo aceptó haber engañado a las mujeres, pero no haber asesinado a ninguna. De todas formas existía una prueba irrefutable. Los agentes habían encontrado muelas y dientes de oro, celosamente guardados en un cajón del departamento. Si bien su dinero le permitió contratar los servicios del mejor abogado de la época, Moro-Giafferi, en febrero de 1922 Landru fue sentenciado a la guillotina.

BELA KISS

El mártir de Czinkota

Durante el año 1916, el pequeño pueblo húngaro de Czinkota se vio conmovido por el macabro hallazgo de alrededor de treinta cadáveres de mujeres en la casa de un hombre llamado Bela Kiss.

Todo comenzó cuando Bela llegó al lugar acompañado de su joven esposa María, a la que le llevaba 15 años, quien de inmediato obtuvo el aprecio de todos sus vecinos por su carácter amable y atento.

Kiss era un hombre adinerado, por lo que no tuvo inconvenientes en alquilar una casa no bien llegó al pueblo y contratar a dos sirvientes a los que les permitía retirarse para que pasaran las noches en sus propios hogares. Los dos criados no se cansaban de hablar maravillas de su patrón, que los atendía como nadie lo había hecho antes, aunque debían reconocer que el hombre tenía gustos extraños y era bastante parco. De todas formas, el recién llegado se fue ganado el respeto de la gente del pueblo, que lo consideraba un hombre muy respetable y educado.

Con cierta regularidad, el señor Kiss solía viajar para atender sus variados negocios pasando largas temporadas fuera del pueblo, y sus vecinos comenzaron a notar que durante esas ausencias María invitaba a la casa a un joven artista llamado Paul Bihari (o Bikari según las fuentes). Indignados por la conducta infiel de María, se aprestaron a anoticiarlo de esa infame traición. Pero Bela ya había vuelto y se había encontrado con la casa vacía y una carta de su joven esposa donde le comunicaba que había decidido abandonarlo. Los criados relataron después que habían visto al pobre hombre llorando

desconsoladamente con la carta en la mano.

Este incidente cambió a Bela: despidió a sus apegados sirvientes y los reemplazó por un ama de llaves. Deprimido, pasaba la mayor parte del tiempo solo, tratando de evitar a la gente que intentaba demostrarle su franca solidaridad. Paulatinamente empezó a conocer mujeres, a las que citaba en su casa, licenciando con frecuencia al ama de llaves. Esta observaba que a cada cita acudía una mujer distinta, y sentía pena por su patrón porque ninguna se quedaba a vivir con él, aunque no abandonaba la esperanza de que en algún momento fuera a encontrar a la mujer definitiva.

Un día Bela se encontraba conversando con el condestable del pueblo, cuando este le comentó que se acercaba la posibilidad de que su país entrara en la Primera Guerra Mundial. Bela lo invitó, entonces, a conocer sus instalaciones en el sótano, en donde había colocado unos depósitos cilíndricos destinados a guardar nafta, un combustible de indudable valor en el caso de un conflicto bélico. El oficial lo felicitó por su carácter previsor y se marchó para continuar con sus ocupaciones.

Por ese entonces, los periódicos empezaron a publicar alarmantes noticias sobre continuas desapariciones de mujeres. La policía volcó sus sospechas sobre un tal Hoffman, que había sido visto en compañía de más de una, pero todo quedó en la nada cuando Hoffman también terminó desapareciendo.

Cuando la guerra estalló en el país, Bela comenzó a disminuir la frecuencia de sus viajes y también la de sus citas, las que debió interrumpir definitivamente cuando fue reclutado para luchar. En un primer momento alegó estar imposibilitado para enrolarse porque sufría una grave dolencia en el corazón, pero después de ser revisado exhaustivamente por los médicos, llegaron a la conclusión de que la enfermedad era falsa o imaginaria, y lo incorporaron al ejército de inmediato. Antes de partir, el respetable húngaro se dirigió a las oficinas del condestable y le confió la llave de su sótano para que hiciera uso del combustible que fuera necesario en el caso de que él

muriera en el frente.

Cinco meses después el pueblo recibió la triste noticia de que Bela Kiss había muerto en un hospital militar de Belgrado.

El condestable hizo pública la generosa donación del apreciado mártir de Czinkota y se dirigió a la casa de Kiss con algunos soldados. Ya en el sótano, dos soldados intentaron mover uno de los recipientes, pero desistieron rápidamente argumentando que había algo sólido adentro y que pesaba demasiado. Los hombres abrieron el bidón y quedaron pasmados cuando descubrieron en el interior a una joven desnuda, estrangulada con una bufanda de seda y conservada en litros de alcohol. Juntando el poco coraje que les quedaba, abrieron el resto de los cilindros descubriendo, en cada uno de ellos, cuerpos de mujeres jóvenes, desnudos y asesinados del mismo modo, todos conservados en alcohol. Un solo bidón contenía nafta.

En los siguientes días, se pudieron encontrar diez cuerpos más enterrados en el jardín y doce en un bosque de las cercanías. También aparecieron en el sótano de la casa los cuerpos de María y de su amante, estrangulados.

En el curso de las investigaciones, se terminó confirmando que el principal sospechoso de las desapariciones de las mujeres, Hoffman, era en realidad el finado Bela Kiss, que había estado manteniendo correspondencia con más de veinte mujeres gracias a los anuncios matrimoniales de un periódico, que por otra parte le permitieron conocer la posición económica de las candidatas.

Un día el pequeño pueblo de Czinkota se vio conmovido una vez más por la noticia de que Kiss no estaba muerto, sino que había desertado. Había conseguido intercambiar su identidad con un joven soldado. Sin embargo, la diferencia de edad entre ambos había ayudado a identificar al joven, ya que Bela tenía más de cuarenta años. Se inició una búsqueda que no dio ningún resultado y se escucharon muchas versiones acerca de dónde se lo podía haber visto.

Fue otro desertor, que se había marchado de la Legión Extranjera francesa,

quien dio, seguramente, la pista más confiable: el hombre dijo que había conocido en el frente a un tipo que se jactaba de haber hecho una fortuna asesinando a mujeres ricas.

Cuando la policía ya lo tenía identificado, y estaba a punto de acorralarlo y atraparlo, Bela volvió a escapar, haciendo gala de un notable sexto sentido y sin sospechar siquiera que estaba a punto de caer en manos de la policía.

Durante los siguientes años corrieron rumores de habérselo visto en Budapest, Francia o Nueva York, y finalmente se supuso que se había exiliado en algún país de Sudamérica, donde su aspecto moreno le permitiría pasar desapercibido. En cualquier caso, nunca se volvió a saber de él. El húngaro misterioso había desaparecido para siempre.

CARL PANZRAM

Por el gusto de matar

Carl Panzram nació el 28 de junio de 1891, en una granja desolada del norte de Minnesota. Sus padres eran de descendencia alemana, austeros y trabajadores como todos los inmigrantes de aquella época de pobreza. Carl tuvo cinco hermanos y una hermana, todos honrados y obedientes. Cuando Carl tenía siete años, su padre se marchó un día de la granja y nunca más volvió. La familia se enfrentó entonces a un futuro incierto, y tuvo que ponerse a trabajar duro, sin que hubiera tiempo para quejarse.

A los once años Carl se introdujo en la casa de un vecino y robó todo lo que pudo conseguir, incluida un arma de fuego. Fue rápidamente descubierto por sus hermanos y enviado a un reformatorio juvenil, para evitarle penas mayores. Ahí fue golpeado y sodomizado durante dos años.

Cuando su madre fue a buscarlo para llevarlo de regreso al hogar lo notó cambiado. Estaba más silencioso, taimado y tranquilo. Pero la mujer tenía demasiadas cosas que la preocupaban como para prestarle atención; otro de sus hijos había muerto ahogado hacía poco, y su salud estaba frágil.

En enero de 1906 Carl, que por entonces tenía 14 años, vislumbrando que su futuro sería pasarse la vida trabajando en la granja, convenció a su madre de que lo enviara a una escuela. Al poco tiempo, cansado de un maestro que lo castigaba con un látigo, consiguió un arma con la intención de matarlo en plena clase. Pero el plan falló, fue expulsado de la escuela y tuvo que retornar a la granja. Dos semanas más tarde, saltó sobre un tren de carga y abandonó la vida rural para siempre.

Durante los años siguientes vagó por la región mendigando comida, durmiendo bajo los trenes y escapando de los policías, que en muchos casos eran más peligrosos que los delincuentes.

Poco tiempo después se montó en otro tren de carga y se dirigió a Montana donde, tras ser atrapado en un robo, terminó encerrado en un reformatorio de Miles City. En la primavera de 1906 ya tenía el cuerpo de un hombre, pesaba casi ochenta kilos y, tras solo unas cuantas semanas, el personal de la prisión lo consideró un criminal nato y puso especial atención en él. Carl peleó con los guardias, recibió tremendas palizas y un año después estimó que ya había tenido suficiente vida carcelaria y que era momento de huir, aunque aquello le costara la vida. Lo logró en compañía de otro interno, Jimmie Benson, con quien después pasó un tiempo vagando, robando y quemando algunas iglesias, en un prolongado viaje delictivo a lo largo de la línea del estado. Llegaron a la ciudad de Fargo con dos revólveres y cientos de dólares en sus bolsillos. Repartieron el botín y se separaron. Por entonces, Panzram había cambiado su nombre por el de Jefferson Baldwin.

En diciembre de 1907, llegó a la ciudad de Helena, Montana, un pueblo casi sin leyes, donde las personas todavía llevaban pistolas en el cinturón. Un día, mientras bebía en la barra de una taberna local, oyó que estaban reclutando gente para el ejército. Mintiendo sobre su edad, se alistó esa misma noche. Fue asignado a la Compañía A del 6º Regimiento de Infantería.

En su primer día con uniforme, fue sancionado por negarse a realizar un trabajo, y en abril enfrentó una corte marcial que lo degradó y sentenció a pasar tres años en Fort Leavenworth, Kansas. El entonces secretario de Guerra, William Howard Taft, aprobó la condena. Esa no fue la única vez que se cruzaron sus caminos.

En mayo de 1908 Panzram cruzó los confines oscuros de la penitenciaría federal de Leavenworth por primera vez. Las autoridades carcelarias no sabían que solo tenía 16 años. Carl estuvo encadenado a una bola de metal de

veintidós kilos, arrastrando su peso adonde fuera día y noche, y picando piedras durante diez horas, los siete días de la semana. Cuando fue liberado en 1910, tenía 19 años y ningún lugar adonde ir. Entonces se dedicó a robar, incendiar y violar sin piedad en Kansas, Texas, California, Washington, Idaho, Oregon y Utah, enloqueciendo a la policía de todos los estados.

Para 1913, templado por tantos años de bebidas, golpes, encarcelamientos y vida feroz, se había convertido en un criminal endurecido y estrenó un nuevo nombre: Jack Allen. Bajo ese alias fue arrestado por asalto y sodomía en Oregon, pero dos meses después escapó de la cárcel y se convirtió en Jefferson Davis, identidad que no le evitó conocer la prisión del estado de Montana, en Deer Lodge. Allí se reencontró con su viejo amigo Jimmie Benson, con quien planearon la fuga. Pero a último momento Benson fue transferido y Carl tuvo que escaparse solo. Una semana después fue arrestado nuevamente, pero esta vez con el nombre de Jeff Rhodes, y enviado a la cárcel hasta el 30 de marzo de 1915. Tres meses después fue condenado, como Jefferson Baldwin, a pasar siete años en la prisión estatal de Oregon, en Salem. En el registro de admisión anotó que su lugar de nacimiento era Alabama, y su ocupación, ladrón. En la misma página, figuraban Jefferson Davis y Jefferson Rhodes.

Tras varios años de castigos extremos y varios intentos de fuga, consiguió escaparse el 12 de mayo de 1918 después de cortar los barrotes de una ventana con una sierra. Subió a un tren de carga y dejó el noroeste de la región del Pacífico para siempre. Cambió su nombre por el de John O'Leary y se afeitó el bigote.

En el verano de 1920 se encontraba en New Haven, Connecticut, buscando una buena propiedad para robar. La encontró en la avenida Whitney 113. Era una ostentosa residencia colonial de tres pisos, la típica vivienda de un aristócrata. Ingresó por una ventana y registró a fondo los dormitorios. Encontró una gran cantidad de joyas, certificados de inversión y una pistola

automática calibre 45. El nombre que figuraba en los documentos era William H. Taft. Se trataba del mismo hombre que lo había enviado a pasar tres años a Leavenworth en 1907. En aquel entonces Taft había sido el secretario de Guerra; ahora era el presidente de los Estados Unidos. Después de juntar todo lo que le pareció útil, Panzram escapó por la misma ventana por la que había entrado y se fue caminando tranquilamente por la calle, cargando una bolsa enorme y pesada.

Se fue a Manhattan, donde vendió la mayor parte de las joyas y las obligaciones robadas, y se quedó solamente con la pistola calibre 45. Con el dinero obtenido compró un yate, el Akista. Inscribió el barco a nombre de John O'Leary y lo amarró en el yacht club de New Haven. Fue entonces cuando le afloraron las ganas de matar.

Contrató a dos marineros para que lo ayudaran en su embarcación, los hizo trabajar duramente durante el día y luego los invitó a cenar y a beber hasta emborracharse. Cuando se durmieron, tomó la pistola del presidente y les disparó en la cabeza. Seguidamente ató una roca en cada cuerpo, los cargó en un bote y remó hasta Long Island, donde los arrojó al mar. Esa operación la repitió solo cinco veces más, porque cuando estaba concretando la sexta, una tormenta terrible destrozó el Akista.

En 1921, después de pasar unos meses detenido en Bridgeport, Connecticut, por robo y posesión de arma de fuego, dejó el estado y se embarcó como polizón en un buque que lo llevó hasta Angola, una colonia portuguesa en la costa occidental de África. Allí consiguió un trabajo en la compañía de petróleo Sinclair, como capataz en un aparejo de barrenado de aceite.

Al poco tiempo de asentarse en el pueblo costero de Luanda, violó y mató un chico de once años. Entonces se dirigió a Lobito Bay, en la costa atlántica, para pasar unas semanas de descanso en una aldea pescadora. Varias semanas más tarde contrató a seis nativos para que lo guiaran por la selva a cazar cocodrilos, que eran muy bien pagos por los especuladores europeos en el

Congo. Cuando los nativos le exigieron una parte de las ganancias, les disparó a los seis mientras iba río abajo y los arrojó al agua para alimentar a los cocodrilos. Sus días en Lobito Bay habían terminado.

Remontó el río de Congo hacia un lugar llamado Point Banana, y luego continuó hasta Costa de Oro. Les robó a los granjeros de la aldea local y consiguió el dinero suficiente como para comprar un pasaje a las islas Canarias. De ahí viajó nuevamente de polizón en un buque a Lisboa, Portugal. Cuando llegó a la ciudad se enteró de que el gobierno municipal conocía sus andanzas en África y tuvo que ocultarse a bordo de otro barco que zarpaba para América. Durante el verano de 1922 estaba de regreso en suelo norteamericano.

Unos días después de llegar, fue a Nueva York donde renovó su licencia de capitán y los papeles de su yate estrellado; se proponía robar otro barco y rehabilitarlo bajo el nombre de Akista. Buscando el sustituto llegó al pueblo de Salem, Massachusetts, famoso por los juicios de brujería del siglo XVII. Allí, en la calurosa tarde del 18 de julio de 1922, se cruzó con un niño de doce años que caminaba solo por el lado occidental del pueblo. Su nombre era George Henry McMahon y venía de pasar el día en el restaurante de una vecina. Carl se le acercó y lo invitó a pasear en trolebús. Un kilómetro más adelante de donde habían abordado el vehículo, descendieron en una zona desértica. Allí Panzram lo sodomizó y le reventó la cabeza con una roca. Después cubrió el cuerpo con unas ramas y se fue a Nueva York, donde tres días después leyó la noticia en los periódicos.

A principios de 1923, alquiló un departamento en Yonkers, Nueva York, usando su alias John O'Leary. Consiguió trabajo como vigilante de la Abeeco Mill Company y conoció a un muchacho de 15 años llamado George Walosin. Cuando lo quiso sodomizar, quedó sorprendido, no solo porque el muchacho no se resistió, sino porque era un experto en la materia. Como premio, decidió perdonarle la vida.

Durante el verano de 1923, Panzram estaba en Providence, Rhode Island, donde robó una embarcación. Para entonces ya era un marinero avezado que había navegado los mares en decenas de países, con diferentes condiciones atmosféricas. El barco tenía doce metros de longitud y estaba provisto del mejor equipamiento. En el mes de junio dirigió la embarcación por el río Hudson hasta Yonkers, donde atracó durante la noche. Ahí fue a buscar a George Walosin para que lo ayudara en el yate durante su viaje. Se dirigieron 80 kilómetros río arriba de Kingston, donde Panzram amarró el yate en una bahía pequeña del río Hudson. Rápidamente repintó el casco y cambió el nombre en la popa. Entonces se aventuró a tierra y visitó los refugios locales para encontrar un comprador. Pronto un joven aceptó subir a bordo del yate para verificar su navegabilidad. Panzram partió con el comprador en la noche del 27 de junio. Tomaron unas cuantas bebidas, y una vez lejos de la costa le disparó dos veces en la cabeza. Entonces ató un peso de metal en el cuerpo y tiró al hombre por la borda. A la mañana siguiente, Panzram y George Walosin, que había visto el asesinato, navegaron fuera de la bahía a través del río hacia Newburgh. Cuando finalmente Carl decidió anclar, George saltó por encima de la borda y nadó a la costa. Volvió a Yonkers al día siguiente y le dijo a la policía que había sido violado por Panzram.

Las autoridades alertaron a todos los pueblos sobre el río Hudson de la existencia del capitán John O'Leary, y Panzram fue arrestado con ese nombre. Dijo que era un marino nacido en Nevada y que tenía 40 años. Pidió un abogado, a quien le ofreció el barco como recompensa si lo sacaba de la cárcel. El abogado pagó la fianza con dinero propio y cuando fue por el yate se encontró que era robado. La policía inmediatamente confiscó la embarcación y aquel comprendió que había sido un imbécil.

Después de escapar de Yonkers, Carl viajó hacia New London, donde el 9 de agosto de 1923 asesinó a un mendigo simplemente por placer. Un mes después estaba en Larchmont, un pueblo hasta entonces tranquilo, ubicado en

la costa meridional de Westchester County. Durante la noche del 26 de agosto ingresó en la estación de trenes de la ciudad y valiéndose de un hacha destrozó una ventana y se metió en el depósito de equipajes para saquear las docenas de maletas de los pasajeros del tren del día siguiente. Fue sorprendido por un guardia armado y detenido una vez más.

Unas cuantas semanas más tarde fue juzgado, declarado culpable y condenado a cinco años de cárcel. Fue traslado a Sing Sing, pero no estuvo ahí mucho tiempo. Los hombres como Panzram, duros criminales difíciles de controlar, eran enviados rutinariamente a la prisión de Clinton, lejos de la masa general de prisioneros y a merced de un grupo de guardias acostumbrados a residentes hostiles.

Las prisiones norteamericanas de principios del siglo XX no eran el mejor lugar para pasar los días. Las condiciones de ciertas instituciones estaban muy cerca de la barbarie. Eran rutinarios la tortura, el encadenamiento, el azotamiento, el aislamiento y las palizas salvajes. Entonces nadie hablaba ni pensaba en la rehabilitación del convicto. Uno de esos lugares era la prisión de Clinton, más conocida como Dannemora, el pozo del infierno, el lugar sin retorno. Ubicada a 10 kilómetros de la frontera canadiense, estaba considerada la institución carcelaria más brutal y represiva de los Estados Unidos. Allí llegó Panzram en octubre de 1923.

Al entrar fue desnudado, y le confiscaron todas sus pertenencias. Le informaron que tenía prohibido hablar con los guardias y que no se toleraba ningún desacato.

Pronto supo que la vida era brutalmente dura para los reclusos, quienes trabajaban bajo el yugo aplastante de los guardias, para quienes los residentes eran animales que merecían el peor tratamiento. Pero eso no asustó a Panzram. En pocas semanas ideó una bomba incendiaria para prender fuego a los talleres, pero algunos guardias encontraron el dispositivo y lo desarmaron a tiempo. Más adelante, intentó matar a uno de los carceleros, atacándolo

cuando dormía en una silla, pero lo único que consiguió fue una reprimenda salvaje. Unos meses después hizo su primer intento de fuga: subió por una pared de la prisión, pero cuando estaba llegando al tope cayó desde diez metros sobre el piso de concreto. Se rompió ambas piernas y tobillos y terminó con la columna vertebral seriamente lesionada. No recibió ninguna asistencia médica, fue arrastrado hasta su celda y abandonado en el suelo.

Recién al final de catorce meses de agonía constante, fue llevado al hospital, donde lo operaron de las fracturas y le extirparon un testículo. Poco después lo descubrieron sodomizando a otro residente y terminó tirado en el «solitario», donde permaneció ignorado varios meses.

Allí empezó a planear cómo matar a la mayor cantidad de personas posible; cómo volar un túnel de ferrocarril al paso de un tren o dinamitar un puente en Nueva York o el canal de Panamá. Pero su mayor objetivo era envenenar el abastecimiento de agua de Dannemora. En julio de 1928, después de cumplir sus cinco años de condena, lisiado para siempre y perdido en las profundidades de su locura, fue puesto en libertad.

En dos semanas, cometió no menos de una docena de robos y mató al menos a un hombre durante un asalto en Baltimore. En el momento que fue arrestado y llevado a la cárcel de Washington, D. C., tenía un aspecto terrible. Era un individuo de un metro ochenta de altura y noventa kilos de músculos, con un tatuaje grande de un ancla en el antebrazo izquierdo, otro similar con un águila y la cabeza de un chino en el derecho, y dos águilas en el pecho con las palabras «Libertad» y «Justicia», tatuadas debajo de las alas. Tenía los ojos color gris acero y llevaba un bigote negro, que le cubría el labio superior. Cuando lo revisaron, dio su nombre real por primera vez en varios años.

La policía hizo las averiguaciones de rutina y conoció sus andanzas en el estado. Un guardia novato de 26 años, Henry Lesser, hijo de un inmigrante judío que había sido asesinado ese año, se propuso saber algo más sobre ese prisionero que no hablaba con nadie.

Panzram fue apartado de su celda a un área aislada y atado alrededor de un grueso poste de madera. Unos guardias lo levantaron hasta que los dedos del pie apenas tocaban la tierra, y los brazos quedaron estirados más allá de los hombros. Entonces, lo golpearon hasta que quedó inconsciente y lo dejaron atado al poste toda la noche. En algún momento de la sesión de tortura, Carl decidió admitir los asesinatos de varios muchachos jóvenes y dijo sonriente cuánto lo había disfrutado. A partir de entonces, cada día que pasaba relataba más y más. Por alguna razón, el guardia Henry Lesser se apiadó del hombre a quién todos odiaban; le compró cigarrillos, comida extra, e increíblemente los dos hombres se hicieron amigos. Pronto Carl aceptó escribir su historia de vida para Henry, que le suministró lápiz y papel. Panzram fue escribiendo los detalles de su larga vida de odio y depravación. En esta confesión extraordinaria, de 20.000 palabras, detalló sus asesinatos, suministró fechas y lugares donde habían ocurrido sus crímenes, y relató la historia de sus arrestos y de sus distintas identidades. Pero no solo escribió sobre su vida, también opinó sobre el sistema de justicia criminal y el poder de la sociedad sobre el individuo.

Su juicio por los robos en el distrito se abrió el 12 de noviembre de 1928. Ese mismo día fue declarado culpable de todos los cargos y sentenciado a 25 años de prisión en Leavenworth, Kansas, donde volvió a entrar el 1 de febrero de 1929.

Considerado un psicópata demasiado peligroso para asociarse con la población carcelaria general, fue asignado a la habitación de lavandería, donde trabajaba todo el día solo, clasificando y lavando las ropas de los residentes. Su supervisor, Robert Warnke, no le aceptaba ni el menor desliz y lo mandaba al solitario por cualquier error.

El 20 de junio Panzram estaba trabajando en la lavandería como de costumbre, cuando vio apoyado contra la puerta un hierro de un metro de largo, comúnmente usado como apoyo para los embalajes. Sin decir una

palabra, levantó la barra y se acercó a Warnke, que estaba preparando un informe. En segundos le destrozó la cabeza esparciendo sangre, huesos y materia gris por toda la habitación. Ese día había otros residentes en la lavandería. Cuando vieron horrorizados el ataque de Panzram, quisieron escapar, pero las puertas estaban cerradas. Entonces todos comenzaron a gritar pidiendo ayuda mientras Panzram los perseguía alrededor de la habitación voceando, maldiciendo, balanceando la enorme barra de hierro, destrozando muebles, escritorios, luces, y obligando a los residentes aterrorizados a encaramarse en las enrejadas paredes para alejarse del violento loco.

Una alarma general sonó en la prisión y docenas de guardias armados con ametralladoras y rifles de alta potencia corrieron a la lavandería. Ingresaron a la habitación y vieron a Carl sosteniendo la barra como un bate de béisbol, con su ropa desgarrada y cubierto de pies a cabeza con sangre fresca. Cuando fue reducido, Panzram caminó quietamente a su celda sin decir una palabra y se sentó en su catre.

El juicio por el asesinato de Warnke empezó el 14 de abril de 1930. Panzram no quiso abogado y se declaró inocente. El jurado tardó cuarenta y cinco minutos en dar su veredicto. A nadie le sorprendió que Carl Panzram fuera declarado culpable del asesinato sin la recomendación de clemencia. El juez Hopkins lo volvió a poner bajo custodia en Leavenworth «hasta el quinto día de septiembre, cuando, entre las horas seis y nueve de la mañana, sería trasladado a cierto lugar adecuado dentro de los confines de la penitenciaría y colgado del cuello hasta su muerte».

En la fría y polvorienta mañana del viernes 5 de septiembre de 1930, Panzram fue sacado de su celda por última vez a las 5.55 y escoltado hasta la horca. Un puñado de periodistas y una docena de guardias actuaban como testigos. El comportamiento del condenado fue rebelde como siempre. Maldijo a su propia madre por haberlo traído a este mundo y a todo el género humano. Escoltado por dos custodios, caminó rápidamente hasta el andamio de madera

con los dientes apretados. Subió los trece pasos a la plataforma y se mantuvo erecto cuando los custodios intentaron ponerle una capucha negra sobre la cabeza. Antes que completaran su tarea, Carl escupió en la cara del verdugo y gruñó: «Apurate, bastardo, ¡yo mataría a diez hombres en el tiempo que tú pierdes!». Después que el lazo estuvo asegurado, los custodios dieron un paso atrás, y exactamente a las 6.03 las trampas se abrieron. Panzram cayó. Fue declarado muerto por el doctor Justin K. Fuller quince minutos después. Su cuerpo no fue reclamado y ese mismo día fue transportado al cementerio carcelario en una carretilla. La única identificación en su lápida sepulcral es el número 31.614. Su historia fue llevada al cine por Tim Metcalfe en 1996, con el título de *El corredor de la muerte* (*Killer: A Journal of Murder*) y fue protagonizada por James Woods.

FRITZ HAARMAN

El vampiro de Hannover

Fritz Haarman, quien se ganó merecidamente el apodo de «el vampiro de Hannover», nació en Alemania en 1879, estudió en el colegio militar y sirvió durante algún tiempo al ejército de su país. Poco después de ser licenciado, se lo acusó de haber cometido actos indecentes con niños y fue llevado a juicio, donde se determinó que debía ser internado en un sanatorio por presentar un manifiesto desequilibrio mental.

Después de salir del hospital, Haarman fue protagonista de violentas peleas con su padre, de manera que lo arrestaron de nuevo. Cuando consiguió su libertad, se alistó en una unidad de choque militar, en la que sirvió por un tiempo, y demostró una excelente conducta. Otra vez fuera del ejército, se vio implicado en problemas relacionados con robos y episodios de violencia. Su historia seguía un ciclo perfecto: se metía en líos, lo arrestaban y salía libre una y otra vez.

En 1918, mientras Alemania era sacudida por la guerra, Fritz puso una taberna de baja categoría, donde durante el día vendía carne e información secreta, que le aportaba un buen dinero extra. Por las noches se dirigía a la estación central del ferrocarril de Hannover, donde se paseaba por las salas y andenes para recoger a algunos muchachos que, en su mayoría, eran refugiados que buscaban un lugar de abrigo y un poco de alimento caliente, o fugitivos de las zonas más castigadas por la guerra. Sacando provecho de su cautivante personalidad, Haarman lograba ganarse su confianza e invitarlos a su casa. Naturalmente volvió a caer arrestado, esta vez por mantener relaciones

sexuales con un desertor de 18 años. Lo condenaron a pasar nueve meses en prisión.

Años después, durante el juicio que motivaron sus crímenes, declaró: «Cuando me arrestó la policía, la cabeza del muchacho Friedel Rothe estaba escondida bajo un periódico, detrás de mi negocio. Luego la arrojé al canal».

Fritz Haarman no operaba en forma solitaria, sino que trabajaba con otro hombre llamado Hans Grans, a quien había conocido en 1919. Elegían a sus víctimas entre los homosexuales que se reunían en los cafés gay de Hannover: el Café Kröpcke, donde concurrían los muchachos de elevados ingresos, y el café Zur Schwülen Guste, que congregaba a aquellos que estaban en el otro extremo de la escala social. El vampiro y su acompañante incondicional abordaban a los jóvenes y, tras una estudiada conversación, estos encuentros terminaban invariablemente con una cita en su casa, donde Fritz los atacaba mordiéndoles la garganta hasta matarlos.

Después de cometer sus sangrientos ataques, Haarman hacía desaparecer los cuerpos de sus víctimas a través de la carnicería y vendía sus ropas y pertenencias en el mercado negro. El 7 de diciembre de 1924 un periodista anónimo del diario *News of the World* manifestó su espanto en un artículo que escribió sobre el juicio de Haarman y Grans:

Tras esta puerta tuvo lugar el asesinato de veinticuatro muchachos. El horror se magnifica porque el monstruo tenía el descaro de vender a sus clientes la carne de los cadáveres que él ya no podía consumir...

Estando Haarman en el banquillo de los acusados, apareció un hombre más joven, Hans Grans, al que se le acusó, primero, de complicidad en los asesinatos. Más tarde fue acusado de incitar a Haarman a cometerlos y de aceptar objetos robados. La policía sigue la pista de un tercer hombre, de nombre Charles, también carnicero, que se supone es el tercer miembro del monstruoso grupo. Se cuenta ya con cerca de doscientos testigos, que probarán que todos los muchachos desaparecidos fueron llevados a la muerte con el mismo horrible procedimiento, es decir, a la manera del vampiro.

El relato era tan truculento como cierto: el tal Charles se valía de sus habilidades de carnicero para descuartizar los cuerpos de las víctimas, cuyas partes arrojaba al río o servía a los clientes de la taberna, quienes, sin saberlo, las comían gustosos acompañándolas con la buena cerveza que Haarman les ofrecía.

El vampiro de Hannover fue ejecutado el miércoles 15 de abril de 1925, condenado por haber cometido veintisiete asesinatos con premeditación y alevosía. Al día siguiente, en Berlín, se anunció que el cuerpo de Fritz Haarman no iba a ser sepultado hasta que especialistas de la Universidad de Gotinga terminaran de examinarlo exhaustivamente. Debido al *modus operandi* del criminal, el caso había despertado un enorme interés entre los científicos alemanes, que decidieron estudiar su cerebro para encontrar en él evidencias físicas de su perversidad. En el *London Daily Express* del 17 de abril de 1925, apareció la siguiente noticia: «Cerebro de vampiro. Se especula acerca de su conservación para ser estudiado por científicos».

Sin embargo, un año después, los diarios volvieron a publicar la noticia de extrañas desapariciones de muchachos. Las sospechas recayeron nuevamente sobre la carnicería de Haarman y Grans, aunque este cumplía una condena de doce años en prisión y Fritz ya había muerto (aparentemente).

PETER KÜRTEEN
El vampiro de Düsseldorf

Ningún asesino en la historia del crimen causó jamás tanto terror como Peter Kürten en la ciudad de Düsseldorf durante el período de la posguerra. Se puede afirmar, sin lugar a dudas, que la epidemia de ataques sexuales y de asesinatos ocurridos entre febrero y noviembre de 1929 provocó la más angustiante ola de horror y desprecio vivida en Alemania y diseminada por el mundo entero. Debido a ello, la extensa investigación judicial intentó castigar no solo al asesino por sus crímenes, sino también penetrar la mente y el alma de este hombre misterioso y enigmático.

Un estudio clínico de Kürten mediante un análisis rápido y paciente reveló que se estaba en presencia de un asesino anormal y patológico. Cometió los primeros asesinatos en la ciudad de Köln el 25 de mayo de 1923. Peter ya robaba en condominios multifamiliares y esa tarde se encontraba examinando un departamento en la ciudad de Köln.

Entré en una casa en el Wolfstrasse, cuyo inquilino era de apellido Klein; fui hasta la primera planta. Abrí varias puertas y no encontré nada digno de robar; pero en la cama vi a una niña durmiendo de aproximadamente diez años, cubierta con una cobija gruesa de plumas.

Sin ningún motivo, Kürten agarró a la niña del cuello, y con ambas manos la estranguló. Luego llevó su cuerpo al borde de la cama y penetró los órganos genitales con los dedos.

Tenía un pequeño cuchillo de bolsillo con el cual le corté la garganta. Oí los chorros y el goteo de la sangre en la estera al lado de la cama. Salió a borbotones en un arco. La cosa entera duró cerca de tres minutos. Entonces salí, cerré la puerta otra vez y regrese a mi casa en Düsseldorf.

El cadáver de la niña estaba pálido y la lengua había sido mordida brutalmente. En la garganta había dos heridas separadas. La superior, de uno a dos milímetros de profundidad y de nueve centímetros de largo, había sido hecha con un solo movimiento de mano, mientras que la inferior había exigido cuatro movimientos.

La primera víctima de Kürten fue una niña llamada Christine Klein, de diez años, estudiante de la escuela de Köln. Su padre, Peter Klein, administraba una taberna. Todas las sospechas del asesinato recayeron de inmediato sobre el hermano de este, Otto, ya que la tarde anterior había pedido un préstamo a Peter, que se lo había negado. En un ataque de furia, Otto había amenazado hacer algo que su hermano «recordaría toda su vida». En la habitación donde habían matado a la niña, la policía encontró un pañuelo con las iniciales P. K. Parecía razonable culpar a Otto, debido a la disputa generada por el préstamo negado. Las sospechas sobre Otto se fueron ahondando por el solo hecho de que no había otros motivos para haber cometido el asesinato: la niña había sido asfixiada y le habían cortado la garganta con un cuchillo; había muestras de algún tipo de exceso sexual, pero no de violación, y parecía posible que Otto hubiera penetrado los órganos genitales de la niña por venganza. Lo acusaron del asesinato de Christine, pero el jurado lo absolvió porque las evidencias no eran lo suficientemente contundentes, aunque estaba parcialmente convencido de su culpabilidad.

Al día siguiente, Kürten entró al café Mullheim, que se encontraba enfrente del bar de Klein, se sentó y bebió una cerveza de botella. Como era comprensible, las conversaciones en el lugar giraban en torno del horrible asesinato, y Kürten aprovechó la circunstancia para comentar el horror e

indignación que le había provocado. Su apetito sádico había despertado y, ávido de sangre, pronto comenzó una serie de ataques contra la gente de Düsseldorf.

A pesar de que en 1921 pasó un tiempo en la prisión de Altenburgo, antes de esta etapa Kürten había llevado una vida perfectamente normal y respetable. Tenía un trabajo fijo en una fábrica y era un activo concurrente de los círculos de la política. Su función de activista le concedió algunos años de paz y decencia. Pero en 1925 volvió a Düsseldorf para dar rienda suelta a sus inclinaciones criminales. Cuando veía la ciudad a la luz de la tarde, decía, regocijándose: «la puesta del sol era sangre roja que me daba la bienvenida», interpretando el atardecer como un presagio de su destino. Cuatro años después del crimen de la niña, parecía tener su instinto asesino bajo control, pero solo se trataba de un período de remanso antes de desencadenar los horrores sufridos por los habitantes de la ciudad en el año 1929.

La policía de Düsseldorf se enteró de las primeras atrocidades cuando encontró bajo un árbol el cuerpo de una niña de ocho años, Rosa Ohliger. La habían apuñalado trece veces y habían tratado de quemar su cuerpo con nafta. El asesino también la había apuñalado en la vagina, y las manchas de semen en su ropa interior indicaban que había sido violada.

Las investigaciones indicaron en ese momento que la causa de la muerte había sido la hemorragia producida por las puñaladas, y que el móvil del asesino podía deducirse a partir de la lesión encontrada en los órganos genitales de la víctima. Más adelante se pudo comprobar que el objetivo de Kürten no había sido el acto sexual, sino que se había limpiado el dedo manchado con semen en la ropa interior de la niña y luego lo había introducido en la vagina.

Seis días antes, un hombre había abordado a una mujer llamada frau Kühn, la había tomado de las solapas y apuñalado varias veces. La mujer sufrió veinticuatro heridas. Era evidente que el apetito sádico de Kürten todavía no

había sido satisfecho; apenas acababa de descubrir un nuevo estímulo sexual al volver a las escenas de sus crímenes.

Visité dos veces la misma tarde el lugar en donde atacé a frau Kühn y luego fui y volví varias veces. Al hacer esto tenía a veces eyaculaciones. Cuando rocié la gasolina sobre el cadáver de Ohliger y vi el fuego sobre el cuerpo, tuve una eyaculación que alcanzó la altura del fuego.

Solamente habían transcurrido cinco días desde el asesinato de Rosa Ohliger, cuando un mecánico de 45 años de edad, llamado Scheer, fue encontrado apuñalado en una carretera en Flingern; tenía veinte heridas de cuchillo. Al día siguiente Kürten volvió al escenario del crimen y tuvo la audacia de conversar con los detectives y policías que cubrían el caso. La policía no tenía motivos para sospechar de Kürten y habló con él de manera abierta sobre el episodio.

Poco tiempo después de una serie de violaciones, arrestaron a un deficiente mental llamado Stausberg por asaltar a dos mujeres con un lazo. Naturalmente, la policía acusó a Stausberg de los ataques de febrero y el idiota confesó todos los crímenes. Fue encerrado en un asilo psiquiátrico.

Cuando todo parecía haberse aclarado y la pesadilla llegado a su fin, en agosto una serie de estrangulaciones y de ataques con puñaladas hizo ver a la policía que se había equivocado: el vampiro atacaba de nuevo. En el suburbio occidental de Lierenfeld, tres personas fueron apuñaladas durante la noche mientras miraban una casa que había sido puesta en venta. Las tres víctimas fueron sujetadas y tenían heridas profundas en las costillas y espaldas.

La noche del 23 de agosto de 1929, cientos de personas celebraban las fiestas de aniversario de Flehe. Aproximadamente a las 10.30 de la noche dos niñas, Gertrude Hamacher, de cinco años, y Louise Lenzen, de catorce, salieron de la feria y comenzaron a caminar hacia su hogar. Una sombra surgió de entre los árboles y las fue siguiendo a lo largo del camino. La sombra

detuvo a las niñas y dijo a Louise: «Por favor, consígueme algunos cigarrillos mientras yo me ocupo de tu pequeña hermana».

Louise tomó el dinero y regresó al parque de atracciones. El hombre levantó a Gertrude en brazos y, después de estrangularla, le cortó lentamente la garganta con una navaja de afeitar. Cuando Louise volvió unos minutos después, fue secuestrada por el misterioso hombre que, luego de estrangularla como a su amiga, la decapitó.

Durante la tarde siguiente, un hombre se acercó a una empleada de servicio domestico llamada Gertrude Schulte, e intentó convencerla de tener relaciones sexuales. Cuando ella se negó, el hombre gritó «muere» y le clavó un puñal. Afortunadamente, Schulte sobrevivió, pero solo pudo describir a su asaltante como una persona de aspecto agradable, de alrededor de 40 años. Kürten ahora desplegaba al máximo su sexualidad y su ferocidad. El aumento de los ataques convenció a los especialistas de que el vampiro había perdido todo el control de sus impulsos homicidas.

En septiembre violó y asesinó a una adolescente llamada Reuter, y el 12 de octubre otra joven llamada Elizabeth Dorrier fue asesinada. Estos casos fueron seguidos por los ataques con martillo a frau Meurer y frau Wanders, ambos el 25 de octubre. Toda la ciudad de Düsseldorf entró en pánico. Los violentos crímenes parecían no tener fin. El 7 de noviembre, se denunció la desaparición de Gertrude Albermann, de 45 años. Dos días después un periódico local recibió una nota en su redacción, donde se indicaba que su cuerpo podía ser encontrado en la parte trasera de una fábrica. Naturalmente, el cuerpo fue hallado donde el asesino había descrito, entre una masa de ladrillos y de escombros. Gertrude había sido estrangulada y había recibido treinta y cinco puñaladas.

En el lapso entre febrero y mayo de 1930, los ataques se acrecentaron, aunque ninguno tuvo consecuencias fatales. A pesar del enorme operativo organizado para capturar al vampiro, el asesino seguía libre. Dusseldorf

clamaba justicia. Los métodos empleados por el asesino cambiaban permanentemente y, por lo tanto, no había ningún patrón claro que los detectives pudieran seguir. Para mayo de 1930, el terror se había adueñado de las calles de Dusseldorf, y el vampiro gozaba de su libertad.

El 14 de mayo de 1930, una empleada doméstica llamada María Budlick viajaba a la ciudad de Köln en busca de trabajo, cuando, en la estación de Dusseldorf, un hombre se le acercó y le ofreció indicarle la manera de abordar el transporte adecuado. Caminaron un tramo por las calles, pero cuando él comenzó a conducirla hacia un parque, la muchacha recordó repentinamente los artículos que los diarios publicaban sobre el asesino y lo rechazó para evitar problemas.

El hombre insistió y, mientras discutían, un segundo hombre apareció preguntando qué sucedía entre ellos. Claramente alterada, la mujer aprovechó la situación para marcharse con el recién llegado, mientras el otro hombre se quedó en la estación del ferrocarril viendo cómo se iba con su salvador: el gentil Peter Kürten.

La mujer me dijo que estaba sin trabajo y no tenía dónde ir. Acordó primero venir a mi casa en Mettmanner Strasse, pero entonces dijo repentinamente que ella no deseaba relaciones sexuales y me preguntó si podía encontrarle algún otro lugar para dormir.

Tomaron el tranvía a Worringerplatz, y en las bodegas de maderas de Grafenberger Kürten tomó a Budlick del cuello con una mano y le preguntó si podía poseerla.

Pensé que bajo estas circunstancias cambiaría de opinión; ella estaba muy asustada y yo tenía miedo de que fuera a denunciarme a la policía. No quería asesinar a María Budlick precisamente esa noche, además de lo cual no opuso ninguna resistencia.

Kürten estaba muy tranquilo y se aseguró de que nadie lo viera depositar a la mujer moribunda en la estación del tranvía.

No pensé que Budlick podría encontrar la manera de regresar a mi departamento de Mettmanner Strasse. Me sorprendió mucho cuando el miércoles 21 de mayo la vi de nuevo en mi casa.

La señorita Budlick recordó a la perfección todos los detalles para volver a la casa del vampiro. Pero lo más importante es que el 17 de mayo había escrito una carta a una tal frau Bruckner, relatándole lo sucedido. La carta nunca llegó a manos de su destinatario por tener mal indicada la dirección. En la oficina de correos, el señor Brugmann abrió el sobre y al mirar su contenido llamó de inmediato a la policía. Localizaron a María, quien, después de dudar un rato, condujo al inspector Gennat al departamento número 71 de Mettmanner Strasse. La administradora del lugar los llevó hasta un cuarto vacío, que la señorita Budlick reconoció perfectamente, y los policías verificaron que esa era la residencia de un hombre llamado Peter Kürten.

Mientras tanto, en el interior del departamento, la señorita Budlick encontraba pruebas aún más concluyentes, cuando su atacante ingresó al edificio y comenzó a subir las escaleras hacia ella. Al verla salir quedó sorprendido, pero continuó su marcha y cerró la puerta detrás de él. Algunos momentos después, abandonó la casa con su sombrero inclinado hacia abajo para cubrirse los ojos. Miembros de la fuerza especial de la policía pasaron a su lado y se perdieron al llegar a la esquina. Kürten comenzó a presentir que su captura era inevitable y decidió explicar el caso Budlick a su esposa.

Como la tentativa del acto sexual podía ser considerada violación; Kürten sabía que la condena que podrían aplicarle sería muy grave y podía ir preso al menos por quince años, especialmente dado que ya tenía un prontuario abierto.

Hasta este momento, no había nada que conectara a Kürten con los ataques del vampiro. Solo era sospechoso de violación, pero él sabía que tenía que

esconder su identidad. Así describió en un escrito los acontecimientos del viernes siguiente:

“Hoy 23 de mayo por la mañana, le dije a mi esposa que yo también era responsable del asunto de Schulte, esto significa diez años o más de separación entre nosotros, probablemente para siempre. Mi esposa estaba inconsolable. Ella me habló del desempleo, de la carencia de medios y del hambre que pasaría a su avanzada edad. Se tornó histérica, puesto que su futuro carecía por completo de esperanza. Entonces, por la tarde le dije a mi esposa que podría ayudarla.

Peter terminó confesándole a su esposa que era el vampiro de Düsseldorf y le relató detalladamente cada asesinato. Luego le habló de la elevada recompensa ofrecida por el descubrimiento del criminal y le dijo que ella podría conseguirla si lo denunciaba a la policía.

El 24 de mayo de 1930, la señora Kürten contó toda la historia a la policía, agregando que ella había convencido a su marido para que fuera a la iglesia del St. Rochus a las tres de la madrugada. Para esa hora el área había sido rodeada por completo, y cuatro oficiales esperaban con los revólveres cargados el instante en que el codiciado Peter Kürten aparecería. Llegó puntualmente, sonrió y se entregó sin ofrecer resistencia.

Víctima de una familia destruida, Peter Kürten había nacido en Köln-Mullheim el 26 de mayo de 1883. Pasó su niñez en la miseria habitando una casa pequeña que compartían los trece miembros de su familia, cuyo padre era un alcohólico violento que frecuentemente llegaba ebrio y forzaba a su madre a tener relaciones sexuales y, en muchas ocasiones, también a sus pequeños hijos. «Si mis padres no hubieran estado casados, esos actos habrían sido considerados una violación», comentó cierta vez.

El señor Kürten era un maniático sexual y fue encarcelado durante tres años, acusado de incesto con una hermana de Peter de trece años. La señora Kürten, hija de un comerciante, provenía de una familia respetable formada por cinco

hermanos. El matrimonio Kürten llegó a su fin por causa del incesto, y en 1911 la madre de Peter volvió a casarse; murió en 1927. Los impulsos sádicos de Peter Kürten tenían su razón en las escenas violentas sufridas en su propio hogar.

A los nueve años Peter conoció a un drogadicto con el que comenzó a verse asiduamente, un degenerado que le enseñó a fornicar con perros y a torturar animales. Fue también por entonces cuando Peter ahogó a un amigo mientras jugaban en una balsa en el río Rin. Después de zambullirse para rescatarlo, lo empujó bajo la embarcación y ahí lo sostuvo hasta que se ahogó. Sus anormales impulsos sexuales se manifestaron prontamente, y practicó la zoofilia con ovejas y cabras en los establos próximos. Así, descubrió que sentía más placer cuando apuñalaba al animal durante el acto sexual, algo que realizaba con mucha frecuencia.

A los 16 años, Peter ya se había marchado de su hogar y se mantenía delinquir. Vivió veinticuatro años de su vida en prisión, a la que fue enviada veintiuna veces. Generalmente era condenado por delitos menores, como el robo de alimentos y ropa, por los cuales recibía sentencias cortas, que cumplía en las prisiones de Düsseldorf.

Después de su detención de 1899, se fue a vivir con una prostituta masoquista mucho mayor que él. Entonces, sus impulsos sádicos se trasladaron de los animales a las personas. Las condiciones penales inhumanas dejaron a Kürten un amargo recuerdo de su primer período prolongado de encarcelamiento. «No condeno las sentencias, sino la manera en que se aplican en la gente joven», dijo.

La cárcel lo condujo a otra perversión, a un mundo fantástico donde podía alcanzar eyaculaciones imaginando actos sexuales brutales. Estas fantasías pasaron a ser su gran obsesión, por lo que comenzó a romper las reglas de la prisión para que lo condenaran al confinamiento solitario, donde encontraba la atmósfera ideal para soñar despierto su mundo sádico.

Poco después de cumplir su última condena, Kürten concretó el primer ataque contra una mujer durante una relación sexual, tras lo cual la abandonó muerta en la bodega de maderas de Grafenberg. Continuó regresando a la cárcel, y se profundizó su sensación de injusticia, que generó un enfermizo deseo de venganza contra la sociedad.

Durante una de estas detenciones, Kürten entabló amistad con un notable psicólogo alemán, el profesor Karl Berg, que más adelante escribió un libro con la intención de ayudar a comprender a este misterioso asesino. Berg se ganó su confianza y logró acceder a su mente, tan enferma como fascinante. Así pudo determinar que la memoria de Kürten era extraordinaria y que la agudeza con la que describía los detalles mínimos de sus crímenes manifestaba un verdadero goce de sus actos.

Cuando hablaba de cosas que no valoraba emocionalmente, su memoria solía ser muy defectuosa. Fue sorprendente la manera con que Kürten describió todos sus crímenes durante la confesión. Los enumeró comenzando con el número uno y terminando con el número setenta y nueve. Mientras dictaba cada uno de los pormenores a la persona que taquigrafiaba, disfrutaba viendo las caras horrorizadas de muchos de los oficiales de la policía que escuchaban atónitos sus palabras. Los investigadores dudaban de la veracidad de sus dichos, por lo que fue examinado por eminentes magistrados y luego por el mismo profesor Berg. Hasta el propio Kürten reconoció que todo sonaba increíble y se tomó más tiempo para describir cada crimen con exactitud. Los motivos de Kürten para ser creído eran, simplemente, asegurar un futuro lucrativo para su esposa (este es uno de los aspectos más curiosos de su personalidad), porque ansiaba pagar todo el sufrimiento que le había ocasionado, ya que realmente la amaba y le desesperaba pensar que podría llegar a sufrir en el futuro.

El juicio del vampiro de Düsseldorf se realizó en 1931. Una jaula especial del tamaño de un hombre fue construida dentro del juzgado para evitar su fuga.

Detrás de ella se expusieron algunas muestras impactantes de su derrotero criminal —los cráneos de sus víctimas y partes de los cuerpos, en los que era posible distinguir las lesiones infligidas por el asesino—, cada una prolijamente presentada en orden cronológico. Los cuchillos, la cuerda, la tijera y un martillo también se mostraron en la exhibición, junto con muchas otras evidencias de su irrefutable culpabilidad. Obviamente era una exposición que causaba espanto, y quienes la vieron quedaron horrorizados.

Instantes después el vampiro entró muy elegante, con el cabello cuidadosamente dividido por una raya al medio.

Tenía una mirada huidiza, y hablando en voz baja negó su confesión anterior y presentó una súplica de inocencia al magistrado. Dijo que solo había confesado los crímenes en la primera ocasión con el fin de asegurar la recompensa para su esposa.

Después de dos meses Kürten volvió a aceptar su confesión inicial. La ampliación detallada de los crímenes resultaba más monstruosa de lo que cualquier persona hubiera imaginado; los doctores más prestigiosos de Alemania atestiguaron que Kürten siempre había sido responsable de sus acciones, motivadas por su deseo de vengarse de la sociedad por los males que había sufrido en prisión.

Con voz fría y distante, Kürten describió su vida crudísima, en la que se combinaban el ambiente familiar, la conducta heredada y el sistema penal alemán para fomentar su personalidad sádica.

La corte quedó aterrorizada cuando el vampiro dio a conocer sus planes para causar accidentes que involucraban a millares de personas. En su exposición, continuó describiendo uno por uno los detalles de sus asesinatos, más metódicamente de lo que nadie había hecho jamás. El jurado se tomó solo media hora para dar un veredicto unánime: culpable de todos los cargos. El juez lo condenó a muerte.

Kürten recibió la sentencia con tranquilidad, y no se advirtió en su rostro

ninguna señal de arrepentimiento. El 2 de julio de 1932, el vampiro de Düsseldorf fue ejecutado con una guillotina instalada para ello en la prisión de Klingelputz. Antes de ingresar al patíbulo, el condenado expresó su último deseo terrenal: «Dígame —le preguntó al psiquiatra de la prisión—, después que mi cabeza se haya desprendido del cuerpo, ¿podré oír, por lo menos por un momento, el sonido de mi propia sangre cuando brote de mi cuello?». Y luego, tras un corto silencio, agregó: «Sería el mayor placer, para terminar todos mis placeres».

Resulta imposible justificar a un asesino en serie. La gran mayoría comparte los mismos factores que influyen en su comportamiento. Peter Kürten no fue la excepción. Era un psicópata, maniático sexual, un individuo tan egocéntrico que, a su criterio, ningún otro humano valía nada. Sus ataques fueron planeados y efectuados para alcanzar una satisfacción sexual particular, que solo se podía obtener a través de actos violentos. Esto pone en evidencia un egoísmo único y monstruoso, la satisfacción de los impulsos sexuales sin importar las consecuencias.

Su aspecto físico era atractivo. Tenía una constitución atlética; siempre se presentaba muy aseado y prolijamente afeitado. En todos sus hábitos personales era meticuloso y tendía al narcisismo. Kürten se amó, y era el centro de su tragedia: no podía querer a otro ser humano. En los interrogatorios, nunca dejó de referirse a las miserias de su niñez y al tiempo perdido en prisión. Siempre habló de estas penurias con gran amargura y a menudo les achacaba su comportamiento salvaje. No sufría de ninguna enfermedad orgánica ni de enfermedad mental funcional alguna y, por lo tanto, era plenamente responsable de sus crímenes ante la ley.

Aunque los especialistas que examinaron a Kürten en la cárcel consideraron la posibilidad de que su afán de venganza se manifestara con sadismo, no creyeron que llegaría a tanto en el futuro. Un diagnóstico básico de sadismo en el paciente habría salvado muchas vidas, pero Kürten quedó libre para

ejecutar sus crímenes sin compasión. Él era consciente de sus tendencias sádicas, pero siempre culpó de ello a su educación y a las prisiones. Entre todas las psicopatías expuestas por Kürten es interesante destacar su inclinación a mentir y a engañar, siempre mostrándose como un ciudadano respetable. Su único rasgo contradictorio consistió en la inmensa lealtad que profesó a su esposa. Para él, el cargo de culpa por infidelidad con motivo de sus violaciones pesaba más que sus asesinatos más sangrientos.

Es paradójico que un asesino tan violento y cruel haya terminado sus días dando una muestra de amor.

MORRIS BOLTER

El charlatán

El doctor Morris Bolter se dedicaba a curar mediante la fe. No había acumulado fortuna alguna, porque, en aquellos tiempos, los años veinte, la vocación de curar a través de ese medio no era el negocio lucrativo en que se ha convertido en nuestros días gracias a la televisión. Como es de imaginar, el doctor Bolter no era un médico de verdad, sino un mentiroso, embaucador, falsificador y asesino. Le gustaba hacerse conocer con ese honorable título.

Morris residía y curaba en la agradable ciudad de Filadelfia; más exactamente en el distrito italiano. Corría el año 1931 y los tiempos se hacían cada vez más difíciles. La Gran Depresión había golpeado con dureza el negocio de la sanación, y, si no fuera por su otra ocupación, el falso doctor habría tenido serios problemas para llegar a fin de mes. Su clientela estaba formada por mujeres importantes que se quejaban amargamente de las escapadas de sus maridos. Es decir, se quejaban de que ellos prefirieran acostarse por ahí con otras mujeres.

Morris Bolter había ganado el prestigio de poder curar exitosamente a estos infames caballeros, proveyéndoles a sus esposas un infalible producto de su invención: una mezcla de soda de jengibre y sal, que bien administrada daba resultados infalibles. Si bien no se trataba de una droga milagrosa ni de un remedio que tuviera un espacio destacado en algún vademécum, tenía el satisfactorio efecto de mantener a raya las deudas de quien lo había inventado.

Fue en febrero de 1932 cuando la esposa de Anthony Giacobbe, de treinta años, ingresó al consultorio de Morris alarmada porque su marido estaba

arruinándose rápidamente por culpa del ron y de las mujeres fáciles. Morris ya estaba echando mano al jengibre cuando la señora Giacobbe mencionó, además, que no solo tenían problemas para pagar el alquiler, sino que también tenían problemas para mantener su seguro de vida.

Una pequeña luz comenzó a encenderse en la mente de Morris.

—¿Me explicaría aquello del seguro? —preguntó con tono inocente.

La señora Giacobbe le explicó entonces que su marido tenía un seguro de 10.000 dólares.

La luz encendida en la mente de Morris ahora encandilaba.

El falso doctor se puso a pergeñar un nuevo plan. A la vuelta de su consultorio trabajaba un viejo conocido suyo, un tal Paul Petrillo, que era propietario de una sastrería que estaba casi en bancarrota. Con cierta regularidad, el indecente Morris le proveía al igualmente indecente Paul los nombres de las mujeres desatendidas a cambio de nuevas ropas, pero ahora venía a proponerle un negocio mucho más lucrativo.

La señora Giacobbe sería el prototipo de su nuevo proyecto. En primer lugar, Paul, quien aparte de su inmoralidad era un hombre bastante atractivo, debía ocuparse de seducirla y enamorarla. Después, ambos hombres se encargarían de envenenar al señor Giacobbe y, finalmente, dividirían las ganancias que la señora Giacobbe recibiera.

Y así sucedió. Paul, haciéndose pasar por un vendedor de libros, conoció a la mentada señora. Dos semanas después, la mujer mantuvo una cita con el doctor Morris, mientras su esposo, el señor Giacobbe, se entregaba de lleno a la vida disipada. Pero eso ya no importaba tanto. La señora Giacobbe ahora tenía un amante que sabía cómo tratar a una dama. Estaba locamente enamorada de un vendedor de libros encantador que la trataba como a una reina. De hecho, la digna señora, dama de la sociedad, ya planeaba casarse con él cuando quedara libre de su marido.

El plan marchaba sobre rieles. Morris le dijo a Paul que el estofado estaba

listo para ser servido. Unos días más tarde, Paul se acercó a la señora Giacobbe con la riesgosa sugerencia de asesinar a su marido.

—¡Qué maravillosa idea! —exclamó ella ante la sorpresa del sastre.

Una fría noche de invierno, Tony llegó a su casa tan borracho que cayó inconsciente. Entonces la señora Giacobbe llamó a Paul, y juntos lo desvistieron y ubicaron desnudo junto a una ventana abierta, por donde además de una gélida brisa contrajo una pulmonía.

A la mañana siguiente el enfermo llamó a un médico que, después de revisarlo, le recetó un medicamento. La señora Giacobbe le pasó la botella de medicina a Paul, quien a su vez se la pasó a Morris. Morris vació su contenido y lo sustituyó con un preparado basado en una hierba letal, la cicuta, también conocida como *tsuga*. De todas formas, su nombre era lo de menos; lo importante era que si había sido efectiva para Sócrates, también lo debía ser para Tony. Y así fue.

El funeral fue una parodia, la compañía de seguro pagó lo convenido, y, según el arreglo previo, la señora Giacobbe se quedó con 5000 dólares, mientras que Paul y Morris dividieron los otros cinco.

Unos meses más tarde, cuando la viuda de Giacobbe volvió al consultorio de Morris, esta vez para quejarse porque el cariño de Paul se había enfriado desde el día de la tragedia, Morris solo le ofreció sus condolencias.

Por entonces el doctor Bolter ya sabía que tenía algo bueno entre manos. Empezaron junto a Paul la búsqueda de una nueva víctima. No tardaron en encontrarla: el señor Lawrence. Morris se puso en campaña y averiguó que carecía de seguro. Entonces solicitaron la ayuda de un primo de Paul, Herman Petrillo, otro individuo corrupto, capaz de hacer cualquier cosa por dinero. La función de Herman era la de hacerse pasar por Lawrence y contratar una póliza de seguros por 10.000 dólares, con una cláusula de doble indemnización en caso de sucumbir como resultado de un accidente.

El plan se puso en marcha. Paul sedujo a la señora Lawrence, quien le dijo

que solo aceptaría su propuesta de matrimonio si lograba deshacerse de su marido. No existía ningún problema; todo se podía arreglar. Herman, haciéndose pasar por Lawrence, llamó a la Prudential Insurance Co. para contratar una póliza y, al día siguiente, un vendedor de la firma apareció en la residencia de los Lawrence, justo cuando el auténtico Lawrence estaba fuera desempeñando sus tareas de techista. Con la ayuda de la señora Lawrence, Herman suplantó al ausente y adquirió exitosamente un seguro de 10.000 dólares. Herman fue examinado por un doctor de la Prudential y todo fue autorizado sin inconvenientes.

El siguiente paso era deshacerse de Lawrence. Con la excusa de venderle unas pinturas, Herman se encontró con él sobre un techo de Filadelfia, y con un mínimo empujoncito el verdadero Lawrence terminó precipitadamente siete pisos más abajo.

Varios meses más tarde, el grupo sacó provecho del señor Fierenza, un individuo cuyo *hobby* era la pesca y que al año ya se encontraba en el fondo del río. La ganancia fue de 25.000 dólares.

En 1933, Morris Bolter, Herman y Paul Petrillo estaban dándose la buena vida cuando decidieron expandirse. Para facilitar sus planes, tomaron a un cuarto socio, Carino Favato, un individuo altamente capacitado para entregarles mujeres cuyos maridos preferían estar lejos de sus hogares.

Entre 1932 y 1937 la banda concretó excelentes negocios aplicando su exitosa estrategia. Morris y Carino buscaban a una mujer enojada, Paul conseguía que la despreciada dama se enamorara de él y la convencía de matar a su marido, y Herman se hacía pasar por la víctima y obtenía un seguro. Para cerrar la operación, la víctima moría por accidente o por enfermedad inducida por veneno.

Muy cerca de su final, la banda pasó un momento de zozobra. Un día Herman reconoció al médico de una compañía aseguradora que lo había examinado apenas un año antes, cuando él se había hecho pasar por otra

persona. El doctor creyó conocer a Herman, pero este le dijo que era imposible ya que nunca había comprado un seguro de vida. El galeno coincidió en que probablemente lo había confundido con otra persona, y la cosa no pasó de un susto.

Fue un alcahuete quien terminó con la banda de Bolter. Un tal Harrison, que estaba cumpliendo su sentencia en una cárcel de Filadelfia, inventó un fluido de limpieza para incrementar sus ingresos. Cuando consiguió ser liberado, se enteró de que había un sujeto llamado Herman Petrillo, que tenía dinero suficiente como para financiar la elaboración de sus productos, y fue a verlo. Herman le dijo que no le interesaba el negocio de la limpieza, pero al enterarse de que Harrison era un exconvicto, le confió que estaba ocupado buscando nuevas víctimas para asesinar. Harrison lo escuchó sin pestañar y fue directamente a la policía.

De esta manera, Herman fue arrestado. Cuando su foto apareció en los periódicos, el doctor que lo había examinado bajo dos nombres distintos lo reconoció y también fue a la policía.

Durante el interrogatorio, Herman pensó que era muy injusto que él cargara con toda la culpa. No se calló nada y la banda entera fue atrapada. Cada uno de los integrantes se declaró inocente y culpó a los demás. Aun así, todos fueron a juicio, y unas pocas esposas cómplices también recibieron sentencias de prisión. Carino Favato fue condenado a cadena perpetua, al igual que Morris Bolter, que murió de causas naturales mientras cumplía su sentencia. A los primos Petrillo no les fue tan bien. Ambos fueron ejecutados.

El número exacto de las víctimas de esta infame banda nunca pudo ser establecido. Se estima que la diabólica trama fue responsable de la muerte de treinta individuos.

MARCEL PETIOT

El doctor

Marcel Petiot fue uno de los más famosos doctores asesinos de la historia criminal. Nació en 1897 y sirvió en el ejército francés durante la Primera Guerra Mundial. Terminada la conflagración, fue enviado a pasar varios meses en un internado por padecer una «psicosis de guerra». Después de ser dado de alta, regresó a la casa de su madre y dedicó todo su tiempo a estudiar medicina.

Con el título bajo el brazo, el flamante doctor Petiot se mudó a Villeneuve-sur-Yonne, una antigua aldea sobre el río Yonne, a veinticinco millas de Auxerre. Una vez instalado, el médico de 25 años comenzó a sacarle la clientela a los dos viejos médicos del pueblo.

Mostrándose encantador con sus pacientes, los inscribía en secreto en la asistencia médica del Estado, con lo que se aseguraba un doble pago por cada tratamiento: una vez por parte del paciente, y otra por el gobierno. Vivía sin demasiados lujos, pero poseía extravagantes automóviles deportivos que manejaba imprudentemente, por lo que causaba repetidos accidentes de tránsito. Ladrón por naturaleza, robaba a los forasteros y a sus parientes por igual —su hermano Maurice insistía en revisar sus bolsillos cada vez que visitaba su casa.

En 1926 Petiot comenzó un tórrido romance con la joven Luisa Delaveau, la hija de la señora Fleury, una de sus pacientes. Inesperadamente, la casa de la familia Fleury fue robada e incendiada, y, aunque nadie estableció una conexión entre los hechos, poco tiempo después, desapareció Luisa. Los

vecinos dijeron haber visto al médico cargando en su automóvil un baúl grande, muy parecido a otro que se encontró en el río unas semanas más tarde, lleno de restos desmembrados y descompuestos de una mujer joven que nunca fue identificada. Desestimando la coincidencia, la policía buscó brevemente a Luisa y después la consideró una fugitiva. En realidad, se trató, tal vez, de la primera víctima asesinada por Petiot.

En julio del mismo año, el médico logró hacerse nombrar alcalde de Villeneuve-sur-Yonne, valiéndose de algunos trucos sucios. No pasó mucho tiempo antes que se lo considerara sospechoso de robar el dinero de la tesorería del pueblo, el bombo de una banda local y hasta una enorme cruz de piedra.

En junio de 1927, Petiot se casó con Georgette Lablais, la hija de 23 años de un rico terrateniente de Seignelay. Su único hijo, Gerhardt, nació en abril de 1928. Ocho meses después del feliz acontecimiento, Petiot fue acusado de robar varios bidones de aceite de la estación de ferrocarril de la aldea. La corte lo multó con 200 francos, lo condenó a permanecer tres meses en la prisión, y fue cesado temporalmente como alcalde durante cuatro meses.

Una noche de marzo de 1930, el fuego arrasó la vivienda del sindicalista lechero Armand Debaue. Su esposa Henriette fue encontrada muerta en el interior, golpeada con un instrumento sólido. Cuando advirtieron que también faltaban 20.000 francos de la casa, la policía dedujo que la mujer había sido asesinada durante el robo. Las huellas llevaron a través de los campos cercanos a Villeneuve-sur-Yonne. Los rumores decían que Henriette era amante de Petiot, quien había sido visto cerca de su casa en la noche del crimen. El testigo, un tal Fiscot, hizo una visita imprudente al consultorio del doctor buscando tratamiento para su reumatismo. Recibió una inyección y murió tres horas después.

Durante los dieciséis meses siguientes, el prefecto local recibió numerosas quejas contra el alcalde, la mayor parte suponiendo hurto o irregularidades

financieras. Fue destituido y en enero de 1933 se mudó con su familia a París.

En la capital francesa, Petiot instaló un nuevo consultorio, mostrando credenciales reales e imaginarias. Ofreciendo a sus nuevos pacientes una gran variedad de tratamientos, atrajo a una enorme clientela y construyó una reputación ejemplar. Sin embargo, paralelamente se decía que practicaba abortos ilegales y que suministraba drogas a los adictos.

En abril de 1936 lo descubrieron robando un libro. Golpeó al policía que pretendía detenerlo y escapó corriendo. Se entregó dos días más tarde y pidió misericordia, llorando, achacando su comportamiento a las secuelas de su psicosis de guerra. La policía dejó pasar la agresión al uniformado y lo absolvió del hurto por razones de locura. Su esposa, Georgette, decidió entonces internarlo en un sanatorio privado en el mes de agosto.

Apenas llegó al hospital comenzó a suplicar que lo liberaran de inmediato, argumentando que había sufrido una locura momentánea a causa de su preocupación por una nueva invención: una máquina de succión diseñada para aliviar el estreñimiento. Los psiquiatras lo encontraron crónicamente desequilibrado, pero de todos modos lo liberaron en febrero de 1937.

La vida de los franceses cambió radicalmente en septiembre de 1939, cuando las tropas alemanas invadieron Polonia, y se dio inicio a la Segunda Guerra Mundial. El comando francés de París la declaró una ciudad abierta en junio de 1940, y las tropas alemanas se adueñaron de la capital francesa.

Con su aspecto insignificante, baja estatura, escaso cabello, mirada retraída, pocas palabras y conducta huidiza, el doctor Petiot encontró un nuevo mundo de oportunidades. Usó y emuló a los nazis con el fin de concretar su máximo y mayor plan letal. Poco después de la ocupación, el doctor comenzó a proporcionar certificados médicos falsos a los franceses reclutados para trabajar de esclavos, y se corrió el rumor de que contaba con los medios para planear la huida discreta de quienes eran perseguidos por el invasor.

Al mismo tiempo relataba historias sobre su participación en batallas

patrióticas inexistentes, decía que había plantado bombas y trampas humanas alrededor de París, y que había inventado armas secretas que mataban nazis sin evidencia forense. De este modo, comenzó a recibir judíos, combatientes de la resistencia, delincuentes menores y, en realidad, cualquier persona que pudiera pagar los 25.000 mil francos que exigía por cada individuo. Por esa cantidad, Petiot prometía un pasaje seguro a la Argentina con todos los papeles de viaje necesarios. En 1941 compró la casa de la Rue le Sueur 21, como una estación intermedia para su organización clandestina que ayudaba a escapar a los fugitivos.

Entre los primeros clientes de Petiot, había dos soplones parisienses, Joseph Réocreux y Adriene Estébétégy, perseguidos tanto por los policías franceses como por los agentes de la Gestapo. En septiembre de 1942, Réocreux pidió ayuda a Petiot (conocido como «doctor Eugene» para sus clientes ilícitos) y junto a su mujer, Claudia Chamoux, y otra pareja, François Albertini y la prostituta Annette Basset, desaparecieron rápidamente de la Rue le Sueur 21 después de pagar sus honorarios. Estébétégy y su novia Gisele Rossny les siguieron en marzo de 1943, y en mayo del mismo año el judío francés Yvan Dreyfus también logró desaparecer.

Otros que aprovecharon los servicios de Petiot fueron Nelly-Denise Hotin, una recién casada que se hallaba embarazada, que llegó buscando un aborto en julio de 1941 y desapareció para siempre; el doctor Paul-Léon Braunberger, un judío entrado en años que se proponía huir con su esposa; la familia Kneller, tres judíos alemanes cuyos restos desmembrados fueron pescados del Sena en agosto; la familia de Lina Wolff, que desapareció de la Rue le Sueur 21 junto con seis amigos; y otro soplón, Joseph Piereschi, quien también realizó un viaje hacia la muerte con su mujer Joséphine-Aimée Grippay. Estas fueron las víctimas que la policía logró identificar más tarde, pero no constituyen ni mínimamente el total de los cuerpos.

Numerosos cuerpos desmembrados fueron dragados del Sena en 1942 y

1943; los restos incluían nueve cabezas, cuatro muslos y varias otras piezas mutiladas. Pero Petiot tenía un método más eficaz para hacer desaparecer los cuerpos. Si bien no se conocen detalles precisos sobre lo que sucedía una vez que los visitantes transponían las puertas de su elegante residencia, la acusación afirmó durante el juicio que el doctor Petiot asesinaba a sus clientes por medio de la aplicación de una inyección letal, o encerrándolos en una extraña y pequeña habitación desprovista de ventanas, en la que hacía penetrar algún tipo de gas tóxico por medio de un artilugio.

Cualquiera haya sido el método empleado para reducir a sus víctimas, lo más horrendo es la forma sencilla y eficaz con la que se deshacía de los cadáveres. Después de darles un rápido tratamiento inicial con cal, los incineraba en un horno instalado en el interior de su casa. Su tarea fue minuciosa, discreta y eficaz hasta que un incidente llamó la atención sobre sus actividades en marzo de 1944. Mientras el doctor se hallaba ocupado en otras tareas fuera de su hogar, el horno letal se incendió, y los vecinos manifestaron su incomodidad quejándose por el fétido y abundante humo que emanaba de la chimenea del número 21 de la Rue le Sueur. Rápidamente se presentó en el lugar la brigada de bomberos que, en ausencia del propietario, ingresó a la fuerza en la propiedad para sofocar el siniestro, y descubrió los restos desmembrados de veintisiete personas. Cuando el doctor Petiot regresó esa noche, además de ponerlo al tanto sobre lo ocurrido, le preguntaron si todos aquellos cadáveres eran suyos. El médico, impávido, lo confirmó, pero dijo que se tenía que ir porque debía avisar a la resistencia que acababan de descubrir el cuartel general. Cuando se dieron cuenta de que las muertes no tenían nada que ver con la resistencia, empezaron a buscarlo.

Pacientes leales y amigos se encargaron de que Petiot sobreviviera como fugitivo. Fue trasladado de una dirección a otra por todo París, mientras se dejaba crecer la barba y adoptaba un nombre tras otro para ocultar sus movimientos.

Finalmente, la suerte del doctor terminó a las 10.15 de la mañana del 31 de octubre de 1944 cuando fue reconocido y arrestado en una estación del metro de París. Llevaba encima una pistola, 31.700 francos en efectivo y cincuenta documentos con seis nombres diferentes. La larga carrera criminal de Petiot había terminado.

Su juicio empezó el 18 de marzo de 1946 en el Palais de Justice, de París. Petiot admitió haber asesinado a sesenta y tres personas, pero alegó que todas eran soldados alemanes o franceses colaboracionistas. Además aseguró que era un líder de la resistencia, y que su misión era secreta y patriótica. Sin embargo, sus heroicas argumentaciones fueron totalmente desestimadas por los jueces, y después de deliberar durante tres horas (apenas unos 90 segundos por cada una de las 135 acusaciones criminales) la corte lo condenó en todas, menos en nueve acusaciones. Fue exculpado de matar a Nelly-Denise Hotin, pero declarado culpable de otros 26 asesinatos premeditados.

A las 5.00 de la madrugada del sábado 25 de mayo de 1946, Marcel Petiot fue guillotinado en el patio de La Santé, de París. Su historia se encuentra magníficamente retratada en la excelente película francesa *El extraño caso del doctor Petiot*, de Christian de Chalonge (*Docteur Petiot*, 1990).

JOHN REGINALD CHRISTIE
El carnicero de Rillington Place

El mes de marzo de 1953 estaba llegando a su fin y el nuevo inquilino de Rillington Place 10 apuraba las reformas que necesitaba su nuevo piso, ya que estaba extremadamente sucio y estropeado, y él se encontraba urgido por habitarlo. Cuando se puso a agujerear la pared de la cocina para colocar un tarugo, advirtió sorprendido que no había pared, sino un hueco tapado con un empapelado. Indignado, arrancó el resto del papel que quedaba para poder ver qué escondía su oscuro interior, y al alumbrar con su linterna quedó estupefacto cuando se encontró con un cuerpo envuelto en una sábana. Detrás del cuerpo había dos cadáveres más. Las tres mujeres habían sido estranguladas.

El inquilino anterior se había ido de Rillington Place tres días antes, y su nombre era John Reginald Christie.

Cuando la policía emprendió el registro exhaustivo del departamento, encontró, además de los tres cuerpos del hueco de la cocina, otros dos, enterrados en el jardín, y el cadáver de la señora Christie sepultado bajo las tablas del suelo de la habitación principal.

John Reginald Halliday Christie nació el 8 de abril de 1898 en Halifax, Inglaterra. Gozaba del cariño de sus seis hermanos y de su madre, aunque no se podía decir lo mismo de su padre, de carácter severo y autoritario. Fue un buen estudiante e incluso llegó a integrar el cuerpo de los boy-scouts. En su adolescencia sufrió una gran humillación y no pudo evitar que sus compañeros comenzaran a llamarlo «Reggie no puede» al enterarse de que era impotente.

A los 17 años fue sorprendido robando dinero mientras trabajaba como oficinista en la policía local, por lo que su padre lo echó de su casa. Al año siguiente fue reclutado para la Primera Guerra Mundial, donde sufrió los efectos del gas usado durante la contienda, por lo que recibió posteriormente una pensión por incapacidad.

En 1920 se casó con Ethel Waddington. En los años siguientes fue encarcelado varias veces por robar dinero, y en 1924 pasó varios meses en prisión. Como consecuencia de su conducta delictiva, Ethel terminó abandonándolo en 1929.

Entonces Christie se dedicó a la mala vida y al vagabundeo. Tras pasar por prisión en repetidas ocasiones, decidió escribirle a su esposa para pedirle que regresara. Ethel accedió y se quedó con él hasta su muerte.

En 1938, cuando tenía 40 años, John se mudó con su mujer al edificio de Rillington Place 10. A partir de 1939, Christie consiguió un trabajo como policía especial gracias a su relación con el ejército.

Fue en el mes de agosto de 1943, mientras investigaba a un hombre por robo, cuando Christie conoció a su primera víctima, Ruth Fuerst, una prostituta de 17 años. Aprovechando que Ethel estaba ausente, invitó a la joven a su casa y, después de tomar el té, la estranguló y enterró su cuerpo en el jardín trasero de la casa. Así despertó su vena más sádica; se había soltado el monstruo que estaba latente dentro de él desde su niñez.

A finales de ese año, Christie dejó la policía y comenzó a trabajar en los Ultra Radio Works, al oeste de Londres. Allí hizo amistad con Muriel Eady, una mujer de 31 años. En una ocasión ella le comentó que sufría un fuerte estado gripal, y Christie le habló de los conocimientos médicos que había adquirido en la guerra. Al día siguiente, Muriel se dirigió con él al número 10 de Rillington Place. Esta vez Christie se había perfeccionado y ya tenía planeado el asesinato con anterioridad: fabricó un tarro de cristal con una tapa

metálica que tenía dos agujeros, de los que salían dos tubitos de goma: uno iba conectado al conducto de gas de la casa, y el otro a una especie de máscara, por el que la víctima debía inhalar. Confiando en que se trataba de un remedio para su resaca, Muriel comenzó a inspirar. Cuando se dio cuenta de lo que estaba inhalando, Christie la estranguló y abusó de ella. Después enterró el cuerpo en el jardín. Desde entonces pasaron cinco años hasta que John Reginald Christie volvió a actuar.

En marzo de 1948 Timothy y Beryl Evans se trasladaron al edificio de Rillington Place 10, junto a su hija Geraldine, de poco más de un año. El joven matrimonio se llevaba bien con Christie y su mujer, quien estaba encantada con la niña. En 1949 Beryl quedó embarazada nuevamente, pero no desea tener otro hijo ya que Timothy no ganaba lo suficiente como para alimentar una boca más. Preocupados, le comentaron el problema a los Christie y, días más tarde, John se ofreció a practicar el aborto, convenciéndolos de que se podía realizar sin inconvenientes y sin salir de la casa.

El 8 de noviembre de 1949 Timothy regresó de su trabajo y recibió la noticia de que Beryl no había sobrevivido a la operación. El hombre quedó trastornado sin saber qué hacer, debido a que el aborto era ilegal en Inglaterra y la situación le podía acarrear serias complicaciones. En ese estado de incertidumbre, se dejó guiar por la única persona que podía ayudarlo, el señor Christie, quien lo convenció de ocultar el cadáver. Timothy aceptó horrorizado, sabiendo que se convertía en cómplice de un homicidio. Entonces John le sugirió que abandonara la ciudad durante un tiempo, asegurándole que él se encargaría de dar en adopción a la pequeña Geraldine.

Aunque el joven acató la sugerencia, no pudo olvidar el trágico suceso y se presentó en una comisaría donde confesó haber matado a su esposa. Los policías tuvieron que registrar dos veces la casa para poder encontrar lo que buscaban: el cadáver de Beryl Evans se encontraba doblado debajo del lavadero, enrollado en una manta y oculto bajo unos troncos. Se hallaba

vestida y con una corbata en el cuello —había sido estrangulada. La pequeña Geraldine se encontraba junto a su madre, también estrangulada.

Evans fue trasladado a Londres el 2 de diciembre y acusado de los homicidios de su mujer y de su hija. Desesperado, decidió revelar la verdad e implicar a Christie como único responsable del aborto fallido.

En el transcurso del juicio se divulgó que Christie había servido a su país en la Primera Guerra Mundial y que también había trabajado como policía especial; era todo lo que se necesitaba para ganarse la compasión del jurado.

Cuando lo citaron para ocupar el banco de los testigos, John negó abiertamente su participación en el supuesto aborto y comentó con disgusto las continuas peleas que sostenía el joven matrimonio, así como los malos tratos que sufría la pobrecita Beryl (toda una mentira prolijamente premeditada). En menos de cuarenta minutos, el jurado encontró a Timothy culpable de los asesinatos y fue sentenciado a la pena capital. El joven no dejó de insistir en que era Christie quien había asesinado a su mujer y a su hija hasta el mismo día de su muerte, pero nadie le creyó. Murió en la horca el 9 de marzo de 1950.

Sin embargo, John estuvo a punto de ser atrapado: el edificio de Rillington Place 10 fue revisado dos veces y nadie se fijó en el hueso de Muriel Eady que sobresalía en la tierra del jardín.

El 14 de diciembre de 1952, Ethel lo despertó sufriendo convulsiones y ataques de tos. Asustado, Christie decidió estrangularla, como «un acto de compasión», porque se sentía incapaz de aliviar su dolor de otra forma. Conservó su cadáver varios días en la cama, hasta que finalmente decidió sepultarlo bajo las tablas del suelo de la habitación.

Prácticamente arruinado, vendió todos los muebles y explicó la muerte de su mujer diciendo que se encontraba de viaje. Entonces, la poca cordura que le quedaba se descalabró definitivamente. Entre el mes de diciembre de 1952 y la fecha de su detención en marzo de 1953, atrajo hasta su casa a las que

serían sus tres últimas víctimas: Kathleen Maloney, una prostituta de 26 años, que conoció a Christie en un pub de Londres, y murió por inhalación de gas y estrangulada a principios de enero de 1953, y Rita Nelson, otra prostituta, un año menor que la anterior, a la que asesinó con el mismo sistema unos días después. Finalmente, Hectorina McLenna, también de 26 años, fue su última víctima. La conoció en un café, le ofreció alojamiento, y, una vez que se halló en la casa fatídica, la mató como a las demás. Escondió los tres cadáveres en un hueco que había en la pared de la cocina, que posteriormente cubrió con papel.

El 21 de marzo abandonó Rillington Place y empezó a vagabundear por la ciudad, alternando las estadas en albergues y transitando por los parques. El 31 de ese mismo mes fue arrestado cuando se encontraba junto al puente Putney.

El juicio se desarrolló en el mismo tribunal que tres años antes había enviado a la horca a un hombre inocente. Christie confesó haber cometido siete crímenes entre 1943 y 1953, aunque nunca aceptó el asesinato de la pequeña Geraldine. Al cuarto día del proceso, el jurado se retiró a deliberar; una hora y veinte minutos después tenían el veredicto: culpable.

John Christie también fue sentenciado a morir en la horca. El 15 de julio de 1953 se hizo efectiva la sentencia. Dieciséis años después de haber sido ejecutado injustamente, Timothy Evans recibió el perdón de la justicia.

En 1970, el director Richard Fleischer recreó esta historia en la película *El estrangulador de Rillington Place (10 Rillington Place)*, con Richard Attenborough en el rol de Christie, y John Hurt, representando a Evans.

JOHN HAIGH
El vampiro de Londres

John George Haigh nació en 1910 en el seno de una familia inglesa muy devota, que durante su educación le llenó la cabeza de opresivas ideas religiosas. Tanto es así que en su mente quedó tan presente el conflicto entre el bien y el mal que hasta llegó a protagonizar sus propios sueños.

En algunos casos, los sueños son capaces de condicionar el comportamiento de un hombre y de llevarlo a límites impensados, sobre todo si ese hombre tiene una mente fría y un corazón frágil, como puede ser el caso de un criminal. Eso mismo ocurrió con John Haigh, cuyos sueños lo convirtieron en el vampiro de Londres o, más concretamente, en «el asesino del baño ácido».

Desde muy pequeño John comenzó tener un sueño obsesivo. Se trataba de una pesadilla extrañísima en la que se veía a él mismo caminando por un campo repleto de crucifijos que lentamente se transformaban a su paso en árboles sin hojas, por cuyas largas ramas caían gotas de rocío. Al acercarse a los árboles, podía ver cómo esas gotas que se deslizaban por las ramas no eran agua... sino sangre. Los árboles comenzaban entonces a retorcerse como si sufrieran un dolor tormentoso, y la sangre brotaba de los troncos, mientras una silueta borrosa, que portaba una copa, recogía el líquido rojo. Luego, una vez que la copa se había llenado, la figura se le acercaba y se la ofrecía, ordenándole beberla. John se veía indefenso e incapaz de mover un solo músculo para escapar de esa situación. El ser misterioso le decía que la única manera de librarse de él era matando; solo así podría saciar su verdadera sed.

La atroz pesadilla le estaba despedazando los nervios, y cada vez se sentía

menos dueño de sus actos. John quería ser libre, no volver a soñar..., y terminó asumiendo que para conseguirlo tenía que hacerla realidad.

En el año 1949, Haigh se encontraba viviendo en una confortable pensión londinense, y pasaba casi desapercibido para los demás inquilinos. Su aspecto moreno y corpulento, y su agradable sonrisa cautivaban a todas las mujeres. Les había hecho creer que era propietario de una importante empresa, y eso le permitía ser muy respetado, situación que lo colmaba de placer.

Pero así y todo, las cosas no marchaban como él quería. Apenas contaba con dinero suficiente, y la dueña de la pensión lo había llamado para reclamarle los pagos atrasados. Por si fuera poco, los terribles sueños no dejaban de acosarlo.

Olivia Durand-Deacon era una de las tantas viudas elegantes y adineradas que se sentían atraídas por él, pero más que por su físico, por su actividad profesional, ya que le habían dicho que era un agente comercial. La señora quería que fuera su intermediario para concretar un promisorio negocio de uñas artificiales. Cuando por fin se entrevistaron, Olivia le enseñó una muestra de uñas hechas de papel y le preguntó si consideraba que podían tener algún éxito comercial. John le dijo que creía que funcionarían muy bien en el mercado y le prometió interceder por ella para un posible negocio y citarla con otro agente comercial que supiera más del rubro. Cuatro días después la condujo al pequeño pueblo de Crowley, donde él le había dicho que firmarían un acuerdo para la fabricación de las novedosas uñas artificiales. Quedaron en encontrarse a una hora determinada para dirigirse juntos a la fábrica.

Antes de la cita, John compró un barril de acero, especialmente diseñado para resistir la corrosión de los ácidos, y 153 litros de ácido sulfúrico. Luego hizo enviar todo a un almacén que había servido como depósito de mercaderías y que ahora estaba abandonado.

En realidad nunca condujo a Olivia a la fábrica, sino que la llevó directamente al almacén abandonado. Naturalmente, la mujer no podía

imaginarse que un hombre tan correcto tuviera la extraña especialidad de disolver a sus amistades en ácido sulfúrico.

Al día siguiente los inquilinos comenzaron a preguntarse por Olivia; la elegante viuda no tenía la costumbre de pasar las noches fuera de la pensión, y era por lo menos llamativo que a esas horas todavía no hubiera dado «señales de vida».

Haigh también se mostraba sorprendido, y más aún dado que la mujer lo había dejado plantado el día anterior, cuando se habían citado para dirigirse a Crowley, donde estaban a punto de concretar un negocio que la beneficiaría. La había esperado durante una hora, pero se había tenido que marchar sin verla. Estaba tan preocupado que terminó ofreciéndose junto a otros pensionistas para ir a la policía a denunciar la desaparición de la viuda.

En la comisaría tuvo que hacer dos largas declaraciones, en las que no se mostró ni reticente ni nervioso, al tiempo que afirmaba en todo momento que la viuda no había acudido a la cita. No tenía nada que temer; estaba seguro de que las precauciones que había tomado lo pondrían al resguardo de toda sospecha.

Pero el comisario comenzó a recelar de aquel tipo tan remilgado, y decidió investigar otras pistas. Dejándose guiar por la intuición, decidió emprender una serie de investigaciones de rutina que lo ayudaron a descubrir algunos cabos sueltos que Haigh no había tenido la delicadeza de mencionar: este contaba con frondosos antecedentes penales por estafa y robo, y no era el propietario de la empresa de la que decía ser dueño, ya que, tras localizar al verdadero dueño, este declaró que solo lo contrataba de vez en cuando como representante.

En los almacenes los policías encontraron tres bidones de ácido sulfúrico, además de un delantal, un par de guantes de goma y un revólver que había disparado un proyectil hacía muy poco tiempo. También encontraron otras pruebas macabras, como huellas de sangre en la pared y en el delantal, un

charco de grasa en un bidón vacío de ácido, y para completar las sospechas, el recibo de una tintorería por un abrigo de astracán.

Un grupo de investigadores expertos de Scotland Yard analizó cuidadosamente los restos de grasa y dos partes casi intactas de una dentadura, que finalmente fueron identificadas por el dentista de la viuda.

Haigh permanecía impávido, manteniendo su máscara de inocencia y respondiendo amablemente a cada interrogatorio, aunque la policía de Scotland Yard ya supiera que mentía en sus declaraciones y que todas las pistas encontradas lo señalaban como el asesino. Finalmente, al comprender que no podía seguir ocultando el crimen mucho más tiempo, terminó haciendo unas siniestras declaraciones:

Si le confesara la verdad, no me creería; es demasiado extraña. Pero se la voy a confesar. La señora Durand no existe. Ustedes no encontrarán jamás ningún resto de ella ya que la disolví en el ácido. ¿Cómo podrán probar entonces que he cometido un crimen si no existe un cadáver? Le disparé a la cabeza mientras estaba mirando unas hojas de papel para confeccionar sus uñas postizas, después fui por un vaso y le hice un corte con mi navaja en la garganta. Llené el vaso de sangre y me lo bebí hasta saciar mi sed. Luego introduje el cuerpo en el tonel, tras lo cual lo llené de ácido sulfúrico concentrado. Después me fui a tomar una taza de té. Al día siguiente el cuerpo se había disuelto por completo, vacié el tonel y lo dejé en el patio.

Lo que Haigh ignoraba era que la policía efectivamente había encontrado los restos del cadáver y que, incluso, también lo habían identificado.

Después de arrestarlo y escuchar su confesión, las autoridades policiales comenzaron a sospechar de otros cinco crímenes que se habían producido un año antes en condiciones parecidas. Presionado por los interrogatorios, Haigh tuvo que reconocer su culpabilidad en todos esos crímenes, declarando, además, que había bebido la sangre de cada una de las víctimas.

Durante el proceso, su abogado defensor intentó valerse de la recurrente pesadilla del hombre y de sus actos de vampirismo como recurso para hacerlo

pasar por un desequilibrado que se veía obligado a matar por una obsesiva ilusión vampírica, pero no dio resultado.

Si bien los psiquiatras reconocieron sus rasgos paranoides como síntomas probables de una aberración mental que le producía una alteración completa de la personalidad y que le trastornaba el carácter y la conducta, Haigh había explotado económicamente a sus víctimas, vendiendo los objetos que les sustraía, otorgándose falsos poderes o apropiándose de sus bienes.

Los jueces consideraron que no se trataba simplemente de una mente enferma que bebía la sangre de sus víctimas; era evidente que se encontraban ante un personaje frío y calculador que premeditaba sus crímenes y actos, fingiendo una locura que pudiera convertirlo en irresponsable ante la ley.

Finalmente, John George Haigh fue condenado a la pena de muerte, sentencia que ni siquiera se molestó en apelar. La horca puso fin a sus pesadillas el 6 de agosto de 1949. Antes de ser ejecutado Haigh permitió que los técnicos del museo Madame Tussauds, de Londres, hicieran una copia en cera de su rostro, y donó su ropa a esa entidad, en la cual su imagen es exhibida en la llamada «Cámara de los horrores». En 2002 una productora británica realizó para la televisión una serie titulada *A Is for Acid*, basada en su vida.

ED GEIN

El carnicero de Plainfield

Caía la tarde del 8 de diciembre de 1954. Un granjero de Plainfield, Wisconsin, hastiado del frío que había azotado a la ciudad durante esa jornada invernal, entró frotándose las ateridas manos en la taberna de los Hogan, para echar un trago que lo reconfortara al final del día. No bien atravesó la puerta, se detuvo espantado ante el gran charco de sangre que se extendía sobre las tablas de madera del suelo. La propietaria Mary Hogan había desaparecido.

Horas más tarde el sheriff observó que no había señales aparentes de lucha y que la caja registradora estaba intacta, pero dedujo por las huellas encontradas que la mujer había sido asesinada y que su cuerpo había sido arrastrado hasta un coche que esperaba afuera.

Los informes forenses apenas pudieron confirmar las deducciones del sheriff y no lograron aportar nada nuevo sobre el caso. La desaparición de Mary era un misterio.

Aproximadamente un mes después de producirse este sangriento episodio, el propietario del aserradero de Wisconsin comentaba el caso con un hombre pequeño y tímido que vivía en una granja de madera a pocos kilómetros de allí. Su nombre era Edward Gein.

Gein vivía solo desde que había fallecido su madre en 1945 y se ganaba la vida haciendo toda clase de trabajos para los vecinos de Plainfield. Debido a la asombrosa habilidad con que desempeñaba las tareas que le requerían, este hombre de complexión débil, edad mediana, pelo rubio y ojos azules empezó a ser reconocido por los pobladores del lugar como una persona muy

trabajadora, totalmente cumplidora y sumamente fiable. Pero eso sí, también un poquito excéntrica.

A pesar de la buena opinión que tenían de él, al propietario del aserradero no le caía en gracia. Le resultaba extremadamente difícil hablar con Gein, porque solía interrumpir las conversaciones con comentarios inoportunos que lo dejaban sin saber qué decir, y a veces comenzaba a reírse de repente sin ningún motivo, con nerviosismo, como si estuviera mal de la cabeza.

Mientras mantenían la dispar conversación, el dueño del aserradero recordó que Gein solía sentarse en un rincón apartado de la taberna, con la única compañía de una jarra de cerveza, mirando fijamente a la propietaria del local mientras permanecía absorto en sus pensamientos, y conjeturó que estaría enamorado de la mujer. Entonces, bromeando, le dijo que, si le hubiese confesado a Mary sus verdaderos sentimientos, muy probablemente en ese momento ella estaría cocinando en su granja y esperando a que él volviera para servirle la comida, en lugar de estar desaparecida y, muy posiblemente, asesinada. Gein hizo un extraño gesto, puso los ojos en blanco y le respondió con sequedad, acompañando sus palabras con una de sus conocidas sonrisas: «No está desaparecida. Ahora mismo está en la granja». El hombre se encogió de hombros y no le dio importancia al anacrónico comentario, ya que nada era de extrañar en aquel enigmático personaje.

Edward Gein nació el 27 de agosto de 1906. Su madre era una mujer austera, atrapada por un exagerado fanatismo religioso, que despreciaba con la misma pasión a su marido, un individuo de carácter débil y fuerte inclinación por la bebida. Cuando discutían, es decir casi todos los días, el hombre se emborrachaba y se desquitaba pegándoles a sus dos hijos.

Desde el primer momento de su vida, Ed estuvo completamente dominado por su madre, que se había prometido a sí misma que su hijo jamás sería uno de esos hombres lascivos, ateos y ebrios que veía cotidianamente a su alrededor. La mujer impuso en el hogar una disciplina muy estricta, castigando

inflexiblemente a sus hijos, sin darles nunca el consuelo ni el amor que podía esperarse de una madre. Tampoco permitió nunca que Ed tuviera contacto con otros niños de su edad, porque suponía que todo el mundo representaba una seria amenaza para la pureza moral de su hijo.

Así continuaron las cosas durante treinta y nueve años, hasta que la mujer murió víctima de un ataque al corazón. Tras ella quedó un hombre dependiente, reprimido y solo en un mundo que apenas comprendía.

La mañana del sábado 16 de noviembre de 1957, Ed Gein asesinó por última vez. Su víctima fue la dueña de la ferretería del pueblo, Berenice Worden, a la que le disparó una bala calibre 22 con su viejo rifle de caza. También en esta oportunidad se llevó el cadáver en la furgoneta, y dejó el suelo del local manchado de sangre. Pero esta vez hubo un testigo mudo: el libro de contabilidad. En su anotación final, figuraba el nombre de Ed Gein, a quien Worden le había vendido su último anticongelante.

Dos oficiales de la policía arrestaron a Gein, mientras otros dos se dirigieron inmediatamente hacia su granja con la intención de registrarla. Al ingresar, el sheriff tuvo la sensación de que algo extraño le rozaba el hombro, y al darse vuelta se topó con un cuerpo decapitado colgando del techo. Pertenece a una mujer que ostentaba, además, un enorme y profundo agujero de bala en el estómago.

Después de recuperarse del shock provocado por el impresionante cuadro que acababan de presenciar, los dos hombres pidieron ayuda por radio y volvieron a la casa. El cadáver colgaba de un gancho por el tobillo, y le habían sujetado el otro pie con un alambre a una polea. Habían acanalado el cuerpo desde el pecho hasta la base del abdomen, y sus tripas brillaban como si las hubieran lavado y limpiado recientemente.

No cabía duda de que el responsable de ese aberrante espectáculo era una persona desequilibrada. Era imposible imaginar cómo un ser humano podía vivir ahí adentro. Por todas partes se acumulaban montañas de basura y

desperdicios, cajas de cartón, latas vacías, herramientas oxidadas, excrementos, chicles pegados en las tazas, revistas pornográficas, de terror y de anatomía humana, y una dentadura completa, que sonreía sobre el mantel de la mesa.

Más tarde, cuando arribaron las otras patrullas, todos juntos entraron a la casa. Nadie había visto nunca tanto horror.

Había varios cráneos esparcidos por la cocina, unos intactos y otros partidos por la mitad, con el fin de ser usados como recipientes. Profundizando la investigación, descubrieron que una de las sillas estaba tapizada con piel humana, así como también lo estaban las pantallas de las lámparas, las papeleras, las fundas de los cuchillos e incluso alguna prenda de vestir, como un chaleco o un cinturón adornado con pezones humanos. Entre los hallazgos más espantosos, encontraron unas cajas con restos humanos pertenecientes a diferentes cuerpos sin identificar; el corazón y la cabeza amputada de Berenice Worden dentro de una bolsa de plástico; y una colección de nueve máscaras de piel humana con el pelo intacto, de las cuales cuatro colgaban en la pared que rodeaba la cama de Gein. El feroz carnicero había decorado el interior de su casa con aquellas patéticas máscaras, confeccionadas con tiras de piel desprendidas de auténticos rostros humanos, y con los cráneos colgados de las columnas de su cama.

La única habitación de la casa que parecía normal estaba sellada con tablones en la puerta y se hallaba perfectamente ordenada. Era la que había pertenecido a su madre. Desde que la mujer había muerto doce años antes, en 1945, el ambiente había permanecido tapiado con clavos como un sepulcro. En sus declaraciones a la policía, Ed explicó que, después de fallecer, su madre se había mantenido en contacto con él durante más de un año, hablándole mientras él se quedaba dormido. Aclaró que había sido en esa época cuando comenzó a desarrollar su afición por la anatomía. Y dijo que le fascinaban los reportajes sobre las operaciones de cambio de sexo, y que

incluso se había planteado la posibilidad de convertirse él mismo en mujer.

También declaró que recordaba muy confusamente haber matado a Berenice Worden, y que los demás restos humanos descubiertos en la granja pertenecían a nueve cadáveres que había sacado del cementerio. Explicó que en los últimos años se había despertado en él la necesidad de profanar tumbas cada tanto, y que, en algunos casos, había conocido en vida a las víctimas, de cuyas muertes se había enterado leyendo los periódicos. Cuando llegaba la noche del entierro, iba hasta el cementerio, exhumaba el cadáver y rellenaba de nuevo la tumba.

Gran cantidad de los objetos domésticos y de los muebles descubiertos tras el arresto procedían de las profanaciones de tumbas. Algunas veces arrastraba los cuerpos enteros hasta su casa, y otras les cortaba las partes más interesantes y se las llevaba como recuerdo.

El 30 de marzo de 1958, la casa de Gein tuvo que ser cercada, porque comenzó a circular el rumor de que estaba a punto de convertirse en una atracción para turistas como «la casa de los horrores». De cualquier forma, no se pudo rescatar su camioneta Ford, que se vendió en una subasta pública para ser utilizada en las ferias locales con un letrero que anunciaba: «¡El coche de Ed Gein! ¡Vea el coche que transportó a los muertos desde las tumbas!».

Los médicos del hospital central del estado llegaron a la conclusión de que el asesino no estaba capacitado para ser sometido a un proceso judicial y dictaminaron que debía ser internado. Así permaneció, sin novedades, hasta 1968, cuando, después de un juicio que duró una semana, fue declarado culpable de dos asesinatos. Nuevamente, cuando se probó su locura, lo volvieron a internar.

Desde el punto de vista médico, el caso de Ed Gein resulta uno de los más complejos de la criminología. Voyeurismo, fetichismo, travestismo y, tal vez, necrofilia eran los componentes distintivos de su personalidad. Sin embargo, a medida que fue conociéndose su verdadera historia, fue evidente que esas

perversiones eran manifestaciones de una psicosis profunda, una clara alteración mental originada en la relación anormal que tenía con su madre.

Cuando los psiquiatras comenzaron a indagar las posibles razones de su comportamiento patológico, supusieron que se trataba de un típico caso de complejo de Edipo: Gein habría estado enamorado de su madre y después de su muerte se habría obsesionado con buscar una sustituta —se comprobó un extraordinario parecido entre las víctimas y su madre. De niño, había buscado de manera desesperada el amor maternal que le era negado, y así fue como en su mente se generó una nueva personalidad, la de un misógino salvaje.

Gein murió por insuficiencia respiratoria el 26 de julio de 1984, tras pasar décadas internado en un establecimiento psiquiátrico, donde se comportó como un paciente modelo. Actualmente, sus restos descansan en el cementerio de Plainfield, al lado de los de su madre.

Sin embargo, la influencia de Gein perdura. Hoy, sus «admiradores» pueden comprar máscaras Gein de látex, coleccionar recuerdos Gein o reunirse en su club de admiradores para contar chistes «gein», tales como el siguiente:

—¿Por qué Gein ponía siempre la calefacción al tope en su granja?

—Para que a los muebles no se les pusiera la piel de gallina.

O también:

—¿Cómo era la gente que vivía en la granja del horror de Ed Gein?

—Deliciosa.

Con relación a estas humoradas, se elaboró un informe científico titulado «Reacciones comunitarias ante un acontecimiento aterrador», en el cual se dice que los «geiners» y otros chistes similares son modos que tiene la sociedad de enfrentarse con lo inconcebible, por lo que deben ser tolerados a pesar de su mal gusto.

Su truculenta historia fue narrada en las dos versiones de la película de terror *Masacre en Texas* (*The Texas Chain Saw Massacre*), de Tobe Hooper, en 1974, y de Marcus Nispel, en 2003; y las particularidades de este

inquietante personaje proporcionaron a Alfred Hitchcock las bases para su clásica *Psicosis* (*Psycho*, 1960), y a Jonathan Demme, los elementos para delinear al travestido de *El silencio de los inocentes* (*The Silence of the Lambs*, 1990).

JOACHIM KROLL

El caníbal de Ruhr

Joachim Kroll nació el 17 de abril de 1933 en Hindenburg, Oberschlesien, cerca de la frontera alemana con Polonia. Debido al estallido de la Guerra y a las duras consecuencias que ocasionó la derrota a su país, solo pudo concurrir durante tres años a la escuela y nunca aprendió a leer ni a escribir. Cuando cumplió 21 años, habiendo transcurrido una adolescencia triste y complicada, falleció su madre, que ya había enviudado. Tres semanas después Joachim abandonó la casa, y sus cinco hermanas y hermanos fueron separados. Ninguno volvió a saber de él.

Joachim se estableció en Ruhr. No se sabe cómo había saltado la cortina de hierro a Alemania Occidental. Comenzó a gestarse en silencio el feroz asesino serial, contra todo lo que podía esperarse de este hombre pequeño, común y corriente.

En 1955 cometió su primer crimen. Su víctima fue Irmgard Strehl, una joven de 19 años. La atacó después de sorprenderla en una carretera rural cerca de la ciudad de Walstedde. La chica fue estrangulada y luego violada, un destino que pronto iban a correr muchas de las otras mujeres que cayeron bajo las manos de Joachim. El cadáver de Irmgard fue descubierto a varios metros de la carretera, semioculto entre los pastizales.

Durante cuatro años, los extraños impulsos que llevaban a Joachim a matar y a violar permanecieron latentes, y nada hacía suponer que pudieran despertar nuevamente; pero luego, de improviso, en una rápida sucesión, atacó mortalmente dos veces. Las víctimas fueron Klara Tesmer, de 24 años, y

Manuela Knoot, de 16.

Fue con el asesinato de Klara que Joachim empezó a tomarle el gusto a la carne humana. Cuando hallaron el cadáver de la muchacha en un bosque cercano, la policía se quedó horrorizada al comprobar que unos enormes trozos de carne habían sido arrancados de los muslos y de los hombros. Años después Joachim confesó que había envuelto la carne en un papel y luego se la había llevado a su casa para comerla durante la cena. Desgraciadamente, un tal Heinrich Ott fue arrestado y acusado del asesinato de Klara. Mientras esperaba ser enjuiciado, Ott sufrió una depresión aguda y se ahorcó en su celda.

Todo parecía haber terminado definitivamente, y los habitantes de Ruhr fueron recuperando poco a poco su convivencia tranquila hasta que en 1962 Joachim volvió a actuar. Al igual que la vez anterior, en esta oportunidad las víctimas volvieron a ser dos: primero cayó Petra Giese, una niña de solo 13 años, y dos meses después le llegó el turno a Monika Tafel, de apenas 12. Ambas oriundas de la región de Bruckhausen, murieron estranguladas y luego fueron violadas. Nuevamente se encontraron horrendas huellas de canibalismo en sus cuerpos.

Las autoridades arrestaron de inmediato a dos hombres inocentes, a quienes atribuyeron los crímenes, y los encarcelaron sin miramientos: Vinzenz Kuehn, un conocido pederasta que debió pasar seis años en prisión por el asesinato de Petra Giese, y Walter Quicker, un hombre que amaba en exceso a los niños, pero que nunca había tocado a uno solo, y fue declarado sospechoso del asesinato de Monika Tafel. Como no pudo reunirse ninguna prueba en su contra, fue liberado al poco tiempo. Pero su entorno, humillado por el incidente, ya lo había juzgado. Su mujer le pidió el divorcio, sus amigos y conocidos le hicieron un vacío, y su vida laboral se tornó insoportable. Unos meses después del trágico episodio, el señor Quicker se colgó de un árbol en el mismo bosque donde se había encontrado el cadáver de Monika Tafel.

Desde entonces pasaron tres largos años para que el caníbal volviera a matar.

En 1965 Joachim estaba buscando una nueva víctima femenina en Grossenbaum cuando se topó con una pareja que había estacionado su automóvil en un callejón donde habitualmente se embozaban las parejas de enamorados. Hermann Schmitz y su novia, Marion Veen, se estaban besando en el asiento delantero cuando Joachim se les apareció sorpresivamente delante del vehículo y empezó a mover los brazos como un loco. Creyendo que el hombre, evidentemente agitado, tenía algún problema, Schmitz salió del automóvil para auxiliarlo. Joachim lo recibió con varias puñaladas.

Marion, que comprendió de inmediato lo que estaba sucediendo, se pasó al asiento del conductor, puso el vehículo en marcha y lo lanzó contra el agresor. Joachim logró apartarse de un salto a último momento, corrió hacia unos matorrales cercanos y desapareció en medio de la noche. Marion detuvo el automóvil y colocó una horquilla debajo de la bocina para que quedara trabada sonando permanentemente, a fin de llamar la atención de algún transeúnte. Una vez conseguido el objetivo, descendió desesperada y corrió al lado de Hermann. No había nada que hacer. Ya había muerto.

En septiembre de 1966, Joachim asesinó y violó a Ursula Rohling, de 20 años. La policía sospechó inmediatamente de su novio, Adolf Schickel, la última persona que había sido vista en su compañía, y lo arrestó. Naturalmente tuvieron que dejarlo libre unos días después al no poder probar nada en su contra, pero Adolf tuvo que enfrentarse al desprecio de sus amigos y vecinos, que estaban totalmente convencidos de su culpabilidad. Cuatro meses después de recuperar su libertad, se llenó los bolsillos con piedras y se arrojó y ahogó en un río cercano.

Entre tanto, Kroll siguió asesinando. En Bredeney, engañó a una niña de cinco años, Ilona, consiguiendo hacerla subir con él a un tren. Después de casi 20 kilómetros de viaje, bajaron y, después que el transporte retomara su marcha, la estranguló, la violó y se llevó partes del cadáver.

Joachim era un demente impredecible, al que ni siquiera le importaba la edad de sus víctimas. En otra oportunidad, llamó a una puerta elegida al azar, y, cuando la señora María Hettgen, de 61 años, abrió para ver quién era, murió apuñalada.

Poco después, Jutta Rahn, de 13 años, corrió la misma suerte. En este caso las sospechas del asesinato recayeron sobre un hombre llamado Peter Schay, que la policía ya investigaba por tener el mismo grupo sanguíneo que el asesino. De todas formas, como no existía ninguna prueba de que hubiera participado en el asesinato, volvieron a dejarlo en libertad. Durante varios años, este hombre inocente debió soportar el desprecio de vecinos y conocidos hasta que Joachim Kroll confesara el asesinato de la niña.

El principio del fin llegó en 1976, y ocurrió en el pueblo de Laar. El vecino de Oscar Müller le comentó al pasar que el inodoro de su piso estaba atascado. Oscar fue a verlo con la intención de arreglarlo, y cuando se disponía a poner manos a la obra quedó horrorizado al ver que en el interior del artefacto flotaban diminutos trozos humanos. Salió corriendo del edificio y rápidamente encontró a un agente de policía —el barrio estaba repleto de agentes, porque esa misma mañana había desaparecido de un parque cercano Monika Kettner, una niña de cuatro años. El agente acompañó a Oscar, echó un vistazo al inodoro y partió espantado a informar a sus superiores.

Con la orden de allanamiento en su poder, un grupo de detectives se dirigió de inmediato a revisar el edificio y emprendió el minucioso registro de cada uno de los pisos. Cuando examinaron el departamento del vecino Joachim Kroll, quedaron pasmados. En la heladera encontraron varios trozos de carne humana, prolijamente empaquetados en bolsitas de plástico, y la mano de la niña de cuatro años desaparecida.

El caníbal de Ruhr sabía perfectamente que sus veintiún años de impunidad terminarían en cualquier momento. Confesó todos los asesinatos que recordaba, pero admitió que había muchos otros de los que se había olvidado.

La policía siempre estimó que no debió pasar un solo año sin que Kroll cometiera un homicidio, aunque no pudiera acordarse de todos ellos.

Durante el interrogatorio, mientras confesaba con todo lujo de detalles los crímenes recordados, Joachim relató con total tranquilidad cómo había conocido a Gabriele Puettmann en el banco de una plaza. Había tenido toda la intención de matarla y de violarla, pero cuando le mostró unas fotos pornográficas, Gabriele saltó del banco y se fue corriendo.

Gabriele nunca les comentó a sus padres este incidente, pero once años después, cuando fue nombrada en las declaraciones de Joachim, se dio cuenta de lo afortunada que había sido al lograr escapar de sus garras.

En 1979, tras su confesión, el caníbal de Ruhr fue sometido a juicio, acusado de ser el responsable de 14 muertes. Se lo encontró culpable de ocho cargos de asesinato y de uno en grado de tentativa. El 8 de abril de 1982, fue declarado culpable y, como en Alemania Occidental no existía la pena capital, fue condenado a nueve cadenas perpetuas. El primero de julio de 1991, Kroll murió de un ataque al corazón en la prisión de Rheinbach, cerca de Bonn.

HARVEY GLATMAN

El feo

Harvey Murray Glatman nació en el estado norteamericano de Colorado, y durante toda su vida tuvo que acarrear un humillante estigma: ser feo. Pero no un feo común, como esos que simplemente carecen de todo atractivo; Harvey era feo de verdad. Tan feo que hasta resultaba desagradable mirarlo a la cara. Tenía unas orejas gigantescas, exageradamente separadas de la cabeza, facciones caídas, como si el rostro se le estuviera derritiendo, ojos saltones que le conferían una mirada de pescado y una boca tan enorme que parecía inflada. Toda su infancia estuvo marcada por su poco agraciada fisonomía; sus propios familiares le hacían continuos desprecios y sus compañeros de clase no dejaban de burlarse de él despectivamente, poniéndole apodos como «el monito», «el gorilita» o, simplemente, «el feo».

Sin duda, a nadie le resultaba agradable, y le hacían sentir la diferencia. Entonces, poco a poco fue incubando un síndrome de odio hacia los demás y se fue alejando de la gente. La soledad se convirtió en un refugio obsesivo, y la presencia de cualquier persona llegó a molestarle hasta la irritación, porque siempre tenía el temor de que se burlaran de él. Su conducta se volvió cada vez más introvertida, y terminó aislándose por completo.

Harvey era un hombre muy inteligente —su coeficiente intelectual llegaba a 130—, pero su personalidad había sido desvirtuada por su fealdad, estaba marcado y crecía en su interior un sentimiento de venganza hacia los que lo marginaban, especialmente hacia las muchachas de su edad, que se alejaban con cualquier excusa cuando él se acercaba.

Su frustración carnal empezó a crecer, no podía tener relaciones sexuales porque las mujeres lo aborrecían, y se vio forzado a echar mano a las prácticas onanistas. Pero estas no tenían ningún ingrediente erótico; carecían por completo de intensidad.

Necesitaba imperiosamente del género femenino; tenía que acercarse a ellas de alguna manera. Sus primeros intentos fueron muy tímidos: comenzó a robarles a sus compañeras y a masturbarse con los objetos que conseguía; fantaseaba con las dueñas de esos bolsos arrebatados, leía sus agendas y se hacía ilusiones que sabía que nunca se iban a concretar.

Harvey aún necesitaba algo más. A los 17 años consiguió una réplica exacta de un revólver, y comenzó a probar los efectos de la intimidación. Cuando encontraba a una chica sola en la calle, le apuntaba con su falso revólver y la obligaba a quitarse la ropa. Solo se quedaba en eso; no intentaba nada más. Únicamente deseaba observar mujeres desnudas y que se desnudaran para él.

Sin embargo, Harvey empezó a pensar que ese recurso apenas le garantizaba unos minutos de goce, que precisaba disfrutar más tiempo. Ahí se inició su afición por la fotografía. Comenzó por sacar fotos a escondidas y, con sumo cuidado y parsimonia, pegaba las más excitantes en las paredes de su habitación.

Después de un tiempo, se mudó a Nueva York, y un mundo pródigo se abrió ante él: había miles de mujeres para fotografiar. De este modo su búsqueda de imágenes se transformó en una nueva obsesión. Las fotos no lo repudiaban, no le rechazaban la mirada y siempre le sonreían. Se masturbaba fantaseando con los cuerpos y los rostros de las desconocidas que había captado por la calle.

En poco tiempo se quedó sin dinero y tuvo que comenzar a robar para poder subsistir. De los simples arrebatos pasó a los robos con agresión, por lo que fue arrestado y condenado a pasar cinco años en la célebre prisión de Sing Sing. Durante todo ese tiempo se mostró dócil e imperturbable.

En 1951 Harvey salió de la cárcel habiendo acumulado un odio inmenso. Se

mudó a Los Ángeles y allí montó un taller de reparación de televisores, mientras retomaba su afición por la fotografía, acumulando imágenes para su colección. En la cárcel había descubierto las revistas pornográficas y soñaba con ser el fotógrafo de esas modelos: que posaran para él, dóciles y complacientes; que tuvieran que sonreírle permanentemente a pesar de su fealdad.

El 31 de julio de 1957 conoció a la que fue su primera víctima. Su nombre era Judith Ann Dull, una modelo en alza que tenía la intención de hacerse popular y de convertirse en una estrellita importante, para lo cual era plenamente consciente de que debía estar dispuesta a aceptar alguna que otra propuesta indecente.

No se sabe cómo, pero la chica llegó a Harvey. Este, basándose en engaños, le hizo creer que trabajaba para una exitosa revista del momento, que ella sería su imagen de tapa y que no cabía duda de que saltaría a la fama. Le explicó que ya tenía todo arreglado para realizar la sesión fotográfica en un estudio prestigioso, pero como le habían surgido una serie de problemas inesperados, le preguntó si existía algún inconveniente en efectuar el trabajo en el pequeño estudio que tenía instalado en su casa.

Judith aceptó, primero, porque no había nada que le pareciera fuera de lo normal, y, segundo, porque el fotógrafo era muy amable y considerado con ella. Harvey le comentó que para que las fotos fueran más comerciales lo ideal era que fueran provocativas, por lo que, si ella no mostraba reparos, había pensado en realizar una sesión simulando que estaba atada de pies y manos. De esa manera consiguió inmovilizarla, levantó ligeramente su suéter y su pollera, y comenzó a efectuar algunas tomas. Luego le pidió que mirara provocativamente a la cámara, y ella siguió accediendo a todas sus peticiones.

Entonces Harvey quiso ir más lejos y tener sexo por primera vez. La chica advirtió sus intenciones e intentó liberarse de inmediato, pero las ataduras no eran simuladas como se le había dicho, y Harvey logró violarla dos veces.

Judith estaba aterrorizada, y él comprendió los alcances de lo que acababa de hacer: con sus antecedentes penales, una denuncia de la chica sería fatal. Lo enviaría por el resto de su vida a la cárcel. No la podía dejar escapar con vida. A punta de pistola (esta vez auténtica) la condujo hasta su automóvil, y se dirigieron al ardiente desierto, donde se adentraron unos 200 kilómetros. Allí, en ese solitario paraje, la volvió a forzar y le sacó más fotografías. Entre sollozos, Judith le pidió clemencia, que no la matara, y le aseguró que no lo iba a denunciar. Pero Harvey ya había tomado la decisión y tomando una cuerda la estranguló. Después de comprobar que estaba muerta, cayó de rodillas junto al cadáver y llorando le pidió perdón. Dejó el cuerpo abandonado en el desierto y regresó convencido de que sería detenido. Estaba seguro de que la policía iba a encontrar el cadáver y que lo iban a arrestar, pero nada sucedió.

Harvey estuvo varios meses contrito, pero cuando finalmente decidió revelar el carrete, vio las fotos de Judith y empezó a enamorarse de su imagen y a disfrutar de su triunfo. Amplió las fotos y las colgó por todo su departamento.

Entonces empezó a preparar un nuevo asesinato. A principios de 1958 decidió inscribirse en un club de solteros para ver qué sucedía. Se registró con un nombre falso y logró contactarse con una joven de veinticuatro años, llamada Shirley Ann Bridgeford. Quedaron en encontrarse el 8 de marzo, y así lo hicieron. Pero cuando Shirley le vio la cara, no pudo disimular la impresión que le causó, y Harvey desató su odio contra ella. La encañonó con la pistola y la llevó en su auto al desierto. Allí repitió metódicamente todas las acciones que había realizado con Judith: la violó, la fotografió y la estranguló con una cuerda.

Esta vez no se arrepintió, había encontrado su verdadera vocación y ya se disponía a conseguir a una nueva víctima. Revisó los avisos de contactos en los periódicos y así conoció a Ruth Mercado, una chica que frecuentaba la

noche, de la que se enamoró perdidamente. Entonces Harvey comenzó a soñar con cambiar su vida, con formar una familia ideal en la compañía de Ruth. Pero Ruth soñaba otra cosa: si no le pagaba, no estaba dispuesta a brindarle sus atenciones y, como todas las demás, lo rechazó. Nuevamente Harvey tuvo que visitar el desierto a pesar de que la amaba. La violó, la fotografió y la asesinó como a las demás.

Después de concretar su último crimen y de comprobar que podía seguir operando con total impunidad, ya que la policía ni siquiera insinuaba haber descubierto algo, Harvey retomó su primer *modus operandi* y puso algunos avisos en el periódico anunciándose como fotógrafo para las nuevas modelos. Así conoció a Lorraine Vigil, una joven que estaba desesperada por conseguir dinero y que veía en el modelaje fotográfico un modo efectivo de ganarlo rápidamente.

Harvey comenzó por aplicar su método tradicional. La encañonó con la pistola y se preparó para llevarla al desierto, donde repetiría el proceso. Pero Lorraine demostró ser más aguerrida de lo que creía, y empezaron un forcejeo, durante el cual Harvey disparó y la hirió en una pierna. Ella continuó atacándolo y gritando hasta que la policía los encontró. Una patrulla de carretera que pasaba en ese instante detuvo a Harvey.

Gracias a su valentía, Lorraine no solo consiguió salvar su vida sino también las de quién sabe cuántas mujeres más que hubieran podido caer en manos del poco atractivo fotógrafo si no lo hubiesen detenido.

Harvey Murray Glatman confesó todos sus crímenes y fue juzgado y sentenciado a muerte en un juicio que solo duró tres días y que no quiso apelar. Sabía que se merecía un castigo y aceptó resignado la muerte. El 8 de agosto de 1959 fue ejecutado. No expresó ni un solo lamento, ni una sola queja. Sus últimas palabras fueron: «Es mejor así, tarde o temprano esto tenía que terminar».

Algunos segmentos de la carrera de Glatman fueron ficcionalizados por

Jack Webb en el telefilme *Dragnet*, de 1966. La película convenció a los ejecutivos del medio de lanzarla en forma de serie al año siguiente, y se mantuvo en el aire durante cuatro años.

CHARLIE STARKWEATHER

Asesino por naturaleza

Charles Starkweather nació el 24 de noviembre de 1938 en el condado de Lincoln, Nebraska, y fue el tercero de los siete hijos que tuvieron Guy y Helen Starkweather, una pareja pobre y sin demasiada educación.

A pesar de haber nacido en plena depresión y en el seno de una familia de pocos recursos, Charlie tuvo una infancia feliz, jamás pasó hambre y siempre tuvo un hogar donde resguardarse. Su padre, aunque sufría de artritis, era carpintero, y su madre trabajaba sin descanso atendiendo las mesas en una cafetería local. Los dos eran muy queridos y respetados en la comunidad.

El primer problema para Charlie fue la escuela. Su inteligencia era normal, pero su extremada miopía, que no le detectaron hasta los 15 años, y las burlas permanentes que le hacían sus compañeros por su defecto en el habla y una malformación en las piernas lo convirtieron en el protagonista de todas las peleas en los recreos. Lo único que le daba satisfacciones era la gimnasia, en la que se destacaba por su fuerza y su excelente coordinación.

En el noveno grado se hizo amigo de Bob Von Busch después de trenzarse en una feroz lucha que dejó a ambos con infinidad de moretones. Ambos admiraban a James Dean, y juntos comenzaron a ir al cine para ver todas sus películas, imitar su manera de hablar, su forma de vestir y hasta su corte de pelo.

En 1956 Bob empezó a salir con Bárbara Fugate y, naturalmente, Charlie también empezó a hacerlo con la hermanita menor, Caril, que solo tenía trece años. Caril era hermosa, rebelde, explosiva, y veía a Charlie como un dios.

Estaba tan encandilada que ni se le cruzaba por la cabeza que el muchacho pudiera tener mezquindades o flaquezas. Charlie a su vez se desvivía por ella, la trataba como a una reina, y el amor y la admiración que recibía de su noviecita le daban la fuerza que necesitaba para enfrentar al mundo que tanto odiaba.

Charlie dejó la escuela a los 16 años para trabajar en la bodega de la Western Newspaper Union, cargando y descargando camiones. La bodega estaba cerca de la casa de Caril, por lo que iba a verla todos los días. Aunque la jovencita aún no tenía edad suficiente para manejar, Charlie decidió enseñarle, y tuvieron un accidente menor, pero que le costó a su padre el pago de los daños. Este episodio enfrentó seriamente a los Starkweather, tanto que Charlie terminó expulsado de su casa.

Entonces alquiló un cuarto en la casa de huéspedes donde ya estaban viviendo Bob y Bárbara Fugate, dejó su trabajo en la bodega y consiguió otro como recolector de basura. El salario era inferior, pero le daba más tiempo para estar con Caril. Los jóvenes hablaban de casamiento y Charlie llegó a fanfarronear ante sus amigos que la chica estaba embarazada, una mentira innecesaria que se propagó hasta llegar a los oídos de los padres de Caril y que les puso los pelos de punta.

Su bajo salario comenzó a ocasionarle dificultades con el pago del alquiler. La propietaria de la pensión, a quien no le gustaba Charlie, decidió desalojarlo y sacárselo de encima. Sin hospedaje seguro ni un mísero centavo, Charlie comenzó a pensar que la única forma de salir adelante era emprendiendo una carrera delictiva, y empezó a fantasear con asaltar un banco.

Todo se desató el 30 de noviembre de 1957, cuando quiso comprarle un perrito de felpa a Caril en una estación de servicio. Sin dinero, le pidió a Robert Colvert, el encargado, que le permitiera pagarlo en cuotas. El encargado se negó, y a las tres de la madrugada del día siguiente Charlie

decidió que a partir de ese momento sería él quien impondría su voluntad.

Tomó la escopeta calibre 12 que le había prestado un primo de Bob y regresó a la estación de servicio. Después de dar un par de vueltas, primero para comprar cigarrillos, y después para gastar sus últimas monedas en un chicle, con la seguridad de que Colvert estaba solo, entró cubriéndose la cara con un pañuelo y con una gorra de cazador que le ocultaba el pelo rojizo.

Colvert, que estaba trabajando en un automóvil, fue obligado a punta de escopeta a dirigirse a la oficina y abrir la caja registradora. Después de juntar todo el dinero, el asaltante le ordenó que abriera la caja fuerte, pero él le dijo que no podía porque solo el dueño conocía la combinación. Entonces el asaltante le ordenó seguirlo y lo hizo conducir su automóvil hasta la casa de una anciana medio loca, conocida en la zona como «Bloody Mary». Cuando bajaron del vehículo, Colvert aprovechó un descuido del hombre e intentó desarmarlo, pero tuvo la mala fortuna de que el arma se disparara causándole una herida que lo derribó al piso. Cuando quiso incorporarse, el asaltante le disparó en la cabeza.

Horas más tarde, Charlie cambió el color de su coche a modo de precaución, pero cometió algunos errores que despertaron sospechas. De todas formas, sin pruebas concluyentes las autoridades no tuvieron otro remedio que atribuirle el robo y el crimen a un desconocido que había estado de paso, y Charlie se sintió el hombre más poderoso del mundo: había robado y asesinado, y la policía solo lo había molestado con algunas preguntas. Era el «hombre invisible».

Al día siguiente Charlie se atrevió a confesarle a Caril que había sido el autor del robo, pero le echó la culpa a otro del asesinato de Colvert. Ella simuló creerle, y ese crimen creó entre ellos un vínculo que marcaría para siempre su destino. Tenían algo en común que los uniría a lo largo de todo el tiempo que durara la relación.

Pero el golpe de suerte no fue eterno. Charlie seguía sin conseguir un lugar

donde alojarse, perdió su empleo y el dinero que había obtenido en la estación de servicio terminó por acabarse. Por si esto fuera poco, la familia de Caril estaba empeñada en tratar de separarlos, convencida de que la chica estaba embarazada.

La tarde del martes 21 de enero de 1958, el muchacho se encaminó al domicilio de los padres de la chica con un rifle calibre 22 y un par de alfombras que alguien había desechado, aparentemente decidido a intentar arreglar la situación regalándole las alfombras a la madre de Caril, Velda Bartlett, y proponiéndole salir de caza a su padrastro, Marion Bartlett. El matrimonio se encontraba en su hogar en compañía de la media hermana de Caril, Betty Jean.

No bien abrió la puerta, Velda lo recibió a los gritos exigiéndole que terminara su relación con Caril de una vez por todas. Discutieron y la mujer golpeó un par de veces a Charlie, que se fue de la casa ofuscado, pero olvidando el rifle. Después de andar unos metros regresó por el arma, pero esta vez lo recibió Marion, que lo echó violentamente.

Furioso, Starkweather buscó un teléfono público y llamó al trabajo de Marion para avisar que no iba a poder concurrir durante un par días porque estaba enfermo, regresó nuevamente a la casa de los Bartlett y esperó a que Caril regresara de la escuela. Cuando apareció le contó lo que había pasado y ella entró a la casa para poner las cosas en claro con su madre. Charlie la siguió. Cuando Velda lo vio ingresar con su hija, volvió a agredirlo acusándolo de haberla embarazado. Él se defendió y recuperó el rifle justo en el momento en que Marion aparecía furioso esgrimiendo un martillo. Charlie le disparó en la cabeza. Al ver desplomarse a su marido, Velda corrió a la cocina, agarró un cuchillo y se abalanzó sobre Charlie, a quien no le quedó otra salida que dispararle a la cara. Cuando la mujer herida intentó levantarse, Charlie la golpeó dos veces en la cabeza con la culata del rifle. Como la pequeña Betty Jean no paraba de llorar presa del pánico, también la silenció

definitivamente con un culatazo en la cabeza.

Tanto la reacción como la responsabilidad de Caril en la masacre de su familia nunca pudieron ser determinadas en forma fehaciente. Ella declaró que ya había terminado su relación con Charlie antes de los incidentes y que había quedado aterrorizada ante los hechos, pero como no existen testigos, lo más probable es que nunca se sepa la verdad.

Después de ocultar los cuerpos de la familia en distintas partes de la propiedad, Charlie y Caril limpiaron las manchas de sangre y decidieron quedarse en la casa. Para evitar a los posibles visitantes colocaron un cartelito en la puerta del frente donde se leía: «Manténgase alejado; todos estamos enfermos de gripe».

Pasaron los días y varios familiares de los Bartlett comenzaron a sospechar que algo raro estaba sucediendo con sus parientes. Pidieron entonces dos veces la intervención de la policía que, después de interrogar a Caril, se retiró conforme e informó a los preocupados familiares que todo estaba bien. Incluso, Guy, el padre de Charlie, pidió que arrestaran a su hijo para interrogarlo. La policía no quiso actuar.

Finalmente Bob Von Busch, el esposo de Bárbara, y su hermano decidieron investigar por su cuenta. Ingresaron en la propiedad de los Bartlett y descubrieron en el gallinero de la casa el cadáver de Marion. Esta vez la policía decidió arrestar a Charlie Starkweather y a Caril Fugate, pero ya era tarde: habían escapado.

Los prófugos se refugiaron en la casa de un viejo amigo de la familia Starkweather, August Meyer, un hombre de 62 años, que tenía una granja a unos 20 kilómetros de Lincoln. Es imposible saber qué pasó allí adentro, lo cierto es que Meyer también terminó con un balazo en la cabeza. Después de robar algo de dinero y algunas armas, la pareja huyó a pie dejando atascado en el barro el viejo Ford de Charlie.

Tras andar un buen tramo por la carretera, lograron que Robert Jensen, de

17 años, y Carol King, de 16, detuvieran su automóvil para recogerlos. Una vez dentro del vehículo, los redujeron y los forzaron a llevarlos a una bodega abandonada cercana a la granja Meyer. Ahí Robert recibió seis balazos en la cabeza y Carol un tiro de escopeta. El cadáver de Carol fue encontrado semidesnudo pero sin señales de haber sido ultrajado.

Aunque parezca increíble, después de discutir sobre la posibilidad de dirigirse al estado de Washington para pedir la ayuda de un hermano de Charlie, la pareja regresó a Lincoln, donde todo el mundo los conocía y los estaba buscando. Lo que fue aún peor es que se dieron una vuelta por la propiedad de los Bartlett para ver si ya habían descubierto los cadáveres. La presencia de un montón de policías en la puerta les alcanzó como respuesta. Entonces se dirigieron a las afueras del pueblo y se quedaron a dormir dentro del vehículo robado.

Al día siguiente, el 28 de enero de 1985, las autoridades localizaron el auto de Charlie en las inmediaciones de la granja Meyer y los cadáveres de las tres últimas víctimas de la pareja. La cacería había comenzado.

A pesar de haber vivido siempre en los barrios pobres, el trabajo de recolector de basura le había permitido a Charlie conocer a fondo las zonas más ricas de Lincoln, donde habitaban las personas más influyentes de la ciudad. Esa mañana, cuando llegó al lugar, decidió refugiarse en la casa de Lauer Ward, un íntimo amigo del gobernador y presidente de las compañías Capital Bridge y Capital Steel. En la propiedad estaban Clara Ward, la esposa del industrial; Lillian Fencl, su sirvienta medio sorda, y los dos perros: Queenie y Suzy. Tras sorprender a Lillian en la cocina, Charlie le ordenó a punta de pistola que no hiciera el menor ruido y encerrara a Queenie en el sótano. Después, valiéndose de notas y sin dejar de apuntarla, le indicó que siguiera preparando el desayuno de la señora Ward. Cuando la dueña de casa bajó a la cocina se encontró sorprendida con Caril y Charlie, quien le aseguró que si se portaba bien no tenía nada que temer. La señora Ward, tranquila,

aceptó y se sometió a las ordenes de Starkweather, que se sentía en la gloria al verse atendido por una de las personas más ricas y prominentes de Lincoln.

Alrededor de la una de tarde, la señora Ward le pidió autorización para subir a su cuarto a fin de cambiarse los zapatos. Charlie accedió, pero unos minutos más tarde la siguió. La dama tenía en sus manos una pistola calibre 22, con la que le disparó sin dar en el blanco. Charlie le lanzó un cuchillo que se clavó en el centro de la espalda de la señora, a quien luego apuñaló varias veces en el pecho y en el cuello. La pequeña perra Suzy comenzó a ladrarle, por lo que le rompió el cuello para hacerla callar.

A continuación, tomó el teléfono de la habitación y llamó a su padre para pedirle que le dijera a Bob Von Busch que iba a matarlo por haber querido interferir en su relación con Caril. Después se sentó a escribir lo que intentaba ser una confesión y la encabezó con el título «Solo para las las autoridades legales».

Cuando Lauer Ward regresó a su casa a alrededor de las seis de la tarde, lo primero que vio fue el cañón del arma de Starkweather apuntándole. Tras una acalorada y corta discusión una bala lo mandó al otro mundo y Lillian Fencil no tardó en seguirlo.

El primo y socio de Ward encontró los cadáveres al día siguiente y llamó al gobernador Anderson, quien de inmediato se comunicó con la policía y la Guardia Nacional para intimarlos a cazar a los asesinos de su amigo. El FBI entró en juego, y hasta salieron aviones para buscar el Packard negro modelo 56, que había pertenecido al industrial y en el que ahora se suponía escapaban sus asesinos.

La pareja volvió a mostrar su sorprendente estupidez intentando refugiarse nuevamente en la casa de Caril, pero como vieron sus luces encendidas y un auto patrulla en la entrada, continuaron la marcha rumbo al estado de Washington.

En plena huida decidieron cambiar de automóvil para evitar ser

localizados, y encontraron uno estacionado al costado de la carretera, que invitaba a ser robado. En el interior estaba Merle Collison, un vendedor de zapatos de Montana, que dormía profundamente intentando recuperar fuerzas antes de proseguir con su viaje. Charlie lo despertó y le informó que iban a cambiar de vehículo. Como el vendedor se negó, recibió varios tiros en la cabeza y el cuello.

Con el cadáver de Collison en el asiento delantero y Caril en el trasero, Charlie descubrió que, si bien había conseguido el automóvil que buscaba, no tenía idea de cómo sacarle el freno de mano. Sus problemas parecían no acabar nunca.

Un joven geólogo que circulaba por la carretera vio el automóvil detenido y supuso que tendría algún inconveniente mecánico. Entonces detuvo el suyo y descendió para ofrecer ayuda. No bien llegó a la ventanilla se encontró con un Starkweather desesperado, que, apuntándolo con una pistola, le gritó: «Arriba las manos... Ayúdame a quitar el freno de mano o te mato».

Cuando el geólogo advirtió el cadáver ensangrentado en el asiento del acompañante, se dio cuenta de que, si no desarmaba a Charlie rápidamente, este lo mataría. Audazmente se lanzó sobre Starkweather y se enredaron en una lucha que llamó la atención de William Romer, un oficial del sheriff de Wyoming, que afortunadamente pasaba por el lugar. Al verlo acercarse, Caril se bajó del auto gritándole «Lléveme con la policía». «Yo soy la policía», respondió Romer. «Ha matado a un hombre», continuó la chica señalando hacia el vehículo.

Entre tanto Charlie ya había regresado al Packard y corría a toda velocidad hacia el poblado de Douglas. Romer fue hasta la radio de su automóvil y ordenó que bloquearan la carretera.

Robert Ainslie, jefe de Policía de Douglas, y su compañero de patrulla, Earl Heflin, sheriff del condado de Converse, acababan de recibir el mensaje de Romer cuando vieron pasar el Packard rumbo a Douglas y salieron en su

persecución. Heflin disparó su carabina haciendo blanco en la parte trasera del coche, que frenó unos metros más adelante bruscamente y quedó detenido en el medio de la carretera.

Los experimentados policías se acercaron cuidadosamente al Packard y le ordenaron a Starkweather que se bajara. Cuando obedeció le ordenaron que se tirara en el suelo y, ante un movimiento brusco de Charlie, efectuaron un disparo de advertencia. Charlie comprendió que ya no tenía nada que hacer y cumplió con lo que le ordenaban.

Aunque también parezca increíble Starkweather fue glorificado por la prensa como un «antihéroe» norteamericano, el prototipo del «rebelde sin causa» de James Dean.

Charlie y Caril fueron juzgados como adultos y a ambos se les acusó de asesinato en primer grado. El juicio de Charlie comenzó el 5 de mayo de 1958, y, aunque sus defensores intentaron demostrar locura, fue encontrado culpable y sentenciado a petición del jurado a la pena de muerte. Se sentó en la silla eléctrica el 25 de junio de junio de 1959.

El juicio de Caril siguió por otro camino. Su defensa argumentó que la muchacha siempre había sido la rehén de Starkweather, pero esto no convenció al jurado, que la declaró culpable el 28 de noviembre de 1958. Por tener 14 años, fue condenada a cadena perpetua en lugar de a la silla eléctrica. Se la envió a cumplir su condena al Nebraska Center for Women, de donde fue liberada bajo palabra en 1977. Los últimos informes sobre su paradero la ubican trabajando en un hospital de Michigan.

Este asombroso raid sangriento fue abordado por el director Terrence Malick en la película *Malas tierras (Badlands, 1973)* y por Oliver Stone en *Asesinos por naturaleza (Natural Born Killers, 1994)*.

JOSÉ MARÍA JARABO

El último carnicero español

José María Jarabo tiene sin duda el triste privilegio de haber cometido uno de los crímenes más atroces de la historia española. Terminó con la vida de cuatro personas, una de las cuales era una mujer embarazada. Sus asesinatos consiguieron que la tirada del periódico *El Caso* se acercara al medio millón de ejemplares en 1958, cifra récord alcanzada por primera vez por un medio de comunicación nacional desde antes de la Guerra Civil.

El sábado 19 de julio de 1958, España se recuperaba de los excesos de la celebración del Glorioso Alzamiento Nacional y de la Fiesta de Exaltación del Trabajo. Las calles estaban vacías y el calor era insoportable. Un joven pulcro e impecablemente vestido desayunaba tranquilamente en un café de Madrid, mientras hojeaba las páginas del *ABC* sin saber que estaba a punto de bañar de sangre aquellos tiempos de posguerra.

El joven se llamaba José María Manuel Pablo de la Cruz Jarabo Pérez Morris. Había nacido en Madrid en 1923 y los últimos ocho años había estado sumido en el alcohol, las drogas y las mujeres. Sus amigos decían que sabía vivir y divertirse como pocos; que era un tipo viril capaz de conquistar indistintamente a señoras y señoritas, sin importarle demasiado su estado civil, su situación económica ni su condición moral. Afirmaban que por haberse educado en los mejores colegios de los Estados Unidos, aprovechaba su simpatía, sus buenas maneras y su carácter cosmopolita para cautivar a quien fuera en el momento en que se lo propusiera. También aseguran que era un seductor dotado de una gran prestancia, una enorme labia y un miembro

descomunal. Sus enemigos decían que solo era un libertino, un despilfarrador, un haragán y un enfermo sexual. Seguramente todos tenían razón. Jarabo era todo lo que se decía de él y tal vez mucho más. Un galancito de los tiempos de crisis, un dandy que disfrutaba de un ritmo de vida que estaba muy por encima de sus verdaderas posibilidades. No tenía trabajo, pero vivía como un rey con el dinero que su madre le enviaba regularmente desde Puerto Rico.

De todos modos, sus ya exagerados gastos fueron aumentando paulatinamente, y con los giros mensuales de su madre apenas lograba sobrevivir durante quince días. Entonces José María no tuvo más remedio que hipotecar a escondidas la casa familiar de la calle madrileña de Arturo Soria e irse a vivir a una pensión. Se trataba de un lugar que estaba lejos de ser un palacio, pero que al menos le aseguraba una cama donde podía desplomarse cada mañana después de una noche de juerga. Según él mismo reconoció más adelante, en los últimos dos años había dilapidado cerca de quince millones de pesetas, una cifra elevadísima teniendo en cuenta que en aquella época un automóvil común costaba 66.000 pesetas.

Cuando Jarabo salió del café donde había estado hojeando el *ABC*, sintió que el peso de los bolsillos de sus pantalones estaba mal repartido. En uno de ellos llevaba la billetera vacía, por lo que no podía molestarle demasiado. El desequilibrio estaba en el otro, donde había un objeto que pesaba como medio kilo de plomo: una pistola Browning FN calibre 7.65, de fabricación belga. Fue entonces cuando recordó sus problemas.

Hacía rato que su romance con una mujer inglesa casada, cuyo nombre era Beryl Martin Jones, les complicaba la vida a ambos. Ella había colocado su matrimonio al borde del divorcio y él había gastado una fortuna en hoteles, cenas, regalos y viajes. Tiempo atrás, asfixiado por la falta de dinero, le había pedido a Beryl un anillo de brillantes, que había empeñado inmediatamente para poder pagar sus deudas, y ahora ella, la única mujer a quien había querido realmente, le reclamaba la joya con el estúpido argumento de que se

trataba de un regalo de su también estúpido marido.

Desde Inglaterra le había enviado una carta recordándole una vez más que debía devolverle el anillo, con una autorización suya en carácter de propietaria para que pudiera desempeñar la joya, y una comprometedor carta de amor con escandalizadoras confesiones íntimas. Para colmo de males, los familiares de Jarabo amenazaban con regresar en cualquier momento de Centroamérica.

José María ya había pasado por la tienda de empeños Jusfer, ubicada en la calle Alcalde Sainz de Baranda número 19, y como no tenía las 4000 pesetas que necesitaba para recuperar la joya empeñada, había mostrado la carta intentando ablandar el corazón de los propietarios, que no se dejaron conmovier. Derrotado, se había retirado del lugar olvidando la carta sobre el mostrador. Ese 19 de julio de 1958 estaba decidido a recuperar a toda costa la carta olvidada y el anillo empeñado.

Minutos después de las 9.00 de la noche, se dirigió decidido hacia el número 57 de la calle Lope de Rueda. No era la dirección de la tienda, sino la vivienda de uno de sus dueños, un tal Emilio Fernández Díez, que, según creía Jarabo, tenía en su poder la carta y el anillo. Sin titubeos pulsó el timbre de la casa con la uña del dedo pulgar «para no dejar huellas de ningún tipo». Paulina, la criada, preguntó desde el interior quién era el que llamaba. José María le respondió que se trataba de un amigo de Emilio. Paulina abrió la puerta y lo dejó pasar. En el primer descuido, la agarró del cuello y la golpeó con una plancha que encontró en una mesa cercana. La mujer malherida siguió forcejeando. Jarabo tomó un cuchillo de la cocina y se lo clavó en el pecho partiéndole el corazón. La sangre comenzó a brotar del cuerpo de la mujer e impregnó toda su ropa, pero José María, sin impresionarse, completó su tarea arrastrando el cuerpo muerto hasta la pequeña habitación de servicio que se encontraba junto a la cocina. Una vez que logró ocultarlo, se dispuso a esperar pacientemente al dueño de casa, «el verdadero responsable de sus

problemas».

Emilio Fernández Díez llegó unos minutos después de las diez, y tras cerrar la puerta comenzó a llamar airadamente a su criada. Nadie le contestó. Una necesidad urgente lo obligó a dirigirse con rapidez hacia el cuarto de baño. Pasó frente al escondite de Jarabe, quien, tal como lo había planeado, le saltó sobre la espalda y lo inmovilizó sujetándolo por la chaqueta y apoyándole el cañón de la Browning en la nuca. Un segundo después, disparó. El cuerpo del usurero cayó como una piedra entre la bañera y el bidé.

Cuando apenas se estaba recuperando de sus dos sangrientos asesinatos escuchó que la puerta de calle volvía abrirse. No había tenido tiempo de buscar ni la carta ni el anillo y ya había matado a dos personas. Estaba muy nervioso. Amparo Alonso, la mujer de Emilio Fernández, cerró la puerta y se dirigió al salón donde se topó sorprendida con la cara de José María, que sin poder aparentar tranquilidad le dijo con una sonrisa fingida: «Buenas noches, soy inspector de Hacienda y estoy investigando a su marido... Él y la criada están detenidos, y mis compañeros se los han llevado a la comisaría».

La mujer no le creyó una palabra, trató de huir y comenzó a chillar como una loca. Lo único que consiguió fue anticipar su propia muerte. El agudo grito estremeció los tímpanos de Jarabe, que de un fuerte golpe logró silenciarla, y luego arrastrarla hasta una habitación. Solo después de conseguir arrojarla sobre una cama, sacó la pistola, se la apoyó contra la nuca y apretó el gatillo. Amparo estaba embarazada.

Cuando logró relajarse se sentó en un sillón y bebió anís de una botella que encontró sobre una mesa. Para confundir a la policía, sacó varias copas de un armario y manchó algunas con lápiz labial. Se deshizo de las cápsulas de bala en el inodoro y limpió cuidadosamente todos los lugares donde posiblemente hubiera dejado huellas. Bebió más anís y, recién cuando consideró que todo estaba «limpio», se dejó caer sobre la cama de la única habitación que no estaba cubierta de sangre, se relajó y pasó la noche entre sus muertos

durmiendo un sueño plácido y profundo.

A las nueve de la mañana, después de buscar infructuosamente por todas partes el anillo y la carta, abandonó la flamante cripta de los Fernández Díez.

Para solucionar su problema no le quedaba otra opción que visitar a otra persona más: Félix López Robledo, el otro propietario de la casa de empeños Jusfer. Pero antes desayunó frugalmente, se tomó un fino coñac español, vio un par de películas en el cine Carretas, comió en un restaurante chino y se echó una siesta en una pensión de la calle Escosura. Agotado por el esfuerzo de matar decidió tomarse el domingo libre y prolongó su sueño reparador hasta las seis de la mañana. Dos horas después acudía a su cita. Ya había desayunado su copa de brandy y comprobado que la Browning 7.65 estaba cargada y bien guardada en su bolsillo. Era la mañana del lunes 21 de julio de 1958.

Cuando Félix López Robledo terminó de abrir su tienda, alguien lo estaba esperando en la puerta de su negocio, que le pegó en la espalda con una torpe llave de judo. No sintió nada más, salvo el primero de los dos tiros que le disparó Jarabo en la nuca.

Tiempo después, José María salió con las manos vacías y ensangrentadas del local después de haberlo registrado por todos sus rincones, al igual que los bolsillos de su último propietario. Se sentía derrotado. Había asesinado a cuatro personas sin lograr absolutamente nada. Se refugió en el coñac y en las drogas, como la cocaína y la morfina, entre otras, pero no logró escapar a sus problemas.

Aturdido por la masacre, el alcohol y las sustancias tóxicas, Jarabo llevó su traje empapado de sangre a una tintorería situada en el número 49 de la calle Orense y se fue de copas. Sus últimas pesetas fluían de sus bolsillos como si el mundo se fuera a terminar esa misma noche. La gente que lo conocía comenzó a sospechar que algo raro estaba ocurriendo.

A las doce del mediodía del martes 22 de julio, José María regresó a la

tintorería para buscar su traje. Cuando llegó se encontró con que lo estaba aguardando un dispositivo de vigilancia especial de la policía. En un principio se resistió a ser detenido, pero llevaba un DNI falso, una pulsera y un reloj Omega de oro, juegos de llaves de las casas donde había cometido los asesinatos y una pistola que aún olía a pólvora. Eran demasiadas pruebas en su contra, demasiados errores en su vida.

De todas formas, en el despacho del jefe de la Brigada de Investigación Criminal, de la Dirección General de Seguridad, negó los hechos sin perder la compostura y aseguró que hacía semanas que no veía a las víctimas. El inspector jefe Sebastián Fernández Rivas y los policías Ramón Monedero Navalón y Pedro Herranz Rosado comenzaron entonces a interrogarlo. Después de hacerle un par de preguntas de rutina, le mostraron unas fotos de los cadáveres. José María las miró, se tambaleó y cayó desmayado al piso. Se había derrumbado en todo sentido.

Confesó haber matado por amor, por recuperar una joya y una carta de la única mujer a la que había logrado querer. Por segunda vez ingresó a una prisión (la primera fue una cárcel de los Estados Unidos, cuando fue acusado de dirigir una casa de citas en Puerto Rico).

Horas más tarde, toda España estaba conmocionada por la orgía de sangre y por los macabros detalles que rodeaban al criminal y sus víctimas. Los periódicos comenzaron a publicar fascículos coleccionables de la sangrienta historia, y le dedicaron portadas y titulares sensacionales. Los psiquiatras decían que José María era un «psicópata desalmado», y la gente se amontonaba en largas colas que se formaban en la calle para poder asistir al histórico juicio del «último carnicero español».

Un año después, el 5 julio de 1959, todos los periódicos publicaban una escueta noticia en primera página:

En las primeras horas de la mañana de ayer, en el patio principal de la Prisión Provincial de Madrid, ha sido ejecutada, con las formalidades exigidas por la ley en

estos casos, la sentencia de pena de muerte dictada contra José María Manuel Pablo de la Cruz Jarabo Pérez Morris.

Condenado a cuatro penas de muerte, José María Jarabo murió con las vértebras del cuello descoyuntadas por la quinta vuelta de tuerca del último garrote vil que se aplicó en España. Sus restos están enterrados en el cementerio madrileño de la Almudena, y su historia fue llevada a la pantalla chica por Juan Antonio Bardem en la serie *La huella del crimen* (1984), protagonizada por Sancho Gracia.

HENRY LEE LUCAS

El asesino de la autopista

Henry Lee Lucas es uno de los asesinos en serie más famosos de la historia norteamericana. Con la complicidad de Ottis Toole, sembró de cadáveres todo el país; sus víctimas fueron en su mayoría personas que hacían autostop.

Su tipología criminal lo cataloga como el clásico psicópata sádico, que termina conformando un sangriento historial después de haber atravesado su infancia en un entorno familiar totalmente desestructurado, colmado de abusos, crueldad y humillación. Pero al margen de cualquier definición, es imposible comprender la magnitud de su barbarie. Él mismo confesó en prisión que no se arrepentía de ninguno de los 360 asesinatos que se le atribuyen, y en algunos interrogatorios aseguró haber cometido 902, aunque tiempo después se descubrió que su afán de notoriedad lo inducía a declararse culpable de cualquier número, y nunca se le pudieron probar más de diez.

Henry Lee fue el típico niño no deseado. Recibía continuas palizas de su madre, Viola Lucas, y era sometido a las más variadas crueldades psicológicas: solían vestirlo como una niña, pintarrajarlo como una prostituta y forzarlo a observar a su madre cuando se acostaba con sus clientes. Viola también golpeaba a su alcohólico padre, Anderson Lucas, un pobre desgraciado que por haber perdido las dos piernas se desplazaba por la casa con un carrito y no aportaba absolutamente nada a la familia.

Totalmente desnutrido y sin la más mínima educación, Henry nunca pudo desarrollar una habilidad que le permitiera desenvolverse en la vida. Sus primeras experiencias sexuales fueron con animales. Violaba a ovejas y

perros, y desde el primer momento relacionó la sexualidad con la muerte: durante sus eyaculaciones le cortaba el cuello al animal.

Cuando en 1950 su padre murió en circunstancias misteriosas, Henry tuvo una fuerte discusión con Viola y se marchó definitivamente de su casa. Al día siguiente lo encontraron helándose en el bosque.

Desamparado, sin lugar donde vivir ni ropa para abrigarse y hambriento, inició con pequeños robos una fecunda carrera delictiva que pronto lo hizo conocer reformatorios y más tarde la cárcel, dónde probó por primera vez el sexo con seres humanos. En 1959, durante un corto período de excarcelación, volvió a aparecerse en la casa de Viola Lucas, y después de discutir violentamente con ella terminó abriéndole el cuello con una navaja y haciendo realidad una fantasía que había tenido desde siempre: violar el cadáver de su propia madre.

Fue encerrado nuevamente en prisión y posteriormente trasladado a un hospital psiquiátrico, donde pasó cinco años con el diagnóstico de psicópata suicida, sádico y con desviaciones sexuales. A pesar de esa acumulación de trastornos, lo dejaron en libertad en 1970. Entonces se fue a vivir con su hermana Opal y su marido, que estaban convencidos de que se había rehabilitado hasta que mató el perro que tenían.

Un tiempo más tarde, Henry comenzó a tener ganas de formar una familia. Deseaba la compañía de una mujer que se ocupara de cuidarlo, y de unas hijas encantadoras que lo colmaran de afecto. Como no podía perder tiempo buscándose una novia, casándose, formando un hogar, engendrando hijas, y todo el resto, fue directamente a buscar una familia ya formada, y en 1977 se casó con la amiga de una de sus hermanas, que ya tenía dos niñas (Cindy, de ocho años y Kathy, de nueve).

Todo parecía perfecto: mientras su mujer se iba a trabajar, él se quedaba en casa haciendo las tareas hogareñas y «cuidando» de sus hijas. Su verdadera intención era fornicar con ellas todo el día, pero la menor tenía muy mal

carácter y se resistía, por lo cual tuvo que conformarse solo con la mayor. Pero eso sí, como castigo, Cindy debía permanecer callada mirando cada vez que «papi» lo hacía con su hermana. Henry sacó el máximo provecho de esta situación, pero la rutina sexual terminó aburriéndolo y decidió largarse de un día para el otro sin dar ninguna explicación.

Empezó a vagar con su coche hasta que llegó a Miami, donde conoció a quien se convertiría en su amigo inseparable: Ottis Toole. Ottis no tenía nada que envidiarle a Henry Lee, era asesino, piromaniaco, homosexual, candidato a transexual y levemente retardado. Contaba en su haber con un pasado sumamente prolífico, ya que había empezado a vestirse de nena a los siete años y a los once comenzó una larga relación sexual con su hermana Drusilla, que culminó drásticamente cuando esta fue internada en un reformatorio. Luego anduvo enredado con un vecino afeminado, combinando sus aficiones homosexuales con las de pirómano: le prendía fuego a una casa, y cuando las llamas lograban envolverla Ottis se masturbaba contemplando el espectáculo. A los trece abrió un nuevo rubro: ofrecía felaciones gratuitas a los borrachos del barrio. Desgraciadamente, después de cometer varios robos acabó como su hermana en el reformatorio.

Entró y salió incontables veces de la cárcel por los más variados motivos; en una oportunidad fue arrestado en un parque intentando practicar sexo con homosexuales, ya que se insinuó a un policía que estaba vestido de civil. A pesar de todo, Ottis era un hombre muy responsable, y por la noche atendía a sus amigos gais y recorría las calles con su caja de fósforos, mientras que durante el día cumplía religiosamente con su jornada laboral.

Henry y Ottis formaron lo que se dice una pareja perfecta. Henry no se destacaba por su vigor pero sí por su inteligencia, y Ottis era capaz de voltear de un puñetazo a cualquiera, por más grande que fuera. Además, sus escasas luces lo llevaron a ver en Henry a una especie de iluminado.

Su singular campo de operaciones fue la autopista I-35, que cruzaba todo el

país de punta a punta. Nunca mataban a dos personas en el mismo lugar, y después de cada asesinato acostumbraban descuartizar los cadáveres y entretenerse repartiendo sus miembros por todo el territorio, algo que terminó haciendo imposible la reconstrucción de los casos por parte de la policía.

La particular habilidad que tenía Henry para matar y no ser descubierto les permitió cometer sus atrocidades durante varios años sin ningún tipo de inconvenientes. Henry tenía una sola debilidad en el momento de elegir a sus víctimas: le encantaban las mujeres de ojos grandes y senos abundantes. Como después de violarlas solía quedarse insatisfecho, las acuchillaba o les retorció el cuello y luego las volvía a penetrar obteniendo entonces el placer esperado. Disfrutaba mucho más fornicando con un cadáver que con un ser vivo.

Por su parte, Ottis, como buen homosexual, prefería violar a hombres y, luego de satisfacer su deseo carnal, matarlos a tiros. No le agradaban los cuchillos; estaba mucho más cómodo empuñando una pistola e imaginando que era un pistolero del Lejano Oeste que llenaba de plomo al sheriff del condado.

Para demostrarle su amistad, muchas veces Henry ayudó a Ottis en sus actividades pirománicas. El incendio más divertido fue uno en el que achicharraron una casa con un viejo adentro. Desde la calle vieron con alegría cómo el anciano pedía socorro por la ventana y moría abrasado por el fuego. Ottis culminó la experiencia masturbándose allí mismo.

Ambos hombres solían viajar en automóviles viejos, sucios y destartados, y para no gastar de más acostumbraban vivir y dormir en el interior del vehículo. Como nunca se lavaban ni se cambiaban de ropa, el coche estaba a tono con su aspecto. Pero a pesar de su apariencia andrajosa y el tufo desagradable que despedían, las personas los encontraban simpáticos. Por ello no les costaba trabajo ganarse la confianza de alguno para luego mostrarle el rostro siniestro de su personalidad matándolo, abusando sexualmente de él y cortándolo en pedacitos.

Cuando Ottis pasaba por su casa para trabajar unas cuantas semanas, Henry

se quedaba solo, esperando su vuelta, y durante ese tiempo aprovechaba la ausencia de su amigo para dedicarse exclusivamente a las mujeres. En una de esas ocasiones, en 1978, conoció en el estacionamiento de un edificio a una chica que lo invitó a subir a su departamento. Con la única ayuda de su «encanto» personal, Henry la convenció de tener sexo, y ella, que evidentemente estaba pensando en lo mismo, aceptó gustosa pensando que Henry era un tipo normal. Cuando este comprobó, como de costumbre, que no podía llegar a la eyaculación, la acuchilló, volvió a penetrarla, y tras el clímax le clavó una navaja en el ano.

A principios de los años ochenta, se sumó al equipo una sobrina de Ottis, Becky Powell. La chica tenía quince años, pero al ser tan retardada como su tío se comportaba como si tuviese diez. Ottis la invitó a que los acompañara en sus travesías, y Becky aceptó encantada. Con ella comenzaron a aplicar nuevas técnicas. El flamante procedimiento consistía en enviar a Becky a llamar a las puertas de las casas, esperar a que abriesen y entonces entrar todos en manada.

Becky se tomaba todo como un juego y pronto se encariñó con los dos hombres que tanto hacían por divertirla. Naturalmente, ese cariño se volcó principalmente hacia Henry, que la convirtió en su novia oficial. Esa relación sentimental ocasionó asperezas en la amistad entre Henry y Ottis, ya que Henry se tomó tan en serio su nueva relación que estuvo varios meses sin matar a nadie deseando encontrar un poco de paz interior.

Por ese tiempo la pareja de enamorados consiguió un trabajo que les imponía cuidar a una anciana desvalida llamada Kate Rich. En ello estuvieron varios meses, cumpliendo maravillosamente sus obligaciones hasta que Henry decidió que ya era tiempo de reemprender el camino. Se despidieron cordialmente de la anciana y se fueron a vivir a una granja de predicadores denominada House of Prayer.

En ese rincón espiritual se quedaron un tiempo hasta que Becky comenzó a

sentir nostalgia de su hogar y le pidió a Henry que la llevara a Florida para ver a su familia. A Henry la idea no le gustó nada ya que sabía que, si Becky iba con su familia, esta lo apartaría de él, pero finalmente acabó cediendo.

Iniciaron el viaje haciendo autostop hasta que tuvieron una disputa en medio de la autopista, y Henry pusiera fin a la discusión clavándole un cuchillo en el corazón. Acto seguido fornicó con el cadáver como de costumbre teniendo, según confesó más adelante, el mejor polvo de su vida con Becky. Sin saberlo, Henry acababa de cometer el mayor error de su vida, y para completarlo fue a ver a Kate Rich y acuchilló a la anciana sin ningún motivo.

Su detención ya era solo cuestión de tiempo debido a que no era difícil relacionar los dos homicidios con él. Y eso mismo sucedió: la policía no tardó en encontrarlo, y después de un par de interrogatorios descubrieron que era muy probable que el hombre que tenían ante sí fuera el asesino serial más sanguinario de la historia de América.

Henry estaba cansado, ya no tenía ganas de seguir matando y había llegado el momento de descansar recordando los buenos tiempos. Confesó los asesinatos de Becky y Kate Rich, y docenas de asesinatos más, en los que ni siquiera habían sospechado de él. Ottis también fue arrestado por pirómano y confesó haber acompañado a Henry en muchas de sus andanzas.

Ottis fue condenado a cadena perpetua, y Henry obtuvo la pena de muerte. La sentencia fue fijada para 1988, pero el gobernador de Texas la suspendió a última hora, conmutándola también por cadena perpetua. Desde entonces Henry comenzó a negar sus crímenes y a asegurar su inocencia. El 13 de marzo de 2001 murió en su celda tras un paro cardíaco.

En 1986 llegó al cine *Henry, retrato de un asesino* (*Henry: Portrait of a Serial Killer*), bajo la dirección de John McNaughton.

ALBERT DE SALVO

El estrangulador de Boston

Entre el 14 de junio de 1962 y el 4 de enero de 1964, la ciudad norteamericana de Boston y sus inmediaciones vivieron tiempos de intenso terror provocado por un asesino en serie conocido como «el fantasma loco» o «el estrangulador de Boston».

Se habían cometido trece asesinatos por estrangulamiento, y las víctimas, todas mujeres, mostraban en su mayoría signos de haber sido violadas reiteradamente. Seis de ellas tenían entre 55 y 75 años, cinco entre 19 y 23, y las otras dos, 85 y 69 años de edad, pero en el caso de estas últimas no pudo comprobarse que hubieran sido víctimas del mismo criminal.

La primera de la larga lista fue Anna Slesers, de 55 años. Fue hallada por su hijo estrangulada con el cordón de su bata. La vagina mostraba que había sido atacada con un objeto desconocido. Su departamento parecía haber sido saqueado o, mejor dicho, era como si el agresor se hubiera esforzado por hacer parecer que en la escena se había cometido un robo.

Dos semanas después fue asesinada Nina Nichols, de 68 años. La mujer había sido estrangulada con sus medias y tenía síntomas de haber sido violada. El lugar del crimen presentaba un aspecto similar al de la primera víctima: los cajones estaban revueltos y todas sus pertenencias esparcidas por el suelo a modo de robo, pero la policía encontró varios dólares y algunos objetos de valor en el suelo, que el «ladrón» no se había molestado en llevarse.

Ese mismo día, a unos 15 kilómetros, Helen Blake, de 65 años, encontró una muerte similar, y su departamento también sufrió los efectos del «saqueo».

La policía aconsejó a la ciudadanía, en especial a todas las mujeres del área central de la ciudad, que cerraran con llave sus puertas y fueran extremadamente cuidadosas con los extraños, al tiempo que iniciaba una profunda investigación. Los detectives de Boston comenzaron por interrogar a todos los hombres con antecedentes de carácter sexual: exhibicionistas, violadores, agresores, mirones y otros pervertidos de la especie. Buscaban a una persona con trastornos mentales, posiblemente con un fuerte complejo de Edipo o que por lo menos odiase a su madre (o a su esposa), y que estuviera tratando de borrar la imagen de esa figura tan temida por medio de sus agresiones a mujeres mayores.

Mientras la investigación se desarrollaba sin grandes progresos, los cadáveres siguieron apareciendo, todos estrangulados y con salvajes muestras de violación. Pero no todas las víctimas eran mujeres blancas de edad avanzada. Las que siguieron fueron estudiantes de entre 20 y 30 años, entre las cuales también se hallaba una chica negra. En esta oportunidad, el asesino dejó restos de semen en una alfombra cerca del cuerpo, y una vecina afirmó haber visto a un hombre extraño en el edificio, que describió como de unos 30 años, estatura mediana, pelo ondulado, chaqueta oscura y pantalón verde oscuro de trabajo.

No mucho después, la policía encontró un nuevo cuerpo que presentaba veintidós puñaladas, además del estrangulamiento típico, pero sin signos de violación. Se encontró el cuchillo homicida en la cocina.

Los meses pasaban y la policía de Boston comenzaba a desesperarse. El asesino no dejaba pistas suficientes que permitieran identificarlo, y las mujeres seguían abriendo las puertas de sus casas a desconocidos a pesar de las advertencias oficiales.

El fiscal general de Boston acudió entonces a Peter Hurkos, un hombre con capacidad de vidente, para pedir su colaboración en la búsqueda del responsable. Para cuando Hurkos se sumó a la investigación, «el

estrangulador» ya se había cobrado once de sus trece víctimas.

La policía le facilitó al «detective psíquico» las medias y los pañuelos con doble nudo que el asesino usaba para matar a sus víctimas. Además le entregaron más de trescientas fotografías de las mujeres asesinadas y de los escenarios de los crímenes. Contra todo lo imaginable, Hurkos consiguió sorprender a los agentes brindando datos concretos sobre algunos de los asesinatos que no se habían divulgado a la prensa ni (teóricamente) que el vidente podía conocer. De hecho, cuando Hurkos tocaba las fotografías por el dorso, era capaz de describir las imágenes que presentaban por delante sin necesidad de mirarlas. Y aún más, llegó a identificar una foto que no tenía ninguna relación con el caso y que los detectives habían «filtrado» entre las demás para probar la autenticidad de sus poderes.

De esta manera, después de ganarse la confianza de los investigadores, movilizó a medio cuerpo de policía en la búsqueda de Thomas O'Brian, un fetichista al que el vidente señaló como el presunto homicida múltiple. Desde el punto de vista criminológico, no deja de llamar la atención que la policía se decidiera a ejecutar una detención basada en el testimonio de un vidente. Pero esto es relativamente comprensible si analizamos en detalle el informe de Hurkos sobre O'Brian (en realidad un nombre falso facilitado por los investigadores para proteger la identidad del detenido), en el que los datos aportados por el vidente sobre el sospechoso resultaron absolutamente precisos. Lamentablemente, O'Brian no era el asesino. Al menos, para la policía de Boston.

Tiempo después una mujer avisó a un agente que patrullaba por las calles de la ciudad que un hombre acababa de entrar en su casa y, al ver que su marido estaba en el interior, había huido corriendo. La descripción coincidía con la de un sospechoso de haber cometido entre trescientos y dos mil actos de violación. Al poco tiempo Albert DeSalvo fue detenido, juzgado y encerrado en el Centro de Tratamiento de Personas Sexualmente Peligrosas, de

Bridgewater, condenado a cumplir cadena perpetua. Los estrangulamientos y las vejaciones cesaron misteriosamente.

DeSalvo era un hombre de 29 años, casado, con dos hijos, y trabajaba como empleado en una fábrica de caucho. Había nacido en Chelsea, Massachusetts, el 3 de septiembre de 1931. Sus padres, Frank y Charlotte, tenían otros cinco niños. Frank era alcohólico, sexópata y abusivo, y lo único que les enseñó a sus hijos fue a robar en las tiendas sin ser descubierto. De intensa actividad sexual, a menudo llevaba prostitutas a la casa, además de ser sumamente violento y de golpear con frecuencia a su esposa delante de sus hijos. En los extractos publicados de las declaraciones de Albert se lee:

Vi a mi padre romperle de un golpe los dientes a mi madre y quebrarle uno por uno los dedos. Deben haber sido siete.

Papá era plomero. Una vez me golpeó en el medio de la espalda con un tubo. No me moví lo suficientemente rápido.

Nos vendió a mis dos hermanas y a mí por nueve dólares a un granjero de Maine para que trabajáramos como esclavos.

Finalmente, cuando Albert tenía ocho años, el padre abandonó a la familia, lo cual lo obligó a convertirse en un pequeño delincuente para poder ayudar a su familia. Se dedicó al asalto de viviendas y a pequeños robos rápidos en Chelsea y el este de Boston, por los que fue arrestado más de una vez. Al poco tiempo, su madre volvió a casarse y prefirió deshacerse del joven delincuente para no tener problemas en su nueva relación.

Cuando tuvo la edad suficiente, Albert se alistó en el Ejército y conoció en Alemania a su esposa, Irmgard Beck, una mujer atractiva de una familia respetable. Con el nacimiento de su primer hijo, la mujer tuvo tantos problemas en el parto que empezaron a aterrarle las relaciones sexuales, cosa

que disgustó a DeSalvo, cuyo apetito carnal era anormalmente voraz, como lo había sido el de su padre, y necesitaba sexo muchas veces al día.

Para darse el placer que su mujer le negaba, comenzó entonces a buscar la forma de conseguirlo con otras. En 1961 fue arrestado por la policía de Cambridge por abuso sexual después que varias mujeres denunciaran que un hombre, que se hacía pasar por un representante de una agencia de modelos, iba a sus departamentos, empezaba por convencerlas de dejarse tomar las medidas y terminaba propasándose. Estuvo preso un año en el correccional de Middlesex County.

En la prisión de Bridgewater, DeSalvo conoció a George Nassar, y se convirtieron en amigos inseparables. Nassar, un asesino cruel con un coeficiente intelectual muy elevado, considerado como uno de los hombres más peligrosos de Massachussets, tenía 15 años cuando cometió su primer asesinato: mató a un dependiente de un almacén de Lawrence en 1948. Salió en libertad condicional en 1961, estuvo libre durante el reinado del estrangulador, y fue arrestado en octubre de 1964 por dispararle a un asistente de una estación de servicio de Andover mientras el joven le rogaba misericordia de rodillas. Después de matar al asistente, Nassar se acercó a una mujer y a su hija que estaban estacionadas cargando combustible, puso su pistola contra la ventanilla del automóvil y gatilló. El revólver ya estaba vacío.

En 1965 Nassar le presentó a DeSalvo a su abogado: F. Lee Bailey. Días después Bailey convocó a las autoridades a Bridgewater para informarles que había encontrado al estrangulador de Boston. DeSalvo confesó los trece asesinatos con lujo de detalles, desde las dimensiones exactas de las habitaciones donde se habían cometido los crímenes hasta el tipo de ligaduras que había usado y cómo las había atado alrededor de los cuellos de las víctimas.

Pero a pesar de su confesión, seguía habiendo muchos incrédulos, incluidos

los parientes de DeSalvo y los familiares de algunas de las víctimas. Los más escépticos eran la policía, pero estaba impedida de interrogarlo por orden de la oficina del Fiscal General, que había dirigido la investigación. Todos decían que DeSalvo era incapaz de matar, que estaba más inclinado a fanfarronear en busca de fama que a cometer un homicidio. Además, los investigadores creían que los estrangulamientos no se debían al trabajo de un solo hombre. Los asesinos seriales, dijeron, escogen escrupulosamente víctimas de similares características; las mujeres asesinadas en Boston tenían todas edades muy diferentes. Algunos llegaron a creer que el verdadero responsable de las matanzas era, en realidad, George Nassar, quien había llegado a un arreglo con DeSalvo para que asumiera la culpa debido a que ya enfrentaba una cadena perpetua por sus violaciones. Para colmo, al menos dos mujeres que lograron escapar del estrangulador de Boston fueron llevadas a Bridgewater para identificar a DeSalvo, pero señalaron a Nassar como su asaltante.

Un psiquiatra que colaboraba con la policía, James A. Brussels, dijo que se trataba de un caso de personalidad múltiple. Resultaba muy extraño que, si DeSalvo tenía personalidad múltiple, no la hubiera evidenciado en el curso de los exámenes psiquiátricos. Concluyó determinando que la causa de su problema se debía, sin lugar a dudas, a una esquizofrenia; no era un desdoblamiento, pero sí una ruptura de personalidad.

DeSalvo fue considerado demente, y trasladado al hospital psiquiátrico penitenciario de Walpole para cumplir su condena. Seis años después, el 25 de noviembre de 1973, apareció asesinado en la enfermería. Nadie fue encontrado culpable por su asesinato.

El 9 de julio de 1999 la policía de Boston anunció que reabría el caso del estrangulador. Se usó tecnología de ADN para analizar evidencias de los crímenes a fin de determinar de una vez por todas si Albert DeSalvo era el responsable de las matanzas. La policía buscó su ADN en las muestras de

esperma obtenidas de algunas de las víctimas, que estaban guardadas como evidencia desde 1960, pero el resultado fue negativo. También buscaron muestras de ADN en el cuchillo que acostumbraba usar el estrangulador; tampoco obtuvieron nada.

Nassar se ofreció a proporcionar a la policía una muestra de su ADN para demostrar que no era el infame asesino. Nadie le prestó atención.

En 16 de octubre de 2000, treinta y seis años después de su muerte, el cuerpo de Mary Sullivan, la última víctima del estrangulador de Boston, fue exhumado para ser examinado con el fin de encontrar en él la verdadera identidad del asesino. Se le practicó una autopsia privada respondiendo a las exigencias de su familia y a la de DeSalvo. Ambas seguían convencidas de que Albert no era el terrible criminal.

El equipo de científicos forenses que exhumó el cuerpo de Mary reveló que en las pruebas efectuadas en su ropa y en sus restos habían hallado ADN de dos individuos, y ninguno de ellos era DeSalvo.

«Hemos encontrado evidencia, y la evidencia no es ni puede asociarse con Albert DeSalvo», dijo James Starrs, profesor de ciencia forense y de leyes de la Universidad George Washington.

Una declaración realizada por los abogados de la familia de Daniel y Elaine Whitfield Sharp señaló que el trabajo del equipo de Starrs probaba sin lugar a dudas que DeSalvo no había matado a Sullivan. «Si no mató a Mary Sullivan, a pesar de confesarlo con todos los detalles, tampoco mató a ninguna de las otras mujeres», dijo Casey Sherman, el sobrino de Sullivan.

El caso del estrangulador de Boston es todavía una investigación de homicidio abierta. La policía se sigue negando a compartir la evidencia de ADN con la familia de DeSalvo o con los allegados de la última víctima, argumentando que establecería un precedente peligroso.

Julian Soshnick, el fiscal que trabajó en la investigación original del estrangulador, dijo que las nuevas pruebas de ADN no probaban que DeSalvo

fuera ajeno al crimen de Sullivan o de cualquiera de los otros.

No prueba nada, excepto que encontraron el ADN de otra persona en una parte del cuerpo de la señorita Sullivan. Creo que Albert era el estrangulador de Boston.

Soshnick, que entrevistó a DeSalvo dos veces después que confesara los asesinatos, dijo que le había hecho preguntas específicas sobre el caso Sullivan, y otras siete u ocho sobre otros asesinatos.

Existen cosas que no son conocidas públicamente y solo el asesino sabe. Sabíamos muchas más cosas de las que se hicieron públicas, y él también las conocía.

ED KEMPER

El asesino de las colegialas

Edmund Emil Kemper nació en Burbank, California el 18 de diciembre de 1948. Como en la mayoría de los casos de asesinos seriales, pasó su infancia con una familia terriblemente disfuncional. Sus padres vivían peleándose hasta que terminaron divorciándose. Creyendo que era un genio, su madre le daba todos los gustos, pero a la vez condenaba sus más mínimos errores con castigos extremos, como el encierro en el sótano de la casa.

A causa del maltrato que recibía en el hogar, Kemper se volvió tímido y retraído, aislándose cada vez más en su propia mente retorcida. Soñaba con vengarse e imaginaba juegos macabros en los que tenían un papel protagónico la muerte y la mutilación. Una vez llegó a decirle a su hermana que, si alguna vez tenía que amar a alguien, esa persona primero tendría que estar muerta. Al escucharlo, su madre naturalmente lo mandó al sótano para que dejara de asustar a su hermanita.

Nadie tomaba en serio sus fantasías morbosas, ni siquiera cuando a los ocho años jugaba a la silla eléctrica o a la cámara de gas, desempeñando el papel del condenado mientras que su hermana hacía de verdugo y lo ejecutaba.

Su primera víctima fue el gato de la familia. Lo enterró vivo y le cortó la cabeza, después de lo cual lo llevó orgulloso a su casa, donde lo exhibió en su cuarto como un trofeo.

Era incapaz de expresar cualquier sentimiento afectuoso, y sus compañeros trataban de eludirlo, porque les asustaba la manera que tenía de mirarlos fijo sin decir ni una palabra.

A los 13 años eliminó a su segunda víctima. El objeto de sus experimentos fue otro gato. Mató al animal a machetazos, y su madre descubrió horrorizada los restos del animal escondidos en el armario. Le había cortado el cráneo para que el cerebro quedara expuesto y luego lo apuñaló innumerables veces.

En 1963 su madre decidió que era tiempo de disfrutar una segunda luna de miel y mandó a su hijo rebelde a pasar un tiempo a la granja de sus abuelos paternos, que vivían en un rancho de California. Fue en ese lugar, a los 16 años, cuando disparó contra su abuela con un rifle calibre 22, para luego apuñalarla reiteradamente hasta lograr desahogar su ira, porque, según él, era más estricta y le imponía más castigos que su propia madre. Inmediatamente después fue en busca de su abuelo, le pegó un tiro y dejó el cadáver tendido en el jardín. Tras estos crímenes, llamó a su madre desconcertado para contarle las buenas nuevas.

Cuando los policías le preguntaron el porqué de semejante masacre, el adolescente respondió: «Solo quería saber lo que se sentía matando a mi abuela».

Las autoridades lo internaron en un hospital de alta seguridad en Atascadero, especializado en criminales insanos. En 1969, pese a la oposición de los psiquiatras, fue dejado en libertad. Tenía 21 años. Quedó de nuevo al cuidado de su madre despótica, que se había mudado a Santa Cruz, donde había conseguido un trabajo en la universidad estatal. Por aquel entonces Ed ya medía dos metros de altura y pesaba alrededor de 135 kilos.

El «gigante asesino» no elegía sus víctimas al azar: primero, las sometía a un cuestionario estricto, habiendo preparado con anterioridad una lista de características físicas y morales de quienes tenía en la mira. Era absolutamente necesario que la candidata correspondiera a la imagen que tenía de las estudiantes que su madre le había prohibido frecuentar.

En mayo de 1972, después de tener otra seria discusión con «mamá», se marchó de la casa sabiendo que iba a matar a alguien. Tras lanzarse a la ruta,

levantó en su coche a dos jóvenes de 18 años que hacían autostop, las llevó a un sitio apartado y allí las mató a puñaladas. Después trasladó los cuerpos a casa de su madre, les tomó algunas fotos con su Polaroid, las descuartizó y les cortó la cabeza. Al otro día enterró los cadáveres en las montañas cercanas y arrojó las cabezas a un barranco.

Cuatro meses después, en septiembre de 1972, mató a otra chica de 15 años de una manera parecida. La recogió con su auto cuando hacía autostop, la estranguló, violó su cadáver y se lo llevó a casa.

Mientras estaba sumergido en esta marea criminal tuvo que concurrir a una de las evaluaciones psiquiátricas a las que debía someterse con regularidad. Allí fingió tal lucidez que, según los peritos que lo examinaron, ya no representaba una amenaza para sí ni para los demás. Ese día llevaba en el baúl de su coche la cabeza decapitada de su última víctima.

Durante ese tiempo Ed operaba en paralelo con otros dos maniáticos homicidas, John Lindley Frazier y Herbert Mullin, quienes consumaban sus masacres en las cercanías. La policía estaba desconcertada por la cantidad de cuerpos que iban apareciendo alrededor de su pacífica y bucólica comunidad surfística, y Kemper, que siempre había querido ser policía, estaba fascinado con el desarrollo de la investigación de sus crímenes y con la de los otros. Poco a poco, se fue ganando la confianza de los investigadores y comenzó a frecuentar sus lugares favoritos para enterarse de su reacción ante los detalles espantosos.

Ed esperó otros cuatro meses para volver a matar. En febrero de 1973, amenazó a punta de pistola a otra estudiante, obligándola a meterse en el baúl de su automóvil. Antes de llegar a su casa ya la había asesinado. Acostó el cadáver sobre su cama y lo violó. Desmembró el cuerpo en la bañera y arrojó los restos al mar; enterró la cabeza al pie de la ventana del cuarto de su madre, para que desde ahí «pudiera verla y tenerla en su estima».

En febrero de 1973, otras dos chicas cayeron bajo los golpes del corpulento «asesino de colegialas». Kemper amontonó los cadáveres en el baúl de su coche y regresó a su casa, donde cenó tranquilamente antes de bajar para decapitar los cuerpos.

Finalmente, Ed mató a su madre. Fue durante el Domingo de Resurrección de 1973 y lo hizo a martillazos mientras dormía. Después la decapitó y arrojó sus cuerdas vocales al tacho de basura. Cuando lo dio vuelta, las cuerdas salieron volando. Sobre este episodio dijo ante la policía: «Aún cuando estaba muerta, me seguía chillando. ¡No pude conseguir hacerla callar!». Más tarde colocó la cabeza sobre la repisa de la chimenea y la usó como blanco, tirándole dardos mientras la insultaba.

Después de saciar su sed de venganza, esa misma noche telefoneó a la mejor amiga de su madre y la invitó a cenar. No bien se sentó, le dio un furibundo golpe, la estranguló y le cercenó la cabeza como a todas las demás. Luego condujo su automóvil hasta Colorado, desde donde llamó a sus amigos policías y confesó sus crímenes recientes. Al principio pensaron que era una broma, pero lo que encontraron en la casa de «mamá» les hizo cambiar de opinión.

«El objetivo principal había desaparecido», dijo más tarde a la policía, intentando explicar su decisión de entregarse. En sus confesiones posteriores reconoció que lo que más deseaba era saborear su propio triunfo sobre la muerte de los demás. Él vencía a la muerte y vivía mientras los demás morían. El efecto era como una droga para él, empujándolo a querer cada día más gloria en su victoria personal sobre la muerte.

Una de las preguntas del interrogatorio estaba referida a conocer cómo reaccionaba cuando veía a una muchacha bonita en la calle, Ed respondió:

Una parte de mí me dice «qué chica tan atractiva, me gustaría hablar con ella, salir con ella», pero otra parte de mí se pregunta cómo quedaría su cabeza clavada en un palo.

Edmund Kemper fue declarado culpable de ocho asesinatos en primer grado. Cuando le preguntaron qué castigo pensaba que merecía, contestó «la muerte por tortura».

A pesar de sus numerosas condenas, Kemper escapó a la pena de muerte porque acababa de ser abolida en el estado de California, donde más tarde fue restablecida tras ser popularmente bautizada «la capital mundial del asesinato».

En 1978, Robert Ressler, el prestigioso psicólogo y criminólogo que impuso el término *serial killer*, y John Douglas, jefe de la unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI, que en aquella época hacían un estudio sobre la psicología de los asesinos seriales, decidieron interrogar a Kemper en su celda de California, en donde se encontraba cumpliendo todas sus condenas de cadena perpetua.

Edmund aceptó con entusiasmo la entrevista, y, tras entregar sus armas y firmar un documento que eximía de toda responsabilidad a las autoridades carcelarias de lo que pudiera pasar en el interior, los dos hombres se encontraron cara a cara con el sádico asesino de porte descomunal y tupido bigote.

Su inteligencia era como su tamaño: sobresaliente. Según los registros de la prisión, su cociente intelectual era de 145. En esa oportunidad les comentó que su madre siempre lo había odiado por parecerse a su padre. Cuando cumplió 10 años ya era un gigante para su edad, y, como su madre temía que pudiera abusar sexualmente de su hermana, lo hacía dormir en un sótano sin ventanas.

Encerrado como un preso y obligado a sentirse culpable y peligroso cuando no había hecho nada malo, se fue obsesionando con la idea de matar. Cuando sus padres se separaron, mató y descuartizó a los dos gatos de la familia. (Según ambos investigadores, la crueldad infantil hacia los animales es el rasgo principal de los tres que caracterizan la personalidad del asesino

múltiple. Los otros dos son la piromanía y la enuresis o incontinencia urinaria durante el sueño).

Kemper relató que había intentado una vez formar parte de la policía de carreteras de California, pero lo habían rechazado. (También esta característica es común en muchos de estos criminales. Si se tiene en cuenta que la mayoría de ellos son individuos fracasados y resentidos, no es de extrañar que en algún momento se ilusionen con la idea de convertirse en policías, los representantes de la autoridad, que inspiran respeto).

Después les contó cómo había frecuentado los sitios de reunión de los agentes y entablado conversación con ellos, lo cual no solo lo hacía sentirse un integrante del grupo, sino que le proporcionaba información reservada sobre el avance de las investigaciones de sus crímenes.

Una anécdota inquietante que los investigadores revelaron más adelante refiere a que, cuando concluyó la tercera entrevista y Robert Ressler quiso llamar a la guardia, tuvo que apretar tres veces el timbre en un cuarto de hora sin recibir respuesta. Viéndolo inquieto Kemper le advirtió que no le servía de nada ponerse nervioso, porque era la hora del relevo y de la comida de los condenados a muerte, y que nadie iba a contestar la llamada antes de otro cuarto de hora por lo menos. Tras una tensa pausa añadió: «Y si de repente me vuelvo loco, vaya problema que tendrías, ¿verdad? Podría desenroscarte la cabeza y ponerla encima de la mesa para darle la bienvenida al guardia...».

Nada tranquilo, Ressler le contestó que esto no volvería más fácil su estada en la cárcel. Kemper le respondió que tratar así a un agente del FBI provocaría, al contrario, un enorme respeto entre los demás prisioneros.

—No te imagines que vine hasta aquí sin medios para defenderme —dijo Ressler, intentando intimidarlo.

—Sabes tan bien como yo que los visitantes tienen prohibido entrar con armas —le respondió Kemper, con amenazante ironía.

Conocedor de las técnicas de negociación, Ressler intentó ganar tiempo.

Finalmente, el guardia apareció y abrió la puerta. Ressler suspiró aliviado, y al salir por fin de la sala de entrevistas Kemper le guiñó un ojo y, poniéndole el brazo sobre el hombro, le dijo sonriendo: «Te diste cuenta de que solo estaba bromeando, ¿no?».

Ressler no recordó haber sentido tanto miedo en su vida.

Hasta hoy Ed pasa sus días recluido en la prisión de Vacaville, donde es considerado un asesino en serie ejemplar con un corazón de oro. Siempre ha sido cooperativo y amable, incluso se ha ofrecido para leerles a los ciegos. Entre otras cosas llegó a solicitar que se le practicara neurocirugía para eliminar los tejidos cerebrales responsables de sus impulsos sexuales, cosa que le fue negada. Recientemente le comunicó al comité de libertad condicional que no creía estar listo para ser dejado en libertad. Todos coincidieron con él. Para beneplácito de numerosos investigadores, Kemper ha colaborado con los estudios de varios de ellos ampliando su comprensión acerca de los predadores sexuales de nuestro tiempo.

LUCIAN STANIAK

La araña roja

Lucian Staniak es, tal vez, el asesino en serie más prolífico de Polonia, al menos desde 1922, cuando un experto en el manejo del cuchillo, que no fue identificado, dejó a once mujeres mutiladas, esparcidas por los bosques de las afueras de Varsovia.

Aunque la censura estatal ocultó gran parte del caso, se sabe que Staniak fue declarado culpable de seis asesinatos brutales y confesó más de catorce, aunque algunas fuentes sugieren que sus confesiones fueron restringidas en un intento de limpiar los libros de homicidios sin esclarecer. Por la naturaleza de sus crímenes y por las cartas que envió a la prensa, Lucian fue comparado irremediablemente con Jack el Destripador.

En julio de 1964, los ciudadanos polacos se preparaban para celebrar el vigésimo aniversario de la liberación de Varsovia de la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Se programó un gran desfile para el día 22, para el cual se hicieron pequeños ensayos en todo el país. El primer indicio de que se venía un período de contratiempos llegó el día 4 de ese mes. Una carta dirigida a Marian Starzynski, el editor del *Przeegląd Polityczny*, de Varsovia, escrita con tinta roja, decía: «No existe ninguna felicidad sin lágrimas, ninguna vida sin muerte. ¡Esté en guardia! Voy a hacerlo gritar».

Starzynski tomó la carta como una amenaza personal y pidió protección policial, pero el 22 de julio pasó sin ningún incidente significativo en Varsovia. Sin embargo, no sucedió lo mismo en Olsztyn, 170 kilómetros al norte, donde Danka Maciejowitz, de 17 años, jamás regresó a su casa de un

desfile patrocinado por la escuela local de coreografía y folklore.

A la mañana siguiente, un jardinero que trabajaba en el parque de los Héroes Polacos, en Olsztyn, encontró el cadáver desnudo de la rubia adolescente disimulado entre unos arbustos. La chica había sido cruelmente violada y destripada.

El 24 julio, el periódico *Kulisy*, de Varsovia, recibió una carta escrita en tinta roja donde se leía: «Arranqué una flor jugosa en Olsztyn y lo haré de nuevo en otra parte, porque no hay día de fiesta sin un funeral».

La policía analizó la tinta y descubrió que era una pintura de uso artístico, rebajada con trementina. Ambos elementos eran comunes e imposibles de ubicar sin una muestra para la comparación. Por otra parte, la evidencia obtenida del cadáver de Danka era inútil sin un sospechoso entre manos. Los detectives no podían hacer otra cosa que esperar y ver si el asesino concretaba su amenaza de cometer más asesinatos.

El 16 de enero de 1965, el periódico *Zycie Warszawy* publicó una fotografía de Aniuta Kaliniak, de 16 años, quien había sido seleccionada para liderar un desfile de estudiantes por Varsovia al día siguiente. Aniuta vivía en Praga, en un suburbio oriental de la capital. El día de la celebración, cansada de su larga caminata, después de cruzar el puente sobre el río Vístula le hizo señas a un conocido camionero local para que la acercara de regreso a su casa. El hombre la dejó a dos cuadras, pero Kaliniak nunca llegó.

Miembros de la familia y amigos estaban recorriendo Praga buscando a Aniuta, cuando llegó otra de las cartas con tinta roja, en la que se indicaba a los buscadores el destino final de la adolescente. Encontraron su cuerpo en el sótano de una fábrica de cuero, directamente enfrente de su casa.

Aparentemente, el asesino había estado al acecho de Kaliniak para interceptarla cuando llegara a su vivienda y estrangularla con un alambre. Después de matarla, la arrastró hasta el sótano de la fábrica, y la dejó con un clavo de seis pulgadas que asomaba de sus genitales.

En 1 de noviembre de 1965, Día de Todos los Santos, el asesino atacó de nuevo. Esta vez fue en Poznan, 280 kilómetros al oeste de Varsovia. Janka Popielski, una joven y rubia recepcionista de un hotel, fue esa tarde a la terminal de transportes de la ciudad para dirigirse a visitar a su novio en una población cercana. En su lugar, encontró a un desconocido que la durmió con cloroformo, la arrastró detrás de una pila de cajas embaladas, la desnudó de la cintura hacia abajo, la violó y la apuñaló salvajemente con un destornillador. Después de mutilar la parte inferior de su cuerpo, el asesino colocó el cadáver dentro de uno de los embalajes, donde fue encontrada una hora más tarde. Las mutilaciones eran tan depravadas que la policía ocultó los detalles a los medios.

Después que Popielski fuera encontrada muerta, la policía sitió todos los trenes y micros que partían de Poznan, buscando a un hombre con ropas ensangrentadas. No lograron encontrar ningún sospechoso.

El 2 de noviembre, un periódico local, el *Zachodni*, recibió una carta en tinta roja citando un párrafo de la novela *Papioli*, de Stefan Zeromsky: «Solo las lágrimas del dolor pueden lavar la mancha de la vergüenza; solo el dolor agudo del sufrimiento puede apagar los fuegos de la lujuria».

Polonia tuvo un doble día de fiesta: el 1 de mayo de 1966 celebró el Día del Trabajo y el del Partido Comunista. Esa tarde, Marysia Galazka, de 17 años, salió a buscar a su gato en Zoliborz, un suburbio al norte de Varsovia, y nunca volvió a su casa. El padre de Marysia, inquieto porque su hija tardaba demasiado, fue a buscarla y la encontró en un galpón de herramientas que había detrás de la casa. Estaba muerta y mutilada; las entrañas se esparcían sobre los muslos. Una autopsia determinó que había sido violada antes de que el destripador usara su cuchillo.

El mayor Ciznek, del Escuadrón de Homicidios, de Varsovia, fue nombrado al frente del caso «de la araña roja». Lo primero que hizo fue descartar la idea de que el asesino restringiría sus crímenes a los días de fiesta de alto perfil;

después realizó una búsqueda nacional de crímenes similares.

Desempolvó catorce casos de asesinatos que parecían ajustarse al *modus operandi* de la araña roja; sin embargo ninguno había sido acompañado por las ya famosas cartas. Con fecha de abril de 1964, cinco de los asesinatos habían ocurrido alrededor de Poznan, dos en Bydgoszcz, y uno en Bialystok, Kielce, Łódz, Lomza, Lublin y Radom, respectivamente.

Marcando los lugares en un mapa, Ciznek notó que la mayor parte de las escenas de los crímenes se situaban al sur y al oeste de Varsovia, en ciudades conectadas directamente entre Katowice y Cracovia por el ferrocarril. Hasta entonces, ninguna de esas dos ciudades había sufrido ataques, lo cual respaldaba la teoría de Ciznek de que el asesino no actuaría demasiado cerca de su casa. Pero esa teoría tampoco aportaba demasiado. Katowice era más grande que Varsovia, con más de 3.000.000 de habitantes, mientras que Cracovia tenía alrededor de 800.000. Detectar la base de operaciones del asesino no significaba mucho, a menos que se tuviera una pista que los llevara hasta la puerta de su casa.

En la Nochebuena de 1966, tres soldados abordaron un tren desde Cracovia hasta Varsovia. Prefiriendo viajar en compartimientos reservados, abrieron la puerta de uno y quedaron pasmados: en el interior descubrieron el cuerpo mutilado de una mujer en el piso. Llamaron al conductor, quien a su vez alertó al ingeniero. La policía de Varsovia ordenó por radio que no detuvieran el tren hasta llegar a la capital. Cada pasajero fue revisado a la salida, pero de nuevo los detectives no vieron ninguna mano ni ropa ensangrentada. Dentro del coche-correo, donde aparentemente se había dejado que cayera por una ranura antes de partir de Cracovia, la policía encontró otro mensaje de la araña roja: «Lo hice de nuevo».

La víctima fue identificada como Janina Kozielska, de 17 años, de Cracovia. Su minifalda de cuero estaba deshecha por el cuchillo del asesino, al igual que el abdomen y los muslos. De nuevo, a diferencia de la gran parte

de los asesinos sexuales, la araña tuvo cuidado de no tocar ni la cara ni los pechos de su víctima.

El mayor Ciznek averiguó que el compartimiento había sido reservado telefónicamente por un hombre que se identificó como Stanislaw Kosielski. Su esposa fue a buscar los boletos y pagó al contado los 1422 zlotys de la tarifa. Un conductor le mostró el compartimiento a la mujer, que dijo que su esposo llegaría en breve. El conductor mismo verificó el boleto del «esposo», pero no pudo recordar la cara.

La policía comprendió entonces que Janina Kozielska conocía a su asesino lo suficiente como para viajar con él, haciéndose pasar por su esposa. Más adelante conjeturaron que había sido asesinada y mutilada dentro de los diez minutos de llegar al tren, antes que saliera de Cracovia, y que el criminal había salido a pie, dejando caer su nota por la ranura del coche-correo cuando huyó.

Un estudio retrospectivo reveló que la hermana de 14 años de Kozielska, Aniela, había sido asesinada en Varsovia dos años antes. Era demasiada coincidencia. El mayor Ciznek estaba convencido de que los asesinatos de las hermanas resolverían el caso. Entrevistó a sus padres y, a pesar de que los Kozielska no pudieron sugerir ningún sospechoso, revelaron que ambas jóvenes habían posado como modelos artísticas en la escuela de Artes Plásticas de Cracovia y en el club de Amantes del Arte.

Ciznek averiguó que este club tenía ciento dieciocho miembros; la mayor parte de ellos eran respetados hombres profesionales, incluidos médicos, dentistas, periodistas y funcionarios públicos. Examinando la lista de socios residentes en Katowice, encontró a Lucian Staniak, de 26 años, un empleado de la imprenta del gobierno de Polonia. Staniak debía movilizarse con frecuencia y en un amplio radio como parte de su trabajo. Para ello usaba un *ulgowy billet*, un pasaje con tiempo ilimitado para viajar en ferrocarril por cualquier parte de Polonia.

Ciznek le pidió al gerente del club artístico que abriera el armario del hombre. Adentro encontró una variedad de los cuchillos usados para pintar en la lona, más varios de los trabajos recientes de Staniak. El artista prefería el color rojo en la mayor parte de sus pinturas, y una obra que tituló *El círculo de vida* hizo que Ciznek supiera que había encontrado a la araña roja.

El cuadro mostraba a una vaca comiendo una flor, la vaca devorada por un lobo, el lobo disparado por un cazador, el cazador atropellado por una automovilista, y la mujer tirada en un campo con el abdomen seccionado y abierto. Algunas flores brotaban de la herida.

El 31 de enero de 1967, Ciznek envió a los detectives de Katowice a la dirección de Staniak. La policía llamó a su puerta, pero el sospechoso no estaba; se encontraba ocupado buscando a otra víctima.

Staniak había subido al tren que partía para Łódź esa mañana. Buscando una presa, escogió a Bozhena Raczkiwicz, una estudiante de 18 años, del instituto de Artes Cinematográficas de esa ciudad. Logró entrar en conversación con la joven en la estación alrededor de 6.00 de la tarde dentro de un refugio construido para viajeros varados por el mal tiempo. Después de aturdira con una botella de vodka, le cortó la pollera y las prendas interiores, y luego la mató fiel a su estilo. En su urgencia por escapar, dejó una clara huella digital en el cuello de la botella rota.

Terminó la noche bebiendo en Łódź y tomó el último tren de la tarde hacia Katowice. Los detectives lo atraparon en la estación y lo llevaron para interrogarlo.

Staniak confesó veinte homicidios, aunque los cargos presentados contra él fueron solo seis. Dijo que su primer asesinato, en 1964, se desencadenó por una tragedia familiar. Sus padres y su hermana estaban cruzando una calle helada cuando fueron encerrados por una huelga y atropellados por un automóvil que iba a excesiva velocidad. Quien conducía, la joven esposa rubia de un piloto de la fuerza aérea polaca, había sido absuelta bajo la

acusación de manejo imprudente. Staniak quería vengarse pero tenía miedo de matar a aquella mujer, sabiendo que podía ser el primer sospechoso. Entonces, escogió a una víctima parecida, eligiendo su sustituto de una foto de periódico.

Acusado de seis asesinatos, Staniak fue condenado a muerte, pero esa sentencia fue conmutada más tarde al ser considerado insano. Fue enviado a un asilo para enfermos mentales en Katowice, donde siguió pintando intensamente. Las otras catorce víctimas de su carrera sangrienta no fueron identificadas públicamente, y los detalles de esos crímenes permanecen en la oscuridad. Sea cual sea la verdad, la araña roja ya no puede hacer comentarios.

RICHARD SPECK

El hombre del tatuaje

Se podría liberar a Richard Speck del oprobio de ser considerado un asesino en serie, porque no mató a tres personas en tiempos y lugares diferentes. Speck asesinó a ocho jóvenes estudiantes de Chicago, pero a todas en una sola noche. De cualquier manera, como su nombre figura entre las listas de los asesinos más famosos de todos los tiempos, y su caso despierta tanto interés para la criminología, no creímos que mereciera quedar fuera de esta infausta recopilación. Todo sucedió durante la noche del 13 de julio de 1966. Richard contaba con 25 años y tenía un largo historial de violencia forjado por sus continuas peleas en los bares, debidas principalmente a su adicción por las drogas y el alcohol. Por este motivo su mujer lo había abandonado y su capataz lo había despedido del astillero donde trabajaba. Estos fueron los golpes de gracia que lo impulsaron a robar para poder solventar sus vicios.

La cruenta velada comenzó cuando Speck, después de haberse tomado unas cuantas pastillas, irrumpió en un edificio portando un cuchillo y una pistola con la clara intención de consumar un robo provechoso. Allí residían nueve chicas americanas y filipinas que estudiaban enfermería. Richard las amenazó para que le diesen todo el dinero que tenían encima y las obligó a arrojarse en el suelo de una de las habitaciones. Afortunadamente, una de las chicas, Corazón Amurao, pudo rodar por el suelo y esconderse debajo de una cama sin que el asaltante lo advirtiera.

Después de desvalijar la casa, Richard se enfureció y fue llevando una por una a las jóvenes a otra de las habitaciones, donde las estranguló y apuñaló.

Cuando el sanguinario agresor se retiró de la vivienda, la enfermera sobreviviente salió de su refugio y, horrorizada al observar el saldo de la terrible matanza, corrió directamente hasta la seccional de policía más cercana, donde relató los hechos y proporcionó una acabada descripción del homicida, incluido el detalle de haber visto que el hombre llevaba un tatuaje en un brazo que decía «Born to Raise Hell» (Nacido para traer el infierno).

Entonces la ciudad de Chicago fue testigo de una de las más grandes cacerías jamás vistas en sus calles buscando al hombre del tatuaje. Su descripción fue enviada a los distintos servicios de urgencia de todos los hospitales, ante la posibilidad de que el fugitivo se hiriera a sí mismo, conducta muy frecuente en estos casos.

Y así sucedió. Unos días más tarde Speck ingresó en un hospital presentando una herida cortante en el codo. El tatuaje fue fácilmente reconocido y se concretó la detención. La enfermera sobreviviente también identificó a Speck como el agresor, y esa identificación fue corroborada por algunas de las huellas dejadas en la escena de los crímenes.

Richard Speck fue juzgado en 1967 y sentenciado a muerte, pero tras la apelación de la sentencia lo condenaron a más de cuatrocientos años de reclusión. Según los asesores de la prisión, era un hombre muy agresivo, cuyo comportamiento violento era muy bien conocido, tanto tras las rejas como fuera de ellas.

Richard había llegado a Chicago huyendo de Texas, donde se lo buscaba intensamente por el intento de asesinato de su suegro. En los meses previos a la matanza, la idea que tenía de cómo pasar una buena noche en la ciudad era emborracharse, tomar algunas drogas, ir a algún bar y provocar a otro cliente hasta que la situación degenerara en una pelea. Si conseguía darle una buena paliza a su oponente, entonces para él la noche había sido un éxito; en caso contrario, buscaba a una prostituta y la golpeaba salvajemente antes de caer dormido.

Un guardián de la cárcel reveló en una oportunidad que Speck había logrado atrapar a un gorrión y lo había convertido en su mascota. Le ataba una cuerda en una pata y lo llevaba sobre su hombro de un lado a otro como si formara parte de él. Los guardias le exigieron que se deshiciese del pájaro lo más pronto posible debido a que no se permitían mascotas en la prisión, pero Speck los ignoró por completo. Después de varias discusiones sobre el tema, lo amenazaron con incomunicarlo en una celda de castigo si seguía paseándose con el animal por los pabellones. Entonces Speck se dirigió tranquilamente hasta un ventilador y arrojó el gorrión contra él. Los guardias, sorprendidos, le preguntaron por qué había matado al animal; él les respondió que si no podía ser suyo, no sería de nadie.

En uno de los interrogatorios a los que fue sometido por el coronel Robert Ressler, agente del FBI y experto en psicología criminal, Richard evidenció una clara actitud insensible hacia la vida y admitió que había matado a sus víctimas con la única intención de que no pudiesen testificar en su contra. El siguiente es un extracto de Ressler en su primer libro dedicado a la investigación de los asesinos en serie, *El que lucha con monstruos* (Whoever Fights Monsters):

Aunque varios médicos opinaban que el corte de la arteria del codo había sido el resultado de un chapucero intento de suicidio en la pensión de mala muerte donde vivía, Speck negó tal cosa, diciendo que había tenido una pelea en un bar y le habían hecho el corte con una botella de whisky rota. Diez años después del crimen seguía tratando de mostrarse ante mí como un macho.

Ressler y Douglas, los dos agentes del FBI que, desde sus posiciones de instructores y perfiladores en las unidades de Ciencias del Comportamiento y Apoyo a la Investigación, estudiaron el fenómeno de los asesinos en serie más de cerca, tuvieron la oportunidad de entrevistar a Richard Speck en la prisión cuando comenzaban a delinear su proyecto.

Habían arreglado la entrevista de manera extraoficial y poco ortodoxa con el guardia de la prisión, empeñado en que viesen la pornografía que Speck guardaba en su celda. De esta forma, su primer contacto con el homicida fueron los gritos e insultos que les dedicó al ver que peligraba su cuidada intimidad, ya que la celda es lo único que los presos pueden considerar un espacio privado en la prisión. El desmesurado escándalo generó, por simpatía, una cadena de protestas por parte del resto de los internos del pabellón, por lo que decidieron cancelar la visita a la celda e ir directamente a la entrevista.

Speck apareció en la sala malhumorado, hosco y con su tradicional resistencia a colaborar. Ressler, que conocía a fondo sus informes, sabía que era un individuo poco inteligente y sin una visión clara de sus crímenes. Douglas recuerda hoy que Speck, al igual que Manson, eligió sentarse en la cabecera de la mesa, presidiéndola, como queriendo manifestar su superioridad respecto de ellos. Durante toda la entrevista, trató de dar una imagen de macho dominante, fanfarrón y agresivo. Douglas lo trató de igual a igual, utilizando un lenguaje directo y vulgar, logrando hacerlo confesar detalles que aún no habían podido conocerse, como el hecho de que solo había violado a una de sus víctimas.

En 1988 Speck grabó una cinta de video en la prisión de Stateville. En ella se lo puede ver aspirando cocaína, participando en prácticas de sexo oral con otro interno y presumiendo de su cuerpo. Luego se lo ve riéndose de sus asesinatos, afirmando que le encanta ser penetrado por otros hombres y presumiendo de lo mucho que disfruta en prisión: «Si supiesen cuánto me divierto aquí..., me soltarían».

A continuación, se desnuda y deja ver unos pechos caídos, producto de un tratamiento hormonal, y unas bombachas de seda azul. Acto seguido, le practica una felación a su amante afroamericano.

La emisión de fragmentos de esta grabación por diferentes cadenas de televisión de Illinois provocó el calentamiento del debate sobre la

conveniencia o no de la aplicación de la pena de muerte en cierto tipo de criminales.

Richard Speck, el asesino de las jóvenes enfermeras de Chicago, falleció en la cárcel en 1991, a la edad de 48 años, de un ataque al corazón. Como nadie reclamó su cuerpo, fue quemado por los oficiales de la prisión.

En 2007, la película *Chicago Massacre: Richard Speck*, de Michael Feifer, reflejó los acontecimientos.

CHARLES MANSON

El anticristo

La historia de terror sin ningún condimento ficcional protagonizada por Charles Manson es un fiel reflejo de la sociedad norteamericana de finales de los años sesenta y principios de los setenta.

Manson nació en Cincinnati, Ohio, el 12 de noviembre de 1934. Su madre, una prostituta de apenas dieciséis años, llamada Katheline Maddox, ni siquiera tenía idea de cómo nombrar a su hijo; por eso en el acta de su nacimiento aparece un lacónico «Unknown Maddox», es decir, «Maddox desconocido». Tiempo más tarde se le ocurrió llamarlo Charles en honor a uno de sus tantos amantes, con el que llegó a casarse por un breve tiempo, pero que no tenía ningún vínculo de sangre con el niño.

Se cree que el verdadero padre de Charles Manson fue un tal coronel Scott, originario de Ashton, Kentucky, debido a que en 1936 Katheline lo demandó legalmente por la manutención de su hijo. Tras ganar el pleito, obtuvo la suma de cinco dólares para el pequeño Charles. El coronel Scott murió en 1954 sin conocer a su hijo y sin mostrar jamás un interés por verlo.

En 1939, cuando Charles ya había cumplido cuatro años, su madre Katheline y su tío fueron sentenciados a cinco años de prisión por asaltar una estación de servicio. Sin otra solución, Charles quedó bajo la custodia de una tía estrictamente religiosa que tenía un marido sádico. El hombre volcaba su perversión sobre Charles, desmereciéndolo, llamándolo con diminutivos y llegando, incluso, a enviarlo vestido de mujer a su primer día de clases para que aprendiera a comportarse como un hombre.

Katheline no llegó a cumplir la totalidad de su sentencia de cinco años: salió bajo libertad condicional en 1942 y reclamó la custodia de su hijo. Pero seguía sin poder convertirse en una buena madre. Casi siempre borracha, llevaba a sus clientes de ambos sexos a su casa, les encargaba el cuidado de Charly a los vecinos solo por una hora y desaparecía durante días y hasta semanas. En una ocasión llegó a ofrecer al pequeño a una mesera a cambio de una jarra de cerveza.

En 1947 Katheline se puso en campaña para localizarle un internado a su hijo, que ya tenía 12 años y le impedía desarrollar su vida «normal» libremente. Al no encontrar ninguno disponible, lo inscribió en el colegio Geabalt para varones, en Indiana.

Charles lo soportó apenas diez meses y se escapó para reunirse con su madre, pero ella no lo aceptó. Así fue como terminó viviendo en la calle y robando para comer.

Tras el robo de una tienda de comestibles, juntó dinero suficiente como para independizarse, y aprendió a sobrevivir gracias a pequeños hurtos. Desde ese momento visitó con frecuencia los sucios calabozos de las prisiones, de los cuales salía en libertad de tanto en tanto, y aprendió a fugarse de los centros penitenciarios. El resultado de todo este periplo fue terminar pasando más de la mitad de su vida encerrado en la cárcel. Fue justamente allí donde completó su «educación».

Gracias a ese intensivo aprendizaje en el delito, fue arrestado tiempo después e internado en el reformatorio juvenil de donde se había fugado. Al día siguiente fue recapturado y enviado a la granja para varones del padre Flanagan, donde permaneció solamente cuatro días, y de donde logró escapar en un auto robado para dirigirse a Illinois, a visitar a unos parientes. En el trayecto cometió más robos y otra vez fue detenido. Por entonces ya había cumplido trece años y fue recluido en Pringfield, Indiana, en donde sufrió abuso físico por parte de los internos y los guardias. El mismo Manson

declararía después que uno de los guardias incitaba a los demás internos a torturarlo y a violarlo mientras contemplaba la escena.

En febrero de 1951 Charles consiguió fugarse de Pringfield con otros dos internos, en cuya compañía se dedicó al robo de automóviles. Fue arrestado en Utah y sentenciado a cumplir condena en una prisión federal por conducir autos robados fuera de los límites del estado.

En esa cárcel de mínima seguridad atacó a un recluso obligándolo a tener sexo con él mientras le presionaba sobre el cuello una navaja de afeitar. Por ese incidente fue reclasificado como peligroso y encerrado en un lugar de seguridad máxima, donde cometió infinidad de infracciones disciplinarias, entre ellas, tres asaltos de índole homosexual cuando lo transferían al reformatorio de Ohio un mes después de su arresto.

En 1953, ya con 19 años, Manson se casó con Jean Willis, una enfermera de 17 años, con la que tuvo su primer hijo. Desde los 14 años hasta entonces solo había tenido experiencias homosexuales. En 1958 se divorció de Jean y un año más tarde volvió a casarse. En esta oportunidad, con la prostituta Candy «Leona» Stevens, solo para evitar que declarara contra él en un juicio. De esa relación nació Charles Luther Manson, su segundo hijo conocido.

Fue por esa época, y estando nuevamente en prisión, cuando comenzó su formación esotérica. Leía asiduamente sobre el budismo y el orientalismo, integró lo que él llamó la «Iglesia de la Cienciología», y comenzó a emplear conceptos como el «karma» y la «reencarnación», que terminaron siendo fundamentales cuando presentó su particular apocalipsis: el Helter Skelter.

De un día para el otro se convirtió en un prisionero modelo, y su conducta pacífica y complaciente le permitió ganarse la libertad condicional en mayo de 1954. Después de una serie alternada de asaltos y arrestos, terminó conociendo por dentro la penitenciaría de la isla McNeil, en donde dejó claramente asentado en la ficha de ingreso que su religión era la «Dianética».

Luego de ser sometido a una evaluación psicológica que dio como resultado

un coeficiente intelectual de 121 puntos, y debido a un nuevo lapso de comportamiento reposado y servicial, se lo consideró también en este lugar un recluso modelo, y le volvieron a conceder la libertad condicional el 21 de marzo de 1967.

Fue entonces cuando se marchó a San Francisco, donde creó «La Familia» en el barrio de Haight-Ashbury. En esa época Manson ya tenía 32 años, diecisiete de los cuales había pasado recluido. En entrevistas que le realizaron posteriormente, Manson siempre negó la existencia de La Familia.

El término «Familia» se ha utilizado para convertirme en un líder y hacerme responsable de lo ocurrido. Ellos nunca fueron mi familia. Todos vivíamos un sueño.

Manson atribuyó la responsabilidad de la idea al fiscal Vincent Bugliosi. «Después de todo —dijo—, fue él quien escribió el libro, vendió los derechos cinematográficos y creó esta imagen». Pero quedó comprobado que alrededor de Manson había un grupo de jóvenes devotos dispuestos a hacer cualquier cosa que les ordenara.

El grupo aún existe e, incluso después de la detención de Charles y de sus colaboradores más próximos, varios miembros y simpatizantes continuaron con el desarrollo de sus actividades. Editaron su música, organizaron manifestaciones pidiendo su libertad, lograron que fuera nombrado «Hombre del año» por la revista *Tuesday's Child*, y se crearon grupos de admiradores. Uno de esos grupos, y tal vez el más activo, estaba liderado por la joven Jane Spielman, quien fue detenida por fabricación ilegal de bombas.

Tal vez debido a la inmensa publicidad que recibió el proceso, o tal vez por otro motivo, veinte años después de su enjuiciamiento Manson continuaba recibiendo cartas de jóvenes que querían unirse a La Familia. Según su filosofía, los miembros del extraño clan, que en el momento de su detención habitaban en el rancho Barker, eran la «avanzada» de los 144.000 mil elegidos

que se salvarían del Apocalipsis.

Manson, que se llamaba a sí mismo Satán (además de Jesucristo, el Espíritu, el Anticristo y el Demonio), predicaba una doctrina sumamente curiosa, una mezcla de conceptos orientalistas con una reinterpretación personal de la Biblia. Según él, el Armagedón había llegado, el Juicio Final comenzaba. La población negra aniquilaría a la raza blanca, pero un grupo de elegidos se salvaría para reinstaurar el nuevo orden. Este grupo era La Familia. Ellos se asentarían en el desierto, y su número crecería hasta alcanzar los 144.000 adeptos. Entonces él los guiaría al «Reino Subterráneo», un mundo asombroso que existía bajo tierra: Agartha. En esta tierra fantástica permanecería esperando que la raza negra destruyera a la blanca. Después del Apocalipsis ellos volverían a la superficie y se harían los señores del mundo, con Manson a la cabeza como el nuevo Anticristo o Rey del Mundo. Era inexorable que ocurriera todo ello porque los negros, según la filosofía racista de Manson, serían incapaces de dirigir el mundo, ya que ellos solo podían imitar lo que hacían los blancos, igual que los monos. Por eso, cuando hubiesen destruido a los blancos, no sabrían qué hacer y vendrían los miembros de La Familia a enseñarles el camino.

En 1968 estalló el verano del amor, y miles de jóvenes comenzaron a experimentar con las drogas, a creer en el poder de las flores, y en la paz y el amor. Las calles se llenaron de adolescentes y de inadaptados que buscaban respuestas en el LSD. Detrás de ellos se había tejido una red subterránea de oportunistas que se hacían llamar «gurús», entre los que se contaban narcotraficantes, fanáticos religiosos, tratantes de blancas, pandilleros y otros integrantes de una fauna nociva, que trataba de sacar el mejor provecho personal de la maravillosa llegada de la Era de Acuario.

Entonces se desencadenó el «Apocalipsis».

El 13 de octubre dos mujeres fueron golpeadas y estranguladas en las proximidades de California: Nancy Warren, que era la esposa de un oficial de

policía y estaba embarazada, y su abuela, de 64 años. Los dos homicidios presentaban características rituales. Miembros de La Familia Manson se encontraban asentados en ese condado.

El 13 de septiembre, Marina Hate, de 17 años, fue secuestrada fuera de su casa en West Hollywood, y su cuerpo encontrado el 1 de enero con múltiples puñaladas en el cuello y el tórax. Las investigaciones demostraron que Marina estaba vinculada con miembros de La Familia, de Charles Manson.

En mayo de 1969, el señor Darwin Scott, de 64 años, y supuesto tío de Charles Manson, fue asesinado a golpes en su departamento de Kentucky, y posteriormente clavado al piso con un gran cuchillo. No pudo comprobársele nada a Charles con relación al homicidio, pero durante esas fechas su supervisor de libertad condicional le había perdido el rastro.

El 17 de julio de 1969, Mark Watts, un adolescente de 17 años, desapareció al ir de pesca. Su cuerpo golpeado, con tres disparos, fue encontrado cerca del cañón de Topanga. Al parecer, también había sido atropellado por un vehículo. Mark acostumbraba relacionarse con los seguidores de Manson que se refugiaban en el rancho Spawn, una propiedad abandonada que solía ser utilizada como escenario de películas del Oeste, y era llamada así por su propietario: George Spawn.

El viernes 8 de agosto de 1969, Manson ordenó la ejecución de todas las personas que se encontraran en el 10.050 de Cielo Drive, la vivienda del director de cine Roman Polanski. Un comando integrado por Linda Kasabian, Susan Atkins, Patricia Krenwinkel y Charles Tex Watson, siguiendo sin cuestionamientos la orden de Manson, se dirigió al lugar indicado y asesinó a todos los invitados que se encontraban en la mansión: Jay Sebring, Abigail Anne Folges, Steven Earl Parent, Voytek Frycowksy y Sharon Tate, la esposa de Polanski, que estaba embarazada de ocho meses.

Mucho se ha especulado desde entonces sobre el móvil de este crimen, que todavía hoy sigue sin aclararse. En un principio se dijo que la elección de la

casa había sido al azar, aunque se sabe que Manson ya había estado en la mansión por lo menos dos veces. Algunos aventuran que fue el mismo diablo quien manejó a Manson para que castigase a Polanski por haber realizado la película *El bebé de Rosemary* (*Rosemary's Baby*, 1968), en la que revelaba la existencia del culto a Satán en el mundo.

Para desarrollar el guión de su película, Polanski se había puesto en contacto con Anton Szandor LaVey, que acababa de fundar la Iglesia de Satán. Durante la filmación —a principios de 1967—, había dado mucho que hablar una boda satánica oficiada por el propio LaVey; y en esa fecha, casualmente, también se había fundado La Familia.

Después de que Charles Manson fue a la cárcel, La Familia quedó en manos de Lynette Fromme, quien siguió manteniendo correspondencia con él, propagando su visión apocalíptica y acumulando más adeptos gracias a sus alianzas con grupos racistas y cultos oscuros. En 1975 Fromme intentó asesinar al presidente Gerald Ford, algo que no logró solo porque se atascó el seguro de su pistola. Naturalmente, fue apresada y sentenciada a cadena perpetua.

En la actualidad, los distintos eslabones de la familia Manson están vinculados con el narcotráfico, la pornografía infantil y el abuso sexual, pero siguen existiendo rumores de que aún realizan sacrificios humanos. Al margen de los rumores, lo cierto es que Manson intentó en su momento atraer a su Familia a grupos neosatánicos como «Los Ángeles del Infierno» o los «Straight Satan», pero sin éxito. Lo que también está probado es que miembros individuales de la Familia tuvieron estrecha relación con esos grupos, como Robert «Bobby» Beausoleil y Danny de Carlo.

Al margen de que Manson estuviese relacionado con esas sectas esotéricas, lo cierto es que muchos le atribuían poderes sobrenaturales de origen demoníaco. Durante los interrogatorios a varios miembros de su grupo, los investigadores escucharon infinidad de historias referidas a sus supuestos

done: decían que tenía poder telepático y que era capaz de controlar a distancia a sus seguidores, o que una vez había soplado sobre un pájaro muerto y el animal había resucitado y levantado vuelo. Este mito del control telepático tiene una explicación racional. Manson sabía utilizar a la perfección las dosis de LSD que suministraba a sus seguidores, y ello, unido a los conceptos kármicos y a la alusión a reencarnaciones anteriores, facilitaba el control mental de los miembros de su secta, como ocurre en otras muchas congregaciones no necesariamente satánicas.

A pesar de estar condenado desde hace muchos años a permanecer encerrado en la cárcel de por vida, el nombre de Charles Manson vuelve a aparecer cada tanto en los periódicos de todo el mundo cuando acepta alguna entrevista o protagoniza algún episodio escandaloso. Así sucedió a fines de los años ochenta cuando Jan Holmstron, un hare krishna de 36 años que se encontraba cumpliendo condena en la misma prisión que Manson, trató de quemarlo vivo tirándole encima un tarro de pintura y prendiéndole fuego. Solo le ocasionó heridas leves.

Finalmente en 2012 Charles Manson accedió a poner por primera vez su caso en manos de un abogado, Giovanni DiStefano, conocido por haber representado a mediáticos y polémicos clientes como Sadam Husein o Slobodan Milosevic. Tras cuarenta y dos años de condena, el abogado italiano procedió, por un lado, a presentar un recurso ante el Comité Interamericano de Derechos Humanos; y, por el otro, envió una petición al presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, solicitando la anulación de la condena de Manson por los crímenes del caso Tate/LaBianca. En ambos casos DiStefano explicaba que Manson no había tenido en su momento el juicio justo que garantiza la Constitución, porque no le permitieron defenderse a sí mismo ni le dejaron testificar ante el jurado, y porque el fiscal del caso habría manipulado el proceso al crear la teoría de una conspiración que no existió.

Obama tenía hasta el final de su mandato para responder a la carta enviada

por el letrado de Manson. Y este esperaba que no lo hiciese hasta las últimas semanas de dicho mandato, en noviembre de 2012. Sin embargo, Obama decidió rechazar la petición mucho tiempo antes.

Para muchos Charles Manson sigue siendo considerado el criminal más peligroso de los Estados Unidos; para otros es un individuo de aplastante carisma y desbordante personalidad. En síntesis, no importa cómo se lo vea, no deja de ser una leyenda viviente.

En 2003 Jim Van Bebber realizó la película *The Manson Family*, en la cual muestra la versión contada por los propios miembros de La Familia.

El Monstruo de Florencia

En el verano florentino de 1968, durante la cálida noche sin luna del 21 de agosto, Antonio Lo Bianco y Bárbara Locci se acariciaban largamente dentro de un automóvil prudentemente estacionado en un lugar discreto, que les aseguraba disfrutar de su intimidad a resguardo de las miradas inoportunas. Poco antes de la medianoche y cuando empezaban a quitarse la ropa, un hombre apareció de entre las sombras y sin ningún motivo aparente extrajo una Beretta calibre 22 modelo Long Rifle y les disparó. Cuando el eco de los estampidos terminó de disiparse y el silencio volvió a reinar, el hombre reemplazó su arma por un cuchillo, apuñaló a las víctimas salvajemente y mutiló los órganos sexuales de la mujer, llevándose la vagina y el seno izquierdo como trofeos.

Desde entonces fueron dieciséis los crímenes que durante dieciocho años no solo aterrorizaron a toda Florencia sino también a Italia.

Tras Antonio y Bárbara, el 14 de septiembre de 1974 se sumaron a las víctimas Pasquale Gentilcore y Stefania Pettini; el 6 de junio de 1981 cayeron Giovanni Foggi y Carmela Di Nuccio; el 22 de noviembre de 1981 les tocó el turno a Stéfano Baldi y Susanna Cambi; el 19 de junio de 1982 a Paolo Mainardi y Antonella Migliorini; el 9 de septiembre de 1983 a Horst Meyer y Uwe Rush; el 29 de julio de 1984 a Claudio Stefanacci y Pía Rontini, y el 8 de septiembre de 1985 a Nadine Mauriot y Jean Michel Kravechvilj. El asesino nunca dejó una sola pista que hiciera posible su captura, ni hubo testigo alguno que hubiera visto algo sospechoso.

A partir de los años ochenta, varios expertos trataron de establecer un perfil

psicológico del Monstruo de Florencia, algunas veces por solicitud de las autoridades que trabajaban en el caso, y otras por cuenta propia. El más completo de estos retratos fue, sin lugar a dudas, el que realizó el grupo de criminalistas de la Universidad de Módena, integrado por Francesco De Fazio, Salvatore Luberto e Iván Galliani. Estos investigadores elaboraron un extenso informe de 150 páginas, en el que trataron de responder a algunas de las preguntas que todos se hacían desde 1968. También se aventuraron a presentar señas precisas del Monstruo, tales como su físico, edad, origen y nivel cultural, el *modus operandi* y la psicopatología del sujeto. Todo ello fue el resultado de un completísimo estudio basado en los testimonios de familiares y policías, la autopsia de las víctimas, las fotos y reconstrucciones del delito, y el hecho de haber examinado personalmente los lugares donde el Monstruo había cometido cada uno de sus crímenes.

La conclusión fue que el asesino era un narcisista obsesivo con delirios de grandeza, que guardaba dentro de sí un odio extremo hacia el amor físico, pero que su locura era, en cierto modo, lúcida. Se estableció que debía tener una inteligencia extraordinaria, capaz de organizar y planear al detalle cada crimen, que seguramente conocía con profundidad las zonas donde atacaba y que poseía una mano precisa para consumir sus delitos sin vacilaciones. Cuando disparaba siempre lo hacía con un tiro preciso en uno de los puntos vitales del cuerpo de la víctima, mostrando una gran destreza en el uso de las armas de fuego, y cuando mutilaba los órganos sexuales del cadáver lo hacía con una exactitud fuera de lo común.

El grupo de investigadores dedujo que se trataba de un varón de aproximadamente un metro ochenta de alto, de entre 35 y 40 años de edad, que tenía un trastorno sexual, ya que todos sus delitos eran de naturaleza sexual, como demostraba el aumento de componentes fetichistas y sádicos en sus crímenes. Tenía una sexualidad desarrollada solo a modo de fantasía y era posible que hubiese llegado al crimen después de unas fases previas de

voyeurismo y fetichismo. Por la precisión de los cortes en la amputación del pecho izquierdo de sus víctimas, los investigadores supusieron que la intención del asesino había sido la de conservar estas partes. En ningún cadáver se hallaron muestras de una sádica búsqueda de placer adicional obtenido por hacer sufrir a la víctima. Todas las incisiones habían sido muy estudiadas, para no dañar la piel de alrededor. El asesino jamás había actuado en el mismo lugar y siempre había utilizado la misma arma: la pistola Beretta. En total había disparado sesenta y seis proyectiles, todos de la marca Winchester.

De cualquier forma, aún se sabe poco o nada de la identidad del misterioso asesino, a pesar de los numerosos perfiles psicológicos presentados para determinar su personalidad. La única certeza es que, a pesar de los esfuerzos de la magistratura florentina, y tal vez por que se le ocultaron durante años varias pistas a la policía, el Monstruo de Florencia ha quedado impune.

La investigación duró ocho años, en el transcurso de los cuales fueron interrogados más de 100.000 sospechosos, con la esperanza de que alguno de ellos fuera el asesino.

En el año 1990, las sospechas recayeron sobre un granjero de 68 años llamado Pietro Pacciani, conocido en la localidad de Mercatale por su afición a la caza y su costumbre de disecar las piezas capturadas. Pacciani ya había sido detenido en el año 1951 por asesinar a un vendedor ambulante al que había sorprendido durmiendo con su novia. Después de hacerlo continuar su descanso para siempre con un disparo, lo perforó con diecinueve puñaladas y violó su cadáver.

El granjero fue rápidamente declarado culpable del crimen y sancionado a cumplir trece años de condena firme. Tras salir de la cárcel se casó e intentó formar una familia normal, pero en el año 1987 fue nuevamente encerrado, esta vez hasta 1991, por pegarle a su mujer y acosar sexualmente a sus dos hijas menores.

Acusado de los crímenes seriales de las parejas, Pacciani nunca dejó de proclamarse «tan inocente como Cristo». Finalmente, un juicio determinó su culpabilidad en seis de los ocho crímenes, a pesar de no existir una sola prueba que demostrara más allá de toda duda razonable su participación en alguno de ellos. Lo único que lo comprometía eran algunos cartuchos de calibre 22 que la policía había encontrado en su domicilio.

Pacciani cumplió su condena hasta el 13 de febrero de 1996, cuando fue absuelto por un tribunal de apelación, que determinó que no había pruebas que lo inculpasen directamente como autor de los terribles crímenes del Monstruo. Por entonces Pacciani contaba con 71 años.

El mismo día que el Tribunal de Justicia de Florencia absolvió de todas las acusaciones al viejo cazador de Mercatale, dos personas fueron detenidas por su supuesta participación en los crímenes: Mario Vanni y Giancarlo Lotti. Las nuevas investigaciones determinaban que los asesinatos habían sido producto de la estrecha colaboración de Pietro Pacciani, Mario Vanni, Giancarlo Lotti y Giovanni Faggi. Todo esto sucedió de una manera tan fulminante e inesperada que la gran mayoría de los ciudadanos italianos llegó a la conclusión de que los investigadores solo estaban echando culpas al voleo para ganar tiempo y no perder el poco prestigio que les había dejado un caso que eran incapaces de resolver.

Para colmo de la desprolijidad, la Corte Suprema italiana revocó la decisión de libertad de Pacciani el 12 de diciembre de 1996, después de que Lotti confesara que había cometido los crímenes junto con él. El 21 de mayo de 1997, Mario Vanni y Giancarlo Lotti fueron enjuiciados por su implicación en cinco de los dobles crímenes. Ambos fueron sentenciados a veintiséis años de prisión.

A Pacciani le resultó imposible cumplir esta condena: el 23 de febrero de 1998 lo encontraron muerto en el suelo de su casa en extrañas circunstancias. Tenía los pantalones bajos y la camisa enrollada alrededor del cuello. Como

tenía la cara azul y desfigurada, la opinión inicial de la policía fue que había muerto de un paro cardíaco, pero tras los exámenes post mórtem, se determinó que se había suicidado tragando una gran cantidad de remedios, aunque desde el primer momento la misma policía sospechara que lo habían asesinado lentamente suministrándole medicinas que no eran precisamente las más indicadas para solucionar su diabetes y sus problemas cardíacos.

De este modo, con la muerte del principal sospechoso, los investigadores decidieron dar por cerrado el caso del Monstruo de Florencia, asegurándose previamente de que Vanni y Lotti siguieran encerrados en sus respectivos calabozos, a pesar de la gran cantidad de preguntas sin respuesta y de los innumerables puntos oscuros que seguían rodeando tantas muertes irresueltas.

En agosto de 2001 algunos investigadores retomaron una vez más el caso del Monstruo, sin explicar por qué lo hacían. Solo señalaron que tenían nuevas pistas que los llevaban a pensar que el Monstruo de Florencia podía ser en realidad un grupo de unas diez o doce personas adineradas, integrantes de una secta religiosa, que habían ordenado y pagado los «trabajos» a los tres campesinos. Entre las personas que presuntamente integraban ese grupo «satánico», podrían encontrarse un conocido médico italiano y un pintor suizo, para quien habría trabajado Pacciani como jardinero, y en cuya casa fueron descubiertos algunos recortes periodísticos del juicio y varios dibujos de mujeres mutiladas. Según los investigadores, estas ilustraciones representaban a las víctimas del Monstruo de Florencia.

Los detectives se negaron a facilitar más datos hasta tanto no hubieran completado su investigación. Sin embargo, dejaron deslizar que habían descubierto algo muy significativo: alguien le habría estado pagando a Pacciani un total de 33.000 libras, que se habían depositado en varios plazos irregulares a lo largo de los años en los que fueron cometidos los crímenes. Posteriormente, se le habrían recetado unos medicamentos que, en lugar de curarlo, le habrían causado la muerte, porque sabía demasiado.

Un mes más tarde, en septiembre de 2001, un nutrido grupo de policías invadió con una orden judicial las casas y las oficinas de Aurelio Mattei, psicólogo del Servicio Secreto Civil italiano (SISDE), y de Francesco Bruno, conocido criminólogo experto en psicopatología criminal, de la Universidad de Roma. En 1985 Bruno había realizado un perfil del asesino en el que se analizaba su pulsión fetichista y religiosa, que nunca llegó a manos de la policía.

Durante el registro les fueron confiscados varios disquetes, cuadernos y notas sobre los crímenes, y se los trasladó a la comisaría, donde fueron interrogados durante nueve horas seguidas sobre los homicidios, después de lo cual fueron puestos en libertad. Desde entonces nunca se los detuvo formalmente, aunque la policía señalara que estas dos personas podían haber ocultado y destruido pruebas, lo cual había diferido seriamente la investigación oficial. Al margen de estos hechos, Vanni y Lotti seguían estando en la cárcel.

Desde entonces no se volvió a hablar del caso. El 6 de julio de 2002 varios diarios italianos dieron a conocer el descubrimiento de unas mutilaciones sospechosas en una casa de velatorios, en Florencia. Al parecer, los empleados del complejo funerario Cappelle del Commiato encontraron que cinco de los cadáveres que estaban siendo velados mostraban unos extraños cortes en la cara.

Cuando descubrieron el primer caso de mutilación en el cadáver de una anciana, creyeron que había sido provocado por algún perro, gato o rata que había logrado entrar en el recinto, pero pronto desestimaron esa hipótesis porque el tipo de corte era demasiado preciso para haber sido realizado por un animal. Un día después se dieron cuenta de que otros dos cadáveres presentaban un estado similar, y una inspección más detallada reveló que las mutilaciones habían implicado la extracción meticulosa de algunos trozos de piel.

Como consecuencia de estos sucesos, el Monstruo de Florencia volvió a aparecer en todas las conversaciones. Mientras tanto, se implementaron nuevas medidas de seguridad en la funeraria, con más vigilancia nocturna dentro y fuera del edificio. Pero quien había realizado las curiosas incisiones parecía conocer perfectamente el recinto y burló todos los dispositivos, logrando evadir a los guardias y las cámaras recién instaladas.

La policía siguió investigando las mutilaciones, y algunos agentes declararon abiertamente que este fenómeno tenía relación directa con el misterioso asesino en serie. Mientras tanto, el caso del Monstruo de Florencia sigue sin resolverse.

PEDRO ALONSO LÓPEZ

El monstruo de los Andes

Pedro Alonso López nació en 1949 en el peor lugar y momento para venir al mundo: Tolima, Colombia, durante la época conocida como «La Violencia». En ese momento, el país sudamericano estuvo plagado por permanentes disturbios y por actos de terror inconcebibles.

Los problemas habían comenzado el año anterior, en 1948, cuando fue asesinado un popular político liberal, Jorge Eliecer Gaitán. Su muerte desencadenó una guerra civil, cuya virulencia no dio tregua en los siguientes diez años, y se cobró más de 200.000 vidas antes de concluir.

Pedro era el séptimo de los trece hijos de una prostituta, y su infancia estuvo lejos de ser feliz. Su madre era una mujer dominante que controlaba a sus hijos con puño de hierro para que no se le escaparan de las manos o, lo que era peor, anduvieran por la calle. Ahí reinaban las violaciones a los derechos humanos por parte de los guerrilleros, los paramilitares y los miembros de las fuerzas nacionales. De hecho, la tasa de crímenes llegó a ser cincuenta veces más elevada que la del resto de los países del mundo.

En 1957, cuando Pedro apenas tenía 8 años, sorprendió a su madre manteniendo relaciones sexuales con su hermana más joven, y el drama familiar se desató dentro de la casa. Pedro se desterró a las calles y juró no volver nunca a su hogar. Vivió un corto tiempo sumergido en el miedo y la incertidumbre, pero las cosas rápidamente empezaron a cambiar cuando un anciano lo sacó del abandono apartándolo de las calles, ofreciéndole comida y un lugar donde poder dormir tranquilo.

Pedro aceptó la oferta rápidamente. Naturalmente, la propuesta incluía condiciones que ni siquiera imaginaba. En lugar de conducirlo a un hogar confortable, con alimento y ropa limpia de cama, el hombre lo llevó a un edificio abandonado, donde lo sodomizó a gusto antes de arrojarlo nuevamente a las temibles calles.

Después de su desafortunada experiencia con el viejo, Pedro vivía aterrado por la posibilidad de volver a ser acosado por personas desconocidas. Dormía refugiado en edificios abandonados, y solo salía de noche de su escondite para buscar comida en los recipientes de residuos y en los basureros del lugar.

Pasó un largo año hasta que finalmente juntara el valor suficiente para viajar por el país, y así fue como recaló en la ciudad de Bogotá. Después de unos días de mendigar comida por las calles y de revolver la basura, un residente norteamericano se sintió conmovido por la apariencia de desnutrición de ese niño de 9 años, y por la forma desesperada en la que rogaba por alimento. Le proporcionó un espléndido almuerzo y le preguntó si le gustaría quedarse con su familia. Indiferente a su buena suerte, Pedro aceptó.

Aunque no terminara de valorar sus nuevas condiciones de vida, estaba cómodo y había comenzado a estudiar. Pero en 1963 recibió el golpe de gracia: fue violado por un maestro. El hecho hizo que afloraran todos sus miedos, y el odio terminó dominándolo. Su reacción inmediata fue robar dinero de la oficina de la escuela y huir del hogar.

Pedro regresó al único lugar que conocía, su primer hogar verdadero, las calles de Colombia. La guerra civil ya había terminado y el país atravesaba una tensa guerra fría. Lentamente, el gobierno reorganizaba lo que podía, y las fábricas, construidas antes de la represión, empezaban a retomar sus actividades.

Sin embargo, Pedro no tenía ninguna experiencia laboral y su educación era

mínima. Entonces se vio obligado a pasar los siguientes seis años en la mendicidad, cometiendo pequeños robos para sobrevivir.

Empezó robando coches. No tenía mucho que perder, y un comercio le compraba los vehículos que llevaba, pagándole muy bien por sus servicios. Se había convertido en un ladrón de automóviles muy habilidoso y llegó a ser admirado por los aprendices más jóvenes del negocio.

A pesar de todo, en 1969, habiendo cumplido los 18, Pedro fue arrestado por las autoridades, acusado de robo de vehículos y sentenciado a siete años de prisión. Fue trasladado de inmediato a la cárcel y solo dos días después de haber ingresado fue sometido sexualmente por cuatro presos veteranos.

Aquel día Pedro se juró a sí mismo que nadie lo volvería a tocar. Con lo que pudo conseguir entre los pabellones, construyó un cuchillo rudimentario y dos semanas más tarde cumplió su venganza: con total sangre fría asesinó a cada uno de los cuatro hombres que lo habían violado. La Justicia no consideró el episodio un caso de defensa propia y le agregó dos años más a la condena que ya tenía por robo de automotores.

La prisión sumó a todas sus penas un daño irreparable a su mente. Ya sentía un enfermizo temor a las mujeres por el abuso psíquico de su madre durante sus primeros años. Le resultaba imposible comunicarse con ellas socialmente, y satisfacía sus deseos íntimos con libros pornográficos y revistas. En la mente de Pedro su madre tenía la culpa de todo el sufrimiento de su vida y era la responsable de su dolor.

Cuando abandonó la prisión en 1978, emprendió un extenso viaje que lo condujo hasta tierras peruanas. Según él mismo reconoció más adelante, durante ese tiempo atacó violentamente y asesinó a por lo menos cien muchachas jóvenes de tribus locales de toda la región. Si bien es imposible verificar estos episodios, lo que sí se sabe es que fue capturado por un grupo de aborígenes de Ayacucho en el norte del Perú mientras intentaba secuestrar a una muchacha de apenas 9 años.

Los indios lo atraparon, le sacaron la ropa y las pertenencias, y lo torturaron durante varias horas antes de decidir enterrarlo vivo. Sin embargo la suerte volvió a ayudarlo una vez más, y cuando comenzaban a cavar el foso intervino un misionero, que convenció a los captores de que el asesinato era impío y que debían entregar a Pedro a las autoridades. Los aborígenes dejaron entonces a su prisionero en manos de la policía. Los jueces, a su vez, no quisieron perder su tiempo investigando la denuncia de las pequeñas tribus, y el Gobierno peruano deportó a Pedro al Ecuador.

Una vez en este país, Pedro se dedicó a recorrer toda la región andina e incluso se animó a cruzar con frecuencia hacia Colombia. Pronto comenzó a llamar la atención de las autoridades el incremento de casos de personas desaparecidas, especialmente de muchachas jóvenes; pero rápidamente se llegó a la conclusión de que era producto del crecimiento de la demanda de esclavos sexuales y la trata de blancas.

En abril de 1980 una riada inundó la región de Ambato, cerca de Ecuador. Las autoridades se vieron obligadas a retomar los expedientes archivados de los casos de personas desaparecidas cuando las aguas turbulentas desenterraron los restos de cuatro niñas. Los especialistas se devanaron los sesos tratando de determinar las causas de estas inesperadas apariciones, y lograron establecer que las muchachas encontradas habían sido enterradas por alguien que se había tomado la molestia de esconder los cuerpos para que no fueran descubiertos.

Días después de que se retiraran las aguas, una mujer de la zona, Carvina Poveda, se encontraba realizando sus compras en un supermercado local, junto con su hija María, de 12 años, cuando un hombre desconocido apareció repentinamente e intentó raptar a la niña. Carvina comenzó entonces a pedir ayuda a los gritos, reclamando que alguien detuviera al hombre que pretendía salir del supermercado con su hija en brazos. Los comerciantes del lugar acudieron rápidamente a socorrerla, capturaron al hombre antes de que

podiera escapar con María, y lo retuvieron esperando la llegada de la policía.

Pedro se encontraba muy tranquilo cuando se lo llevaron. Una vez en la comisaría, la primera conclusión de los agentes fue que habían detenido a un loco. Cuando intentaron interrogarlo, el sospechoso se negó a cooperar y permaneció en silencio ante todas las preguntas formuladas.

Los investigadores se dieron cuenta de que tendrían que emplear una estrategia diferente para hacer hablar a un individuo tan hosco. Entonces, uno de los funcionarios sugirió que llamaran a un sacerdote, el padre Córdoba Gudino, que ya había conocido a Pedro en prisión y que había mantenido largas conversaciones con él en una celda. La estrategia de la policía era que el padre Gudino se ganara la confianza del sospechoso y le hiciera reconocer sus crímenes.

Casi instantáneamente Pedro empezó a hablar y, al día siguiente, ya le había revelado unos actos de violencia tan repulsivos al sacerdote que este no pudo soportar escuchar ninguno más y llamó al guardia para que le permitiera salir de la celda.

Las siguientes y breves entrevistas con el padre Gudino proporcionaron a los investigadores suficientes pruebas contra Pedro como para inculparlo de todos los recientes asesinatos y maltratos. Pedro confesó sin conmoverse que había asesinado por lo menos a ciento diez muchachas en el Ecuador, cien en Colombia, y «muchas más de cien» en el Perú.

A mí me caen bien las muchachas en Ecuador; son más dóciles y más confiadas e inocentes. No son como las muchachas colombianas, que sospechan de extraños.

En el curso de sus confesiones, Pedro justificó sus crímenes atribuyéndolos a la dureza de su vida y a una adolescencia solitaria y difícil.

Perdí mi inocencia a la edad de ocho años, así que decidí hacerles lo mismo a tantas muchachas jóvenes como pudiera.

Cuando le preguntaron de qué manera seleccionaba y convencía a las muchachas para conducir las a la muerte, Pedro explicó que habitualmente elegía víctimas «con una mirada de inocencia». Siempre las buscaba a la luz del día, porque no quería que la oscuridad ocultara a sus ojos su verdadera intención de matarlas.

Cuando se le preguntó qué hacía con las víctimas, Pedro explicó que primero las violaba y después las estrangulaba mientras las miraba fijamente los ojos. Quería sentir el placer y la excitación sexual más profunda antes que sus vidas se marchitaran para siempre.

En un primer momento, la policía no pudo evitar el escepticismo ante las espantosas y casi increíbles confesiones de Pedro, y las comunicaciones con el Perú y Colombia tampoco los ayudaban a esclarecer los hechos. Cuando Pedro advirtió que todos dudaban de sus palabras, se ofreció él mismo a llevarlos a varios de los lugares donde había enterrado los cadáveres en ese país. Los investigadores estuvieron de acuerdo y dispusieron un plan de acción.

Algunos días después de su confesión inicial, Pedro dirigió una caravana policial a los sitios donde había dicho que había enterrado a sus víctimas. Las dudas de los investigadores empezaron a desaparecer cuando Pedro los llevó hasta un área apartada en la vecindad de Ambato, donde descubrieron los cadáveres de cincuenta y tres niñas, de entre 8 y 12 años.

A lo largo de la truculenta jornada, Pedro los condujo a veintiocho nuevos sitios, aunque no en todos los lugares donde se realizaron excavaciones se descubrieron cuerpos. Algunos investigadores opinaron que probablemente los animales habían esparcido los restos y la inundación había lavado el terreno.

De regreso a la comisaría, los policías inspeccionaron los más de cincuenta y siete cuerpos encontrados bajo tierra, aunque Pedro insistiera en que la totalidad de los crímenes eran 110, tal como lo había dicho en sus confesiones.

El director de Asuntos de la prisión, Vencedor Lascano, le explicó a un periodista después: «Si alguien se confiesa autor de cientos de asesinatos y se encuentran más de cincuenta y siete cadáveres, debemos creer lo que dice». Lascano también aclaró: «pienso que su estimación de trescientos es muy baja». De cualquier forma, nunca se supo nada más de las declaraciones e investigaciones de estos asesinatos.

Lo que sí se sabe es que en 1980 la Justicia declaró culpable a Pedro Alonso López del delito de múltiple asesinato, y fue sentenciado a pasar el resto de su vida en prisión. Estuvo preso en Ecuador hasta 1998 y fue entregado a las autoridades colombianas por pedido de extradición, donde fue recluido en un hospital psiquiátrico. Años después fue declarado sano y puesto libertad.

Según un documental del canal BIO de la cadena A&E, se ha emitido un pedido de búsqueda, localización y captura a la Interpol. Naturalmente, desde entonces nada se sabe de su paradero, aunque se presume que fue ejecutado ilegalmente.

DEAN A. CORLL

Candyman

Dean Arnold Corll nació en Fort Wayne, Indiana, en la plácida Nochebuena de 1939. Su padre, Arnold Edwin Corll, distaba mucho de ser una persona equilibrada, ya que castigaba duramente a sus hijos hasta por el más mínimo error, y mantenía feroces disputas con Mary Robinson, su mujer y madre de los niños.

Ante la insostenible situación familiar, decidieron divorciarse cuando Dean aún era muy pequeño, aunque volvieron a casarse después de la Segunda Guerra Mundial, quién sabe por qué. Como consecuencia de la separación, Dean y Stanley, su hermano menor, tuvieron que ir a vivir con las hermanas mayores de su madre, debido a que Mary tuvo que salir a trabajar para poder mantener a sus hijos. Dean enfermó por una fiebre reumática, que le ocasionó un soplo cardíaco.

Para alejarlo de su padre, se mudaron a Pasadena, Texas. Su madre se volvió a casar y empezó con su segundo esposo un negocio de golosinas de nuez, que instalaron en su garaje. Corll, que entonces tenía 11 años, ayudaba en la empresa familiar y era tan generoso que acostumbraba regalar muestras a los chicos del barrio.

En la escuela, Dean era considerado un buen estudiante. Tenía un aspecto impecable, era disciplinado, y repartía su tiempo ayudando a su madre y estudiando. Sus problemas de corazón limitaron sus aspiraciones atléticas, por lo que se dedicó a estudiar música y aprendió a tocar el trombón con bastante habilidad.

Cuando Dean cumplió 19 años, la familia se volvió a mudar, en esta ocasión, a Houston Heights, lugar donde abrieron una pequeña tienda que prosperó notablemente en poco tiempo.

Tras el segundo divorcio de su madre, Mary nombró a Dean vicepresidente de la compañía, lo que le permitió al joven mudarse a un departamento justo encima de la tienda. El negocio no dejaba de progresar y ya contaba con algunos empleados. Corll pasaba gran parte de su tiempo libre en la compañía de jóvenes menores que él y tenía el hábito de regalar caramelos a los niños del lugar, razón por la cual los medios de comunicación le dieron el apodo de «Candyman» (el hombre de los caramelos) una vez que sus crímenes se dieron a conocer.

En 1964 Corll se alistó en el servicio militar a pesar de su delicada condición cardiaca. Durante su tiempo como soldado tomó conciencia de su homosexualidad, condición que también fue advertida por sus superiores y por la cual fue dado de baja después de haber servido durante diez meses. Regresó a la tienda de golosinas para ayudar a su madre y, con el tiempo, llegó a convertirse en el dueño de la empresa. Continuó repartiendo caramelos gratis a los niños, para que visitaran la tienda. A muchos de los vecinos les extrañaba que Corll pasara tanto tiempo con niños, en especial con adolescentes, pero nadie lo relacionó con las desapariciones de los jóvenes cuando estas comenzaron a suceder. Después de que fracasara el tercer matrimonio de su madre en 1968, Mary se mudó a Colorado. Corll siguió manteniendo contacto con ella por teléfono, aunque Mary jamás volvió a ver a su hijo.

Cuando la empresa de golosinas empezó a declinar, Dean tomó un trabajo de electricista tal como lo había hecho su padre antes que él en el Houston Lighting and Power Company, lugar donde trabajó hasta el día que lo mataron.

Cuando cumplió 30 años, Corll experimentó un cambio drástico de personalidad. Se volvió hipersensible y tétrico, y comenzó a frecuentar a

adolescentes, haciendo reuniones donde se drogaban valiéndose de envoltorios de papel que contenían pintura o pegamento. Lo más extraño de la conducta de Corll era la elección de sus amigos, en su gran mayoría adolescentes masculinos de entre 13 y 20 años, aunque de todos ellos solo dos tenían con él una amistad estrecha: Elmer Wayne Henley, de 14 años, y David Owen Brooks, de 15. Los tres conformaban un trío bizarro y pasaban mucho tiempo en la casa de Corll o paseando en su furgoneta blanca.

Todo comenzó a desbandarse cuando en una ocasión Brooks entró al apartamento de Dean y lo encontró desnudo junto a dos muchachos atados y también desnudos. El hombre de los caramelos se puso tan nervioso de ser descubierto que liberó a los jóvenes y le regaló el coche a Brooks para comprar su silencio.

Pronto la demencia de Corll lo llevó a ofrecerles a David y a Wayne 200 dólares por cada muchacho que le trajeran; de esta manera comenzó su cacería salvaje. La característica común de sus víctimas era la de ser hombres adolescentes menores de 20 años.

El primero en morir fue Jeffrey Konen, de 18 años, quien desapareció el 25 de Septiembre de 1970 mientras hacía autostop en la ruta. Konen fue dejado en la esquina de la carretera de Westheimer, donde fue recogido por Corll, quien le ofreció llevarlo a su casa en Braeswood Place. La amable apariencia del conductor convenció al joven Jeffrey de subirse al coche. Konen fue la única víctima de esa edad, que además no vivía en el barrio de Corll. El resto de las víctimas fueron adolescentes más jóvenes que vivían en el barrio humilde de Houston Heights, como Homer García, de 15 años, que conoció a Henley cuando estudiaba en la escuela de manejo, y fue invitado a una de las fiestas en la casa de Corll, donde terminó sus días.

Durante el tiempo que duró el raid homicida de Candyman, la policía acumuló una gran cantidad de denuncias de jóvenes desaparecidos o jóvenes que se habían fugado de sus casas, aunque los padres negaran que sus hijos

hubieran escapado del hogar.

Las víctimas a menudo estaban solas o en pareja, y eran invitadas a concurrir a las divertidas fiestas en el departamento de Corll. Se trataba de jóvenes que eran amigos de Henley o de Brooks, excepto Malley Winkle y Billy Baulch, quienes habían trabajado con Dean en la empresa de golosinas en los años sesenta.

La búsqueda del asesino siempre apuntó a Corll como sospechoso, pero los comentarios de las personas no favorecían la investigación, ya que todos los interrogados confirmaban que Dean era un hombre bueno y sin nada que ocultar.

Los homicidios de Corll mostraban siempre el mismo *modus operandi*: los adolescentes eran estrangulados, asesinados de un tiro y violados. De acuerdo con los informes policiales, el orden cronológico de las desapariciones fue el siguiente:

El 25 de septiembre de 1970: Jeffrey Konen, de 18 años. Fue enterrado en High Island Beach.

El 15 de diciembre de 1970: Danny Yates, de 15 años, y James Glass, de 14, desaparecieron durante una reunión de su congregación religiosa, engañados por David Brooks. Ambos fueron torturados y estrangulados por Corll.

El 30 de enero de 1971: Donald y Jerry Waldrop, de 17 y 23 años, respectivamente, fueron también captados por Brooks. El padre de ambos era un constructor, que por entonces trabajaba en un departamento contiguo al de Corll, en el momento en que este los estranguló.

El 9 de marzo de 1971: Randell Lee Harvey, de 15 años, desapareció camino a su casa, cerca de una estación de servicio. Corll le disparó en la cabeza y lo sepultó con el resto de sus víctimas cerca del cobertizo de su bote. Su cuerpo fue identificado el 17 de octubre de 2008.

El 29 de mayo de 1971: David Hillgeist, de 13 años, desapareció en el

trayecto a la piscina local. David era uno de los amigos de la infancia de Henley. También, Malley Winkle, de 16 años, antiguo empleado de la tienda de dulces y novio de la hermana de Randell Lee, fue visto por última vez subiendo junto con Hilligeist a una furgoneta blanca.

El 17 de agosto de 1971: Ruben Watson, de 17 años, desapareció yendo al cine. Fue la última víctima identificada antes que Henley comenzara a participar en los secuestros y asesinatos.

El 24 de marzo de 1972: Frank Aguirre de 18 años, el novio de Rhonda Williams, cuya presencia en la casa de Corll desató la confrontación final entre Henley y Dean. Frank fue enterrado en High Island Beach.

El 21 de mayo de 1972: Johnny Dejome, de 16 años, y Billy Baulch, de 17 años, desaparecieron camino a la tienda. Henley estranguló a este último y después le disparó en la cabeza. Billy había trabajado con Dean en la tienda de golosinas durante los años sesenta. Fue enterrado en High Island Beach.

El 2 de octubre de 1972: Wally Jay Simoneaux, de 14 años, y Richard Hembree, de 13, fueron vistos por última vez junto a una furgoneta blanca estacionada en una tienda. Fueron enterrados cerca del cobertizo del bote de Corll.

El 22 de diciembre de 1972: Mark Scott, de 18 años, fue torturado y asesinado por Corll. Mark era amigo de Henley y Brooks.

El 4 de junio de 1973: Billy Ray Lawrence, de 15 años. Este caso fue diferente porque Corll lo mantuvo con vida a lo largo de cuatro días antes de matarlo y enterrarlo en el lago Sam Rayburn. Billy era amigo de Henley.

El 15 de junio de 1973: Ray Blackburn, de 20 años, era de Lousiana, estaba casado y tenía un hijo. Fue la víctima más adulta de Corll.

El 13 de julio de 1973: Homer García, de 15 años, conocía a Henley por los cursos de manejo. Le dispararon y lo enterraron en el lago Sam Rayburn.

El 19 de julio de 1973: Tony Baulch, de 15 años. Corll había asesinado a su hermano mayor el año anterior. Fue enterrado cerca del cobertizo de su bote.

El 25 de julio de 1973: Marty Jones, de 18 años, y su amigo Charles Cary Cobble, de 17, fueron vistos por última vez acompañados por Henley. A Charles le dispararon dos veces en la cabeza.

El 3 de agosto de 1973: James Dreymala, de 13 años, se convertiría en la última víctima de Corll. Fue engañado para que entrara al apartamento de Dean en Pasadena a recolectar tapas de botellas de soda para venderlas.

Las fiestas mortales de Corll llegaron a su fin el 8 de agosto de 1973. Esa noche Henley llevó a su novia Rhonda y a Tim Kerley a la casa de Dean, quien se fastidió en el mismo instante en que vio a la chica. Tras consumir unas cervezas y un poco de hierba se calmó.

En algún momento los tres adolescentes perdieron el conocimiento y cuando se despertaron se encontraron atados. Henley recobró la conciencia en el preciso momento en que estaba siendo esposado por Corll. Imaginando el final al que conducía esa situación comenzó a implorarlo a su amigo y logró convencerlo de que lo liberara, prometiéndole que lo ayudaría. Dean aceptó y lo liberó. Cuando se disponía a violar a Tim Kerley, el joven luchó tanto que Dean, frustrado, salió de la habitación. En ese momento Henley tomó el arma que Corll había dejado, una pistola calibre 22. Cuando el hombre de los caramelos regresó y vio a Henley armado, intentó atacarlo, pero este le disparó seis veces en la espalda, el hombro y la cabeza.

El asesino serial había muerto, y Henley rendido ante la culpa llamó a la policía. Mientras esperaban, Elmer le dijo a Tim: «Me hubieran dado 200 dólares por ti». Cuando los oficiales finalmente lo interrogaron, Henley les contó todo sobre los asesinatos, pero no le creyeron hasta que les mencionó algunos nombres de los adolescentes desaparecidos.

Cuando se investigó el departamento, se toparon con una oscura realidad. Dean Corll había matado a todas sus víctimas en su siniestra cámara de martirio, un cuarto oscuro diseñado solo para torturar y matar, donde reinaba un extraño olor nauseabundo. La habitación tenía un piso alfombrado cubierto

por un plástico y una larga tabla con esposas anexadas. Un extraño cajón de madera con agujeros para que el aire ingresara era el último lugar de reposo de las víctimas.

En los días que siguieron al de la muerte del hombre de los caramelos, Henley llevó a los oficiales al cementerio personal de Corll. Muy cerca del cobertizo de su bote había un terreno donde, tras cavar por algunas horas, descubrieron varios cuerpos bañados en cal y envueltos en plástico, como golosinas.

Henley no se detuvo ante este primer descubrimiento y, tras confesar toda su participación, los llevó al resto de «cementorios» que Corll había creado en todo Houston. La policía descubrió un total de veintisiete cadáveres, en los que al ser examinados se encontraron señales de que las víctimas habían sido estranguladas y torturadas. Algunas habían sido castradas, y otras, muertas a balazos y tenían objetos insertados en el recto. Absolutamente todas habían sido sodomizadas.

Cuando la investigación y la búsqueda de cadáveres estaban llegando a su fin, Henley insistió en que todavía faltaban tres cuerpos más. Si los hubo, jamás fueron encontrados. Aunque sí descubrieron dos huesos que no pertenecían a las víctimas encontradas cerca del cobertizo del bote de Corll, por lo que no se descartó la existencia de más víctimas que nunca fueron halladas.

En un juicio fuertemente mediatizado, Brooks fue declarado culpable de un asesinato y condenado a cadena perpetua. Henley fue declarado culpable de seis de los asesinatos y sentenciado a seis condenas de noventa y nueve años. No se lo castigó por matar a Corll porque se consideró un acto de legítima defensa.

JUAN V. CORONA

El loco del machete

Juan Vallejo Corona nació en México en 1934. Miembro de una familia humilde y sin perspectiva de prosperar en su país, emigró a los Estados Unidos a comienzos de los años cincuenta junto a su hermano Natividad. Después de un largo peregrinar, se establecieron en Yuba City, California, donde Juan pronto formó una familia.

Durante mucho tiempo, apenas se pudo ganar la vida trabajando de recolector en los campos de algodón (pizcador), pero poco a poco fue ganándose la confianza de sus patrones hasta que lo ascendieron a contratista. Gracias a esta nueva ocupación conoció a muchos rancheros de la región, a quienes abastecía de trabajadores en las épocas de recolección.

En 1970, durante una riña entre borrachos, un joven mexicano fue herido gravemente en la cabeza con un machete en el café que por entonces administraba Natividad. Los familiares de la víctima no demoraron en presentar cargos contra el supuesto agresor, tratando de obtener una indemnización de 250.000 dólares por los daños ocasionados, sabiendo que la condición homosexual del acusado inclinaría decisivamente la decisión del jurado a favor de los demandantes en un territorio completamente machista. Pero su plan no fructificó. Natividad huyó a México y el caso quedó sin resolver. Nadie pensó que Juan hubiera podido tener alguna responsabilidad en el hecho.

El 19 de mayo de 1971, un granjero japonés que estaba recorriendo sus huertas se encontró inesperadamente con un hoyo recién cavado, más o menos

del tamaño de una tumba, entre dos árboles frutales. El granjero no le dio importancia al extraño descubrimiento, ya que alrededor había cuadrillas de trabajadores contratadas por Juan Corona pizcando durazno. Sin embargo quedó intrigado por el hallazgo y decidió regresar a ver el agujero por la noche. Cuál sería su sorpresa al encontrar el hoyo relleno de tierra. Llamó a la policía a la mañana siguiente, y no bien las autoridades comenzaron a cavar un poco descubrieron enterrado el cadáver fresco de un hombre blanco y delgado. Era el de Kenneth Whiteacre.

Kenneth había sido apuñalado en el pecho, fuertemente golpeado en la cabeza con una herramienta muy filosa, y tenía varias laceraciones profundas detrás del cráneo. En sus ropas se pudo hallar un pasquín de pornografía gay, lo que hizo suponer que se trataba de un homosexual. A pesar del horrible descubrimiento, para la policía no había razón para alarmarse. El movimiento gay que estaba en boga en San Francisco había agitado e irritado a mucha gente que bien podía haber liquidado al hombre como una forma de represalia.

El escritor y reportero del crimen Tracy Kidder especuló con que aquel homicidio podía haber sido cometido por un par de hombres que hubieran salido a la caza de un encuentro sexual y hallado a un voluntario que por una suma de dinero accedió a sus peticiones. Después, cuando se habían negado a pagarle el dinero prometido, lo habían matado.

Los peritos tomaron algunas impresiones de las huellas de una camioneta que había estado en el sitio, pero no se le dio la importancia debida al asunto, y el cuerpo no fue estudiado con la minuciosidad requerida. Se descontaba algún tipo de asalto sexual, aunque sí se determinó que las heridas de la cabeza habían sido practicadas cuando el hombre ya había fallecido. Después del rapidísimo examen forense el cadáver fue entregado a los funerarios. Los detectives concluyeron que el asesinato podía haber sido el resultado de una pelea, un mero suceso al azar.

Sin embargo, cuatro días después, un grupo de trabajadores reportó el

hallazgo de otra tumba; esta vez contenía el cuerpo de Charles Fleming. Pero antes siquiera de que pudieran identificarlo, se encontró otra tumba más en las cercanías, y luego otra más.

En los siguientes nueve días se hallaron más tumbas en las huertas y más cadáveres dentro de ellas. Cuando llegaron a veinticinco, la búsqueda se dio por terminada.

El pánico y el desconcierto ensombrecieron la tranquilidad de Yuba City. ¿Qué clase de bestia había sido capaz de consumir semejante masacre? La superstición popular hizo correr versiones fantásticas. ¿Vampiros? ¿El hombre lobo?

Mientras tanto la policía emprendía la desagradable tarea de revisar uno por uno los cuerpos. Entonces los ayudantes del sheriff Whiteaker descubrieron entre las pertenencias de uno de ellos las piezas clave del caso: dos recibos del mercado de la ciudad firmados hacía pocos días por el contratista Juan Corona.

En un principio, nadie dio demasiada importancia al hallazgo, pero el 4 de junio apareció un nuevo cuerpo sepultado en las cercanías. En uno de los bolsillos del pantalón de la víctima había otros dos recibos con la misma firma. La coincidencia comenzó a despertar sospechas.

La mayor parte de las víctimas habían sido apuñaladas o asesinadas por medio de una herramienta sumamente filosa, probablemente un machete. También se descubrió que algunos cadáveres aparecían con signos evidentes de abuso sexual, con los calzones en los tobillos y los genitales expuestos. La mayoría de las víctimas eran trabajadores inmigrantes ilegales, vagos y alcohólicos. No se había denunciado la desaparición de ninguno de ellos.

A estas alturas de la conmoción, el sheriff Whiteaker ya conocía algunos detalles muy oscuros acerca del contratista mexicano Juan Vallejo Corona. Por empezar, circulaban rumores acerca de la relación que mantenía Corona con hombres homosexuales, aunque eran solo habladurías. También sabía que

había sido diagnosticado con esquizofrenia en 1956 y, según los usos médicos de entonces, sometido a terapia de electroshocks. Además, se conocía a la perfección un macabro episodio que involucraba a su hermano Natividad Corona, ese sí un conocido y violento gay que operaba el café Guadalajara en el poblado de Marysville.

En esa ocasión había aparecido en el baño del lugar un joven sangrando de la cabeza, ya que le habían volado parte del cuero cabelludo con un machete. El sujeto había sido auxiliado por otros comensales, y Natividad Corona había huido del país a México. La víctima había presentado una demanda por 250.000 dólares, pero, ante la ausencia del demandado, el proceso nunca prosperó. La existencia de este lío entre homosexuales planteaba grandes dudas acerca del señor Juan Corona. Fue arrestado sin más y acusado de los crímenes.

Una vez detenido, comenzó la investigación. Entonces salió a la luz el siniestro tratamiento de electroshocks al que había sido sometido años atrás por sus delirios mentales cuando aún se pensaba que este tipo de terapia era eficaz.

La información señalaba que Corona era un hombre de familia tranquilo, padre de cuatro mujeres y un practicante devoto que no faltaba un solo domingo a la iglesia. Sus ingresos rondaban los 20.000 dólares al año y no había quejas de que abusara de los trabajadores temporales a quienes contrataba. No faltaba la usual queja de que no pagaba lo suficiente por el trabajo realizado. Pero, bueno, ¿qué contratista pagó alguna vez lo justo? Sin embargo, existía el testimonio de quienes hablaban de un Juan Corona irascible y violento, y que había sido visto rondando los entierros tras las huertas.

El reportero Kidder visitó al inculpado en la cárcel para cerciorarse de su estado mental, y lo que vio fue a un sujeto triste en actitud humilde pero principalmente deprimido. Se dice que durante su juicio sufrió dos ataques

cardíacos y que pasaba su tiempo tomando clases de pintura.

La evidencia forense presentaba múltiples dificultades. La sangre hallada en la camioneta resultó ser de un trabajador herido que había sido transportado en dicho vehículo. Su famoso machete no presentaba rastros de sangre, y la que se había encontrado en otros lugares resultó ser pintura. Las huellas de llanta halladas en los sitios no concordaban con las de la camioneta, la bala encontrada en uno de los cadáveres tampoco pertenecía a la pistola de Corona, y ni siquiera las marcas de herida de machete vinculaban con certeza al contratista con las muertes. Como si fuera poco, el acusado contaba con una coartada, pues durante el momento de la muerte de varios de los sujetos enterrados había estado usando muletas para caminar.

El juicio contra Juan V. Corona fue largo y tedioso. El procedimiento se tornó en una lucha de intereses entre los abogados de la defensa y los de la parte acusadora, en este caso, el Estado de California. Sin demasiados recursos, la defensa intentó hacer recaer la responsabilidad en el hermano prófugo de Corona, Natividad, presentándolo como un homosexual despreciable, de costumbres pervertidas y actitudes violentas. El jurado deliberó durante cuarenta y cinco horas antes de declarar culpable a Juan V. Corona, que recibió una sentencia de veinticinco cadenas perpetuas.

Poco tiempo después Corona volvió a juicio, puesto que un nuevo grupo de abogados tomó la defensa del caso y decidió que no se le había defendido correctamente en su primer juicio. De hecho, nadie se explica por qué su primer abogado defensor no hizo nada por alegar incapacidad mental. Sin embargo este nuevo intento probó ser ineficaz y costoso; se estima que a los contribuyentes californianos les costó varios millones de dólares.

Básicamente, el jurado argumentó que Corona era el culpable más probable por la evidencia de su bitácora personal, donde había anotado un registro de los nombres de varias de las víctimas halladas. Por ello, no se modificó la sentencia del juicio anterior, aunque esa evidencia no estaba exenta de

controversia y fue materia de gran debate entre los especialistas en grafología.

Los primeros años de Corona en la cárcel fueron duros: fue atacado a puñaladas por cuatro internos, perdió un ojo y quedó al borde de la muerte. Se recuperó y hasta la fecha continúa purgando sentencia en la prisión estatal de Corcoran, en California. Padece de demencia senil y su salud no es buena.

JOHN WAYNE GACY

El payaso asesino

John Wayne Gacy nació en Chicago en 1942. Tras una vida sin incidentes destacables, en 1968, cuando se desempeñaba como gerente de un restaurante en Iowa, fue arrestado por sodomizar a un joven empleado y por golpearlo para evitar que testificara. De todas formas el muchacho hizo efectiva la denuncia contra su agresor, y Gacy debió pagar su condena. Pero no todo terminó allí. En lugar de redimirse, John Wayne se sumergió en una locura asesina y después de contratar a otro muchacho lo asesinó para vengarse del anterior.

Cuando se descubrió el crimen al poco tiempo, Gacy fue condenado a pasar diez años de cárcel, aunque logró salir a los tres. No bien recuperó su libertad en 1971, se encontró con que su esposa le había pedido el divorcio; entonces el exconvicto decidió trasladarse a Illinois para comenzar una nueva vida.

No tardó mucho en volver a casarse y trató de ganar popularidad entre los vecinos involucrándose en la política y en obras benéficas para su comunidad, organizando reuniones vecinales o disfrazándose de payaso para visitar a los niños en los hospitales y para las fiestas, con el nombre artístico de «Payaso Pogo». Incluso llegó a actuar para la entonces primera dama de los Estados Unidos, Rosalyn Carter.

Mientras su progreso en los negocios y su popularidad entre sus vecinos iban creciendo, también aumentaba el número de sus crímenes. Íntimo amigo del alcalde, se convirtió en un solícito activista de la comunidad, un exitoso contratista independiente y un reconocido líder en la Cámara Menor de

Comercio, y llegó a ser elegido por una revista famosa como «el Hombre del Año».

Entre tanto, Gacy también salía a merodear por las zonas tradicionales de encuentros homosexuales en busca de víctimas. Cuando las conseguía, las llevaba a su casa, donde les ofrecía alcohol y drogas, y luego les exhibía películas porno. Una vez que quedaban inconscientes, las ataba con esposas y cuerdas, y abusaba de ellas sexualmente

Cuando lo abandonó su segunda esposa, John Wayne comenzó a descargar su odio cometiendo una vertiginosa serie de asesinatos a un ritmo de aproximadamente uno por mes. Todos eran varones de entre 9 y 27 años, muchos de los cuales eran atraídos por promesas de trabajo en la construcción. En su casa les ofrecía licores, y cuando lograba embriagarlos los ataba a una silla, los violaba y los mataba, para finalmente enterrarlos bajo el edificio.

En todos sus actos exhibía un avanzado grado de sadismo. Con frecuencia, introducía a los jóvenes atados en la bañera con una bolsa de plástico en la cabeza y, una vez que el joven estaba a punto de ahogarse, lo revivía para infligirle diversas torturas.

Era un individuo que sentía la necesidad casi obsesiva de controlar y dominar. Muy inteligente, contaba con un alto cociente intelectual y grandes dotes de manipulación, gracias a su destreza verbal.

Si no hubiese sido un manipulador no habría tenido éxito. No se puede ser un personaje que lleva una vida secreta con éxito si no se manipula a veces...

Robert Ressler, un especialista en asesinos seriales, lo comparó con una araña que va tejiendo su tela sin que las víctimas se den cuenta, hasta que ya demasiado tarde se ven atrapadas y sin posibilidad de escapar.

Como muchos asesinos en serie, Gacy estaba convencido de que era invencible, y que por lo tanto nunca iban a sospechar de él. Se volvió más

arriesgado y soberbio. Ya no solo recogía a jóvenes de las zonas restringidas a homosexuales, sino que a veces se atrevía a abordarlos en plena calle y se los llevaba directamente a su casa sin preocuparse de lo que los vecinos podían pensar ni decir.

En 1977 una víctima que logró sobrevivir a las agresiones informó a la policía sobre Gacy, acusándolo de haber intentado matarlo, pero no le hicieron demasiado caso.

A finales de 1978, la madre de uno de los chicos desaparecidos declaró ante la policía que, unas horas antes de su desaparición, su hijo la había llamado por teléfono para decirle que un tal John Gacy le había ofrecido un trabajo; recién entonces decidieron iniciar una investigación.

La policía consiguió una orden de registro, allanó la casa del payaso, y lo que encontró fue decididamente el antro de un demente. Apenas ingresaron, los agentes sintieron un olor insoportable que invadía todas las habitaciones. Siguieron el rastro hediondo hasta una especie de sótano en dónde hallaron tres cuerpos en estado de descomposición. Inmediatamente, Gacy fue arrestado.

Las víctimas de Gacy que habían sobrevivido fueron convocadas a la prisión e identificaron al agresor, quien no tuvo más remedio que confesar que había torturado sexualmente y asesinado a más de treinta jóvenes.

En los días que siguieron a la detención, los investigadores continuaron buscando otras víctimas. Entre las tareas, procedieron a levantar y a cavar en los suelos de la casa, donde encontraron más cuerpos enterrados a poca profundidad y recubiertos con cal viva para acelerar la descomposición. En total, hallaron veinticinco cuerpos enterrados en el sótano y cinco más en un río cercano. En el momento de su detención, John Wayne Gacy tenía 36 años.

El juicio comenzó en 1988. Sus abogados alegaron inocencia por enajenación, y argumentaron que su cliente era inimputable por padecer un serio trastorno de personalidad, como el de doctor Jekyll y mister Hyde.

La acusación declaró que en sus crímenes había un seguimiento de la víctima y premeditación de sus crímenes, y que el acusado era plenamente consciente de la diferencia entre el bien y el mal, lo que lo hacía imputable por ser responsable de sus actos. Gacy no dejaba de conservar todo el tiempo su faceta asesina, incluso cuando actuaba como Pogo para los niños. Lo que simplemente hacía era ocultar esa parte negra de su personalidad.

Tras seis semanas de juicio, el jurado lo declaró culpable y lo sentenció a veintiuna cadenas perpetuas y a doce penas de muerte.

La prensa lo apodó entonces «The killer Clown» (El payaso asesino), y su historia generó toda una corriente cinematográfica en torno a la figura del clown psicópata, como *It* y *Clown house*.

Cuando se le preguntó por qué denigraba de ese modo a sus víctimas, respondió:

No son más que unos despreciables mariquitas, unos inútiles vagabundos, mientras que yo soy un próspero hombre de negocios que no dispone de muchas horas libres. Una relación sexual esporádica con estos jóvenes me quitaba menos tiempo que mantener una relación seria con alguna mujer.

Una y otra vez Gacy negó su culpa mientras cumplía su larga condena. En la cárcel consiguió reconocimiento como pintor naif y sus cuadros, cuya temática abordaba el ambiente del circo, llegaron a cotizarse en el mercado a precios muy elevados, superando algunos los 300.000 dólares.

Finalmente, John Wayne Gacy fue ejecutado hacia fines del siglo, y el payaso se fue con él.

MANUEL DELGADO VILLEGAS

El arropiero

Manuel nació en 1943. Entre otras cosas, era analfabeto y un hombre de pocas luces. Tanto es así que solía enojarse cuando le salían pelitos sobre el labio superior, porque eso borraba el parecido que creía tener con el cómico mexicano Cantinflas.

Violador bisexual, con antecedentes penales de sadismo, ocho muertes probadas, otras catorce investigadas y veintiséis más confesadas por él voluntariamente, el arropiero fue detenido a comienzos de 1971 en el puerto de Santa María por estrangular a su novia, que apareció con las pantis anudadas al cuello. Para no escatimar, también podemos sumarle prácticas necrofilicas, ya que reconoció haberse acostado varias veces con el cadáver.

Durante su interrogatorio empezó a detallar una secuencia de crímenes terribles perpetrados durante sus largos años de vagabundeo. Considerado el mayor asesino de la historia de la criminología española, Manuel Delgado Villegas confesó su autoría en cuarenta y ocho muertes. No fue juzgado nunca, debido a que se lo envió directamente al hospital psiquiátrico penitenciario de Carabanchel. Murió en libertad hace pocos años, tras beneficiarse de la nueva legislación penal española.

Villegas había llegado al mundo en el instante mismo en que moría su madre, una fría mañana de 1943. Por entonces, el hambre y la miseria de la posguerra golpeaban duramente a España. Su padre, un honrado trabajador, se ganaba la vida fabricando y vendiendo golosinas caseras hechas con arrope, un líquido dulzón, negruzco y espeso que se hace con higos. De ahí que le

pusieran el sobrenombre de «el arropiero», que luego heredaría su tristemente famoso hijo. Al fallecer su esposa, dejó al recién nacido al cuidado de la abuela y se fue a vivir a Puerto de Santa María, donde con el tiempo volvió a casarse.

Manuel se crió pasando de manos entre diferentes parientes, que no dudaron en colmarlo de palizas que le curtieron el cuerpo y endurecieron el corazón. Lo enviaron un tiempo a la escuela pero fue incapaz de aprender a leer y escribir. Tenía un carácter bastante violento y comenzó a llevar una vida promiscua.

Manuel era bisexual. Disfrutaba de su notoriedad entre homosexuales y prostitutas, y empezó a vivir a costa de estos. Su «éxito» como gigoló se debió a que padecía anaspermatismo, es decir, ausencia de eyaculación, por lo que era capaz de pasarse horas practicando repetidos coitos en busca de un orgasmo que jamás lograba alcanzar.

A los 18 años ingresó en el Tercio de la Legión, una unidad militar parecida a la Legión Extranjera pero a la española, donde además de empezar a consumir tóxicos, por lo cual debió ser sometido a una cura profunda, comenzó a sufrir ataques de epilepsia que le sirvieron para ser dado de baja del servicio militar. Entonces se dedicó a recorrer la costa mediterránea pidiendo limosna, robando en las casas de campo y sacando provecho de prostitutas e invertidos.

Fue detenido varias veces por «la Gandula», una ley destinada a vagos y maleantes. Jamás llegó a pisar una prisión, debido a que las convulsiones neurológicas que escenificaba lo conducían sin escalas a establecimientos psiquiátricos de los que salía al poco tiempo.

Tenía tan solo 20 años cuando emprendió su carrera criminal. Corría el año 1964, y hasta entonces sus delitos no habían pasado de proxenetismo, arrebato, paso clandestino de fronteras y otras insignificancias. El 1 de enero, mientras paseaba por la playa de Llorac en la barcelonesa localidad de Garraf, tuvo su

primer estallido de violencia.

Ví un hombre dormido apoyado en un muro. Me acerqué a él muy despacio y, con una gruesa piedra que cogí cerca del muro, le di en la cabeza. Cuando vi que estaba muerto, le robé la cartera y el reloj que llevaba en la muñeca. ¡No tenía casi nada y el reloj era malo!

La justicia se tomó siete años en demostrar su culpabilidad, pese a que el cadáver fue descubierto a los diecinueve días del crimen. La víctima era un cocinero que había ido hasta la playa para juntar un par de bolsitas de arena para la cocina, y se había recostado para disfrutar de una siestita de la que nunca despertó.

Tres años después volvió a las andadas, ahora en Ibiza. En un chalet deshabitado de Cam Plana, a cinco kilómetros de la capital, dejó el cadáver desnudo de una estudiante francesa que ese día cumplía los 21. La muchacha había ido al lugar con un norteamericano y, después de sobrepasarse con el LSD, el yanqui intentó mantener relaciones sexuales, pero ella se negó tenazmente. El muchacho, desairado, se fue de la casa dejando la puerta abierta. Casualmente, por ahí pasaba «el arropiero», que al verlo salir apurado creyó que era un ladrón y se dispuso a completar su tarea. Cuando ingresó a la casa se encontró con la hermosa joven dormida. Esta tampoco volvió a despertar.

Las andanzas del vagabundo continuaron febrilmente, y en un viaje relámpago a Madrid asesinó de un golpe de karate a un tipo que, según él, intentaba violar a una niña. Cualquiera haya sido el motivo, lo concreto es que el cadáver apareció en un recodo del río Tajuña sin pantalones, calzado ni medias.

La siguiente víctima fue un millonario vicioso. Se trataba de un barcelonés que con cierta regularidad contrataba sus servicios por un costo de 300 pesetas la sesión. Estaban en el escenario habitual de sus encuentros, la tienda

de muebles del industrial, cuando Manuel le pidió 1000 pesetas argumentando que tenía una necesidad urgente. El cliente prometió dárselas al final de la sesión, pero, concluido el acto, solo le ofreció las 300 habituales. Manuel se irritó y le pegó en el cuello con el canto de la mano, derribándolo. Cuando le estaba sacando la billetera, el hombre se despertó y empezó a insultarlo. El vagabundo fue hasta un sillón, le arrancó una pata y se la partió en la cabeza. Después lo remató, estrangulándolo hasta partirle el cuello.

No había terminado aún el año 1969 cuando cometió su más abominable acto criminal. Asaltó a una mujer de 68 años, dándole un fuerte golpe. Después, con total frialdad, la arrojó desde una altura de diez metros, descendió a buscarla y arrastró su cuerpo ensangrentado hasta el interior de un túnel, donde sació su degenerado instinto sexual mientras lentamente la estrangulaba. Se trató de un espantoso acto de necrofilia, que volvió a repetir durante las tres noches siguientes.

En septiembre de 1970 regresó al puerto de Santa María con su padre, para ayudarlo en la fabricación de arropías y a vender golosinas en un carrito por las calles. Pronto hizo amistad con un homosexual, con el que mantuvo relaciones secretas.

Fuimos a dar un paseo en moto y, cuando íbamos a salir a la carretera general, me acarició. Le dije que se estuviera quieto, pero no me hizo caso. Enfadado, paré y le di un golpe en el cuello, despacio, pero era tan flojo que se cayó y se rompió las gafas. No respiraba bien y me dijo que lo llevara al fresco, junto al río. Allí intentó tocarme otra vez y, sin pensarlo, le solté un golpe más fuerte y cayó al barro, boca abajo e inmóvil.

El cadáver fue encontrado flotando a 12 kilómetros del lugar.

Posteriormente entabló relación con una muchacha con retraso, muy conocida por su exagerada afición a los hombres. Incluso llegó a presentársela a su padre como su novia.

Salimos a dar un paseo y por una vereda fuimos al campo de Galvecito; hacíamos el amor siempre en él sin que nadie nos viera. Lo hicimos, como siempre, de muchas formas, pero me pidió una cosa que me daba asco. Cuando me negué a ello me insultó y me dijo que no era hombre, pues otros se lo habían hecho.

La infeliz no se daba cuenta de que estaba firmando su sentencia de muerte.

Entonces le pegué un golpe y, como no se callaba y me seguía insultando, le puse al cuello la medibacha que se había quitado y apreté hasta que se murió.

Después, escondió el cuerpo entre unos matorrales y regresó al pueblo, como si nada hubiese pasado.

Volví a estar con ella el lunes, el martes y el miércoles, y hubiera vuelto hoy si no me hubieran atrapado. ¡Estaba tan guapa!... ¡La quería tanto!... ¿No era mi novia?... Entonces, ¿no podía hacer el amor con ella lo mismo que antes?

Esta fue su declaración cuando los agentes de la Brigada de Investigación Criminal lo detuvieron el 8 de enero de 1971.

De los cuarenta y ocho asesinatos que se le atribuyeron —aclaró además que estuvo a punto de matar a otras seis personas para satisfacer su apetito sexual— durante sus siniestras andanzas por Francia, Italia y España, solo pudieron probarle ocho, debido a que por su complejidad se hubiera necesitado la colaboración de toda la policía europea para aclararlos. Faltaban acusaciones particulares, había pocos testigos y no contaban con elementos incriminatorios.

No se llegó a celebrar el juicio oral, sino que, basándose en la Ley de Enjuiciamiento Criminal, se emitió un auto de sobreseimiento libre, por el que la causa quedó archivada, y se ordenó internar a Manuel en un centro psiquiátrico penitenciario. Terminó en el de Carabanchel, y allí permaneció

hasta que el establecimiento fuera cerrado. Durante su enclaustramiento fue examinado por expertos psiquiatras de numerosos países, que determinaron que no cabía duda de que era un peligrosísimo psicópata, porque tenía el cromosoma XYY, conocido también como cromosoma de Lombroso, signo típico de la conducta criminal. Los especialistas que estudiaron su caso coincidieron en que no se lo podía poner en libertad. «Es un criminal nato —dijeron—, un asesino que puede hacer mucho daño siempre, mientras viva».

Por su alteración genética carecía de conciencia, de sentido de la culpabilidad, de remordimientos; creía que era normal, incluso cuando asesinaba. Privado de sentimientos, todo lo hacía con la mayor tranquilidad: sin parpadeos, ni aceleración cardíaca, ni una gota de transpiración.

En sus declaraciones, describió con absoluta frialdad cómo había matado a su patrona en Roma, porque se había encaprichado con él, y como era demasiado gorda no podía abrazarla. En París fue él quien se encaprichó con una joven que integraba una banda de ladrones; como estos se negaron a incorporarlo al grupo, acribilló a los cuatro con la ametralladora de uno de ellos.

En la capital francesa, antes de ser expulsado del país por indocumentado, mató a otra chica por alcahueta, estrangulándola con lentitud. En la Costa Azul, asesinó a una mujer de unos 40 años que lo llevó a su lujoso chalet, donde él, después de machacarle la cabeza con una piedra, le robó el dinero y las alhajas. Lo mismo hizo con un hombre que, al verlo dormido en la playa, le propuso que continuara descansando en su casa. Después de invitarlo a cenar, intentó mantener relaciones sexuales con él y recibió como respuesta un cable alrededor del cuello.

Durante las dos décadas que permaneció internado fue sometido a diversos tratamientos por infinidad de expertos. Gracias a ello jamás volvió a mostrarse violento con otros enfermos, tal cual lo declaró uno de los jefes de la penitenciaría de Carabanchel.

En ocasiones ocurre que algún interno se mete con él llamándolo estrangulador y, sin violentarse, enseguida me llama y viene a presentar la queja oportuna.

Bajito y de extraordinaria fortaleza, algo corto de luces, convencido de parecerse a Mario Moreno «Cantinflas», era, por sobre todo, un tipo enigmático y agresivo, de mente retorcida, sin escrúpulos, que no conocía el significado de las palabras «perdón», «piedad» o «remordimiento», y que alardeaba de sus hazañas delictivas.

Con el paso de los años en la penitenciaría psiquiátrica, su aspecto externo cambió del de un hombre cuarentón al de un anciano de cabello oscuro encanecido, barba hirsuta, rostro ajado y ojos azules fríos como el hielo y penetrantes como el acero.

Tras el cierre de la penitenciaría psiquiátrica de Carabanchel, en Madrid, Manuel continuó su internamiento judicial en el sanatorio alicantino de Foncalen. Con la entrada en vigor del nuevo Código Penal, fue puesto en libertad, y falleció al poco tiempo.

CARLOS ROBLEDO PUCH

El monstruo con cara de niño

Carlos Eduardo Robledo Puch nació el 22 de enero de 1952 en la localidad de Olivos, Buenos Aires, en la Argentina. Hijo único de José Robledo y Aída Puch, era el niño mimado de sus padres y de su abuela. Contradiciendo todos los patrones tradicionales de los asesinos seriales, Carlos creció dentro de una familia común, de clase media y religiosa. Tenía gran facilidad para el estudio, tocaba el piano, hablaba alemán y también podía conversar en inglés con cierta soltura. En la escuela nunca llamaba la atención, aunque resultaba un poco antipático, y en el barrio jugaba al fútbol como todos, aunque era de genio corto, por lo que amistosamente le decían «Leche hervida». En síntesis, Carlos Eduardo era un chico normal.

Un día tuvo un exabrupto con una maestra, y esta lo mandó a hablar con la directora del colegio. La mujer lo retó a los gritos, y Carlos Eduardo comenzó a sudar frío, como le pasaba siempre que alguien le imponía una orden. De pronto no aguantó más, agarró una silla y la destrozó contra la pared. El ruido y los gritos atrajeron a los celadores, y la mujer quedó en una situación bastante incómoda. Para resolverla, llamó a los padres del alumno rebelde y les pidió que lo sacaran del colegio para evitar su expulsión.

Así, a los 15 años, Carlos Eduardo inició su carrera delictiva. Junto con un compañero del colegio, Jorge Antonio Ibáñez, comenzó a robar cosas pequeñas, más a modo de desafío que por necesidad de dinero. Así estuvieron algún tiempo hasta que un día decidieron concretar un plan más arriesgado: el asalto de una joyería. Todo salió bien y repartieron en partes iguales las joyas

y los relojes conseguidos; pero como no entendían demasiado del tema solo habían sacado objetos de poco valor. Robledo, que ya había cumplido los 17 años, se dijo que debía apuntar más arriba. Robó una moto y, para hacerse notar, alborotó con ella a todo el barrio arreglándola en la vereda de su casa y poniendo el acelerador a fondo para irritar a los vecinos quejosos.

El 14 de febrero de 1969, después de ser acusado por el robo de la moto, su padre lo sacó de la zona de conflicto y lo inscribió en la Escuela de Artes y Oficios José Manuel Estrada, de Los Hornos, partido de La Plata, unos 60 kilómetros al sur de Olivos. Robledo solo asistió veinte días. En un par de charlas con el director, confesó que no se llevaba bien con su padre.

Reanudó su amistad con Ibáñez y juntos empezaron a concurrir a los boliches de moda de la avenida del Libertador. Allí conoció a mucha gente y, aunque su cara aniñada, de grandes ojos azules, labios carnosos y pelo sobre la frente no lo hacía muy atractivo, consiguió seducir a algunas mujeres.

Los dos amigos fueron fortaleciendo su confianza mutua. Concretaron varios golpes, casi todos en la calle, y Robledo se fue envalentonando. Sin saber que Ibáñez también actuaba por su cuenta, decidió realizar un experimento personal: comenzó a robar coches. Prefería los Torino, por los que le pagaban 400.000 pesos. Su familia parecía estar enterada de sus andanzas aunque guardaba silencio. Robledo, que había sido siempre un muchacho reservado, comenzó a jactarse de su audacia, pregonando que le esperaba un gran futuro. En sus salidas nocturnas con Ibáñez se mostraba más seguro de sí mismo, y las mujeres empezaron a preferir su compañía.

El 10 de enero de 1970, mientras sus padres estaban de viaje, decidió abandonar para siempre la casa familiar. Faltaban nueve días para que cumpliera 19 años.

Cuando cumplió los 20, compró a medias con Jorge Antonio un Fiat 600 que, según acordaron, él conduciría. Manejaba a toda velocidad y participaba haciendo picadas, que lo dejaban furioso por no tener un auto más potente.

Una noche, mientras tomaban una copa, establecieron un nuevo acuerdo. Ibáñez sabía que el proyecto era peligroso y propuso un juramento. Robledo no tuvo problemas en aceptarlo. Así, la noche del 3 de mayo, llegaron a la calle Ricardo Gutiérrez al 1500, en Olivos. Por la pared de una estación de servicio saltaron al techo del baño de un comercio de venta de repuestos para automóviles. Entraron por una pequeña abertura. El encargado y su mujer dormían profundamente en camas separadas, y junto a ellos también lo hacía una hija del joven matrimonio. Bianchi no volvió a despertarse: Robledo le pegó dos balazos antes que supiera que dos asaltantes estaban en su dormitorio. La mujer se sobresaltó por los estampidos y Robledo volvió a disparar dos veces más, hiriéndola en el pecho. La mujer cayó de espaldas y Robledo comenzó a sacar el dinero de la caja registradora. A espaldas de él se oían débiles gemidos: la mujer se estaba desangrando, pero no podía moverse porque Ibáñez estaba sobre ella. Robledo los miró y continuó indiferente su tarea; había un muerto y una violación, pero para él los hechos no tenían ningún valor, las personas no tenían nombre. Solo le importaba sobrevivir. Se dirigió entonces a la vidriera de los accesorios y recogió una palanca de cambios y dos instrumentos de medición, pensando en el Fiat 600. Guardó todo junto a los 350.000 pesos que había encontrado. Cuando salieron, Ibáñez estaba manchado de sangre y no intercambiaron una sola palabra.

Carlos Eduardo continuó apareciendo en los mismos lugares de siempre, pero ahora se lo notaba cambiado. Estaba feliz, exultante y se convirtió en la estrella de las reuniones. Hablaba de autos y de carreras, que eran su verdadera pasión. Andaba solo ya que Ibáñez había preferido ocultarse un tiempo. Lo que ninguno de los dos sabía entonces era que la mujer de Bianchi no había muerto la noche del 3 de mayo. Cuando los dos jóvenes salieron, se había arrastrado hasta la estación de servicio de la esquina para pedir auxilio. Habló de un hombre de pelo largo.

Doce días después de su primer golpe importante, el 15 de mayo, Ibáñez y

Robledo llegaron a Enamour, un bar que estaba muy de moda en Olivos. En el fondo tenía un jardín que daba al Río de la Plata y desde allí forzaron una ventana por la que entraron sin ser vistos al edificio. Revisaron minuciosamente por todas partes y lograron reunir casi 2.000.000 de pesos. Cuando se retiraban, Robledo vio una puerta cerrada y la abrió para mirar qué había adentro. Dos hombres, Pedro Mastronardi y Manuel Godoy, dormían su último sueño. Robledo les disparó varias veces. Cuando le preguntaron por qué los había matado, respondió: «¿Qué quería... que los despertara?».

A partir de entonces la pareja se sumergió definitivamente en el vértigo. No pretendían ser hombres distinguidos, como los criminales de guante blanco; eran unos vulgares asesinos y lo sabían a la perfección. Tal vez porque ya comenzaban a intuir que su manera de vivir iba a terminar devastándolos. Hasta aquí habían conseguido escapar siempre sin problemas, pero eran conscientes de que una simple circunstancia, un mínimo error, podía determinar su fin. Decidieron ponerlo todo en juego, como la vida de quienes se cruzaban por su camino. Los centros nocturnos se acostumbraron a verlos todos los días, y se complacían acumulando todo el dinero que salía a manos llenas de sus bolsillos. Pero el dinero finalmente se les acabó.

Fue por entonces cuando conocieron a Héctor Somoza, un chico de 17 años que trabajaba en la panadería de su madre. Robledo lo conocía desde antes; habían conversado unas cuantas veces e ido juntos a los balnearios el verano anterior. Iniciaron a Somoza de la misma manera que Ibáñez había iniciado a Robledo. Robaron algunas motos, y un día Somoza se apareció con un revólver.

A Jorge Antonio no le gustaba el nuevo socio; no le tenía confianza. Héctor vivía con su madre y una hermana en Olivos, trabajaba todo el día en la panadería, y solo era un chico formal que estaba cansado de la rutina. No era como ellos, un criminal. Robledo e Ibáñez discutieron y este se salió con la suya: en la visita del 24 de mayo al supermercado Tanty no llevaron de

invitado a Somoza. Pero sí su revólver, que llegó en manos de Robledo.

Como no estaban seguros de que el techo pudiera abrirse con facilidad, Carlos llevó una barreta y una cuerda de nylon para descender. Ibáñez se quedó de campana, y Robledo hizo el trabajo sucio como siempre. Cuando el material cedió, entraron resguardados por la oscuridad, tratando de no derribar las montañas de latas de conserva y llamar la atención del vigilante, Juan Scattone.

Sin embargo, Scattone se despertó y fue a ver qué pasaba. Robledo se agazapó y disparó dos veces. El hombre se derrumbó.

En las cajas había 5.000.000 de pesos. Destaparon una botella de whisky y brindaron en las sombras: les estaban esperando veinte días de diversión corrida. Revisaron al muerto y encontraron la llave de la puerta del personal. Salieron repletos de billetes y se fueron en la motocicleta que habían dejado en las proximidades.

Robledo vivía en un hotel del barrio de Constitución y no tenía demasiado interés por las mujeres, aunque no le costaba esfuerzo conseguirlas. Por el contrario, a Ibáñez le gustaban demasiado. En ese momento estaba prendado de Virginia Rodríguez, una adolescente de 16 años.

La noche del 13 de junio, Ibáñez fue al hotel en busca de su amigo para invitarlo a dar un paseo. No tenían coche, porque Robledo había chocado el 600 y lo había tenido que vender a la mitad de su valor, y eso lo tenía deprimido. Ibáñez le pidió que lo esperara en una pizzería y, minutos más tarde, regresó con un Dodge Polara. Lo estacionó, entró en la pizzería y llamó apresuradamente a Robledo: tenían que irse lo más pronto posible porque le había disparado a un policía. Esa fue la única vez que Jorge disparó por su cuenta, y esperaba un premio por su audacia: Virginia Rodríguez. Le pidió a Robledo que se la consiguiera.

La encontraron esa misma noche. Con el revólver en mano, Robledo la convenció de subir al automóvil, y pusieron rumbo a la ruta Panamericana.

Ibáñez, que iba conduciendo, se estacionó a un costado del camino, se pasó al asiento trasero y comenzó a desnudar a la muchacha a pesar de su resistencia. Robledo bajó del auto y se sentó a esperar tranquilamente.

Cuando los vio bajar del auto, se puso de pie y comenzó a acercarse. Ibáñez le ordenó a la chica que se fuera. Virginia empezó a correr. Ibáñez le ordenó a Robledo que le disparase. Carlos gatilló cinco veces. Mucho más de lo necesario. Después se acercó al cuerpo caído y lo revisó; encontró 1200 pesos en la cartera. Se subieron al vehículo y partieron a toda velocidad, pero apenas habían recorrido un par de kilómetros cuando chocaron contra un cartel indicador. No pudieron hacer arrancar el auto de nuevo y lo dejaron abandonado. Se tomaron el colectivo 215.

Tiempo después, Robledo reunió el dinero suficiente para comprarse el Dodge GTX que deseaba. Estaba feliz con aquella máquina poderosa y se sentía invencible en los semáforos. Pero a Ibáñez se le seguían antojando mujeres, y su demanda era cada vez más reiterada. Todo era como un juego, elegían y tomaban lo que estaba a su alcance.

El 24 de junio esperaron a Ana María Dinardo, una aspirante a modelo de 23 años, que había ido a visitar a su novio, empleado en la boite Katoa. No bien salió del lugar, la encararon. Según dijo Robledo en sus declaraciones posteriores, les alcanzó con mostrarle una billetera con 250.000 pesos para que la chica subiera al auto. Tomaron por la Panamericana hasta el mismo lugar donde once días antes habían dejado el cadáver de Virginia.

Ibáñez se pasó al asiento trasero, pero la muchacha lo contuvo diciéndole que estaba indispuesta, y sugirió una cita para otro día. A Jorge no le importaba nada, la desvistió e intentó penetrarla. Ana María, que aparentemente practicaba artes marciales, se defendió airadamente y Jorge tuvo que darse por vencido y dejarla vestirse, pero se guardó como trofeo la ropa interior de la chica y le ordenó que se fuera. La muchacha alcanzó a caminar unos pasos antes que Robledo le metiera siete balazos en la espalda.

Después se acercó y le sacó 5000 pesos y un encendedor. Antes de subir al auto se detuvo, miró el cuerpo de la chica a lo lejos, tomó puntería y le destrozó una mano de un balazo. Ibáñez observó actuar a su amigo, y por primera vez sintió miedo. Para él fue la última aventura.

Jorge Antonio Ibáñez murió el 5 de agosto en un accidente automovilístico. Viajaba junto a su amigo Carlos Eduardo Robledo Puch, y se estrellaron. Siempre quedó la sospecha de que Robledo hubiera matado a su cómplice simulando el accidente. Nunca se sabrá la verdad.

Entonces le llegó la oportunidad a Héctor Somoza. El muchacho consiguió dos revólveres, y el 15 de noviembre se introdujeron con Robledo en el supermercado Rolón, de la localidad de Boulogne, con el método clásico: Robledo abrió el techo y bajaron con la ayuda de una manguera de plástico.

En medio de la oscuridad comenzaron a buscar el dinero. El tiempo corría y no hallaban la recaudación por ningún lado. Furioso, Robledo fue abriendo una tras otra las puertas en busca de las cajas de seguridad. Todo fue inútil; lo único que encontró fue al vigilante Raúl Delbene, que dormía en un cuarto. El hombre se levantó al escuchar que alguien entraba a su cuarto. Cuando miró hacia la puerta, Robledo lo mató de un tiro. Aunque siguieron revisando, no encontraron ni una moneda; indignado, Somoza comenzó a patear todo lo que encontraba a su paso. Robledo tomó un teléfono y se lo dio a su cómplice como regalo para su madre. Al día siguiente, la madre de Héctor recibió conmovida el insólito obsequio y le dijo a su hijo que debía ser tan bueno como Carlos.

Somoza estaba desesperado por hacerse de unos pesos. Su incorporación a los «negocios» había resultado un fracaso. En una rápida inspección del lugar, decidieron dar el próximo golpe dos días más tarde, el 17 de noviembre, en la agencia de automotores Pasquet. Pero Robledo y Somoza encontraron apenas 90.000 pesos. Robledo empezó a creer que su nuevo compañero le traía mala suerte. Esa noche, el vigilante Juan Carlos Rosas dormía junto a una fosa del

taller. Robledo se le acercó por detrás de un coche y lo mató de un tiro. El 25 de noviembre, Robledo y Somoza entraron en la concesionaria de automotores Puigmarti y Cía. Robledo ya la conocía porque había ido tiempo atrás con su madre a comprar un coche. Lo pagó al contado y detectó el lugar donde estaba empotrada la caja de caudales. Nunca lo olvidó. Ahora, armados con sus revólveres, los dos jóvenes entraron al salón y sorprendieron al vigilante, Bienvenido Serapio Ferrini. Somoza lo golpeó con su arma y lo llevaron inconsciente al primer piso, donde Robledo le dio dos balazos. Este fue el golpe más trabajoso de todos los que había practicado Somoza. Estuvieron cinco horas con un soplete dentro de la concesionaria. Abrieron la caja y consiguieron 1.000.000 de pesos. Escaparon en un Chevy que luego abandonaron.

La primera señal apareció en el diario *Clarín* del 4 de febrero de 1972:

Un temible sindicato del crimen opera en la zona norte: asesinan vigilantes para robar empresas.

La policía estaba convencida de que se trataba de «elementos avezados y de extrema peligrosidad».

Pero Robledo Puch había cometido un grave error en lo que fue su último golpe durante la madrugada del 3 de febrero de 1972. Después de entrar a robar una ferretería y de matar al vigilante, se peleó con Somoza y lo mató. Luego, para evitar su identificación, le quemó la cara y las manos con un soplete, pero olvidó sacarle del bolsillo la cédula de identidad. Horas después, el nombre de Héctor Somoza llevó a la policía directamente a Robledo Puch.

Desde su detención, volvió a estar en libertad una sola vez. Fue en julio de 1973, cuando escapó de la cárcel durante dos días, hasta que lo encontraron en un bar. Cercado, tuvo miedo por su vida, pero sabía que su nombre ya era una marca registrada: «No me maten: soy Robledo Puch», gritó.

Su imagen de niño confundido y desorientado dio origen a los títulos que acompañaron su fotografía en los periódicos durante todo el proceso: «La bestia humana», «El muñeco maldito», y «El monstruo con cara de niño». Carlos Eduardo cumple su condena en el penal de Sierra Chica. El 3 de enero de 2013 pidió por tercera vez su excarcelación argumentando que su pena ya estaba agotada. La Justicia sigue sin otorgarle la libertad.

CHARLES SOBHRAJ

La serpiente

Charles Sobhraj es una figura mítica del mundo del crimen. Estafador, ladrón de joyas, traficante de drogas y asesino, Charles ejerció sus habilidades en casi todos los campos del delito. Fue una verdadera pesadilla para la Interpol y para la policía de los numerosos países de Europa y Asia, en los que vivió y cometió sus crímenes. Su singular astucia y su don especial para percibir el peligro le facilitaban escapar a tiempo de las situaciones más riesgosas y huir a otro país, valiéndose de alguno de los diez pasaportes falsos que llegó a tener en su poder.

Charles nació en Saigón, Vietnam, en 1944 durante la ocupación. Tenía nacionalidad francesa. Su madre era una dependienta vietnamita, y su padre un comerciante indio que nunca reconoció su paternidad. Durante su adolescencia vivió en Francia con su madre y su nueva pareja, y fue un asiduo concurrente de los institutos correccionales de París hasta que, después de escapar dos veces del internado, empezó su carrera como ladrón falsificando cheques de la cuenta bancaria de su hermana. Su siguiente paso fue convertirse en contrabandista y estafador internacional.

Tiempo después fue acusado de un robo, arrestado y encarcelado. Tras cumplir su condena, se fue a vivir a Asia para seguir delinquiendo tranquilo. Su especialidad era drogar a los turistas occidentales y después robarles todas sus pertenencias.

Era una época donde la gran mayoría de los países asiáticos se encontraba inundada de hippies, que se buscaban a sí mismos embebiéndose de la

filosofía de Oriente. Tanto es así que al oportunista Charles se le cruzó la idea de formar una «Familia», al estilo de la de su tocayo Charles Manson, pero con fines menos metafísicos y mucho más rentables para su bolsillo. La cosa no funcionó como deseaba y se vio obligado a eliminar a los que se percataron de que detrás de su fingida espiritualidad solo estaba la codicia.

En 1972, el año de su primer asesinato conocido, ya estaba profundamente involucrado en el tráfico de heroína y, para depurar el negocio, poco a poco se hizo el hábito de matar a sus competidores. Su método preferido consistía en deslizarles a sus víctimas un cóctel letal de droga, y luego llevarse su dinero y todo lo que les encontrara encima.

De 1972 a 1982 estuvo sospechado de cometer al menos veinte asesinatos de turistas mochileros en la India, Tailandia, Afganistán, Turquía, Nepal, Irán y Hong Kong. Durante su tour internacional delictivo pasó numerosas veces por las prisiones de Francia, Afganistán, Grecia e India, pero logró escapar o compró sus salidas sin contratiempos. Por lo general se valía del viejo truco de hacerse el enfermo para que lo llevaran al hospital, donde drogaba al guardia que lo custodiaba y se largaba del lugar como si nada hubiese pasado.

Su habilidad para eludir la justicia le valió el sobrenombre de «la Serpiente» por sus recursos astutos y venenosos. En Tailandia, sin embargo, todos lo conocían como «el Asesino del Bikini», porque una de sus supuestas víctimas apareció muerta vestida con esa reducida prenda.

En 1975 estuvo actuando prolíficamente en Nepal, único país donde se le probó un asesinato y tiene pendiente una condena perpetua. La víctima fue Connie Jo Bronzich, una turista norteamericana. Parece que Charles también se hizo cargo de un tal Laurent, el novio canadiense de Connie, pero solo lo condenaron por la muerte de la joven debido a que los desordenados nepaleses perdieron los archivos relacionados con el muchacho.

En julio de 1976, con la idea de robar pasaportes para eludir más fácilmente a las autoridades, Charles durmió a todo un contingente de

estudiantes de ingeniería franceses que viajaban en autobús. En el vestíbulo del hotel Vikram, de Nueva Delhi, le fue dando a cada uno de los sesenta lo que dijo eran píldoras para la disentería. Su plan se derrumbó cuando los estudiantes empezaron a caer como moscas antes de que él pudiera abandonar el vestíbulo. Declarado culpable de envenenar a los turistas, Charles fue enviado a la peor prisión de la India, donde lo primero que hizo fue sobornar a todo el mundo para asegurarse algunos privilegios.

Según parece, a través de los años, «Sir Charles», como le decían sus carceleros, se hizo dueño y señor del lugar. Los guardias le conseguían al instante cualquier cosa que pidiera: heladera, televisor, teléfono móvil, comida y bebida a la carta, visitantes y las compañeras que se le antojaran.

El 16 de marzo de 1986 se acercaba la fecha de su liberación. Como temía ser extraditado a Tailandia, donde lo buscaban por cinco asesinatos y podían aplicarle la pena capital, Sobhraj decidió abandonar la prisión de Tihar. Organizó entonces su propia fiesta de cumpleaños e invitó a todos los guardias y presos a celebrar a lo grande. En el banquete sirvió tortas, bizcochitos y especialmente uvas, pero antes se tomó el trabajo de inyectar el contenido de píldoras para dormir en los inocentes frutos. La fiesta terminó cuando cayó noqueado el último huésped desprevenido. Entonces se retiró con otros cuatro residentes por la puerta principal de la cárcel, directamente a las calles de Nueva Delhi.

Sobhraj era exageradamente presumido. Había designado a uno del grupo para que lo fotografiara por donde anduviera, comportándose como un estudiante universitario de vacaciones. Días después volvió a ser capturado, declarado culpable de portar una pistola italiana y su condena se multiplicó.

El 5 de febrero de 1997, el magistrado metropolitano de Nueva Delhi, Prem Kumar, declaró que Sobhraj ya no debía permanecer en la cárcel porque el período máximo de castigo había prescrito para la ley india. Se trataba de un esfuerzo por sacarlo del país lo antes posible y de modo definitivo.

El 14 de febrero Charlie fue declarado libre bajo fianza, pero temiendo la peligrosa extradición a Tailandia se negó a dejar su celda hasta recibir sus papeles de identidad de la embajada de Francia. Fue puesto en la calle de todos modos. Minutos después de su liberación la policía lo arrestó nuevamente por circular por la India sin documentos válidos.

El gobierno indio anunció su intención de deportar a Sobhraj a Francia una vez que sus papeles estuvieran en orden, declarando que «su continua presencia en el país amenaza el orden público». Para acelerar su partida de la India, una reticente embajada francesa suministró a Sobhraj un papel con un permiso de viaje a Francia después de que discutiera acaloradamente su estatus como un verdadero nacional francés.

Tras asegurar que estaba listo para comenzar una vida reclusa y tranquila una vez que vendiera los derechos editoriales y cinematográficos de su historia por 15 millones de dólares, Charles dejó su celda de la prisión de Nueva Delhi y abordó un jet de Air France con rumbo al aeropuerto Charles de Gaulle, de París.

El ahora «sensible» asesino declaró a un reportero de The Associated Press que había reflexionado sobre su pasado y que «lamentaba profundamente» ciertos aspectos de su vida; que se sentía un forastero en Francia, extrañando sus moradas asiáticas, y que esperaba retornar pronto a la India donde deseaba abrir una escuela para niños pobres.

Gozando de su libertad en su país adoptivo, Sobhraj demostró ser tan despiadado como hombre de negocios como lo había sido como asesino. En poco tiempo se convirtió en una celebridad: cualquier periodista estaba obligado a pagarle 5000 libras para tomar un café con él, y discutir otros arreglos económicos si quería asegurarse una entrevista. Habiendo cerrado los tratos comerciales por los libros y las películas sobre su vida, Charles comprobó ser una mercancía bastante redituable. Publicaciones tales como *Le Figaro* acordaron desembolsar fuertes sumas por fotografiarlo posando

sentado en los cafés de París, respondiendo algunas preguntas insípidas. Para él, cada una de sus palabras tenía su precio. Como sus agentes señalaron rápidamente:

Estamos en 1997. Dondequiera que las personas estén ofreciendo dinero, hay personas que lo están tomando. Es el nombre del juego. No hay dinero, no hay reunión.

Charles Sobhraj fue detenido por última vez en septiembre de 2003 mientras apostaba en un casino de Katmandú.

Aunque oficialmente solo se lo condenó por un asesinato, en todos los periódicos del mundo y en los libros de criminales famosos está calificado como uno de los peores asesinos en serie de la historia.

En 1979 el escritor australiano Richard Neville, tras entrevistarse con él en la India, escribió su biografía: *La vida y los crímenes de Charles Sobhraj*. En el libro Charles se confiesa autor de los veinte crímenes, aunque, tras su detención en el casino, ha desmentido estas declaraciones.

En 2004 intentó fugarse del penal, pero fracasó estrepitosamente. Es probable que allí termine sus «hazañas» en forma definitiva, lo que no debe estar muy lejos teniendo en cuenta su edad.

ARCHIE McCAFFERTY

El perro loco

Archibald Beattie McCafferty nació en Escocia en 1948. Cuando tenía diez años, sus padres emigraron a Australia para dejar atrás su pobre existencia de clase obrera y empezar otra vida con renovadas esperanzas. Los McCafferty se establecieron primero en Melbourne y después en Bass Hill, en los suburbios occidentales de Sydney. Desde el principio, Archie tuvo problemas con la policía, y a los 12 años debieron internarlo en una institución correccional por robo. A los 18, era ya considerado un delincuente juvenil incorregible, y a los 24 ya había entrado y salido de la cárcel muchas veces con un récord de treinta y cinco acusaciones que incluían robo de automotores, hurto, asalto, vagancia y recepción de mercaderías robadas.

A pesar de todo, Archibald no era considerado un criminal peligroso. Sus cargos incluían algunas peleas con la policía, pero ninguno de sus otros delitos había sido violento. Sin embargo, estaba obsesionado con la ferocidad: disfrutaba estrangulando pollos, perros y gatos para ver lo que se sentía.

En abril de 1972 se casó con Janice Redington. La pareja se había conocido en un hotel, donde Janice trabajaba por horas como operadora del conmutador, y la familia del muchacho creyó que el matrimonio lo encarrilaría definitivamente. Pero cuando solo llevaban seis semanas de casados, Janice descubrió a su esposo en la cama con otra mujer. Lo recriminó como era lógico, pero la respuesta de Archibald fue tan violenta que derivó en su primera visita a un hospital psiquiátrico.

Después de darse de alta a sí mismo, abandonó los sedantes recetados,

empezó a beber de manera excesiva y descargó toda su agresión contra su esposa. A pesar de que Janice estaba embarazada, Archie la golpeaba de forma reiterada cuando estaba borracho, es decir, la mayoría de las noches. Le apretaba los pulgares contra la tráquea y solo la soltaba cuando estaba a punto de desmayarse.

Una noche, cuando sus desbordes casi la matan, Archie se internó por su propia voluntad en el hospital y le dijo a los psiquiatras que quería matar a su esposa y a su familia. Le recetaron nuevos sedantes y lo mandaron de regreso a su casa.

Archibald volvió directamente a la bebida y se hizo adicto a las drogas, por lo cual sus arranques de violencia se hicieron incontrolables. Consiguió trabajo como recolector de basura y esto pareció pacificarlo un poco durante el día, pero a la noche se convertía en algo peor.

Cuando el 4 de febrero de 1973 nació su hijo Craig Archibald, a Janice le aterrizzaba llevar al bebé en el automóvil por temor a que Archie tuviera un accidente y se mataran todos. El pequeño Craig solo vivió seis semanas.

A las 3.30 de la madrugada del sábado 17 de marzo, Janice llevó al bebé a la cama de ambos para alimentarlo. Se durmió profundamente y despertó recién a las 9.00 de la mañana. Sintiendo algo inusual debajo de su cuerpo, saltó hacia atrás de la cama y vio a su hijo inerte. Lo había aplastado.

Durante la indagatoria, el forense dijo que el niño había muerto accidentalmente cuando su madre se quedó dormida encima de él mientras le daba el pecho, y la exoneró completamente.

Archie McCafferty no tenía la misma opinión. El horror ante la muerte del pequeño le provocó una profunda reacción. La primera explosión ocurrió después del funeral. Había invitado a unos cuantos amigos a beber, y cuando la mayor parte de ellos se retiraron Archie se puso a escuchar un disco llamado «El niño de nadie». Entonces, comenzó a descargar su ira contra Janice, que tuvo que huir de la casa.

Archie la encontró unas horas más tarde con sus parientes en Blacktown. Allí la amenazó con una estaca puntiaguda, acusándola de haber matado a su hijo, hasta que el hermano de Janice y otro hombre lo enfrentaron y lo obligaron a retirarse.

Al día siguiente volvió a la casa de sus padres en Bass Hill, donde le suplicó a su madre que lo ayudara. La mujer, desesperada, le rogó que volviera al hospital. Ese día un amigo de la familia llevó a Archie al centro psiquiátrico de Parramatta, donde recibió tratamiento. Era su tercera admisión en nueve meses.

Janice McCafferty fue a visitarlo al día siguiente de su internación, y desde entonces no volvió a saber nada de él hasta el 23 de agosto de 1973, la noche anterior a la indagatoria sobre la muerte de Craig. Dos ladrillos, con notas enrolladas a su alrededor, fueron lanzados a través de la ventana de su casa en Blacktown. Las notas contenían amenazas de muerte para ella, su madre y para el novio de esta: Bill Riean. La noche siguiente comenzó la matanza.

Una semana antes, Archie McCafferty había formado una banda de adolescentes junto con Carol Ellen Howes, una mujer de 26 años que estaba viviendo con él. Archie conoció a Howes y a una chica de 16 años, Julie Ann Todd, en el centro psiquiátrico.

Carol era madre de tres niños, de entre 4 y 7 años, y estaba separada de su esposo. En los dos últimos años, había tenido tres intentos de suicidio, y tomaba grandes dosis de pastillas para dormir. Carol le había confesado a Archie su intención de intentar matarse de nuevo, y él la convenció de que no lo hiciera. Esto formó una obligación mutua, y poco después se mudaron juntos a un piso en el suburbio occidental de Earlwood. La adolescente Julie Todd estaba en Parramatta sometida a un tratamiento por sus desordenes mentales. Archie la invitó a vivir con ellos cuando supo que no tenía dónde alojarse.

Los tres se unieron a Michael John «Mick» Meredith y Richard William «Dick» Whittington, ambos de 17 años, a quienes McCafferty había conocido

donde se realizaba sus innumerables tatuajes. Mick y Dick tenían un par de rifles. El sexto miembro de la pandilla fue otro adolescente de 17 años, llamado Donald Richard «Rick» Webster, al que Archie también había conocido hacía poco.

Guiada por un McCafferty sobrepasado de drogas, la banda salió para buscar su primera víctima. Recorrieron el área en un Volkswagen robado, buscando a alguien para golpear y robar.

George Anson, que no tenía más de un metro y medio de alto y 50 años, parecía una buena presa. Este veterano de la Segunda Guerra Mundial era un diariero cuyo puesto estaba a las puertas del hotel Canterbury. Cada tarde, después del trabajo, George acostumbraba tomar algo en el bar del hotel antes de dirigirse a su casa.

Poco después de la hora de cierre, en la tarde del 24 de agosto, Anson fue divisado por la banda circulando «sinuosamente» calle abajo. No ofreció ninguna resistencia; estaba demasiado borracho. La pandilla lo arrastró a una calle lateral. Cuando McCafferty lo agarró de la garganta, Anson lo insultó. Fueron sus últimas palabras. Archie enloqueció y lo pateó repetidamente en la cabeza y las costillas. Luego sacó el cuchillo y se lo clavó siete veces en la espalda y el cuello. Lo remató rompiéndole la cara a patadas.

Sus jóvenes discípulos quedaron pasmados al verlo regresar al auto empapado en sangre. Todos excepto Rick Webster, que lo increpó severamente. En ese instante, Archie dejó de confiar en él. Tiró el cuchillo ensangrentado hacia Julie, que lo ocultó bajo el asiento.

Tan fuerte era el hechizo de McCafferty sobre su pandilla que ninguna otra palabra se mencionó sobre el crimen hasta que regresaron al piso. Cuando llegaron, Julie lavó el arma homicida y se la devolvió a Archie, que entonces habló sobre el asesinato. Les dijo que no comprendía lo que había hecho, que había escuchado la voz de Craig que lo incitaba a matar y no pudo contenerse.

Tres noches después, Archie llevó a su gente al cementerio de Leppington

para mostrarles la sepultura de su hijo. Él ya había estado ahí muchas veces con Carol, se había sentado sobre la tumba, sollozado y, en una ocasión, le había prometido a Craig que vengaría su muerte.

Hacía frío, la noche era cerrada y la lluvia caía persistentemente. Pequeños mantos de niebla daban al lugar una atmósfera misteriosa. Archie se había drogado de nuevo y escuchaba la voz que provenía de la sepultura pidiéndole siete muertes.

Permanecieron allí durante algún tiempo y luego fueron a un hotel cercano donde planearon las acciones nocturnas. Archie los instruyó para que lo llevaran de vuelta al cementerio, donde esperaría a Julie Todd y Mick Meredith, quienes conseguirían una víctima fingiendo hacer autostop.

Minutos después, un automóvil se detuvo a 150 metros del sepulcro donde McCafferty esperaba. En su interior estaban Julie y Mick apuntando con una pistola a Ronald Neil Cox, un hombre de 42 años. Cox era un minero que había estado regresando a su casa en Villawood después de terminar su tarea en la mina de carbón de Oakdale, cuando vio a dos adolescentes haciendo autostop bajo la lluvia y sintió pena por ellos. Paró para recogerlos y cometió una equivocación fatal.

McCafferty dejó la tumba y corrió hacia ellos. Cox fue forzado a arrojarse boca abajo en el barro, mientras que Archie y Mick lo apuntaban con sus rifles en la nuca. Cox rogó por su vida, pero Archie solo escuchaba la voz que lo instaba a matar y ordenó a Mick que disparara. El minero volvió a pedir misericordia diciendo que era padre de siete niños. Aunque no lo sabía, había vuelto a equivocarse. A la mención de la palabra *siete* McCafferty apretó el gatillo y Meredith lo imitó.

Después del asesinato, los miembros de la banda retornaron al piso de Archibald, donde bebieron cerveza y miraron televisión. Pero Archie seguía oyendo la voz repitiéndole «mata a siete» y les pidió a dos de sus discípulos que fueran a buscar a otra víctima.

En las primeras horas de la madrugada, el instructor de manejo Evangelos Kollias, de 24 años, levantó a Julie Todd y a Dick Whittington, que hacían autostop sobre Enmore Road. Una vez en el automóvil, Whittington extrajo su rifle calibre 22, que ocultaba bajo su abrigo, y le ordenó a Kollias que se pasara al asiento posterior del vehículo y que permaneciera en el suelo, mientras Julie manejaba al encuentro del resto de la banda. Entonces McCafferty asumió el mando. Con Archie conduciendo, el grupo se dirigió a Liverpool con el pretexto de buscar una fábrica para robar. Pero todos sabían que Archie tenía otro asesinato en mente. Kollias, acostado en el piso para no ver dónde estaban yendo, se quedó dormido.

El plan de Archie era matar a Evangelos Kollias, conducir su automóvil hasta Blacktown, matar a Janice, a su madre y al novio de esta, y cortarle la cabeza a su esposa para enviarla en una caja al jefe del departamento de investigación criminal. Entre todos sumarían seis. La séptima víctima sería uno de su propia banda, Rick Webster, en quien no confiaba, pues sospechaba que lo podía traicionar.

McCafferty le ordenó a Whittington que matara al hombre que seguía durmiendo, y Whittington disparó. McCafferty le dijo al adolescente que tirara de nuevo, y Whittington puso otra bala en la cabeza del muerto. Entonces arrojaron el cuerpo de Kollias en una calle desierta cercana y continuaron su camino.

Cuando Archie advirtió que el vehículo no tenía suficiente combustible como para llegar a Blacktown, postergó el plan de asesinar a su esposa y a su familia. Por esa noche al menos. Como la voz no se acallaba en su mente, dio la vuelta y fue por Webster.

McCafferty, Whittington y Meredith siguieron a Rick al edificio del periódico *Sydney Morning Herald*, donde trabajaba como aprendiz de cajista. Se sentaron en un camión de carga robado frente al edificio, con los rifles cargados, listos para matarlo cuando saliera. Pero Webster los había visto y

llamó a la policía. Los detectives llegaron al *Herald*, donde el joven les dijo que estaba demasiado aterrorizado para salir del edificio. Cuando oyeron su historia sobre los tres asesinatos, los policías pidieron refuerzos y cerraron el área. Fuertemente armados, los agentes rodearon el camión mientras que el sargento investigador K. Aldridge se aproximó y apuntó con su revólver a Michael Meredith. Otros detectives se precipitaron sobre el vehículo y aprehendieron a McCafferty y a Whittington. La fiesta había terminado.

Durante la audiencia orientada al juicio, programado para febrero de 1974, McCafferty se declaró inocente de los tres cargos de asesinato, alegando locura. Todd, Howe, Meredith, Whittington y Webster también se declararon inocentes. Mientras se desarrolló la interpelación, Archie bromeó con sus cómplices, les guiñó el ojo a los reporteros, tecleó con los dedos sobre el banco de los acusados y grabó su nombre en él con una lapicera.

Una vez alojado en la prisión de Long Bay, estuvo a punto de matar a otro preso con un balde. La única manera de mantenerlo calmado era con sedantes, pero como las dosis normales no le hacían ningún efecto los médicos carcelarios tuvieron que aumentarlas cuatro veces más para que dieran algún resultado.

En el juicio, tres psiquiatras opinaron sobre el estado mental de Archie. Uno opinó que estaba irremediabilmente enfermo; otro, que había sufrido ataques esquizofrénicos durante sus crímenes, y el otro, que era plenamente consciente de lo que hacía. Aunque no lograron coincidir sobre su cordura, los tres psiquiatras estaban de acuerdo con que, de cualquier forma, Archie McCafferty no debía ser puesto en libertad. Loco o no, era extremadamente peligroso para la comunidad.

Mick Meredith y Dick Whittington fueron declarados culpables de los asesinatos de Ronald Cox y Evangelos Kollias y se los condenó a 18 años de reclusión. Richard Webster fue declarado culpable del homicidio impremeditado de Cox y condenado a cuatro años de cárcel. Julie Todd fue

declarada culpable de asesinar a Cox y Kollias, y condenada a permanecer en prisión durante diez años. El 20 de mayo de 1974 fue encontrada colgada en el baño del centro de detención de Silverwater; acababa de cumplir 17 años. Carol Howes, embarazada de ocho meses, fue encontrada inocente de todo cargo. Cuando escuchó el veredicto, le prometió a McCafferty que lo esperaría. Inmediatamente se mudó a la casa de los padres de Archie, en Blacktown, para dar a luz.

El jurado opinó que Archie era plenamente consciente de sus actos y emitió un fallo condenatorio en todo respecto. El juez le dio tres cadenas perpetuas. Cuando era llevado nuevamente a la cárcel, McCafferty juró que mataría de nuevo, y nadie dudó de que si tenía una oportunidad lo haría.

Archie resultó un verdadero problema para todas las autoridades y pasó por las peores cárceles del Estado. Solo pensaba en asesinar a cuatro personas más. Estaba tan obsesionado con el número siete que llegó a escribir una autobiografía titulada *Siete morirán (Seven shall die)*.

En abril de 1980 los guardias del correccional de Grafton le frustraron un intento de evasión, cuando descubrieron que estaba sacando ladrillos de su celda. Al año siguiente, las autoridades creyeron que integraba el secreto «escuadrón del asesinato», que imponía las leyes tras las rejas de la cárcel de Parramatta.

En septiembre de ese mismo año acusaron a Archie del homicidio de un preso que murió apuñalado en su celda, y le adicionaron catorce años a su condena. Archie protestó vehementemente contra la sentencia, alegando que le habían tendido una trampa. Para probarlo alcahueteó los nombres de todos los responsables del crimen a las autoridades. Esto lo convirtió automáticamente en un paria dentro del sistema penitenciario. Para su propia protección fue transferido a otra cárcel. En el mes de noviembre fue atrapado con diez paquetes de heroína, y el juez le sumó otra condena de tres años. Durante 1983 y 1984, Archie fue mudado repetidamente entre las prisiones de Maitland,

Long Bay y Parklea. Después de proporcionar información adicional sobre la conducta criminal de varios funcionarios carcelarios, fue trasladado a la Unidad de Protección de Testigos, de Long Bay, en 1987.

A través de los años, Archie se fue calmando hasta que se lo consideró lo bastante seguro como para ser trasladado a la prisión de mínima seguridad de Berrima, al sur de Sydney. Allí se convirtió en un preso ejemplar, y a partir de 1989 le permitieron recibir visitas y alojarse con la familia de su hermano de viernes a domingo.

En 1991, tras su quinta solicitud de liberación condicional, el juez Wood dictaminó que podía aspirar a ese beneficio a partir del 29 de agosto de 1993. Entonces se le permitió dejar la prisión uno de cada seis días hasta que la liberación le fuera acordada.

Cuando se anunció el 19 de abril de 1997 que el asesino serial Archibald «perro loco» McCafferty iba a ser puesto en libertad bajo palabra después de pasar 23 años en las peores cárceles australianas, la comunidad se conmovió. Pero los ciudadanos suspiraron aliviados cuando un nuevo comunicado de prensa anunció que solo saldría con la condición de ser deportado a su país natal, Escocia. Para disgusto de los escoceses, el sistema penitenciario australiano había encontrado la forma de librarse de uno de los peores asesinos de su historia.

Cuando Archie se enteró de que lo mandaban a un lugar que no había visto en casi cuatro décadas y, peor aún, a una comunidad hostil que no quería saber nada con él, presentó una nueva apelación, pero esta vez para quedarse. Sus reclamos fueron desestimados, y el 1 de mayo de 1997 lo subieron a un avión y lo enviaron a su país de nacimiento, un lugar donde no tenía ningún deseo de vivir.

Cuando llegó a Escocia, Archie se reunió con Mandy Queen, una mujer con la que se había casado y divorciado mientras estaba en la cárcel. En octubre de 1998 volvió a casarse con Mandy en una ceremonia secreta y poco después

regresó a los tribunales. Lo detuvieron por amenazar de muerte a un policía que había seguido su automóvil cerca de Edimburgo tras una sesión de bebidas y luego de la denuncia de su esposa, asustada porque Archie había salido de la casa con su bebé de cuatro meses.

McCafferty se declaró culpable de conducción imprudente, manejo sin licencia ni seguro, y perturbación del orden público. La corte no tomó en consideración sus pruebas de culpabilidad previas, porque fueron consideradas ofensas extranjeras no ocurridas en el Reino Unido, y solo lo condenó a dos años de libertad condicional.

El siguiente paso de Archie fue huir a Nueva Zelanda, aunque en el año 2002 fue deportado por no declarar sus antecedentes penales a las autoridades de inmigración. Desde entonces estuvo viviendo en una residencia social en la costa sur de Inglaterra antes de regresar a la ciudad de Hawick en la frontera.

ROBERT GARROW

El depredador

Robert Garrow trabajaba como empleado en la panadería de Millbrook, donde se desempeñaba como maestro mecánico. Vivía en Siracusa con su esposa Edith, y sus dos hijos, Michelle, de 15 años, y Robert, de 14. Los Garrow parecían conformar una familia norteamericana ideal y eran muy apreciados por la comunidad, que los consideraba «gente buena». Pero los vecinos ignoraban que el bueno de Robert ocultaba un pasado turbio.

En 1961 había sido condenado por violación y asalto en Albany. Lo habían sentenciado a pasar ocho años entre rejas, y mientras cumplía su castigo la fiel Edith lo había visitado a menudo en la cárcel, aguardando angustiada que fuera puesto en libertad. Solo ella sabía que su marido era una fiera enjaulada que esperaba ansiosamente el momento de su liberación para desatar una pesadilla de violencia y saciar su incontrolable necesidad de sexo.

Cuatro años después de cumplir su condena, el depredador apareció en la primera página de todos los diarios de los Estados Unidos. Sus crímenes y el dilema que el caso presentaba para Frank Armani, su abogado, fueron debatidos en todo el país.

El domingo 29 de julio de 1973, Nick Fiorello, Philip Doblewski, David Freeman y su novia, Carol Ann Malinowski, habían armado sus dos carpas entre las comunidades de Wells y Speculator, en las bellas y pacíficas montañas Adirondack, al norte del estado de Nueva York. Se trataba del lugar menos pensado para el escenario de un asesinato múltiple. Los campamentos estatales estaban colmados desde la noche anterior, por lo que los jóvenes

eligieron asentarse en ese pequeño descampado de la ruta 8, con el fin de pasar unos días placenteros disfrutando de la naturaleza.

Nick y Phil se levantaron temprano y fueron en su automóvil hasta Wells para conseguir carnada en Maverick. Mientras estaban en el pueblo, Robert Garrow, que les había oído comentar dónde acampaban, condujo hasta el lugar en su Volkswagen 1972 y se estacionó fuera de la vista de los demás. Procurando no hacer ruido, subió sigilosamente hasta llegar a una de las carpas y abrió bruscamente la puerta delantera. En el interior, David y Carol Ann se estaban vistiendo. David, totalmente sorprendido, le preguntó qué buscaba. Robert murmuró algo ininteligible y les ordenó que se terminaran de vestir. La pareja acató la imposición sumisamente. Robert llevaba un rifle de caza en las manos.

Cuando David y Carol Ann abandonaron la carpa, suspiraron de alivio al ver que Phil y Nick llegaban con el auto. Phil pidió explicaciones de lo que estaba sucediendo. Robert le dijo que necesitaba combustible. David y Carol Ann, más conscientes del peligro, le indicaron a Phil que era mejor que cumplieran con el pedido del intruso. Entonces, Robert levantó su rifle y, sin dejar de apuntarlos, los obligó a adentrarse en el bosque. Amparado por el denso follaje, extrajo un rollo de cuerda y ató fuertemente a David y a Nick a un árbol. Una vez que estuvo seguro de haberlos inmovilizado, se llevó a Phil y Carol algo más lejos. Allí le ordenó a la aterrada Carol Ann que amarrara a Phil, y después de hacerla caminar unos cuantos metros más la ató a otro árbol diciéndole que tenía que volver a revisar a sus compañeros.

Lentamente se acercó a Phil Doblewski para comprobar la firmeza de sus ataduras. Phil, de 18 años, que era el más locuaz del cuarteto de cautivos, descargó su indignación insultando y amenazando al secuestrador. Robert, calmada y metódicamente, apuñaló al indefenso joven en el pecho hasta que su cuerpo sin vida se desplomó sobre las cuerdas que lo sujetaban al árbol. Carol Ann escuchó los gritos de Phil y, desesperadamente, intentó zafarse de sus

ataduras. Como sudaba profusamente, sus muñecas se pusieron tan resbaladizas que pudo deslizarlas fuera de las cuerdas. Temblando de terror, caminó cautelosamente hacia donde había dejado a Phil y llegó justo en el momento en el que Garrow recogía su rifle y desaparecía en el bosque.

Nick Fiorello se las arregló para soltarse, corrió hasta su vehículo y salió velozmente en busca de ayuda. David Freeman necesitó más tiempo y esfuerzo para desatarse, pero también lo logró. En el momento que huía tuvo la mala fortuna de cruzarse directamente en el camino de Robert Garrow. Rifle en mano, el agresor le preguntó por su compañero. Dick le dijo que Nick se había escapado. Juntos salieron a buscarlo. El intruso y el cautivo anduvieron en amplios círculos por el bosque. Pasó el tiempo y Nick regresó acompañado de varios policías en tres autos. Cuando David escuchó a su amigo, se separó rápidamente de Garrow, quien salió corriendo hacia el bosque.

La policía no tardó en encontrar a Philip Doblewski, aún atado al árbol y cubierto de sangre. Carol Ann estaba de rodillas, llorando sin consuelo ante el cuerpo de su amigo. A pesar de que la policía ya lo tenía acorralado, Robert logró volver a la carretera y se marchó en su Volkswagen.

Cuando declararon ante la policía, los tres jóvenes rescatados señalaron sin dudar la foto de Robert Garrow de entre todas las que les mostraron. La orden de captura se puso en circulación y toda la región entró en estado de alerta. El tiempo apremiaba. Solo nueve días antes, Daniel Porter, un joven de 20 años, había sido encontrado atado a un árbol, asesinado a cuchillazos, a unos 80 kilómetros de donde Garrow había asesinado a Philip Doblewski. Porter fue sorprendido mientras estaba acampando con su novia, Susan Petz, que aún seguía sin ser encontrada. La similitud entre los dos hechos apuntaba hacia un mismo responsable.

Once días después, Robert Garrow fue arrestado. Cometió la absurda torpeza de intentar contactarse con su hermana en Witherbee, donde la policía lo estaba esperando con los brazos abiertos, aunque hubiera dudado de que

fuera tan imbécil como para aparecerse por ahí. Lo encontraron merodeando por los bosques cercanos a la casa, y comenzó el tiroteo. En el intercambio de disparos, el oficial Henry Le Blanc logró derribarlo con un rifle de alta potencia. Robert quedó seriamente herido en la espalda, brazos y piernas, pero se recuperó lentamente después de ser sometido a una operación en la que se le extrajeron los proyectiles.

Después de ser acusado formalmente de asesinato, Robert insistió en ser defendido por el abogado de Siracusa, Frank Armani. Armani ya lo había defendido con anterioridad y era su abogado de confianza. Como el acusado no tenía dinero y expresó su preferencia por Armani, la corte aceptó designarlo su defensor.

Sin demasiados análisis, Frank Armani llegó a la rápida conclusión de que su cliente era plenamente culpable y que su defensa debía basarse en un alegato de locura con la única esperanza de que cumpliera la condena en un hospital en lugar de la cárcel.

Al interrogar a su cliente, el abogado logró que Robert le confesara que había matado a Daniel Porter y violado y asesinado a Susan Petz. También le reveló que había violado y asesinado a una tal Alicia Hauck. Ninguno de los cuerpos había sido encontrado y esta información puso al abogado en una situación sumamente incómoda. La confidencialidad entre abogado y cliente es la piedra fundamental del proceso de defensa. Si Armani llegaba a revelar la información recientemente descubierta, rompería aquella confidencialidad, una acción que lo podría llevar a ser expulsado del colegio de abogados.

Como primer paso, Armani tenía que verificar las declaraciones de su cliente. Siguiendo entonces sus instrucciones, se dirigió al lugar donde le había dicho que se encontraba Susan Petz. Allí, vio el cadáver oculto y abandonado en una mina, y lo fotografió. Un colega que trabajaba para él, el abogado Francis Belge, descubrió y tomó fotografías del cuerpo de Alicia Hauck, enterrada en un cementerio. Frank Armani y Francis Belge, leales a su

código de conducta profesional, no comentaron nada sobre sus horribles hallazgos.

Armani comenzó a prepararse para defender a su cliente del cargo de asesinato de Philip Dombleski. Mientras tanto, algunos meses más tarde, en diciembre de 1973, un estudiante de la Universidad de Siracusa encontró casualmente el cuerpo de Alicia Hauck en el cementerio de Oakwood. Dos semanas después, un grupo de niños de una escuela vio el pie de Susan Petz saliendo de los escombros de la mina abandonada. Robert Garrow era un sospechoso importante en ambos asesinatos, así como en el de Daniel Porter.

En mayo de 1974, se puso en marcha el juicio a Robert Garrow por el asesinato de Philip Dombleski. El acusado era tan odiado en la región que se le tuvo que poner una custodia especial las 24 horas del día para protegerlo del público enfurecido. Como las amenazas por correo llovían sobre su residencia, también tuvieron que brindarle protección policial a su abogado.

Desde el banquillo, Robert Garrow terminó admitiendo el asesinato de Daniel Porter, Susan Petz, Alicia Hauck y Philip Dombleski. Tras su dramática confesión, Francis Belge reveló que la defensa estaba al tanto de los asesinatos, conocía el lugar exacto donde se encontraban los cadáveres y había sacado fotografías de los cuerpos mucho antes de que fueran encontrados. La confidencialidad debida entre ellos y su cliente les había obligado a guardar silencio. Ahora que Garrow había confesado, se sentían libres de esa obligación y estaban dispuestos a divulgar sus investigaciones privadas. La noticia de que los dos abogados no habían revelado el lugar donde se encontraban los cuerpos de las víctimas sacudió a toda la comunidad legal estadounidense que, en principio, condenó severamente la conducta de sus colegas.

Mientras tanto, el juicio llegó a su fin. Robert Garrow fue declarado culpable de asesinato y sentenciado a 25 años de prisión.

Se presentaron varios cargos contra Frank Armani y Francis Belge, pero

fueron absueltos de cualquier ofensa criminal o profesional por un gran jurado del condado de Onondaga y por la Asociación Americana de Abogados.

Garrow, confinado a una silla de ruedas como consecuencia de sus heridas, fue encarcelado primero en la prisión Dannemora y, cuatro años más tarde, transferido a las instalaciones del correccional de Fishkill. Sin que nadie lo advirtiera, ejercitó las piernas hasta recuperar gran parte de su vitalidad. La noche del 8 de septiembre de 1978, se acercó con su silla de ruedas hasta dos verjas de alambre de púas, se puso de pie, las escaló y recuperó su libertad.

De inmediato se ordenó una nueva caza masiva. A los tres días, en unos bosques cercanos, el funcionario policial Dominic Arena se encontró frente a frente con el hombre más buscado de los Estados Unidos. Garrow apuntó y disparó la pistola que le había pasado de contrabando su hijo mientras estaba en el correccional. Arena cayó apenas herido, pero sin poder defenderse. Entonces, el grupo de funcionarios que lo acompañaba abrió fuego sobre Robert Garrow. El prófugo cayó muerto en el suelo. Su carrera de violaciones y asesinatos había terminado.

TED BUNDY

El galán

Cuando durante la tarde del 4 de enero de 1974, sus compañeros de cuarto vieron a Joni Lenz arrojada sobre la cama, pensaron que estaba dormida. Pero al acercarse a despertarla descubrieron un charco de sangre que manaba de la cabeza y la cara. Como si esto fuera poco, cuando la destaparon para auxiliarla vieron horrorizados que una barra de su cama había sido introducida en su vagina. A pesar de todo, Joni no había muerto. Fue una de las pocas víctimas que sobrevivió a un ataque de Ted Bundy, el asesino que sembró el terror en los Estados Unidos durante los años setenta. Antes y después de Joni hubo otras víctimas que no tuvieron la suerte de poder contar su desgracia. Nunca se sabrá cuántas fueron; Bundy se llevó el número a su tumba.

Theodore Robert Cowell nació el 24 de noviembre de 1946 en un hogar para madres solteras, en Burlington, Vermont. Su madre, Eleanore Louise Cowell, de 22 años, lo llevó recién nacido a Philadelphia, donde se alojó con sus padres, a los que Ted consideró desde entonces como su padre y su madre. Esto le permitió a Eleanore evitar la humillación de ser madre soltera, ya que Ted creció convencido de que era su «hermana mayor».

Cuando el pequeño tenía cuatro años, Ted y Eleanore se trasladaron a Tacoma, Washington, para vivir con unos parientes. Allí cambiaron sus nombres legalmente: Ted lo hizo por el de Theodore Robert Nelson, y su madre, por el de Louise Cowell. Un año después, Eleanore se casó con un cocinero del Ejército llamado Johnnie Culpepper Bundy, cuyo apellido tomó Ted. El matrimonio tuvo cuatro hijos, a los que Ted solía cuidar cuando

regresaba de la escuela.

Ted y su padrastro no tuvieron una relación normal padre-hijo. En realidad al único hombre que respetaba y admiraba Ted era a su abuelo materno, que vivía en Pennsylvania.

Durante su juventud Ted siempre se mostró muy tímido y era blanco frecuente de las burlas de sus compañeros de estudios. Intentando ignorar las humillaciones que sufría, logró mantener un alto promedio académico durante la primaria, la secundaria y la universidad.

Cuando se graduó de la secundaria, ganó una beca universitaria, y en 1966 viajó a Washington, donde hizo un curso intensivo de chino, conservando su alto promedio de notas académicas.

En 1967 un acontecimiento cambió para siempre su vida: conoció a Stephanie Brooks, una mujer sofisticada de una familia rica de California. Ted no podía creer que una persona de una clase social tanto más elevada que la suya pudiera interesarse en él. Aunque tenían grandes diferencias, les gustaba mucho esquiar, y fue durante uno de esos viajes que se convirtieron en amantes.

Stephanie fue la primera mujer de Ted, y juntos pasaron muchas horas haciendo vida de pareja. Pero Stephanie no estaba tan enamorada de él como él lo estaba de ella; deseaba a un hombre con futuro y Ted no respondía a sus deseos.

Después que el joven se graduó de la universidad en 1968, Stephanie decidió terminar la relación. Ted nunca pudo recuperarse del duro impacto, y el mundo se le vino abajo. Permaneció obsesionado con Stephanie, que con frecuencia le escribía, pero que no mostraba ningún interés en reconciliarse. Esta obsesión lo abrumó durante toda su vida y lo impulsó a consumir la serie de asesinatos que lo convirtieron en uno de los asesinos seriales más feroces de los Estados Unidos.

Para colmo de males, en 1969 Ted se enteró de que su «hermana mayor»

era, en realidad, su verdadera madre, y que sus «padres» eran sus abuelos. A partir de entonces, sufrió un drástico cambio. Pasó de ser una persona tímida e introvertida a tener un carácter dominante y decidido. Ahora Ted era un hombre que tenía un objetivo claro en mente. Estudió psicología, sobresaliendo como en todos sus estudios, se graduó con honores y fue uno de los estudiantes preferidos por los profesores.

En ese tiempo conoció a Meg Anders, con quien estuvo noviendo durante casi cinco años. Meg, que era divorciada, trabajaba como secretaria y era una muchacha algo tímida y reservada. Creyó encontrar en Ted la figura de padre ideal para su hija. Pero aunque estaba muy enamorada, Ted no se sentía preparado para el matrimonio porque quería alcanzar más logros en su vida. Ella sabía que Ted no correspondía a su amor porque estaba enterada de que frecuentaba a otras mujeres, pero pensaba que algún día iba a cambiar. Ignoraba su obsesión por Stephanie.

Entre 1969 y 1972 la vida de Ted pareció cambiar para su bien. Se puso en contacto con varias escuelas de abogados y, al mismo tiempo, ingresó al mundo de la política trabajando en la campaña para reelegir a un gobernador de Washington, posición que le sirvió para hacer buenos amigos en el partido republicano. También trabajó como voluntario en una clínica, y todo parecía ir por buen camino. Incluso le salvó la vida a un joven que estuvo a punto de ahogarse en un lago.

En 1973, durante un viaje de negocios a California para el partido republicano de Washington, Ted se reunió con Stephanie, que se sorprendió por su cambio: estaba mucho más maduro. La joven volvió con su antiguo amor. Pero luego de un invierno muy romántico, Ted cambió radicalmente su trato. Se convirtió en un hombre frío y apático, y en febrero de 1974, sin dar explicación alguna, desapareció de la vida de Stephanie. Comenzaba su plan de venganza: había rechazado a Stephanie como ella lo había rechazado a él una vez.

Un par de meses antes, el 6 de diciembre de 1973, una pareja de jóvenes encontró los restos de Kathy Devine, de 15 años, en el parque McKenny de Washington. El 25 de noviembre, unos amigos la habían visto por última vez haciendo autostop hacia Oregon. Su cuerpo presentaba un gran corte en la garganta y la chica había sido sodomizada. La investigación comenzó de inmediato, pero había escasas evidencias en la escena del crimen. Kathy no era la única que había muerto en esas circunstancias.

Un mes después ocurrió el ataque a Jeni Lonz, que pronto fue seguido por un ataque más espantoso. El 31 de enero de 1974, cuando Lynda Healy no apareció en su trabajo ni en su casa, su familia y sus amigos comenzaron a preocuparse. Los padres de Lynda llamaron inmediatamente a la policía, que encontró su camisón y su collar en un charco de sangre cerca de su cama. Pero ¿dónde estaba Linda? Los investigadores volvían a encontrarse sin pistas.

Durante ese verano, siete estudiantes más desaparecieron dentro de los estados de Utah, Oregon y Washington. Había una semejanza muy particular entre todos los casos: todas las mujeres eran blancas, de cabello largo y lacio, y con raya al medio.

La policía entrevistó entonces a los estudiantes de la universidad local y se enteró de que un hombre extraño con una prótesis de brazo o de pierna, con aspecto de extranjero, que parecía tener dificultades para cargar una pila de libros, había estado por ahí solicitando ayuda a las jovencitas que se encontraban cerca. Otros testigos señalaron que también habían visto a un individuo parecido pidiendo ayuda con su coche averiado en el campus universitario, cerca del área donde habían sucedido las desapariciones.

En agosto de 1974, en el lago Sammanish, la policía encontró cinco huesos de pierna, un par de cráneos y el hueso de una quijada. Con esos restos lograron identificar a Janice Ott y a Denise Naslund, que habían desaparecido el pasado 14 de julio. Los lugareños dijeron que habían visto pasar a Janice yendo a una merienda de campo, y que se le había acercado un hombre joven y

apuesto que le había pedido ayuda para cargar algo en su bote, debido a que tenía el brazo enyesado.

La última vez que vieron a Denise Naslund, corría al restaurante del parque un día que pasaba la tarde con su novio. En el trayecto, un hombre atractivo la detuvo para pedirle ayuda con su bote.

El jefe de policía, Louis Smith, de Midvale, Utah, tenía una hija de 17 años y le había advertido con frecuencia sobre los peligros que acechaban fuera del hogar. El hombre había visto demasiado en su trabajo y se sentía preocupado por la seguridad de su niña. Sus peores temores se confirmaron el 18 de octubre de 1974, cuando desapareció la muchacha. Nueve días después la encontraron estrangulada, violada y sodomizada.

Un amigo cercano de Meg Anders reconoció a Ted en un retrato hablado; el temor y la desconfianza se justificaban. Meg no podía creer que el hombre que ella había amado podía hacer cosas tan terribles. Algo vacilante, entró en contacto con la policía a finales de 1974. Su informe, junto con el de otras cinco personas, fue olvidado hasta algunos años después. La policía no molestó a Ted Bundy porque era un hombre respetable. Concentró su interés en investigar a otros sospechosos mucho más probables.

El 8 de noviembre de 1974 los investigadores consiguieron finalmente la pista que estaban buscando. En la tarde de ese viernes un hombre atractivo se acercó a Carol DaRonch, de 18 años, en una librería de Utah. El extraño le dijo que había visto a alguien tratando de robar el coche de la muchacha y le pidió que lo acompañara al estacionamiento para averiguar si le habían robado algo. Carol pensó que el hombre era un empleado de seguridad del almacén y lo acompañó. Cuando llegaron al coche le comunicó que todo estaba en orden y no faltaba nada.

No satisfecho, el hombre, que se identificó como el oficial Roseland, le propuso acompañarla a la estación de policía para presentar una denuncia contra el supuesto criminal. Ella dudó un poco, pero terminó considerando que

era su deber hacerlo. Cuando Roseland la llevaba en su Volkswagen, el automóvil comenzó a fallar repentinamente y el supuesto oficial descendió para revisar el motor. Carol comenzó a sospechar y le pidió su identificación. Él le indicó una tarjeta de crédito y rápidamente subió al coche. De inmediato lo puso en marcha y enfiló en sentido contrario a la comisaría. Unos metros más adelante frenó repentinamente.

Carol estaba paralizada por el terror. El «oficial de policía» la agarró y trató de esposarla. Carol gritó pidiendo auxilio, y el hombre amenazó con matarla si no se callaba. Carol intentó bajarse del coche y lo golpeó en la cara. El hombre tomó una palanca de mano y se dispuso a golpearla en la cabeza. El pánico se apoderó de la joven y, desesperada, comenzó a golpearle los órganos genitales con el pie. Así pudo bajarse del automóvil, y llamar la atención de una pareja de automovilistas. Carol gritó angustiada que el hombre del Volkswagen la había tratado de matar. La llevaron inmediatamente a la comisaría donde relató cómo había sido atacada por uno de sus oficiales. Pero no había ningún oficial de apellido Roseland y menos aún uno que respondiera a esa descripción. Entonces enviaron inmediatamente una patrulla al lugar de los hechos. Por fin la policía tenía la descripción del sospechoso, del auto que conducía y de su tipo de sangre: O positivo.

Esa misma tarde, Jean Graham, en la escuela secundaria de Viewmont, fue llamada por un hombre atractivo que le solicitó su ayuda para identificar un coche. Ella estaba muy ocupada para ayudarlo y lo rechazó. Más tarde el individuo volvió para requerir su ayuda nuevamente y ella lo volvió a rechazar. Algo anormal y huidizo en el hombre llamó la atención de Jean. Fue una suerte que no le prestara atención y que continuara concentrada en su trabajo.

El 12 de enero de 1975, Caryn Campbell, su esposo el doctor Raymond Gadowsky y sus dos hijos viajaron a Colorado. Caryn estaba ansiosa por pasar una temporada de vacaciones mientras su esposo asistía a un seminario.

Una noche, mientras Gadowsky esperaba con sus hijos a su mujer en el salón del hotel, ella desapareció. El doctor llamó a la policía y la buscaron por todo el edificio, pero no encontraron el menor rastro.

Casi un mes después y algunas millas más adelante de donde había desaparecido, unos trabajadores encontraron el cuerpo desnudo de Caryn a poca distancia del camino principal. La policía inició un minucioso rastillaje por las montañas donde se había encontrado el cuerpo. Dos días después encontraron otro más. Pertenece a Susan Rancourt, que había desaparecido el verano anterior.

Las montañas se habían convertido en el cementerio privado de un loco conocido como «Ted». Se hallaron dos nuevas víctimas, una de ellas era Lynda Ana Healy. Todas tenían contusiones severas producidas posiblemente por una palanca. La policía continuó buscando sin éxito al asesino. En total se descubrieron en Colorado cinco mujeres asesinadas del mismo modo.

La noche del 16 de agosto de 1975, en una carretera de Utah, un policía que patrullaba una carretera vio un Volkswagen que le pareció sospechoso. Se colocó detrás de él y puso las luces altas para ver mejor el número de la placa. El automóvil aceleró y el sargento comenzó a seguirlo. La patrulla del oficial Bob Hayward y otros dos policías motorizados cercaron al Volkswagen y lo obligaron a detenerse.

Los tres oficiales examinaron el vehículo, advirtieron que faltaba el asiento del pasajero, encontraron una palanca, una máscara de esquí, una cuerda y un alambre. El conductor fue arrestado, su nombre era Ted Bundy. Entonces, la policía comenzó a encontrar conexiones entre él y el hombre que había atacado a Carol DaRonch. Las esposas eran de la misma marca y modelo que las que el atacante había utilizado, su coche era similar al descrito por la chica, y la palanca hallada en el interior era similar al arma con la que DaRonch había sido amenazada.

También sospecharon que Ted era el culpable del secuestro de la hija de

Smith y de otras dos chicas llamadas Laura Aime y Debby Kent. Sin embargo, la policía no tenía suficientes evidencias para utilizar contra Bundy.

El 2 octubre de 1975, Carol DaRonch, Jean Graham y un amigo de Debby Kent fueron citados a la comisaría para identificar al agresor entre una formación de siete hombres, de los cuales uno era Ted Bundy. Los investigadores no se sorprendieron cuando Carol DaRoch señaló a Ted en la formación como su atacante. Jean Graham y el amigo de Debby Kent también señalaron a Ted como el hombre que habían visto errando en las cercanías del lugar donde había desaparecido Debby. Aunque Ted insistió en que era inocente, la policía supo que tenía al culpable.

A continuación se puso en marcha una investigación que confirmó todas las sospechas: Theodore Robert Bundy fue declarado culpable, aunque el número real de sus víctimas es un secreto que se llevó a su tumba.

En 2003 se estrenó en los Estados Unidos *Ted Bundy*, una película dirigida por Matthew Bright y protagonizada por Michael Reilly Burke, en el papel del siniestro personaje.

PETER SUTCLIFFE

El destripador de Yorkshire

Peter William Sutcliffe nació en Bingley, un condado industrial de Yorkshire, Inglaterra, el 2 junio de 1946. Fue el primer hijo de John y Kathleen Sutcliffe, quienes soñaban que fuese como su padre, un hombre vigoroso y sociable que adoraba practicar y mirar cualquier tipo de deporte, y juntarse con sus amigos a tomar cerveza en el pub local. Pero Peter terminó siendo muy diferente de su padre.

De niño era tranquilo y reservado, y prefería quedarse encerrado leyendo, antes que participar de los juegos ásperos de sus hermanos y hermanas menores. Intimidado por la masculinidad agresiva de John, encontró un refugio seguro en su madre, una mujer afectuosa y amable, que adoraba a sus seis hijos.

En la escuela, a la que detestó desde el primer día, Peter nunca intentó integrarse con los demás niños, pasando los recreos parado solo en un rincón, lejos de los demás. El colegio secundario no resultó mucho mejor. Fue blanco de graves intimidaciones, y hasta llegó a ausentarse durante dos semanas antes de que sus padres fueran informados de su ausencia. Había pasado ese tiempo escondido en el desván, leyendo historietas cómicas y libros a la luz de una vela.

Peter dejó el colegio definitivamente a los 15 años, sin tener claro qué quería hacer con su vida. Durante los siguientes dos años, saltó de empleo en empleo. Empezó ayudando a su padre en el molino donde trabajaba, pero pocas semanas después renunció para comenzar un aprendizaje de ingeniería,

que abandonó apenas a los nueve meses. Entonces consiguió trabajo en una fábrica, pero al poco tiempo lo dejó para emplearse como sepulturero en el cementerio de Bingley.

John Sutcliffe recuperó sus expectativas respecto de su hijo cuando Peter cumplió 18 años. Aunque sin igualar la pasión de su padre, comenzó a manifestar ciertas actitudes masculinas, como cabalgar y reparar motos. El único tema en el que aún no mostraba ningún interés eran las mujeres.

A los 20 años, mientras se encontraba con algunos amigos en el Royal Standard, un hotel en Manningham Lane, Peter se acercó a una joven por primera vez. Su nombre era Sonia Szurma, la segunda hija de María y Bodhan Szurma, dos inmigrantes checoslovacos que ahora vivían en Bradford. En poco tiempo comenzaron un largo noviazgo. Sonia quería ser maestra y para conseguirlo aún le faltaban ocho años.

En abril de 1973 la inestabilidad laboral de Peter pareció finalmente ceder cuando consiguió su primer trabajo fijo como guardia nocturno en la Britannia Works of Anderton International. En 1974, la presión familiar para que se casara con Sonia lo convenció de hacerlo, aunque aún no había juntado el dinero suficiente para alquilar una casa y Sonia no hubiera podido terminar sus estudios de maestra, debido a un episodio esquizofrénico que sufrió durante el segundo año del curso. Habiendo decidido vivir con los padres de la muchacha, la pareja se casó el 10 de agosto, el mismo día que Sonia cumplió 24 años.

Peter parecía ser una persona ejemplar, descrito por muchos como un buen trabajador y un esposo maravilloso. Pero había algunos que conocían el lado oscuro de Peter. Gary Jackson, que había trabajado con él en el cementerio, nunca había hablado sobre su placer de hacer travesuras mórbidas con los esqueletos y el hábito de robar los anillos de los sepultados. Robin Holland, su cuñado, que salía a menudo a beber con Peter por los barrios de prostitutas en Yorkshire, tampoco contaba que el joven Sutcliffe solía jactarse de sus

proezas con las chicas del área. Trevor Birdsall, amigo de Peter desde el tiempo que había conocido a Sonia y fiel compañero al volante cuando recorrían los barrios de prostitutas, nunca olvidó lo que pasó una noche de 1969 en Bradford. Durante una de esas recorridas, Peter lo dejó unos minutos en el automóvil. Cuando regresó le dijo que había probado golpear a una prostituta con un ladrillo oculto dentro de una media, pero que la media se había roto y el ladrillo había salido volando. A pesar de su extraño comportamiento, Trevor mantuvo su amistad.

El 4 de junio de 1975, dos días después de cumplir 29 años, Peter se regaló un Ford Corsair blanco con techo negro, pero conservó su primer automóvil, un Ford Capri GT verde. Al mes siguiente, comunicó a sus amigos y su familia la triste noticia de que Sonia tenía dificultades para quedar embarazada. Poco después del último aborto, Peter y Sonia se enteraron de que ella ya no iba a poder tener los niños que tanto deseaban. No mucho después Peter ejecutó el primera ataque que fue reportado.

El 4 de julio de 1975, Anna Patricia Rogulskyj, una atractiva rubia de 39 años, divorciada de su esposo ucraniano, discutió con su novio Jeff Hughes, con quién esperaba casarse en un futuro próximo. Ofendida, lo había dejado irse a beber a un club de Bradford. Sus dos amigas jamaicanas la fueron a buscar a su casa a la 1.00 de la madrugada y la llevaron a buscar a Jeff para que se reconciliaran. Hughes no estaba en el club. Anna se encolerizó y decidió volver caminando a su casa. Cuando intentaba abrir la puerta, Peter Sutcliffe saltó desde las sombras y le dio un salvaje golpe en la cabeza. Cuando Anna cayó inconsciente, él le aplicó dos golpes más con su martillo. Peter se detuvo un instante para recuperar el aliento mientras la sangre que manaba de las heridas de Anna se filtraba a través de los adoquines. Luego se inclinó, levantó la pollera de la mujer y le bajó los calzones. Guardó el martillo en un bolsillo, extrajo su cuchillo y descargó su ira con cada cuchillada atestada en el vientre.

La voz de un vecino lo paralizó. El hombre estaba parado en el callejón tratando de ver entre las penumbras, de dónde provenían los ruidos. Peter fue rápidamente hacia él para tranquilizarlo, diciéndole que todo estaba bien y que podía volver a su casa. El vecino accedió y se marchó. Peter acomodó la ropa de Anna y se fue tan furtivamente como había aparecido.

Anna fue encontrada y conducida a la sala de urgencias del hospital Aireadle. De allí fue transferida al General Infirmary, de Leeds, para realizarle una operación de emergencia que duró doce horas mientras le leían la extremaunción. Milagrosamente sobrevivió, pero su vida nunca volvió a ser la misma desde esa noche.

La policía estaba desorientada ya que el ataque no parecía tener motivo alguno. No había robo ni ataque sexual, y lo único que se tenía era una descripción vaga, dada por el vecino, de un hombre de entre 20 y 30 años, de un metro setenta de altura, que vestía una chaqueta deportiva.

Durante el mes siguiente, mientras que Peter buscaba trabajo como conductor, Sonia decidió completar sus estudios de maestra y se inscribió en el Margaret McMillan College, en Bradford. El viernes 15 de agosto, Peter llevó a su amigo Trevor Birdsall a Halifax, donde se emborracharon en varias tabernas. En una de ellas vio por primera vez a Olive Smelt.

Olive tenía 46 años y aprovechaba su noche libre de los viernes para encontrarse con sus amigas, mientras su esposo cuidaba de su hija Julie, de 15 años, y su hijo Stephen, de 9. Dos hombres bien conocidos por las mujeres las llevaron a sus casas. Olive fue dejada en Boothtown Road, a pocos metros de su hogar. Al mismo tiempo, Peter dejó a Trevor solo en su automóvil y mientras Olive se acercaba a su vivienda la atacó. Lo último que la mujer pudo recordar fue un fuerte golpe en la nuca. Peter volvió a golpearla en el piso y después la acuchilló en la espalda, justo sobre las nalgas. Nuevamente no pudo completar su tarea: un automóvil se acercaba rápidamente. Abandonó a Olive y retornó al coche donde Trevor lo esperaba. Habían pasado unos diez

minutos.

Olive fue llevada al General Infirmary, de Leeds. Una vez más, Peter había destruido la vida de una mujer.

En 29 septiembre de 1975, Peter Sutcliffe comenzó a trabajar como repartidor para una compañía de neumáticos. Exactamente un mes después, cometió su primer asesinato y comenzó su reinado de terror.

Wilomena McCann, que prefería ser llamada Wilma, era una fogosa escocesa de 28 años. Su cuerpo fue encontrado la mañana del 30 de octubre de 1975 tirado boca arriba en un terraplén de los campos deportivos Prince Phillip, de Scott Hall Road.

Wilma nunca llevó la vida ordinaria de cualquier esposa y madre; prefería la excitación de la vida nocturna de los hoteles de Leeds. La noche de su muerte, había dejado a sus cuatro niños a cargo de su hija mayor Sonje, de 9 años, para salir a beber. Nunca volvió.

El policía Dennis Hoban estaba a cargo de la investigación. Cuando el profesor Gee, el patólogo, completó su reporte, Hoban supo que Wilma había sido golpeada dos veces en la nuca y luego apuñalada en el cuello, pecho y abdomen quince veces. Ciento cincuenta policías salieron a la calle para llevar a cabo una interrogación exhaustiva, pero no averiguaron demasiado.

En 20 noviembre de 1975, el cuerpo de Jane Harrison, de 26 años, fue encontrado en un estacionamiento de Preston, Lancashire. La mujer había sido golpeada en la nuca con el taco de un calzado y muerta a patadas. Antes de abandonarla, el asesino la arrastró a los fondos del lugar, donde le sacó los calzones y le bajó el corpiño hasta descubrirle los pechos. Esta vez dejó rastros. El primero fue una marca de mordida profunda sobre un pecho, que reveló que tenía una brecha entre los dientes delanteros; el segundo fue una muestra de semen encontrado en la vagina y el ano de la mujer, que determinó que el grupo sanguíneo del asesino era del tipo B.

Peter Sutcliffe no volvió a cobrarse otra vida hasta enero de 1976. Emily

Monica Jackson, de 42 años, vivía con su esposo y sus tres niños en Back Green, Churwell, en los alrededores de Morley, al oeste de Leeds. Durante algún tiempo, los Jackson habían estado sufriendo problemas financieros, y Emily decidió ganar dinero a cambio de sexo. Su cuerpo mutilado fue encontrado poco después de las 8.00 de la mañana siguiente, tirado boca arriba con las piernas abiertas. Estaba casi totalmente vestida, solo le faltaba el corpiño y tenía los pechos expuestos. Había sido golpeada en la cabeza y apuñalada cincuenta y un veces con un destornillador Phillips. Peter dejó nuevas pruebas; Hoban dedujo que el asesino era el mismo.

El 5 de marzo de 1976, Peter Sutcliffe fue despedido de la empresa de neumáticos por llegar continuamente tarde. Dos meses después, alrededor de las 4.00 de la madrugada, Marcella Claxton, una prostituta de 20 años, volvía a su casa de una fiesta en Chapeltown, cuando fue abordada por un gran auto blanco de techo negro. Aunque esa noche no trabajaba, le pidió al conductor que la llevara a su casa. En lugar de eso, el hombre la llevó a Soldier's Field en las afueras de Roundhay Road. Ahí le ofreció cinco libras para bajar del vehículo y tener sexo sobre el pasto, pero ella rehusó la oferta.

Marcella descendió y fue detrás de un árbol para orinar. El hombre caminó hacia ella y la tumbó de un martillazo en la nuca. La muchacha quedó tendida en la hierba, sangrando pero consciente. El hombre permanecía cerca. Ella recordó claramente que su pelo y su barba eran negros y que se estaba masturbando mientras la miraba. El hombre volvió al vehículo para limpiarse las manos y al rato regresó. Se inclinó sobre la chica y le puso cinco libras en la mano advirtiéndole que no llamara a la policía hasta que él se hubiera ido en su coche.

Marcella llamó a una ambulancia. Le tuvieron que dar 52 puntos, y debió permanecer siete días en el hospital. El nacimiento de su hijo Adrian coincidió con el arresto de Peter Sutcliffe el 2 de enero de 1981, pero ni ese feliz acontecimiento pudo aliviar el dolor que sentía desde que había tenido la

desgracia de toparse con él.

Peter Sutcliffe fue arrestado en Sheffield en una requisita de rutina por posesión de matrículas de coche robadas. Estaba sentado cómodamente en su automóvil en compañía de una prostituta, y en la guantera del vehículo encontraron más de treinta armas utilizadas en sus crímenes. Acabó confesando de plano sus trece asesinatos, argumentando que estaba cumpliendo una misión divina desde los 20 años, momento en el cual había oído una voz en el cementerio donde trabajaba ordenándole limpiar las calles de prostitutas. Tres conocidos psiquiatras le diagnosticaron esquizofrenia paranoica. Fue sentenciado a cadena perpetua y encarcelado en el ala hospitalaria de la prisión especial de seguridad de Parkhurst, en la Isla de Wight. Ahí fue atacado por otro prisionero en 1983, que le cortó la cara con una taza rota. Tuvieron que darle 84 puntos y fue trasladado al pabellón de seguridad del Hospital Psiquiátrico de Broadmoor, en Berkshire.

En marzo de 1996 Peter volvió a ser atacado por otro paciente. Este intentó estrangularlo con el cable de un par de auriculares estéreo porque «detestaba estar encerrado con violadores».

El 10 de marzo de 1997 Peter fue apuñalado en ambos ojos por otro compañero residente. Se cree que Sutcliffe estaba en su habitación cuando Ian Kay, más conocido como «el asesino de Woolworths», atacó a Peter con un marcador de fibra de los que se usaban en las clases de dibujo del hospital.

Kay estaba encarcelado desde 1995 por un mínimo de veintidós años, porque en noviembre de 1994 había asesinado al salir de la cárcel a un gerente de Woolworths en el sudoeste de Londres. Había servido menos de tres años, de un total de una condena de ocho, por el intento de asesinato de otro trabajador en un ataque casi idéntico. El 28 de enero de 1998, Kay admitió acuchillar a Peter añadiendo que intentaba agregar un asesinato a su larga lista de pruebas de culpabilidad. Sin términos precisos, Kay dijo a la corte que estaba arrepentido de su intento fallido ya que debió haberlo

montado a horcajadas y estrangulado con sus propias manos. Después agregó: «Dios le dijo que matara a trece mujeres, y a mí el diablo me dijo que lo matara a él».

El estado mental de Peter Sutcliffe se ha deteriorado desde entonces. En el año 2010 el Tribunal Supremo británico rechazó la apelación de solicitud de libertad presentada por sus defensores, confirmando la cadena perpetua a la que fue sentenciado.

DAVID BERKOWITZ

El hijo de Sam

David Berkowitz, más conocido como «el hijo de Sam» o «el asesino del calibre 44», es otro de los asesinos en serie que ocupa un lugar destacado en los archivos policiales del mundo.

Nació en Brooklyn, Nueva York, el 1 de junio de 1953, bajo el nombre de Richard David Falco. Su madre, Betty Broder, estaba casada con Tony Falco, quien la abandonó tras el nacimiento de su hija Cecilia. Como nunca formalizaron el divorcio, Betty comenzó a frecuentar a Joseph Kleinman mientras estaba embarazada de David, obviamente hijo de Tony.

Cuando Kleinman se enteró del embarazo, exigió que Betty se deshiciera del niño para continuar la relación. Urgida por retener a su reciente conquista, Broder hizo los arreglos necesarios para que su bebé fuera adoptado al nacer. Afortunadamente una pareja judía buena que no podía tener hijos aceptó hacerse cargo del pequeño. Se llamaban Nathan y Pearl Berkowitz, quienes únicamente cambiaron el orden de los nombres de pila del recién nacido.

La infancia de David fue problemática: era hiperactivo y no estaba interesado en el estudio. De inteligencia superior al promedio, su físico era más corpulento que el de los chicos de su edad, y lo veían como un matón. Se sabe que era un entusiasta jugador de béisbol, siendo este el único aspecto positivo de su juventud. Por lo demás, se caracterizó por ser ratero y pirómano.

En 1967 tras varios años de luchar contra la enfermedad, la señora Pearl Berkowitz murió de cáncer de seno. Como nunca se le había informado a

David sobre los detalles ni el progreso de la enfermedad de su madre adoptiva, su desaparición lo tomó por sorpresa y lo afectó duramente. A partir de entonces, la vida en su casa se tornó triste y solitaria, ya que tenía una relación tensa con Nathan Berkowitz. Este se volvió a casar y poco después lo dejó a su suerte marchándose con su mujer a vivir a Florida.

Todo ello contribuyó a desarrollar en David una doble personalidad. Su comportamiento variaba constantemente, alternando momentos de extremada timidez, sentimientos de inferioridad y fuertes depresiones con arrebatos de ira y violencia extrema.

Mis padres estaban constantemente preocupados por mi comportamiento extraño. Sabían que yo vivía en un mundo imaginario y no podían hacer nada contra los demonios que me atormentaban y controlaban mi mente...

En 1971 David se alistó en el ejército, donde estuvo varios años. Ahí aprendió a manejar armas y escopetas, y se distinguió por su buena puntería. Sirvió en Corea y los Estados Unidos, y logró eludir combatir en Vietnam.

Cuando salió en 1974, comenzó el clásico patrón de la mayoría de los asesinos seriales del mundo, adoptando empleos menores sin enfocarse en nada en particular. Por esa época decidió buscar a su madre biológica y logró localizarla. Durante un corto tiempo visitó a su madre y a su hermana, quienes disfrutaban de su presencia. Pero al enterarse de los detalles escabrosos de su concepción y su nacimiento, se fue alejando de ellas hasta dejar de verlas por completo.

Cuando cumplió 23 años, con la intención de fortalecer su autoestima y al mismo tiempo vengarse de una sociedad en la que no terminaba de encontrar un lugar, se regaló un revólver calibre 44.

Y así fue como el entonces cartero regordete de aspecto inocente comenzó una serie de crímenes que aterraron durante un largo año a la ciudad de Nueva York, matando a seis personas e hiriendo a otras siete entre junio de 1976 y

agosto de 1977.

De acuerdo con la información proporcionada por él mismo, sus dos primeros ataques fueron con navaja. Las víctimas resultaron un par de mujeres que sobrevivieron a los ataques. No fue acusado por ninguno de estos dos episodios, y su valor es más que nada anecdótico.

El primer atentado serio ocurrió el 29 de julio de 1976 cuando, alrededor de la una de la madrugada, Donna Lauria, de 18, y Jody Valenti, de 19, conversaban dentro del auto de la primera, justo frente a su casa. Ya estaban despidiéndose cuando un sujeto se acercó al automóvil, sacó un arma de una bolsa que traía en la mano y disparó cinco tiros. Donna fue alcanzada en un brazo y el cuello. A pesar de que fue asistida por su padre, Mike Lauria, llegó muerta al hospital. Jody solamente recibió un balazo en la pierna. Los vecinos informaron de la presencia de un auto color amarillo que desapareció antes que llegara la policía. El atacante fue descrito como un hombre blanco de cabello rizado, de alrededor de 30 años. La policía pensó que se había tratado de una *vendetta* de la mafia. Por otra parte, las balas correspondían a un revolver calibre 44, arma usada específicamente para matar personas.

El 23 de octubre de 1976 le tocó el turno a la pareja integrada por Carl Denaro y Rosemary Keenan. Ambos habían salido de un bar cerca de las 2.30 de la madrugada y habían estacionado su Volkswagen rojo en una calle solitaria de Queens cuando Berkowitz apareció y confundió a Denaro con una mujer, debido a que llevaba el cabello hasta el hombro. De los cinco tiros únicamente uno le impactó detrás de la cabeza. Afortunadamente sobrevivió, y se le colocó una placa metálica para sustituir el hueso perdido. La señorita Keenan resultó ilesa.

Las siguientes víctimas de David fueron Donna DeMasi y Joanne Lomino. Ambas conversaban sentadas en el porche de la casa de Joanne cuando Berkowitz cruzó la calle dirigiéndose hacia ellas. Aparentaba buscar una dirección. Cuando estuvo cerca de ellas, sacó el arma de entre sus ropas. Las

mujeres apenas alcanzaron a girar hacia la puerta de la casa cuando fueron alcanzadas por los balazos. Ambas recibieron los disparos en la espalda, sin embargo fue Joanne quien quedó gravemente herida en la médula espinal y a la postre quedó confinada a una silla de ruedas. Las heridas de Donna no resultaron de gravedad. A pesar de que las descripciones del asesino no coincidían entre los diferentes testigos consultados, la policía determinó que el atacante podía ser el mismo que había protagonizado el episodio de Lauria y Valenti.

El 29 de enero de 1977 John Diel y Christine Freund acababan de salir de un bar a media noche y estaban dentro de su vehículo cuando fueron sorprendidos por un estruendo que rompió el vidrio de la ventana. Al instante, Diel, que no fue herido por la detonación, vio a su novia malherida con un balazo en la cabeza. Freund murió horas más tarde en el hospital. Aunque la policía detectó la conexión entre los tiroteos recientes y el hallazgo de balas calibre 44, el hecho de que las descripciones del asaltante difirieran entre los testigos hizo que se abstuviera de declarar que había un asesino serial acechando la ciudad.

La siguiente en cruzarse en el camino mortal de David fue Virginia Voskerichian. El 8 de marzo de 1977 al regresar a casa se lo topó en la calle. Cruzándose con ella y sin mediar palabra ni acto previo, David sacó su pistola y le disparó en la cabeza matándola al instante.

Este ataque sin sentido fue unido a la serie de episodios anteriores, básicamente con la evidencia de las balas calibre 44. Entonces la policía de Nueva York decidió organizar una fuerza operacional para atrapar al asesino. La Operación Omega fue anunciada el 14 de abril de 1977 y dirigida por el inspector Timothy J. Dowd. Tres días después David dio su siguiente golpe.

Las víctimas fueron Valentina Suriani y Alexander Esau, de 18 y 20 años respectivamente. La muerte los encontró sentados en su automóvil a las tres de la mañana, estacionados en la avenida Hutchinson River. En ese momento un

auto se colocó a la par del de ellos y el conductor les disparó dos veces a ambos. Ella murió en el lugar y él, poco después en el hospital. La policía encontró algo nuevo esta vez. El atacante había dejado una carta en la escena del crimen, dirigida al capitán de la policía, el comandante Borelli, firmada de la siguiente manera:

Soy un monstruo. Soy el hijo de Sam..., adoro la caza.

Psicólogos forenses analizaron la carta a fondo y determinaron que el tirador era un esquizofrénico que consideraba estar poseído por una entidad demoníaca. Se trataba de una persona extremadamente solitaria que seguramente tenía mucha dificultad para establecer relaciones, principalmente con las mujeres.

Publicada esta información, el equipo se vio desbordado por una marea de denuncias y de pistas falsas. Curiosamente todos parecían conocer al asesino y lo veían en algún vecino sospechoso que siempre llegaba tarde o en algún cuñado o conocido aficionado a las armas.

Gracias a la carta y a la publicidad obtenida, Berkowitz tuvo la osadía de enviar otra siniestra carta al periodista Jimmy Breslin del *New York Daily News*, agradeciéndole el interés que mostraba por los crímenes del asesino del calibre 44 y prometiéndole que seguiría teniendo noticias suyas, porque Sam el Terrible, cada vez más sediento de sangre, no iba a dejar de matar sino hasta quedar completamente satisfecho.

El 26 de junio de 1977 a las tres de la mañana, Judy Placido y Salvatore Lupo salían de la discoteca Elephas, ubicada en Queens, cuando fueron atacados dentro de su automóvil por el Hijo de Sam. Irónicamente la muchacha se encontraba hablando con asombro del asesino que assolaba la ciudad. Ella recibió tres balazos, y él, únicamente uno, pero afortunadamente sobrevivieron a sus heridas. Minutos después los detectives llegaron al lugar, pero no

podieron encontrar ninguna pista que les sirviera.

Al cumplirse el aniversario de los ataques que el Hijo de Sam perpetraba contra las parejas nocturnas de Nueva York, se esperaba un asesinato conmemorativo. Tanto la policía como los medios aguardaban aterrados, principalmente porque el operativo puesto en marcha no lograba dar con el asesino.

El 29 de julio pasó sin novedades, pero el 31 golpeó la desgracia. Stacy Moscovitz y Robert Violante acababan de salir del cine y charlaban amenamente en un automóvil estacionado en Gravesend Bay, en Brooklyn. Robert sugirió caminar por el parque, pero Stacy no estaba segura.

Una vez en la calle ella advirtió a una persona que los observaba y que, al sentir que había sido visto, intentaba alejarse. Asustada, la muchacha quiso irse, sin embargo Violante insistió en permanecer más tiempo. Fue un grave error. Él recibió dos tiros en el rostro; perdió un ojo y el 80 % de visión en el otro. Ella, a pesar de recibir atención médica de urgencia, sucumbió a sus lesiones en el cráneo. Tras el testimonio de un vecino y la acumulación de pistas contra Berkowitz, se montó un operativo de vigilancia a lo largo de la calle donde residía. Muy entrada la noche, un hombre robusto salió del edificio de departamentos y se dirigió al Galaxy color amarillo que estaba en la acera. Una vez dentro del automóvil la policía le cayó encima. Con calma y siempre con una sonrisa de idiota, David Berkowitz se rindió a las autoridades. Era el 10 de agosto de 1977. La pesadilla había terminado.

Naturalmente, David trató de alegar locura como todos los criminales de su tipo, afirmando que escuchaba la voz de un demonio de 6000 años reencarnado en Sam, el perro labrador de su vecino, que le ordenaba matar. Pero no lo logró. Los psiquiatras le diagnosticaron esquizofrenia paranoide con personalidad antisocial.

En junio de 1978 Berkowitz fue juzgado, declarado culpable y sentenciado a cumplir una pena de seis condenas de veinticinco años consecutivas en el

correccional de Sullivan, en Fallsburg.

Una vez en prisión Dave fue asaltado y herido en la garganta. Sobrevivió, pero desde entonces lleva tatuada una gargantilla de cincuenta y seis suturas en la garganta. En una de sus tantas declaraciones, Berkowitz confesó cómo había sido su experiencia dentro del mundo satánico:

Me fascinaban los temas relacionados con la brujería y el ocultismo. En 1975 conocí a unos tipos que parecían simpáticos. Eran satanistas. Ingenuamente me uní al grupo, y empecé asistiendo a los rituales. Al principio no era más que un simple participante, pero muy pronto me convertí en un verdadero adorador del diablo. Mi cuerpo y mente le pertenecían...; yo me estaba convirtiendo en una máquina de matar...

La policía neoyorquina ya venía sospechando que detrás de todos esos crímenes se encontraba una secta satánica, y que Berkowitz no era más que uno de los adeptos de más bajo rango al que simplemente usaban para mostrarse. Se trataría de una coartada perfecta para encubrir a los miembros de los rangos más elevados.

Asimismo, y como en la mayoría de estos casos, las mismas fuerzas de seguridad encargadas del caso se ocuparon de ocultar todos aquellos datos que relacionaban los crímenes con el satanismo, y recién fueron reveladas al público mucho más tarde gracias a las investigaciones del periodista Maury Terry.

En 1987 David sufrió un cambio radical. Se convirtió al cristianismo y se puso a trabajar por 21 centavos la hora como asistente mecanógrafo al servicio del capellán. En 1997 este hombre redimido escribió una serie de folletos religiosos que distribuyó entre todos los internos, y hasta envió una carta al *New York Daily News* manifestando:

La policía y los medios de noticias me llamaban «el hijo del Sam», pero Dios me ha

dado un nuevo nombre, «el hijo de la Esperanza», porque ahora mi vida se basa en la esperanza (...). Ya no seré el hijo del diablo.

En julio del 2006 le fue negada la libertad condicional, aunque Berkowitz no tiene deseos de salir de la cárcel porque sabe que no merece la libertad, y las autoridades tampoco creen que deba salir. Mientras tanto vive su nueva faceta religiosa como ministro y consejero espiritual en la prisión.

HAROLD SHIPMAN

El doctor Muerte

Harold Shipman nació en Nottingham, Inglaterra, el 14 de enero de 1946. Su madre murió de cáncer de pulmón en 1963, después de largos días de sufrimiento, apenas paliados por la administración de grandes dosis de morfina. Tenía 43 años. Dos años después Harold comenzó a estudiar medicina en la Universidad de Leeds. Por esa época también comenzó a salir con Primrose Oxtoby, la hija de un granjero.

Primrose quedó rápidamente embarazada y Harold decidió casarse durante su primer año de facultad. Terminó su carrera en 1970. Cuatro años después, mientras trabajaba como médico de familia en Todmorden, Lancashire, fue multado con 600 libras esterlinas por hacer recetas de morfina a sus pacientes y utilizar la droga para su propio consumo.

El descubrimiento de su adicción lo obligó a dejar el trabajo y la ciudad. En 1977 se instaló en el pueblo noroccidental de Hyde, cerca de Manchester, donde dieciséis años después consiguió abrir su propio consultorio, en el que atendía a unos 3000 pacientes.

Shipman era un hombre de pocos amigos, que podía volverse agresivo, pero, aun así, la mayoría de sus pacientes lo adoraban. Su aspecto inspiraba confianza: era un médico de mediana edad, pelo blanco, barba tupida, gafas de pasta oscura y mirada tranquila. Lo describían como una persona muy amable y modesta, sobre todo con los ancianos, ante quienes se mostraba como un amigo y un médico solícito a la vez. A muchos, incluso, les gustaba su manera de llamar a las cosas por su nombre. Como cuando Stephen Dickson le

preguntó un 28 de febrero sobre la esperanza de vida de su suegro, que padecía cáncer, y el doctor le contestó: «Yo no le compraría un huevo de Pascua». Él mismo se ocupó cuatro días después de materializar su predicción.

Sus víctimas eran pacientes con dolencias leves que le caían mal, enfermos crónicos y enfermos terminales. El procedimiento de eliminación siempre era el mismo. Shipman ubicaba a las víctimas preferentemente ancianas y solitarias, y con su barba cana y aires de indefenso intelectual se ganaba su confianza como doctor amable, hogareño y cariñoso, preocupado por su delicada salud.

En su propia clínica les inyectaba unas dosis enormes y fatales de diamorfina (para el vulgo, heroína) y presenciaba el espectáculo cruel de los cinco minutos que tardaba en producirse su desgarrador fallecimiento. Luego falsificaba los informes, y certificaba la defunción por causas naturales.

El número de crímenes aumentó con cada año que pasaba. En 1997 batió su récord criminal con treinta y siete asesinatos, según documentos oficiales. El propio Shipman extendió los certificados de defunción de todas sus víctimas, salvo en tres ocasiones. La mayoría de los pacientes fueron cremados, para lo cual un segundo médico debió haber confirmado las causas de fallecimiento, y toda esta documentación haber sido revisada por un tercer facultativo.

Shipman no ganaba nada con los asesinatos, más bien perdía clientela. En alguna ocasión llegó a pedir a los familiares que le regalaran objetos personales del fallecido: una máquina de coser, un mueble, un loro... Hasta que en 1998 cometió su único error al intentar falsificar torpemente el testamento de la exalcaldesa Kathleen Grundy, una paciente de 81 años a la que había asesinado y que poseía una fortuna de 386.000 libras esterlinas (unos 579.000 euros). No tuvo en cuenta que los dos hijos de la difunta se iban a sorprender cuando se enteraran de que el dinero y las posesiones que esperaban heredar habían ido a parar a otro bolsillo y que por lo tanto iban a

recurrir a la policía.

Shipman fue detenido y se inició la investigación.

A partir de entonces se comenzaron a exhumar cada uno de los cuerpos buscando indicios de dosis letales de drogas en ellos. Para evitar publicidad y multitudes, la policía realizaba las exhumaciones de noche, con un sacerdote como testigo. Todas correspondían a restos de pacientes mujeres de entre 49 y 81 años de edad. En los casi cincuenta casos de los pacientes que habían sido cremados, los investigadores tuvieron que deducir las características de las muertes a partir de las historias clínicas que archivaba Shipman y de los testimonios de sus familias.

En total se desenterraron nueve cadáveres, incluyendo el de la víctima más reciente, Marie Quinn, fallecida a los 67 años, y uno sepultado en la isla de Malta, en el Mediterráneo.

Cuando Shipman fue acusado del primer asesinato se puso a llorar como un chico.

Con el desarrollo de las investigaciones, los datos que paulatinamente se fueron recogiendo provocaron confusión respecto de la cantidad de víctimas. Aunque la policía de Manchester mantenía la reserva, sospechaba de ciento cincuenta casos..., pero podían ser más.

El experto en estadísticas, profesor Richard Baker, estimó en un primer momento que el médico británico había matado entre 200 y 300 de sus pacientes, pero luego se demostró que había 345 muertes más cuando se compararon las notas de Shipman con prácticas normales de cirugías similares. Sin embargo, un análisis más detallado de las circunstancias que rodearon cada muerte determinó que la cifra más probable era, en realidad, 236, tomando como patrón de cálculo los pacientes que murieron en la casa. Investigadores de la universidad de Leicester se basaron en factores tales como el tiempo de la muerte y si los parientes habían estado presentes en los decesos. Por ejemplo, muchos de los pacientes de Shipman parecían haber

muerto por la tarde, lo que era inusual. Para estos especialistas, el resultado fue otro.

Después de repasar toda la evidencia y sus propias historias clínicas, la policía y otras autoridades oficiales afirmaron que estaban convencidos de que había matado a no menos de 192 personas. Entre 1985 y 1998, el análisis del profesor Baker sugirió que más de la mitad de las 288 muertes atribuidas a Shipman eran «altamente sospechosas» y otro 14% era «moderadamente sospechoso».

Finalmente, un informe oficial del Gobierno británico señaló en 2002 que existía un mínimo de 215 víctimas (171 mujeres y 44 hombres, de entre 41 y 93 años) y la probabilidad de que esta cifra se elevara a 260. Se estudiaron más de 450 muertes en las que se sospechaba que el médico podía haber tenido alguna relación.

A lo largo del juicio la prensa pudo hacerse con algunas cartas personales de Shipman, y en ellas revelaba una clara dependencia psicológica de su mujer, cierta tendencia hacia la autocompasión y un evidente desprecio por los familiares de las víctimas. Nunca reconoció sus crímenes ni mostró arrepentimiento o remordimiento. Los psiquiatras que lo examinaron llegaron a la conclusión de que nunca hablaría de sus homicidios porque era incapaz de reconocerse culpable.

Nadie sabrá jamás por qué un afable médico de familia, felizmente casado y con cuatro hijos, terminó matando a centenares de pacientes.

Janet Smith, autora del informe oficial sobre los asesinatos, señaló que posiblemente Shipman era «adicto a matar». Smith añadió que «hay evidencias de que tiene una personalidad adictiva, y es posible que matar fuera una forma de adicción».

Su excompañero y médico forense John Pollar afirmó que, en su opinión, «simplemente disfrutaba contemplando el proceso de morir y gozaba con el sentimiento de control sobre la vida y la muerte».

El 13 de enero de 2004, el doctor Muerte apareció colgado en su celda de la cárcel de Wakefield, Inglaterra, donde cumplía su condena a cadena perpetua por el asesinato probado de 15 de sus pacientes. Las autoridades penitenciarias británicas abrieron una investigación y confirmaron que se trató de un suicidio. Shipman estuvo vigilado preventivamente durante su estancia en las cárceles de Manchester y Frankland para evitar que se suicidara — medida habitual entre los reos británicos que están condenados a cadena perpetua—, pero no en Wakefield, adonde había llegado el 18 de junio de 2003, debido a que según palabras de su portavoz, «no había mostrado, en absoluto, tendencias suicidas. Se portaba con toda normalidad... No había ningún indicio de que esto fuese a suceder, y él no había dado motivos de qué preocuparse».

Durante los últimos meses, su mal comportamiento había obligado a las autoridades a cambiarle su estatus y quitarle algunos privilegios: se llevaron el televisor de su celda y lo obligaron a vestir uniforme penitenciario. Pero eso nunca pudo empujarlo a quitarse la vida. La explicación tal vez pueda encontrarse en un reportaje que le hizo el *Times*, donde habló sobre la posibilidad de suicidarse para que su esposa cobrara la indemnización. Tras la muerte de Shipman a los 57 años, a su mujer le correspondieron 100.000 libras esterlinas (unos 150.000 euros), libres de impuestos, y una pensión vitalicia de 10.000 libras esterlinas (unos 15.000 euros) al año. Si el doctor Muerte hubiera fallecido después de cumplir 60 años, su esposa solo habría recibido 5.000 libras (unos 7.500 euros) anuales.

Los familiares de las víctimas no lamentaron en absoluto su desaparición, pero sí se mostraron en desacuerdo con la compensación económica a la viuda. La muerte de Shipman dividió a la opinión británica. Por un lado quedaron los que piensan que se debió evitar que se suicidara para que cumpliera su castigo y, por otro, los que se alegran de su muerte por el dinero que ahorra a los contribuyentes, que ya no tienen que costear su estancia de

por vida en la cárcel.

Aun muerto, el doctor Muerte no deja morir las controversias ni las expectativas de llegar a conocer alguna vez a cuántas personas mató.

JOSEPH FRANKLIN

El francotirador

Antiguo miembro del Ku Klux Klan y ferviente neonazi, Joseph Paul Franklin es la personificación del fanatismo absoluto. Creía fervientemente que los matrimonios entre blancos y negros eran un pecado contra Dios, y tomaba en sus manos la sagrada misión de castigar a los culpables. Desde su puesto de francotirador, disfrutaba disparándoles a las parejas interraciales y matándolas por deporte.

Entre sus atentados fallidos se cuenta el de Larry Flynt, editor de la revista controvertida *Hustler* y pilar de la Primera Enmienda de Derechos de la Carta Magna de los Estados Unidos, a quien dejó lisiado. El motivo: publicar en su revista fotos de blancos y negros todos juntos. Este asesino consumado también confesó haberle disparado al líder de los derechos civiles (y asesor del presidente Clinton), Vernon Jordan.

Nacido como James Clayton Vaughn, Franklin cambió su nombre legalmente en honor a Benjamín Franklin y al jefe de propaganda nazi, Joseph Goebbels. Desde julio de 1977 hasta septiembre de 1980, fue intensamente buscado por la matanza de al menos diecisiete personas: tres parejas interraciales, siete hombres y muchachos negros, dos turistas mujeres que viajaban por autostop, una adolescente blanca y un hombre judío. Además de estos crímenes probados, su frondoso prontuario se completa con dieciséis robos a bancos, dos ataques con bombas y la sospecha de ser responsable de otros cinco asesinatos en un raid delictivo impresionante que se extendió por once estados norteamericanos.

En 1977, Franklin, que solo sabía ganarse la vida robando bancos y vendiendo su sangre, decidió que ya era momento de iniciar su «gesta purificadora». En aquel tiempo pasaba sus días en Chattanooga, Tennessee, donde el mejor lugar que había para encontrar judíos era la sinagoga Beth Shalom.

Apelando a sus rudimentarios conocimientos técnicos y a la ayuda de algunas revistas de aficionados, armó una bomba. La hizo detonar en la puerta del templo, pero no logró herir a nadie, salvo provocar mucho ruido y unos pocos daños materiales.

En julio del mismo año tuvo su revancha. Perfeccionó el explosivo y se dirigió hasta Montana con la clara intención de volar la sinagoga de Clayton. Esta vez consiguió una víctima: Gerald Gordon, de 42 años, que justo pasaba por el lugar cuando la bomba estalló. Frustrado por su ineficiencia, Franklin consideró que como bombardero era un fracaso y que para cumplir con su misión debía tomar otras armas. Consiguió un rifle de alta potencia y regresó a Chattanooga.

En 1978 tuvo su bautismo de fuego. Desde hacía tiempo tenía entre ceja y ceja a William Tatum, un negro que concurría habitualmente al mismo restaurante que él, y solía estar acompañado por una mujer blanca. A la distancia suficiente y desde un escondite adecuado, le disparó. El impacto fue preciso y letal.

En 1979, Franklin vivía una ardorosa relación sexual con Mercedes Lynn Masters, una precoz quinceañera a la que le encantaba alardear sobre sus andanzas entre las sábanas. En una oportunidad le relató a Joe con lujo de detalles lo maravilloso que había resultado para ella tener sexo con un negro. Mercedes nunca cumplió los 16 años.

Poco tiempo después, aún afectado por la desilusión sufrida, descubrió que Harold McIver, un negro de 27 años, que trabajaba como gerente de un restaurante, tenía empleadas a niñas blancas. Su reciente experiencia le hizo

suponer que podía pasar algo con ellas y lo mató a tiros. Como también lo hizo con una pareja interracial en Madison, Wisconsin, y otra formada por Arthur Smothers, de 22 años, y Kathleen Mikula, de 16.

Trasladado a Salt Lake City, Utah, un día se cruzó por casualidad con dos hombres negros que hacían ejercicios aeróbicos junto a dos mujeres blancas. Para desgracia de ellos, Joe estaba armado.

Luego de estos asesinatos, pareció haber descargado toda su ira finalmente porque no se volvió a saber de él por mucho tiempo.

En 1980 dos adolescentes negros de 13 años, Dante Brown y Darrell Lane, se dirigían caminando tranquilamente hacia un minimercado de Johnston, Ohio, sesenta millas al este de Pittsburg. En su camino debían cruzar un puente de ferrocarril junto al que se erigía un terraplén. Lo que no sabían era que en ese lugar se encontraba Joe Franklin, agazapado con su rifle esperando alguna víctima al azar. El francotirador solo necesitó dos disparos. En la misma ciudad, a principios de junio de ese año, puso fin al romance de otra pareja interracial.

El día 25 del mismo mes, Nancy Santomero, de 19 años, y Vicki Durian, de 26, hacían autostop para llegar a un retiro de paz, en West Virginia, donde la Rainbow Family, una organización de hippies enfrentados al sistema, organizaba un promocionado campamento de fin de semana para todos los creyentes en la igualdad de derechos. Santomero recibió tres tiros en la cabeza y Durian dos en el pecho, todos efectuados desde corta distancia y con un rifle de alta potencia.

Como en otros casos similares, no se encontró ninguna arma en el lugar. Al menos siete hombres fueron imputados por la matanza, pero todos recobraron la libertad rápidamente al no hallarse pruebas en su contra. Después que el expediente fuera archivado y desempolvado varias veces, en enero de 1993 el residente de Florida, Jacob Beard, fue acusado de los asesinatos y condenado en primer grado, sobre la base del testimonio de varios testigos que lo

ubicaron con su camión de reparto rojo en la escena del crimen el día de la matanza.

Por entonces Joseph ya llevaba varios años entre rejas porque había sido arrestado en octubre de 1980, en Lakeland, Florida, acusado de muchos de sus delitos, pero de ninguno de sus asesinatos. Durante todo ese tiempo había tenido la prudencia de mantener la boca cerrada, y ni siquiera atinó a mencionar algo cuando Beard fue condenado en su lugar.

Pero en 1996 algo pasó por su cabeza, y dijo que estaba dispuesto a declarar «si lo interrogaba una investigadora blanca atractiva, tipo Jodie Foster en *El silencio de los inocentes*».

No le consiguieron la entrevistadora que pretendía pero habló de todas formas. Y no lo hizo con reticencias ni parquedades; se manifestó como un confesor compulsivo. Primero hizo una declaración detallada de las muertes de las dos mujeres que hacían autostop en 1980, y después confesó haber matado a Santomero y Durian. Los fiscales dijeron que el mapa que dibujó de la parte posterior de la escena del crimen era demasiado general, carecía de distintas particularidades del terreno y no corroboraba su confesión. Un vocero comentó: «Llegó solo hasta cierto punto y dejó de hablar. Ahora, nos está dando muchos detalles más...».

El oficial de la policía del estado, Thom Kirk, dijo: «Tal vez carezca por completo de credibilidad o tal vez la tenga en grado sumo... Estamos verificando los detalles que nos está dando y seguimos la pista hasta donde podemos. En ese momento, le entregaremos todo al fiscal».

En febrero de 1997 un tribunal de Missouri condenó a Joseph a la pena de muerte por atentado con bomba seguido de muerte en la sinagoga de Montana. Una vez leída la sentencia, el letal racista agradeció cortésmente al jurado por el «proceso justo» y añadió que, si no era ejecutado, desde luego podría matar de nuevo. Más tarde, y ya sin tantos testigos, le dijo a un policía que «quería matar la mayor cantidad de judíos posible, que despreciaba a los negros y que

tenía un odio especial por las parejas interraciales».

El 15 de abril de 1997, Franklin fue condenado por el gran jurado de acusación de Cincinnati por los asesinatos de los dos adolescentes negros en junio de 1980. Joseph se había inculcado de los crímenes durante una conversación con un fiscal ayudante de Hamilton County el 13 de abril. Las autoridades estuvieron mucho tiempo considerado que Franklin era el sospechoso, pero dijeron no haber tenido nunca suficiente evidencia para actuar y que, si no hubiera confesado, jamás se lo habría podido condenar.

El 4 de marzo de 1998, Franklin se declaró culpable de haber asesinado a un hombre negro en Chattanooga en 1978. Según el ayudante de fiscal de distrito, Joseph Rehyansky, Franklin, al que llamaba un «homicida retrasado mental», parecía estar pasando por «algún tipo de conversión religiosa rara».

El 2 de abril de 1998, Joseph, aparentemente embriagado en las mieles de la confesión, admitió los asesinatos de Mercedes Lynn Masters y del gerente del restaurante en 1979. El abogado de distrito del condado DeKalb, J. Tom Morgan, llamó a Franklin «el individuo más malo con el que me encontré alguna vez», y dijo que las matanzas fueron motivadas por odio racial.

Cuando Joe confesó los crímenes de Johnston, el fiscal de un distrito judicial, David Tulowitzki, dijo: «Nos dio información que solo pudo habernos entregado el autor de los crímenes, ya que no está en el papel que corroboró la evidencia física». El jefe de policía de Johnstown, Robert Huntley, le comentó a la prensa: «Pueden verlo ahora bastante tranquilo cuando describe los asesinatos... Va a estar un poco más nervioso en la silla».

Joseph Paul Franklin fue condenado a la pena de muerte en los estados de Utah, Wisconsin y Missouri por sus cuatro asesinatos interraciales y el de Gerald Gordon. En 2006 el juez federal de Missouri dejó su pena de muerte en suspenso debido a las controversias originadas por la ejecución por inyección letal. Dos años más tarde la Corte Federal de Apelaciones revocó esa decisión. En 2008 la Suprema Corte de los Estados Unidos decidió que el

método vigente de ejecución (la inyección letal) es constitucionalmente admisible, sentencia que reafirmó en 2010 desoyendo la posición de Missouri y dando continuidad al proceso. Mientras tanto Joseph continúa aguardando que se le comunique la fecha de su ejecución.

ANDREI CHIKATILO

El carnicero de Rostov

Conocido como el Hannibal Lecter soviético, este fecundo criminal, cuyo saldo criminal ronda las cincuenta y dos personas, provocó desconcierto y horror en las autoridades soviéticas durante más de diez años.

Vivió en Rostov del Don, una ciudad industrial a unas quinientas millas de Moscú, donde atraía a la mayoría de sus víctimas. En sus crímenes aberrantes era propenso al destripamiento, la mutilación, el canibalismo y el sadismo. Cuando fue detenido comentó: «Soy un error de la naturaleza, una bestia enfadada».

Andrei Chikatilo nació en Ucrania el 16 de Octubre de 1936, en una pequeña aldea agobiada por el hambre y la miseria. Millones de personas morían en las calles y en los campos, y sus cadáveres se amontonaban a la vista de los sobrevivientes que esperaban el momento en que se les unirían. Pero para el pequeño Andrei todavía había algo peor: escuchar junto a su hermana el relato acongojado de su madre repitiendo día tras día cómo su hermano mayor, Stepan, había sido raptado y devorado. Aunque la historia parezca truculenta y fantasiosa, no era inusual en aquellos duros años treinta. Si bien no existe ningún documento que informe acerca del nacimiento o la muerte de Stepan, la manera en que su madre la contaba parece dar cuenta de un hecho real. Aquella tragedia marcó para siempre a Andrei.

En la escuela su comportamiento era retraído; le resultaba imposible aceptar su miopía (sus primeros anteojos recién los tuvo a los treinta años), y el dolor que sufría le impedía madurar (hasta los doce años se orinó en la

cama). Era humillado constantemente por sus compañeros y cualquiera podía decirle lo que fuera. Andrei solo se limitaba a escuchar y aguantar. No resultó extraño que, con el tiempo, su personalidad se fuera forjando con las lágrimas contenidas y las injurias recibidas.

A medida que fue creciendo, fue volviéndose más tímido con las mujeres, hasta el punto de fracasar en su primer intento sexual: eyaculó en pocos segundos al abrazar a una chica. Entonces comenzaron a circular los primeros rumores sobre su impotencia.

Como todos los ciudadanos soviéticos, sirvió en el ejército y posteriormente se dedicó a estudiar con ahínco, tras lo cual obtuvo tres títulos: en Lengua y Literatura Rusas, en Ingeniería y en Marxismo-Leninismo.

En 1971 recibió un diploma universitario que acreditaba su formación como maestro. Ya en esa época sentía una creciente atracción por las niñas menores de 12 años, y se introducía en los dormitorios para verlas en ropa interior mientras se masturbaba con la mano dentro del bolsillo.

Tiempo más tarde se sumergió en el comunismo, pero su fijación con el dogma político imperante iba más allá de la convicción ideológica y se acercaba a la demencia.

A pesar de sus dificultades sexuales, Andrei contrajo matrimonio y, aunque le resultaba imposible mantener una erección, descubrió que podía eyacular. En una de las muy contadas ocasiones que logró alcanzar una relativa firmeza en su miembro, dejó embarazada a su mujer, aunque seguía pensando que la naturaleza lo había castigado castrándolo al nacer.

Como marido tenía un carácter estable y era trabajador; como padre, nunca necesitó levantarles la voz a sus hijos, y, como fiel miembro del partido, era un hombre respetado que se actualizaba permanentemente leyendo los periódicos. Moderado en sus costumbres, vivía con la rigurosa austeridad que correspondía a un verdadero hombre soviético.

En la escuela en la que trabajaba, sus alumnos no hacían más que burlarse

de él, lo apodaban «el ganso», porque los largos hombros encorvados hacían que el cuello pareciera más largo, y porque lo consideraban un idiota. Andrei jamás hizo nada por modificar esa situación, como tampoco lo hizo cuando empezaron a llamarlo «afeminado» o a pegarle tapándolo con una manta. Ni siquiera lo hizo cuando decidieron sacarlo de las aulas a patadas. Con el correr del tiempo les fue temiendo a sus alumnos cada vez más, llegando hasta el extremo de concurrir a dar clase armado con un cuchillo.

El 22 de diciembre de 1978, Chikatilo cometió su primer crimen; tenía 42 años. Aprovechando la experiencia que tenía comunicándose con niños, adquirida como maestro y educando a sus dos hijos, abordó a una niña de nueve años en la calle y la convenció de que lo acompañara a una cabaña que tenía en las afueras de la ciudad. Una vez allí la desvistió con tanta violencia que, accidentalmente, se hizo un corte que empezó a sangrar. El hecho le provocó una erección inmediata, y de esta manera se convenció del vínculo fatal entre la sangre y el sexo. Después de desnudar a la niña, sacó su cuchillo y se lo clavó en el estómago. Con cada puñalada notaba que se acercaba cada vez más al orgasmo, por lo que no pudo contenerse hasta alcanzar la eyaculación.

Su permanente flacidez y las burlas de las mujeres, que no hacían más que recordarle su impotencia, superaban su capacidad de tolerancia. Necesitaba satisfacer su necesidad sexual con la esperanza de poder ser igual que los demás. Pero sabía que no lo era.

Dos días después del primer crimen, la policía encontró los restos de la niña en el río Grushovka; y en las proximidades de la cabaña de Andrei, una gran mancha de sangre. Fueron a interrogarlo de inmediato, pero acabaron inculcando a otro agresor sexual, Alexander Kravchenko. Por la naturaleza paradójica de sus actos, Chikatilo se había convertido en un hombre dual. Por un lado, era el típico marido sumiso y asexuado que hacía todo (o casi todo) lo que la mujer le pedía (u ordenaba); por el otro, era un ser que no encontraba

placer en acariciar los genitales ajenos, sino en maltratarlos.

Por ese entonces, una acusación de haber abusado sexualmente de varios estudiantes le costó la expulsión del colegio donde trabajaba, pero rápidamente obtuvo un nuevo empleo en una fábrica que le permitía viajar constantemente. Esto lo ayudaba a alejarse de su mujer, que exigía disfrutar los placeres carnales con una frecuencia que él no podía complacer, aunque generara reiteradas discusiones en las que ella aprovechaba para echarle en cara su carácter sombrío y apático. Pero los viajes también tenían una ventaja: lo ayudaban a escoger sus nuevas víctimas.

Pasaron tres años antes de que Chikatilo cometiera su siguiente crimen. Su segunda víctima fue Larisa Tkachenko, de 17 años, a quien mató el 3 de septiembre de 1981.

En esta oportunidad había logrado convencer a la muchacha de ir al bosque para tener relaciones sexuales con él, pero cuando falló en el intento la chica se le rió en la cara. Esto lo enfureció, perdió el control, estranguló a Larisa y eyaculó sobre el cadáver. Luego, le mordió la garganta, le cortó los pechos, y en un arranque de furia se comió los pezones. A continuación, comenzó a lanzar aullidos bailando una danza de guerra alrededor del cuerpo. En ese momento comprendió que nunca dejaría de matar.

Los dos primeros asesinatos de Chikatilo sucedieron casi de casualidad. Es posible que en ambos casos sus intenciones fueran solamente de índole sexual. Los gritos de terror lo excitaban, pero era el asesinato en sí lo que para él representaba el verdadero acto sexual.

Su tercera víctima fue Lyuba Biryuk, a quien secuestró de una villa y acuchilló cuarenta veces en el bosque, además de mutilarle los ojos. Esta acción se convirtió en un rasgo común de sus asesinatos, algo así como su firma.

Chikatilo asesinó a otras tres personas ese año, entre ellas, su primera víctima masculina, Oleg Podzhivaev, de 9 años. El cuerpo del niño no fue

encontrado, pero Chikatilo afirmó ser el responsable de su muerte y haberle arrancado los genitales.

La prensa se hizo eco del horror que provocaba el asesino. El *modus operandi* era siempre el mismo: sus víctimas siempre se encontraban en los bosques, con indicios de violencia y sadomasoquismo, y en ocasiones les faltaban los miembros. Todos eran niños, niñas y mujeres jóvenes. Entre ellos había muchos que se habían escapado de su casa; pero también jóvenes con retrasos mentales, que se dejaban convencer fácilmente y agradecían cualquier ayuda, dados los problemas de transporte de la época.

En 1984 Andrei mató a quince personas. El tiempo entre sus asesinatos iba disminuyendo, mientras el número de sus víctimas iba creciendo. Chikatilo las elegía entre las multitudes de las estaciones de tren y paradas de autobús; con algún pretexto las convencía para que lo siguieran a alguna zona boscosa y, una vez allí, les asestaba entre treinta y cincuenta puñaladas. A casi todas les mutilaba los ojos, y a las adolescentes o mujeres jóvenes les seccionaba los pechos o los pezones, ya sea con sus afilados cuchillos o simplemente con los dientes. Les extirpaba el útero con tal precisión que todos los cirujanos de la provincia de Rostov pasaron a ser potencialmente sospechosos.

Mientras consumaba cada violación, se enfurecía tanto por llegar al orgasmo con rapidez que machacaba la cara de las víctimas a golpes. Para ocultar su impotencia, a veces con la ayuda de una ramita colocaba el semen en la vagina de la víctima. En el caso de los niños, los atacaba no bien quedaban a solas en el bosque. Les daba un golpe para aturdirlos, les ataba las manos y los marcaba con unos toques de cuchillo poco profundos para demostrarles quién tenía el control. Después los mutilaba a mordiscos, les cortaba los genitales o solamente les extirpaba los testículos, que guardaba como trofeo. En este caso también les arrancaba los ojos, tal vez para evitar encontrarse con sus miradas. La asombrosa alieneación de Chikatilo, lo impulsó, en algunas ocasiones, a realizar estas amputaciones cuando la víctima

estaba todavía con vida, aunque no consciente. En ninguno de los casos se encontraron las partes del cuerpo seccionadas en las cercanías de las escenas de los crímenes.

Andrei era un psicópata completo. Como si sus aberraciones no alcanzaran, también practicaba actos de canibalismo. En sus declaraciones confesó que le gustaba tragarse las partes del cuerpo más blanditas.

En 1981 consiguió el puesto de funcionario de abastecimiento en una fábrica, y el trabajo, que lo obligaba a recorrer una buena parte de la región, le proporcionaba una coartada perfecta.

En el transcurso de las investigaciones, el Instituto Serbsky, de Moscú, diseñó el perfil del asesino. Determinó que era un hombre de apariencia normal, probablemente casado, con un empleo regular, que tenía un vehículo. Por el esperma hallado en los cuerpos de sus víctimas, se determinó que su tipo de sangre pertenecía al grupo AB.

El 14 de septiembre de 1984, Andrei Chikatilo fue detenido en el mercado de Rostov, debido a que encajaba perfectamente con la descripción del asesino. Tras hacerle un análisis de sangre, esta resultó ser del grupo A. Inmediatamente fue puesto en libertad, habiéndole retirado los cargos y pedido disculpas.

Por entonces, los archivos de la policía acumulaban los datos de unos 26.500 sospechosos, que, si bien no sirvieron para dar con el verdadero culpable, al menos sí para limpiar la ciudad de homosexuales, como una forma de demostrar la moral soviética.

Cuando apareció el cadáver número treinta, los periódicos empezaron a publicar noticias del posible asesino serial, quien todos pensaban que padecía un retraso mental, a pesar de que la policía no estaba de acuerdo.

Al poco tiempo, Chikatilo volvió a ser convocado por la policía, esta vez, acusado de haber robado un rollo de linóleo de su oficina. Siete meses después, con el caso del robo aún pendiente, fue arrestado por

comportamiento impropio en la estación de autobuses de Rostov y sentenciado a quince días en prisión. Pero ahora los detectives ya comenzaban a sospechar que era el asesino, por lo que compararon su sangre con el semen encontrado en los cuerpos de las víctimas. Inexplicablemente, los tipos no eran compatibles. Chikatilo fue sentenciado a un año de cárcel por el robo del linóleo, pero el juez lo liberó antes de que cumpliera su sentencia. El carnicero de Rostov estaba libre otra vez.

El 17 de octubre de 1990, volvió a matar en un bosque cercano a la estación de Donlesjoz. Este crimen convocó a toda la policía local y a una fuerza antidisturbios de cien hombres.

Dos semanas después Chikatilo volvió a cometer un crimen. Esta vez fueron seiscientos los detectives enviados a investigar los bosques, donde montaron guardia grupos de tres o cuatro oficiales en los lugares más recónditos.

El 6 de noviembre de 1990, uno de esos detectives, el sargento Igor Rybakov, vio salir del bosque a un hombre con traje y corbata. Mientras observaba cómo se lavaba las manos en la fuente, advirtió que tenía un dedo vendado y una mejilla manchada de sangre. Le pidió los documentos y elevó un informe de rutina. Cinco días después apareció un nuevo cadáver en ese mismo lugar; se estimó que la persona había muerto alrededor de una semana antes.

Según las conclusiones, el homicida tenía que haber pasado por la estación; el culpable no podía ser otro que el sospechoso del informe de Rybakov. El fiscal general de la provincia de Rostov emitió una orden de detención inmediata contra Chikatilo, efectiva a partir del 20 de noviembre de 1990. Lo arrestaron ese mismo día bajo la sospecha de haber asesinado a treinta y seis víctimas, todas ellas mujeres y niños. Su esperma, aunque no su sangre, sí era AB. Mientras era trasladado por la KGB, con paso lento y senil, dijo: «¿Cómo le pueden hacer esto a una persona de mi edad?».

En los interrogatorios, Andrei afirmó que simplemente era un ciudadano

normal, que no había cometido ningún tipo de delito, y que era objeto de una persecución absurda por parte de la policía. El 27 de noviembre prometió que estaba dispuesto a aportar pruebas de sus crímenes si no continuaban presionándolo con los interrogatorios, que le recordaban los detalles.

Dos días después se derrumbó ante un psicólogo, a quién acabó confesándole cincuenta y tres asesinatos. A continuación, guió a los investigadores a los distintos lugares donde había consumado los hechos, con la esperanza de que el número de muertes lo convirtiera en un «espécimen de estudio científico», y escribió una declaración firmada para el fiscal general, que decía:

Me detuvieron el 20 de noviembre de 1990, y he permanecido bajo custodia desde entonces. Quiero exponer mis sentimientos con sinceridad. Me hallo en un estado de profunda depresión, y reconozco que tengo impulsos sexuales perturbados, por eso he cometido ciertos actos. Anteriormente busqué ayuda psiquiátrica por mis dolores de cabeza, por la pérdida de memoria, el insomnio y los trastornos sexuales. Pero los tratamientos que me aplicaron o que yo puse en práctica no dieron resultados.

Tengo una esposa y dos hijos y sufro una debilidad sexual, la impotencia. La gente se reía de mí porque no podía recordar nada. No me daba cuenta de que me tocaba los genitales a menudo, y solo me lo dijeron más tarde. Me siento humillado. La gente se burla de mí en el trabajo y en otras situaciones. Me he sentido degradado desde la infancia, y siempre he sufrido. En mi época escolar estaba hinchado a causa del hambre e iba vestido con harapos. Todo el mundo se metía conmigo. En la escuela estudiaba con tanta intensidad que a veces perdía la conciencia y me desmayaba. Soy un graduado universitario. Quería demostrar mi valía en el trabajo y me entregué a él por completo. La gente me valoraba pero se aprovechaba de mi carácter débil. Ahora que soy mayor, el aspecto sexual no tiene tanta importancia para mí; mis problemas son todos mentales.

En los actos sexuales perversos experimentaba una especie de furor, una sensación de no tener freno. No podía controlar mis actos. Desde la niñez me he sentido insuficiente como hombre y como persona. Lo que hice no fue por el placer sexual,

sino porque me proporcionaba cierta paz de mente y de alma durante largos periodos. Sobre todo después de contemplar todo tipo de películas sexuales.

La policía dedujo de esta declaración que el acusado trataba de buscarse una posible salida alegando enfermedad mental. No obstante, los psiquiatras del Instituto Serbsky lo veían como un sádico cuerdo, que no sufría ningún trastorno que pudiera impedirle reconocer que sus actos estaban mal y eran premeditados. Por esa razón, en octubre de 1991, dieron a conocer sus conclusiones, y diagnosticaron que el asesino estaba «legalmente cuerdo». El juicio de Andrei Chikatilo se inició en abril de 1992 y duró hasta octubre del mismo año.

Con la cabeza afeitada, el acusado presenció su juicio cercado dentro de un cubículo de metal. El primer día deleitó a los fotógrafos esgrimiendo una revista porno, pero más tarde, abatido, se quitó la ropa y meneó el pene gritando: «¡Miren que inutilidad! ¿Qué piensan que podía hacer con esto?».

Los jueces no dudaron en anunciar el veredicto, que ya tenían decidido desde un principio. El 15 de octubre de 1992, Chikatilo fue sentenciado a la pena capital y fue ejecutado en la prisión de Moscú el 16 de febrero de 1994.

Un documento bastante fidedigno de estos hechos se recoge en la película de Chris Gerolmo, *Ciudadano X* (*Citizen X*, 1995), protagonizada por Donald Sutherland y Stephen Rhea.

RICHARD CHASE

El vampiro de Sacramento

Richard Trenton Chase nació en 1950 y desde muy joven ya daba muestras de que algún día se vería involucrado en graves problemas. Las constantes peleas entre su padre alcohólico y su madre, que terminaron divorciándose, le provocaron serios traumas infantiles y desencadenaron una conducta psicótica. Alternaba periodos de apatía con otros de agresividad. Quienes lo conocían ya estaban acostumbrados a cruzarse de vereda cuando se topaban con él en la calle.

A los 21 años se fue de su casa para compartir un piso con amigos. Allí, continuamente drogado, empezó a obsesionarse con la idea de que una organización criminal nazi, que según él venía persiguiéndolo desde el colegio secundario, trataba de asesinarlo. Sus amigos, también afectados por las drogas, no le prestaban mucha atención y hasta les parecían divertidas sus fantasías hasta que, en un momento de lucidez, lo vieron clavando la puerta de su habitación con tablas, obligando a todo el grupo a entrar y salir de ella por un pequeño agujero que había hecho en el fondo de un armario de pared.

Poco tiempo después, se afeitó la cabeza y acudió asustado al médico para contarle que su cráneo se estaba deformando poco a poco y que los huesos le estaban agujereando la cabeza. A continuación, le dijo que sentía que se estaba muriendo porque alguien le había robado la arteria pulmonar, y que notaba que su sangre no podía circular como antes. Para no dejarle dudas al profesional cuando tuviera que diagnosticarlo, también le comentó que tenía el estómago dado vuelta.

Terminó internado en un psiquiátrico, del cual le dieron el alta poco tiempo después, a pesar de la opinión de algunos médicos que lo consideraban peligroso.

Solo una vez habría dejado de tomar la medicación que le habían recetado, y su conducta comenzó a empeorar aceleradamente. Creía que su sangre se estaba volviendo polvo y que necesitaba otra más fresca para sobrevivir. Entonces decidió inyectarse sangre de conejo y beberla, además de tragarse crudas las vísceras de animales.

Poco tiempo después cayó gravemente enfermo, probablemente a causa de su dieta particular, y los médicos, tras percatarse de su obsesión por consumir sangre, lo internaron nuevamente diagnosticándole una fuerte esquizofrenia paranoide, además de advertir conductas peligrosas.

Durante la internación de 1976, el personal del hospital descubrió un día dos pájaros muertos en la repisa de su ventana; luego lo vio deambular por los pasillos con sangre alrededor de la boca. Sorprendidos por este extraño comportamiento, decidieron apodarlo «Drácula».

En 1977 pareció que su delirio había sido finalmente vencido gracias a los milagros de la medicación, y se lo dio de alta del hospital para darles el lugar a pacientes más enfermos que él.

Un año después, de nuevo en la calle, quedó fascinado por las noticias sobre los crímenes de los asesinos Kenneth Bianchi y Angelo Buono. Guardó celosamente todos los recortes de prensa en los que se los mencionaba, y se compró una pistola calibre 22, dispuesto a imitarlos. Luego descuartizó a numerosos perros, gatos y vacas con el fin de beber su sangre y sus vísceras mezcladas con Coca-Cola, a modo de cóctel, convencido de que, debido a la falta de sangre, su estómago empezaba a pudrirse, su corazón disminuía de tamaño y el resto de los órganos se desplazan en su interior. Animado por la ingestión del maravilloso fluido rojo, Richie logró, finalmente, lo que tanto deseaba: se convirtió en vampiro.

A los 28 años, comenzó una serie de crímenes, disparando dos veces sin motivo alguno sobre un desconocido, y convirtiéndolo en la primera de sus víctimas.

Su segunda víctima, una joven de 22 años, fue salvajemente asesinada a pocos metros de su casa cuando estaba sacando la basura. Después de disparar tres veces sobre ella y de arrastrarla al interior de la vivienda, le abrió el vientre mientras agonizaba, le arrancó los intestinos y los esparció cuidadosamente por el suelo. Luego le cortó el hígado, el diafragma, un pulmón y los riñones, y los colocó encima de una cama. En un ataque de histeria apuñaló varias veces el cuerpo sin vida y, tras beber su sangre, se pintó la cara con ella. Finalmente, como toque final de su desquiciada obra, defecó sobre la boca del cadáver y abandonó la casa, satisfecho.

Cuatro días después cometió el más sangriento de sus crímenes entrando en una casa elegida al azar y disparándoles en la cabeza a una pareja de 27 años, un niño de 6 y un bebé de 22 meses. Tras llevar el cuerpo de la mujer a una habitación, sodomizó el cadáver, le arrancó un ojo y bebió su sangre. Momentos más tarde, fue sorprendido en su macabra carnicería por alguien que llamó a la puerta mientras vaciaba el cráneo del niño, y debió huir a toda prisa llevándose el cadáver del bebé.

La policía descubrió la matanza esa misma tarde y comenzó una serie de investigaciones por toda la ciudad, registrando cada uno de sus rincones, tratando de atrapar al psicópata asesino, que en su desorganización criminal había dejado huellas por todas partes.

Cuando tres policías llamaron a la puerta del Vampiro no obtuvieron respuesta, pero oyendo ruidos en el interior del departamento decidieron quedarse vigilando en las cercanías del edificio.

Convencido de que ya no había peligro, Chase salió un rato después de su casa con una caja de cartón bajo el brazo. Cuando vio a los funcionarios en la puerta, trató de huir desprendiéndose de la caja. Su contenido se esparció por

el suelo horrorizando a los policías: era ropa ensangrentada y trozos de cerebro humano.

El vampiro de Sacramento fue detenido de inmediato y los investigadores ingresaron a su departamento para registrarlo. Lo primero que encontraron, además de un espantoso olor a putrefacción, fueron manchas de sangre que lo cubrían todo, huesos humanos en la cocina y el salón, un plato con restos de cerebro encima de la cama y la heladera repleta de recipientes con órganos humanos y animales.

En el juicio, Chase intentó inútilmente justificar sus macabros crímenes diciendo que unas voces de seres extraterrestres y de otras criaturas misteriosas lo acosaban continuamente obligándolo a matar. Durante la entrevista psiquiátrica efectuada durante el proceso dijo lo siguiente:

A veces oigo voces por teléfono...; ignoro qué voces..., amenazas. Suena el teléfono y alguien me dice cosas extrañas..., que mi madre me envenena poco a poco y que me voy a morir. Me siento observado [...], sé que alguien me vigila. [...] Si devoré a esas personas fue porque tenía hambre y me estaba muriendo. Mi sangre está envenenada y un ácido me corroe el hígado. Era absolutamente necesario que bebiera sangre fresca...

Finalmente, en mayo de 1978 Richard Trenton Chase fue condenado a morir en la cámara de gas de la prisión de San Quintín, aunque esta ejecución nunca pudo llevarse a cabo porque Richard se anticipó, suicidándose pocos meses después en su celda de Vacaville, con una sobredosis de antidepresivos poco después de la Navidad de 1980.

AILEEN WUORNOS

La doncella de la muerte

Lee Wuornos podría ser considerada la santa patrona de las prostitutas muertas. Despreciada por su padre y por su abuelo, el odio de Aileen hacia los hombres fue más allá de los sentimientos de cualquier lesbiana que siente aversión hacia el sexo masculino. En 1989 y 1990 mató a siete personas mayores, a quienes dejó desnudas junto a sus condones llenos de esperma, y se convirtió en una de las pocas mujeres incluidas en la lista negra de asesinas seriales. Hasta último momento clamó su inocencia, alegando que sus homicidios habían sido «en justa defensa propia». Fue condenada a seis sentencias de muerte, y durante más de una década esperó pacientemente su destino en la cárcel, donde, mientras tanto, «encontró a Cristo».

Aileen Wuornos nació en 1957 y fue la segunda hija del difícil matrimonio entre el sociópata y pedófilo, Leo Dale Pittman, y Diane Wuornos, su esposa quinceañera. La unión apenas duró dos años, y en 1960, Diane, incapaz de enfrentar la responsabilidad de ser madre, abandonó a Aileen y a su hermano Keith con sus abuelos maternos, Lauri y Britta Wuornos, quienes los educaron como si fueran sus propios hijos en Troy, Michigan.

Aileen se enteró de su verdadero parentesco recién a los 12 años, cuando supo que su verdadero padre se acababa de suicidar en la cárcel, donde cumplía condena por el abuso de menores. Esta noticia, sumada al entorno de por sí difícil en el que vivía —Lauri era excesivamente autoritario y tenía una descontrolada afición por la bebida—, la impulsó a descarriarse definitivamente.

A los 14 años Aileen quedó embarazada (supuestamente a causa de una violación), por lo que fue enviada a un hogar para madres solteras. Allí mostró un comportamiento hostil durante su estancia y, finalmente, en enero de 1971, dio a luz a un niño que fue inmediatamente dado en adopción. En julio de ese año murió su abuela Britta, por lo que Diane les propuso a Aileen y Keith que se mudaran a Texas con ella.

Ante la perspectiva de tener que volver a acatar reglas familiares, Aileen y Keith rechazaron la oferta. Aileen dejó la escuela y se dedicó a la prostitución.

Algunos años después Keith murió de cáncer de garganta, y Aileen se dirigió a Miami, donde conoció a un hombre mayor llamado Lewis Fell, con quien se casó. Naturalmente, el matrimonio estuvo lejos de ser armonioso y, después que Aileen fuera arrestada por un incidente violento que protagonizó en Michigan, Fell consiguió una orden de anulación. Keith falleció antes de que se hiciera efectivo su reclamo, y Aileen se encontró inesperadamente beneficiada por un seguro por 10.000 dólares, una suma que apenas le duró dos meses.

Aileen retomó el único oficio que conocía; durante una década tuvo relaciones de corta duración y se vio involucrada en una serie de delitos menores que terminaron llevándola a la cárcel por un frustrado intento de asalto a mano armada.

Recobrada su libertad, se dedicó de nuevo a la prostitución, esta vez en las carreteras, acompañando a los camioneros durante sus trayectos. En 1986 su vida cambió radicalmente cuando conoció a Tyria Moore, una lesbiana de 24 años, en un bar gay de Daytona. Su relación, a pesar de que terminó enfriándose con el tiempo, duró cuatro años, durante los cuales Aileen mantuvo económicamente a Tyria.

Con el paso del tiempo, su mercado como prostituta comenzó a disminuir, y se le hizo cada vez más difícil conseguir dinero. Su resentimiento y odio

contra los hombres creció y se volvió cada vez más violento, por lo que comenzó a llevar una pequeña pistola calibre 22.

En noviembre de 1989 Wuornos conoció a Richard Mallory, de 51 años, el propietario de un comercio de electrónica de Clearwater, cuyo automóvil fue hallado abandonado en el bosque al día siguiente con una billetera vacía, media botella de vodka y un paquete roto de preservativos en su interior. Doce días después el cuerpo en descomposición de Mallory fue hallado en un basural de Volusia County; su cadáver presentaba impactos de bala calibre 22.

En los meses siguientes la policía descubrió otros seis cuerpos de hombres adultos con las mismas características.

Finalmente, Aileen fue vista el 9 de enero de 1991 en el automóvil robado de una de las víctimas, y la policía la detuvo de inmediato, junto con Tyria Moore, en un bar para motociclistas llamado El último refugio (Last Resort), en Harbor Oaks, Florida, donde una placa de su arresto ahora cuelga en la pared.

Una vez detenida, «la doncella de la muerte» confesó sus siete asesinatos, alegando, en todos, defensa propia. Fue condenada por matar a Mallory y absuelta de sus asesinatos en Marion, Dixie, Pasco y los condados de Citrus.

Esta incriminación despertó polémicas, y varias agrupaciones intentaron conseguir su absolución convencidas de que la mujer no mentía cuando decía que todos esos hombres la habían violado o intentado violar, y que si los mató había sido en defensa propia.

En el juicio aseguró que en el momento de los crímenes había estado trabajando como prostituta de carretera, y que, en todos los casos, habían sido los hombres quienes la habían elegido a ella para atacarla violentamente violándola y sodomizándola.

Aileen tuvo muchos otros clientes durante ese período y nunca le hizo el menor daño a ninguno. Incluso muchos de esos clientes, que testificaron en el juicio, la apoyaron jurando ante los jueces que habían pasado días o semanas

con ella y que nunca los había agredido o amenazado.

Los abogados de la defensa basaron sus argumentos en una serie de estudios y estadísticas sobre un grupo de prostitutas que explicaban por qué estas mujeres tenían más posibilidades de ser violadas que las mujeres que ejercen otros trabajos (en el caso de las primeras, sucede un promedio de treinta y tres veces por año). Además, la policía nunca o casi nunca se molestaba en investigar las agresiones que sufría ese grupo marginal, y menos los crímenes, atribuidos al consumo o al tráfico de estupefacientes o al ajuste de cuentas.

Aileen Wuornos solo fue procesada una vez por el asesinato de Richard Mallory, pero se la declaró culpable de seis asesinatos.

En su confesión, grabada en una cinta de video —el testimonio más importante del juicio—, Aileen mencionó más de sesenta veces que había actuado en defensa propia.

En un primer momento se dijo que Mallory no tenía ningún antecedente por delitos de violencia sexual, pero poco después se demostró que había sido declarado culpable de tentativa de violación en Maryland, y que había amenazado golpear a otras mujeres. Estos testimonios no fueron presentados en el juicio, sino ocultados a los jueces. Cuando estas evidencias fueron por fin presentadas, el juez las declaró inadmisibles por que ya era demasiado tarde.

Los abogados del primer juicio tampoco interpellaron a varios testigos que habían ofrecido información que corroboraba el testimonio de Wuornos. Finalmente, y para colmo de injusticias, el abogado Steven Glaser le aconsejó no pedir ningún recurso a los cinco cargos de asesinato sin antes afianzar una oferta en la sentencia o ser informada de todos sus derechos.

Los fiscales hicieron repetidas referencias a las relaciones sentimentales de Aileen y Tyria Moore (quien incluso declaró en su contra), y, aunque ella no se consideraba lesbiana, el puritanismo de una parte de la sociedad la condenó de antemano.

En sus declaraciones, la acusada dijo que todo había empezado cuando salió a buscar desesperadamente a un cliente porque temía estar a punto de perder a Tyria, y necesitaba juntar 200 dólares para pagar el alquiler.

Billy Nolas, que representó a Wuornos en el juicio, dijo que padecía de un desorden de personalidad a causa de negligencia y abuso sexual en la niñez. «Es la persona más desequilibrada que he representado», señaló. Nolas dijo también que creía que Mallory había violado a Wuornos y con ello la había llevado al límite.

«Era una homicida depredadora —dijo de ella John Tanner, el otro abogado de la defensa en 1992 durante su juicio en Daytona Beach—. Se parecía a una araña en un extremo de su tela, esperando a su presa: los hombres». Cuando se le preguntó por las matanzas en su examen de competencia, Tanner dijo que la acusada contestó: «Yo realmente estaba cansada de todo. Estaba harta de los tipos».

Más tarde, Aileen se retractó ante la Corte diciendo que quería hacer las paces con Dios. «Soy alguien que odia la vida humana de verdad y mataría de nuevo».

Wuornos fue sentenciada a seis penas de muerte por sus asesinatos en 1989 y 1990, y pasó una década en el pabellón de la muerte de Florida. El 18 de abril de 2000 la asesina serial condenada dijo que quería un nuevo juicio cuando se declaró su culpabilidad en 1992 por la muerte de Charles Carskaddon en Pasco County. Alegó que el abogado del juicio había estado mal preparado para representarla. Joseph Hobson, un abogado de la oficina colateral de la capital de Florida, presentó la apelación al juez Wayne Cobb. Hobson dijo entonces que el abogado de Wuornos de aquel momento, Steven Glazer, no tenía ninguna experiencia en casos de pena capital. Glazer habría realizado un acuerdo por miles de dólares con algunos medios para que entrevistaran a su cliente, y Wuornos fue filmada fumando marihuana en prisión por el productor cinematográfico Nick Broomfield, para un documental

británico.

Wuornos también le preguntó a un juez en Daytona Beach si se podía invertir su prueba de culpabilidad para el juicio sobre la muerte de Richard Mallory, debido a que también en ese juicio la habían mal aconsejado.

Sin embargo, Aileen declaró posteriormente: «Me corre tanto odio por las venas que si me dejan viva, aunque sea cumpliendo cadena perpetua, mataré otra vez». Pidió al juez que no malgastara el dinero de los contribuyentes. Luego despidió a sus abogados y retiró todas las apelaciones de su condena.

Su caso atrajo la atención de numerosos grupos de activistas contra la pena de muerte, que hasta el día de la ejecución se congregaron en los alrededores de la prisión estatal de Starke, al norte del estado de Florida. Le dijeron a los medios que Aileen Wuornos no debía ser ejecutada, porque «estaba loca». Según los activistas, una persona en ese estado mental debía ser internada en un establecimiento psiquiátrico, acaso de por vida, pero no ser sometida a la pena de muerte.

La Corte Suprema del Estado rechazó dos intentos que se hicieron el día anterior a la ejecución para que esta no se llevara a cabo. Uno, de un apoderado de Tampa, que expresó «intereses serios» sobre la competencia de Wuornos, y el otro, de un grupo de Ohio que quería presentar una apelación en beneficio de ella.

El abogado Raag Singhal, de Fort Lauderdale, escribió una carta a la Corte en la que expresaba «serias dudas» sobre la condición mental de Wuornos. El gobernador Jeb Bush decretó un aplazamiento y ordenó un examen mental, que canceló él mismo cuando los tres psiquiatras que la entrevistaron concluyeron que comprendía perfectamente por qué se la iba a ejecutar. El abogado John Tanner, que vio a los psiquiatras mientras la entrevistaban durante treinta minutos, dijo que había comprendido todo y estaba lúcida.

Si bien es cierto que casi no hay dudas de que Aileen Wuornos haya cometido los asesinatos que se le imputaron, también es cierto que hubo una

gran cantidad de irregularidades durante su juicio, como informes de vandalismo en la casa de la asesina; el robo de los archivos del caso; amenazas de muerte a Brian Jarvis, el único abogado que se atrevió a cuestionar la conducta de sus colegas en el juicio; y el hecho de que antes de que fuera arrestada, los abogados del alguacil de Volusia ya hubiesen negociado los contratos para el libro y la película sobre su caso.

El miércoles 9 de Octubre de 2002, a las 9.47 de la mañana, Aileen Wuornos fue ejecutada en la Prisión Estatal de Florida. La sentencia se llevó a cabo por medio de inyección letal, un cóctel que contiene pentotal de sodio, bromuro y cloruro de potasio. Wuornos tenía 46 años en el momento de su muerte y se convirtió en la segunda mujer que fuera ejecutada en Florida (la décima en los Estados Unidos) desde que se restableció la pena de muerte en 1976, según el Centro de Información de Penas Capitales. La primera fue Judy Buenano, en 1998, por envenenar a su marido.

Los testigos del ajusticiamiento declararon que la mujer tenía la mirada perdida y que estaba fuera de la realidad cuando se encontraba atada a una camilla y cubierta con una sábana que solo dejaba ver la cara y los pies.

Antes de recibir la inyección, dijo de forma inconexa: «Solo quiero decir que zarpo con La Piedra (Jesucristo) y que volveré como *El Día de la Independencia* (¿la película?), el 6 de junio, con Jesús, con la nave (espacial) principal y todo... Volveré».

Y volvió personificada por Chalize Theron en la película *Monster* (2003), de Patty Jenkins, en una actuación que le valió el Oscar como Mejor Actriz.

THEODORE KACZYNSKI

Unabomber

Theodore Kaczynski nació en la populosa y ultraindustrializada ciudad de Chicago el 22 de mayo de 1942. Desde niño soñaba con alejarse de ese mundo altamente tecnificado y superpoblado para irse a vivir a una sencilla cabaña en medio de la naturaleza. Tenía un hermano menor, David, que siempre intentó imitarlo pero que terminó siendo quien finalmente lo denunció. Su madre, Wanda, enviudó en 1990 cuando su marido, Richard, se enteró de que tenía un cáncer terminal y se suicidó.

Theodore tuvo una infancia normal, estudió esforzadamente hasta alcanzar el título de profesor de Matemáticas, y logró una cátedra en la Universidad de California. Si bien su vida no era muy envidiable, por lo menos transcurría sin sobresaltos.

En 1970 decidió romper drásticamente con la civilización y comenzó su «cruzada» personal contra el progreso. Se fue a vivir completamente solo a una cabaña en las montañas de Montana, y desde 1978 hasta 1995 se convirtió en el hombre más buscado de Norteamérica, tras colocar dieciséis bombas, que dejaron un saldo de tres personas muertas y veintiocho heridos.

Su fundamento era luchar por el regreso a la «vida salvaje» a través de «una completa y permanente destrucción de la sociedad industrial moderna en cada rincón del mundo». Argumentaba que el progreso nos iba a destruir a todos y que con sus atentados pretendía llamar la atención de las principales personalidades y empresas para que tomaran conciencia de hacia dónde nos llevaban.

Theodore alcanzó el primer lugar en la lista de los terroristas más peligrosos del mundo, y su cabeza llegó a valer un millón de dólares. Un equipo de especialistas del FBI interrogó a 10.000 sospechosos, y el Gobierno gastó 50 millones de dólares en un intento infructuoso por detenerlo. Durante la búsqueda, los investigadores federales tuvieron que admitir que era demasiado inteligente y un experto en el manejo de explosivos.

Realizó la prueba piloto armando el dispositivo en una caja de cigarrillos que contenía cabezas de fósforos y detonadores. Esta minibomba fue encontrada en el estacionamiento de la Universidad de Illinois (Chicago) el 25 de mayo de 1978. El pequeño artefacto explosivo había sido ideado para asustar a un profesor del Instituto Politécnico de la universidad, pero, por algún motivo, fue reenviado a la Universidad de Northwestern, donde explotó hiriendo a un vigilante de seguridad del campus, que abrió el paquete al considerarlo sospechoso.

El segundo dispositivo también estalló en la Universidad de Northwestern, esta vez sin errores por parte del correo, el 9 de mayo de 1979, e hirió levemente a un estudiante.

Si bien los dos atentados alertaron a la policía, no se les dio la debida trascendencia, ya que se habían concentrado en un solo lugar y no habían tenido gran potencia. Fue la explosión de la tercera bomba la que obligó al FBI a involucrarse en el caso. Colocada en la «panza» de un Boeing 727 que realizaba un vuelo comercial entre Chicago y Washington el 15 de noviembre de 1979, la bomba se activó con un barómetro casero que había sido modificado para funcionar como un altímetro. Cuando el avión alcanzó los 35.000 pies de altura, el dispositivo completó un circuito eléctrico que encendió una masa de pólvora. La bomba casera comenzó a arrojar humo profusamente en el compartimiento de carga y de ahí se propagó por toda la nave. Los pasajeros boqueaban desesperados intentando respirar, cuando las máscaras de oxígeno salieron para auxiliarlos, y la tripulación debió realizar

un aterrizaje forzoso en el Dulles International Airport, de Virginia.

Tanto los pasajeros como la tripulación fueron evacuados por la puerta de emergencia, y doce de ellos fueron trasladados al hospital para ser tratados por inhalación tóxica. Cuando los investigadores emprendieron la tarea de buscar el origen de la explosión, descubrieron una bomba casera, armada en una caja de madera, que había sido enviada por correo aéreo desde Chicago. Como el bombardero no podía saber en qué vuelo iba a ser transportado su paquete, las autoridades llegaron a la conclusión de que no era un ataque específico sobre American Airlines.

Este atentado derivó en que se terminaran divulgando los dos primeros, y se estableciera una conexión entre los tres, lo cual impulsó al Gobierno Federal a iniciar una larga y desalentadora búsqueda del loco que andaba repartiendo explosivos por todo el territorio norteamericano.

Como era de esperarse, esta investigación no le preocupó en lo más mínimo a Theodore Kaczynski, que envió el 10 de junio de 1980 un libro bomba a Percy Wood, el presidente de United Airlines, que le provocó heridas. El ataque a Wood llevó al FBI a bautizar al misterioso bombardero con el nombre policial de «Unabomber» («Un» proviene de «University» y de «United Airlines», los objetivos iniciales de sus ataques).

La quinta bomba fue colocada en una clase de la Universidad Empresarial, de Utah, el 8 de noviembre de 1981, sin causar heridos; dos meses después estalló la sexta, que hirió a una académica de la Universidad de Vanderbilt, en Nashville, el 5 de mayo de 1982.

El 2 de julio del mismo año, Unabomber puso una nueva bomba en la Universidad de California y, durante la semana de vacaciones, dejó otro de sus paquetes en el suelo de la cafetería del Departamento de Ingeniería, del Campus de Berkeley. En aquella oportunidad, un profesor de electrónica resultó gravemente herido en la cara y en las manos cuando abrió el envoltorio creyendo que contenía un instrumento de medición.

Tres años después, Kaczynski atacó dos veces en menos de un mes a la Boeing Corporation. El 15 de mayo de 1985 dejó una caja explosiva en la sala de computación, que le hizo perder un dedo de la mano derecha al estudiante de matemáticas que la abrió, y el 13 de junio le interceptaron otra en la oficina de Washington, antes de que pudiera causar algún daño. No tuvo la misma suerte el ayudante de un profesor de la Universidad de Michigan, al que se le ocurrió abrir un paquete que iba dirigido al profesor el 15 de noviembre.

La siguiente bomba fue puesta el 11 de diciembre en un estacionamiento de California, disimulada bajo una tabla de madera al lado de una tienda de computadoras. El encargado de la tienda tuvo la mala suerte de encontrarla y de convertirse en la primera víctima mortal de los atentados de Unabomber.

El siguiente ataque también estuvo dirigido a una tienda de computadoras. Fue el 20 de febrero de 1987 en Salt Lake City, y nuevamente resultó herido el encargado de la tienda. Una cajera, a la que le llamó la atención la presencia de un hombre cubierto con un pasamontañas en las cercanías del local, dio una descripción completa del individuo; fue la primera vez que el FBI estuvo cerca de identificarlo.

Los investigadores estimaron que Unabomber no era más que un «loco solitario», que actuaba guiado por cuestiones personales. Como esta deducción fue lo único obtenido después de tanto tiempo sin lograr resultados, el grupo especial de operaciones del FBI dedicado al caso fue temporalmente disuelto.

Pasaron cinco años hasta que Kaczynski volviera a sembrar el país con nuevas bombas: colocó una el 22 de junio de 1993 en la Universidad de California, que causó heridas en un genetista; y la otra, dos días después, en la Universidad de Yale, que provocó graves heridas a un conocido programador llamado David Gelernter.

En esta época Unabomber envió un comunicado al *New York Times* explicando que el autor de las bombas era el Freedom Club (Club de la

Libertad), anarquistas que estaban en contra de la tecnología.

Rápidamente se reconstituyó el grupo especial de operaciones del FBI dedicado a este caso, pero no pudo hacer nada por salvarle la vida a Thomas Mosser, directivo de Burson-Marsteller, la agencia de publicidad que intentó recuperar la buena imagen de la compañía Exxon, después de la catástrofe medioambiental del buque Exxon Valdez.

La bomba, depositada el 10 de diciembre de 1994 junto a la puerta de la casa del directivo, le reventó la cabeza cuando intentó abrirla.

El 24 de abril de 1995, llegó a la sede de la Sociedad Forestal de California una pesada caja a nombre de William Denninson, el expresidente de la corporación. Creyendo que podía tratarse de una nueva bomba, la secretaria ejecutiva no quiso abrirla, y se lo comunicó a su nuevo jefe. Este desestimó sus temores y la abrió por su cuenta. La explosión lo mató en el acto.

Este fue el último atentado de Unabomber. Dos días después, el 26 de abril de 1995, el Freedom Club envió una carta al *New York Times*. Temiendo que pudiera tratarse de otra bomba, el personal del periódico entregó la carta sin abrir al FBI. La carta, en realidad, contenía un manifiesto.

Unabomber prometió que no llevaría a cabo más acciones si el manifiesto del Freedom Club, «La sociedad industrial y su futuro», era publicado. Unabomber declaró: «creemos que ha llegado el momento de publicar las ideas antitecnología». El *New York Times* accedió a publicar el manifiesto.

Finalmente Theodore Kaczynski fue detenido. No se debió a que se entregó voluntariamente ni a la por fin eficiente labor del FBI. Lo delató su hermano David, a cambio de la recompensa de un millón de dólares que se ofrecía por Ted. Entregó la mitad del dinero a los familiares de las víctimas.

Durante el juicio, Theodore rechazó a sus abogados al enterarse de que planeaban basar su defensa en una aparente enfermedad mental, y propuso que su caso fuera tomado por Tony Serra, un abogado que había alcanzado notoriedad por defender a grupos radicales. Tony Serra aceptó el caso

gratuitamente, pero el juez rechazó el cambio por considerar que ya era demasiado tarde.

Finalmente Kaczynski fue condenado a cuatro cadenas perpetuas, que se cumplirían en una prisión de máxima seguridad en Colorado. Desde allí lucha por retomar su vida «salvaje».

DOUG CLARK Y CAROL BUNDY

Los asesinos de Sunset Strip

Alrededor de la una del mediodía del jueves 12 de junio de 1980, un trabajador que recogía la basura a lo largo de los terraplenes de la autopista Ventura descubrió el cadáver casi desnudo de una joven adolescente. Era morecha y se encontraba boca abajo en un sector poblado de arbustos. Le habían disparado un tiro en la cabeza con un arma de bajo calibre.

No muy lejos, otra jovencita, de aproximadamente la misma edad, también apareció muerta. Esta era rubia y había recibido disparos en la cabeza y en el pecho. Aunque conservaba su ropa interior, tenía una pierna levantada, como si el que la había matado estuviera interesado en practicar algún tipo de actividad *post mortem*. Tenía sangre fresca en la cara. Aparentemente las dos chicas habían sido asesinadas en otro lugar y luego tiradas en el terraplén. No tenían documentos de identidad y sus cuerpos estaban hinchados por llevar mucho tiempo al sol.

Al día siguiente, Angelo Marano, de Huntington Beach, ingresó a la morgue de la ciudad para identificar los cuerpos. Sucedió lo que temía: las jóvenes muertas eran su hija Gina, de 15 años, y su hijastra Cynthia Chandler, de 16.

A pesar de que la familia no quiso hacer declaraciones, los vecinos no dejaron de hablar sobre las chicas en decenas de reportajes. Se supo que abusaban de la droga, que no les gustaba trabajar y que se habían fugado varias veces de su casa. Pero no estaba claro cuándo habían sido vistas por última vez, aunque se sabía que paseaban a menudo por Sunset Strip, zona de

levante de las prostitutas.

Las autopsias indicaron que, cuando fueron encontradas, Cynthia llevaba muerta más de doce horas, y se estableció que la hora de su muerte había sido alrededor de la medianoche. A Gina le habían disparado dos veces en la cabeza y no existían señales de abuso sexual, aunque se halló semen dentro de la vagina de una de ellas. La policía sospechaba también que hubiera habido actividad necrofilica.

Mientras cambiaban impresiones, una mujer llamó a la delegación de policía e implicó a su novio en las matanzas, pero se negó a ofrecer datos que ayudaran a ubicarlo. Conocía detalles que no habían sido proporcionados a los medios, y su comentario acerca de que su novio había lavado recientemente el auto concordaba con la actitud de un asesino que desea borrar evidencias. Cuando esperaban más precisiones, el conmutador cortó la comunicación y la mujer no volvió a llamar.

Once días después otras dos mujeres fueron encontradas en condiciones similares. El 23 de junio, alguien descubrió el cuerpo de la prostituta Karen Jones, de 24 años, en la avenida Franklin. Había recibido un disparo en la cabeza de una pistola de bajo calibre y había sido arrojada detrás de los estudios Burbank.

No mucho después, alrededor de las 7.15 de la mañana, el cuerpo decapitado de una mujer fue descubierto desnudo al lado de un recipiente de basura, detrás del restaurante Sizzler, de Studio City, en Los Ángeles, California. La víctima, identificada como Exxie Wilson, también era prostituta y amiga de Karen Jones. Un rastillaje completo del área no logró dar con la cabeza desaparecida, y tampoco se hallaron pistas del asesino.

En la mañana del 27 de junio, Jonathan Caravello bajaba por el callejón cercano a su departamento tratando de encontrar lugar para estacionar su automóvil cuando se topó con una resistencia inesperada. Era una caja de madera muy ornamentada que se parecía a un cofre de tesoro. Esperando

encontrar objetos de valor, destrabó el broche de metal y alzó la tapa.

Adentro había cierto material burdo que olía horrible. Revisando un poco más tuvo la sorpresa de su vida: envuelta en unos pantalones de dril azul y una camiseta había una cabeza humana. Vio que era de una mujer morena y que su boca estaba ligeramente abierta, pero no miró más. Corrió a su departamento para llamar a la policía.

La cabeza, que estaba notablemente fría, se unía a las marcas de corte con Exxie Wilson. Dentro del cráneo había una bala calibre 25. Los análisis de balística determinaron que provenía de un revólver automático conocido como Raven, el mismo que se había usado para matar a las hermanastras.

La policía dio una conferencia de prensa explicando que Wilson y Jones habían llegado a la ciudad solo dos semanas antes con su proxeneta; ambas eran de Little Rock, Arkansas. El proxeneta, conocido como Albright, fue interrogado pero no se lo consideró sospechoso. En realidad, no había sospechosos en la mira.

El 30 de junio, unos cazadores de serpientes que recorrían una barranca en el valle de San Fernando, al norte de la autopista Golden State, encontraron los restos momificados de otra mujer asesinada más. Había sido ocultada bajo un colchón viejo, y solo era visible su pelo rubio rojizo. Se la vinculó rápidamente a la serie. El médico forense estimó que su edad podía estar entre los 17 y 25 años y que medía un metro setenta y cinco. Su estómago parecía haber sido cortado, y había recibido tres balazos de una pistola de calibre pequeño. Llevaba muerta al menos tres semanas: se ubicaba primera en la lista de la serie de cinco.

Poco después los investigadores identificaron a la primera de las víctimas. Resultó ser Marnette Comer, una joven de Sacramento, de 17 años, también conocida como Annette Ann Davis. Se había ido de su casa y, aparentemente, era una prostituta que se había topado con la persona equivocada. La bala que la mató estaba asociada a los otros cuatro asesinatos. Todo indicaba que

estaban ante un asesino de prostitutas en serie. Fue entonces cuando cambió el patrón.

El 9 de agosto apareció un nuevo cadáver, pero esta vez se trataba de un hombre. La policía no podía vincularlo a la serie, salvo que fuera un incidente fortuito. El cuerpo fue hallado cinco días después del asesinato; había sido dejado en un camión de carga y estaba en mal estado por permanecer encerrado durante la ola de calor. Estaba ampollado, ennegrecido y descompuesto; la cabeza había sido separada del cuerpo y no estaba en el lugar. Había sido apuñalado nueve veces y también cortado en las nalgas. La policía lo identificó como John «Jack» Robert Murray, de 45 años, oriundo de Van Nuys. Era cantante en Little Nashville, un bar ubicado a dos cuadras de donde había sido encontrado.

Además de la decapitación, no parecía que su asesinato guardara ninguna relación con las matanzas que la policía estaba investigando. Pero tuvieron que rectificarse cuando se enteraron de que había sido obra de la misma mujer que había llamado para decir que era la novia del asesino serial.

La mujer se quebró el 11 de agosto confesándoles a sus compañeros de trabajo del centro médico Valley, en Van Nuys, que había matado a un hombre. Los compañeros llamaron a la policía, y la policía fue a visitar a la mujer. Su nombre era Carol Bundy, una enfermera vocacional de 37 años, bastante gordita, que tenía una relación sentimental con un hombre llamado Douglas Clark.

Cuando los agentes llegaron a su casa, la mujer no solo se entregó sin resistencia, sino que también les dio elementos vitales para la investigación: tres pares de calzones pertenecientes a las víctimas y un álbum de fotos de Clark con imágenes de una niña vecina de 11 años en posiciones comprometidas. También admitió que había matado a Jack Murray porque era testigo de un crimen y quería impedirle que ofreciera testimonio.

Otro equipo arrestó a Clark en Burbank, donde trabajaba como maquinista

de una caldera para la Jergens Corporation. Fue detenido por «conducta lujuriosa y lasciva» con una menor y por ayudar e instigar un asesinato. El fin era ganar tiempo para buscar evidencia de los crímenes más serios que Bundy le había atribuido.

En el puesto de trabajo de Clark, un compañero encontró en la sala de calderas dos revólveres Raven automáticos calibre 25. Por las pruebas de balística, la policía de laboratorio vinculó una de ellas con las cinco víctimas conocidas. Entonces, Clark fue acusado de los cinco asesinatos.

Entre tanto, un patólogo determinó que la decapitación de Murray y de Exxie Wilson había sido efectuada por dos personas diferentes con dos cuchillos distintos, confirmando lo que Carol había dicho.

Carol Bundy había nacido en 1942. Después que su madre murió, su padre practicó incesto con ella y con su hermana repetidas veces hasta que se volvió a casar. Entonces Carol pasó por una serie de casas de crianza. Rápidamente se volvió promiscua y circuló por las manos de varios muchachos. Se casó a los 17 años con un hombre de 56, y a los 35 ya tenía tres matrimonios. Osciló entre hombres y mujeres, aparentemente incapaz de decidir qué prefería, y a menudo era infiel con quienquiera que estuviera.

En 1979 se divorció de su último esposo y se mudó a Los Ángeles. Tenía problemas de salud, usaba gruesos anteojos y luchaba con su sobrepeso. John «Jack» Murray se convirtió en su «dueño», y a menudo la ayudaba dándole dinero, consiguiéndole los pagos por discapacidad y encontrándole trabajo como enfermera. Aparentemente, fueron amantes, aunque Murray estaba casado y tenía hijos. Carol era sexualmente insaciable y presionó a la esposa de Murray para que lo dejara, pero fue Jack el que dejó a Carol. Ella se convirtió en un cazador al acecho, esperando que él admitiera su amor por ella, concurrendo diariamente al bar donde cantaba. Poco después de la Navidad de 1979, Carol detectó a otro hombre en la barra: Douglas Clark.

Douglas Clark había nacido en 1947. Se crió en un hogar pudiente y recibió

una buena educación. Por entonces tenía 31 años, era rubio y atractivo, y había desarrollado la habilidad de acercarse en las barras de los bares a mujeres obesas y solitarias que respondían a su interés sexual a cambio de dinero, alojamiento y otros beneficios. Carol era su nuevo objetivo.

Clark y Bundy se convirtieron en amantes, y él se mudó con ella. Para Carol se trataba de una aventura asombrosa, diferente de cualquier otro hombre que hubiera conocido. Hacía el amor en forma especial, mezclándole sus fantasías de tortura, cautiverio, necrofilia y asesinato. Carol pronto se fascinó con estas ideas, y Doug la persuadió para que comprara dos Raven automáticos calibre 25 en una casa de empeños, y las registrara a su nombre.

Después le propuso traer a otra mujer para hacer un triángulo amoroso y comenzó a aparecer con jovencitas en el departamento, especialmente una vecina de 11 años. La niña fue fotografiada desnuda y persuadida para que se bañara con ellos. Carol no sentía que la vecinita fuera una competencia para ella y dejó que Clark se diera el gusto. Era un «regalo» para complacerlo. Hicieron un álbum con las fotos de la niña, el mismo álbum que Carol entregó a la policía.

Poco a poco Doug convirtió a Carol en su esclava sexual, pero pronto necesitó algo nuevo y más excitante. Trajo prostitutas a la casa y le exigió a la rolliza enfermera que se sumara a sus fiestas.

En la primavera de 1980, Clark empezó a matar. Apareció un día cubierto de sangre y le contó cómo había matado a Gina y a Cynthia, y jugado con sus cuerpos muertos. Carol creyó que ello reforzaría su relación, aunque también debió haber tenido otros pensamientos porque llamó a la policía de Van Nuys para contar lo que sabía. Eso fue el 14 de junio, cuando la comunicación se había cortado.

Esa tarde Doug la instó para que mirara las noticias. Ella encendió el televisor y vio que se mencionaba otro asesinato, pero este era de un hombre. Su nombre era Vic Weiss y había sido encontrado en su camión Rolls Royce en

el Sheraton Universal Hotel. Doug también se atribuyó el mérito de haberlo matado.

A la mañana siguiente, la llevó a una barranca y le señaló un área donde había tirado a una prostituta después de matarla (la víctima momificada, la quinta encontrada). Le contó cómo la había asesinado y le dijo que se había quedado con su ropa interior como recuerdo.

El 20 de junio Bundy acompañó a Clark a su área de acción en Hollywood y, una vez en el estacionamiento, el hombre le hizo atraer al automóvil a una prostituta joven que se hacía llamar «Cathy». Doug envió a Carol al asiento posterior del vehículo para que viera cómo la invitada le practicaba sexo oral. Bundy tenía uno de los revólveres en su bolso y Clark el otro con él en la parte delantera del vehículo. La enfermera pensó en matarla, pero Doug se enojó repentinamente con la chica, aparentemente por algo que había hecho (o no). Tomó su revólver y le disparó en la cabeza.

Días después Clark regresó a Sunset Strip. Allí encontró a Exxie Wilson y la llevó detrás del restaurante Sizzler, en Ventura Boulevard. En el auto ella empezó a practicarle sexo oral, él levantó la pistola y volvió a gatillar. En una reacción involuntaria la víctima le mordió los genitales. Clark se enfureció, le cortó la cabeza y la puso dentro de una bolsa de plástico. Dejó el cuerpo tirado junto a un tacho de residuos y partió.

Unas cuadras más adelante advirtió a una rubia solitaria que había estado con Exxie. Su nombre era Karen Jones. La joven accedió a subir al automóvil, y cuando lo hacía vio la cabeza de su amiga en el asiento posterior del vehículo. Doug le disparó y la empujó afuera, cerca de los estudios de Burbank.

Clark fue a lo de Bundy y puso la cabeza en el congelador con el fin de preservarla para su uso futuro como juguete sexual. Doug y Carol jugaron con ella durante tres días antes de ponerla en la caja y desecharla en un callejón.

El 1 de agosto, Doug invitó a su compañerita de once años para que lo viera

actuar con mujeres profesionales. Hizo que la niña lo viera tener sexo oral con una de ellas, y entonces le pegó un tiro a la prostituta en la cabeza. Dijo a Carol que usó su cadáver sexualmente y después lo arrojó cerca de unos tanques de agua de un parque de atracciones en Antelope Valley.

El 5 de agosto, Carol fue por John Murray para encontrar compañía. Le comentó lo que había estado haciendo con Doug, y Jack le dijo que había que hablar con la policía. Como esa no era su intención, Carol comprendió que debía librarse de él. Atrajo a Murray a su camión de carga cubierto con la excusa de tener sexo y le disparó en la cabeza al mejor estilo de Doug. Pero como Jack no murió de inmediato, procedió a terminar la tarea con un cuchillo. Después le cortó la cabeza y llamó a Doug para que la ayudara a librarse de ella. La arrojaron en un basurero.

Cinco días después el olor proveniente del camión condujo a la policía hasta el cadáver, mientras los asesinos estaban en Little Nashville. Los parroquianos comentaban conmocionados el hecho, y Carol oyó casualmente que habían encontrado los cartuchos, comprendiendo que tenían evidencia que la comprometería. No solo eso: la novia actual de Jack la había visto subir al camión con él y ya se lo había contado a los detectives. Carol no pudo resistir mucho tiempo y terminó admitiéndole a sus compañeros de trabajo que había matado. La serie de asesinatos se terminaba.

Con sus impresiones digitales en la pistola; la huella de una pisada sanguinolenta encontrada en el garaje de Douglas, que coincidía con una de sus botas; la sangre de una de las víctimas hallada en un automóvil que había vendido; la ubicación de la bolsa y de los guantes usados para tomar la caja con la cabeza de Wilson, y decenas de pruebas más, Clark quedó seriamente comprometido.

Finalmente, el 26 de agosto fueron encontrados los restos de la mujer que Doug presuntamente había arrojado cerca de los tanques de agua del parque de atracciones. La bala en el cráneo era del mismo Raven que había matado a las

otras cinco. Luego se descubrió cerca de Malibú otro conjunto de restos de una rubia que nunca llegó a ser identificada. Sin embargo, los investigadores no pudieron encontrar a «Cathy» hasta marzo de 1981.

El juicio de Clark empezó en octubre de 1982. Fue declarado culpable de seis cargos de asesinato y un cargo de asesinato frustrado. Condenado a seis penas de muerte, fue encerrado en San Quintín.

Durante su confesión inicial a la policía, Carol encontró la oportunidad para hacer una invitación sexual al detective que la interrogaba y más tarde envió al juez del caso de Clark una tarjeta de Navidad sugerente.

Su juicio empezó el 2 de mayo de 1983, y a fines de ese mes recibió una condena de cárcel por 25 años por su participación en el asesinato de las víctimas de Clark, y por 27, por el asesinato de Murray y el uso ilegal de un revólver. Fue enviada a la institución de California para mujeres, en Frontera.

Mientras Douglas Clark sigue gambeteando la pena capital, Carol Bundy murió en la cárcel por una insuficiencia cardíaca a los 61 años el 9 de diciembre de 2003.

PHOOLAN DEVI

La reina de los bandidos

El 14 de febrero de 1981, Phoolan Devi, una joven de 18 años, tenía una sola cosa en mente: la venganza. Esperando fuera de la remota aldea de Behmai sobre el río Yamuna, en el norte de la India, una banda de cerca de veinte *dacoits* (bandidos) esperaba sus instrucciones. Los dacoits pertenecían a tres pandillas diferentes, pero su meta era la misma: matar a los hermanos traidores Ram, Sri Ram Singh y Lala Ram Singh. Sri Ram era un líder pandillero que había asesinado al amante de la muchacha, Vikram Mallah. Ahora ella buscaba vengarse.

De físico menudo, pero fuerte y ágil, Phoolan vestía una chaqueta color caqui de estilo militar, jeans de algodón y botas con cierre. Llevaba su cabello lacio y oscuro cortado a la altura del cuello y, por alguna razón, se había pintado los labios y las uñas de rojo. Tenía un ancho pañuelo del mismo color, símbolo de venganza, atado alrededor de la cabeza. Portaba un rifle Sten y una bandolera cruzada en el pecho. Mientras llevara luto por su amante, no quería ser tratada como una mujer. Pretendía que sus camaradas la consideraran un hombre, porque deseaba el tipo de revancha que solo un hombre podía alcanzar en la sociedad de castas de la India. Les ordenó que la llamaran «Phool», la versión masculina de su nombre de pila.

Ella y su banda habían pasado la noche en el caserío cercano de Ingwi. Cuando amaneció, Phoolan, su lugarteniente cercano, Man Singh, y Baba Mustakim, un caudillo amigo, planearon el ataque sobre Behmai. La mayor parte de la población del lugar era *thakur*, la casta dueña de la tierra y el

segundo nivel en el sistema indio. Sri Ram era un thakur y, sin embargo, había estado aliado a Phoolan y Vikram, aunque siempre los había despreciado porque eran *mullahs*, la casta de los pescadores y una de las más bajas de todas.

Toda su vida Phoolan había sido martirizada por el sistema de castas, tratada como una sirvienta o un objeto sexual. Por ser excesivamente franca en sus objeciones a los hombres que trataban de oprimirla, había sido frecuentemente golpeada, atada, encarcelada, y violada. Una banda de dacoits la había secuestrado de su aldea, pero ella se convirtió pronto en uno de ellos, mostrándose tan cruel y sanguinaria como cualquier hombre. Pero a diferencia de otros bandidos que infestaban los estados norteños de la India, Phoolan Devi no robaba para su propio enriquecimiento. Como Robin Hood, ella robaba a los ricos y repartía su botín entre los pobres, en especial entre las mujeres. Sus inspiraciones eran Durga, la diosa hindú del *shakti*, la fortaleza y el poder, y Mahatma Gandhi, el humanitario estadista indio que luchó por la igualdad entre todas las personas.

Las pandillas de dacoits tenían una larga historia de rapiñar viajeros y saquear aldeas en los estados norteños de Madhya Pradesh y Uttar Pradesh, en los límites con Nepal. La región se caracteriza por sus salvajes y ásperos paisajes: montañas, barrancas parecidas a laberintos, valles desolados y selvas inexploradas. Actualmente, los ómnibus viajan en caravanas armadas para repeler las probables incursiones de asaltantes. Algunos creen que los bandidos que prosperan en estos estados fueron empujados a la criminalidad por la pobreza extrema y la incapacidad para superar las imposiciones del sistema de castas; otros creen que solo son desechos de la sociedad, asesinos por naturaleza que, como la mafia, han aprendido los beneficios de la organización.

Pero Phoolan Devi era única, una idealista que deseaba corregir los males sociales. Aunque también era una mujer apasionada que nunca había conocido

el amor o el respeto hasta que encontró a Vikram Mallah. Juró no descansar hasta vengar su muerte, y ahora, después de meses buscando a Sri Ram, por fin lo había encontrado. Ella y sus hombres decidieron dividir las fuerzas en tres unidades. Una tomaría el camino directo a la aldea atacando de frente, mientras que las otras dos estarían al acecho en los flancos. Cuando los aldeanos huyeran del ataque frontal, las unidades laterales los interceptarían y aislarían a los hermanos. Sri Ram, después de todo, no podía ser tan difícil de ubicar. Tenía un llamativo cabello rojo, barba roja y ojos rojos sanguinolentos. Para ella era el diablo encarnado.

Phoolan Devi nació en la aldea de Gorha Ka Purwa en Uttar Pradesh. Fue la segunda hija de una familia de cuatro hermanas y un hermano menor. Su padre, Devidin, trabajaba como aparcerero, y se lo consideraba maldito por haber tenido tantas hijas.

Aunque vivía en la pobreza, la familia de Phoolan no era la más pobre de la aldea porque su padre poseía un acre de tierra y el enorme árbol que crecía en él. Devidin podría haber sido más rico, pero su astuto hermano mayor, Bihari, incautó su herencia de quince fincas con la promesa de cuidar a Devidin y a su familia.

Cuando Bihari murió, su hacienda fue a manos de su hijo mayor, el primo de Phoolan, Mayadin. Después del funeral, Mayadin, aprovechando que los padres de Phoolan estaban ausentes durante una noche, envió un grupo de trabajadores para derribar el apreciado árbol y vender su madera, cuyos beneficios se guardó. Cuando Devidin retornó encontró que su árbol no estaba, pero no protestó. Después de vivir tantos años bajo la subyugación de su hermano, conocía la inutilidad de tratar de devolver golpe por golpe.

Phoolan estaba indignada y pasmaba por la pasividad de su padre. En la sociedad india, una mujer nunca se atreve a desafiar a un hombre sin importar cuán ofensivo sea su comportamiento, pero Phoolan Devi era diferente. Enfrentó a su primo exigiéndole que compensara a su padre por el

árbol cortado. Mayadin trató de ignorarla, pero ella lo trató de ladrón públicamente y se sentó con su hermana mayor en su tierra a modo de protesta. Mayadin perdió la paciencia y la golpeó con un ladrillo. La paliza no la silenció y continuó presionando a su primo exigiendo justicia. Entonces, para librarse de ella, Mayadin arregló su casamiento con un hombre llamado Putti Lal, que vivía cientos de kilómetros más lejos.

Putti Lal tenía 39 años; Phoolan, tan solo once. La niña no tenía la menor idea de lo que se esperaba de una esposa. Temiéndole a la «víbora», como le llamaba al pene, se negaba a tener sexo con su marido. Como Putti tenía otra mujer, aceptó la negativa de Phoolan y la relegó al trabajo casero. La jovencita se sentía tan desdichada que huyó de la casa de su esposo y caminó a la suya.

Cuando llegó a la aldea, su familia se horrorizó. En la India una esposa no abandona a su esposo tan a la ligera. La madre de Phoolan, Moola, estaba avergonzada y le sugirió que se suicidara. Phoolan rechazó las condenaciones de su familia y continuó desafiando a su primo. En 1979 Mayadin acusó a Phoolan del robo de su vivienda. La policía la arrestó, y mientras estuvo detenida fue golpeada y violada repetidamente, y encerrada en una celda llena de ratas. La experiencia le quebró el cuerpo, pero encendió su odio hacia los hombres que denigraban corrientemente a las mujeres, y siguió luchando.

En julio de ese año, un grupo de dacoits, acaudillado por un notorio líder llamado Babu Gujar, atacó la aldea de Phoolan y se llevó a la muchacha a las ásperas barrancas, brutalizándola durante setenta y dos horas. El lugarteniente de Gujar, Vikram Mallah, no pudo soportar el tormento y decidió terminarlo matando al líder de los bandidos.

Alto y extraordinariamente delgado, de tez pálida y cabello negro largo, Vikram Mallah admiró a Phoolan desde que fijó su vista en ella. Asumió la autoridad como nuevo líder de la pandilla y, al poco tiempo, él y Phoolan se convirtieron en amantes. No pasó mucho para que la pareja fuera tan notoria

como Bonnie y Clyde.

Vikram le enseñó a Phoolan la vida de los bandidos. La joven aprendió a usar un rifle y empezó a llevar uno adonde fuera; se vistió con un pseudouniforme policial caqui que le dieron los bandidos y aprendió a matar, robar y secuestrar por dinero. Recorriendo un área de 8.000 kilómetros cuadrados de selvas, barrancas y cordilleras arenosas, su banda atacó por sorpresa aldeas de castas superiores y saqueó trenes y convoyes de ómnibus.

Phoolan, sin embargo, solo consideraba el bandolerismo como un medio para corregir la desigualdad social, derribando a los opresores y redistribuyendo su riqueza. Como un par de Robin Hood, ella y Vikram regalaron mucho de su mal obtenido botín a los pobres.

El «gurú» de Vikram en el crimen había sido Sri Ram, un bandido más viejo que había delinquido con Babu Gujar hasta su arresto. Vikram había pasado un tiempo en prisión con él y era su mejor alumno. Como la condena de Vikram fue más corta, cuando salió juntó las 80.000 rupias de la fianza por Sri y su hermano Lala Ram, y los sacó de la cárcel. Vikram los invitó a unirse a su grupo, y así la pandilla quedó dividida en dos facciones: los hombres de Vikram y los hombres de Sri Ram.

Algún tiempo después, Phoolan y Vikram fueron invitados a una boda en una aldea remota. Los pobres los invitaban frecuentemente a ceremonias nupciales, y Phoolan a menudo daba dinero a los padres empobrecidos que no tenían dotes apropiadas. En esta ocasión, Phoolan, Vikram y sus hombres se prepararon para caminar a la aldea. A último momento, los hermanos Ram y sus hombres decidieron unírseles. Emprendieron el viaje cuando ya estaba oscuro, marchando con la antorcha encendida.

En un alto, la negrura se conmovió con dos disparos. Tras un lapso de confusión Vikram apareció herido en el suelo. Phoolan corrió hasta él y le ató un paño alrededor del torso para restañar la sangría. Fue llevado a un médico que, después de examinarlo, determinó que resultaba demasiado arriesgado

quitarle la bala que se había alojado junto a la columna vertebral. El médico hizo lo que pudo, pero dudaba de que sobreviviera.

Después de un período de recuperación, Vikram desafió el pronóstico del facultativo y se levantó de la cama. Con Phoolan a su lado, volvió a la selva y regresó a su pandilla. A pesar de la creencia no comprobada de Phoolan de que Sri Ram había sido el autor de los disparos, Vikram no podría separarse del viejo bandido porque todavía le debía el dinero que le había fiado para sacarlo de prisión. La banda volvió a las andadas atacando por sorpresa y saqueando el valle del río Chambal, pero las tensiones interiores estallaron.

Una noche, después de una incursión agotadora en una aldea, Vikram y Phoolan se dirigieron a su tienda a descansar. Sorpresivamente, Phoolan fue despertada de su sueño profundo por la explosión ensordecedora de un arma de fuego. Se esforzó por tomar su revólver, pero estaba vacilante y letárgica. Buscó y vio la figura sombría de Sri Ram sosteniendo un arma humeante. Confundida y desorientada, Phoolan sintió un olor que le provocó náuseas. Entonces comprendió que había sido anestesiada con cloroformo.

Sri Ram y dos de sus hombres la levantaron y la arrojaron fuera de la tienda. Intentó resistirse, pero Sri Ram la golpeó con la culata del rifle, y la dejó inconsciente. La desnudaron y ataron, y luego la llevaron al río y la subieron a un bote de remos. Cuando la embarcación fue empujada de la costa, la muchacha vio la cara de Sri Ram mirándola con sus ojos demoníacos.

Tras alcanzar una aldea sobre el río, la humillación de Phoolan Devi recién comenzaba. Desnuda e inmovilizada, fue llevada al centro del poblado, donde Sri Ram declaró públicamente que ella había matado a su amante. Incitó a los hombres del lugar, muchos thakurs como él mismo, a imponerle un castigo. Él mismo fue el primero en violarla, y cuando terminó la ofreció a todos los demás. Así fue pasando de hombre en hombre.

En los días siguientes, Sri Ram la llevó a otras aldeas, Phoolan no pudo recordar cuántas. Esta tortura duró más de tres semanas, a lo largo de las

cuales no dejó de rezarle a Durga para que le diera fortaleza y la liberara.

Una noche, tras veintitrés días de este suplicio, un viejo brahmán se acercó a rescatarla. Silenciosamente, la sacó del cobertizo donde la mantenían prisionera y moviéndose a hurtadillas logró alejarla de Behmai en una carreta de bueyes.

El hombre llevó a Phoolan a la selva, donde ella vagó hasta ser encontrada por la mujer de un pastor, que la cuidó hasta que recuperó la salud. Pero su odio hacia los hermanos Ram, especialmente hacia Sri, era una herida que no podía sanar. Cuando se sintió mejor, comenzó a planear su venganza.

Cada tanto se unía a un grupo de bandidos compuesto por miembros de la casta de *gadariya*, pero Phoolan no estaba interesada en trabajar para ningún dueño. Otro líder de dacoits, un mahometano llamado Baba Mustakim, decidió ayudarla cuando supo de las indignaciones que había sufrido a manos de Sri Ram. Mustakim le ofreció diez de sus hombres para empezar su propia banda, y le dijo que podía elegir a cualquiera que deseara.

Phoolan escogió a Man Singh de entre esos hombres. Era alto y barbudo, y llevaba el largo cabello negro sobre los hombros. Era el más experimentado bandido de la pandilla de Baba Mustakim, y así se convirtió en el lugarteniente de Phoolan (y más tarde en su amante). Fue él quien le dio el paño rojo para atar alrededor de su cabeza como símbolo de su búsqueda de venganza.

Phoolan, autoproclamada «Reina de los dacoits», guió ataques sorpresivos a lo largo de Uttar Pradesh y Madhya Pradesh, lugar en donde también se nombró a sí misma «la vengadora de los derechos de las mujeres». Siempre que oía de una violación, un aborto forzado o el suicidio de una mujer desgraciada, se hacía cargo ella misma del castigo de los hombres responsables. Les cortaba la «víbora» y luego los mutilaba cortándoles pies y manos. Su pandilla se contagió de su lujuria de sangre y aterrorizaron a una aldea tras otra, pero Phoolan no dejaba de enfocar su odio en los hermanos

Ram.

Finalmente, recibió información de que estaban ocultos en Behmai, la aldea thakur donde había sido tratada como un perro. Llevó a sus hombres hasta los alrededores de Ingwi, una aldea cercana, y acampó. El plan era atacar frontalmente, cubriendo los dos flancos para impedir resultados inesperados. Los aldeanos huyeron con el ataque, y las fuerzas laterales convergieron en la aldea buscando infructuosamente y por todas partes a los hermanos Ram.

Impaciente, Phoolan tomó un megáfono e hizo una declaración, amenazando a los pobladores con la muerte si no le entregaban a los hermanos. Sus hombres volvieron a registrar a fondo casa por casa y al cabo de una hora retornaron sin novedad. Phoolan, entonces, ordenó a sus bandidos que juntaran a todos los hombres thakur jóvenes en el centro del pueblo.

Los bandidos alinearon a los thakurs, tras lo cual Phoolan, bajándoles las ropas, los golpeó uno a uno en las ingles con el mango de su rifle. Los jóvenes prisioneros se excusaban por su ignorancia, pero esto solo enfureció más a Phoolan. Ordenó a sus hombres que llevaran a los prisioneros al río, donde fueron obligados a arrodillarse sobre la orilla.

El fuego de las armas destrozó el aire. Los cuerpos sin vida cayeron en el lodo. Cuando la ráfaga concluyó, veintidós de los treinta jóvenes habían muerto.

La matanza de Behmai fue el crimen más atroz cometido alguna vez por una pandilla de dacoits en la historia de la India moderna. La nación quedó conmovida. Era inconcebible que una mujer de baja casta guiara el comportamiento violento de un grupo de hombres de las castas altas. Un crimen de esta magnitud exigía la atención completa de las autoridades, y Phoolan Devi se convirtió en la criminal más buscada en la India.

Phoolan y su pandilla se ocultaron, pero cuando ella supo que las autoridades habían arrestado y encarcelado a sus padres para tenerlos como rehenes, decidió negociar su entrega con las autoridades.

Durante casi un año, regateó sobre los términos de su rendición con el superintendente de policía del distrito de Bhind. Con la habilidad de un abogado de defensa criminal, la joven logró un acuerdo que garantizaba que ella y su pandilla se entregarían en Madhya Pradesh y no serían extraditados nunca a Uttar Pradesh, donde estaba localizada Behmai. Sus otras demandas incluían que fuera juzgada por todos sus crímenes una sola vez y en Madhya Pradesh; que ni ella ni los miembros de su banda fueran engrillados; que, si se los condenaba, no fueran colgados; que no pasaran más de ocho años entre rejas; y que la prisión fuera de clase A.

También deseaba que los retratos queridos de Durga y Ghandi fueran exhibidos cuando se rindiera. Además, insistió en que las autoridades forzaran a su primo Mayadin a devolver la tierra que le había robado a su padre, y que garantizaran un trabajo con el gobierno para su hermano pequeño. El gobierno accedió en todo.

En una tarde de febrero de 1983, casi dos años después de la matanza de Behmai, Phoolan Devi emergió de las barrancas con su pandilla. Era un espectáculo digno de una película. Una multitud de 8000 personas alentó a su Robin Hood, la reina de los bandidos de la India. La música festiva resonó en los altoparlantes. Legiones de policías uniformados se formaron para escoltarla: toda una ceremonia para una mujer de un metro y medio de estatura, analfabeta, que apenas había superado su adolescencia.

Llevaba puesto su uniforme de color caqui y un mantón rojo, al igual que el ancho pañuelo que mantenía atado alrededor de su cabeza. Tenía un rifle Máuser calibre 315 colgado del hombro, una daga curva en el cinturón, una bandolera completa que le cruzaba el pecho y una estatua de plata pequeña de la diosa Durga en un bolsillo sobre el pecho.

Phoolan se inclinó ante los retratos de Durga y Ghandi, y se entregó al ministro principal de Madhya Pradesh. Antes de que se la llevaran, giró hacia la multitud y levantó su rifle sobre la cabeza. La multitud se enardeció,

mostrando su apoyo a los gritos.

Al final, las autoridades desatendieron los términos del acuerdo y Phoolan Devi pasó más de once años en prisión, sin juicio, y mucho más tiempo que cualquiera de los miembros de su grupo. Durante su condena, el realizador cinematográfico Shekhar Kapur filmó una película basada en su vida, llamada *Bandit Queen*.

Un ambicioso abogado de castas inferiores tomó su caso y logró su liberación en febrero de 1994. Para asombro del país, la mujer que había tenido aterrorizados a dos estados cometiendo múltiples actos criminales, anunció que se presentaría para un escaño en la Cámara Baja del Parlamento Indio, prometiendo ser una voz fuerte para las mujeres y los pobres. Haciendo una campaña con la misma astucia, crueldad y pasión que solía emplear con su pandilla, ganó la elección de mayo de 1996.

El 25 de julio de 2001, cuando llegaba a su casa de Nueva Delhi para almorzar después de la sesión de la mañana, tres hombres la mataron a tiros. El líder de los asesinos, un hombre llamado Pankaj, también conocido como Singh Rana, admitió su culpabilidad. Dijo que buscaba el justo castigo por la matanza de Behmai. Pero la policía sospechó de sus conexiones con el último esposo de Phoolan, Ummed Singh, que estaba trastornado con las amenazas de la diputada de excluirlo de su testamento.

En cuanto a Sri Ram, Phoolan tuvo la satisfacción de recibir una nota antes de la rendición de Lala Ram, el hermano de Sri. Lala le informó que su odiado enemigo estaba muerto. Él mismo lo había matado en una pelea por una mujer.

DAVID ALAN GORE Y
FRED WATERFIELD
Los primos asesinos

David Alan Gore y Fred Waterfield nacieron y crecieron en el sur de Florida. Como buenos primos y amigos, pasaron la infancia juntos, y juntos fueron al Vero Beach High School, donde integraron el equipo de fútbol americano. Eran muchachos corpulentos, que disfrutaban de cierta popularidad entre sus compañeros debido a su robustez. Pero aunque tenían la imagen de hombres fuertes, su relación con las mujeres era bastante problemática. A Fred no se le conocía novia, y David era frecuentemente detenido por propasarse con las mujeres.

Su historia violenta se inició en septiembre de 1979. Ambos muchachos estaban paseando por el condado de Indian River cuando se pusieron de acuerdo para dar un impulso a su sexualidad secuestrando mujeres.

Luego de algunos intentos fallidos bastante confusos, Gore y Waterfield lograron reducir por la fuerza a una mujer. Le apuntaron con un arma y la llevaron en un auto hasta un lugar aislado, que se encontraba entre los famosos naranjales del condado de Indian River.

Allí, violaron a sus anchas a su indefensa víctima y, una vez satisfechos, la dejaron ir. La mujer corrió de inmediato a realizar la denuncia sobre la violación, pero los cargos en contra de los dos hombres fueron retirados más tarde cuando la víctima se negó a comparecer ante el tribunal.

En 1981 Gore se incorporó al departamento del sheriff del Condado de Indian River. Recibió su placa, una pistola y se le asignó la patrulla nocturna.

Se sentía poderoso; ahora tenía un método seguro para ganarse la confianza de las mujeres inocentes, y fue a contarle la novedad a su primo.

Mientras celebraban con unas cervezas, Fred le hizo una propuesta que a cualquiera le hubiera parecido descabellada: le ofreció 1.000 dólares por cada hembra atractiva que pudiera secuestrar y... entregarle. David lo tomó como una lucrativa oferta de negocios y aceptó.

Ying Hua Ling era una hermosísima estudiante de secundaria, de origen oriental, cuyo padre, un inmigrante recién llegado a Florida, trabajaba como inspector de Agricultura del Estado. Durante un par de días, Gore siguió los movimientos de Ying Hua, observando que el mejor momento para abordarla era cuando bajaba del transporte escolar y caminaba hasta su casa.

Tal como lo había planeado, se acercó a la chica que acababa de bajar del micro, le mostró formalmente su placa y le pidió autorización para acompañarla a su casa con la excusa de que necesitaba hacerle algunas preguntas sobre un impreciso asunto oficial.

La chica no percibió nada irregular y fue hasta su residencia acompañada del policía. Cuando ingresaron a la vivienda, Gore no pudo ocultar su sorpresa al encontrar en el interior a Hsiang Huaua Ling, la madre de Ying Hua. Rápidamente sacó su arma, esposó a las dos mujeres y las forzó a entrar en su vehículo.

Fingiendo que las llevaba detenidas, se dirigió a un punto alejado dentro de un naranjal, y llamó a Waterfield, avisándole que le llevara los dólares porque tenía lista su entrega.

Cuando Fred llegó y vio que también había traído a la mujer mayor, le manifestó airadamente su descontento. Luego de relajarse, violó a Ying Hua y después la mató junto a su madre. A la mañana siguiente, ambos socios metieron los cuerpos de las víctimas en barriles y los enterraron entre los naranjos.

Cinco meses más tarde, Judith Kay Daley, una atractiva mujer de 35 años,

que trabajaba como recepcionista de un doctor de Belmont, California, se convirtió en la siguiente víctima del dúo mortal. La señora Daley estaba pasando unos días de vacaciones en Florida, cuando Gore la vio salir de su automóvil y dirigirse hasta la playa, ataviada con un reducido traje de baño. Gore se encaminó hasta su vehículo, abrió el capó, tiró de un cable y lo dejó inoperante.

Cuando la señora Daley regresó al automóvil, intentó hacerlo arrancar varias veces sin obtener resultados. Entonces Gore le ofreció ayuda amablemente. Como él tampoco consiguió ponerlo en marcha, le sugirió conducirla hasta un teléfono público en su auto patrulla. No bien Judith se sentó en el asiento delantero, Gore sacó su arma y esposó a la aterrorizada mujer. Posteriormente llamó a Fred y le comunicó que tenía otro paquete para él. Waterfield llegó, violó a la señora Daley y abandonó la escena del crimen. David la asesinó y arrojó el cuerpo en un canal lleno de cocodrilos.

Una semana después, el asistente del sheriff levantó a otra muchacha por el camino. Intentó llevarla a una zona descampada con razones confusas, pero la mujer sospechó que algo no andaba bien, saltó del vehículo del policía y corrió a reportar su experiencia a las autoridades. Esta vez la denuncia fue registrada, y Gore perdió su empleo en la oficina del sheriff del condado.

Privado de su auto patrulla y sin una placa para mostrar, a David se le hizo prácticamente imposible convencer a una mujer de que subiera a su vehículo particular. Una y otra vez, sus ofrecimientos de asistencia fueron rechazados en forma sistemática, y para colmo fue detenido por sus excompañeros policías que lo descubrieron portando armas sin autorización y lo obligaron a pasar cinco años en prisión. Pero David regresó a las calles a los dieciocho meses.

En mayo de 1983, los dos hombres iban haciendo su ronda acostumbrada cuando detectaron a dos jovencitas de 14 años, Bárbara Byer y su amiga Angélica Lavalles, haciendo autostop. Las levantaron en el camino, las

llevaron a un lugar apartado y las violaron, tras lo cual Gore les disparó en la cabeza. Luego enterraron el cuerpo de Bárbara, pero la tarea les resultó tan agotadora que los hombres decidieron arrojar el cuerpo de Angélica en el mismo canal en que habían desechado a Judith Daley.

Cinco mujeres completamente inocentes habían sido víctimas de las garras de estas dos fieras depravadas. Pero todavía habría una más.

Un muchacho daba un largo paseo por Vero Beach, pedaleando en su bicicleta, cuando un espectáculo inesperado casi lo hace caer de su bicicleta. Frente a él, a solo cuarenta y cinco metros, había una muchacha desnuda cruzando la calle corriendo y gritando desesperada. Cuando el joven aún no había salido de su asombro, vio aparecer persiguiéndola a un hombre grande de cara rojiza, también totalmente desnudo, que llevaba un revólver. Mientras el muchacho permanecía petrificado contemplando la escena, el hombre alcanzó a la chica, la agarró y la arrastró nuevamente a la casa de donde habían salido. Una vez adentro, sin dudarlo, le pegó un tiro en la cabeza.

No bien oyó el estampido, el muchacho salió pedaleando lo más rápido que pudo hasta su casa, donde le contó a su madre todo lo que había visto. La mujer llamó a la policía.

Instantes después de cortar la comunicación, el teléfono de la repartición policial volvió a sonar. El segundo llamado era el de un hombre describiendo la misma inusual imagen de un hombre desnudo disparándole a una mujer desnuda, pero en este caso situaban el incidente en un naranjal bastante distante de la casa que había indicado la mujer.

Como el segundo mensaje había entrado por el número de emergencias 911, el llamado fue rastreado fácilmente hasta la casa desde donde se había efectuado. El dueño resultó ser un pariente de Alan Gore, un exconvicto con una larga lista de agresiones a mujeres. La policía dedujo correctamente que había sido Gore el que había llamado en un intento de enviar a la policía al naranjal, y tener tiempo para escapar de la casa. Sabía muy bien que había

sido visto por un muchacho que paseaba en bicicleta.

A los pocos minutos, un ejército de oficiales de la policía había rodeado el refugio de Gore impidiendo su fuga. Uno de los oficiales notó que desde el baúl de un automóvil Múnaco blanco estacionado en la entrada chorreaba sangre. Cuando abrieron la tapa, descubrieron el cuerpo de la estudiante de la Vero Beach High School, Lynn Carol Elliott.

La policía le advirtió a Gore que estaban dispuestos a usar gas lacrimógeno si no se rendía. Eso fue suficiente para David, y salió de la casa con las manos en alto. Cuando los uniformados irrumpieron en la residencia, encontraron a otra adolescente desnuda escondida en un armario. La chica dijo que ella y su amiga Lynn Carol habían sido levantadas cuando hacían autostop, que ambas habían sido brutalmente violadas varias veces por Gore y Waterfield, y que este se había ido inmediatamente después que Gore asesinara a Lynn Carol.

Fred fue detenido sin incidentes en un taller mecánico propio.

En la mayoría de los casos, la policía desconocía el destino de las mujeres que habían desaparecido. En su confesión, Gore narró en detalle cuál había sido su destino y condujo a la policía hasta los cuerpos de sus víctimas.

Gore se declaró culpable de los asesinatos de las Ling, de la señora Daley, de Bárbara Byer y de Angélica Lavalles, crímenes por los cuales fue sentenciado a cinco cadenas perpetuas consecutivas. Por el asesinato de Lynn Carol Elliott fue condenado a la pena de muerte.

Fred Waterfield también fue enjuiciado por el asesinato de Lynn Carol Elliott, en el que, si bien no había tenido participación activa, fue hallado culpable y sentenciado a quince años de prisión. Por el secuestro y asesinato de Bárbara Byer y Angélica Lavalles, fue hallado culpable y sentenciado a dos cadenas perpetuas consecutivas.

Al comunicar la sentencia, el juez que presidía el proceso estipuló que Waterfield no debía ser considerado para acceder a la libertad condicional antes de cincuenta años.

A pesar de todo, la truculenta saga de Gore y Waterfield tuvo un pasaje milagroso. Mientras se encontraba recluido en la prisión estatal de Stark, Florida, a la espera de ser ajusticiado, David Alan Gore se volvió un hombre religioso. Profesando haberse convertido en un hombre nuevo, comenzó a escribirse cartas con una mujer a través de la organización Amigos por Correspondencia Cristiana.

Las cartas terminaron en amor y, esposado y muy bien custodiado, se casó en la cárcel del condado de Indian River. Pero como la Justicia no entiende ni de amor ni de fe, David Alan Gore, el asesino en serie de mujeres, que llevaba veintiocho años en el corredor de la muerte y que había demostrado una peculiar frialdad por sus víctimas, fue ejecutado el 12 de abril de 2012 con una inyección letal en el estado de Florida. Su madre y su esposa estuvieron visitándolo durante dos horas el mismo día de la ejecución, y el reo se reunió también con un consejero espiritual. Su última comida consistió en pollo frito, papas fritas, un helado y una bebida gaseosa.

El gobernador de Florida, Rick Scott, había firmado en febrero la orden de ejecución de Gore, quien se convirtió en el reo número 73 en ser ajusticiado desde el restablecimiento de la pena de muerte en este estado, en 1976, según datos del Departamento de Prisiones.

ROBERT HANSEN
El depredador de Alaska

El valle del río Knik, en el estado norteamericano de Alaska, es uno de los cotos de caza preferidos por los buscadores de presas valiosas. A solo 25 kilómetros de la ciudad de Anchorage, es el sitio perfecto para encontrar cabras montañasas, carneros, osos negros y alces.

El 12 de septiembre de 1982, John Daily y Audi Holloway, dos policías fuera de servicio, habían pasado la tarde en el lugar con poca suerte, y decidieron regresar a su campamento antes de que los sorprendiera la noche. Como el viaje era largo y difícil, los dos hombres, que conocían bien la zona, optaron por cortar camino a través de un banco de arena. En el trayecto, se sorprendieron al descubrir una bota pegajosa abandonada en el suelo. Eso no fue todo: a los pocos metros asomaban de la arena restos humanos parcialmente descompuestos. Después de tomar nota de la ubicación de los lúgubres hallazgos, los policías abandonaron el desfiladero y fueron a reportar lo que habían visto.

El sargento Rollie Port emprendió la investigación. Estaba considerado uno de los mejores investigadores locales; era extremadamente meticuloso en cada escena del crimen y pasaba horas examinando los más mínimos detalles. Antes de tocar el cuerpo, Port le sacó fotos desde todos los ángulos y lo observó cuidadosamente buscando evidencias. Posteriormente, lo hizo colocar sobre un gran tamiz y filtró la arena. La tarea consumió varias horas, pero a la larga dio los resultados esperados: hallaron la cápsula de una bala calibre 223. Port conocía bien ese tipo de munición; era usada en rifles de alta potencia como el

M-16, el Mini-14 y el AR-15.

En Anchorage una autopsia preliminar reveló que la víctima era una mujer de edad indeterminada, que había sido asesinada aproximadamente hacía seis meses. Tres heridas de balas calibre 223 dieron cuenta de la causa de su muerte. Por los vendajes encontrados junto con sus restos, se dedujo que la persona había tenido los ojos vendados en el momento de su muerte.

Llevó un poco más de dos semanas identificar finalmente el cadáver como el de Sherry Morrow, una bailarina de 24 años, que trabajaba en el bar Wild Cherry del centro comercial de Anchorage. Sherry había sido vista por última vez el 17 de noviembre de 1981 por unos amigos, a quienes dijo que iba a encontrarse con un hombre que le había ofrecido 300 dólares para posar en algunas fotografías.

La policía de Anchorage sospechó que este asesinato no era un caso aislado. En los últimos dos años, el número de personas desaparecidas había ido en aumento, muchas de las cuales eran bailarinas *topless* y prostitutas. Antes del descubrimiento de Morrow, las desapariciones no habían despertado demasiada atención, las prostitutas del lugar tendían a ser personas solitarias que viajaban a menudo de una ciudad a otra, solo para reaparecer años más tarde.

El sargento de la Policía del estado, Lyle Haugsven, fue asignado para investigar vinculaciones con el caso. Trabajando con las autoridades locales, las dos agencias comenzaron a revolver sus archivos y a comparar sus registros. La primera indicación de un posible enlace pareció darse en dos casos de 1980, aún sin resolver. En el primero de ellos, trabajadores de la construcción que cavaban cerca de Eklutna Road, habían descubierto los restos parciales de una mujer sepultados superficialmente. Los animales habían desenterrado la mayoría de estos, y existía muy poca evidencia en la escena. La víctima nunca pudo ser identificada y se la apodó «Eklutna Annie», en forma simbólica.

Durante el mismo año, fue encontrado otro cuerpo en condiciones similares. Pertenece a Joanne Messina, una bailarina *topless*. Desgraciadamente, su cuerpo estaba en avanzado estado de descomposición, y como con Eklutna Annie presentaba escasa evidencia que pudiera llevar a su asesino. Haugsven carecía de elementos para poder encarar un trabajo serio.

Como los meses pasaban, la esperanza de esclarecer los crímenes se iba esfumando. Pero en la noche del 13 de junio de 1983, hubo un giro de acontecimientos. En las primeras horas de la tarde, un camionero que pasaba por el pueblo en las cercanías del aeropuerto vio aparecer a una joven en su camino que parecía histérica, agitando los brazos para llamar su atención. La muchacha tenía un par de esposas pendiendo de una de las muñecas y la ropa desgredada. Aterrada, le dijo que un hombre la estaba buscando y le pidió que la llevara al motel Big Timber. En el hospedaje, llamó a su «protector» desde el teléfono de la recepción, y luego se quedó tras la puerta esperándolo. El camionero fue directamente al Departamento de Policía de Anchorage y relató el incidente.

Cuando el policía Gregg Baker llegó al motel, encontró a la joven sola y todavía con las esposas puestas. No bien le liberó la muñeca, la mujer comenzó a relatarle una historia extraordinaria. Según dijo, había sido abordada en la calle por un hombre de alrededor de cuarenta años y pelo rojizo, que le ofreció 200 dólares por tener sexo oral. Ella aceptó el precio y se puso a trabajar, pero cuando estaba en la mitad de la sesión el hombre le cerró inesperadamente las esposas alrededor de la muñeca y extrajo un revólver. Le dijo que si cooperaba no la iba a matar y la obligó a dirigirse con él a su casa en Muldoon, una zona de clase alta no lejos del pueblo.

Una vez dentro de la casa, el hombre la violó brutalmente, le mordió los pezones y le introdujo un martillo dentro de la vagina. Después le dijo que la iba a llevar a su cabaña en las montañas y que la liberaría si seguía sus indicaciones.

Cuando llegaron al aeropuerto, el secuestrador la empujó dentro de un avión pequeño y comenzó a cargar provisiones. La joven prostituta comprendió entonces que estaba en graves problemas, y que probablemente el hombre la mataría cuando llegaran a la cabaña. Tras esperar que le diera la espalda, empujó la puerta de la avioneta, saltó a la pista y comenzó a correr para salvar la vida. El hombre, según relata, corrió tras ella un largo trecho, pero se detuvo cuando la vio frenar al camionero.

Después de hacer una declaración formal a la jefatura de Policía, los investigadores llevaron a la prostituta a Merrill Field, el aeropuerto donde había sido conducida, esperando que pudiera identificar el avión del raptor. Allí, la mujer señaló un Piper Super Club azul y blanco con matrícula N3089Z. En la torre de control averiguaron que pertenecía a Robert C. Hansen, que vivía en la calle Old Harbor.

Después de dejar a la joven en el hospital, Baker se encaminó a la casa de Hansen con un grupo de uniformados. Hansen se sintió ultrajado cuando le comunicaron las acusaciones de la mujer; dijo no haber visto nunca a la joven y manifestó que probablemente trataba de sacarle algo de dinero. Era una historia absurda, según él. Manifestó que vivía solo porque su esposa y sus dos hijos estaban de vacaciones en Europa, y que había pasado toda la tarde con dos amigos. Su coartada fue chequeada y no se le hicieron cargos formales.

Cuando las cosas parecían estar recobrando la calma nuevamente, la policía fue llamada a la escena de otro descubrimiento espantoso. El 2 de septiembre de 1983, justo diez días después del aniversario del descubrimiento de Sherry Morrow, otro cuerpo fue encontrado a orillas del río Knik. Los restos también estaban parcialmente descompuestos y emergían de una sepultura superficial. La víctima fue identificada más tarde como Paula Golding, de 17 años, otra bailarina *topless* y prostituta de Anchorage, cuya desaparición se había denunciado cinco meses atrás. Una autopsia reveló que había recibido el

impacto de una bala calibre 223.

Los investigadores se convencieron entonces que tenían un asesino serial ante ellos y convocaron al FBI para que los asistiera. En respuesta a la solicitud de ayuda, la unidad de apoyo investigadora del FBI envió al agente especial John Douglas, una figura legendaria, para ayudar a perfilar el asesino serial de Alaska.

Muchos investigadores locales sentían que Robert Hansen aún era un sospechoso viable y estaban ansiosos por compartir sus especulaciones con Douglas. El agente del FBI coincidió con ellos y determinó que la única manera de atrapar al hombre era derrumbando su coartada. Convencido de que los amigos del sospechoso habían mentido para protegerlo, alentó a los investigadores a amenazarlos con penas severas si no decían la verdad.

Entonces los hombres fueron citados a declarar, y tal como se esperaba ambos confesaron que no habían estado con Hansen durante la noche que la joven prostituta había sido secuestrada; también revelaron que el hombre estaba comprometido en un fraude con un seguro. Aparentemente, había denunciado falsamente a la policía que varios artículos habían sido robados de su casa, pero, en realidad, estaban escondidos en su sótano.

El 27 de octubre de 1983, un par de policías visitaron a Robert en su trabajo y lo invitaron a acompañarlos a la jefatura para declarar. Simultáneamente, otro grupo registraba su casa, donde encontraron armas por todos lados, pero ninguna que pudiera implicarlo en cualquiera de los asesinatos. Cuando se disponían a marcharse dando por terminadas las tareas de búsqueda, uno de los funcionarios descubrió un espacio oculto disimulado entre los maderos del altillo. Dentro, había un rifle Remington calibre 552, una pistola Thompson de 7 mm, un mapa de aviación en el que se habían marcado lugares específicos, varias piezas de joyería, recortes de periódicos, una escopeta Winchester, una licencia de conductor y varias tarjetas de identidad, algunas pertenecientes a las mujeres muertas. Pero, básicamente, hallaron la

pieza más importante de la evidencia: un rifle Mini 14 de calibre 223.

Robert Christian Hansen había nacido el 15 de febrero de 1939 en Esterville, Iowa. Era hijo de Christian Hansen, un panadero inmigrante danés, y de su esposa Edna. Su padre era un hombre muy estricto, que lo obligaba a trabajar muchas horas diarias en la panadería de la familia y, disgustado con su zurdera, lo forzaba a usar la mano derecha. Robert vivía en constante tensión, agravada en la adolescencia porque era demasiado pequeño para su edad, padecía de un humillante tartamudeo y tenía severas llagas de acné, que lo hacían víctima de burlas constantes. Él mismo describía su cara como «un enorme grano».

En 1957 se graduó del colegio secundario y poco después se alistó en las reservas del Ejército. El entrenamiento básico requería dedicar un fin de semana al mes a la milicia. El resto de su tiempo lo pasaba en la panadería.

Durante 1960 se enamoró y se casó con una joven de Pocahontas, Iowa. El primer episodio importante ocurrió el 7 de diciembre de ese año cuando decidió castigar a las personas de su pueblo por todo lo que lo habían insultado, y prendió fuego al garaje de los ómnibus escolares. Pero un amigo lo denunció y fue condenado a pasar tres años en prisión. Su esposa se sintió avergonzada y pidió el divorcio. Después de cumplir solo veinte meses de la condena, Robert fue puesto en libertad condicional a pesar de las evaluaciones negativas de los psicólogos.

Poco después de su liberación, encontró una nueva pareja con la que se casó en el otoño de 1963. Durante los siguientes años, Robert saltó de trabajo en trabajo y fue arrestado varias veces por hurtos insignificantes. En 1967 decidió que era hora de comenzar una nueva vida en Alaska y se mudó a Anchorage. Allí fue bien tratado por los residentes y pronto se ganó una reputación como excelente cazador. Cazaba carneros, lobos y osos con la misma pericia, ya fuera con rifle o arco y flecha. En 1969, 1970 y 1971 obtuvo cuatro menciones en los libros de récords mundiales de caza.

De cualquier manera, fue una dicha efímera. En 1977 fue arrestado por robar una motosierra y condenado a pasar cinco años en prisión. Después de la evaluación mental de costumbre, una psiquiatra carcelaria concluyó que padecía «desorden efectivo bipolar» y pidió que la Corte le ordenara tomar litio para controlar sus oscilaciones de humor. Pero la orden nunca fue impuesta, y Hansen fue liberado después de cumplir tan solo un año de arresto.

A principios de 1980 Robert denunció el robo de su casa, con lo que se hizo de 13.000 dólares de la compañía aseguradora, y poco después abrió su propia panadería. Por entonces, tuvo dos hijos y sus problemas con la ley casi pasan al olvido. Prosperó rápidamente y se convirtió en un exitoso y respetado miembro de la comunidad.

El 3 de noviembre de 1983, un jurado de Anchorage acusó a Robert Hansen de asalto y secuestro en primer grado, conducta impropia por posesión de un arma de fuego, robo en segundo grado y fraude. Mientras tanto, los investigadores seguían esperando los resultados de la prueba de balística de su rifle, para imputarle los asesinatos. Finalmente, el 20 de noviembre el laboratorio de criminología del FBI determinó que las cápsulas de bala encontradas en los ataúdes provenían del arma examinada.

Una vez que tuvo toda la evidencia contra Hansen, Fred Dewey, pidió una reunión con el juez Víctor Krumm. Durante el encuentro, Krumm propuso un acuerdo: a cambio de una confesión completa del acusado, garantizaba que solo sería condenado por los cuatro casos conocidos, y que cumpliría su pena en una prisión federal, en lugar de en una institución de máxima seguridad. De mala gana, Hansen aceptó las condiciones y habló.

De esta manera, explicó que, siempre que conseguía controlar a una víctima, la llevaba en la avioneta a su cabaña remota, donde la violaba y torturaba hasta cansarse. Después, la liberaba en los bosques, dándole una breve ventaja inicial, y entonces salía a cazarla con un cuchillo de monte o un rifle de alta potencia.

Cuando la entrevista concluyó, le acercaron un mapa aéreo de la región para que indicara los lugares donde había enterrado a sus víctimas. Señaló quince, doce de los cuales eran totalmente ignorados por los investigadores. Tras intentar ubicarlos infructuosamente siguiendo las señas de Hansen, los detectives decidieron llevarlo a cada uno de los puntos señalados. Al día siguiente, lo trasladaron al aeropuerto de Anchorage, donde lo subieron a bordo de un helicóptero militar y partieron a ubicar los sepulcros. En cada parada, Hansen indicó los sitios precisos, ahora pesadamente cubiertos de nieve, donde se marcaron los árboles con pintura anaranjada. Cuando terminó el día, se habían hallado las tumbas de doce mujeres desconocidas.

El 18 de febrero de 1984, Robert Hansen fue declarado culpable de los asesinatos en primer grado de Paula Golding, Joanna Messina, Sherry Morrow y «Eklutna Annie». La semana siguiente, un tribunal superior lo condenó a 461 años de cárcel, sin poder beneficiarse de la libertad condicional, y fue alojado en la penitenciaría federal de Lewisburg, en Pennsylvania.

En mayo de 1984, los investigadores encontraron siete cuerpos en las tumbas que Robert Hansen les había señalado: pertenecían a Sue Luna, Malai Larsen, DeLynn Frey, Teresa Watson, Angela Feddern, Tamara Pederson y Lisa Futrell. Nunca más se volvió a encontrar otro cuerpo.

En 1988, Hansen regresó a Alaska y se convirtió en uno de los primeros residentes del nuevo centro correccional Spring Creek, de Seward. Su esposa y sus dos hijos procuraron permanecer en Anchorage, pero después de sufrir dos años de acoso, la mujer pidió el divorcio y se marchó de Alaska para siempre.

El 21 de febrero de 2003, más de 20 años después de que su cuerpo fuera encontrado, la policía pidió la ayuda del público para identificar a «Eklutna Annie». Hasta el momento su identidad sigue siendo un misterio.

La feroz cacería criminal de Robert Hansen quedó plasmada en la película *The Frozen Ground* (2012), de Scott Walker, con John Cusak y Nicholas Cage

en los papeles protagónicos.

DOROTHEA PUENTE

La dulce anciana

Quienquiera que se haya cruzado con su cara angelical en los años ochenta seguramente imaginaba estar delante de una tierna abuelita. La realidad era otra: la dulce señora era, en realidad, una despiadada asesina serial.

Dorothea Elena Gray nació el 9 de enero de 1929 en Redlands, California. Aunque decía que era la menor de dieciocho hermanos, su partida de nacimiento muestra que apenas era la sexta hija de su madre. Su niñez estuvo golpeada por la tragedia: su padre murió de tuberculosis cuando ella tenía ocho años, y su madre, en un accidente de moto un año más tarde.

Habiendo quedado huérfanos, los niños Gray fueron repartidos en casas diferentes y, según datos del censo, Dorothy vivió en la ciudad de Napa a los 13 años. Los archivos de la escuela muestran que era estudiante en Los Ángeles a los 16, pero menos de un año más tarde se mudó a Olimpia, Washington, donde se hizo llamar «Sheri» y trabajó en un comercio de productos lácteos durante el verano de 1945.

En aquel tiempo vivía con una amiga en una habitación de motel, y ofrecía un servicio completo de prostitución, aprovechando su lozana belleza y su habilidad para conseguir dinero toda vez que lo quisiera.

Entonces conoció a Fred McFaul, un soldado de 22 años, que regresaba de la guerra en las Filipinas. Se casaron en Reno unos meses más tarde, ceremonia en la que declaró tener 30 años y llamarse «Sherriale A. Riscile», información debidamente registrada en la partida de matrimonio.

McFaul descubrió pronto que su flamante esposa era una mentirosa tenaz.

Dorothy no solo adoraba la ropa cara y las medias de seda, sino que también le encantaba emperifollarse. De niña se había acostumbrado a mentir para hacerse ver más interesante, y ese hábito le quedó de por vida. Decía que había sobrevivido a la marcha de la muerte en Bataán en la Segunda Guerra Mundial (cuando tenía 13 años), y al bombardeo de Hiroshima. También, que era la hermana del embajador de Suecia y amiga íntima de Rita Hayworth.

McFaul y Sheri (o Dorothea) se asentaron en Gardnerville, Nevada, y tuvieron dos hijas. Poco después del nacimiento de la segunda, Sheri (o Dorothea) se marchó a Los Ángeles y volvió embarazada varios meses más tarde. Aunque terminó abortando al bebé, McFaul la dejó, y las hijas de la pareja fueron entregadas a otras personas: una, a la madre de McFaul; la otra, a unos forasteros.

Dorothy estaba acostumbrada a ganar dinero fácil, un hábito difícil de romper. En 1948 le robó unos cheques a un conocido para comprarse un sombrero, un bolso, zapatos y medias. Fue acusada de falsificación y pasó cuatro años en la cárcel.

En 1952, se casó con su segundo esposo, Axel Johansson. Johansson era un marinero mercante y al regresar de sus largas ausencias solía encontrar a Dorothy conviviendo con otros hombres. Los vecinos se quejaban de que dejaba entrar a extraños a todas horas de la noche. La pareja discutió, se separó, se arregló, volvió a discutir, se volvió a separar, y continuó de esta manera durante catorce años.

En 1960 Dorothy fue encarcelada por atender en un burdel de Sacramento, y en 1968, cuando ya tenía 39 años, abrió una posada frecuentada por borrachos, llamada Los samaritanos. Dos años después se casó con Robert José Puente. La pareja vivía discutiendo y el matrimonio terminó rompiéndose un año después. También la posada tuvo que cerrar cuando su deuda ascendió a los 10.000 dólares.

Al poco tiempo, Dorothy —ahora Dorothea Puente— se mudó a

Sacramento, y puso en marcha una casa de huéspedes, de estilo victoriano, pintada de azul claro.

En 1976 se casó con uno de los inquilinos, Pedro Ángel Montalvo, de 52 años. Dos años después, fue detenida, nuevamente acusada de cometer treinta y cuatro fraudes con cheques robados a sus inquilinos. La condenaron a cinco años de prisión con libertad provisional y le ordenaron someterse a un tratamiento psiquiátrico, en el que se le diagnosticó esquizofrenia y un profundo desequilibrio mental.

Según los investigadores, Dorothy cometió su primer asesinato en la primavera de 1982, cuando la anciana de 61 años, Ruth Munroe, que acababa de mudarse a la casa de huéspedes victoriana, murió por exceso de drogas. Fue la señora Puente quien se quedó con todas sus pertenencias, valuadas en 6.000 dólares.

Ruth Munroe se había asociado a Dorothy para gerenciar un pequeño bar y le escribió a su marido —internado por una enfermedad terminal en un hospital de veteranos— diciéndole que estaba entusiasmada con la sociedad y muy optimista respecto de su futuro. Pero apenas dos semanas después de mudarse, se encontró con una amiga en la peluquería y le soltó: «Siento que estoy a punto de morirme». Cuando la mujer le preguntó por qué, según el informe, Munroe le dijo: «No lo sé». Tres días después, Munroe moría de una sobredosis de Tylenol y codeína. El médico forense consideró que había sido un suicidio, ya que no contaba con las pruebas suficientes para calificarlo de homicidio.

Sin embargo, un mes más tarde Dorothy fue arrestada y acusada de drogar a cuatro personas y de robarles sus pertenencias. Una de las víctimas, un hombre de 74 años, dijo que Dorothy lo había drogado para que no pudiera ni hablar ni moverse, y que luego había procedido a vaciarle la casa mientras él contemplaba con estupor.

El juez la condenó a cinco años de prisión en la institución para mujeres de

California, en Frontera. Fue liberada después de tres años de reclusión en 1985, bajo el juramento de no acercarse a la gente mayor.

Dorothy pasó por alto esta restricción y comenzó a intercambiar correspondencia con un amigo de Oregon, que tenía 77 años. Su nombre era Everson Gillmouth y cometió el error de decirle que había obtenido una pensión suculenta y que poseía un remolque.

Tras avisarle a su hermana que se casaba, Gillmouth se mudó a la casa victoriana azul claro e incorporó a Dorothy como firmante en su cuenta corriente. No mucho después, Everson era sumergido en el interior de un ataúd casero, envuelto en plástico, en el río Sacramento. Su cuerpo se pudrió en silencio en el fondo del río hasta enero de 1986, cuando un pescador encontró el improvisado féretro. Sus restos permanecieron sin identificar tres años más, en la morgue de ciudad, mientras que su esposa seguía matando.

Cuando el propietario de la casa victoriana de color azul claro se marchó, la señora Puente asumió el mando del hospedaje, subalquiló el primer piso a precios baratos y comenzó a escribir la segunda historia de su vida. Pronto los asistentes sociales comenzaron a llamar para ubicar a sus clientes en la pensión. Dorothea nunca les contó sobre su pasado y ellos tampoco se molestaron en investigarlo.

Un trabajador social dijo que ubicó en la pensión a diecinueve ancianos a su cuidado porque era la mejor oferente de habitaciones; otro informó que la señora aceptaba los clientes más duros de ubicar, como los adictos a la droga y el alcohol, los que abusaban física y verbalmente de sus víctimas, y enfermos terminales. Poco a poco, estos pensionistas empezaron a desaparecer y alguien preocupado dio aviso a la policía.

En la mañana del 11 de noviembre de 1988, el detective John Cabrera y un par de colegas se dirigieron a la casa victoriana color azul claro en busca de Álvaro «Bert» Montoya, un arrendatario mentalmente atrasado cuyo asistente social había denunciado su desaparición.

Cuando se acercaban a la verja, comenzaron a percibir el desagradable olor que provenía del lugar y había generado tantas quejas de los vecinos. Algunos denunciaron que durante el verano había sido tan fuerte que muchos prefirieron apagar sus acondicionadores de aire y sufrir el ardiente calor antes que oler el terrible hedor que las máquinas absorbían y soplaban hacia sus casas.

La dueña del hospedaje, una delicada y elegante señora de 59 años, explicaba a los quejosos que el tufo desagradable se debía a una alcantarilla tapada, a ratas muertas que se estaban pudriendo bajo las tablas del piso o a la emulsión de pescado que ella usaba para fertilizar el jardín.

Lo cierto es que la mujer luchaba por mitigar el olor vaciando bolsas de cal viva y galones de lavandina en el patio, y rociando su sala con desodorante de ambientes con fragancia a limón cuando los huéspedes llegaban a la residencia.

Cabrera y sus hombres llamaron a la puerta de entrada y le preguntaron a la señora Puente si podían ingresar para echar un vistazo a la casa. Ella accedió sin reparos.

El interior estaba colmado con las típicas chucherías de las ancianas — jarrones miniatura, muñecas y servilletas pequeñas—, pero no notaron nada excepcional. Se encaminaron entonces al patio posterior. En la esquina sudeste advirtieron que la tierra había sido recientemente removida y decidieron regresar a sus automóviles para recoger las palas y los picos. Tenían un nefasto presentimiento.

Comenzaron a cavar y rápidamente descubrieron lo que parecían ser jirones de ropa y carne asada. Cuando los golpes de pala tocaron lo que parecía ser una raíz, Cabrera decidió bajar al agujero y sacarla con las manos. Tomó la saliente fuertemente, se afirmó en los pies y empezó a tirar. Era un hueso. Al instante, se eyectó fuera del agujero.

Oyendo la conmoción, la señora Puente caminó hasta el extremo del patio y se inclinó para mirar dentro del pozo. Cuando Cabrera le comentó que habían

encontrado lo que parecía ser un cadáver humano, ella pareció sorprenderse, llevándose las manos a la cara.

Los hombres dejaron de cavar cuando encontraron un zapato con un pedazo de pie adentro. Decidieron volver en otro momento con el equipo adecuado.

A la mañana siguiente, un equipo de antropólogos, funcionarios de la oficina del forense y una cuadrilla de trabajo provista con maquinaria pesada llegaron a la propiedad. El primer cadáver que desenterraron en el patio fue el que Cabrera había encontrado de casualidad el día anterior, una mujer pequeña con pelo gris que se había convertido en esqueleto.

Una multitud de curiosos y periodistas siguió los procedimientos desde el otro lado de la verja. Los chicos se encaramaban a los árboles para ver mejor. Los ánimos eran festivos hasta que se desenterró un cuerpo recién muerto, que se llevó a la morgue. Entonces los curiosos se aplacaron.

Mientras el equipo taladraba una losa de concreto y se preparaba para excavar debajo de ella, la señora Puente entró en el patio y se acercó a Cabrera, vistiendo un tapado color cereza, zapatos bajos púrpuras y un paraguas rosado. Le preguntó entonces al detective si estaba detenida. El policía le dijo que no. La sumisa mujer le preguntó entonces si podía ir al Clarion Hotel, que quedaba a unas cuadras, para tomar una taza de café. El policía le dijo que sí y la acompañó para sortear la multitud de reporteros y espectadores que se agolpaban curiosos en el patio.

En una sucesión rápida, el equipo encontró tres cuerpos bajo la losa de cemento y un quinto cadáver bajo un mirador en el patio de al lado. Para cuando advirtieron que la dulce anciana no había regresado de tomar el café, Dorothea Puente ya estaba a cientos de kilómetros de ahí.

En innumerables interrogatorios, las personas dieron descripciones contradictorias sobre la personalidad de Dorothea Puente. Juan Sharp, un cocinero retirado de 64 años, que vivió en la casa de huéspedes los últimos once meses, antes que la policía cerrara el lugar, dijo que Dorothy era una

persona sensible: alimentaba a los gatos perdidos, les daba ropa y cigarrillos a los pensionistas, y hasta le había comprado a un inquilino con discapacidad un triciclo para adultos para que pudiera moverse. Patty Casey, un taxista de 54 años, que solía llevar a Dorothea en su auto para hacer trámites en el pueblo y finalmente se convirtió en su amigo visitándola en la casa de huéspedes, dijo que la había llevado varias veces por semana a comprar cemento, plantas y fertilizante, y que la había dejado con frecuencia en bares del centro comercial de la ciudad de Sacramento. También comentó que le había confiado algunos secretos, como que, en realidad, tenía 71 años, y no 59, y que había tenido cuatro fracasos matrimoniales, tal como se comprobó después en los registros.

Casey manifestó también que la consideraba una persona delicada, que la estimaba, la admiraba y que había aprendido muchas cosas de ella: «Me parecía una persona muy sabia».

Pero otros testimonios no fueron tan benévolos. Muchos dijeron que se violentaba contra los ancianos y los enfermos, y que hasta había puesto a más de uno en la calle cuando se atrevían a discutir sus decisiones. En realidad, nadie conocía de verdad a la anciana dama.

Cuando la policía le permitió irse a tomar un café, Dorothea llamó a un taxi, que la llevó del otro lado del pueblo. Allí se bebió cuatro vodkas con jugo de naranja antes de tomar otro taxi a Stockton, donde subió a un ómnibus con destino a Los Ángeles. Durante las seis horas de viaje, solo pensó en dos cosas: los 3.000 dólares en efectivo que llevaba en su bolso y un nuevo plan para volver a reinventarse.

Algunos días más tarde, Charles Willgues, un carpintero retirado de 59 años, estaba disfrutando su cerveza de media tarde en la taberna de Monte Carlo, en los bajos de Los Ángeles, cuando una forastera elegante, vestida con un tapado rojo brillante, se sentó junto a él. La mujer ordenó un vodka con jugo de naranja y se presentó como Donna Johansson, oriunda de Sacramento,

cuyo marido había muerto el mes anterior, y ahora estaba intentando recomenzar su vida. La apesadumbrada viuda le dijo que venía arrastrando muchas dificultades: el chofer del ómnibus la había dejado en el carísimo motel Royal Viking y había continuado su viaje con sus maletas, y, para colmo, los tacones de su único par de zapatos se habían roto.

Apenado por la mujer, Willgues tomó sus zapatos y los llevó hasta un zapatero para arreglarlos. Cuando volvió, la dama le preguntó cuánto dinero obtenía de la seguridad social por mes. Sin pensarlo, el hombre le respondió que 476 dólares por mes. Nunca pensó que hubiera algo extraño cuando la forastera le dijo que era muy buena cocinera y le propuso que se fueran a vivir juntos. En ese momento no supo qué responder y cambió de tema.

Willgues invitó a Dorothea a cenar en el lugar y mientras comían le pareció que su rostro le resultaba conocido. Al atardecer se separaron y quedaron en encontrarse al día siguiente para realizar algunas compras. Cuando regresó a su departamento, Willgues recordó quién era. La había visto en televisión junto a los cuerpos hallados en su patio. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Llamó a una estación de TV local, que a su vez llamó a la policía. A las 10.40 de la noche un nutrido grupo policial de Los Ángeles rodeó el motel Royal Viking, donde se alojaba Dorothea Puente. La detuvieron sin incidentes.

Dorothy llevaba puesto un vestido azul y una gargantilla de perlas cuando se declaró inocente de los nueve cargos de asesinato que se le imputaron en la Corte Municipal de Sacramento el 31 de marzo de 1989.

Pasaron otros cuatro años antes que toda la evidencia fuera recopilada. El juicio recién comenzó en febrero de 1993. Debido a la publicidad, la jurisdicción fue cambiada de Sacramento a Monterrey, por lo que demoró tres meses nombrar un jurado de ocho hombres y cuatro mujeres.

En su sumario del caso, el fiscal John O'Mara fue implacable, y la acusó de ser una codiciosa asesina. El equipo de defensa, integrado por Peter Vlautin y Kevin Clymo, sostuvo que los inquilinos habían muerto de causas naturales.

El largo proceso de cinco meses incluyó 153 testigos, 3.100 piezas de evidencia y un modelo a escala de la casa de huéspedes victoriana color azul claro, ubicada en una mesa al frente de la sala de la corte, como una casa de muñecas. En la sala de tribunal, Dorothy cultivó su frágil imagen de la abuelita de mirada dulce.

Después de un año evaluando testimonios, los miembros del jurado encontraron a Dorothea Puente culpable de asesinar a Dorothy Miller, Benjamín Fink y Leona Carpenter, pero no pudieron alcanzar un veredicto en los otros seis cargos de asesinato. Entonces, el juez de la Suprema Corte, Michael Virga, declaró el juicio nulo en esos cargos.

El 10 de diciembre de 1993, el juez Virga la condenó a prisión de por vida sin la posibilidad de acceder a la libertad condicional. La dulce anciana tenía 64 años cuando fue enviada a la Prisión Central de Mujeres, de California, cerca de Chowchilla, la cárcel de mujeres más grande del estado. El 27 de marzo de 2011 falleció en su celda por causas naturales, dos meses después de cumplir 82 años.

GARY RIDGWAY
El asesino del río Verde

El 15 de agosto de 1982, Robert Ainsworth, de 41 años, comenzó el descenso en su balsa de goma aguas abajo del río Verde, en las afueras de la ciudad de Seattle. Era un viaje que hacía con frecuencia, pero esta vez fue diferente. Cuando llegó a un remanso, divisó a un hombre calvo y bastante mayor en las orillas y, un poco más lejos, a otro más joven sentado en un camión de reparto. Ainsworth supuso que acababan de pasar un día de pesca y le preguntó al viejo si habían sacado algo. El hombre le contestó que hacía tiempo que por ahí no se encontraba nada y Ainsworth siguió navegando río abajo plácidamente. Pocos momentos después se encontró rodeado por la muerte.

En un vistazo distraído a las aguas claras, sus ojos absortos se encontraron con otro par que le devolvía una mirada perdida. Una jovencita negra desnuda flotaba inerte debajo de la superficie. Su cuerpo era arrastrado con lentitud por la corriente. Un momento después el río trajo otro cuerpo.

Aterrado, Ainsworth, saltó al agua y corrió hasta la costa, donde alertó a un grupo de ciclistas para que llamaran a la policía. Cuando llegaron las autoridades, cercaron el lugar y comenzaron un intenso rastreo. Un tercer cadáver semidesnudo apareció estancado en los pastizales, más tarde identificado como el cuerpo de Opal Mills, de 16 años, que tenía el pantalón anudado al cuello. Las tres mujeres habían sido estranguladas y violadas repetidamente. Las otras dos eran Marcia Chapman, de 31 años, y Cynthia Hinds, de 17.

Estos tres cuerpos no fueron los únicos que aparecieron en el río Verde y sus alrededores, en el estado de Washington. Ya habían sido encontrados otros, y todavía faltaban muchos más.

Una fuerza especial de tareas, integrado por detectives del condado de King, fue enviado para investigar los asesinatos. Se trataba de la fuerza especial de tareas más numerosa desde la búsqueda de Ted Bundy, una década atrás. Al comando estaban el mayor Richard Kraske y el detective Dave Reichert, quienes pidieron la ayuda del especialista en asesinos seriales del FBI John Douglas y del criminólogo Bob Keppel, conocido por haber sido el único en reunir evidencias precisas en los ocho años que duró la investigación del caso de Ted Bundy.

Durante su investigación, los detectives descubrieron que muchas de las muchachas asesinadas se conocían entre sí y tenían antecedentes de prostitución. Llevaron a cabo cientos de interrogatorios con las prostitutas que operaban en la franja principal en Seattle. Aunque muchas de las jóvenes eran reacias a hablar con la policía, una de ellas manifestó que un hombre que la había violado había hecho referencia a los asesinatos del río Verde. Posteriormente, otras prostitutas relataron experiencias similares con un hombre que manejaba un camión azul y blanco.

Ese septiembre, un carnicero llamado Charles Clinton Clark fue detenido en su camión azul y blanco, cuando conducía por la calle principal de Seattle. Los investigadores pensaron que era el hombre que estaban buscando. Mostraron la foto de su licencia de conductor a las prostitutas, y ambas mujeres identificaron a Clark como su atacante. El carnicero fue arrestado y en el interrogatorio admitió haberlas atacado. Sin embargo, se dudó de que fuera el asesino del río Verde porque tenía coartadas perfectas para el momento en que muchas de las víctimas habían desaparecido.

Mientras lo fichaban, Mary Bridgett Meehan, una muchacha de 19 años, desapareció mientras paseaba por las calles de la ciudad. Tenía más de ocho

meses de embarazo y había sido vista por última vez cerca de un motel frecuentado por muchas de las víctimas. Su desaparición se sumó a las de dos jóvenes de 16 años, Kase Ann Lee y Terri Rene Milligan. Todas tenían dos cosas en común: eran prostitutas y su cabello era oscuro.

El 26 de septiembre de 1982, se descubrieron los restos en descomposición de una prostituta de 17 años, Gisele A. Lovvorn. Había sido estrangulada con un par de medias negras de hombre, y para sorpresa de los investigadores era rubia. Sin embargo, cuando su cuerpo fue examinado notaron que su cabello teñido era, en realidad, de color negro.

Entre septiembre de 1982 y abril de 1983, las autoridades tuvieron que asentar las desapariciones de Mary Meehan, Debra Estes, Denise Bush, Shawnda Summers, Shirley Sherrill, Rebecca Marrero, Colleen Brockman, Alma Smith, Delores Williams, Gail Matthews, Andrea Childers, Sandra Gabbert, Kimi-Kai Pitsor y Marie Malvar. Muchas de las chicas tenían entre 15 y 23 años, y todas eran prostitutas que frecuentaban la franja.

El 30 de abril, el novio de la última víctima, Marie Malvar, dijo que la había visto por última vez hablando con un cliente potencial en un camión rojo oscuro. Como la policía no mostró mucho interés en sus declaraciones, el joven, junto con el padre y el hermano de su novia, siguió la pista del camión y lo encontró frente a la casa de la calle South 348. Entonces llamaron a la policía, y minutos más tarde dos oficiales hablaron con el propietario, Gary Ridgway. Este negó haber visto a Malvar, tras lo cual los oficiales se retiraron satisfechos.

Un vehículo similar al de Ridgway también estuvo involucrado en la desaparición de otra joven prostituta llamada Kimi-Kai Pitsor. El amigo de Kimi la había visto subir a un camión verde oscuro, cuyo conductor tenía la cara picada de viruelas. Nunca volvió a ver a la chica.

El 8 de mayo de 1983, se descubrió otro cuerpo, identificado como perteneciente a Carol Ann Christensen, de 21 años. Los restos se encontraron

en una zona arbolada de las afueras de Seattle. El asesino había dejado su cuerpo en un estado pavoroso. La víctima tenía la cabeza cubierta por una bolsa de papel de estraza. Tenía un pescado cuidadosamente situado encima del cuello, otro sobre el pecho izquierdo y una botella entre las piernas. Las manos estaban cruzadas sobre el estómago, y un bife de carne descansaba en la palma de la mano izquierda. Un examen más exhaustivo reveló que había sido estrangulada con una soga y brutalmente violada. Si bien fue hallada en un bosque, daba muestras de haber estado en el agua algún tiempo, aunque el río estaba lejos.

Durante la primavera y el verano de 1983, desaparecieron otras nueve mujeres jóvenes, muchas de ellas prostitutas. En junio aparecieron los restos de tres víctimas cerca del aeropuerto Sea-Tac. La llegada del invierno trajo más cuerpos.

Entre septiembre y noviembre de 1983, se denunciaron las desapariciones de otras nueve mujeres y aparecieron siete cadáveres más, entre ellos, el de Mary Meehan y su bebé no nacido, las únicas víctimas atribuidas al asesino del río Verde que habían sido enterradas.

Un mes más tarde, el 15 de diciembre, el cráneo de Kimi-Kai Pitsor fue encontrado en Auburn, Washington, cerca del Mountain View Cemetery. Parecía que el asesino había encontrado un nuevo modo y lugar para sepultar a sus víctimas.

Dos semanas después de este descubrimiento, se aumentó la fuerza de tareas de la región en más de la mitad de integrantes, debido al número creciente de asesinatos en la zona. Se temía que en los meses próximos ocurrieran muchos crímenes más. Sus predicciones fueron correctas.

En enero de 1984, la fuerza tuvo un nuevo líder, el capitán Frank Adamson, que reorganizó completamente las tareas.

El 14 de febrero de 1984, se descubrió el esqueleto de una mujer, que luego fue identificada como Denise Louise Plager, a cuarenta millas de la ciudad,

cerca de la carretera interestatal 90. Era la primera víctima hallada ese año, pero no fue la única. Durante los siguientes dos meses aparecieron muchas más.

Un descubrimiento importante se hizo por entonces junto a los restos de algunas de las víctimas: las huellas de zapato. Después de examinarlas, los investigadores averiguaron que correspondían a un tamaño 40 ó 41. Se trató de una prueba fundamental para establecer una conexión entre el asesino y sus víctimas.

A mediados del mes de abril, una trabajadora voluntaria, la psíquica Barbara Kubik-Pattern, tuvo la visión de que el cuerpo de otra mujer podía encontrarse cerca de la interestatal 90. La policía no le prestó atención, y decidió ir ella misma junto a su hija a investigar por su cuenta.

Siguiendo las revelaciones de su visión, Kubik-Pattern y su hija finalmente encontraron otro cuerpo. Pero cuando les informó a los funcionarios, la rechazaron e incluso amenazaron con arrestarla por quebrar el perímetro de seguridad. La mujer se enfureció y logró que la acompañaran al lugar. Allí, la policía se topó con un hallazgo macabro. Los restos descompuestos pertenecían a Amina Agisheff, de 36 años.

Había sido vista por última vez el 7 de julio de 1982 caminando hacia un restaurante en el centro de la ciudad Seattle. Agisheff no se ajustaba al patrón de las otras víctimas. Era mayor y trabajaba de camarera, no como prostituta. Además, la mujer tenía una relación estable en el momento de su desaparición y era madre de dos hijos. Aunque existían diferencias obvias entre el estilo de vida de Agisheff y el de las otras mujeres, además de los lugares diferentes en los que se había hallado a las víctimas, los investigadores no dudaron en que era víctima del asesino del río Verde.

Varios meses más tarde, el asesino serial Ted Bundy se ofreció, desde su celda carcelaria en el pabellón de la muerte, para ayudar a Keppel a encontrar a su hombre. Keppel no pudo rehusar al ofrecimiento. Ambos hombres

conversaron por carta. Keppel formulaba detalladamente las preguntas y esperaba que Bundy las contestara.

Bundy sugirió que el asesino conocía a sus víctimas, y que probablemente se había ganado su amistad. Sugirió que podía haber depositado más cuerpos donde se habían encontrado los más recientes. Además, creía que el patrón de disposición de los cadáveres los llevaría a cercar la casa del culpable.

El aporte de Ted Bundy terminó siendo útil para el caso; de hecho, se convirtió en uno de los principales asesores del caso, junto a Douglas y Keppel. A pesar de esta inusual ayuda, la fuerza de tareas no avanzó en la resolución del caso como lo esperaba.

Aunque los asesinatos parecieron disminuir, no cesaron totalmente. Entre octubre y diciembre de 1984 se hallaron dos nuevos cuerpos. La cuenta total subió a treinta y uno, aunque solo veintiocho de las víctimas pertenecían a la lista oficial del asesino del río Verde. Todavía faltaba encontrar catorce.

Entre los restos hallados entre marzo y junio de 1985 estaban los de Kimi-Kai Pitsor. Lo inusual de este descubrimiento era que fueran encontrados en dos lugares diferentes. En diciembre de 1983 habían encontrado el cráneo en el Mountain View Cemetery, y ahora aparecía el esqueleto en una barranca cercana. Dedujeron que posiblemente un animal había arrastrado el cráneo, pero no existía ninguna evidencia que lo confirmara. Entonces, los investigadores concluyeron que era un trabajo intencional del asesino, destinado a burlarse de ellos o a confundir la investigación.

Para empeorar las cosas, ese verano aparecieron los restos de tres mujeres más en la autopista I-90, al este de Seattle. El número de víctimas había subido a cuarenta.

A finales de 1986, el personal se redujo significativamente, y Adamson fue asignado a otro proyecto. El capitán James Pompey se convirtió en el nuevo líder de la fuerza y, cuando comenzaba a reorganizar el equipo, se descubrieron más cuerpos. Esta vez mucho más lejos, al norte de Vancouver,

en la Columbia Británica. De nuevo, el asesino parecía burlarse de los investigadores, y lo más curioso era que parte de los restos de otras mujeres habían sido esparcidos alrededor de los nuevos cuerpos.

A comienzos de 1987 la policía tenía a un nuevo sospechoso en la mira: se trataba de un viejo conocido en cuyo prontuario figuraba la acusación de estrangular en 1980 a una mujer de vida dudosa, cerca del aeropuerto internacional de Sea-Tac, y un arresto en 1984 por intentar levantar a una oficial encubierta disfrazada de prostituta. En ninguno de los casos había sido condenado, pero uno de los detectives de la fuerza, Matt Haney, comenzó a sospechar de él y decidió bucear un poco más en su historia. Descubrió que también había sido detenido e interrogado en 1982 mientras estaba en su camión con Keli McGinness, una de las víctimas del asesino del río Verde. Fue su exesposa, quien frecuentaba los lugares donde muchos de los cuerpos habían sido descubiertos, la que habló.

Haney entrevistó a varias prostitutas, que dijeron haber visto a un hombre que se ajustaba a su descripción manejando por la franja entre 1982 y 1983, y descubrió que trabajaba como pintor de camiones. Cada vez que una víctima había desaparecido, el hombre se había ausentado o había estado de franco.

Finalmente, el 8 de abril de 1987 la policía obtuvo una orden de registro e inspeccionó la casa del hombre, a quien, además, se le tomaron «muestras corporales» para compararlas con las muestras obtenidas de las víctimas del río Verde. Sin embargo, la evidencia no fue suficiente para arrestarlo, y fue puesto en libertad bajo vigilancia. El sospechoso se llamaba Gary Ridgway.

Después de seguirlo durante varias semanas, el capitán Pompey murió de un ataque al corazón relacionado con un accidente provocado por una escafandra de buceo. La prensa amarilla se regodeó con el suceso, y los niveles de ansiedad de la población escalaron ante la cantidad de muertes.

En 1988 aparecieron más de veinte cuerpos de prostitutas en San Diego, y se creyó que el asesino del río Verde se había mudado y continuaba matando

en California, pero luego aparecieron otros en Oregon y en Tukwila, Washington. Parecía como si el asesino estuviera moviendo adrede los huesos de un lado a otro en un esfuerzo por confundir aún más a los investigadores, cuya moral decaía día a día.

En julio de 1991 se redujo la fuerza de tareas a un solo investigador: Tom Jensen. Después de nueve años, se habían producido cuarenta y nueve víctimas y gastado 15 millones de dólares en vano. La investigación llegó a ser conocida como el caso de asesinatos no resueltos más grande del país. Desde entonces, permaneció latente durante diez años.

En abril de 2001, casi veinte años después del primer asesinato, el detective Reichert, que se había convertido en el sheriff del condado King, comenzó nuevas investigaciones. Era un caso particular que se negaba a soltar; estaba decidido a encontrar al asesino. Esta vez la fuerza de tareas contó con tecnología.

Reichert formó un nuevo equipo integrado por seis miembros, incluidos peritos forenses, expertos de ADN y un par de detectives. No eran muchos: antes la fuerza de tareas había llegado a contar con más de treinta personas.

Se volvió a examinar la evidencia de todos los asesinatos, y las muestras de semen del supuesto asesino encontradas en Opal Mills, Marcia Chapman y Carol Christensen fueron enviadas al laboratorio para ser comparadas con muestras tomadas de Ridgway en abril de 1987.

El 10 de septiembre de 2001, Reichert recibió los resultados y el duro detective no pudo evitar el llanto: todas las muestras eran compatibles.

El 30 de noviembre, Gary Ridgway fue interceptado por la policía cuando regresaba a su casa del trabajo, y arrestado con cuatro cargos de homicidio con circunstancias agravantes. Los cargos incluían el asesinato de las tres jóvenes y de Cynthia Hinds, en el que, por prueba circunstancial, también se lo acusaba de su muerte. El hombre que los investigadores habían estado buscando durante veinte años estaba finalmente en manos de la policía. Y esta

vez no se les iba a escapar.

Gary León Ridgway había nacido en Salt Lake City, Utah, el 18 de febrero de 1949. En el momento de su arresto, trabajaba para una compañía de computación, pero durante treinta años, incluida la etapa de los crímenes, había estado empleado como pintor de vehículos en la fábrica de camiones Kentworth, en Renton, Washington. Durante ese tiempo, Ridgway era propietario de muchas unidades. Una de ellas resultó de interés particular para los investigadores: se trataba de un Ford F-150 negro, modelo 77, que presuntamente estaba relacionado con algunos de los crímenes.

Aparentemente, Ridgway tenía un apetito sexual inusitado. Sus tres exesposas y muchas antiguas novias dijeron que era sexualmente insaciable, exigiendo la práctica de sexo varias veces por día. A menudo, quería fornicar en áreas públicas o en los bosques, incluso en los sitios donde habían sido descubiertos algunos de los cuerpos.

Ridgway también era conocido por su obsesión con las prostitutas, una típica fijación de amor-odio. Los vecinos dijeron que se quejaba constantemente de las prostitutas que ejercían su profesión en la vecindad, pero al mismo tiempo recurría frecuentemente a sus servicios. Era posible que sufriera por sus lujurias incontrolables y sus firmes creencias religiosas. Según una de sus esposas, a veces se convertía en un fanático religioso, proclamando los sermones a los gritos o llorando mientras leía la Biblia.

Como todo psicópata típico, Ridgway había olvidado a sus víctimas, no aprendió nunca sus nombres, y las describía como «emociones vicarias», sin personalizarlas jamás de ningún modo. Las había enterrado en racimos, para poder pasar con su auto y recordar dónde estaban y el placer que había experimentado asesinándolas.

El 5 de noviembre de 2003, Gary Ridgway logró evadir la pena capital en el condado King, Washington, confesando los asesinatos de cuarenta y ocho mujeres, la mayor parte en el período 1982-1984. El acuerdo de Ridgway

incluía cooperar con las autoridades para cerrar estos casos a cambio de cuarenta y ocho cadenas perpetuas, sin la posibilidad de obtener la libertad condicional.

Su sentencia formal se dictó en enero de 2004. De todas formas, como algunas de las víctimas habían sido asesinadas y enterradas en Oregon, y en otras áreas donde la pena capital sigue vigente, Gary León Ridgway sigue pendiente de ser ejecutado.

DENNIS ANDREW NILSEN
El asesino que temía a la soledad

Dennis Nilsen tenía 33 años cuando encontró al joven en la taberna hacia fines de 1978. Después de una larga charla lo invitó a continuar bebiendo en su casa de Melrose Avenue 195, en Londres. Una vez allí, continuaron disfrutando de algunos tragos fuertes y, finalmente, se fueron juntos a la cama.

Nilsen se despertó al amanecer y, cuando vio a su compañero ocasional durmiendo, comprendió que, no bien se despertara, iba a abandonarlo. Revisó entonces entre su ropa, que había sido arrojada descuidadamente sobre una silla, tomó la corbata, se dirigió con ella al joven, la enrolló lentamente alrededor del cuello y tiró. El cuerpo del muchacho cobró vida inmediatamente y se inició una lucha desesperada. Cayeron de la cama al piso hasta que, poco a poco, el joven perdió el conocimiento.

Sabiendo que aún no estaba muerto, Nilsen fue hasta la cocina, llenó con agua un balde de plástico y lo cargó hasta la habitación. No sin esfuerzo, levantó al muchacho hasta recostarlo sobre una silla e introdujo su cabeza en el balde. El joven no luchó, aunque el agua desbordó derramándose sobre la alfombra. Después de unos cuantos minutos, lo levantó y lo sentó en un sillón. El agua goteaba del cabello corto castaño y crespo. Dennis acababa de matar a un hombre y ni siquiera conocía su nombre.

Nilsen se preparó una taza de café y fumó varios cigarrillos, tratando de pensar qué hacer. Su perrita negra y blanca, Bleep, entró del jardín y olisqueó el cadáver. Después de hacerla salir nuevamente afuera, le quitó el lazo del cuello al joven muerto y lo llevó al baño. Suavemente, lo introdujo en la

bañadera, hizo correr el agua y le lavó el cabello. Con bastante esfuerzo lo secó y lo llevó a la otra habitación para acostarlo en la cama. Su nuevo amigo ya no iba a abandonarlo. Había pasado la última Navidad solo y no quería que ocurriera lo mismo en Año Nuevo.

Un poco más tarde, ese mismo día, fue a una ferretería para comprar un cuchillo eléctrico y una olla grande. Al regresar, se bañó sin apuro y volvió a su habitación, decidido a tener sexo con el cadáver. Luego se preparó la cena, comió parsimoniosamente y se sentó a mirar televisión con el cuerpo inerte del joven no muy lejos. Al terminar la programación inició la tarea que había previsto. Palanqueó ciertas tablas del suelo para desclavarlas y probó introducir el cuerpo en el espacio, pero la rigidez cadavérica que había adquirido le impedía maniobrar. Entonces apoyó el cuerpo contra la pared, dispuesto a esperar hasta que el cadáver se ablandara.

Sin embargo, al día siguiente el cadáver aún seguía rígido contra la pared, así que Dennis lo acostó y destrabó los miembros con las manos. Finalmente consiguió alojarlo en su sepultura bajo el piso, y cubrió el cadáver con las tablas.

Una semana después, el cadáver estaba sucio, por lo que Nilsen tuvo que llevarlo de nuevo al baño para lavarlo. Para hacerlo más cómodo se metió en la misma agua. Cuando llevó el cuerpo de nuevo a la sala, lo vio tan bello que sintió necesidad de masturbarse. Luego, volvió a ocultarlo bajo las tablas del piso, donde permaneció siete meses y medio, hasta que Dennis lo sacó al exterior y quemó sus restos en una fogata. El joven nunca fue identificado.

Nilsen se sorprendió de haber sido capaz de realizar una aberración semejante tan impunemente, y creyó que no podría volver a hacer algo así. Se equivocaba. Volvió a suceder otras catorce veces.

Para 1981 ya había matado a doce hombres en aquel departamento. Solo cuatro fueron identificados: Kenneth Ockendon, Martyn Duffey, Billy Sutherland y Malcolm Barlow. Muchos de ellos pudieron haber sido

desocupados o jóvenes sin hogar que buscaban una vía para hacer dinero. Algunos eran homosexuales, y, unos cuantos, prostitutas.

La segunda víctima fue Kenneth Ockendon, un turista canadiense. Este encontró a Nilsen a la hora del almuerzo en una taberna el 3 de diciembre de 1979. Bebieron juntos durante varias horas y terminaron en el departamento de Dennis.

Ockendon y Pilsen se llevaron muy bien, y Pilsen disfrutó mucho de su compañía. Por este motivo lo estranguló con el cable de unos auriculares, tras lo cual se sentó a escuchar varias piezas de música mientras que el cuerpo del canadiense reposaba en el piso.

Luego de disfrutar del último tema, lo desnudó y lo llevó al baño para limpiarlo. Posteriormente, puso el cadáver sobre la cama y durmió con él el resto de la noche, acariciándolo frecuentemente. Por la mañana, introdujo el cuerpo en un aparador, tiró la ropa y se fue a trabajar. Al día siguiente, lo sacó de su refugio y lo limpió de nuevo. Después vistió el cadáver y lo sentó en una silla para sacarle fotos en varias posiciones. Cuando terminó, acostó al joven en su cama y, situándolo en una posición conveniente, habló con él como si nada hubiera pasado. Tiempo más tarde tuvo sexo entre los muslos del cadáver. Al día siguiente lo relegó al espacio debajo de las tablas del piso, pero volvió a sacarlo varias veces para sentarse juntos a ver televisión.

Cinco meses pasaron antes que todo volviera a suceder. El 13 de mayo de 1980, Martyn Duffey, un muchacho de 16 años que no tenía hogar, aceptó la invitación de Nilsen para pasar la noche. Después de dos cervezas, se acostaron y Nilsen lo estranguló. Como no logró matarlo del todo, lo arrastró hasta la cocina y lo ahogó empujándole la cabeza dentro de la pileta de lavar llena de agua. Entonces lo lavó y se metió en la bañera con él. Tras secarlo esmeradamente, lo llevó de nuevo a la cama y lo besó por todos lados. Duffrey pasó dos semanas dentro del aparador, y de ahí fue a parar bajo las tablas del piso.

El siguiente, Billy Sutherland, de 27 años, durmió con Nilsen por dinero. Este no lo quiso matar en su casa y lo dejó ir, pero Billy lo siguió una noche, después de beber algo en un bar, y Nilsen no tuvo más remedio que estrangularlo.

Malcolm Barlow, de 24 años, era un joven huérfano con problemas mentales, y también un mentiroso patológico. Nilsen lo encontró remoloneando en la puerta de su casa, quejándose de sufrir epilepsia. Entonces lo hizo pasar y llamó a una ambulancia. Cuando Barlow salió del hospital, regresó a casa de Nilsen para instalarse en el escalón de la puerta, esperando que regresara del trabajo. Condolido, Dennis lo invitó a beber algo. Tras unos pocos tragos, Barlow cayó en un sueño profundo. Nilsen se irritó con su presencia, así que lo estranguló. Al día siguiente, lo metió en un armario que había bajo su lavadero. Allí, el joven Malcolm quedó sentado en el piso con otra media docena de cuerpos que esperaban ser desechados.

La presencia de tantos cadáveres traía algunos inconvenientes. Nilsen debía rociar sus habitaciones dos veces por día para estar libre de moscas, y otro de los inquilinos del edificio se quejó del olor penetrante. La presión le resultaba insostenible y una vez consideró la posibilidad de suicidarse, pero entonces entró su perrita Bleep, y el movimiento de su cola lo disuadió de hacerlo. En cambio, se paró frente al espejo y escupió en su imagen.

Para librarse de los cadáveres, los cortó sobre el piso de piedra con el cuchillo de cocina; como había aprendido el oficio de carnicero sabía perfectamente de qué manera trozar mejor los cuerpos. Hirvió algunas cabezas en la olla que había comprado para la primera víctima, con el fin de desprender la carne, y guardó los órganos y piezas chicas en una bolsa de plástico. Había dos cuerpos enteros debajo de las tablas y uno desmembrado. Metió varios torsos en maletas. Cuando terminó, arrastró bolsas y maletas al patio exterior y encendió una macabra fogata cerca del jardín.

Los niños de la vecindad acudieron para ver el fuego crepitante, que ardió

durante todo el día. Cuando las llamas comenzaron a consumirse, Dennis empujó un cráneo al centro de las brasas y lo aplastó hasta convertirlo en ceniza. Entonces rastrilló sobre la tierra lo que quedaba de los seis hombres.

Aún quedaban cinco cadáveres más en su departamento; sus restos se consumieron en una tercera fogata. Dieciséis meses más tarde, después de ser arrestado, funcionarios policiales encontraron más de mil fragmentos óseos en su jardín anterior.

Entonces Nilsen se mudó a un piso de Cranley Gardens 23. Era un altillo, no tenía jardín ni podía levantar las tablas del piso. Estaba seguro de que esto podría ser un freno para sus homicidios compulsivos. Sin embargo, tres asesinatos más lo esperaban.

La primera víctima fue John Howlett, a quién Nilsen llamó «Juan el guardián». Después de estrangularlo, decidió diseccionarlo en piezas pequeñas y evacuarlo por el inodoro. Tuvo que apresurarse porque venía una amiga a visitarlo. Como el proceso de limpieza tomaba más tiempo que el esperado, hirvió la carne en la cocina, con la cabeza, las manos y los pies, para separar los huesos fácilmente y arrojarlos a la basura. Los huesos más grandes, los lanzó sobre la cerca del jardín posterior a un área desierta, y puso otros en una bolsa que roció por dentro con sal; guardó otros en un cofre de té. Luego cubrió todo con una cortina roja.

El segundo hombre fue Archibald Graham Allan, que fue diseccionado como Juan el guardián, y, el tercero y último, Steven Sinclair, un drogadicto de 20 años, que pasó a mejor vida el 23 de enero de 1983.

Dennis Andrew Nilsen había nacido en Fraserburgh, Escocia, el 23 de noviembre de 1945 y era hijo único de Betty y Olav Nilsen, un matrimonio muy infeliz, lleno de conflictos por las borracheras de Olav y sus largas ausencias. Duró apenas siete años y, tras el divorcio, Betty se llevó a Dennis a vivir con ella a la casa de sus padres.

Dennis amaba especialmente a su abuelo, Andrew Whyte, pero cuando el

niño tenía apenas seis años, Andrew murió. Sin decirle al pequeño lo que había sucedido, su madre lo llevó a ver el cadáver. Esto le provocó a Dennis un impacto terrible que, según él, también mató sus emociones.

Betty se volvió a casar dos años más tarde y tuvo otros cuatro hijos, por lo cual le dedicó cada vez menos tiempo a Dennis, que se terminó convirtiendo en una persona solitaria.

Nunca manifestó rabia ni crueldad hacia los animales ni hacia los demás niños, ni cualquier tipo de agresividad típicamente asociada con los muchachos que padecen trastornos de conducta y que se terminan convirtiendo en asesinos. En realidad, era Dennis quien se horrorizaba de las crueldades de los otros.

Una vez ayudó a buscar a un hombre desaparecido y encontró junto a un amigo el cadáver del hombre a orillas de un río. El hombre se había ahogado. El cuerpo le recordó al de su abuelo, cuya muerte había sido incapaz de comprender. A partir de entonces se volvió aún más distante. No tuvo encuentros sexuales como adolescente, aunque experimentó atracción hacia otros muchachos.

En 1961 se alistó en el Ejército y se convirtió en cocinero, por lo que aprendió el oficio de carnicero. En ese entonces comenzó a depender del alcohol para ahogar su soledad, y consiguió una habitación privada.

En 1972 realizó un entrenamiento intensivo para convertirse en policía. Una de las experiencias por las que tuvo que pasar fue ver autopsias de cuerpos en la morgue. Esto lo fascinó. Sin embargo, esa profesión no era para él y después de un año se retiró. Consiguió un trabajo como entrevistador laboral, que mantuvo hasta su arresto, cuando ocupaba el cargo de director ejecutivo de la Oficina de Empleo del West End, de Londres.

En ese lugar conoció a David Painter, un joven que buscaba trabajo. Días después lo encontró en la calle, congeniaron y fueron al departamento de Nilsen. Painter se tiró en la cama y se quedó dormido. Cuando despertó

descubrió a Dennis sacándole fotos. Saltó sobre él para quitarle el rollo, se hirió y terminó en un hospital. Nilsen fue interrogado por la policía y liberado sin más trámites.

A partir de ese momento comenzó una vida de amistades pasajeras, que le resultaron superficiales. Necesitaba algo más perdurable. En 1975, se mudó a Melrose Place 195, en el norte Londres, un hermoso departamento de planta baja con un enorme jardín, junto con un hombre llamado David Gallichan. Para evitar que lo rechazaran en el edificio, no informó que su amigo era homosexual. Compraron un cachorro, que nombraron Bleep y después añadieron un gato. Dos años más tarde, sus personalidades antagónicas provocaron la ruptura. Nilsen le pidió a Gallichan que se fuera. Desde entonces se sumergió en su trabajo, en la bebida y en consumir grandes dosis de televisión. Las matanzas comenzaron un año y medio después.

El último cuerpo diseccionado, el de Stephen Sinclair, recibió el mismo tratamiento que los dos anteriores. Nilsen hirvió la cabeza, las manos y los pies, y puso todo en bolsas plásticas. Algunas partes desaparecieron por el inodoro, y otras ocuparon su lugar en el cofre de té.

Existían otros cinco inquilinos en Cranley Gardens 23, pero ninguno conocía a Nilsen muy bien. Durante la primera semana de febrero, uno de ellos denunció que el inodoro de la planta baja no estaba funcionando correctamente. Probó aliviar el bloqueo con ácido, pero no obtuvo ningún resultado. Otros inodoros también comenzaron a funcionar mal, y decidieron llamar a un plomero para que investigara el problema. Como sus herramientas no eran las adecuadas, recomendó a un especialista.

Temiendo que sus actividades fueran descubiertas, Dennis metió el resto del cuerpo de Sinclair en bolsas de plástico, con la cabeza parcialmente hervida, y guardó los restos en el armario.

Dos días más tarde, una compañía llamada Dyno-Rod llegó a la propiedad para examinar el bloqueo. Habiendo determinado que se trataba de una

obstrucción subterránea, el técnico Michael Cattran examinó una alcantarilla al lado de la casa. Notó un olor peculiar. Estaba convencido de que se trataba de algo muerto. Removió el fango y encontró entre treinta y cuarenta pedazos de carne. Entonces avisó a sus superiores. Cuando los inquilinos, incluido Nilsen, preguntaron lo que sucedía, Cattran les respondió que debían llamar a la policía.

Un par de detectives realizaron una prolija investigación del inmueble de Cranley Gardens 23. Cuando llegaron al altílo, una búsqueda en el armario dejó al descubierto varias bolsas de restos masculinos en varias fases de descomposición, que fueron llevados a un depósito judicial de cadáveres para ser examinados. Resignado, Dennis los invitó a que miraran en el cofre de té y bajo una gaveta en el baño.

En la estación de policía, Nilsen empezó a confesar en el acto los detalles de sus asesinatos. Su interrogatorio formal se inició el 11 de febrero y duró treinta horas. Soltó sus declaraciones libremente, como para purgar su conciencia y librarse de cada muerte que guardaba en la memoria. No dio rodeos ni pidió compasión. Tampoco manifestó ningún remordimiento.

Gracias a su testimonio, fue posible encontrar varias piezas de cuerpos y asignarlas a un individuo: Stephen Sinclair. Con una identidad definida, las autoridades pudieron elevar una acusación oficial contra Nilsen e iniciar la investigación correspondiente.

Después de su interrogatorio, Dennis se prestó a acompañar a la policía a Melrose Avenue 195, donde había matado a doce hombres, y les señaló dónde había enterrado algunos de sus restos y encendido las fogatas.

Días después, Nilsen fue encarcelado en la prisión de Brixton a la espera de ser procesado. Al acercarse la fecha del juicio, decidió despedir a su abogado oficial, Ronald T. Moss, y contratar a Ralph Haeems, el abogado de un preso de quien se había enamorado, David Martin. Haeems prefirió excusarse alegando una «responsabilidad disminuida» de la defensa, citando una

anormalidad mental en el acusado.

Nilsen fue acusado de seis cargos de asesinato y dos cargos de asesinato frustrado. Alan Green, el fiscal, sostuvo que había matado con plena conciencia de lo que estaba haciendo y que debía ser declarado culpable de los asesinatos. El nuevo consejero de defensa, Iván Lawrence, solicitó una carga de homicidio impremeditado. El juicio empezó el 24 de octubre de 1983. Cuando se leyeron los cargos, Nilsen se declaró no culpable en cada uno de ellos.

Terminado el proceso, el jurado se retiró a deliberar el jueves 3 de noviembre. Al día siguiente, a las 16.25, se dio el veredicto: culpable de todos los cargos.

El juez condenó a Dennis Andrew Nilsen a prisión perpetua, sin acceso a la libertad condicional por veinticinco años. Nilsen tenía casi 38 años. Desde entonces permanece tras las rejas en la prisión de Wakefield, Yorkshire.

Nilsen, indudablemente, influyó en muchos escritores de ficción. Una de las expresiones más fieles de un asesino basado en su historia se encuentra en la novela *Exquisite Corpse*, de Poppy Z. Brite.

THIERRY PAULIN
El monstruo de Montmartre

El 5 de octubre de 1984 una anciana de 91 años regresaba a su casa por las pintorescas calles de Montmartre tras haber realizado sus compras de rutina en una de las también pintorescas tiendas de comestibles parisinas. Mientras buscaba las llaves de la puerta de su domicilio le pareció oír el sonido cada vez más fuerte de unos pasos raudos a sus espaldas. Cuando giró para ver qué producía el inaudito sonido, dos hombres la atropellaron y la hicieron caer al suelo, la ataron y amordazaron rápidamente, la golpearon impunemente mientras la insultaban, y desaparecieron con la misma velocidad con que habían irrumpido, llevándose su bolso con el escaso dinero que le quedaba. Cuando la encontraron, su estado de nervios era tan delicado que fue incapaz de proporcionar una descripción medianamente útil para poder atrapar a sus agresores.

Ese mismo día otra anciana de 83 años fue atacada en un distrito vecino, pero esta mujer no tuvo la misma suerte que la anterior. Después de recibir una feroz paliza en el interior de su domicilio, la ataron con la correa de una cortina y la mataron asfixiándola con una almohada. El beneficio de esta muerte para los agresores ascendió apenas a 200 francos.

Cuatro semanas más tarde fue hallada otra mujer muerta en su casa, esta vez de 89 años. Había sido asfixiada con una bolsa de plástico, y solo le faltaban alrededor de 500 francos y un reloj barato que no costaba más de 300 francos.

A partir de entonces los crímenes se volvieron más violentos y de una crueldad extrema. La siguiente víctima fue una maestra jubilada de 71 años,

quien, tras ser amordazada y maniatada con un cable, fue golpeada con tanta fuerza que se le rompió la nariz y la mandíbula. Para estrangularla habían utilizado una bufanda de la víctima, y la autopsia reveló que la mayoría de los huesos de la parte derecha del cuerpo estaban destrozados. El asesino le había sacado unos 10.000 francos.

Dos días después se encontró un nuevo cadáver: una mujer de 84 años, que había recibido varios golpes en el rostro, una salvaje paliza en el cuerpo y sufrido torturas hasta la muerte. Tenía la boca y la garganta quemadas por ácido; la habían obligado a ingerir soda cáustica, muy probablemente para obligarla a confesar dónde guardaba el dinero. Se calcula que en esta oportunidad el botín fue de unos 500 francos.

Así continuaron los crímenes en días sucesivos hasta alcanzar la terrible cifra de ocho mujeres brutalmente golpeadas y asesinadas en sus casas, en tan solo cinco semanas. La policía apenas podía realizar la inspección ocular del lugar de un crimen cuando ya se le notificaba de otro. El robo de dinero parecía ser el único móvil de esos ataques brutales, pero las cantidades eran tan ridículas que los investigadores descartaron rápidamente la idea. Cuando la policía parisina intentó trazar un perfil del asesino de las ancianas, le resultó prácticamente imposible, porque estos crímenes no encajaban en ningún patrón conocido. El homicida no tenía móvil sexual y tampoco de robo, pero sí era desconcertante el sadismo y la brutalidad que demostraba en sus acciones.

Entonces, los investigadores dedujeron que se trataba de una persona desocupada, que podía movilizarse por la ciudad sin responsabilidades a las horas en que se cometían los asesinatos, y que tenía buena presencia física o era una persona agradable a primera vista, ya que, en apariencia, se había ganado la confianza de sus víctimas. Estas le habían permitido ingresar voluntariamente a sus casas, ya que nunca se encontraron cerraduras forzadas ni puertas golpeadas. Por las heridas de los cuerpos, también pensaron que se

trataba de alguien joven y robusto. Sin embargo, todo esto no eran más que simples suposiciones y no alcanzaba para localizar y atrapar con rapidez al monstruo de Montmartre.

Los asesinatos de las ancianas se convirtieron en el tema de conversación principal de París, y provocaron las protestas y manifestaciones de la población en contra de los delitos violentos. Poco a poco el pánico comenzó a extenderse por la ciudad y debieron adoptarse medidas de emergencia. Los parisinos vieron sorprendidos un espectacular despliegue de policías procedentes de varios departamentos en las zonas que el asesino acostumbraba frecuentar. Se habilitaron teléfonos de socorro para que cualquiera pudiera dar una señal inmediata de alarma si veía algo extraño; se brindó asesoramiento especial destinado a las personas mayores, y se implementó un sinnúmero de medidas espectaculares, que estaban más orientadas a calmar los ánimos que a dar con el culpable.

Dos años después del primer crimen, en el verano de 1986, el asesino había acabado con la vida de dieciséis ancianas, y, llamativamente, desapareció. Los días comenzaron a pasar y ni siquiera se producía el menor intento de asalto a una mujer mayor. La policía estaba tan intrigada ahora, que no se producía ningún crimen, que antes, cuando el hombre misterioso mataba con ferocidad. Naturalmente, los agentes ni siquiera sospechaban que el asesino en serie tan temido estaba por entonces entre rejas, detenido por venta de cocaína. Su nombre era Thierry Paulin.

Thierry Paulin nació el 28 de noviembre de 1963 en la isla caribeña de la Martinica. Al poco tiempo de su llegada al mundo, su padre abandonó la familia para nunca más volver. Su madre, de 17 años, no sabía qué hacer con un niño y se lo dio a su propia madre, una negra robusta que estaba muy ocupada en dirigir un restaurante y no tenía tiempo para atender a un nieto que nadie esperaba. Entonces, Thierry pasó los primeros años de su vida desprovisto de todo afecto familiar, y se convirtió en un jovencito difícil y

violento.

Unos años después su madre volvió a casarse con otro hombre y tuvo tres hijos más. Estos ocuparon el ínfimo lugar que Thierry tenía destinado en el nuevo núcleo familiar, lo cual provocó su rebeldía y un mal comportamiento permanente. Su padrastro llegó hasta el punto de no aguantar más el carácter del muchacho y lo envió a Francia con su verdadero padre, lo más lejos posible de su hogar. Pero este también estaba casado y tenía dos hijos, por lo que Thierry tuvo que aprender a convivir con otra familia, sin siquiera conocer a ese señor que decían que era su padre.

A los 18 años, cuando se encontraba cumpliendo con el servicio militar, entró en un supermercado y, después de amenazar a la propietaria con un cuchillo de carnicero, salió corriendo con todo el dinero que encontró en la caja. La mujer logró identificarlo, Thierry fue detenido y pasó una semana en la cárcel.

Al ser licenciado del servicio, Thierry se instaló en París, donde se integró rápidamente a la comunidad de homosexuales y consiguió un empleo en un club nocturno especializado en shows de travestis. Allí conoció a su primer compañero sentimental, Jean Mathurin, un jovencito dos años menor que él. En ese local Thierry probó suerte haciendo actuaciones travestis con bastante buena acogida. Tanto es así que una vez invitó a su madre para que lo viera actuar. La mujer, indignada al ver a su hijo con una peluca rubia y ataviado con minúsculas ropas femeninas, se retiró antes de que acabase el espectáculo, rechazando horrorizada su homosexualidad.

Mientras tanto, Thierry y su novio decidieron irse a vivir juntos y se instalaron en un hotel. En aquella época la pareja vivía con todos los lujos posibles, comían en restaurantes carísimos y se dejaban ver en todas las fiestas y clubes de moda. Pero el dinero se les acabó pronto y la buena vida con él. Entonces llegó el tiempo de la crisis de pareja, las escenas de celos y las discusiones histéricas.

Tuvieron que buscar un alojamiento más barato y Thierry se vio forzado a cometer pequeñas estafas, a traficar con drogas y a robar tarjetas de crédito para poder mantenerse y pagar sus numerosas deudas acumuladas. De ahí a matar hubo solo un paso. En París vivía de noche en clubes donde a nadie le extrañaba su comportamiento, y podía asesinar una y otra vez sin despertar la curiosidad de nadie.

Su fijación por las mujeres mayores nunca fue explicada. Tal vez el motivo haya sido que su niñez estuvo poblada de mujeres mayores que no hacían otra cosa que juzgarlo, criticarlo y corregirlo, y quiso liberar a París de aquellas odiosas figuras.

A Thierry lo único que le importaba era llamar la atención de los demás, estar siempre rodeado de gente extravagante e invitarla a sus fiestas. Esto le proporcionaba una gran cantidad de amigos de conveniencia, ganados con el alcohol y la cocaína. De hecho, una vez encerrado en la cárcel, se dedicó a recortar las notas de los periódicos en las que se hablaba de él. Siempre narcisista, su aspecto físico continuó siendo su gran obsesión.

Antes de ser detenido por traficar cocaína, Thierry ya había dejado muestras de sus huellas dactilares en varias comisarías, pero como por entonces los sistemas informáticos de los cuales disponía la policía recién empezaban a implementarse, todavía eran los agentes los que realizaban la dura y larga tarea de comparar las impresiones dactilares de todos los sospechosos.

Para empeorar las cosas, Thierry no había sido arrestado en París y sus huellas estaban guardadas en los archivos de otro distrito. Además, el delito por el que había sido inculcado no requería el cotejo de muestras digitales como lo exigían los acusados por delitos de agresión u homicidio. En síntesis, nadie podía imaginarse que ese hombre fuera el asesino de las dieciséis mujeres.

Cuando Thierry recuperó la libertad después de pasar un año entre rejas,

reanudó su vida y sus viejas costumbres. Una de ellas era la de seguir asesinando.

Pero ahora la policía le tenía reservada una sorpresa: la primera de sus víctimas, la señora de 91 años a la que le había robado sus ahorros, se recuperó del trauma y, tres años después del ataque, le había proporcionado una detallada descripción del agresor: un negro joven, de aspecto afeminado y teñido de rubio.

Inmediatamente se distribuyó su retrato robot (hablado) por todas las comisarías de París y sus alrededores, y al poco tiempo Thierry fue identificado y detenido.

Tras constatar que sus huellas correspondían con las tomadas en los lugares de los crímenes, fue interrogado sin interrupción durante cuarenta y tres horas seguidas por la brigada criminal, y terminó confesándose autor de veintiún crímenes.

Lo que dejó atónitos a los policías fue la indiferencia con la que Thierry describió sus asesinatos, absolutamente incapaz de comprender la terrible gravedad de lo que había hecho. Para él, la vida de un ser humano no tenía ningún valor.

Las razones que llevaron a Thierry a cometer aquellos crímenes eran un misterio, por lo que los psiquiatras debieron retroceder a su infancia para tratar de ver más claro. En realidad, Paulin jamás había tenido un hogar ni una familia que lo quisiera y se preocupara por él. Antes de llegar a la adolescencia ya lo habían custodiado tres personas: su abuela, su madre y, luego, su padre, pero todos se lo fueron sacando de encima, lo que Thierry interpretó como un rechazo. Por otra parte, su inclinación homosexual había despertado un desprecio general en su entorno. Privado de todo cariño, no sentía hacia las personas mayores ningún respeto. Se negaba a ser como todos los adultos que conocía, pues eran indignos de su confianza y respeto, y continuó siendo un niño reservado, desafiante y violento. La falta de amor lo

había endurecido hasta el punto de ignorar el sufrimiento. Víctima o agresor, no sentía piedad por nadie. Thierry declaró: «Yo solo ataco a los débiles».

Thierry acabó confesando que no siempre actuaba solo, y que su amante Jean Mathurin había tomado parte en los primeros crímenes. Mathurin fue arrestado y se rehusó a delatar a su examante. Fue condenado por nueve asesinatos y encerrado en prisión con él. Por su parte, Thierry fue inculcado por asesinato y robo con violencia en dieciocho ocasiones. El 16 de abril de 1989 falleció en su celda a los 26 años mientras cumplía su condena, víctima del sida.

La realización cinematográfica con referencias más cercanas a Paulin es *No puedo dormir (J'ai pas sommeil, 1994)*, de Claire Denis.

CHRISTOPHER WILDER

El asesino de modelos

En 1984, Elizabeth Kenyon trabajaba como instructora de niños emocionalmente desequilibrados en la escuela de segunda enseñanza de Coral Gables, al sur de Miami, Florida, pero ansiaba retornar a su vida de modelo. A los 23 años, era el tipo de mujer joven y bella que cautivaba a los hombres con facilidad. Dos años antes, había ganado el título de princesa del Orange Bowl y también había sido finalista en el concurso Miss Florida.

El lunes 5 de marzo, cuando se retiraba de la escuela, cruzó algunas palabras en el estacionamiento con Mitch Fry, el encargado de Seguridad. Mitch la vio subir a su automóvil y retirarse como de costumbre. Fue la última persona que la vio viva.

El martes, Beth no concurrió a su trabajo, por lo que Fry llamó a su compañera de cuarto y supo que la joven no había vuelto a su casa la noche anterior. Tampoco se había comunicado con nadie para decir adónde iba. Sus padres comenzaron a llamar a los amigos y a los hospitales, pero no tuvieron suerte. Finalmente, denunciaron su desaparición a la policía.

Como pasaban los días sin noticias, Bill Kenyon, su padre, tomó el asunto en sus manos. Contrató a un investigador privado, Kenneth Whittaker, quien descubrió que existían varios hombres en el pasado de Beth, aunque solo uno le llamó particularmente la atención: un antiguo novio llamado Christopher Wilder.

Wilder era un australiano, diecisiete años mayor que ella, a quien Elizabeth había rechazado una propuesta de matrimonio, precisamente por la diferencia

de edad. Lo que a Whittaker le molestaba era que, cuando lo llamó para preguntarle si sabía algo sobre ella, el hombre dijo que no tenía noticias desde hacía un mes, aunque Bill Kenyon le había comentado que se había comunicado con su hija el día anterior a su desaparición, ofreciéndole una oportunidad para modelar.

Todo parecía no ser más que una simple sospecha hasta que dos dependientes de la estación de servicio Shell, de Coral Gables, dijeron que Beth había estado allí el lunes por la tarde, cargando combustible como de costumbre. Interrogados con más detenimiento, mencionaron que la cuenta había sido pagada por un hombre que manejaba un Cadillac gris, y que ambos se habían dirigido al aeropuerto. Cuando les mostraron unas fotos, los empleados señalaron rápidamente a Chris Wilder como el hombre que acompañaba a Beth.

El automóvil de la joven fue encontrado en el aeropuerto internacional de Miami, y Whittaker se dirigió a las oficinas de la policía de Boynton Beach para preguntar por Wilder. Le dijeron que tenía una larga historia de ataques sexuales.

Rosario Gonzáles, una hermosa muchacha de 20 años, había desaparecido el 26 de febrero. Estaba trabajando temporalmente, repartiendo muestras de aspirina en las pistas del Gran Premio, de Miami, donde algunos testigos dijeron que había salido alrededor del mediodía con un viejo, y se había olvidado de retirar su cheque. No había nada que la vinculara fehacientemente con Elizabeth Kenyon, excepto que también había participado en el concurso Miss Florida, que deseaba ser modelo y que conocía a Christopher Wilder, quien piloteaba automóviles de carrera y a menudo participaba en el Gran Premio de Miami.

Whittaker fue con un exfuncionario policial a la oficina que Wilder poseía con un socio en la Sawtel Construction Company. El sospechoso llegó en un Cadillac gris, pero volvió a negar haber visto a Beth en los últimos días.

Insistió en que debía haber una equivocación en su identificación. Sin argumentos para continuar la entrevista, los dos hombres se retiraron frustrados.

Las desapariciones se convirtieron en una cuestión prioritaria, y los detectives regulares se abocaron al caso de Beth Kenyon, con la posibilidad de que el mismo sospechoso hubiera secuestrado también a Rosario Gonzáles. Publicaron información en el periódico, esperando conseguir ayuda del público.

El 13 de marzo, Christopher Wilder celebraba su cumpleaños número 39, mientras la policía reunía datos sobre él. Tres días más tarde, leyó en el *Herald* de Miami que «un conductor de autos de carreras y rico contratista» era el sospechoso de las desapariciones. Comprendió que había llegado el momento de que él también desapareciera. Dos días después, dejó sus tres perros en una perrera, extrajo una importante cantidad de dinero del banco y le dijo a su socio que estaba marcado y no quería ir a la cárcel. Se subió a su Chrysler New Yorker 1973 y se fue. Estaba por iniciar un brutal reguero de sangre.

Christopher Bernard Wilder había nacido en Australia el 13 de marzo de 1945. Era hijo de un oficial de marina norteamericano y de una mujer oriunda del país. Al nacer, un sacerdote le dio los últimos ritos porque creyeron que se moría. Sin embargo, se recuperó. A los dos años casi se ahogó en una piscina y un año más tarde tuvo un ataque de convulsiones que lo dejó inconsciente.

A principios de la adolescencia empezó a gustarle curiosear por las ventanas, y a los 17 fue arrestado con un grupo de amigos por violar en grupo a una joven en la playa de Sydney. Se declaró culpable y recibió un año de libertad condicional, con recomendación de que le fuera administrada una terapia de electroshock. A los 23 se casó con una mujer que lo dejó ocho días después cuando se enteró de su turbia historia sexual.

En 1969 emigró a los Estados Unidos y se estableció en Florida, donde

prosperó durante el auge de los negocios eléctricos y de construcción de edificios. Compró una casa lujosa, comenzó a competir en automóviles de carrera y desarrolló su *hobby* por la fotografía.

Más adelante se dedicó a los bienes raíces, negocio con el que se enriqueció. Tuvo una lancha de competición, automóviles deportivos y una casa con una piscina *in-out*. Aunque su vida parecía encauzada, no pudo evitar reincidir en su mal comportamiento.

En 1971 lo detuvieron por tratar de conseguir mujeres para que posaran desnudas para él. Todo se arregló con una multa, pero volvió a la policía cuando obligó a una estudiante secundaria a tener sexo oral. Esta vez fue a los tribunales, pero increíblemente el jurado lo absolvió.

Tres años después, con el alias de David Pierce, se acercó a dos jovencitas en un centro comercial, haciéndose pasar por un fotógrafo que necesitaba modelos. Una le creyó; y Wilder la drogó y la violó en su camión. La joven presentó la denuncia, pero Chris logró sortear las acusaciones y conseguir la libertad condicional con el compromiso de hacer una terapia.

Entonces regresó a Australia para visitar a sus padres, pero no logró quedar a salvo de los tropiezos. En 1982 fue acusado de llevarse a dos muchachas de quince años de una playa, y de forzarlas a posar desnudas para ser fotografiadas. Las jóvenes fueron a la policía, los padres de Wilder pagaron la fianza y un juez le permitió regresar a Florida hasta su juicio. Se trató de un proceso que nunca se llevó a cabo, pero que pudo haber evitado muchas muertes.

La policía también se equivocó al no ponerlo bajo vigilancia en el mismo momento en que se lo vinculó con las dos mujeres desaparecidas. Al día siguiente, Wilder atrajo a Terry Ferguson en una galería comercial de Merritt Square con la promesa de que la joven tendría una exitosa carrera de modelo, su última ambición. Terry, de 21 años, era de Indian Harbor, Florida, dos horas al norte de donde Wilder había partido. Cinco días después, el 23 de

marzo, su cuerpo fue encontrado flotando en un canal infestado de serpientes. Cuando la historia salió en el periódico, un testigo dijo que había visto a una morocha de pelo largo con un viejo alto. Examinando fotos, identificó sin vacilación a Wilder como el hombre con quien Terry había estado hablando. Mientras tanto, el asesino seguía actuando.

El 20 de marzo, una joven de solo 19 años, rubia y bonita, orgullosa de su figura, había ido de compras a una galería cercana a la Universidad de Florida, donde estudiaba. Estaba en el estacionamiento cuando se le acercó un hombre de alrededor de cuarenta años, alto, profundamente curtido y atlético. Le dijo que era fotógrafo y que buscaba una modelo que posara para él, y que solo necesitaba acompañarlo a un parque cercano, sin ninguna obligación. También le comentó que estaba dispuesto a pagarle 25 dólares por menos de una hora. Parecía sincero y creíble, estaba bien vestido con un traje rayado y era muy amable. La joven vaciló por un momento, pero finalmente consintió en acompañarlo.

Una vez en su automóvil, el hombre le mostró algunas revistas de moda y dijo que varias de las fotos eran suyas. De todas formas, la chica le agradeció la propuesta pero no la aceptó. Entonces, el hombre la golpeó duramente en el estómago y en la cara, dejándola sin respiración, y puso en marcha su vehículo manejando rápidamente antes que la joven se recobrara.

Después de detenerse cerca de un área arbolada, le puso cinta adhesiva sobre la boca, le ató las manos y la metió en el baúl del auto. Allí la dejó durante varias horas mientras conducía hacia Bainbridge, Georgia, cerca de Luisiana.

Cuando llegó, abrió el baúl, envolvió a la chica en una manta, y la llevó sobre el hombro a la habitación de un motel. Entonces la obligó a desnudarse, le afeitó el vello púbico, le puso un cuchillo en la ingle para ver cómo reaccionaba y después la violó dos veces, entre las cuales aprovechó para mirar televisión.

Más tarde, sacó un artilugio compuesto por un cable y un interruptor, que empleó para torturarla, aplicándole electricidad en los pies. Posteriormente, le ordenó cerrar los ojos y aplicó pegamento sobre ellos; pero la chica logró espiar todo lo que hacía apenas entreabriendo los párpados. Aprovechando que estaba distraído mirando televisión, la joven corrió al baño. Cuando el hombre advirtió su maniobra, ella ya se había encerrado y gritaba frenéticamente detrás de la puerta. El hombre guardó sus «juguetes» y abandonó la habitación a toda velocidad.

Sin embargo, la chica tuvo que esperar media hora más antes de atreverse a salir. Cuando abrió la puerta, vio que su raptor se había ido, llevándose sus ropas. Temiendo que pudiera regresar, se cubrió con una sábana y fue hasta el escritorio del gerente nocturno del motel sin detenerse. El hombre quedó azorado al verla semidesnuda y con el pelo empapado en sangre, pidiéndole a los gritos que llamara a la policía. Después de escuchar la terrible historia de la joven, las autoridades emitieron órdenes de búsqueda del Chrysler color crema.

Nadie detuvo el automóvil. Wilder llegó sin problemas a Texas, donde encontró a Terry Diane Walden, una enfermera de 24 años, de Beaumont, y madre de dos niños, que el 21 de marzo le dijo a su esposo que un viejo barbudo se le había acercado para proponerle posar como modelo. Dos días después, la mujer desapareció. Su esposo no logró conectar el incidente. Un amigo la había visto por la mañana, dirigiéndose a la universidad donde tomaba clases, y su automóvil Mercury Cougar color naranja no estaba donde lo estacionaba normalmente.

El lunes siguiente, un trabajador la encontró flotando boca abajo en un canal cerca de un dique. Estaba completamente vestida, atada con dos tipos diferentes de cuerda, amordazada con cinta adhesiva y apuñalada varias veces, pero no existía ninguna evidencia de abuso sexual. Cuarenta detectives fueron asignados al caso. Encontraron un rollo de cinta adhesiva en el agua y

algunas huellas, pero no pudieron encontrar el automóvil de Terry.

Los hombres del FBI se incorporaron a la investigación. Averiguaron que Wilder había robado chapas de matrícula en Baton Rouge para ponerlas en el Chrysler, y que se había quedado en un motel cercano a Beaumont, donde se había registrado bajo el nombre del socio, L. K. Kimbrell. Entonces, apareció el Chrysler abandonado, sin chapas. Supusieron que ahora estaban en el auto de Terry. Al menos sabían qué automóvil usaba y el número de su matrícula. Pero para entonces, Wilder ya estaba en Nevada, continuando su trabajo.

El 25 de marzo, había levantado a Suzanne Logan, una muchacha de 21 años, que estaba de compras en un shopping después de dejar a su esposo en el trabajo. Cuando faltó a un compromiso que tenía esa tarde y no recogió a su marido, se hizo la denuncia de su desaparición.

El mismo día que descubrieron a Terry Walden, un pescador encontró a Suzanne flotando en un estanque. A diferencia de Walden, Logan había sido torturada y violada antes de morir apuñalada. Se le había quitado la ropa, y tenía la cara vilmente magullada. Le habían afeitado el vello púbico y recortado el largo y rubio cabello.

Poco después de este descubrimiento, la rubia Sheryl Bonaventura, de 18 años, desapareció de la galería Grand Junction, en Colorado, y un testigo describió a un hombre barbudo y bien vestido, parecido a Wilder, hablando con ella. Sheryl, quien ya había modelado y esperaba seguir haciéndolo, probablemente había sido una presa fácil. Su Mazda estaba en el estacionamiento, cerrado con llave y con sus lentes de sol adentro. Más tarde, una camarera dijo haber visto a la chica almorzando en Silverton, unas cien millas más lejos, con un hombre que se parecía a Wilder y con otra joven. El trío pasó la noche en un motel en Durango y luego fue a Las Vegas, pero ese fue el fin del paseo para Sheryl. Wilder ya buscaba a otra víctima.

Michelle Korfman tenía tan solo 17 años, pero era muy fotogénica y había participado en un desfile de modas organizado por la revista *Seventeen*.

Ansiaba convertirse en una modelo, y esta fue su debilidad ante Wilder. Varios testigos los vieron salir juntos, y el automóvil de Michelle apareció rápidamente, lo que significaba que uno de los diez hombres más buscados por el FBI aún estaba manejando el Mercury color naranja.

Una adolescente de 16 años, Tina Marie Risico, había completado un pedido de trabajo para la Hickory Farms, al norte de Torrance, California, cuando Wilder le ofreció 100 dólares para fotografiarla. Aparentemente, posó en algunas tomas, pero al terminarse el primer rollo, ella le dijo que tenía que volver a su casa. Para su sorpresa, Wilder extrajo un revólver y se lo metió en la boca diciéndole: «Tus días como modelo terminaron».

Después de atarla, la subió al Mercury y manejó con ella doscientas millas hasta El Centro, California, donde tenía una habitación de motel reservada. La llevó adentro, la ató a la cama y la violó. Sin embargo, no la mató.

Se presentó de inmediato una denuncia de desaparición. Tina tenía familia y un novio que insistían en que ella no podía haber huido. Claramente había estado en Hickory Farms y el gerente del almacén identificó a Christopher Wilder como el hombre que se le había acercado.

Por entonces, Wilder y su cautiva iban al este.

El 7 de abril se quedaron en Taos, Nuevo México, donde él se puso al día con las noticias sobre su persecución. Sabía que millones de personas lo identificarían a primera vista y que conocían el auto que manejaba. Sin embargo, eso no lo detuvo.

Dawnette Wilt, de 16 años, estaba llenando un formulario en un almacén en Gary, Indiana, cuando otra adolescente la interrumpió. Se presentó como Tina Marie Wilder y le propuso salir del almacén para hablar con el gerente. Este resultó ser Christopher Wilder, que había logrado obligar a una víctima para atraer a otra.

Amenazándola con su revólver, Risico obligó a Wilt a subir al Mercury. Wilder le vendó los ojos y le puso cinta adhesiva en la boca y, mientras Tina

conducía, atormentó y violó a Dawnette dentro del automóvil. Hicieron un alto en un hotel de Ohio, donde le aplicaron a la nueva víctima el dispositivo especial de tortura. Luego prosiguieron a través de Pennsylvania, y en el camino Tina Marie y Wilder se detuvieron para tomar fotografías de las cataratas del Niágara antes de ir a Rochester, Nueva York. Allí, Dawnette fue violada y torturada una vez más.

Cuando Wilder vio en televisión un llamado para que Tina Marie regresara, llevó a ambas mujeres a los bosques cercanos a Penn Yan, sacó a Dawnette del vehículo e intentó asfixiarla. Pero la muchacha luchó tanto que no pudo conseguirlo, así que sacó su cuchillo, la apuñaló y regresó a pie al automóvil.

Dawnette, sin embargo, no estaba muerta. Cuando se aseguró de que su atacante se había ido, se encaminó malherida hasta una ruta, donde encontró a alguien que la llevó al hospital. Allí le dijo a la policía que Wilder se dirigía a Canadá en el Mercury Cougar.

Aun así, Wilder no estaba tan desesperado como para no tener tiempo de atraer a otra víctima. En Eastview Mall, cerca de Victor, Nueva York, mandó a Tina Marie a que persuadiera a Beth Dodge, de 33 años, que conducía un Pontiac Trans-Am dorado, para subir al automóvil.

Una vez dentro del auto, Wilder le quitó las llaves de su vehículo y se puso a andar, mientras Tina Marie manejaba el Pontiac detrás. Cuando Wilder encontró un lugar desértico, hizo bajar a la mujer y le disparó en la espalda. Luego dejó el Mercury y tomó el Trans-Am. Parecía saber que su tiempo se acababa; condujo hasta el aeropuerto Boston Logan, le dio a Tina Marie suficiente dinero como para volar de regreso a su casa y conseguir un taxi, y se separaron. En Los Ángeles, ella le dijo al taxista que la llevara primero a un local de lencería. Allí fue vista por algunos conocidos que la llevaron a la policía.

El 13 de abril, después de intentar secuestrar a otra joven sin suerte, Wilder se desprendió de su cámara fotográfica, su valija y las cosas tomadas a sus

víctimas, y siguió manejando. En una estación de servicio de Colebrook, New Hampshire, a solo 19 kilómetros de la frontera canadiense, Wilder atrajo la atención de dos policías montados. Hablaba con el dependiente y les pareció que guardaba cierta semejanza con el tipo de los carteles del FBI, pero sin barba. Los hombres avanzaron y se pararon junto a su automóvil indicándole que descendiera. Wilder extrajo su *Mágnam* 357 y efectuó dos disparos. Uno hirió al policía Leo Jellinson, el otro penetró en su propio corazón. Wilder murió en el acto; estaba apenas a diez minutos de Canadá.

Era el viernes 13, y habían pasado 47 días desde que se denunciara la primera desaparición. En su posesión encontraron el revólver *Mágnam*, munición extra, esposas, rollos de cinta adhesiva, una bolsa de dormir, la tarjeta de crédito de su socio, el cable eléctrico especialmente diseñado para torturar a sus víctimas y la novela del autor inglés John Fowles, *El coleccionista* (*The collector*, 1963).

Sin embargo, la novela de Wilder no había terminado. Seis días después de la autopsia, el patólogo de New Hampshire, Robert Christie, recibió una llamada telefónica de un hombre que decía ser de Harvard. Dijo que la universidad quería el cerebro de Wilder para estudiarlo Christie accedió a entregarlo en aras de la ciencia, pero exigió una solicitud escrita formal. Esta nunca se materializó, y cuando llamó a Harvard, nadie admitió haber hecho tal llamada.

Cuando Wilder fue cremado en Florida, quedaron muchas preguntas sin responder sobre el paradero de sus víctimas. Sin embargo, con el tiempo, se pudieron ubicar e identificar a algunas de ellas. El 3 de mayo, un mes después de su desaparición, Sheryl Bonaventura fue hallada bajo un árbol en Utah. Le habían disparado y apuñalado. Ocho días más tarde, en el parque nacional de Los Ángeles, apareció Michelle Korfman. El cuerpo estaba muy descompuesto y llevó casi un mes identificarla. Elizabeth Kenyon y Rosario Gonzáles, jamás fueron encontradas.

Un par de muchachas reconoció a Wilder como el hombre que las redujo en Boynton Beach, Florida, en 1983, y las forzó a practicarle sexo oral. Entonces tenían diez y doce años. En Australia, se lo vinculó a numerosos incidentes de vejámenes sexuales y a dos muertes. En 1965, dos mujeres jóvenes habían acompañado a un hombre con la descripción de Wilder a una playa cercana a Sydney, y se las descubrió violadas, estranguladas y enterradas en una fosa superficial. Dos muchachas más fueron atacadas en los shoppings de Florida. Una murió apuñalada y la otra nunca pudo ser encontrada.

Christopher Bernard Wilder dejó varias familias destruidas y una fortuna estimada en entre medio millón y casi 2 millones de dólares.

RICHARD RAMÍREZ

El merodeador nocturno

De todos los asesinos en serie del mundo moderno, Richard Ramírez fue tal vez el más original en su forma de actuar. Era una auténtica pesadilla viva que invadía los dormitorios y atacaba a las personas inocentes durante sus sueños. El «merodeador nocturno» mató a catorce personas en Los Ángeles entre 1984 y 1985. Al igual que Charles Manson, era un criminal desalmado de tipo oportunista, cuya imagen de ser satánico lo convirtió en una figura de culto.

Algunos han intentado justificar su comportamiento diabólico atribuyéndolo al uso de tóxicos y al envenenamiento radioactivo de sus genes antes de nacer. Está documentado que sus padres fueron expuestos a la radiación atómica en México y que una vez trasladados a Texas, en los Estados Unidos, su madre trabajó mezclando productos químicos tóxicos. Aparentemente, la mujer tuvo un colapso cuando llevaba cinco meses de embarazo de Richard, y los médicos le ordenaron reposo absoluto hasta después del nacimiento de su hijo, acontecimiento que se produjo en 1960.

Como la mayoría de los asesinos en serie, Ricardo Leyva, alias Richard Ramírez, fue un chico problemático. Expulsado de la escuela en noveno grado, llevó una vida ociosa, fumando marihuana y alimentándose con comidas envasadas de escaso valor nutritivo. Su dieta era tan rica en azúcares que se le empezaron a pudrir los dientes, y le provocaron un aliento insoportable. A los 9 años comenzó a robar y más tarde a consumir drogas.

En 1978, cuando tenía 18 años, se mudó al sur de California desde El Paso, Texas, su ciudad natal. En California lo arrestaron por el hurto de un auto, tras

lo cual se mudó a Pasadena en 1981 y a los Los Ángeles en 1984.

Alguien dijo que Richard era un «muchacho bueno» a quien el consumo de marihuana le había provocado una pérdida de control sobre sí mismo, pero eso no explica por qué se entregó al culto del demonio. Dibujaba a menudo la estrella de cinco puntas, el símbolo del diablo, en su propio cuerpo, y era un fanático de las bandas de rock que cantaban sobre el satanismo, particularmente el conjunto de heavy metal australiano AC/DC, cuyo álbum *Highway to Hell* era su favorito.

El punto de inflexión en la vida de Ramírez parece haber sido la noche en la que su primo Mike mató a su esposa delante de él. Mike había sido boina verde en Vietnam y regresó un poco alterado de la guerra. Le gustaba alardear de haber torturado y mutilado al enemigo, y tenía fotografías Polaroid para probarlo. Mike ejerció una gran influencia en Richard, que quedó fascinado con las horribles fotos que les había sacado a sus víctimas en la guerra.

Cuando Richard tenía 13 años se pasaban todo el día juntos sin hacer nada; y en eso estaban un día cuando la esposa de Mike empezó a reprocharle su forma de vida y le exigió que buscara un trabajo. Para callarla, Mike sacó un revólver y le disparó en la cara. La sangre salpicó a Richard, y nunca más volvió a ser el mismo.

Ya en Los Ángeles, comenzó su carrera criminal. Como no seguía un patrón concreto, se hacía muy difícil su detención: mataba a todos por igual, sin distinción de sexo, raza, edad o condición. Las armas utilizadas iban desde un bate de béisbol hasta un puñal, pasando por varios tipos de pistolas.

Su primera víctima conocida fue una vecina de Glassel Park, de 69 años, llamada Jennie Vincow. El 28 de junio de 1984, la mujer había dejado abierta una ventana de su casa porque esa tarde había sido muy calurosa. Ramírez simplemente la transpuso e ingresó a la casa. El hijo de la señora Vincow la descubrió echada en una posición extraña fuera de la cama. Había sido apuñalada repetidamente, y le habían cercenado la garganta hasta casi separar

la cabeza del cuerpo. El intruso también había revisado a fondo el departamento y se había llevado todo lo que tenía valor. La autopsia reveló signos de abuso sexual.

El 17 de marzo de 1985, Ángela Barrios, de 20 años, regresaba a su casa de un largo día de trabajo. Vivía en un condominio que compartía con una compañera de cuarto en Rosemead, un pueblo de clase media al noreste de los Los Ángeles. Dejó su automóvil en el camino de entrada y abrió la puerta del garaje con un control remoto. Estaba cansada y todavía no había cenado.

No bien bajó de su vehículo, oyó algo a sus espaldas. Una figura salió de la oscuridad repentinamente. Era un hombre alto y vestido totalmente de negro, con un gorro de béisbol de color azul marino que le tapaba las cejas. En las manos tenía un revólver. Le puso el arma a centímetros de la nariz. Ella le suplicó que no la matara. Él apretó el gatillo. El sonido retumbó en el garaje y Ángela se desplomó en el piso de cemento. Estaba viva pero demasiado asustada y dolorida para moverse. Seguía con las llaves en la mano.

Al rato, se incorporó y comenzó a correr. Sintió un nuevo disparo detrás de ella. Siguió corriendo pensando solamente en escapar. En lugar de seguirla, el hombre de negro guardó el arma y huyó. Ángela logró salvar la vida.

Su compañera de habitación, Dayle Okazaki, de 34 años, no tuvo la misma suerte. Ángela la encontró tirada boca abajo en el piso de la cocina, en medio de un charco de sangre. Ángela llamó al 911. Cuando la policía inspeccionó la escena de crimen, lo único que encontró del asesino fue su gorro de béisbol en el garaje.

Esa misma noche Richard volvió a atacar cerca de Monterey Park.

Un policía fue enviado para investigar un Chevrolet amarillo estacionado con el motor en marcha. Cuando el agente se acercó para observar el interior del automóvil, vio a una mujer inconsciente tirada a un costado. El policía se apuró por socorrerla y verificó sus signos vitales. Estaba apenas viva. Regresó a su automóvil y llamó por radio una ambulancia. Regresó junto a la

mujer y probó reanimarla esperando que pudiera decirle lo que había sucedido; en la penumbra no notó que había recibido varios balazos. La mujer era una taiwanesa de 30 años llamada Tsia-Lian Yu, a quien sus amigos llamaban Victoria. Murió antes que llegara la ambulancia.

El merodeador estaba frenético; los asesinatos de Dayle Okazaki y Tsia-Lian Yu no lo habían satisfecho. Tres días después asesinó a una niña de ocho años en Eagle Rock, California, y el 27 de marzo volvió a matar.

El 29 de mayo, Malvia Keller, de 83 años, y su hermana inválida, Blanche Wolfe, de 80, fueron encontradas en su casa de Monrovia. Ambas mujeres habían sido golpeadas salvajemente con un martillo. Una estrella invertida de cinco puntas había sido dibujada con lápiz labial en el muslo interior de Malvia. Una segunda estrella fue encontrada en la pared del dormitorio, justo encima del cuerpo de Blanche. El agresor había intentado violar a Malvia, la hermana más anciana. Los médicos lograron revivir a Blanche, pero su hermana murió a causa de las heridas.

Un mes más tarde, el 27 de junio, el merodeador nocturno comenzó a actuar en Arcadia. Primero violó a una niña de seis años y, al día siguiente, se descubrió el cuerpo de Patty Elaine Higgins, de 32 años, en su casa con la garganta cortada. La misma suerte tuvo Mary Louise Cannon, de 75 años, cinco días después.

El 7 de julio, se encontró el cuerpo de Joyce Lucille Nelson en su casa de Monterey Park. La mujer, de 61 años, había sido golpeada con un objeto pesado. Esa misma noche, Linda Fortuna, una enfermera diplomada de 63 años, se despertó alrededor de las 3.30 de la madrugada por la presencia de un «un hombre vestido de negro, alto y huesudo». Apuntándola con un revólver, le ordenó que fuera de su cama al baño y se quedara quieta. Después de registrar a fondo la casa recogiendo todo lo valioso, volvió y la obligó a acostarse. Intentó violarla y sodomizarla, pero no pudo mantener una erección. Estaba tan frustrado y humillado, que la mujer pensó que iba a matarla. Pero el

hombre solo le gritó furioso y se marchó con lo que había robado.

Menos de dos semanas después, el 20 de julio, Richard eligió una nueva ubicación en la zona de Los Ángeles: Glendale. Maxson Kneiling y su esposa Lela, ambos de 66 años, fueron encontrados en su cama, con un tiro en la cabeza y horribilmente apuñalados. El asesino tampoco había logrado violar a la señora Kneiling, por lo que volvió a atacar esa noche, esta vez en Sun Valley.

Chitat Assawahem, de 32 años, fue asesinado de un disparo mientras dormía. Su esposa Sakima, de 29, fue violada y forzada a practicar sexo oral con el intruso, y luego la golpearon brutalmente. El agresor sodomizó después al hijo de ocho años de la pareja, ató a la señora Assawahem en su dormitorio y se fue con 30.000 dólares en billetes y todas las joyas.

El 6 de agosto Richard atacó a Christopher y Virginia Petersen, de 38 y 27 años, respectivamente. Irrumpió en el dormitorio de su residencia, en Northridge, y les disparó a ambos en la cabeza. Pero no murieron. En realidad, Christopher, un fornido camionero, saltó de la cama y lo persiguió a pesar de tener una bala alojada en el cerebro. Milagrosamente, los Petersen sobrevivieron a sus heridas.

Dos noches después, Richard atacó en Diamond Bar, California, y esta vez dejó su marca. Ahmed Zia, de 35 años, recibió un disparo en la cabeza y murió mientras dormía. Su esposa Suu Kyi Zia, de 28, fue violada, sodomizada y forzada a practicar una felación. El merodeador nocturno había encontrado su *modus operandi* definitivo.

El condado de Los Ángeles continuó aterrorizado durante mucho tiempo hasta que una de las mujeres que habían sobrevivido a sus ataques lo reconoció en una calle de Boyle Heights, una vecindad de latinoamericanos, en agosto de 1985. Un grupo de personas lo persiguieron y capturaron mientras intentaba robar un coche, y se salvó de ser linchado por una patrulla de policía. Fue arrestado inmediatamente y llevado a juicio.

Durante el proceso se tatuó su para entonces ya famosa estrella invertida en la palma de la mano y la exhibió ante las cámaras de televisión.

Finalmente lo acusaron de catorce asesinatos, cinco intentos de asesinato, nueve violaciones (tres a menores), dos secuestros (solía secuestrar niños para abandonarlos a cientos de kilómetros de sus casas solo por el placer de hacerlos sufrir), cuatro actos de sodomía, dos felaciones forzadas, cinco robos y catorce allanamientos de morada.

A pesar de estos datos, se estima que actuó en otras muchas ocasiones ya que su *modus operandi* no era fácilmente identificable, y Richard nunca colaboró con la policía aportando datos sobre sus crímenes.

El 4 de octubre de 1989 fue condenado a morir en la cámara de gas. Al ser retirado de la sala efectuó las siguientes declaraciones:

Yo no creo ni en la hipocresía ni en los dogmas morales de la llamada sociedad civilizada. Solo me basta con mirar dentro de esta habitación para conocerlos tal y como son: mentirosos, rencorosos, asesinos, cobardes paranoides, ladrones..., y cada uno con su propia profesión legal. Son todos unos gusanos hipócritas; me enferman [...]. Son individual y colectivamente hipócritas. Somos todos material descartable a causa de ustedes. Nadie lo sabe mejor que esos que matan para la política, clandestina o abiertamente, como lo hacen los gobiernos del mundo que matan en el nombre de Dios y de su patria [...]. No necesito oír todos los raciocinios de la sociedad. Ya los he oído antes, y los argumentos siempre son los mismos [...]. No me entienden. Tal y como suponía, no son capaces de hacerlo. Yo estoy más allá de su experiencia. Estoy más allá del bien y del mal [...]. ¡Legiones de la noche! ¡Razas de la noche! No repitan los errores del cazador nocturno y no concedan clemencia alguna [...]. Yo seré vengado. Lucifer está con nosotros...

En la cárcel se arregló los dientes y el 3 de octubre de 1996 se casó con Doreen Lioy, de 41 años, una editora independiente, que trabajaba por horas en revistas para adolescentes, vivía en una casa flotante, tenía el título de bachiller en Literatura inglesa, poseía un coeficiente intelectual de 152 y decía

que era virgen.

La ceremonia simple y elegante se llevó a cabo en la sala de visitas principal, de la prisión de San Quintín. Empezó a las 11.10 de la mañana y fue presenciada por Ruth, la hermana de Ramírez, su hermano Joseph, y la hija adolescente de Joseph. Richard le advirtió a su sobrina que se bajara la pollera porque notó que otros residentes le estaban echando el ojo.

En el año 2002 se estrenó la muy mediocre película *Nightstalker*, escrita y dirigida por Chris Fisher, basada en los asesinatos que cometió Ramírez.

BOB BERDELLA

El carnicero de Kansas City

El 2 de abril de 1988, entró una llamada al conmutador de la policía de Kansas City, Missouri. Era un sábado por la mañana del fin de semana de Pascua de Resurrección. Aunque la denuncia parecía una broma de mal gusto, no podían desestimarla. Daba cuenta de un hombre desnudo que corría por el barrio con un collar de perro atado al cuello. Travesura o no, la unidad que patrullaba la zona acudió a confirmar la denuncia. Para su sorpresa, encontraron al hombre tal cual lo habían descrito. El joven desnudo apenas podía hablar y parecía tener una lesión en el pie, que le impedía moverse con naturalidad. Tenía los ojos hinchados y rojos, y era evidente que le molestaba la luz del día. Cuando los funcionarios le preguntaron qué le había sucedido, balbuceó unas palabras con una angustia terrible sin dejar de temblar.

Un hombre que cuidaba autos estacionados se acercó a los policías y les dijo que lo había visto saltar de una ventana del segundo piso de una casa vecina, situada en Charlotte 4315. Había sido él quien alertó a un vecino para que llamara a la policía.

Al examinarlo más de cerca, el hombre desnudo mostraba cicatrices alrededor de los ojos, la boca y las muñecas. Los funcionarios lo cubrieron con una manta. Cuando por fin fue capaz de hablar, les dijo su nombre: Chris Bryson.

Una vez en la comisaría contó el horror del que se acababa de librar. El joven, de 22 años, relató que había sido invitado a una «fiesta» por un hombre que conducía un automóvil Toyota color marrón, quien lo llevó a su casa.

El encuentro había ocurrido unos días atrás, alrededor de la medianoche del 29 de marzo. El conductor, un hombre mayor llamado Bob, y él empezaron a beber cervezas en el automóvil. Cuando llegaron a la casa, un edificio de tres pisos con el número claramente visible, Bryson no esperaba tener ningún contratiempo con el hombre. Con su metro setenta y cinco de estatura creía poder defenderse si la cosa se ponía difícil. Aunque Bob era más alto, tenía una barriga demasiado prominente y estaba fuera de estado.

En el interior de la casa, el lugar era un revoltijo. La basura estaba apilada en varias habitaciones, y olía fuertemente a perros y a materia fecal. Bob se disculpó por el desorden explicando que era estudiante de arte y coleccionaba cosas. Lo invitó a subir a las plantas superiores con la excusa de alejarse de los perros. Bryson consintió y no bien llegaron al segundo piso sintió un fuerte golpe en la nuca que lo derribó. Aturdido, intentó darse vuelta y defenderse, pero su anfitrión actuó con velocidad. Le clavó una aguja en el cuello y pronto perdió el conocimiento.

Cuando despertó se encontró en una cama con los brazos y piernas extendidos atados a los postes. Estaba desnudo y no tenía ni idea sobre cuánto tiempo había pasado. Notó que tenía un collar de perro alrededor del cuello y una larga correa color rojo. No supo hasta más tarde que Bob también le había sacado fotos en varias posiciones, lo había golpeado, le había inyectado algo y había escrito todo en forma taquigráfica en un diario. También había jugueteado con su miembro inconsciente, le había manoseado los lugares íntimos y había empleado su cuerpo para gratificarse sexualmente. Fue entonces cuando el hombre irrumpió en la habitación, volvió a inyectarlo y le cubrió la cabeza con una funda de almohada.

Bryson esperaba que le explicaran lo que estaba sucediendo o que le dijeran que se trataba de un juego que pronto terminaría, pero pronto se decepcionó.

Cuando Bob le sacó la funda de la cabeza, Bryson comprendió por su visión

borrosa que le habían suministrado una gran cantidad de drogas. Pidió misericordia, pero no logró nada. De hecho, seguramente no debió haber suplicado, porque la respuesta fue terrible.

Bob empezó a pincharlo en los ojos con el dedo. Después recogió una sustancia de olor fuerte y usó un hisopo para ponérsela en los ojos. El ardor fue atroz. Pero este tratamiento no fue nada comparado con lo que vino después.

Bob se sentó sobre Bryson y con una barra de hierro le golpeó las manos. Después comenzó a hacer algo cerca de la ingle, que Bryson no pudo ver, pero que pronto comprendió de qué se trataba: le había conectado un dispositivo eléctrico a los testículos y al muslo. Bryson esperó con horror, incapaz de gritar por la mordaza, y entonces sintió el impacto fuerte y repentino de la electricidad. El dolor en las manos pasó a los muslos, y emitió un grito amortiguado de agonía. Después vio un destello que se encendía y oyó un zumbido extraño, el ruido de una cámara fotográfica Polaroid.

En los siguientes cuatro días, permaneció en la casa del terror, drogado, golpeado, torturado con electroshock y abusado sexualmente. Más tarde, Bob le inyectó en la garganta líquido limpiador de cañerías y lo golpeó varias veces con la barra de hierro. También le dijo que otros antes que él habían muerto, y para demostrarlo le enseñaba fotografías de hombres que parecían estar muertos.

Un día Bob cometió un error. Le permitió a Bryson tener las manos atadas por delante del cuerpo, en lugar de fijarlas a las barras de la cama, y el prisionero logró liberarse y escapar.

Cuando terminó su relato, los investigadores acudieron a interrogar al hombre de la casa de la calle Charlotte. Su nombre era Robert Berdella.

Berdella no estaba, así que los policías decidieron esperarlo. Cuando llegó, lo detuvieron de inmediato y le preguntaron si firmaría una forma de consentimiento para permitirles registrar su casa. Berdella se negó. Le dijeron

que podía guardar silencio y que tenía derecho a que un abogado estuviera presente. Berdella llamó a uno desde la comisaría.

Robert Berdella nació en Ohio el 31 de enero de 1949 y fue bautizado en la fe católica. Su padre trabajaba en una fábrica y su madre era un ama de casa común. Fue un buen estudiante, especialmente en arte.

Cuando tenía 16 años su padre murió, y Bob quedó profundamente afectado. A partir de ese momento, comenzaron sus conflictos con la religión. Se convirtió en un individuo solitario y poco comunicativo. Se mudó a Kansas City en 1967 para desarrollar su vocación artística; esperaba convertirse en profesor, pero las vueltas de la vida lo convirtieron en chef.

Estuvo durante un tiempo metido en la droga, y lo arrestaron dos veces por consumo y posesión de estas sustancias, aunque nunca fue a la cárcel.

Compró la casa de la calle Charlotte y comenzó a reunir artefactos y objetos singulares. Terminó su carrera como jefe de cocina, y montó una tienda de objetos curiosos, como lámparas de lava, imitaciones de calaveras, incienso, entre otros. Sus vecinos lo consideraban un tipo extraño pero inofensivo.

Un escuadrón de detectives se dirigió a la casa de Charlotte 4315. Para poder entrar sin ser atacados por los perros, pidieron la ayuda del Departamento de control de animales. Entonces los policías rompieron la puerta a patadas. Rápidamente atraparon tres perros chow chow y los retiraron de la casa.

El estado de la vivienda era tal cual lo había descrito Bryson: la planta baja era un basural, y en el segundo piso encontraron una habitación cerrada con una cama y un televisor. Cerca de la cama había un dispositivo eléctrico enchufado, con alambres que llegaban hasta la cama. También vieron jeringas en una bandeja sobre una mesa, un frasco de gotas oftálmicas y una botella de lo que parecía ser una droga líquida. Las revistas pornográficas abundaban por el piso.

Todo lo que vieron confirmaba la historia de Bryson, incluso la ventana

dañada. Eso no quería decir que no pudiera tratarse de un perverso juego entre amantes. Había una caja llena de fotos Polaroid de Bryson, que parecía estar asustado y dolorido. En otra habitación —aparentemente el dormitorio de Berdella— los detectives descubrieron dos cráneos y dos sobres llenos de dientes humanos. Esto los impresionó y volvieron a revisar la habitación de tortura con más detenimiento. Encontraron una colección de cintas de audio, lo que pareció ser un registro o libreta con notas codificadas, y más fotografías. Pero estas no pertenecían a Bryson; mostraban a otros hombres maltratados, uno de los cuales parecía muerto.

Para entender de qué trataba todo ello, convocaron al antropólogo forense, el doctor Michael Finnegan, de la Universidad de Kansas, que llegó esa misma tarde. El especialista examinó los cráneos y dijo que uno estaba viejo y era probablemente falso, de los que se vendían en las casas de curiosidades, pero el otro era humano y pertenecía a alguien que había muerto hacía poco. Los dientes parecían estar asociados con ese cráneo que estimó pertenecía a un hombre joven.

Aparecieron más fotografías con inscripciones en el dorso, y una billetera con el nombre de un hombre que no era Berdella; resultó ser una persona desaparecida. Luego descubrieron artículos de periódico acerca de otro hombre desaparecido, y algo mucho peor: una zona de cemento fresco en el piso del sótano.

Vestidos para protegerse de la contaminación bacteriológica, los hombres que investigaban el lugar del delito continuaron la inspección. En un armario encontraron una bolsa llena de vértebras humanas y, alrededor de la casa, trozos de papel con nombres escritos y el pasaporte de otro hombre.

Luego se acudió al patio posterior, un área que parecía demasiado pequeña para que se hubiera enterrado un cuerpo. El equipo introdujo una retroexcavadora y comenzó a cavar, tratando no dañar la evidencia que pudiera estar enterrada. Al poco tiempo surgió el hedor claro de muerte y otro

cráneo humano. O más bien, una cabeza. Tenía un fino tejido y el pelo adherido. También había una vértebra.

Los funcionarios interrogaron a los vecinos, pero no averiguaron nada concreto; tampoco hallaron nada registrando la tienda de Berdella y su automóvil. Pero en los archivos policiales se descubrió que Bob había sido investigado tres años antes, en 1985, por la desaparición de dos jóvenes: Jerry Howell, de 19 años, del que se dejó de tener noticias en julio de 1984, y James Ferris, de 25, que desapareció en septiembre de 1985. Por entonces, un hombre llamado Todd Stoops dijo haber visto a ambos hombres con Berdella. La policía le sugirió a Stoops, que se había quedado en la casa de Bob varias veces, que no volviera a entrar en ella. Finalmente él también desapareció. Durante la investigación del caso, Berdella admitió conocerlos, pero negó saber dónde estaban. La policía lo había vigilado algún tiempo, pero finalmente dio por terminada la investigación y archivó el expediente.

El cráneo encontrado en el armario pertenecía a un joven llamado Robert Sheldon, el cráneo desenterrado era de Larry Pearson, y algunos de los restos eran del cuerpo de Mike Wallace.

Usando las bases de datos procesados en la computadora del FBI, los investigadores encontraron parientes de los hombres desaparecidos, se consiguieron historias médicas, mapas dentales y también fotografías para comparar con las repugnantes Polaroid encontradas en el segundo piso de Charlotte 4315. No había mucho más que averiguar.

Abrumado por las evidencias en su contra, Berdella decidió declarar. El 13 de diciembre de 1985, en una sala pequeña de conferencias, en el sótano de la cárcel de Kansas City, Berdella se sentó delante de una mesa, bajo juramento, frente a dos fiscales, dos detectives, dos abogados de defensa y un taquígrafo de corte. Aunque el proceso fue largo y tedioso, Berdella terminó contándolo todo en un informe final de un total de 717 páginas.

Confesó haber asesinado a seis hombres entre 1984 y 1985, algunos con

inyección letal y otros por asfixia. Su modo de actuar era simple: contrataba los servicios de un *taxi boy*, lo llevaba a su casa y allí lo ataba con una correa a su cama de tortura hecha a medida. Entonces, comenzaba a torturarlo experimentando con electroshock e inyectando limpiadores caseros en las venas hasta matarlo.

Berdella mantenía un registro detallado de cómo respondían sus víctimas a su tratamiento, y le gustaba extender sus vidas por unos cuantos días antes de atarles una bolsa de plástico en la cabeza. Aparentemente siempre actuaba los fines de semana, de modo que mantenía a sus víctimas en su casa hasta los lunes. Finalmente, después de desmembrar los cuerpos en su bañera y de guardar los pedazos en bolsas de basura, entregaba todo a los basureros, como si se tratara de basura normal, en la recolección del lunes por la mañana.

El 19 de diciembre de 1988, Robert Berdella fue declarado culpable de asesinar a seis personas y condenado a cadena perpetua. El 8 de octubre de 1992, murió en prisión de un ataque cardíaco, aunque alguien sugirió que pruebas recientes demostrarían que habría sido envenenado. Fue enterrado junto a su padre en Cuyahoga, Ohio.

ANDRAS PANDY
El sacerdote diabólico

En 1997 una manifestación de 350.000 belgas marchó en silencio por las calles de Bruselas. Era mucho más que una simple vigilia; se trataba de una demostración espontánea de pesar y de rabia. Esta demostración, que llegó a ser conocida como «Marzo Blanco», fue una conmovedora protesta masiva contra la permanente ineficiencia y corrupción de las autoridades, manifestada en una serie de secuestros y asesinatos que conmovieron a la población.

Los manifestantes acusaban al gobierno de participar y encubrir los crímenes de un asesino de mujeres llamado Marc Dutroux, y de no haber hecho nada en el caso de los pistoleros de Brabant, que habían acribillado desde un auto a veintiocho compradores en estacionamientos de supermercados. Pero esta vez el detonante era otro: el pueblo exigía el esclarecimiento de las desapariciones de Molenbeek. Agnes Pandy, la hija de un pastor protestante de origen húngaro, acababa de acusar a su padre de ser el responsable de estas.

Andras Pandy nació en 1927 en un pueblito húngaro llamado Dunakeszi, al norte de Budapest. Tuvo una infancia difícil complicada por los efectos de la guerra europea y, tras la sangrienta revolución popular de 1956 contra las autoridades soviéticas, emigró a Bélgica para refugiarse en Bruselas. Allí consiguió trabajo como pastor protestante y maestro de educación religiosa hasta que se retiró en 1992.

Al mismo tiempo que huía de Hungría, se casó con la que fue su primera esposa, Illona Sores, quien le dio cuatro hijos, la mayor de los cuales fue Agnes. Pandy era un astuto hombre de negocios, que aprovechaba su imagen

pública como representante de la Iglesia para su beneficio personal. Tan avezado era que cuando en 1989 la revolución rumana derribó al dictador comunista Nicolae Ceausescu, y dejó a un número indeterminado de niños huérfanos o sin hogar, el pastor cobijó a gran cantidad de ellos en el club de caridad YDNAP (PANDY al revés), que se le ocurrió fundar para ello. Con esta fundación reunió el suficiente dinero como para comprarse dos propiedades en Bruselas. Pero detrás de las puertas cerradas de una de esas casas —una rectoría del siglo XIX donde Pandy vivía con su familia—, la realidad era muy distinta. El predicador, que era levemente afeminado, se comportaba como un ser brutal, un predador salvaje, sexualmente insaciable, que buscaba mujeres por el medio que fuera.

En 1967, después de 11 años de matrimonio, Pandy se divorció de Sores, quien misteriosamente desapareció. El pastor explicó, simplemente, que ella había regresado a Hungría. Mientras tanto, su hija Agnes se convertía en uno de los objetos de su apetito erótico.

La niña tenía solo 13 años cuando su padre empezó a abusar de ella, y la relación continuó aun después de 1979, cuando Pandy se casó con su segunda esposa, Edith Fintor, una madre soltera de tres niños, a quién encontró por medio de un anuncio publicado en la columna de «corazones solitarios» de un periódico húngaro. Posteriormente, la señora Fintor tuvo dos hijos más con el predicador.

La hija menor de Edith, Timea, también fue víctima de la sórdida sexualidad de Pandy. Como todo pedófilo, el pastor era extremadamente cauteloso en sus actos con su hija y su hijastra, pero cuando su secreto finalmente salió a la luz, Pandy fue hasta límites inconcebibles para protegerse.

En 1981 Timea, de 20 años, quedó embarazada y Pandy quiso matarla. Su media hermana, Agnes, lo alentó para que dejara de estar con ambas a la vez, y hasta ella misma atacó a su hermanastra. Pero Timea se las arregló para escapar, primero a Canadá y, de ahí, a Hungría. Milagrosamente, logró

ponerse fuera del alcance de Pandý. Otros miembros de la familia no fueron tan afortunados.

Agnes Pandý, una mujer cuarentona, opaca, de ojos en blanco ocultos detrás de gafas indefinidas, y que había pasado sus días trabajando en el departamento de mapas de la biblioteca real de Albert Fist, le contó al fiscal mayor de la unidad criminal judicial de la policía de Bruselas, Francois Monsieur, un cuento de terror.

La historia se desarrolló entre 1986 y 1992 en su casa de la Quai de l'Industrie, en una región de Bruselas conocida como Molenbeek. Dijo que su padre, un miembro de la Iglesia, que abusaba sexualmente de ella desde que tenía 13 años, le había ordenado que matara a su propia madre. Luego, juntos, mataron a su madrastra y a tres de sus hermanos. Ilgen Sores, Edith Fintor, sus hijas Andrea y Tunde, y los propios hermanos de Agnes, Zoltan y Daniel, habían sido asesinados uno tras otro y sus cuerpos eliminados de la manera más salvaje.

Sentada en la oficina de Monsieur, Agnes contó cómo ella y su padre mataron a algunos a tiros, y a otros a golpes de martillo. También declaró que habían cortado los cadáveres con cuchillos de cocina y puesto los restos en bolsas plásticas, algunas de las cuales habían arrojado en un matadero cercano, y otras, sumergido en un barril lleno hasta el borde con veintiún litros de un poderoso limpiador ácido de desagües, que había disuelto toda la carne y los huesos.

Finalmente narró cómo ella misma había eviscerado a una de sus medias hermanas con sus propias manos y cómo drenaron los cuerpos por el desagüe.

El 20 de octubre de 1997 las autoridades belgas arrestaron a Andras Pandý, de 70 años, acusado del asesinato de dos de sus exesposas y cuatro de sus ocho hijos, y se inició la investigación. No existía ninguna evidencia para demostrar que Agnes hubiera sido violada ni que la casa parroquial de su padre era, como los periódicos la llamaron más tarde, «La casa de los

horrores».

Los investigadores hablaron brevemente con el ministro, que dio una explicación perfectamente verosímil respecto de la desaparición de su esposa y la ausencia de su hija. «Retornaron a Hungría», dijo con indiferencia. Les ofreció incluso la prueba de que sus desaparecidos miembros familiares estaban vivos. Tenía una pila de cartas presuntamente escritas por ellos y postales que le habían enviado por correo desde lugares como Israel, Miami y Brasil.

Desde luego, Andras Pandy podía parecer un poco excéntrico, pero era un ministro, un miembro respetado de una institución belga, y al menos las instituciones en Bélgica todavía gozaban de confianza y respeto.

El arresto del predicador originó una investigación conjunta de autoridades belgas y húngaras. Equipos especializados empezaron a cavar buscando restos humanos en varias propiedades abandonadas que pertenecían a Pandy. Encontraron rótulas, dientes, fragmentos de hueso y cenizas en uno de los sótanos, sangre salpicada sobre la pared en otra de las casas, y grandes trozos de carne no especificada dentro de una heladera.

Las pruebas de ADN efectuadas por los científicos forenses de Norwegian mostraron que el conjunto de dientes descubiertos pertenecía a siete mujeres de entre 35 y 55 años, y a un hombre de entre 18 y 23. Se sospechó que las víctimas no identificadas habían sido atraídas desde Hungría hasta Bélgica con promesas de matrimonio. Pero nada podía probarse con certeza.

Las preguntas también estaban orientadas a descubrir la identidad del pastor. Algunos investigadores belgas pensaban que el hombre detenido podía ser el hermano más joven del Andras Pandy real, que habría muerto en su país natal en 1956.

En Hungría los detectives trataban de establecer si Pandy estaba vinculado a cualquiera de los sesenta casos de personas desaparecidas que permanecían sin resolver desde los años ochenta, y descubrieron lo que pudo haber sido su

más elaborado artificio. Con el argumento de que estaba escribiendo una historia de su vida, Pandy había contratado a dos actrices jóvenes para personificar a dos de sus hijas desaparecidas durante sus ocasionales viajes a Hungría. El pastor había comprado una cabaña verde pequeña en su vieja ciudad natal, y se sacó fotos familiares en ella con sus falsas hijas. Después les dijo a sus amigos y parientes que le escribieran cartas diciendo que habían visto a las niñas. Margrit Magiar, una viuda, que tal vez fue cortejada más tarde por Pandy y llegó a estar peligrosamente cerca de él, recordó que este había llevado un día a dos mujeres jóvenes a su casa un año antes de su arresto. «Tenían 22 ó 24 años, y sus nombres eran Andrea y Tunde, pero yo más tarde supe que estos eran los nombres de dos de las niñas que supuestamente habían desaparecido».

Cuando fueron localizadas, las mujeres jóvenes dijeron a la policía que actuaron sus partes varias veces entre 1992 y 1996, y nunca sospecharon nada extraño.

No todos se conmovieron por las actuaciones de Pandy. Istvan Stweszek, un ministro retirado de la Iglesia protestante húngara en Bélgica, y colega anterior de Pandy, dijo que desde hacía mucho tiempo el pastor le provocaba inquietud, incluso antes de la desaparición de Fintor. «Teníamos a menudo la impresión de que su esposa no solo era su esposa, sino también una sirvienta que trabajaba como esclava».

A pesar de no tener ninguna evidencia concreta sobre los miembros de la familia Pandy desaparecidos, Monsieur pensó que tenía suficientes pruebas con los restos reunidos en la casa del pastor y con la declaración concluyente de su hija, para probar que Andras Pandy era un asesino trastornado que se ocultaba tras el hábito de un clérigo. Entonces comenzó el juicio.

En febrero de 2002 «el pastor diabólico», desgreñado, con algo de panza y un mechón despeinado de pelo gris, pareció ligeramente divertido cuando los funcionarios lo llevaron más allá del gentío de reporteros y fotógrafos a la

sala del tribunal. A lo largo de las dos semanas del proceso, había estado siempre sentado junto a su cómplice, que era también su acusadora principal, su socia sexual anterior y su hija.

Los fragmentos de huesos arrancados del lodo en el sótano de Pandy habían sido estudiados y examinados, pero las autoridades no fueron capaces de determinar a quiénes pertenecían. Como consecuencia, la denuncia contra Pandy y su hija solo recayó sobre las cinco víctimas vinculadas a él por sangre o matrimonio. Es más, su hijastra Timea, que escapó con su hijo en las entrañas y sobrevivió al intento de asesinato, se negó a testificar contra su padrastro en la corte. Se excusó ante las autoridades argumentando que incluso después de casi veinte años le seguía temiendo.

El 6 de marzo de 2002, la Corte lo declaró culpable del asesinato de sus seis parientes y de disolver sus cuerpos en limpiador de desagüe químico. Fue condenado a pasar el resto de su vida en prisión. Su hija de 44 años, Agnes Pandy, recibió una sentencia de 21 años, por complicidad en cinco asesinatos y por un intento de asesinato. Además, Pandy también fue condenado por violar a Agnes y a una hijastra.

Los fiscales pidieron una condena de 29 años para Agnes, pero sus letrados presionaron a favor de la indulgencia, argumentando que estaba bajo el «hechizo irresistible» de un padre que la violaba y la presionaba para colaborar en las matanzas. «No tenía salida. Estaba completamente en su puño», dijo la mujer en su declaración final.

A la una en punto, Pandy calificó el juicio como una «caza de brujas» en su contra. Le dijo al jurado que los presuntos muertos estaban todavía vivos y que él estaba «en contacto con ellos a través de los ángeles». Cuando se le preguntó por qué los miembros desaparecidos de su familia no se habían podido encontrar en cuatro años de búsqueda, el pastor contestó: «Es responsabilidad de la justicia probar si están muertos. Cuando esté libre de nuevo, ellos vendrán y me visitarán».

Asombrosamente, cuando cumplió 80 años, las autoridades de la prisión decidieron enviarlo a un asilo para ancianos jubilados, donde pasa sus días en completa tranquilidad. Allí ha vuelto a predicar.

FRANCISCO GARCÍA ESCALERO

El mendigo asesino

Francisco García Escalero nació en Madrid el 24 de mayo de 1954. Pasó su infancia junto a su hermano mayor deambulando por los tugurios de un barrio madrileño a doscientos escasos metros del cementerio de la Almudena. Criado por un padre rústico e ignorante, tuvo una educación insuficiente y se fue convirtiendo en un chico extraño, con claros signos de debilidad mental. De carácter hosco, melancólico y solitario, su principal diversión consistía en pasearse por las noches entre las tumbas del cementerio y quedarse a dormir en los crematorios.

Como si esto fuera poco, también tenía impulsos suicidas, y más de una vez se arrojó a la carretera al paso de los automóviles. Este comportamiento enfurecía a su padre, quién trataba de sacarle esa peligrosa manía a fuerza de brutales palizas. En uno de sus tantos accidentes perdió la visión del ojo derecho. A los 16 años conoció por primera vez los pabellones psiquiátricos.

Para poder sobrevivir cometía pequeños robos, y para entretenerse exploraba las casas abandonadas o espiaba a mujeres y parejas por las ventanas mientras se masturbaba.

En 1973 fue internado en un reformatorio por el intento de robo de una motocicleta. Parece que el castigo no dio sus frutos, porque inmediatamente después de salir de allí, a los 21 años, cometió su primer delito importante: en compañía de unos amigos asaltó a una pareja en las inmediaciones del cementerio de la Almudena, y violaron a la joven en presencia de su novio. Francisco fue atrapado y condenado a pasar doce años en la cárcel.

Durante su encierro se dedicó a cubrirse el cuerpo con tatuajes, algunos con frases tan significativas como: «Naciste para sufrir». Una de sus manías era atrapar pájaros y animales muertos que encontraba en el patio de la prisión y llevárselos a la celda. Con ellos se encontraba más a gusto, porque lo ponía nervioso pasear por los pasillos y estar con gente.

Cuando lo dejaron en libertad, Francisco ya tenía 30 años, se había quedado sin amigos, carecía de educación y no tenía oficio alguno. Como era imposible conseguir un empleo, comenzó a vagabundear y a practicar la mendicidad en los alrededores de la parroquia de Nuestra Señora de Fátima.

Le gustaba beber enormes cantidades de alcohol mezclado con pastillas, por lo que a veces mostraba un comportamiento agresivo y muy violento. También sufría alucinaciones auditivas: oía una serie de voces que le pedían que cometiera nuevos crímenes y que profanara cementerios.

Las voces se ríen de mí. Me dicen que quieren sangre. Entonces le saqué el corazón. Y mordí un trozo [...]. Iba por la calle como si no existiese, no chocaba con la gente, era como si no tuviera cuerpo. Me miraba a los espejos como si no fuera yo, no me reconocía. Llegué a pensar que podía ser un espíritu, otra persona que se había metido en mí. Oía voces interiores, me llamaban, me decían que hiciera cosas, que tenía que matar, que tenía que ir a los cementerios.

Atormentado por las voces, Francisco puso en marcha su desenfadada carrera asesina. No tuvo que dirigirse muy lejos para buscar a sus presas, sino que las eligió entre los mendigos y las prostitutas.

Su primera víctima fue Paula Martínez, una prostituta toxicómana, que contactó en la calle Capitán Haya, de Madrid. En agosto de 1987, Paula apareció en las afueras de la capital española decapitada y calcinada.

Nueve meses después, en marzo de 1988, Francisco asesinó a un mendigo llamado Juan, apuñalándolo por la espalda y aplastándole la cabeza con una piedra. También se tomó el trabajo de cortarle las yemas de los dedos.

Apenas unos meses después, otro hombre sin techo que había compartido muchas jornadas con él en los comedores de la beneficencia, apareció quemado y muerto junto a la pared del cementerio de Aluche.

Francisco ya no paró de matar.

Sus víctimas eran cada vez más numerosas y sus crímenes cada vez más brutales. No dudaba en cometer atrocidades inimaginables: perforaba los cuerpos a cuchilladas por la espalda, les machacaba el cráneo con piedras o los decapitaba arrojando las cabezas a un pozo. A otros los abría en canal con una navaja y les sacaba las vísceras o el corazón (a veces incluso probando un bocado de estas partes mutiladas). Luego, para borrar el rastro, rociaba los cadáveres con cualquier tipo de combustible y los quemaba, o simplemente les cortaba las yemas de los dedos.

Alternaba los asesinatos con macabras orgías de necrofilia, profanando tumbas. De vez en cuando saltaba las paredes del cementerio de la Almudena, y bajo el efecto de la mezcla de alcohol y drogas rompía algún nicho, sacaba los cuerpos de la fosa y abusaba de ellos sexualmente. Estos actos monstruosos llevaron a pensar a las autoridades que las profanaciones eran obra de una secta satánica o de algún adorador del diablo, cuando se trataban tan solo de aberraciones de un asesino en serie psicótico.

En marzo de 1989, un mendigo conocido con el nombre de Ángel apareció semidecapitado y con las yemas de los dedos rebanadas. Dos meses después, en mayo, un hombre indigente de 65 años, conocido como Julio, apareció con el cuerpo cosido a puñaladas, el pene amputado y el cuerpo carbonizado. La policía de homicidios de Madrid concluyó que entre estas muertes no existía ninguna conexión.

Francisco no puso freno a su impulso asesino, y sus siguientes cinco víctimas también aparecieron mutiladas, quemadas y decapitadas. La investigación criminal no encontraba ninguna solución a este macabro rompecabezas.

Siete años después del primer crimen, Francisco y un compañero de aventuras, el homosexual Víctor Luis Criado, se fugaron del Hospital Psiquiátrico Provincial Alonso Vega, de Madrid. Cuarenta y ocho horas después de ser vistos juntos emborrachándose, Víctor apareció muerto con el cráneo hundido y quemado, entre papeles y mantas, contra la pared de la iglesia de los Sagrados Corazones. Un tiempo más tarde, las voces le dijeron a Francisco que era un buen momento para suicidarse, y se arrojó delante de un coche, pero lo único que consiguió fue fracturarse una pierna. En el hospital, confesó sus crímenes a las enfermeras y les suplicó que lo denunciaran porque no quería seguir matando.

En abril de 1994, la noticia de que un mendigo de 39 años, Francisco García Escalero, había matado a sangre fría a 11 personas conmovió a los medios de comunicación en Madrid. Era apenas el reflejo de su primera confesión. A partir de entonces Francisco relató a la policía uno por uno sus catorce asesinatos. No ahorró detalles, incluida la satisfacción que experimentaba cuando mantenía relaciones sexuales con los cuerpos sin vida de las víctimas, o las dificultades que tenía para matarlos.

Lo maté. Estuvimos bebiendo en el parque al lado del cementerio y tomando pastillas [...]. Me las pedía el cuerpo para poder hablar mejor. Luego le pregunté dónde íbamos a dormir y en el cementerio sentí las fuerzas, me daba impulsos, cogí una piedra y le di en la cabeza y luego lo quemé con periódicos y luego me fui a dormir al coche y, al día siguiente, al hospital. Ahora me siento con la mente en blanco, como si estuviera muerto.

Francisco García Escalero fue juzgado en febrero de 1995. El informe de los forenses estableció que se trataba de un individuo peligroso, pero que no era responsable de sus actos. El mendigo asesino fue absuelto por enajenación mental, producto de su «genuina esquizofrenia, alcoholismo crónico secundario, posible injerto psicótico, toxicomanía a las benzodiazepinas,

perversión sexual múltiple, bisexual, necrófilo y caníbal».

La sala fijó en veinticinco años el tiempo máximo de internación de Escalero. En la actualidad está recluido en el psiquiátrico penitenciario de Fontcalent en Alicante y, según el personal del centro, no ha vuelto a manifestar comportamientos violentos. Su abogado está negociando la posibilidad de que sea liberado, aunque los demás especialistas creen que Francisco continúa siendo peligroso. Desde su celda todavía sigue relatando sus crímenes a los pocos medios de comunicación que, de vez en cuando, se interesan por su macabra historia, con la frialdad de la inconsciencia, consecuencia de una vida de alcohol, drogas y esquizofrenia.

Según su psiquiatra, solo padece de una enfermedad incurable que surge por brotes y que es absolutamente irreversible. Puede pasar temporadas más o menos asintomáticas, en las que es capaz de llevar una vida completamente normal, pero, desde luego, la enfermedad está siempre latente, y puede matar en cualquier momento.

Los mendigos madrileños, antiguos compañeros de Escalero, aún sienten miedo cuando oyen pronunciar su nombre, y piensan que, si es liberado, volverá para matarlos; por eso piden que no lo suelten nunca.

En sus declaraciones Francisco asegura que la culpa es del alcohol y de las pastillas. Dice que él no tenía nada contra las personas que asesinó, y que algunos de ellos eran incluso compañeros y mendigos que conocía, pero que esas terroríficas voces que le hablaban en la cabeza lo obligaban a matarlos.

Nunca comprenderé, mientras esté vivo, por qué lo hacía. No lo podré saber nunca.
Jamás. Jamás en la vida comprenderé cómo pude llegar a hacer lo que he hecho.

FRED Y ROSE WEST

La casa del terror de Gloucester

El 6 de agosto de 1992 fue el comienzo del fin para la casa del terror de Gloucester. Ese día se inició el descubrimiento del terrible secreto de Cromwell 25. Sucedió durante la tarde cuando la policía logró encontrar al dueño de la casa, Frederick West. Su esposa Rosemary les indicó que estaba en la parte de atrás de la casa hablando por teléfono celular. El simiesco hombre, que se hallaba preocupado por el desorden que había en su jardín, fue detenido por la policía, y declaró que ni él ni su esposa sabían nada de Heather West, su hija —«muchas chicas desaparecen, toman nombres diferentes para trabajar como prostitutas; ella era lesbiana y tenía problemas con las drogas».

Rose fue interrogada en la casa y dijo algo parecido: Heather había desaparecido a los 16 años, en 1986, y era una persona desagradable, perezosa y lesbiana.

Toda la noche Fred y Rose estuvieron hablando en la prisión. Al día siguiente, Fred le confesó al detective Hazel Savage que él la había matado y repitió con insistencia que Rose no sabía nada del asesinato.

Veinte minutos después negó toda su declaración: «Heather está viva y sana. Posiblemente en estos momentos esté trabajando para el cartel de la droga de Bahrein; tiene un Mercedes, un chofer y una nueva identidad».

Días después le dijo a la policía que podía cavar donde quisiera para encontrar a Heather. Los investigadores lo hicieron y encontraron tres huesos humanos, pero no pertenecían a la mujer buscada.

Cuando Fred se enteró del hallazgo de los huesos, confesó una vez más el asesinato de su hija, pero negó que los restos del cadáver estuvieran enterrados en ese lugar. Fred contó a la policía cómo había ocurrido el asesinato: la había golpeado por insolente y luego la había agarrado de la garganta porque se había reído de él. La apretó fuertemente hasta que se puso azul y dejó de respirar. Entonces, intentó reanimarla. La llevó a la bañera para mojarle el cuerpo, le sacó la ropa para secarla y luego tiró las prendas en la basura.

Tras asegurarse de que estaba muerta, le cerró los ojos para descuartizarla con un cuchillo. Al cortar la cabeza, oyó un sonido muy desagradable, pero no se detuvo. Empezó entonces a torcerle las piernas para separarlas del cuerpo: tenía que achicar el cadáver para poder enterrarlo en el jardín y echar el resto en la basura. El cuerpo permaneció enterrado durante seis años.

Frederick West nació en 1941 en Much Marcle, un pueblo ubicado aproximadamente a 120 kilómetros de Londres. A pesar de la miseria que agobiaba a su familia, tuvo seis hermanos, aunque él siempre fue el preferido de su madre.

En la escuela jamás se destacó por ser buen estudiante. Al contrario, sus frecuentes problemas de conducta le acarrearán constantes golpes con la vara. Daisy, su madre, iba con frecuencia a gritarles a sus profesores por los castigos que recibía su hijo favorito, de ahí que sus compañeros lo apodaran «el nene de mamá».

A los quince años abandonó los estudios, aunque apenas aprendió a leer y escribir, y comenzó a trabajar en una granja. Un año después había crecido hasta convertirse en un adolescente muy atractivo para las chicas y se involucraba con la que fuera con tal de concretar sus fantasías.

A los 17 Freddy quedó gravemente lastimado en un accidente en moto y estuvo internado en coma durante una semana; cuando salió del hospital quedó con una lámina de metal dentro de la cabeza y con una pierna lisiada.

Luego de recuperarse del accidente, inició una relación con una amiga de 16 años, Catherine Bernadette Costello, apodada Rena, quién desde su niñez había tenido problemas con la justicia: era una hábil ladrona.

Se convirtieron en amantes casi de inmediato, pero el romance acabó abruptamente cuando ella se volvió unos pocos meses después a Escocia, su tierra natal. Freddy puso entonces su atención en otras cosas más divertidas, como meterle la mano debajo de la pollera a una joven mujer que estaba parada junto a él en un club de jóvenes, y hacerla huir horrorizada. No cabía duda de que el accidente le había dejado graves secuelas en la cabeza.

En 1961 robó junto con un amigo un reloj y cigarrillos en un almacén; a partir de ese momento se inició una etapa turbia. Pocos meses después fue acusado por una niña de 13 años, amiga de los West, de violación. Se defendió diciendo que su comportamiento era algo normal. Esta actitud y el escándalo causado provocaron un gran alboroto en su familia, y terminó siendo echado de su casa y viviendo solo.

Al mismo tiempo, su médico lo defendió ante la Justicia argumentando que padecía epilepsia, por lo que se salvó de cumplir una condena en prisión.

A los 20 años, Fred ya tenía fama de violador de niñas y de ladrón; se había convertido en la deshonra de su familia. Sin preocuparse demasiado, comenzó a trabajar en la construcción, al tiempo que seguía robando y manteniendo relaciones sexuales con jovencitas.

En 1962, sus padres le permitieron volver a la casa en Much Marcle, y su novia Rena Costello regresó de Escocia. Rena no era una chica normal; más bien era una irremediable delincuente juvenil, y estaba fichada como prostituta. Embarazada de un chofer de autobús asiático, aceptó a Fred como su compañero, pero sin contarle toda la verdad.

Se casaron en secreto en noviembre del mismo año e inmediatamente partieron a Escocia. Sus padres creían que el niño que esperaba era de Fred, y Fred también. Pero, seguramente, Rena le contó la verdad a tiempo, porque en

marzo de 1963, cuando nació la criatura, Fred le escribió una carta a la madre de Rena contándole que el bebé de ambos había muerto en el parto y que ella había adoptado a un «chinito». Aunque Rena había ejercido la prostitución, le costaba sobrellevar el voraz apetito sexual de su marido. Aparentemente, el sexo normal no le atraía. Exigía sexo oral, sujeción y sodomía a toda hora del día y de la noche.

Por ese entonces, nuevamente en Gloucester, Fred se empleó conduciendo un camión de helados. Para alguien con la libido tan alta, se trataba de un trabajo ideal. Su supuesta cortesía, responsabilidad y sinceridad le facilitaban el acceso a las adolescentes que se acercaban a su vehículo de helados, donde les narraba cuentos inocentes.

En 1964, Rena conoció a una hija de Fred llamada Anna Marie, que quedó a su cuidado al ser abandonada por la madre. Poco tiempo después, Rena y Fred fueron responsabilizados de la muerte del novio de una joven llamada Anna McFall, que había sido degollado. Fred perdió su empleo de heladero y consiguió otro en un matadero, que lo afectó profundamente.

Mientras tanto, el matrimonio de Rena y Fred comenzó a deteriorarse. Rena quería regresar con sus hijas a Glasgow, pero Fred no se lo permitió y la obligó, en cambio, a regresar sola a Escocia. Afligida, sin sus hijas, volvió a Gloucester en julio de 1966 para reencontrarse con su familia y convivir en un tráiler. Entonces informó al alguacil Hazel Savage que su esposo era un perverso sexual que deseaba llevarse a su hija. Coincidentemente, había ocho denuncias por agresiones sexuales, llevadas a cabo por un hombre que respondía a su descripción.

A principios de 1967, Anna McFall quedó embarazada de Fred, e intentó sin éxito hacer que Fred y Rena se divorciaran, para que él se casara con ella. La respuesta de Fred fue matar a Anna y a su hijo no nacido. Lenta y metódicamente desmembró el cadáver y lo enterró con su feto. Curiosamente, le cortó los dedos de los pies, que se perdieron en el sitio del entierro. Este

ritual sería su «firma» en los crímenes futuros.

Tras la desaparición de McFall, Fred comenzó a actuar de un modo extraño. Envío a Rena a conseguir dinero como prostituta y comenzó a acariciarse con la joven Charmaine, la hija mestiza de su esposa.

En enero de 1968, la bella Mary Bastholm, de 15 años, fue raptada de una parada de autobús en Gloucester, y poco tiempo después desapareció otra mujer en las mismas circunstancias. Se supone que Fred fue el responsable de ambas desapariciones.

Fred siguió robando y cambiando de trabajos. El 29 noviembre de 1968, mientras trabajaba como repartidor de una panadería, encontró al amor de su vida: Rose Letts.

Rosemary Letts había nacido en noviembre de 1953, en Devon, Inglaterra. Su padre, Bill Letts, era un esquizofrénico, un hombre tirano y violento que exigía obediencia incondicional a su familia. Disfrutaba disciplinándolos y buscando motivos para castigarlos. No fue un empleado ideal, y la familia siempre sufrió por la falta de dinero.

La madre de Rosemary, Daisy Letts, sufría una profunda depresión. Luego de tener a sus hijos y de hacer frente a su marido, la depresión de Daisy se hizo crónica, y fue hospitalizada en 1953. Su hija Rosemary nació durante el tratamiento con terapias de electroshock. No se supo el efecto de estas terapias en el cerebro de la niña sino años después.

Rose fue una niña diferente: se hizo el hábito de mecerse sola en su cuna. Si se la ponía en un cochecito para niños sin freno, se movía violentamente arrastrándolo por toda la habitación y sacudía la cabeza durante horas como hipnotizada. «Dozy Rosie» (Rosie la sonámbula), como la llamaban, nunca fue muy inteligente, y de grande tuvo tendencia a engordar.

Rose creció y se convirtió en la favorita de su padre; hacía cualquier cosa que le pidiera. Era la única forma de recibir el afecto de su progenitor y de escapar de sus terribles castigos.

Rose era una alumna mediocre —tenía una baja capacidad intelectual—, además de padecer crueles bromas por parte de sus compañeros, a quienes les pegaba con violencia cuando se burlaban de ella. Se hizo conocida por su genio agresivo y solitario.

Durante la adolescencia, Rose dio señales de ser una niña sexualmente precoz: se la veía con frecuencia merodeando los baños de los hombres, y acosaba sexualmente a su hermano menor por las noches. Su padre mantenía alejados a los chicos que se interesaban en ella, pero Rose le había echado el ojo a un hombre adulto de su ciudad.

A principios de 1969, Daisy Letts, cansada de su marido, lo abandonó y se llevó a sus hijos. Sin contar ya con su padre que la vigilara, Rose comenzó a salir con frecuencia por las noches tratando de seducir a hombres mayores.

A mediados de 1969, Rose volvió con su padre sorprendiendo a todo el mundo. En la ciudad corría el rumor de que Rose y su padre mantenían relaciones sexuales.

La vida de Rose tomó un rumbo desgraciado: era pésima alumna, tenía sobrepeso y una baja autoestima. Su único objetivo era conseguir un buen amante. Entonces apareció en su vida Frederick West.

Fred West colmó todas las expectativas que Rose buscaba en un novio. Cuando su padre se enteró de que se acostaba con él, armó un escándalo descomunal en los servicios sociales, y el amante de su hija terminó preso. Pero Rose ya estaba embarazada.

Durante los siguientes meses, Fred fue encarcelado varias veces por robo y Rose tuvo que regresar a la casa de su padre con Charmaine y Anna Marie. En 1970, nació Heather. Con tres niños a su cargo y con un novio en constantes problemas con la justicia, Rose descargaba su furia maltratando a sus hijos. Mientras Fred estaba en la cárcel, Charmaine, la hija del camionero asiático y de Rena, fue asesinada y su cuerpo enterrado bajo el piso de la cocina de su casa en Midland Road. Antes de ser enterrado, le cortaron los dedos y las

rótulas. Fred guardó esta evidencia criminal contra Rose el resto de su vida.

Gloucester era un pueblo grande al oeste de Indiana, en donde Rose y Fred se divertían y conseguían ingresos adicionales. Rose invitaba con frecuencia a un indígena de la región a su casa para tener sexo con él. Fred solía espiarlos por un agujero, divirtiéndose mientras miraba a su esposa teniendo relaciones sexuales con el indígena. Le encantaba ver el componente bizarro de estas relaciones; la flagelación, los vibradores, el sadismo y el lesbianismo eran su pasión. Solía sacarle fotos a Rose, que publicaba en revistas pornográficas.

Cuando Rose asesinó a Charmaine, surgió un problema entre ambos y una oportunidad para Rena, la primera esposa de Fred, que buscaba con insistencia a su hija. Entonces a Fred no se le ocurrió otra cosa que estrangularla, cortarle los dedos y desmembrar su cuerpo enterrándolo en diferentes lugares.

En junio de 1972, Rose tuvo otra hija con Fred, Mae West, y se casaron en enero en la oficina de registros de Gloucester. Fred y Rose necesitaban una casa para albergar a su familia que iba creciendo y también para darle sitio al negocio de prostitución de Rose. La encontraron en el número 25 de Cromwell. La casa no era muy grande por fuera, pero por dentro era cómoda, y contaba con garaje y una bodega muy grande. Fred tenía pensado acondicionar la bodega para que Rose pudiera atender a sus clientes, y hacerla a prueba de ruidos para usarla como «sala de torturas».

Su primer cliente fue su hija de ocho años, Anna Marie. Fred y Rose la desnudaron, la amordazaron, le ataron las manos detrás de la espalda y le dijeron que era muy afortunada de poder satisfacer a sus padres. Mientras Rose sujetaba a la niña, su padre la violó. El trauma fue tan fuerte que la niña no pudo ir a la escuela durante varios días. Anna Marie fue amenazada para que no abriera la boca, y las violaciones de su padre se repitieron con frecuencia.

A finales de 1972, Fred y Rose contrataron a una muchacha de 17 años,

Caroline Owens, como niñera, y le prometieron a su familia que la cuidarían con esmero mientras trabajara con ellos. Caroline era muy atractiva, y tanto Rose como Fred competían por seducirla. La joven no se sentía a gusto con ellos y decidió dejarlos. Entonces recibió su merecido castigo: la secuestraron, la violaron y la amenazaron de muerte si contaba algo. Aterrorizada, la joven guardó silencio; pero cuando su madre notó los golpes en el cuerpo, consiguió que le contara lo que le había pasado y llamó a la policía.

En el interrogatorio de enero de 1973, Fred, que tenía 30 años, y Rose, 19, y embarazada de nuevo, engañaron al juez alegando que Caroline no había sido obligada a hacer nada contra su voluntad. A pesar de su abultada ficha criminal, el juez no creyó que Fred West fuera capaz de consumir actos de violencia, y le impuso una leve multa a la pareja tras lo cual la dejó en libertad.

Por la misma época, los West se hicieron amigos de una costurera llamada Lynda Gough. Cada tanto, Lynda pasaba frente a la casa de Cromwell 25 para recoger a su hijo. Algo sucedió con la relación, y Lynda fue asesinada. Fred la desmembró y la enterró en el garaje. Siguiendo el ritual de siempre, le cortó los dedos y las rótulas. Cuando la familia de Lynda preguntó por ella, le dijeron que había permanecido un tiempo con ellos, pero que se había marchado.

De esta manera, se estableció un terrible patrón de crímenes: toda mujer joven que llegaba a Cromwell 25, ya fuera como inquilina, amiga o niñera, terminaba sepultada en la casa, que se convirtió en un monumento a la depravación de sus moradores.

El año 1973 fue de celebración para los West: quedaron libres de culpa por el secuestro y la violación de Caroline Owens, y por el asesinato de Lynda Gough, crímenes que la policía jamás se molestó en examinar demasiado.

Con pista libre para seguir matando, en noviembre secuestraron a Carol Ann

Cooper, de 15 años. Primero se divirtieron sexualmente con ella y luego siguieron el ritual acostumbrado: la estrangularon, desmembraron el cuerpo, le cortaron los dedos y las rótulas, y la enterraron. Los muertos en la casa de Cromwell 25 seguían aumentando.

Como un buen trabajador, Fred hizo mejoras en su hogar: agrandó la bodega y realizó algunas ampliaciones en los ambientes.

El 27 de diciembre, la estudiante universitaria Lucy Partington decidió ir a visitar a un amigo con discapacidad y tomó un autobús alrededor de las diez de la noche. Tuvo la desgracia de encontrarse con Fred y Rose, y nunca llegó a destino.

Tiempo después, Carol Ann Cooper fue torturada durante una semana y luego asesinada. Su cuerpo fue cortado y enterrado en obras donde Fred trabajaba de constructor.

Entre abril de 1974 y abril de 1975, tres mujeres jóvenes, Therese Siegenthaler, de 21 años, Shirley Hubbard, de 15, y Juanita Mott, de 18, tuvieron la misma suerte que Carol Ann Cooper y Lucy Partington. Las torturaron, desmembraron los cuerpos y los enterraron bajo el suelo del garaje de la casa de los West.

La práctica de la esclavitud con sus víctimas fue el mayor placer de Fred y Rose. Algunas mujeres tenían toda la cabeza envuelta con una cinta y un plástico introducido en la nariz para dificultarles la respiración, y otras permanecían atadas como animales en el garaje. Increíblemente, a Fred no le alcanzaba con la morgue que tenía en su casa.

Por otra parte, el proyecto de construcción era muy importante para los West, ya que les daba la posibilidad de cubrir con cemento los estragos de sus monstruosos hábitos. Para ello, Fred siguió robando a fin de financiar las mejoras que realizaba continuamente.

En 1976 sedujeron a una mujer joven en una casa de rehabilitación. En la calle Cromwell, la señorita A. fue testigo de cómo algunas mujeres jóvenes

que permanecían esclavizadas eran violadas por Fred y agredidas por Rose. Según la señorita A. , una de estas mujeres era probablemente Anna Marie, hija de Fred, que fue la pareja sexual de su padre y con quien practicaba sexo con sadismo. Además era obligada a tener sexo con sus amigos.

En 1977 la casa del horror de los West fue remodelada para que entraran más clientes. Una de ellos fue Shirley Robinson, de 18 años, una prostituta con tendencias bisexuales, que mantuvo relaciones sexuales con Fred y Rose. Shirley quedó embarazada de Fred, y Rose, de un cliente negro. Si bien Fred estaba contento con que su esposa fuera a tener el niño de un negro, a Rose no le agradaba el embarazo de Shirley, ya que temía que le quitara a su marido.

En 1977 Rose dio a luz a Tara. Tiempo después Shirley y su hijo fueron a acompañar al resto de las mujeres muertas en la calle Cromwell. Su cadáver y el de su hijo fueron desmembrados y enterrados por Fred.

En noviembre de 1978, Rose y Fred tuvieron a otra hija, llamada Louise. La pareja ya contaba con seis hijos, que vivían todos en el extravagante y perverso clima de aquel hogar.

Fred también dejó embarazada a su hija Anna Marie, pero el embarazo se complicó porque se desarrolló en las trompas de Falopio, y la muchacha sufrió un aborto natural.

En mayo de 1979, el padre de Rose murió de una enfermedad pulmonar, y varios meses después los West asesinaron y torturaron a Alison Chambers; su cadáver, al igual que el de Shirley, fue enterrado en el jardín.

Cuando Anna Marie ya no pudo resistir el ambiente de perversión en su hogar, dejó a su familia para irse a vivir con su novio. Privado de su juguete predilecto, Fred eligió entonces como objetos sexuales a Heather y Mae. Heather, que por entonces tenía 9 años, se resistió a sus malsanas intenciones y fue castigada con ferocidad.

En junio de 1980 Rose dio a luz a Barry y en 1982 trajo al mundo a Rosemary, que no era hija de Fred. En 1983 tuvo a Lucyana, fruto de una

relación con un hombre negro. Junto con Tara, ya eran dos las niñas mulatas de los West.

La incontrolable cantidad de niños que correteaba por la casa comenzó a sacar de quicio a Rose, que descargaba su furia golpeándolos sin motivo alguno. En 1986 Heather le contó a su novio todos los maltratos que recibía de sus padres, y el novio les informó a su familia y sus amigos que sus vidas corrían peligro.

No se equivocó. Fred asesinó a Heather en la primera oportunidad que tuvo y sepultó el cuerpo en el superpoblado jardín.

El negocio de la prostitución de Rose funcionaba de maravillas, y había que sacarle el jugo. Entonces Fred decidió promocionarlo en revistas especializadas con el fin de atraer candidatas para usarlas en sus perversiones y emplearlas como prostitutas en el lucrativo comercio de su esposa.

Katherine Halliday se presentó a trabajar y de inmediato fue torturada, vestida con trajes negros de cuero, azotada y encadenada. Aterrada por la actitud de sus patronas, la joven abandonó el lugar.

El muro de silencio que protegía la casa de terror de los West comenzó a desplomarse. No se sabe quién, pero alguien le contó todo lo que sucedía a la policía, y se le asignó el caso al detective Hazel Savage, que conocía a Fred por las denuncias de perversión sexual que había hecho Rena, su exesposa.

El 6 de agosto de 1992, Savage se presentó en la casa de la calle Cromwell 25 y arrestó a Rose por complicidad en el secuestro de un menor y a Fred por secuestro y sodomía. Luego investigó e interrogó a los amigos y familiares de los West. Cuando le tocó el turno a Anna Marie, la joven se conmocionó y les reveló todos los abusos de sus padres, incluido el asesinato de Charmaine, cuyo caso Savage también conocía por Rena. El policía ya tenía pruebas para acusar a Fred de abuso de un menor, pero necesitaba evidencias más contundentes para imputarlo por la desaparición de Charmaine, Rena y Heather. Resultaba insólito que Fred no hubiera dejado rastros en ningún lado.

El Gobierno puso bajo custodia al hijo menor de Rose. Abrumada por el hecho de que Fred estuviera en la cárcel y la policía se hallara tan cerca de conocer la verdad, Rose intentó suicidarse tomándose un frasco de pastillas.

Fred declaró estar asombrado y apenado por los actos que había cometido y se ofreció a colaborar. Pero después se retractó.

En la cabeza de Savage daba vueltas la desaparición de Heather. Tiempo después llegó a sus oídos que estaba enterrada debajo de la casa y obtuvo una autorización para registrar la propiedad de la calle Cromwell y todo el vecindario.

Durante el interrogatorio, Fred confesó la muerte de su hija. Rose informó que el día de la desaparición no se encontraba en la casa y que desconocía la muerte de Heather.

Fred fue trasladado con vigilancia policial para que indicara el lugar donde se hallaba enterrado el cadáver de Heather y el resto de los cuerpos. Finalmente la policía encontró los restos de una mujer joven, desmembrada y decapitada.

La investigación se amplió a la desaparición de Shirley Robinson. Para proteger a Rose, Fred declaró que él solo había cometido los asesinatos de Heather, Shirley Robinson y una mujer no identificada. Además, se abrió la investigación para incluir la desaparición de Rena y de Charmaine. Por alguna razón, Fred confesó que los cadáveres estaban enterrados en su bodega y admitió el asesinato de las mujeres pero no el secuestro, porque habían sido ellas quienes lo buscaron para tener sexo con él.

Identificar los nombres de los cadáveres no fue tarea fácil. Se descubrieron nueve cuerpos en la bodega. Fred no pudo colaborar demasiado porque no recordaba los nombres ni los detalles de su gran cantidad de víctimas. Como seguía protegiendo a su esposa, ella se hacía pasar por la víctima de un esposo sádico y peligroso, aunque no convenció a nadie. Finalmente, se hallaron los

cuerpos de Rena, Anna McFall y Charmaine con la ayuda de Fred. Sobre el caso Mary Bastholm, Fred no quiso cooperar y su cuerpo nunca fue encontrado.

El 13 de diciembre de 1994, Frederick West fue acusado de doce asesinatos. El 1 de enero de 1995 se ahorcó en su celda de la prisión de Winson Green, en Birmingham. Solo asistieron tres de sus hijos a su funeral, llevado a cabo el 29 de marzo en la ciudad de Coventry, después de lo cual fue cremado.

A pesar de las pocas evidencias, el 3 de octubre de 1995 se sometió a juicio a Rosemary West. Algunos testigos, como Caroline Owens, la señorita A. y Anna Marie, pusieron de manifiesto el sadismo sexual de la mujer. El objetivo del proceso, dirigido por Brian Leveson, era encontrar pruebas circunstanciales contra Rose.

La defensa, dirigida por Richard Ferguson, intentó mostrar evidencia de sadismo sexual, pero no de asesinatos, y el desconocimiento que tenía Rose de las muertes y los entierros. Ferguson buscaba despegar a Rose del caso, pero durante su defensa cometió graves errores y hasta llegó a perder el control en ocasiones.

Se presentaron evidencias de la participación de la mujer en los crímenes y fue condenada a cadena perpetua en la ciudad de Winchester por diez asesinatos. El juez que la sentenció recomendó que Rose nunca fuera puesta en libertad, algo que 18 meses después el ministro del Interior Jack Straw reafirmó, y condenó a Rosemary West a morir en prisión. Fue la segunda mujer en ser sentenciada a morir en prisión en Inglaterra; la otra había sido la asesina en serie Myra Hindley, que formó, junto con su amante Ian Brady, la pareja de infanticidas conocida como «Los monstruos de los páramos». Rose West compartió la celda con ella durante sus dos primeros años de reclusión.

En octubre de 1996 las casas de los West en el número 25 de Cromwell Street, junto con la casa número 23 de esa misma calle, fueron demolidas, y el

lugar se transformó en un paseo peatonal. Además, cada uno de los ladrillos de las casas fue destruido, y toda la madera fue quemada para que ningún cazador de recuerdos tomara un «souvenir».

La pesadilla de la casa del terror de Gloucester llegó a su fin, pero no la historia de Rose West. El 19 de enero de 2003 anunció su matrimonio con el bajista Dave Glover, conocido por integrar el grupo de hard rock Deep Purple, después de haber mantenido durante un año una relación por correspondencia con él. Pero Glover se echó porque no soportó la presión de los medios.

Desde entonces Rosemary espera que se cumpla la predicción de un juez que dijo que podría ser liberada en 2019, a la edad de 66 años.

JOSÉ ANTONIO
RODRÍGUEZ VEGA
El mataviejas

José Antonio Rodríguez Vega fue sin duda uno de los asesinos en serie más fríos y crueles de la historia española. Su larga trayectoria criminal se inició durante su juventud cuando, convertido en un agresor sexual, cometió un número indeterminado de violaciones ganándose el célebre apelativo de «el violador de la moto». Fue detenido y condenado a veintisiete años de prisión, de los que solo cumplió ocho, ya que, valiéndose de su poder de seducción, obtuvo el perdón de todas las mujeres a las que había sometido, menos el de una, a la que no consiguió engañar. Claro está que, si bien no pudo librarse de la cárcel, logró reducir significativamente su condena.

Después de ser atrapado, juzgado y encarcelado, su esposa, agobiada por tanta vergüenza, decidió abandonarlo y llevarse al único hijo de la pareja. Por eso, cuando salió de prisión, José Antonio se buscó una nueva compañera y para evitarse problemas eligió a una mujer con retraso mental. Como era de esperarse, su vida conyugal fue poco satisfactoria, y se sintió impulsado a desarrollar una doble vida. Por un lado, se esforzaba por aparentar ser un marido modelo; por el otro, embozaba a un violador al acecho.

José Antonio era joven, buen mozo, sus maneras resultaban amables y tenía una gran habilidad para la conquista. De piel morena, mirada penetrante, nariz aguileña y boca muy marcada, se lo acostumbraba definir por un solo rasgo: su rostro de buena persona.

Pero a pesar de su aspecto inofensivo, José Antonio fue acusado de cometer

a lo largo de un año no menos de dieciséis asesinatos de ancianas, a las que antes había violado.

El final de su triste historia comenzó a escribirse durante el verano de 1987, en la hasta entonces tranquila Santander. Por esa época la policía se sentía perpleja ante una serie de muertes ocurridas en circunstancias muy similares: mujeres solas, de edad avanzada, cuyo fallecimiento se debía, en apariencia, a causas naturales, ya que casi todas habían sido encontradas en sus camas, cuidadosamente arropadas.

Las sistemáticas coincidencias condujeron a un joven periodista del *Diario Montañés*, Maxi de la Peña, a realizar algunas investigaciones por su cuenta hasta que llegó a una alarmante conclusión: un asesino en serie andaba suelto en la ciudad.

Paralelamente, la policía descubrió otro importante denominador común: en varios de los edificios en los que residían las ancianas muertas, se habían realizado recientemente reformas de albañilería. A partir de ese momento, los errores del que hasta ese momento había sido el criminal perfecto se fueron sucediendo uno tras otro.

En la casa en la que mató a Margarita González, de 82 años, la policía encontró signos de violencia en lo que, una vez más, parecía un caso de muerte natural. En su siguiente crimen cometió otro error: esta vez se halló sangre en el cadáver de Natividad Robledo, una viuda de 66 años, a la que claramente se la había abusado. A otra de las víctimas se le encontró la dentadura postiza clavada dentro de la garganta. Finalmente, en una de las casas se localizó una tarjeta con el nombre y la dirección del presunto culpable: era el albañil. La policía había comprendido que la serie de muertes de ancianas no se trataba de una epidemia y, al poco tiempo, ordenó la detención del sospechoso.

El 19 de mayo de 1988, José Antonio Rodríguez Vega fue arrestado y confesó sus crímenes. Cuando la policía se dirigió a registrar su departamento, se encontró con la vivienda de una persona ordenada, casi en un grado

obsesivo, que ocultaba un valioso secreto dentro de un cuarto decorado en tonos de rojo. Allí tenía expuesta una tétrica colección de fetiches que pertenecían a las víctimas. Se trataba de un museo privado de los horrores, donde se exhibían, prolijamente alineados, alianzas, electrodomésticos, joyas, porcelanas e imágenes de santos, todo para recordar los crímenes consumados. Nada era guardado por su valor económico en sí, sino por el significado que tenía como morboso recuerdo.

Sin embargo, durante el juicio celebrado en Santander a finales de noviembre de 1991, José Antonio negó todas las acusaciones y dijo que las dieciséis muertes que le atribuían se habían producido por causas naturales.

A lo largo de todo el proceso, José Antonio se mostró como un ególatra que, en su afán de protagonismo, miraba fijo a las cámaras sin eludirlas ni ocultarse, deseoso de que su cara fuera conocida. Sin duda, era el rostro de un asesino imperturbable, sonriente y cínico. Resistía impasible los insultos de los familiares de las víctimas y alardeaba del perdón que le habían concedido las mujeres a las que había sometido, al mismo tiempo que destacaba el mérito de haber logrado que lo recibieran después en las casas de esas mujeres. Los psicólogos lo definían así:

Conserva inalterado su sentido de la realidad y es capaz de gobernar sus actos, siendo resistente a los tratamientos, lo que ensombrece su pronóstico: su peligrosidad es muy alta.

José Antonio se jactó de no tener problemas sexuales, afirmando que hacía el amor todos los días. También declaró que actuaba impulsado por un sentimiento de odio hacia su suegra y hacia su madre, a la que, por un lado, temía, y, por el otro, se había sentido sexualmente atraído desde niño. Los psiquiatras tuvieron que discernir si se trataba de un psicópata desalmado o de un ser humano con las facultades mentales perturbadas. Sus informes fueron concluyentes.

Llegamos a la conclusión de que su imputabilidad era plena, porque su inteligencia era absolutamente brillante. Era un psicópata, con la característica de ese grupo de psicópatas, esa frialdad clásica sin remordimientos, no se conmueven. Es un personaje verdaderamente hecho para el crimen...

Estos informes psiquiátricos resultaron determinantes, lo definieron como un perverso sexual, una máquina de matar que distinguía el mal; por eso fue sentenciado a 440 años de cárcel, cumpliendo la pena máxima. Desde entonces, saltó de prisión en prisión estudiando Derecho, negando obstinadamente sus crímenes y empeñándose en demostrar su inocencia.

En la penitenciaría psiquiátrica de Carabanchel, José Antonio intimó con otro conocido asesino en serie español, Manuel Delgado Villegas, «el Arropiero». Los funcionarios del presidio comentaban asombrados y divertidos cómo entre los dos criminales se había producido una macabra rivalidad sobre cómo habían acabado con la vida de sus víctimas. Así, José Antonio dejó expuesta su culpabilidad y comenzó a dedicar todo su tiempo y esfuerzo a escribir sus memorias, con las que esperaba enriquecerse no bien lograra salir de la cárcel. Incluso, llegó a conceder entrevistas en las que se mostraba orgulloso de sus actos, pronunciando frases como las siguientes: «Todos los hombres han sentido alguna vez deseos de violar a su madre». «Yo digo “hola” en un medio de comunicación y me pagan cien mil pesetas». «Todas las víctimas me recordaban a mi madre y a mi suegra, que eran unas sinvergüenzas y veneno». «Cuando recordaba a mi madre y a mi suegra me entraba una especie de excitación, de vergüenza inconsciente, de agresividad pensando en lo que me habían hecho. Tenía un temblor y escalofríos y me sentía llevado». «Me sorprende cómo aún están vivas mi madre y mi suegra. Desgraciadamente, no han pagado estas estimadas señoras». «Con la mayoría de las ancianas que maté hice el amor con su consentimiento o me incitaron a ello». «Tras hacer el amor o algunos manoseos, les tapaba la boca a

consecuencia del impulso que sentía, y desistía tras un rato». «Desconocía si las ancianas quedaban vivas o muertas».

A los 44 años José Antonio fue trasladado de la prisión de Murcia a la de Tropas, en Salamanca, donde siguió bajo extrema vigilancia. Desde que ingresó a la cárcel, el 24 de mayo de 1988, siempre estuvo calificado en primer grado, categoría reservada a los delincuentes más peligrosos.

El jueves 24 de octubre de 2002, cerca de las 9.00 de la mañana, Rodríguez Vega salió al patio de la tercera galería del módulo de aislamiento en compañía de siete reclusos. A las 11.15, se desató una feroz pelea entre el «asesino de ancianas» y tres internos: F. M. G. , que lo golpeó con una media dentro de la que ocultaba una piedra, E. V. G. y D. R. O. , que portaban sendos objetos punzantes que clavaron una y otra vez en el cuerpo del «mataviejas» de Santander, mientras el resto de los reclusos presentes se mantenía al margen.

Al advertir lo que sucedía, el guardia de turno ingresó al patio, pero F. M. G. y D. R. O. salieron a su encuentro, este último esgrimiendo el punzón. Uno de ellos lo detuvo advirtiéndole: «¿Qué quieres? ¿Defender a un violador?».

Mientras tanto, E. V. G. seguía apuñalando a José Antonio sin que el empleado de la prisión pudiera hacer nada para evitarlo.

Una vez consumada la sentencia, los reclusos, con absoluta tranquilidad, entregaron sus armas a los funcionarios, y los responsables del ataque fueron llevados a las celdas de aislamiento.

El agredido, según la primera inspección ocular, presentaba ciento trece heridas de arma blanca: una treintena en el pecho y el resto en distintas partes del cuerpo. Un impresionante charco de sangre rodeaba el cadáver. Se había cumplido la ley de la cárcel, como afirman los asesinos. José Antonio Rodríguez Vega fue sepultado el 25 de octubre de 2002 en un nicho común. A la ceremonia solo concurrieron los dos enterradores.

ARTHUR SHAWCROSS

El caníbal que vino de Nam

Arthur Shawcross nació el 6 de junio de 1945 en Kittery, Maine, pero su familia se mudó a Watertown, Nueva York, cuando aún era niño. En quinto grado de la escuela primaria, las pruebas de inteligencia determinaron que tenía un coeficiente intelectual por debajo del normal (entre 86 y 92). Solía ser intimidado por matones, mojó la cama hasta los 12 años, y tenía conductas agresivas.

En 1960 dejó la escuela y en abril de 1967, cuando tenía 21 años, fue reclutado por el Ejército. En esa época se divorció de su primera esposa y renunció a los derechos sobre su hijo de dieciocho meses, a quien nunca volvió a ver. Después de servir en Vietnam durante un año, fue asignado a Fort Sill, Oklahoma, como armero.

Su segunda esposa, Linda, sufrió varios aspectos de su inquietante conducta, especialmente la predilección por iniciar incendios. También fue testigo de cómo su esposo mataba a su cachorro de seis meses en un arrebato de furia, arrojándolo contra la pared. Shawcross fue dado de baja con honores del Ejército en la primavera de 1969.

Shawcross se mudó con su esposa —de la que se divorciaría al poco tiempo— de Oklahoma a Clayton, Nueva York, y comenzó a provocar incendios y a robar. Sus delitos le valieron una condena de cinco años para cumplir en Attica, pero fue transferido a Auburn Correctional Facility, donde estuvo recluido por un total de veintidós meses.

Una vez que obtuvo la libertad condicional, regreso a Watertown en octubre

de 1971, consiguió un trabajo en el Departamento de Trabajo Público, de Watertown, y se casó por tercera vez.

En mayo de 1972, Shawcross abusó sexualmente de Jack Owen Blake, de 10 años, después de atraer al niño a un bosque, y luego lo asesinó. Cuatro meses después, violó y asesinó a Karen Ann Hill, de ocho años, que estaba visitando Watertown con su madre el fin de semana del Día del Trabajo.

Arrestado por estos crímenes, Shawcross confesó ambos asesinatos. Tras un acuerdo con el fiscal, reveló dónde había ocultado el cuerpo de Jack. Se declaró culpable por asesinar a Hill ante el cargo de homicidio involuntario, y como parte de un acuerdo se desestimaron los cargos vinculados con Jack Black. Fue hallado culpable y sentenciado a 25 años de prisión.

Estuvo catorce años y medio en prisión antes de ser puesto en libertad condicional en abril de 1987. Le costó establecerse en un lugar, ya que lo echaban de las casas y lo despedían de los lugares de trabajo, porque los vecinos y empleados conocían sus antecedentes penales. Su oficial de libertad condicional lo trasladó a Rochester, Nueva York, a finales de junio de 1987, donde vivió en el departamento de la calle Normandy al 312.

En marzo de 1988, Arthur comenzó a asesinar de nuevo. Esta vez sus objetivos fueron las prostitutas del lugar. El raid sangriento se cobró doce mujeres a lo largo de dos años. Las víctimas fueron Dorothy «Dotsie» Blackburn, Anna Marie Steffen, Dorothy Keeler, Patricia «Patty» Ives, June Stotts, Marie Welch, Frances «Franny» Brown, Kimberly Logan, Elizabeth «Liz» Gibson, Darlene Trippi, June Cicero y Felicia Stephens. Todas las víctimas fueron asesinadas en el condado de Monroe, excepto Gibson, que fue asesinada en el vecindario del condado de Wayne.

El miércoles 3 de enero de 1991, una patrulla en helicóptero divisó a un hombre de alrededor de 40 años parado en un puente del lago Salmon, en Rochester. Bajo el puente se veía claramente el cadáver de una mujer (June Cicero). De inmediato, dos agentes motorizados fueron enviados para

detenerlo. Al pedirle su identificación, comprobaron que se trataba de Arthur Shawcross, ciudadano norteamericano, que había nacido el 6 de junio de 1945 en la ciudad de Watertown. Como su licencia de conductor estaba vencida, el hombre explicó que no había tenido tiempo de renovarla porque acababa de salir de una larga estada en prisión. Cuando los policías solicitaron la corroboración de sus dichos al departamento central, se enteraron de que no mentía, que estaba bajo libertad condicional tras estar en la cárcel por el asesinato de dos niños en Watertown.

La actitud del hombre les extrañó a las autoridades. Tranquilo, moderado, silencioso, ni siquiera le interesaba saber de qué se lo acusaba. Justificaba su presencia en el puente diciendo que deseaba orinar, y daba indicios de estar bastante desequilibrado. Pero nadie le creía demasiado y lo detuvieron.

En noviembre de ese año, Shawcross fue juzgado por el condado de Monroe, por diez crímenes. Se declaró inocente por razones de demencia, respaldado por la psiquiatra Dorothy Lewis, quien argumentó que el acusado sufría trastorno de personalidad múltiple, trastorno de estrés postraumático, y que de niño había sufrido abusos.

Durante el interrogatorio, Arthur aseguró sufrir un desequilibrio mental debido a los graves abusos sexuales sufridos en su infancia, entre los que mencionó haber sido sodomizado por su madre con un palo de escoba que le había rasgado la pared anal, y haber sido obligado por su tía a practicar sexo oral, situaciones que lo habían traumatizado de tal manera que no pudo evitar orinarse en la cama hasta los 13 años.

Además declaró que durante su estancia en Vietnam no solo había torturado, mutilado y desmembrado los cuerpos de dos niñas vietnamitas, sino que también confesó que las había asado antes de comérselas durante el cumplimiento de su deber. Justificó sus actos argumentando que los horrores de la guerra lo habían impulsado a cometerlos. Entre sus declaraciones a los psicólogos, al tribunal y a la prensa dijo:

En un valle no lejos de Kontum, vi a una mujer y le disparé. No quedó muerta del todo y la até a un árbol. De una de las chozas salió una muchacha y la llevé para atarla con la otra. Eran el enemigo, por lo que le corté el cuello a la primera. Como los vietnamitas son supersticiosos, clavé la cabeza en un poste, para que no vinieran más. Luego corté la carne de la pierna de aquella mujer desde el muslo hasta la rodilla, como un jamón, y lo asé al fuego. No olía muy bien, pero cuando estuvo bien asada me puse a comerla...

Yo estaba con algunos muchachos, soldados de la República de Corea, que agarraron a una puta y, después de insertarle una manguera de incendios bien adentro, abrieron el agua. Murió casi instantáneamente. Su cuello salió eyectado a treinta centímetros del cuerpo.

Una vez agarramos a una puta y la atamos con las piernas abiertas a dos árboles pequeños; la inclinamos hacia abajo para revisarla. Tenía una hoja de afeitar dentro de la vagina para hacer jirones el pene de quien la penetrara. La cortamos desde el ano al mentón. Entonces soltamos los árboles. Se partió por la mitad. Allí la dejamos.

Es común que un asesino en serie exagere el número de sus víctimas o confiese abiertamente actos que no cometió. Shawcross fingió canibalismo y necrofilia con el fin de poder alegar locura, para ser declarado penalmente irresponsable de los actos criminales que realmente había consumado. Su caso deja expuesto perfectamente el talento de manipulación que es propio de los asesinos seriales, y descubre las profundas fallas del sistema, pues la justicia ya lo había liberado en 1988 después de haberlo condenado por el asesinato de los niños en 1972. Esa absolución permitió que Arthur se dedicara a atacar prostitutas y a matarlas sin remordimientos, imponiendo el terror en la ciudad de Rochester y sus alrededores, al mejor estilo de Jack el Destripador. Shawcross estrangulaba a sus víctimas y dejaba sus cuerpos a orillas del río Genesee, como a Dorothy Keller; o las ocultaba entre los matorrales, como a

June Scott.

En dos oportunidades confundió a la policía, que no podía discernir si se trataba de un único asesino o de dos, debido a que, en un par de casos, las víctimas no se correspondían con el perfil de las otras.

La falta de pruebas y de información desató los rumores más insólitos sobre un tema que permanecía diariamente en las portadas de todos los periódicos. Algunos decían que el asesino se estaba vengando porque una prostituta lo había contagiado con el virus del sida; otros aseguraban que era un policía desquiciado que estaba limpiando la zona de prostitución; otros, que era un loco que simplemente mataba a mujeres que le recordaban algún trauma con alguna mujer o con su propia madre, y tampoco faltaron los que dijeron que se trataba de algún integrante de una secta religiosa que buscaba condenar a las mujeres de la calle.

Durante veintiún meses el pánico azotó a la comunidad, y los habitantes de Rochester se convirtieron, indirectamente, en víctimas de la ola de crímenes. Muy pocos se atrevían a salir de sus casas; tuvieron que cerrar restaurantes, salas de espectáculos y bares por falta de clientes; se anularon congresos y reuniones, y la situación llegó a tal extremo que las mismas prostitutas comenzaron a colaborar con la policía para tratar de atrapar al asesino. Pero no lo encontraban.

Entonces las autoridades locales decidieron recurrir al FBI, que estableció el perfil psicológico del posible responsable, y envió a un agente especial llamado Gregg McCrary. Este ordenó investigar nuevamente los lugares en donde se habían encontrado los cadáveres y los alrededores del río Genesee, ante la posibilidad de que el criminal pudiera regresar para revivir la excitación que le habían provocado los homicidios. Y así fue como lograron arrestar a Shawcross.

Durante el juicio, el asistente del fiscal del distrito, Chuck Siracusa, trabajó sin descanso, dispuesto a que el acusado cumpliera la máxima condena

existente. En Nueva York no había pena capital desde hacía tiempo, pero él estaba seguro de que Shawcross no volvería a tener más oportunidades de matar.

Siracusa contaba con ciertas evidencias físicas, algunos testigos y la confesión de Shawcross. Sin embargo, con su alegato de locura, sabía que en el juicio iba a dar pelea. Tenía que derrumbar los argumentos de Shawcross. La autoacusación en los casos de crímenes siempre resulta sospechosa y se debe corroborar. Necesitaba conseguir más pruebas interrogando a las personas que conocían a aquel hombre.

Y las pruebas llegaron. Una prostituta declaró haberlo visto acompañado de una de sus amigas de profesión unas horas antes de que la policía encontrara su cadáver, se hallaron objetos de las víctimas en el interior de su automóvil, y huellas de los neumáticos en los lugares del crimen. Los padres de Shawcross negaron completamente sus declaraciones sobre traumas de la niñez y encuentros sexuales.

Su hermana admitió que una vez la había abofeteado, pero negó que hubiera existido alguna forma de castigo corporal en su casa. Dijo que a su hermano le había ido bien en la escuela, que asistía a la iglesia y que era bueno con los animales. Nunca había mojado su cama, ni incendiado nada, ni abusado de otros niños, como le atribuían tantos psicólogos a los verdaderos asesinos en serie. Su versión sobre la introducción al sexo oral por su tía materna resultó desestimada cuando su propia madre aclaró que no tenía ninguna hermana. Su hermano menor dijo que Artie siempre estaba contento, aunque perdía fácilmente la calma. Los vecinos confirmaron que nunca supieron que su madre fuese abusiva.

En cuanto a sus confesiones sobre hechos inhumanos cometidos en Vietnam y sobre sus traumas militares, reportes oficiales revelaron que había servido en un área relativamente libre de combate. Nadie en su unidad lo recordaba, y no había ganado ninguna medalla de honor. Concluyeron que sus historias de

guerra eran totalmente inventadas, y que había pasado una gran cantidad de tiempo leyendo novelas sobre Vietnam, lo que hacía posible que se inspirara en las descripciones allí encontradas. De hecho, uno de sus relatos se originaba claramente en una popular película sobre Vietnam. Nunca estuvo expuesto, como declaró, al agente naranja ni patrulló la selva. Y desde luego no había masacrado ninguna aldea.

A lo largo del juicio, Shawcross permaneció sentado como un zombi, como si realmente padeciera de un daño cerebral. Sin embargo, eso no lo favoreció. A pesar de que el abogado defensor, el doctor Kraus, insistió en que el acusado sufría desórdenes psiquiátricos y complejos ataques de naturaleza epiléptica, responsables de sus crisis de locura asesina, y a pesar de que el mismo Shawcross juró y perjuró que estaba poseído por Ariemes, un demonio caníbal del siglo XVIII sediento de sangre, que se había encarnado en él, el jurado no quedó lo suficientemente impresionado, y después de cinco semanas de testimonios dramáticos y presentaciones de pruebas en la sala del tribunal, en solo medio día lo declaró cuerdo y lo encontró culpable de diez cargos de asesinato en segundo grado (no premeditado).

Shawcross fue condenado a 25 años de reclusión por cada uno de los cargos, con lo cual quedó sentenciado a cumplir 250 años entre rejas antes de poder reclamar una audiencia bajo palabra.

De inmediato fue enviado al instituto correccional de Sullivan en Fallsburg, New York, para cumplir su condena, recluso a una celda 23 horas por día.

El 10 de julio de 1997, Art se casó con su antigua novia, Clara Neal, en una sencilla ceremonia celebrada en la sala de visitas de la prisión. Habían fijado la fecha de su boda antes de la condena, aunque Shawcross seguía casado con otra mujer. En la primavera, Rose, su esposa anterior, murió, lo cual hizo posible la nueva unión ante los ojos de Dios. El Departamento de Servicios Correccionales de Nueva York los incluyó sin inconvenientes en el régimen de visitas conyugales.

Sin otra cosa que hacer, Shawcross se dedicó intensamente a la pintura. Los funcionarios le permitieron enviar sus dibujos y cuadros al óleo a comerciantes, a cambio de regalos como vestimenta y zapatos en lugar de dinero en efectivo, lo que estaba prohibido por Ley.

El 19 de septiembre de 1999, Arthur fue castigado con dos años de aislamiento penal y perdió sus privilegios artísticos durante cinco años cuando se descubrió que tenía agentes de venta para sus pinturas en una subasta de Internet. Art apeló la sentencia y le redujeron el castigo a nueve meses.

El 3 de abril de 2001, Shawcross volvió a ser noticia cuando el gobernador de Nueva York, George Pataki, prohibió que los criminales violentos exhibieran y vendieran su arte en una exposición anual de residentes, organizada por el Departamento de Servicios Correccionales. Pataki descubrió diez pinturas y dibujos de Arthur en la muestra, entre los cuales había un bosquejo en lápiz de la princesa de Gales, Lady Di, tasado en 500 dólares, de los cuales Art se quedaba con la mitad.

El 10 de noviembre de 2008, Shawcross se quejó ante los oficiales carcelarios de un fuerte dolor en una pierna. Fue llevado al centro médico de Albany, donde sufrió un paro cardíaco y murió a las 9.50 de la noche.

Arthur Shawcross fue incinerado en privado, y sus cenizas se encuentran al cuidado de su hija.

Se ha hablado en muchas ocasiones del síndrome de Vietnam, que afectó a veteranos de esa guerra impidiéndoles superar las frustraciones de su readaptación a la vida civil. Muchos de ellos recibieron un entrenamiento especial para matar de diversas formas. Algunos, incluso, tuvieron que retirarse a zonas apartadas del país, donde viven completamente aislados, conscientes del peligro que representan para sus conciudadanos.

Uno de los primeros casos que se conocen de individuos afectados por este «síndrome» es incluso anterior a la guerra de Vietnam. Se trata de Howard Unruth, un veterano de la Segunda Guerra Mundial, que asesinó a trece

personas en Nueva Jersey, porque creía que «sus vecinos se reían de él».

Aunque la paranoia suele ser el factor desencadenante de estos crímenes, en algunos casos los medios de comunicación o la influencia de algunas personas pueden llevar a cometer actos criminales. Es lo que se conoce en criminología como «aprendizaje social», un proceso de observación e imitación. Este es el caso de Michael Ryan, un joven de 27 años, profundo admirador de Rambo, que en 1987 salió a la calle vestido al estilo militar y mató a tiros a trece personas.

TSUTOMU MIYAZAKI

El otaku mortal

En los últimos tiempos, los dibujos animados japoneses han adquirido popularidad en el mundo entero. Esta moda sorprendió y terminó enriqueciendo a muchos escritores e ilustradores nipones, que en principio habían dirigido esta forma de animación a públicos exclusivamente orientales.

Mejor conocido como «animé», el dibujo animado japonés no solo difiere del tradicional en su estética, sino también en la diversidad de su público y de sus temas. A diferencia de los dibujos animados occidentales, el animé no se hace exclusivamente para niños —sus consumidores son completamente heterogéneos tanto en edad como en sexo— y aborda géneros que, por lo común, son privativos de otros formatos. No hay tema que escape a su tratamiento, ya sea el romance, la acción, el horror, la comedia, y hasta la violencia y la pornografía.

Y es en este último ámbito donde nace la controversia. Si bien muchos especialistas opinan que es una forma de expresión más, hay quienes afirman que puede influir negativamente sobre los espectadores con mentes débiles. Y por lo menos se ha registrado un caso que les da la razón.

Tal como existen fanáticos del deporte y de la música, también existen devotos fervientes del animé. Estas personas, mejor conocidas como *otakus*, viven tan pendientes y sumergidas en su mundo irreal que obran y piensan en función de él. El término *otaku* es una palabra japonesa que deriva del significado de *kanji* ('hogar'). Tiene sentido si consideramos que el otaku rara vez sale de su casa, porque es ahí donde permanece metido en sus obsesiones.

En Japón se agrupan bajo este nombre no solo al cultor del animé y del manga (cómic japoneses), sino al fanático de los juegos de video, al *geek* (individuo absorto en las computadoras) y al *nerd* (tonto rechazado socialmente). Mientras que en el resto del mundo son objeto de burla, los otaku se convirtieron en un caso de especial interés en Japón, ya que a principios de la década de los noventa el país insular conoció a su primer asesino serial de este tipo.

Tsutomu Miyazaki nació el 21 de agosto de 1962 en el seno de una familia respetable de clase media. Su nacimiento prematuro impidió que se le terminaran de formar las manos. Como no se pudieron corregir con cirugías, le quedaron exageradamente torcidas y fundidas directamente a las muñecas, lo cual lo obligaba a mover todo el antebrazo para girar las palmas. Tenía enormes dificultades para asir los objetos, y sus movimientos resultaban impredecibles. Debido a esta deformidad, Tsutomu no asistió a la escuela primaria, para evitar ser discriminado. Se crió solo, y recibió una educación particular. Aislado, se sumergió de manera casi obsesiva en la ávida lectura del «manga». No resulta extraño que estas lamentables circunstancias hayan sido el motivo de que cayera en la locura, y fueran la razón por la que más adelante volcara su sadismo exclusivamente en los niños.

Aunque fue un estudiante muy receptivo durante su infancia, en la escuela secundaria su rendimiento decayó en forma dramática. En lugar de estudiar inglés y de convertirse en maestro, como deseaba originalmente, se inscribió en una escuela media local, con la intención de convertirse en técnico en fotografía.

Cuando egresó, consiguió un modesto trabajo de aprendiz en un taller de impresiones, donde aprendió el oficio y pudo desarrollar su afición fotográfica. Durante el día se mostraba como un ser retraído, cortés, tranquilo y obediente, pero durante la noche vivía otra realidad, sacando al exterior las fantasías morbosas que ocultaba por dentro.

Entre 1988 y 1989, Miyazaki mutiló y mató a cuatro niñas, de entre cuatro y siete años. Después de asesinarlas, violó sus cadáveres y cocinó las manos de su tercera y cuarta víctimas para luego comérselas. Estos crímenes brutales impactaron a la sociedad japonesa, relativamente desacostumbrada a este tipo de episodios, y convulsionó a la prefectura de Saitama, que tenía un largo récord de bajísimos índices de asesinatos de niños.

No satisfecho con el depravado tratamiento aplicado a sus víctimas, Tsutomu aterrorizó a sus familias enviándoles cartas con gráficos que mostraban los detalles escabrosos de lo que había hecho con sus hijas. Firmaba sus mórbidos mensajes con un nombre de mujer, «Yuko Imada», que, literalmente, significa ‘Ahora tengo coraje’, pero también es un juego de palabras japonés que sugiere ‘Ahora te diré’.

La familia de Erika Namba recibió una postal con un mensaje ensamblado con palabras cortadas de las revistas, donde se leía: «Erika. Fría. Tos. Garganta. Resto. Muerte».

En agosto de 1988 Miyazaki secuestró a su primera víctima, Mari Konno, una niña de cuatro años. La estranguló en un bosque de los suburbios de Tokio y luego dejó su cadáver en las colinas cercanas durante cinco meses para que se transformara en esqueleto. Entonces le cortó las manos y los pies, y los guardó dentro de su armario, donde permanecieron hasta que fueron recobrados por la policía después de su arresto. Quemó en el horno los huesos que quedaban y, una vez pulverizados, puso las cenizas dentro de una caja de cartón, que dejó delante de la casa de su familia. Dentro del paquete también puso varios de los dientes, fotos de sus ropas y una postal donde se leía la siguiente frase realizada con el sistema de palabras recortadas de revistas: «Mari. Cremada. Huesos. Investigue. Compruebe».

En octubre del mismo año Miyazaki secuestró a Erika Namba, de siete años, mientras caminaba por una calle de Saitama, y la condujo a los bosques de los suburbios de Tokio, donde la estranguló.

En diciembre de 1988, se acercó a otra niña de cuatro años, la ahorcó dentro de su automóvil en un estacionamiento, se llevó el cuerpo para someterlo a actos de necrofilia y canibalismo, y luego lo abandonó en un área arbolada cercana.

En junio de 1989, secuestró a una niña de cinco años en Tokio, y también la estranguló en su automóvil. Más tarde, después de mutilar y comer partes del cuerpo, esparció los restos del cadáver por distintas zonas de las prefecturas de Saitama y de Tokio.

En julio de 1989, cuando intentaba insertarle un lente de *zoom* en la vagina a una niña de edad escolar en un parque cercano a su casa, en Hachioji, Tokio, fue sorprendido por el padre de la menor, que casi lo mata a golpes. Miyazaki huyó a pie desapareciendo de la escena, pero tuvo que retornar poco después al parque para recuperar su automóvil. La policía lo estaba esperando y lo arrestó rápidamente.

Cuando las autoridades emprendieron un registro minucioso en su pequeña casa particular de dos habitaciones, sacaron a la luz una colección de cerca de seis mil videos de animés pornográficos y violentos, junto con filmaciones y fotografías de sus víctimas. La pieza central de su colección era el primero de los cinco filmes de la serie, *Guinea Pig*, en el que un hombre secuestra a una enfermera, la deja inconsciente con una inyección, y posteriormente le corta las manos, la cabeza y los pies. Fue considerado por los expertos como la fuente de inspiración para sus crímenes.

Mientras se extendía por todo el Japón un pánico general a los *otaku*, Miyazaki se mostró totalmente indiferente a su detención y, durante el juicio, conservó siempre la calma y mantuvo un buen comportamiento. Se confesó culpable de los cuatro asesinatos, y dijo que sus víctimas habían sido niñas porque siempre se había sentido «incómodo» con las mujeres adultas.

En 1989 fue condenado por sus homicidios. Tras oír la sentencia de culpabilidad, su padre, que siempre se había negado a proporcionarle dinero

para pagar una defensa legal, se suicidó.

Desde entonces, Miyazaki permaneció encarcelado, sometido a una batería de evaluaciones psiquiátricas por parte de un equipo de especialistas de la universidad de Tokio. Los exámenes terminaron en 1997 y concluyeron que, si bien Tsutomu sufría un desorden de personalidad múltiple y esquizofrenia extrema, era plenamente consciente de la gravedad y las consecuencias de sus crímenes, y por lo tanto responsable de ellos. Entonces fue condenado a morir en la horca.

A partir de 2005 el «otaku mortal» permaneció en el pabellón de la muerte, apelando con la esperanza de poder reducir su sentencia a cadena perpetua. Su vida transcurrió, básicamente, igual que antes de sus asesinatos, y pasaba los días leyendo manga y mirando animé en un pequeño televisor instalado en su celda. El 17 de enero de 2006, la Suprema Corte de Justicia mantuvo la sentencia original. El 17 de junio de 2008, Miyazaki fue ejecutado.

JOEL RIFKIN

El peor asesino en serie de Nueva York

El 28 de junio de 1993, los policías de Nueva York Sean Ruane y Deborah Spaargaren realizaban una patrulla rutinaria del sur de Long Island, cuando, a las 3.15 de la madrugada, divisaron una camioneta pickup Mazda sin la chapa de matrícula posterior. Como el conductor no se detuvo cuando se lo indicaron, se situaron detrás de su vehículo y repitieron la orden con el altoparlante. Pero el hombre aceleró, desviándose por la primera rampa de salida en las calles de Wantagh.

A partir de ese momento se inició una persecución salvaje. Ruane y Spaargaren solicitaron respaldo aéreo mientras lo perseguían a casi 90 kilómetros por hora. Cinco autos patrulleros se unieron al convoy y las sirenas ululaban. Entonces el conductor del Mazda erró una salida en Mineola, y quince minutos después estrelló su camioneta en un poste.

El hombre no ofreció ninguna resistencia cuando los policías lo sacaron del vehículo, lo palparon en busca de armas y le quitaron un cuchillo del bolsillo. La licencia de conducir indicaba que era Joel David Rifkin, de 34 años, domiciliado en Garden Street, en East Meadow, Long Island. Estaba despeinado, y tenía una capa gruesa de Noxzema (un producto para tapar los olores fuertes) sobre el bigote. Cuando le dijeron que su camioneta no tenía chapa de matrícula, Rifkin aseguró a los agentes que las había tenido puestas cuando había salido de su casa hacía cuarenta minutos. No tenía ninguna explicación para justificar el intento de fuga para evitar una multa menor de tránsito, pero la causa de su inquietud se reveló unos instantes después.

Un olor fétido provenía de la parte posterior de la camioneta. Los policías recorrieron un trapo azul y encontraron el cadáver de una mujer desnuda. Por su estado de descomposición parecía estar muerta varios días. Eso explicaba el uso de Rifkin de la crema Noxzema. Se trata de un recurso forense común, para evitar el hedor de los cadáveres durante su manejo, que había sido revelado por Hollywood dos años antes en la película *El silencio de los inocentes*.

Cuando le preguntaron por el cuerpo, Rifkin dijo:

Era una prostituta. La levanté en Allen Street, en Manhattan. Tuve sexo con ella, después las cosas se echaron a perder y la estrangulé. ¿Creen que necesito un abogado?

Rifkin fue fichado en Hempstead, donde detectives de homicidio lo sometieron a un interrogatorio maratónico. Algunos funcionarios se apostaron en las puertas de la casa de East Meadow, donde Rifkin vivía con su hermana y su madre anciana. Una llamada telefónica de la policía le informó a la señora Jeanne Rifkin, de 71 años, que su hijo había sido detenido por un accidente de tránsito. Se enteró del resto por televisión horas más tarde.

La víctima fue identificada como Tiffany Bresciani, una mujer oriunda de Louisiana, de 22 años, que había pasado el último tiempo en Manhattan alimentando su narcomanía. Durante el interrogatorio, Rifkin describió con detalles clínicos cómo la había matado, pero su frialdad emocional no fue lo peor de su confesión. Aquel asesinato no había sido el primero: Bresciani había sido la víctima número diecisiete.

Horas más tarde los investigadores se presentaron ante la señora Rifkin con una orden de registro y le revolvieron la casa de punta a punta. Seis horas después se retiraron con 228 objetos: 75 piezas de joyería de mujer, fotografías que Rifkin había tomado de varias mujeres no identificadas, varias prendas femeninas y cosméticos, billeteras y libritos de memorias, además de

una bolsa con algunas tarjetas de identificación: una licencia de conducir que pertenecía a María DeLuca, encontrada muerta en Cornwall, Nueva York, en octubre de 1991, y otra perteneciente a Jenny Soto, pescada del río de Harlem en noviembre de 1992. En el dormitorio de Rifkin encontraron un libro sobre el asesino del río Verde y artículos periodísticos sobre Arthur Shawcross.

En el garaje, los detectives hallaron una hedionda carretilla y un par de pantis en el suelo, una soga y una cadena manchada con sangre humana.

Joel David Rifkin nació el 20 de enero de 1959. Como era hijo de una pareja de estudiantes menores de edad, que no estaba preparada para formar una familia, fue adoptado a las tres semanas de vida, el día de San Valentín, por Bernard y Jeanne Rifkin, una pareja estéril de Nueva York, que le dio su nombre.

Los Rifkin también adoptaron a una niña, Jan, en 1962. Tres años más tarde se mudaron a East Meadow, Long Island, y Joel entró al primer grado de la escuela primaria. Joel compartía el mismo placer de su madre por la fotografía y por las artesanías.

Retraído y poco sociable, Joel nunca tuvo amigos de su edad. En la escuela era objeto de las bromas de sus compañeros, quienes por su forma de caminar lo apodaron «la tortuga». Excluido de los deportes de equipo y de los juegos barriales, siempre era el blanco de cada travesura y chiste pesado: le bajaban los pantalones en los recreos, le robaban el almuerzo y los libros, y tenía problemas académicos a causa de su dislexia, a pesar de un tener un coeficiente intelectual de 128.

Su padre se sentía avergonzado por su débil personalidad, y las cosas empeoraron cuando ingresó al colegio secundario. Excepto por sus notas, Joel era un típico «nerd», con anteojos, pantalones que le calzaban en la cintura y medias blancas. Sus compañeros no lo toleraban y solo iban a su casa para beber cerveza y ver televisión. Finalmente, se graduó en 1977, y sus padres le regalaron un auto, que usó de inmediato para salir a buscar prostitutas.

Su paso por la educación superior fue otro fracaso, y su desempeño laboral no fue la excepción. A partir de 1980 comenzó a probar suerte en diversos trabajos ocasionales, sin que lo confirmaran en ninguno. Sus malos hábitos de higiene, ausentismo crónico e ineptitud general bloquearon sus ideales de progreso. Rifkin soñaba con ser un escritor famoso, y producía profusamente fragmentos de una poesía insulsa. Mantuvo su interés en la fotografía y en la horticultura, pero no logró hacer nada rentable con estos. Como las mujeres no se fijaban en él, se refugiaba en la comodidad de las prostitutas, pero estas también abusaban de su inercia: una lo plantó dos veces, yéndose con la paga antes de darle el servicio.

En febrero de 1987 hubo un cambio brutal en la vida de Rifkin: su padre se suicidó con una enorme dosis de barbitúricos, para acabar con sus problemas de cáncer. Meses después Joel fue detenido por demandarle sexo a una policía encubierta, pero fue liberado con una mínima multa. En lugar de alejarlo de las prostitutas, el incidente lo afectó aún más. Empezó a coleccionar libros de asesinos en serie y hubo un momento en que su obsesión se convirtió en un deseo de emular aquellos terribles crímenes.

La primera víctima de Rifkin nunca fue identificada. Era una prostituta adicta a las drogas pesadas, conocida con el nombre de Susie, con la que se acostó en su casa de East Meadow, y cuyos restos descuartizados fueron esparcidos por toda Nueva Jersey, salvo la cabeza, que terminó en los canales de Manhattan en 1989.

La segunda fue Julie Blackbird en 1990, otra prostituta que pasó por East Meadow cuando la madre de Joel estaba fuera de la ciudad. Murió estrangulada después de recibir un golpe en la nuca con la pata arrancada de una mesa. Su cuerpo fue repartido entre el East River y el canal para barcazas de Brooklyn. Nunca hallaron todo el cuerpo.

Como esta labor de carnicero le provocaba asco a Rifkin, empezó un negocio propio de jardinería en abril de 1991, alquilándole un espacio a una

guardería para almacenar su equipo. Pero como con todos sus emprendimientos, se quedó sin clientes, y en el verano ya tenía dificultades para pagar el alquiler. La obsesión por el asesinato regresó a su vida y decidió usar el «espacio de trabajo» alquilado como una estación intermedia para cadáveres en tránsito.

Barbara Jacobs fue su siguiente víctima, una adicta de 31 años, con una larga historia de arrestos por robo de autos y prostitución. Joel la levantó el 13 de julio de 1991 y la llevó a su casa de East Meadow para tener sexo. Cuando la mujer se quedó dormida, la aporreó con la misma pata de mesa usada con Julie, y terminó el trabajo estrangulándola. Sin ganas de desmembrarla, la envolvió en plástico, la cubrió con una caja de cartón y puso todo en la parte posterior del auto de su madre. La llevó hasta el río Hudson, y la dejó caer en el agua cerca de una cementera. Fue encontrada horas más tarde por bomberos que hacían un ejercicio de entrenamiento. El forense atribuyó su muerte a una dosis excesiva de drogas y fue sepultada en el cementerio de Potter, sin ser identificada.

Más tarde, Mary Ellen DeLuca, una adicta al crack de 22 años, fue encontrada vestida tan solo con su corpiño, dentro de un baúl en un parador cerca de West Point. El 23 de septiembre Yun Lee, una prostituta coreana que fue reconocida por su exmarido, apareció muerta en el East River. Luego le tocó el turno a una desconocida, a la que estranguló mientras esta le practicaba sexo oral, y a quien mandó al fondo del mismo río dentro de un barril de petróleo de 55 galones.

Este sistema le pareció un recurso excelente a Rifkin, a tal punto que compró varios barriles más para usarlos como ataúdes temporales. Empleó el siguiente con Lorraine Orvieto, una mujer maníaco depresiva de 28 años, que intentaba animarse con la cocaína. Rifkin la levantó el 26 de diciembre de 1991 en Bayshore, Long Island, y también la estranguló mientras le practicaba sexo oral. La diferencia con el caso anterior es que esta vez descubrió que la

prostituta era HIV positiva cuando encontró una botella de AZT en su bolso. Le sacó las joyas y el documento de identidad, la metió en uno de los barriles nuevos, la llevó hasta Brooklyn y la dejó caer en un arroyo de Coney Island. Un pescador halló el cadáver el 11 de julio de 1992; dos meses antes su familia la había reportado como desaparecida.

También terminaron sus vidas en barriles otras dos desconocidas y Maryann Hollman. Pero como a Rifkin le gustaba cada tanto cambiar su método, con Iris Sánchez, otra adicta al crack que murió asfixiada durante el acto sexual, probó dejar su cadáver a la vista en un basurero ilegal, en el aeropuerto internacional JFK, bajo un colchón podrido. Anna López también fue arrojada en el bosque de Brewster.

Con Violet O'Neill, una prostituta de 21 años, volvió al viejo sistema. Se acostó con ella, la estranguló y la desmembró en la bañera de su madre. Su torso apareció flotando en el río Hudson, mientras que sus brazos y piernas fueron encontrados en una maleta descartada.

Mary Catherine Williams, 10 años mayor que O'Neill, había sido coronada reina del gran baile del año escolar y porrista en la universidad de su Carolina del Norte natal. Se casó con un futbolista en 1986 y se divorció al año siguiente. Tras mudarse a Nueva York, vivió en la calle, sumida en las drogas. A pesar de salir dos veces con Williams y de divertirse con ella, Rifkin terminó ahorcándola en el automóvil de su madre. La dejó en un suburbio de Westchester, donde fue encontrada el 21 de diciembre de 1992.

Jenny Soto fue su última víctima del año. Era una adicta de 23 años que se la pasaba «volando» alrededor de su vida. Rifkin la estranguló en su pickup después de tener sexo con ella, pero primero descubrió que era «dura de matar», ya que la mujer se rompió las diez uñas arañándole la cara y el cuello antes de expirar. En venganza Joel se llevó su ropa interior, sus aros, sus tarjetas de identidad y su jeringa de droga como trofeos, y se la sacó definitivamente de encima en el río Harlem.

Tres meses después Rifkin asesinó a Leah Evens, y dejó su cuerpo en Northampton; luego le llegó el turno a Lauren Márquez, a la que desechó en Suffolk County.

La última víctima de Rifkin, Tiffany Bresciani, había llegado a Nueva York desde Luisiana soñando con ser bailarina o actriz, pero debió conformarse con la heroína y la prostitución. Rifkin la recogió en Allen Street y la llevó al estacionamiento del *New York Post*, donde la estranguló. De allí se trasladó a East Meadow, parando en los almacenes para comprar soga y tela impermeable, mientras el cuerpo de Tiffany yacía en el asiento posterior del auto de su madre. Cuando llegó al garaje de su casa la envolvió en la tela, la ató y ocultó en la pickup.

Apenas ingresó a su casa apareció su madre exigiéndole las llaves de su automóvil, y salió en viaje de compras con el cadáver todavía en el vehículo. Rifkin no había tenido tiempo de mover el cuerpo, pero su madre nunca lo supo. Cuando la señora Rifkin regresó, Joel sacó a Tiffany del auto, y lo dejó en una carretilla. Entonces, en uno de sus lapsus, se olvidó del cadáver durante tres días en el garaje, pasando por alto que era verano y que el calor descompondría la carne.

Se dirigía a arrojar el cadáver cerca del aeropuerto de Melville, 15 kilómetros al norte de su casa, cuando los policías Ruane y Spaargaren descubrieron la ausencia de la chapa posterior de su matrícula.

Tiempo más tarde, Joel confesó ante una psiquiatra forense que tenía visiones, que sabía que iba a morir a los 64 años igual que su padre, y que no ignoraba que, cuando mató a Tiffany, ella sería su última víctima, ya que había matado a 17 mujeres y él tenía 34 años, el doble de 17. Además, dijo que mataba a las prostitutas para que su padre no se sintiera tan solo en el más allá.

Joel Rifkin fue condenado a cumplir 203 2/3 años de reclusión. Recién tendría derecho a la libertad condicional en 2197. Cuando fue trasladado en

febrero de 1996 a la prisión de Ática, lucía los ojos negros como resultado de los golpes que le habían dado los residentes de la penitenciaría de Suffolk County, donde había estado esperando su destino definitivo. Aunque nunca se mezcló con la población general de la cárcel, los administradores lo pusieron en IPC (custodia preventiva involuntaria), donde transcurría 23 horas diarias en su celda espartana por su propia protección.

En un extraño giro de acontecimientos, en los últimos años se propuso construir un refugio para prostitutas que necesitaran tratamiento contra las drogas, que ofrecía ayuda médica y entrenamiento laboral. La propuesta para la Oholah House (nombre de una prostituta bíblica asesinada por sus clientes) tal vez sea su forma de reparar los diecisiete asesinatos que cometió. De todas formas continúa recluido en la prisión correccional de Clinton, en Nueva York.

ADOLFO CONSTANZO

El narcosatánico de Matamoros

No cualquiera ingresaba libremente al rancho Santa Elena en la ciudad fronteriza de Matamoros, México. Un nutrido grupo de guardias armados controlaba celosamente a todos aquellos que pretendían traspasar sus puertas. Es que en su interior había mucho que ocultar. En realidad, se trataba de un centro clandestino de distribución de drogas, desde donde Adolfo de Jesús Constanzo y sus hombres transportaban semanalmente una tonelada de marihuana a los Estados Unidos. Pero eso no era todo: allí también se celebraban las sangrientas ceremonias rituales de Palo Mayombe, un culto afroamericano que había convertido al rancho en una verdadera casa de los horrores.

El 9 de abril de 1989, David Serna Valdez, de 22 años, conducía una camioneta a la altura del kilómetro 39 de la carretera entre Matamoros y Reynosa. En cumplimiento de un operativo de control, la policía mexicana lo detuvo para hacer una revisión rutinaria del vehículo. En el interior encontraron restos de marihuana y una pistola calibre 38, por lo que el joven conductor fue detenido. Tras unas horas de interrogatorio, sorprendió a todos confesando que pertenecía a una secta de magia negra, que utilizaba el rancho Santa Elena para realizar sus sacrificios rituales con seres humanos, además de dedicarse al narcotráfico.

Estas inesperadas declaraciones movilizaron de inmediato a la policía, que se dirigió con un numeroso grupo de agentes a revisar la propiedad. Tras irrumpir sorpresivamente en ella, encontraron 110 kilos de marihuana además

de un macabro descubrimiento: un caldero de hierro que despedía una irrespirable fetidez y que contenía sangre seca, un cerebro humano, restos de cigarrillos, cuarenta botellas vacías de aguardiente, machetes, ajos y una tortuga asada.

Alrededor de la casa, en una fosa común, se apilaban doce cadáveres descuartizados, a los que se les había extirpado el corazón y el cerebro. Entre ellos se hallaba el cuerpo de Mark Kilroy, un estudiante norteamericano de medicina que había desaparecido el mes anterior y al que le habían amputado las dos piernas y sacado el cerebro. Pero eso no era todo: parte de su columna vertebral había sido usada por el líder de la secta para fabricarse un alfiler de corbata que le servía de amuleto.

Los agentes de la policía judicial detuvieron a los ocupantes del rancho, quienes confesaron haber matado a todas aquellas personas por orden del padrino Adolfo de Jesús Constanzo, de 27 años, hijo de un norteamericano desconocido y de una cubana que practicaba la santería y el Palo Mayombe, en cuyas artes mágicas Adolfo había sido iniciado desde que tenía tres años.

En 1980 Constanzo comenzó a ofrecer sus servicios de mayombero en Miami, tras lo cual se trasladó a México, donde tuvo un extraordinario suceso con sus trabajos de magia negra. Su excelente reputación entre las altas esferas se debía a los poderes mágicos que le atribuían, al misterio que lo rodeaba y a su carismática personalidad.

Los rituales de purificación o las limpias (ceremonias para limpiar malas energías negativas) de protección le proporcionaban de 8.000 a 40.000 dólares mensuales por parte de sus clientes, la mayoría importantes personalidades de México y los Estados Unidos, y criminales.

Ávido de aumentar su influencia sobre sus seguidores y de obtener más poder, comenzó a efectuar sacrificios en sus rituales, para darles un toque de mayor sensacionalismo y espectacularidad. Siempre lo asistía una joven divorciada que se terminó convirtiendo en su musa y amante: la estudiante

norteamericana de 24 años, Sara Villarreal Alderete.

Sara era la gran sacerdotisa del culto y participaba activamente en todas las sangrientas ceremonias, además de encargarse de reclutar nuevos miembros y de promocionar las actividades de la secta.

Aprovechando su ascendiente, Adolfo logró convencer a sus adeptos del bajo mundo que serían completamente invulnerables a las balas y que tendrían el poder de hacerse invisibles si seguían al pie de la letra sus instrucciones. Les aconsejaba confeccionar una *ganga* o caldero mágico con ingredientes especiales y secretos en sus ritos de Palo Mayombe.

Los ingredientes milagrosos consistían en la sangre y algunos miembros humanos mutilados, preferentemente cerebros de criminales o de locos. Lo ideal era que estos provinieran de hombres de raza blanca, porque eran más influenciables por el verdugo. Adolfo hacía un especial hincapié en este punto, porque, según el culto, para el matador la tortura a la víctima era un factor muy importante. El alma del sacrificado debía aprender a temerle a su verdugo por toda la eternidad con el fin de quedar sujeta a él para siempre.

El rito terminaba cuando los participantes bebían la sopa del caldero, formada por la sangre de la víctima, el cerebro y los demás elementos que completaban la siniestra *ganga*, lo cual creían que les daba todo el poder que los criminales deseaban.

Los detenidos revelaron además la existencia de otras sedes del grupo en diversas ciudades mexicanas, en las que se descubrieron más delegaciones y se sucedieron los arrestos masivos.

A partir de entonces, más de trescientos policías salieron a la caza de Constanzo y de sus seguidores más próximos, Sara Alderete, Álvaro de León Valdez, Omar Francisco Orea y Martín Quintana, quienes emprendieron una desesperada fuga a lo largo de todo México, que duró tres semanas.

Constanzo intentó negociar con las autoridades mexicanas, amenazando con revelar todos los nombres de los personajes conocidos que habían participado

en su culto, pero la coacción ya no tenía peso comparada con la atrocidad de sus crímenes, y la policía se mostró intransigente. Dichas negociaciones se mantuvieron en secreto durante mucho tiempo. Recién después se supo que una gran cantidad de policías habría estado involucrada en la secta.

Anticipando el fin de sus actividades, Adolfo y sus cómplices se refugiaron en una de las mansiones más lujosas del obispado de Monterrey, protegida por un circuito cerrado equipado con seis cámaras que vigilaban el jardín y los accesos a la vivienda.

Mientras por un lado se multiplicaban las detenciones de narcosatánicos en distintas ciudades, por el otro la persecución se hacía implacable. Finalmente, el 6 de mayo de 1989, algunos agentes de la policía judicial, que se hallaban registrando el Distrito Federal mexicano, los descubrió. Sintiendo acorralados, los cómplices del padrino comenzaron a dispararles desde la ventana del edificio ubicado en la calle Río Sena de la Ciudad de México. Instantes después el lugar se inundó de patrullas de refuerzo que pudieron acercarse poco a poco y llegar hasta el cuarto piso, desde donde provenían los disparos. En el interior se encontraban Constanzo y el resto de los prófugos, quienes habían hecho un pacto de suicidio mutuo si no lograban deshacerse de los policías.

Cuando Adolfo vio la gran cantidad de agentes que los rodeaban sin dejar de ganar terreno y comprendió que estaba derrotado, le ordenó a su compañero León Valdez que le disparase con una ametralladora que le arrojó a las manos. Quintana, fiel a su líder, decidió suicidarse con él. Ambos se metieron en un armario y Valdez disparó. Solo tres supervivientes fueron detenidos; otros doce fieles seguidores de los sangrientos cultos se hallaban acribillados en el lugar.

Según las aterradoras declaraciones de Sara a la policía, ella había mantenido una doble vida desde que conociera a Constanzo, comportándose, por un lado, como una chica normal con sus amigos y su familia, y, por el otro,

como una fría asesina.

Declaró haber torturado ella misma a algunas víctimas, entre ellas a Gilbert Sosa, un traficante de drogas, al que delante de los demás miembros del culto le ordenó colgarse del cuello con las manos libres, para poder salvar la vida tomándose de la soga. Luego lo sumergió en un barril de agua hirviendo, mientras le recortaba los pezones con unas tijeras.

Además, narró impávida otros crímenes brutales, como uno en el que un miembro de la secta mantuvo viva a su víctima tras haberle cortado el pene, las piernas y los dedos de las manos; después le había abierto el pecho de un machetazo, agarrado el corazón sin desprenderlo y mordido a dentelladas mientras el moribundo lo miraba agonizante.

Más tarde negó su participación en los desquiciados rituales, asegurando que el padrino la había retenido contra su voluntad cuando se descubrió la matanza de Matamoros.

Sara Alderete Villarreal, la narcosatánica, fue condenada a 647 años de prisión por participar en trece homicidios rituales. Nunca supo que su historia inspiró al director cinematográfico español Alex de la Iglesia para realizar su película *Perdita Durango* en 1997.

Después de permanecer 22 años recluida en Santa Martha, a petición del Gobierno del D. F. , fue trasladada en agosto de 2011 a una prisión en Mexicali, donde ahora es escritora y pasa los días observando los aviones que sobrevuelan la prisión, de los cuales dice que está enamorada. Además, imparte y recibe talleres de escritura y lectura, hace un poco de música y participa de manera activa en obras de teatro —el fiel ejemplo de «una chica modelo».

ANATOLY ONOPRIENKO

La bestia de Zhitomir

El domingo 7 de abril de 1996, el investigador ucranio Igor Khuney y el jefe de la policía Sergei Kryukov no tenían ni idea de lo que les esperaba en esa jornada de trabajo. Alrededor del mediodía, Khuney recibió una extraña llamada de un tal Pyotr Onoprienko, que llamaba para solicitarle a la policía que investigara la peligrosidad de una amenaza recibida.

Pyotr contó que había encontrado un montón de armas escondidas en su casa y que, al deducir que pertenecían a su primo Anatoly Onoprienko, que había pasado unos días con él, lo llamó para decirle que juntara todo y que no volviera más. Anatoly se había enfurecido y lo había amenazado diciéndole que cuidara a su familia. Ahora Pyotr llamaba para que se investigara la peligrosidad de esta advertencia. Pyotr dijo, además, que su primo vivía con una mujer y con dos hijos de ella en las proximidades del pueblo de Zhitomir.

El nombre solo de Zhitomir conmovió a Kryukov, que había leído recientemente que la policía local había reportado la desaparición de un rifle de caza Tos-34 calibre 12, como el que se había empleado en un reciente asesinato en su jurisdicción. Entonces llamó a sus superiores de los cuarteles generales de Lviv, quienes le indicaron que conformara una fuerza de tareas y se dirigiera a buscar a Anatoly a su departamento.

En una hora, un equipo de veinte policías y detectives partieron hacia la calle Ivana Khristitelya en vehículos sin identificación. Allí, el sospechoso compartía un departamento del tercer piso con una peluquera llamada Anna y sus dos hijos. La policía bloqueó las salidas del edificio con los autos, y dos

hombres se apostaron en los pisos cuarto y segundo fuertemente armados. Khuney, Kryukov y el patrullero Vladimir Kensalo se acercaron a la puerta del sospechoso.

Kryukov no sabía si Anna y sus dos hijos estaban en la casa, por lo que esperaba no verse obligado a disparar. Pero la mujer estaba con los niños en la iglesia, y Anatoly estaba solo esperándolos, sin imaginar que pronto tendría visitas inesperadas. Cuando Kryukov tocó el timbre del departamento, Onoprienko pensó que era Anna y abrió la puerta mecánicamente. Para su sorpresa, fue rápidamente reducido por dos de los policías, que se abalanzaron sobre él.

Cuando Kryukov se dispuso a registrar el departamento, vio un equipo estéreo Akai similar al que le habían robado a la familia Novosad, recientemente asesinada en Busk. Al solicitársele identificación, Onoprienko los llevó hasta un clóset, donde imprevistamente se lanzó para tomar una pistola escondida. A pesar de sus esfuerzos, fue dominado con rapidez y no pudo alcanzarla. La pistola, según se comprobó más adelante, era la misma que había desaparecido de la escena de un crimen en Odessa.

Onoprienko fue llevado a los cuarteles policiales, mientras un grupo de investigadores permaneció en el lugar revisándolo. Al terminar la pesquisa habían juntado 122 elementos pertenecientes a casos irresueltos de asesinato, incluido el rifle de caza Tos-34.

Cuando los policías se aprestaron a interrogarlo, Onoprienko se sentó silenciosamente cruzando los brazos y les dijo sonriendo irónicamente: «Hablaré con un general, pero no con ustedes».

De todos modos, no le quedó más remedio que confesar.

Anatoly Onoprienko nació en 1957 y, como tantos otros criminales, tuvo una infancia muy difícil: su madre murió cuando tenía cuatro años, y su padre y su hermano mayor lo abandonaron en un orfanato.

Una vez adulto, se ganó la vida como marino y fue bombero en la ciudad de

Dneprorudnoye (donde su ficha laboral lo describe como un hombre duro pero justo). Luego emigró al extranjero para trabajar de obrero, pero su principal fuente de ingresos siempre fueron los robos y los asaltos. Durante un tiempo estuvo internado en el hospital de Kiev, debido a un cuadro de esquizofrenia.

En 1989 conoció a Sergei Rogozin en un gimnasio donde trabajaban. Se hicieron muy amigos y su estrecha relación también los convirtió en compañeros del crimen. Comenzaron sus actividades delictivas robando casas para incrementar sus magros ingresos.

Sin embargo, una noche en que estaban asaltando una casa algo retirada del centro de la ciudad, fueron descubiertos imprevistamente por sus dueños. No les quedó otra opción para no ser identificados que asesinar a toda la familia. Eran dos adultos y ocho niños. Este episodio lo condujo a romper sus lazos con Rogozin, y días más tarde mató a cinco personas que dormían dentro de un automóvil, incluido un niño de 11 años. Después de dispararles, se sentó dentro del vehículo con sus víctimas pensando durante dos horas qué hacer con sus cuerpos. Decidió quemarlos.

Estas matanzas suscitaron la segunda investigación delictiva más grande y complicada de la historia ucrania (la primera había sido cuando investigaron a su compatriota Chikatilo). El gobierno ucranio movilizó una gran parte de la Guardia Nacional con la misión de velar por la seguridad de los ciudadanos y, como si el despliegue de una división militar entera para combatir a un solo asesino no fuera suficiente, también lo hicieron más de 2000 investigadores de las policías federal y local. Buscaban a un personaje itinerante y elaboraron una lista en la que figuraba un hombre que viajaba frecuentemente por el sudoeste de Ucrania para visitar a su novia.

Con la policía tras sus huellas, Onoprienko decidió ocultarse por un tiempo y abandonó el país ilegalmente para recorrer Austria, Francia, Grecia y Alemania, en dónde pasó seis meses arrestado por robo, y de donde luego fue expulsado. Cuando regresó a Ucrania, entre diciembre de 1995 y marzo de

1996, la región de Zhitomir se vio hostigada por un salvaje raid mortal, que dejó un saldo final de 52 muertes.

Todo comenzó en la Nochebuena de 1995. Amparado por la oscuridad, Onoprienko se introdujo en la vivienda de la familia Zaichenko, en Garmarnia, y mató al propietario, su esposa y sus dos hijos, ejecutándolos a quemarropa. Todo por un absurdo botín de un par de alianzas, un crucifijo de oro con cadena y dos juegos de aros. Antes de dejar la escena del crimen, prendió fuego a la casa para no dejar huellas.

Menos de un mes después, el 6 de enero de 1996, asesinó a cuatro personas más en episodios diferentes. Vagando por la carretera Berdyansk-Dnieprovskaya, decidió de buenas a primeras detener autos y disparar sobre sus ocupantes. Cayeron bajo sus balas un alférez de la marina llamado Kasai, un taxista llamado Savitsky, y un cocinero llamado Kochergina y su pareja.

Anatoly Onoprienko esperó once días para volver a actuar. El 17 de enero condujo hasta Bratkovichi y entró en la casa de la familia Pilat. Baleó a los cinco integrantes, incluido un niño de seis años. A continuación, incendió la casa. Cuando se retiraba fue visto casualmente por dos testigos involuntarios, una mujer de 27 años, llamada Kondzela, y un hombre de 56, llamado Zakhako. Anatoly perdió un poco de tiempo, pero los mató a los dos a sangre fría.

El 30 de enero asesinó en Fastova a una enfermera de 28 años, llamada Marusina, junto con sus dos pequeños hijos, y un visitante de 32 años, cuyo nombre era Zagarnichniy. Ya no podía controlar su hábito de matar.

El 19 de febrero viajó a Olevsk y sorprendió en su casa a la familia Dubchak, les disparó al padre y al hijo, y golpeó salvajemente con un martillo a la madre y a la hija hasta matarlas.

El 27 de febrero le llegó el turno a la familia Bodnarchuk. Tras acabar con la vida de los padres con sendos tiros, subió hasta la habitación de sus dos hijas de siete y ocho años, a quienes destrozó con un hacha. Una hora después,

un ejecutivo llamado Tsalk, que pasaba por la puerta, fue alcanzado por un disparo de Anatoly, quien luego lo partió con la misma hacha que había usado para acabar con la vida de las niñas.

Su último crimen fue el 22 de marzo en la pequeña villa de Busk, donde liquidó a toda la familia Novosad. Después de disparar sobre todos ellos, tomó lo que más le interesaba y quemó la casa al retirarse para borrar toda evidencia.

El lunes 23 de noviembre de 1998, se inició en la ciudad de Zhitomir el juicio de Anatoly Onoprienko ante la celosa mirada de un público enloquecido, que reclamaba su cabeza.

De estatura media, aspecto deportista, racional, educado, elocuente, dotado de una excelente memoria y desprovisto de piedad, ingresó con calma a la sala. Antes había preparado una declaración que su abogado entregó a la prensa, donde manifestaba que no se arrepentía de ninguno de los crímenes que había cometido.

Sin inmutarse respondió dócilmente a las preguntas del juez y reconoció su culpabilidad en todas las acusaciones. Además, dijo que oía una serie de voces en su cabeza de unos «dioses extraterrestres», que lo habían escogido por considerarlo «de nivel superior» y le habían ordenado llevar a cabo los crímenes. También aseguró que poseía poderes hipnóticos y que podía comunicarse con los animales a través de la telepatía, además de conseguir detener el corazón con la mente a través de unos ejercicios de yoga.

La fiscalía pidió la pena de muerte por crímenes premeditados con circunstancias agravantes. La defensa argumentó que el acusado estaba desequilibrado mentalmente y que no había sido consciente de sus actos. Las autoridades policiales lo describieron como el asesino más terrible de la historia de Ucrania y de la antigua Unión Soviética. Los psicólogos lo calificaron como un individuo perfectamente cuerdo que podía y debía asumir las consecuencias de sus actos. Anatoly se definió como un simple ladrón que

mataba para robar. La gente solo quería lincharlo.

El proceso se complicó por su envergadura (la evidencia constaba de 99 volúmenes, infinidad de fotos de los cadáveres desmembrados, autos y casas quemadas, y objetos robados a sus víctimas) y por su duración (los testigos eran más de 400 y había por lo menos tres meses de declaraciones por delante). Todo ello no hizo más que aumentar la tensión de los familiares de las víctimas, obligados a pasar cada día por un arco detector de metales, algo no tan corriente en el país, mientras el acusado, encerrado en una jaula metálica, estaba prudentemente separado de la ira del público.

Finalmente, Anatoly Onoprienko fue declarado culpable, pero la pena de muerte le fue conmutada por cadena perpetua, que debía cumplir hasta el 18 de septiembre de 2011, cuando fue liberado bajo fianza a pesar de la indignación popular.

JEFFREY DAHMER

El caníbal de Milwaukee

Los vecinos de Milwaukee no estaban acostumbrados a ver a un laosiano de 14 años corriendo desnudo por el barrio a las 2.00 de la madrugada. Pero cuando vieron a Konerak, llamaron al 911.

El muchacho, golpeado y asustado, fue interceptado por la policía. Los paramédicos lo cubrieron con una manta y los oficiales intentaron interrogarlo sobre lo sucedido. Sandra Smith y su prima Nicole Childress, las dos de 18 años, se acercaron a curiosear. Un hombre rubio también se sumó disimuladamente a la escena. El ambiente se fue poniendo pesado y el hombre rubio decidió intervenir confesándoles a los policías que el chico era su amante, que tenía 19 años y que su triste estado se debía a que se había emborrachado en su casa. Drogado e incoherente, Konerak no estaba en condiciones de contradecirlo. El hombre rubio mostró su tarjeta de identidad a la policía: se llamaba Jeffrey Dahmer.

Las dos mujeres declararon haber visto al chico huyendo atemorizado de él, y se pusieron furiosas cuando la policía dudó de su testimonio. Para terminar con el conflicto, los dos agentes fueron con el chico y el hombre rubio hasta su casa.

El departamento olía muy mal, a pesar de estar prolijamente arreglado y limpio. Konerak, vestido con ropa interior negra, y Dahmer fueron sentados en un sofá y fotografiados para los sumarios policiales. Konerak, narcotizado, trató de explicar su situación, pero los funcionarios no le entendieron. Dahmer pidió disculpas por el alboroto causado por su amante y prometió que no

volvería a repetirse. Los policías le creyeron, pero estaban equivocados. Los oficiales creían que era un caso típico de peleas entre homosexuales, dejaron a Konerak en el sofá y se retiraron a atender casos más urgentes en el vecindario. No se dieron cuenta de que en una habitación del departamento estaba el cadáver en descomposición de Tony Hughes, que ya llevaba ahí tres días.

Entonces, Dahmer estranguló al laosiano, tuvo sexo con su cadáver, sacó fotos del desmembramiento del cuerpo y limpió el cráneo para mantenerlo como trofeo.

La historia no terminó ahí. Glenda Cleveland, de 38 años, madre de Sandra Smith, llamó a la policía para preguntar por el chico asiático y le contestaron que el asiático ya no era un chico y que podía hacer lo que quisiera con sus gustos sexuales.

Dos días después, la señora Cleveland trató varias veces de comunicarse con las oficinas del FBI en Milwaukee tras leer en un periódico sobre la desaparición de un joven de Laos llamado Konerak Sinthasomphone que, según las fotos publicadas, era igual al muchacho que había visto tratando de escapar de Jeffrey Dahmer. Recién logró comunicarse dos meses después, el 22 de julio de 1991, el día que se desató el infierno.

Ese lunes, dos oficiales de la policía de Milwaukee vigilaban estacionados en su coche el área de la Universidad Marquette. El calor era insoportable y el olor nauseabundo. La basura se esparcía sobre las calles y todo estaba cubierto de orina y excrementos.

Alrededor de la media noche apareció un hombre negro de 30 años, llamado Tracy Edwards, con unas esposas en sus manos. Los oficiales supusieron que se había escapado de otros policías, lo interrogaron, y el negro les contó que se estaba escapando de un hombre extraño que lo torturaba en un departamento. Los oficiales pensaron que la historia se correspondía a un encuentro normal entre homosexuales, pero fueron a comprobar las

acusaciones de Edwards a los departamentos Oxford.

La puerta del departamento 213 fue abierta por un agradable hombre rubio de 31 años. Dahmer, muy tranquilo, se ofreció diligentemente a quitarle las esposas a Edwards, quien le recordó el cuchillo con el que lo había amenazado. Los oficiales decidieron acompañarlo en busca del arma y quedaron pasmados cuando descubrieron en su habitación fotografías de cadáveres mutilados, pedazos de cuerpos, cráneos y otros horrores. Mientras un oficial arrestaba a Dahmer, el otro se quedó paralizado al abrir la heladera: en el interior había una cabeza humana.

Cuando un equipo de investigadores revisó detenidamente la propiedad, halló una increíble combinación de orden y caos. Mientras el pequeño dormitorio estaba muy pulcro y prolijo, el olor nauseabundo del lugar era insoportable.

En la heladera había tres cabezas almacenadas en bolsas plásticas, y en el armario del dormitorio, una extraña colección de manos en descomposición, penes y, en una división aparte, dos cráneos. También había envases de alcohol etílico y cloroformo, penes conservados en frascos con formol y fotos Polaroid de víctimas que agonizaban; una mostraba la cabeza de un hombre como trofeo, y en otra se veía cómo Dahmer abría un cuerpo desde el cuello hasta la ingle. En algunas fotos se podía observar a las personas antes de morir en posiciones eróticas y posturas serviles. La policía, los médicos forenses, los medios de comunicación, los familiares de las víctimas, la familia del hombre rubio, la ciudad de Milwaukee y todo el mundo intentaban entender lo que realmente había pasado en el departamento 213. Finalmente se conoció toda la historia del caníbal.

Jeffrey Dahmer nació el 21 de mayo de 1960, y sus padres, Lionel y Joyce Dahmer, le dieron todos los gustos durante su infancia. A diferencia de la mayoría de los asesinos en serie, tuvo una infancia feliz. Creció sin problemas rodeado de cariño y tuvo un perro llamado Frisky, que fue su mascota favorita.

Cuando Jeff cumplió cuatro años, la familia se mudó a Iowa, para que su padre pudiera estudiar una especialización en la universidad del estado. Un día, mientras barría el sótano de su casa, Lionel encontró restos de animales pequeños degollados. Después se enteraría de que a Jeff le gustaba el sonido que producían los huesos de estos animalitos cuando los trituraba con sus manos. La familia pensó que estos actos eran transitorios y no hicieron nada por impedirselos.

A los seis años, le diagnosticaron una doble hernia, y tuvo que ser operado para corregir el problema. Desde entonces no volvió a recuperar su alegría. Se volvió más vulnerable, introvertido, se pasaba largos períodos de tiempo sentado solo, apenas hablaba y su rostro no mostraba emociones.

En 1966, mientras Joyce esperaba a su segundo hijo, David, Lionel se graduó en su especialización y consiguió trabajo como investigador químico en Akron, Ohio. Jeff inició sus estudios de primer año, y un miedo empezó a crecer dentro de él, un miedo que fue agrandándose por su falta de confianza en sí mismo. Lionel pensó que todo se debía al cambio de ciudad.

En abril de 1967, compraron una nueva casa. Jeff pareció alegrarse y se hizo amigo de un niño mayor llamado Lee, que sentía un gran aprecio por uno de sus profesores. Celoso, Jeff tomó una olla llena de renacuajos y les arrojó aceite de motor en la casa de su amigo para que viera su agonía. Con el tiempo se fue volviendo cada vez más inflexible y rígido. Cuando se le acercaban personas extrañas, se ponía de mal humor, y se pasaba horas en su cuarto prendiendo y apagando el televisor. Su padre solía encontrarlo fuera de casa hurgando entre las bolsas de basura, buscando restos de animales para su cementerio privado. Sacaba con las manos las carnes putrefactas de los cuerpos, y camino a casa lo trituraba todo. Colocaba los restos en un coche que arrastraba su perro Frisky.

A los catorce años, Jeff empezó a tener fantasías sexuales con cadáveres y asesinatos. Su incapacidad para mantener amistades lo hizo todavía más

solitario. En la escuela participaba en actividades, como jugar al tenis o formar parte del periódico del colegio, pero sus compañeros preferían alejarse de él, porque llevaba bebidas alcohólicas para tomar en clase y los invitaba a casa de sus padres a tener sesiones de espiritismo. Después de graduarse en junio de 1978, eligió a su primera víctima, Steven Hicks, que hacía autostop. Lo golpeó, lo degolló con una navaja y luego violó el cadáver. Como necesitaba hacer desaparecer su cuerpo, lo cortó en pedazos pequeños, lo empacó en bolsas plásticas y enterró todo detrás de su casa.

Lionel y Joyce se divorciaron cuando Jeff cumplió 18 años, y meses después su padre se volvió a casar. El problema de alcoholismo de Jeff se agravó. Se presentó para estudiar en la Universidad de Ohio, pero no fue admitido, y entonces su padre intentó ayudarlo buscándole un trabajo. Fue inútil; a Jeff solo le importaba estar borracho.

En 1979 se alistó en el Ejército y fue enviado a Alemania. Aparentemente, durante ese tiempo no cometió asesinatos, según comprobó la policía germana. Después de dos años, fue dado de baja por alcohólico y regresó a vivir a Florida, antes de volver a Ohio. Una vez en casa, desenterró el cuerpo descompuesto de Hicks, lo trituró con un martillo y esparció sus restos por todos lados.

En octubre de 1981 fue arrestado por encontrarse en estado de ebriedad, y su padre decidió que lo mejor era que se fuera a vivir con su abuela en West Allis, Wisconsin. Durante unos meses, se tranquilizó hasta que se sacó el pantalón ante un grupo de personas.

En septiembre de 1986 fue arrestado por masturbarse ante un grupo de jóvenes, y fue puesto en libertad bajo vigilancia.

Un año después, degolló en un hotel a su segunda víctima, Steven Toumi, un hombre que se dedicaba a frecuentar bares. Llevó al muerto en una maleta grande a la bodega de su abuela, durante varias noches practicó sexo con el cadáver, y se masturbó más de una vez mientras lo contemplaba. Luego, lo

desmembró en pedazos pequeños y lo tiró a la basura.

Dos meses después, eligió a su tercera víctima, un chico de 14 años, llamado Jamie Doxtator, que también frecuentaba los bares de la ciudad. Dahmer usaba su departamento como señuelo para atraer a sus víctimas. Los llevaba ahí ofreciéndoles dinero para posar en fotografías, o simplemente para disfrutar de unas cervezas frías y mirar videos eróticos. Entonces los drogaba, los estrangulaba, tenía sexo con los cadáveres y se masturbaba sobre los cuerpos. Posteriormente, los desmembraba, y en ocasiones conservaba el cráneo o porciones de los cuerpos como recuerdo.

Practicó este morboso ritual en marzo de 1998 con Richard Guerrero, un joven mexicano heterosexual. En un año, Damher había asesinado a cuatro personas, y su abuela ignoraba las cosas que sucedían en la bodega de su casa, aunque escuchaba los ruidos de Jeff y sus amigos cuando estaban ebrios.

El 25 de septiembre de 1988 Jeffrey se mudó a un departamento ubicado en el número 24 de la calle North, en Milwaukee. Al día siguiente, ofreció a un chico de 13 años 50 dólares para posar en unas pinturas, lo drogó, lo acarició y tuvo relaciones sexuales con él, pero no le causó daño.

Por una coincidencia increíble, el jovencito llevaba el apellido Sinthasomphone. Se trataba del hermano mayor del que Dahmer degollaría en mayo de 1991. Los padres del chico lo llevaron a un hospital, donde se confirmó que había sido drogado. La policía fue a buscar a Jeffrey a su trabajo en Ambrosia Chocolate y lo arrestó con el cargo de violación a un menor de edad. Lionel declaró entonces que su hijo había llegado a un límite, que él había gastado mucho dinero tratándolo de ayudar y que ya no soportaba tener a un hijo ladrón, alcohólico, exhibicionista y acosador sexual. Prefería verlo muerto antes que en esa situación. Mientras esperaba el juicio, Jeffrey regresó a la casa de su abuela.

A los pocos días conoció en un bar a un homosexual de 24 años, llamado Anthony Sears, con las mismas características que el resto de sus víctimas. Le

ofreció dinero para posar en unas fotos, y una vez que llegaron a la casa de su abuela puso en marcha su ritual.

El juicio por el abuso del menor comenzó el 23 de mayo de 1989. La fiscalía pidió una condena mínima de cinco años. Tres psicólogos recomendaron hospitalizarlo y tratarlo con medicamentos. Su abogado defensor dijo que necesitaba un tratamiento médico y no ir a la cárcel. Guardándose el secreto de todas las personas a las que había matado, Dahmer le echó la culpa de su comportamiento al alcoholismo, y en una maravillosa actuación digna de un psicópata dijo:

Lo que hice es muy grave, nunca he estado en esta situación antes. Mis actos son una constatación pesadilla para mí. Lo único que me hace feliz es mi trabajo, necesito mi trabajo. No quiero mendigar. Lo que pasó con el chico fue una verdadera estupidez.

El juez lo condenó a cinco años de prisión, ordenó que pasara un año en un hospital psiquiátrico para «trabajar en su recuperación», y le permitió trabajar de día y regresar a la cárcel por la noche. En marzo de 1990 lo dejaron en libertad condicional, y una vez más regresó a vivir con su abuela. El 14 de mayo de 1990, se mudó al famoso departamento 213 de los departamentos Oxford, y la matanza comenzó.

En los siguientes quince meses, asesinó a doce personas, la mayoría entre mayo y junio de 1991, etapa en la que practicó su ritual una vez por semana. Sus últimas víctimas fueron tres negros, un blanco, un oriental y un hispano, la mayoría homosexuales o bisexuales; el más joven fue Konerak, de 14 años, y el más viejo tenía 31 años. La mayoría de ellos eran consideradas de «alto riesgo» por la policía, por su estilo de vida: habían sido arrestados por pirómanos, crímenes sexuales, violación, secuestros y agresión.

El ritual de Dahmer era siempre igual: invitaba a sus víctimas a su departamento para posar en fotos o pinturas, o para mirar videos porno, les

daba calmantes fuertes en bebidas, los mataba, violaba los cadáveres y luego se masturbaba sobre ellos. Antes de desmembrar los cuerpos tomaba fotos para recordar cada asesinato, y luego procedía a despedazar a sus víctimas con cierta fascinación; también sacaba fotos de cada paso del desmembramiento para disfrutarlas después.

Con la mayoría de los cuerpos experimentó con varios productos químicos y ácidos para quitarles la carne y reducirlos a huesos negros con olor a cieno, que arrojaba por las tuberías. Guardaba algunas partes del cuerpo como trofeos, a menudo los genitales y las cabezas. Conservaba los genitales en formol. A las cabezas les quitaba la piel y la carne, y luego las pintaba de gris para simular plásticos.

Pero a Dahmer no le bastaba con la necrofilia. También se comía la carne de sus víctimas porque creía que luego vendrían por él, y le ponía varios suavizantes y condimentos para darle mejor sabor. A algunas personas les practicó lobotomía: una vez drogadas, les taladraba un agujero en el cráneo y les inyectaba ácido muriático dentro del cerebro, lo que causaba una larga y dolorosa agonía. Tenía planes para construir en su departamento un museo para mostrar sus trofeos, con el fin de recibir ayuda económica.

El operativo de seguridad que acompañó su juicio fue único en la historia de Milwaukee. Perros antiexplosivos inspeccionaron la sala del tribunal, se examinó con detector de metales a todas las personas dentro y fuera de la sala, y el lugar donde ubicaron a Dahmer estaba blindado.

El 13 de julio de 1992, el abogado defensor Gerald Boyle trató de convencer al jurado ante la presencia del juez Lawrence C. Gram de la locura de Dahmer, argumentando que una persona que se encontraba en su estado era propensa a cometer delitos como esos.

Del otro lado, el fiscal del distrito Michael McCann, simplemente indicó que el acusado era un psicópata que engañaba a sus víctimas y las asesinaba a sangre fría.

Jeffrey Dahmer fue sentenciado a quince cadenas perpetuas y a 957 años de prisión en la Columbia Correctional Institute, de Portage, Wisconsin. Por su seguridad, en un principio se lo apartó de la población general de presos. Pero Dahmer, el prisionero modelo, convenció a las autoridades de la penitenciaría que le permitieran convivir con los demás reclusos. Podía comer en el área comunal y tenía un trabajo.

Por alguna razón increíble lo reunieron en una celda con Jesse Anderson, un hombre blanco que había asesinado a su esposa, y con Christopher Scarver, un hombre negro esquizofrénico, acusado de asesinato en primer grado. El cóctel fue explosivo. A primera hora del 28 de noviembre de 1994, los guardias encontraron a Dahmer con la cabeza destrozada y, a su lado, el cuerpo moribundo de Anderson. Dahmer fue declarado clínicamente muerto a las 9.11 de la mañana.

Toda su historia fue mediocrementemente reflejada por el director David Jacobson en su filme *El carnicero de Milwaukee* (2002).

MARCELO COSTA
DE ANDRADE
El redentor de Río

Marcelo Costa de Andrade es un individuo de aspecto inofensivo que, si no fuera un psicópata religioso, solo sería conocido como el mayor asesino en serie del Brasil.

Nació en 1967 en una de las tantas poblaciones sumergidas en la pobreza de la región nordeste del país, y sus padres lo llevaron a Río de Janeiro en busca de una vida más próspera. Allí se afincó y creció en la favela conocida con el nombre de Rocinha, uno de los conglomerados poblacionales de mayor indigencia y violencia de toda la ciudad. Vivió sin agua corriente y con electricidad robada, bajo la tutela de su abuelo, un padrastro y una madrastra, que lo golpeaban con brutalidad y frecuencia. Cuando tenía 10 años fue abusado sexualmente, aparentemente por su propio abuelo, y a los 14 comenzó a prostituirse para ganarse la vida. Avergonzados por su conducta promiscua, sus tutores lo enviaron a un reformatorio, pero Marcelo no se sentía cómodo y decidió fugarse al poco tiempo.

A los 16 estableció una relación homosexual duradera con un hombre mayor, que pareció contenerlo. Pero un año después comenzó a manifestar la perversión que lo caracterizaría para siempre cuando intentó violar a su hermanito que tan solo tenía 10 años.

Al poco tiempo de cumplir los 23, su amante lo dejó. Este abandono lo impactó hondamente y buscó refugio en el cariño de su madre, que vivía con sus hermanos en Itaborai, otra favela sórdida, asentada del otro lado de la

contaminada bahía de Guanabara.

Allí encontró un trabajo mal pago, distribuyendo volantes para una tienda en el distrito de Copacabana. También se unió a la Iglesia Universal del Reino de Dios, una mediática congregación evangélica que había descubierto los «beneficios» de la fe, y empezó a concurrir cuatro veces por semana para escuchar las reconfortantes palabras de sus carismáticos pastores. A pesar de sus crecientes inclinaciones místicas, su educación inexistente, su homosexualidad manifiesta y sus extraños accesos de risa, parecía llevar una vida normal. Es decir, hasta abril de 1991, cuando comenzó a matar.

En un período de nueve meses Marcelo contabilizó catorce muertes en su haber. Sus víctimas eran niños muy pobres de la calle, a quienes atraía a las áreas despobladas para violarlos y estrangularlos. No se contentaba con ser un pedófilo degenerado y un asesino aberrante; cada tanto también le gustaba practicar actos de necrofilia y vampirismo. En dos ocasiones bebió sangre de sus víctimas, y entre sus diversiones favoritas estaba la de tomar dos cabezas cercenadas y machacarlas entre sí. Más tarde justificó su sed vampírica diciendo que era un intento «de llegar a ser tan bello como ellos. Los jovencitos tienen un hermoso aspecto y su piel es más blanda». Demostrando su particular humanidad, también dijo que «los niños van en forma automática al cielo si mueren antes de los 13 años. Así que les hice un favor».

La violencia es común en Río, y la cuenta de cuerpos diaria es tan alta que las autoridades no sospecharon nunca que el creciente número de desapariciones de niños de la calle era producto del trabajo rutinario de un asesino de serie. Normalmente, estos niños son las víctimas preferidas de los escuadrones de la muerte, que tratan de dejar completamente limpias las calles de delincuencia y promiscuidad.

En diciembre de 1991 la carrera asesina de Andrade ingresó en su último tramo cuando se enamoró de un niño de 10 años, Altair de Abreu, y se apiadó de su vida. Marcello encontró al joven mendigo y a su hermano Iván, de seis

años, en la terminal de ómnibus de Niteroi. Les ofreció dinero a cambio de que lo ayudaran a encender velas para un santo en la iglesia de San Jorge. El sobreviviente afortunado dijo más tarde a la policía:

Nos encaminamos a una iglesia, pero cuando cruzamos un lote baldío Marcelo saltó repentinamente sobre Iván y empezó a estrangularlo. Quedé tan paralizado por el miedo que no pude huir. Mientras mis lágrimas caían por mis mejillas, vi con horror cómo mató a mi hermano y después lo violó. Cuando terminó con Iván giró a hacia mí, me abrazó y me dijo que me amaba.

Después le preguntó a Altair si quería irse a vivir con él. Aterrado, el muchacho aceptó pasar la noche con Marcelo entre los arbustos.

A la mañana siguiente, el asesino enamorado se llevó a Altair para que lo acompañara en su trabajo. Cuando llegaron, la oficina estaba cerrada. Mientras esperaban que alguien llegara para abrirla, el aterrorizado jovencito juntó el coraje suficiente y se atrevió a escapar.

Mezclándose entre la multitud, se ubicó fuera de la vista de su raptor y logró hacerse llevar por un automovilista hasta su casa; allí le dijo a su madre que había perdido a su hermano. Unos cuantos días después, presionado por los constantes interrogatorios de su hermana, el muchacho reveló la verdad. Entretanto Marcelo, un asesino verdaderamente considerado, retornó a la escena del crimen para meter las manos de Iván dentro de sus pantalones, «de modo que las ratas no pudieran roerle los dedos».

Cuando la familia de Altair fue a la policía, Marcelo, que seguía su rutina diaria como si nada hubiera pasado, fue arrestado sin resistencia en la tienda de Río donde trabajaba. «Pensé que ustedes iban a venir ayer», les dijo a los agentes que lo esposaban.

Al principio la policía pensó que el asesinato de Iván era el único homicidio cometido por Andrade. Sin embargo, cuando citaron a su madre dos meses después para que atestiguara sobre el extraño comportamiento de su

hijo, la mujer contó que una noche Marcelo había salido de la casa con un machete «para cortar bananas», y que recién había vuelto a la mañana siguiente, sin bananas y con el machete cubierto de sangre.

Los policías comprendieron de inmediato que Iván no había sido su única víctima y fueron a interrogar al detenido. Sin intención de ocultar nada, Marcelo confesó sus catorce asesinatos y dirigió a la policía a los restos de sus otras víctimas. Posteriormente, sintiéndose el asesino estrella del Brasil, le preguntó a los policías si en cualquier lugar del mundo entero existía algún otro caso como el suyo.

Marcelo Costa de Andrade fue encontrado culpable de todos los cargos imputados, y se lo condenó a permanecer recluido de por vida en el hospital psiquiátrico Héctor Carrillo, de Río de Janeiro. El 24 de enero de 1997, uno de sus guardias, considerando que era un día maravilloso, no quiso desaprovecharlo y salió a un patio para tomar un baño de sol. Su decisión no fue muy afortunada, ya que olvidó cerrar una puerta, y Marcelo se fugó sin inconvenientes.

Libre otra vez, decidió encaminarse a Tierra Santa, pero antes pasó a ver a su padre al pueblo de Guaraciaba do Norte. Cuando fue arrestado nuevamente el 5 de febrero, llevaba una bolsa con artículos de tocador, un pedazo de queso y una Biblia bajo el brazo. Según el funcionario que lo detuvo, Andrade le dijo que «iba a Tierra Santa porque se había purificado matando, violando niños y bebiendo su sangre».

Marcelo Costa de Andrade actualmente se encuentra recluido en el Hospital Psiquiátrico Henrique Roxo, el manicomio judicial de la ciudad de Río de Janeiro.

IVAN MILAT
El matador de mochileros

El joven inglés Paul Onions llegó a Australia deseoso de ver el país del que tanto había oído hablar. Se alojó en una modesta posada de mochileros en Kings Cross, y dedicó su tiempo a recorrer sitios interesantes y pasar buenos momentos con amigos.

Cuando se le acabó el dinero, tuvo que buscar un trabajo temporal. Le sugirieron ir a recoger frutos 100 millas al sur. Para salvar los costos decidió hacer autostop. El 25 enero 1990 estaba en la autopista de Hume, en Liverpool, esperando que alguien lo recogiera. Lo hizo un hombre musculoso, que en un acento australiano característico le dijo llamarse «Bill».

Durante el viaje, el hombre le comentó que trabajaba viajando, que provenía de una familia yugoslava, que vivía cerca de Liverpool y que estaba divorciado. Una hora más tarde, el lenguaje de «Bill» comenzó a volverse más agresivo y crítico. Lanzó una diatriba racista sobre los asiáticos y poco después dejó de hablar.

A media tarde, después de pasar el pueblo meridional de Mittagong, Paul notó que «Bill» se portaba extrañamente, variando la velocidad y mirando el espejo retrovisor cada pocos segundos. Inesperadamente, el hombre detuvo el vehículo al costado de la autopista y, tras manotear bajo su asiento, sacó un gran revólver negro y apuntó a Paúl diciéndole que le iba a robar.

El joven inglés abrió la puerta, se lanzó a la tierra y corrió contra el tránsito alejándose del automóvil. Logró detener una camioneta de carga y subirse a ella. La conductora, Joanne Berry, una residente local, aceleró. En el vehículo

iban su hermana y cuatro niños. La mujer temió por su seguridad, pero tras ver la mirada aterrorizada de Paul, decidió llevarlo a la estación de policía más cercana, que estaba en la dirección opuesta. Cuando giró la camioneta, notó al otro hombre persiguiéndolos con algo en la mano. En la estación de policía de Bowral, Paul relató su historia y, semanas más tarde, regresó a Inglaterra.

El sábado 19 de septiembre de 1992, se organizó una carrera pedestre de regularidad a lo largo de los muchos caminos del bosque estatal de Belangalo, localizado dos horas al norte de Sydney, en Australia. Después de una breve mirada a la hoja de ruta, Ken Seily y su compañero corredor, Keith Caldwell, se pusieron en marcha. A primeras horas de la tarde, bien adentrados en el bosque, se encaminaban sin tropiezos al puesto de control número cuatro, cuando un fuerte olor llamó su atención. Provenía de las proximidades de una enorme roca enclavada al costado del sendero. Pensaron que probablemente se debía al cadáver de un animal, ya que la zona era visitada frecuentemente por canguros, wallabis, dingos y liebres que provenían del desierto.

Entonces se acercaron a curiosear. Encontraron un montículo cubierto de ramas y hojas caídas. Observando con mayor detenimiento, distinguieron entre los escombros lo que parecía ser un hueso y un parche de pelo. No pensaron que fuera humano hasta que vieron parte de una camiseta negra y el talón de un zapato. Marcaron cuidadosamente la ubicación en su mapa y abandonaron la competencia para comunicar su hallazgo a las autoridades.

La policía llegó cuando la luz comenzaba a declinar. Detectives locales y especialistas en escenas del crimen cercaron el área y la iluminaron artificialmente. Poco después llegaron los detectives regionales de la escuadra de homicidio. Ninguno se imaginaba que el cuerpo encontrado llevaría a la investigación criminal más grande en la historia de Australia. Ni tampoco sabían que el dolor y el sufrimiento se extenderían a un pequeño grupo de personas de diferentes partes del mundo.

Al día siguiente encontraron un segundo cuerpo, estaba parcialmente

cubierto por un tronco, a 30 metros del primero. Un zapato y parte de una pierna eran visibles debajo de un montículo de hojas y ramas, del mismo tamaño que los primeros.

Los medios conjeturaron que los cuerpos pertenecían a dos mochileras inglesas, Caroline Clarke y Joanne Walters, que habían desaparecido cinco meses antes de Kings Cross, cuando viajaban juntas buscando trabajo. La policía, sin embargo, aún no podía realizar una identificación correcta.

En Australia y en el mundo, varias familias oyeron del espantoso descubrimiento, reclamando a las autoridades información más exacta. En Alemania, Manfred y Anke Neugebauer escuchaban ansiosos las noticias, preguntándose si los cuerpos encontrados eran de su hijo Gabor y su novia Anja, que habían desaparecido sin rastro después de dejar una posada para mochileros de Kings Cross poco después del día de Navidad de 1991. Herbert Schmidl, en su casa de Regensburg, cerca de Munich, escuchaba también con la esperanza de que el cuerpo no fuera de su única hija Simone, que estaba desaparecida desde que había dejado Sydney en 1991. Algunas millas al sur de Belangalo, en Frankston, Victoria, Pat Everist pensaba si su hija Deborah y su amigo James Gibson, desaparecidos en 1989, serían los muertos encontrados en el bosque.

La tarde del domingo 20 de septiembre, los policías confirmaron que los cuerpos eran de Caroline Clarke y Joanne Walters. Joanne había sido apuñalada catorce veces en el corazón y los pulmones, con una herida tan profunda que había penetrado en la columna vertebral. Caroline también había sido apuñalada, pero a su vez presentaba varios disparos en la cabeza. El cuerpo de Joanne tenía todavía joyas en ambas manos y llevaba puestos jeans y zapatos negros. Curiosamente el cierre de los pantalones estaba bajo, pero el botón superior no había sido desprendido. Se encontraba amordazada y no presentaba signos de violación.

Los brazos de Caroline Clarke estaban estirados sobre la cabeza, que

llevaba enrollado un pañuelo rojo alrededor de ella. Diez agujeros de bala eran claramente visibles en el pañuelo, pero solo tenía cuatro proyectiles calibre 22 dentro del cráneo. Presentaba una herida sencilla de puñal, idéntica a las heridas de la primera víctima.

Durante los siguientes cinco días, cuarenta policías rastrillaron el área circundante. A cuarenta metros de la sepultura de Clarke, encontraron seis restos de cigarrillos, todos de la misma marca. De la tierra, directamente debajo de la cabeza, recobraron tres balas calibre 22. Cerca de la escena del crimen se había levantado un fogón de ladrillos, algo que resultaba extraño en el medio de un bosque. Entonces, la policía les dijo a los medios que estaba virtualmente excluida la posibilidad de encontrar otros cuerpos. Era un anuncio prematuro.

Bruce Pryor acostumbraba ir al bosque de Belangalo para juntar leña. Una mañana, avanzaba con su auto por un sendero cuando vio un hogar pequeño que despertó su curiosidad. Bajó del vehículo y se puso a revisar el área, no muy seguro de por qué lo hacía. Ingresando a un claro, sintió que el corazón se le aceleraba: a sus pies había un hueso grande y, no mucho más lejos, un cráneo humano asomaba entre los hierbajos.

Media hora más tarde, dos funcionarios uniformados llegaron al lugar. Al poco tiempo, descubrieron un par de sandalias pegajosas al borde de una pila de arbustos, un sombrero negro y, finalmente, dos sepulcros.

Al día siguiente, se sumaron a la escena el médico patólogo, Peter Bradhurst, y un odontólogo forense, Chris Griffiths. Su examen determinó que uno de los cuerpos pertenecía a James Gibson y el otro a Deborah Everist. Los restos fueron cuidadosamente apartados y llevados a la morgue de Sydney para su autopsia.

El superintendente Clive Small asumió el control de la investigación. Ordenó estudiar el bosque a fondo. Dividió un mapa del área en zonas, y cuarenta policías se dedicaron a transitar cada una de ellas, examinando el

suelo detenidamente, acompañados por perros especialmente adiestrados.

Entretanto, las balas y las cápsulas encontradas fueron identificadas positivamente como provenientes de un rifle Ruger a repetición. De inmediato interrogaron a todos los miembros del club del revólver y examinaron sus armas.

Uno de ellos dijo que había visto algo sospechoso en el bosque el año anterior. Dio una descripción increíblemente exacta de dos automóviles, un Ford sedán y una Nissan cuatro ruedas, que circulaban por los senderos. En el asiento posterior del Ford había dos hombres, entre los que se hallaba una mujer con un pañuelo atado alrededor de la cabeza. En el otro vehículo iban dos hombres, uno manejando y el otro en la parte posterior junto a otra mujer. Dio las descripciones detalladas de todos los ocupantes, incluidos la ropa, el color de la piel y las edades aproximadas. La policía redactó una declaración oficial, le pidió al testigo que la leyera y, si estaba de acuerdo con los detalles, que la firmara. El hombre firmó sin problemas: «Alex Milat».

Veintiséis días después de que el cuerpo de Deborah Everist fuera encontrado, los rastreadores hallaron en el bosque un par de jeans color rosa de mujer y un trozo de cuerda azul y amarilla. Junto a estos había un paquete vacío de balas calibre 22. El hallazgo se completó con algo inusual al filo del claro: un hogar rudimentario.

No mucho después apareció un hueso que parecía humano y un nuevo cráneo. La región fue marcada y los especialistas forenses fueron convocados por radio. Los restos fueron identificados más tarde como pertenecientes a la alemana Simone Schmidl. El cuerpo de Simone estaba parcialmente vestido, con la camisa y la ropa interior levantadas. Varias joyas y monedas estaban junto a su cuerpo. Los jeans color rosa no eran de ella, pero coincidían con la descripción de un par que llevaba puesto la otra joven alemana, Anja Habschied, que había desaparecido con su novio, Gabor Neugebauer.

Dos días después, mientras el doctor Bradhurst realizaba la autopsia de

Simone, fue convocado nuevamente al bosque. El mensaje era simple: «Encontramos dos más».

Bradhurst y Griffiths fueron transportados a la escena en helicóptero. Griffiths tenía los mapas dentales del muchacho, pero los de su compañera aún no habían llegado de Alemania. Los restos de Gabor estaban debajo de una pila de arbustos parcialmente cubierta por un gran madero. El odontólogo confirmó la identidad de Gabor. El esqueleto estaba completo con los restos de ropa, incluido un par de jeans con el cierre abierto y el botón superior fijo.

El segundo cuerpo, aunque no oficialmente confirmado como Anja, le pertenecía a una mujer joven. Se le había levantado la ropa superior alrededor de los hombros, y no se encontró ninguna prenda inferior puesta o cerca del cuerpo. En un examen más profundo, Bradhurst dedujo que la cabeza había sido separada del cuerpo limpiamente con un instrumento filoso, posiblemente un machete o una espada. El ángulo de la incisión indicaba que la víctima había estado probablemente arrodillada con la cabeza hacia abajo cuando se realizó el corte.

De nuevo en la morgue, Bradhurst examinó los restos de Gabor. La boca contenía dos mordazas que habían sido atadas a través de la boca usando un nudo de «arrecife». Aunque Bradhurst había realizado muchas autopsias, los detalles seguían grabados en su mente. Una cosa que no escapó a su atención fue el hecho de que cada mordaza hubiera sido atada con un nudo diferente. Se recuperaron cuatro balas del cráneo, y la prueba balística mostró concluyentemente que la misma arma usada con Joanne Walters había matado a Anja y a Gabor.

Mientras tanto, en la sede de la fuerza de tareas, entraron miles de llamadas relacionadas con los eventos de Belangalo. Hubo dos que suscitaron la atención de los investigadores. Una era de una mujer que dijo que su novio había trabajado con un hombre que ella pensaba debía ser investigado. Tenía una propiedad cerca del bosque, un vehículo cuatro ruedas y una gran cantidad

de revólveres. Su nombre era Ivan Milat. La segunda llamada era de Joanne Berry, que describió el extraño episodio que protagonizó en la autopista cerca de Bowral. El 13 de noviembre de 1993, también llamó Paul Onions para relatar los detalles de su ataque. La búsqueda oficial del bosque fue suspendida cuatro días después.

En el mes de diciembre, las miles de llamadas recibidas comenzaron a ser revisadas. Dos de los nuevos detectives asignados al caso, Gordon y McCluskey, tuvieron el trabajo de investigar una carpeta separada en tres archivos. El nombre de la carpeta era «Milat». El tercer archivo correspondía a la mujer cuyo novio había trabajado con Ivan Milat, pero, como no había dado sus datos, Gordon decidió ir a la compañía mencionada, Readymix, y preguntar por él.

Richard e Ivan Milat habían trabajado allí al mismo tiempo. Comparando las hojas de sus asistencias con las fechas de las desapariciones, averiguó que Richard había estado en Readymix en cada ocasión; sin embargo, su hermano Ivan había faltado al trabajo cuando cada uno de los asesinatos había ocurrido.

Gordon tuvo un pálpito de que podía estar frente al verdadero sospechoso. Para asegurarse, buscó en los registros criminales y encontró que Ivan había pasado varios años en prisión, condenado por cometer varias ofensas sexuales. Escarbando más documentos, encontró que en 1971 había levantado a dos muchachas que hacían autostop desde Liverpool hasta Melbourne y a las que presuntamente había violado. Ambas jóvenes atestiguaron que estaba armado con un cuchillo grande y llevaba una cuerda. Había sido absuelto en el juicio al no poder comprobarse las acusaciones. Gordon y McCluskey fueron ante sus superiores. Clive Small asignó cuatro detectives, incluyéndolos a ellos, para trabajar exclusivamente siguiendo al sospechoso.

En marzo de 1994, el equipo «Milat» obtuvo registros de todos los locales y vehículos que los Milat habían poseído en el pasado. Encontraron que tres de los hermanos tenían una propiedad pequeña en Wombeyan Caves, a 40

kilómetros de Belangalo. Además, averiguaron que Ivan había poseído un vehículo cuatro ruedas Nissan Patrol plateado. Entrevistaron al nuevo dueño, que les mostró una bala que había encontrado bajo el asiento del conductor: era calibre 22.

Los detectives tenían numerosas piezas de evidencia, pero todavía necesitaban algo para unir las. Fueron a la base de datos. Finalmente, el 13 abril, Gordon encontró la llamada de Paul Onions y se la llevó a Small.

A fines de abril, Paul Onions recibió una llamada telefónica importante de Australia. Le comunicaron que era un testigo importante en el caso de los mochileros y que tenía que volar a Sydney cuanto antes. Una semana más tarde estaba manejando en las afueras de Sydney hacia Liverpool. En la sede policial volvió a relatar su experiencia, y luego recorrió con los funcionarios los lugares donde había transcurrido. Al día siguiente le fue mostrado un video con un grupo de trece sospechosos. A fin de identificarlas, cada imagen tenía un número. Paul miró el video un buen rato, llamó a los agentes y les dijo: «El hombre que me atacó es el número cuatro». Había identificado positivamente a Ivan Milat.

Small fue informado inmediatamente y, además de la orden de arresto, pidió ordenes de registro para la casa de Ivan en Eaglevale, y para las casas de su madre y sus hermanos. Todas las órdenes fueron otorgadas.

Como los horarios de Ivan eran erráticos, se decidió irrumpir en su casa sorpresivamente un domingo a las 6.30 de la mañana. El 22 de mayo de 1994 cincuenta policías, incluidos fuerzas especiales, oficiales y negociadores, se juntaron a la madrugada en la estación de policía de Campbelltown, equidistante entre Liverpool y la casa de Ivan.

Precisamente a las 6.36 de la mañana, el equipo estaba en su lugar asignado. Varios minutos más tarde, la puerta de entrada del número 22 de la calle Cinnabar, Eaglevale, se abrió, e Ivan Milat y su novia, Chalinder Hughes, se entregaron. Varios hombres del grupo entraron a la casa y la

barrieron buscando evidencias. El primer objeto que encontraron fue una postal de un amigo de Nueva Zelanda, que empezaba con las palabras «Hola Bill».

Se revisó cada una de las habitaciones. En el segundo dormitorio, hallaron dos bolsas de dormir en el guardarropa, que posteriormente fueron identificadas como pertenecientes a Simone Schmidl y Deborah Everist. En otro dormitorio, descubrieron en un bolso un cuchillo de caza, de 12 pulgadas de longitud, y un manual de instrucciones para un rifle Ruger calibre 22. En un álbum de fotos había una fotografía de Chalinder Hughes con un abrigo Benneton, idéntico al que poseía Caroline Clarke. En el garaje anexo a la casa encontraron una bolsa de dormir que contenía una tienda enrollada. Alrededor de la tienda había una vincha purpúrea idéntica a la encontrada alrededor del cráneo de Simone Schmidl. También en la bolsa había un silenciador casero.

El techo del garaje tenía una compuerta que abría hacia el techo. Un miembro del equipo subió una escalera para revisarla. Halló una bolsa plástica que contenía partes de un arma, todas de un rifle Ruger calibre 22.

Posteriormente, la policía encontró más equipos de acampar y de cocinar, que pertenecían a Simone Schmidl, la cámara fotográfica de Caroline Clarke, y una pistola automática oculta bajo el lavarropas.

En los otros lugares se hallaron rifles, escopetas, cuchillos, ballestas y una cantidad increíble de munición. El hallazgo más inquietante se produjo en la casa de Margaret Milat, la madre de Ivan: una larga espada curva de caballería.

Ivan Robert Marko Milat fue acusado de los asesinatos de los siete mochileros. El sábado 27 de julio de 1995, los miembros del jurado lo encontraron culpable de todos los cargos y fue condenado a seis años de reclusión por el ataque a Paul Onions, y por los siete cargos restantes de asesinato, una cadena perpetua por cada uno. Ivan Milat fue condenado a permanecer en la cárcel hasta el final de sus días.

El domingo siguiente, fue transportado a una prisión de seguridad máxima en Maitland, al sudoeste de Sydney. Recibió una «bienvenida» a la cárcel que no imaginaba. Mientras estaba formado en línea esperando que le asignaran una celda, un residente con buen aspecto lo volteó de un puñetazo.

Varios meses más tarde, el 17 julio, estuvo involucrado en un intento de fuga frustrado y fue aislado después que funcionarios carcelarios encontraron escondida en su celda una sierra para cortar metales.

Entonces, Ivan empezó a automutilarse para conseguir una apelación a un tribunal superior en Sydney. Pensaba que tragando hojas de afeitar y «matándose» periódicamente de hambre podría conseguir la atención del juez. Sin embargo, en julio de 2001, el juez William Gummow rechazó definitivamente su apelación.

A pesar de las constantes declaraciones de inocencia de Ivan, los investigadores intentaron vincularlo a unas seis desapariciones más de mujeres jóvenes entre 1978 y 1980.

En el verano de 2001 se lo interrogó sobre las desapariciones de las jóvenes Leanne Goodall, de 20 años, Robyn Hickie, de 17, y Amanda Robinson, de 14, ocurridas en New South Wales y Newcastle en 1978 y 1979. Por entonces, Ivan trabajaba con una cuadrilla caminera a solo minutos de donde dos de las mujeres habían sido vistas por última vez. Durante el interrogatorio, Ivan miró directamente a las familias de las muchachas y firmemente manifestó que nada tenía que ver con su desaparición.

Durante otro interrogatorio en 2003, interrogaron a Iván por las desapariciones de dos enfermeras de 20 años, Gillian Jameson y Deborah Balkan, que fueron vistas por última vez saliendo de un hotel con un hombre con ropa de trabajo sucia. Entonces Ivan trabajaba en el Departamento de Caminos, a menos de dos kilómetros del hotel. Negó de plano tener algo que ver con las mujeres, y la investigación fue archivada por falta de evidencia.

En 2005 fue interrogado sobre Anette Briffa, una joven de 18 años, que

desapareció haciendo autostop en enero de 1980. No se sabía si Ivan estaba en el área, pero tampoco podía ser eliminado como sospechoso.

El 26 de enero de 2009, Milat se cortó un dedo meñique con un cuchillo de plástico, con la intención de llegar con el dedo amputado al Tribunal Superior. Solo llegó fuertemente custodiado al Hospital de Goulburn y al día siguiente fue devuelto a la prisión después de una cirugía en la que los médicos constataron que volver a colocar el dedo era imposible. En 2011 inició otra huelga de hambre y perdió 25 kilos.

Lo más peligroso del caso Milat parecería ser el surgimiento de imitadores (los llamados «copycats») en la actualidad. En 2012 su sobrino Mateo Milat y Cohen Klein, ambos de 19 años, fueron condenados a 43 y 32 años de prisión, respectivamente, por el asesinato de David Auchterlonie. Con la excusa de fumar cannabis, Mateo y Cohen condujeron a David al bosque donde Iván había enterrado a sus víctimas. Allí Mateo despedazó con un hacha a Auchterlonie, mientras Klein registraba el ataque con un teléfono móvil. Confiamos en que esta mala costumbre familiar no se transforme en epidemia.

LUIS ALFREDO GARAVITO

La bestia de Quindío

El 24 de junio de 1998 los cuerpos de tres niños sin vida, de 9, 12 y 13 años de edad, fueron encontrados en la finca La Merced, en Génova, un pequeño pueblo del departamento de Quindío, Colombia. Mostraban evidentes signos de tortura, tanto que algunas de las extremidades estaban salvajemente desmembradas. Según testimonios recogidos por los investigadores, los tres niños habían sido vistos por última vez cinco días antes de su hallazgo en el parque central del municipio, en compañía de un hombre, quien aparentemente les habría ofrecido 2.000 pesos a cada uno para que lo ayudaran a buscar una vaca perdida en otras fincas.

En un primer momento los detectives pensaron que el estremecedor episodio estaba relacionado con la prostitución infantil, aunque no descartaron móviles tales como el satanismo, el tráfico de órganos y la pedofilia. En síntesis, cualquiera hubiera sido el móvil real de los crímenes, los investigadores estaban completamente desorientados. Basándose en un cruce de información entre los distintos centros de investigación especializados de las ciudades de Tunja, Armenia y Pereira, se logró establecer que los casos de desaparición de menores en esos lugares tenían características similares. Entones se conformó un álbum con 25 fotografías de los posibles sospechosos.

En el transcurso de las investigaciones, se conoció que una serie de crímenes parecidos permanecían sin resolver en los departamentos de Meta, Cundinamarca, Antioquia, Quindío, Caldas, Valle del Cauca, Huila, Cauca, Caquetá y Nariño. Dada la resonancia del caso, en julio de 1999 se convocó

una cumbre en Pereira, con todos los fiscales y equipos científicos e investigadores comprometidos con cada uno de los sádicos episodios.

En dicha reunión se logró detectar que en la mayoría de las escenas de los crímenes habían sido hallados elementos comunes: fibras sintéticas de ataduras, bolsas plásticas, botellas y tapas de bebidas alcohólicas. Pero había algo más: se logró establecer que una de las fotografías del álbum, que figuraba bajo el nombre de Bonifacio Morera Lizcano, correspondía, en realidad, a un tal Luis Alfredo Garavito, un individuo sobre el que pesaba una orden de captura de la Fiscalía 17 de Tunja por el homicidio de un niño de 12 años.

Luis Alfredo Garavito Cubillos nació en Génova el 25 de enero de 1957. Siendo el mayor de siete hermanos, estuvo relegado durante su infancia por la atención que requerían los niños que uno tras otro iban llegando a la familia. Privado de afecto, desde muy chico manifestó esa carencia a través de la rebeldía, por lo que su padre lo sometía a duros castigos, extralimitándose, generalmente, con su violencia. Según su testimonio posterior, incluso llegó a ser víctima de abuso sexual.

Con el correr del tiempo se apartó de su familia, y ellos no hicieron nada por retenerlo. Desde entonces vivió de la caridad ajena y de pequeños robos, refugiándose en el alcohol, conviviendo con otros de su especie y vagando por todo el país. Siempre se lo consideró un poco desequilibrado, y no llamaba la atención que cada vez que aparecía representaba un personaje diferente: se hacía pasar por vendedor ambulante, monje, indigente, discapacitado y representante de fundaciones ficticias en favor de niños y ancianos. En Génova todos los conocían como «Alfredo Salazar», «El Loco», «Tribilín», «Conflicto» o «El Cura».

Tal vez impulsado por un enfermizo sentimiento de venganza contra su padre, sus víctimas siempre fueron niños, de entre 6 y 16 años, de bajo estrato económico. Los abordaba en parques infantiles, canchas deportivas,

terminales de autobuses, plazas de mercado y barrios pobres. Allí les ofrecía dinero con cualquier pretexto y los invitaba a caminar llevándolos hasta sitios despoblados. Cuando los menores se cansaban, los ataba con una cuerda, los violaba, los degollaba y luego les mutilaba los cuerpos sin compasión.

El 22 de abril de 1999, miembros del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía (CTI) capturaron en Villavicencio a Luis Alfredo Garavito Cubillos, en el preciso momento que intentaba abusar sexualmente de un menor. En las dependencias policiales lograron identificarlo plenamente por sus huellas digitales, y quedó seriamente comprometido cuando se encontraron en las casas de su compañera y de una amiga que tenía en Pereira objetos similares a los hallados en las escenas de los crímenes, además de periódicos referidos al curso de las investigaciones sobre desapariciones y homicidios de niños.

En su declaración, Garavito confesó haber asesinado a unos 140 niños, pero la fiscalía siguió investigándolo por el homicidio de muchos más en su paso por 59 municipios del país. Gracias a su propio testimonio y a las pruebas recogidas por la policía, Garavito Cubillos no solo resultó ser responsable del asesinato del niño de Tunja, sino también de la muerte de los tres de Génova y de otros 172 crímenes cometidos contra menores, en once departamentos colombianos, entre 1992 y 1998. De todos esos casos, Garavito fue condenado con sentencia firme en 138, recibiendo una pena de 1853 años y nueve días. Con ello sentaba un asombroso precedente en el campo de la investigación criminal, que llevó a los organismos judiciales internacionales a considerarlo el segundo homicida en serie del mundo.

Según un auto del Juzgado de Ejecución de Penas, del Circuito de Valledupar, dadas las rebajas a que se ha hecho acreedor Garavito por buena conducta y por colaborar con información que permitió la ubicación de los cadáveres de algunas de sus víctimas, su condena de 40 años bajó a 24 años, y tras verificar que había una acumulación de penas que aumentaba su condena,

esta quedó reducida a 12 años y 6 meses de prisión, los cuales se cumplieron el 24 de noviembre de 2011.

A pesar de los cerca de veinte procesos que existen, además, en su contra, y de que la República del Ecuador también lleva algunas investigaciones por crímenes cometidos contra niños de ese país, razón por la cual se pidió su extradición, Garavito fue liberado el viernes 9 de marzo de 2012.

SIPHO THWALA

El estrangulador de Phoenix

Sipho Agmatir Thwala nació en KwaMashu, en la provincia sudafricana de KwaZulu, en 1969. Su madre, Khathazile Ntanzi, lo describió como un niño inteligente, a quien le gustaba leer y escribir, aunque solo hubiera podido asistir a la escuela en primer grado.

Durante su infancia, tuvo un comportamiento normal. Era atento y respetuoso con los demás y muy colaborador en la casa. Ya adulto se fue a vivir solo a una precaria casa rural en Besters y comenzó a trabajar en los campos, vendiendo caña de azúcar para los residentes de la región. Nunca se despreocupó de su familia, a la que abastecía frecuentemente con lo mejor que encontraba en las tiendas cada vez que juntaba algo de dinero. Sentía especial predilección por su hermana Zibekile, diez años mayor que él, y por sus hijas. A pesar de su insuficiente educación, se destacaba por hablar correctamente el afrikáans, el inglés y el zulú. Pero aunque Sipho fuera una persona respetable ante los demás, interiormente escondía otra personalidad.

En 1994 fue acusado de violación y asesinato en un confuso episodio, pero como no pudieron reunirse suficientes pruebas en su contra fue dejado en libertad. Pero dos años después, una serie de crímenes sin explicación conmoveron durante un año toda la región oriental de Sudáfrica, a lo largo del Océano Índico. Una tras otra, se violaron y estrangulaban con su ropa interior a 19 mujeres, antes de enterrarlas en sepulturas superficiales. El terror se apoderó de las comunidades de Phoenix y KwaMashu. No sabían quién podía ser la próxima víctima cuando el asesino atacara de nuevo.

Sipho, como todos, se mostraba preocupado por el clima de terror que imperaba en su provincia natal, y no perdía oportunidad para condenar las matanzas delante de su madre y de su hermana, comentando que esperaba que el asesino fuera atrapado pronto para que concluyera de una vez tanta angustia.

Y así fue. Minutos antes del amanecer de un día de agosto de 1997, en un rápido ataque, la policía irrumpió en su casa de Besters y lo detuvo como sospechoso de los crímenes. Su arresto se confirmó días después, cuando las pruebas de ADN que le habían tomado durante su detención en 1994 coincidieron plenamente con las tomadas en varias escenas de los nuevos crímenes.

Sipho se ajustaba a la perfección al perfil del «estrangulador de Phoenix», confeccionado por el psicólogo forense de la policía, Micky Pistorius, que lo había descrito como «un hombre inteligente y atractivo para las mujeres pero extremadamente peligroso». El profesional completó sus fundamentos explicando: «La razón principal por la que una persona se convierte en asesino en serie es la mentira que elabora dentro de sí mismo. Generalmente tiene una fijación durante sus tempranos años de niñez. Lo realmente preocupante es que no dejará de matar hasta que sea atrapado».

El juicio duró más de un mes y por él desfilaron más de 100 testigos, que prestaron declaración. Se pudo conocer que el *modus operandi* de Thwala consistía en atraer a sus víctimas a los campos de caña de azúcar de Mount Edgecombe, cerca de Phoenix, ofreciéndoles empleo para concretar luego su acto criminal.

Una testigo clave, sin embargo, Thandi Conelia Majola, de 30 años, que venía enfrentando abiertamente al acusado durante los interrogatorios previos, no pudo ser encontrada. El superintendente Philip Veldhuizen, de la unidad de robo y asesinato de la policía de Durban, fue a buscarla personalmente a su domicilio, pero se encontró con que se había mudado sin dejar su nueva dirección. Majola, una modista del establecimiento de Bhambai, fuera de

KwaMashu, habría sido atacada por Thwala el 15 de marzo de 1996 mientras estaba paseando por el camino de la costa del norte.

Se presume que Sipho le habría prometido empleo, como hizo con la mayor parte de sus víctimas, y le habría preguntado si podía acompañarla. Al caminar cerca de un plantío de caña de azúcar, la habría forzado en el campo e intentado estrangularla. Pero según sus declaraciones anteriores, la mujer consiguió escapar después de «lograr convencerlo». Este testimonio nunca pudo ser comprobado, como tampoco pudieron identificarse nueve de las víctimas del asesino sudafricano.

Poco antes de la sentencia, alrededor de Inanda se extendió el rumor de que Thwala había sido visto en la casa de su familia. Una multitud enardecida convergió en la vivienda y le prendió fuego mientras la madre y la hermana de Sipho se encontraban en el interior preparándose para ir a la iglesia. Un vecino fue al rescate, arrastrándolas fuera de la morada llameante. Temiendo por sus vidas, la familia huyó a la estación de policía con el hijo de seis meses de Zibekile, Mthandeni, y sus hijas, Fikile, de 2 años, Ntombizakhona, de 7, y Phumelele, de 8.

El 31 de marzo de 1999, la jueza del tribunal superior de Dunbar, Vivienne Niles-Duner, condenó a Sipho Thwala a 506 años de reclusión después de declararlo culpable de 16 asesinatos y 10 violaciones. También fue encontrado culpable de un cargo de intento de asesinato, siete cargos de atentado sexual y otros tres de violación. Sipho fue recluido en la prisión de máxima seguridad de Pretoria, Sudáfrica, y no mostró ningún remordimiento por sus crímenes.

Después de conocerse la sentencia, su hermana Zibekile comentó:

Todos estamos tranquilos ahora que ha sido enviado a la cárcel. ¿Quién sabe? Tal vez algún día incluso se volviera contra nosotros.

JOHN ERIC ARMSTRONG

El marinero extraordinario

El nuevo milenio empezó trágicamente para la familia Jordan. Habían visto a su hija Wendy por última vez alrededor de las 9.00 de la noche del día de Año Nuevo, cuando se despidió de ellos diciendo que salía a festejar. Wendy no volvió nunca y los familiares supieron dos días más tarde que su cuerpo había aparecido flotando en el agua sucia del Rouge River, en Dearborn Heights, un área industrial de Detroit conocida por sus plantas automotrices. La chica había sido estrangulada y su cuerpo sin vida arrojado desde un puente.

Wendy Jordan había sido una prostituta adicta a las drogas, bien conocida por sus compañeras de profesión. Ahora todas las prostitutas estaban asustadas. Había alguien que las acechaba desde la primavera, buscando una presa para satisfacer su violencia. Un par de ellas habían sido levantadas por un tipo una noche y apenas salvaron la vida cuando trató de estrangularlas.

Las chicas de las calles de Detroit tenían miedo, pero eso no detuvo a Kelly Hood, que siguió vendiéndose por lo que fuera. Ya no tenía elección: las drogas, como el crack y la heroína, se habían adueñado de ella, y no conocía otro medio para obtener el dinero necesario para comprarlas. Hood había llegado a Detroit desde Muskegon, un pueblo del norte de Michigan, que aunque atractivo era tan pobre que apenas sobrevivía gracias a la generosidad de los turistas.

Kelly no había venido a Detroit para hacerse prostituta y toxicómana. Se había mudado a la gran ciudad para encontrarse con su futuro esposo, que

trabajaba en la planta automotriz de Chrysler. Se casaron, se fueron a vivir a una linda casa en un barrio de clase obrera, y formaron su familia. Los tres niños vinieron rápidamente, uno tras otro.

Pero cinco años atrás algo había cambiado en Kelly, que junto con una amiga terminó cayendo en la cocaína, el crack y la heroína. Se volvió adicta y abandonó a su esposo y sus niños para convertirse en una *buffer*, es decir, una mujer dedicada a la prostitución para sostener su hábito.

Hacía frío esa noche, pero no tanto como para evitar que una adicta al crack se ausentara de las calles ni para que el hombre del jeep negro dejara de intentar satisfacer su sed homicida. Al igual que Hood, el hombre no era oriundo de la ciudad automotriz, pero a diferencia de ella había llegado recientemente al pueblo después de una carrera incierta en la Marina.

Manejando por la avenida Michigan, el hombre vio a Kelly parada debajo de un farol. Se detuvo junto a ella y abrió la puerta. Ella lo miró y le pareció agradable el aspecto de la última persona que vería en su vida. Era joven y bastante corpulento, debía pesar más de 120 kilos; llevaba puestos lentes y lucía una barba rubia de tres días en el rostro aniñado. Tras acordar el precio, la chica entró al jeep. Entonces le dijo al hombre que condujera una cuadra más adelante y se metiera en un callejón. Sin comentario alguno, el hombre así lo hizo. Llevó el jeep hasta el fondo del callejón y frenó. Fue entonces cuando se dispuso a estrangularla.

La forma en que se halló el cuerpo de Wendy Jordan despertó sospechas en la policía. El hombre corpulento que la encontró dijo que la había descubierto al asomarse a vomitar sobre el borde del puente. No solo no había rastros del vómito, sino que algunos testigos más dijeron que habían visto al mismo individuo en el lugar mucho antes de que declarara lo que había visto. Los agentes del caso decidieron investigarlo: su nombre era John Eric Armstrong.

Armstrong estaba en la ciudad desde hacía menos de un año y había sido dado de baja de la Marina norteamericana. Estaba trabajando como cargador

de combustible en el aeropuerto metropolitano de Detroit, y anteriormente se había desempeñado como guardia de seguridad en Novi, un próspero suburbio del norte, y como dependiente en un almacén.

La policía interrogó a sus vecinos, que pudieron decir poco. Lo consideraban un hombre tranquilo y modesto, y no tenían ninguna razón para sospechar de él. La única actividad inusual que pudieron reportar era que el día de Año Nuevo había salido a las 5.00 de la madrugada y regresado una hora más tarde.

Las autoridades decidieron ponerle un poco de presión para ver cómo reaccionaba, y les dijeron a los vecinos que, si lo veían salir con una gran cantidad de equipaje, llamaran de inmediato.

Un mes después, ya tenían algunas evidencias físicas del homicidio de Jordan. De la muestra del semen encontrado en la víctima, la oficina del médico forense había detectado el ADN del asesino, y la policía tenía fibras pequeñas halladas en las ropas de Wendy, que probablemente venían del vehículo que había abordado antes de ser arrojada al río.

Los investigadores fueron a visitar a Armstrong a su casa, y él les permitió que recogieran fibras de su automóvil y les dio una muestra de sangre. Los funcionarios enviaron todo rápidamente a los laboratorios de criminalística en Lansing, Michigan, y esperaron los resultados.

Como el sospechoso no intentaba huir y colaboraba diligentemente, empezaron a dudar sobre su responsabilidad en el homicidio. Lo que no sabían era que Mónica Johnson, la prostituta de 31 años a quién habían encontrado inconsciente y apenas viva cerca de la interestatal 94, también había intimado con Armstrong. Johnson, una madre de cuatro hijos, murió en el hospital Ford antes de hablar con ellos.

Finalmente, cuando las pruebas regresaron con indicios de que las fibras en el cuerpo de Wendy coincidían con las del jeep de Armstrong, la policía fue a la fiscalía para pedir una orden de detención. Pero no la obtuvieron. La oficina

del fiscal de Wayne County seguía la política de no emitir órdenes de arresto hasta que el laboratorio policial presentara su reporte final, y los policías de Dearborn Heights por ahora solo tenían resultados preliminares. Armstrong siguió libre.

Días después, Wilhelmenia Drane, que esperaba un ómnibus en la avenida Michigan, aceptó ser llevada por un hombre en un jeep negro. El hombre se introdujo en una calle lateral y comenzó a apretarle la garganta. Por suerte, la mujer logró meter la mano en su abrigo y agarrar un atomizador de gas pimienta. Le roció la cara y saltó fuera del automóvil. Cuando fue a presentar la denuncia a la policía, identificó al agresor entre una serie de fotos: era John Armstrong.

Aunque los detectives cerraban el círculo sobre él y una víctima se le había escapado, Eric no pensaba detenerse. Volvió al área de la avenida Michigan y en las siguientes semanas tuvo sexo y asaltó a varias prostitutas más. En ese tiempo mató a Kelly Hood, a Rose Marie Felt y a Nicole Young, una joven de Chicago de 18 años, que fue abandonada en Detroit por su novio.

En la mañana del 10 de abril, alguien vio algo espantoso junto a las vías del ferrocarril. Sobre el terraplén había tres cuerpos de mujeres en distintas fases de descomposición. Eran Hood, Felt y Young. Más de 80 funcionarios policiales, junto con personal de laboratorio de criminología y unidades caninas, acudieron al lugar, que fue acordonado inmediatamente. No mucho más lejos, los agentes encontraron un cuarto cuerpo, pero creyeron que este asesinato no estaba vinculado con los demás.

Los técnicos determinaron que Hood había sido asesinada tres semanas antes, un día a mediados de marzo. El cuerpo de Felt estaba allí desde hacía un mes. Aparentemente, Nicole Young había sido asesinada dentro de las doce horas del descubrimiento de los cuerpos. Entonces, las autoridades supieron que estaban siguiendo la pista de un asesino en serie.

La fuerza policial de Detroit saltó a la acción. Los investigadores

vincularon tres denuncias de asaltos a prostitutas con los asesinatos de Hood, Felt y Young. Se valieron de las descripciones provistas por las mujeres (y por un travesti) que habían escapado del asesino y comenzaron a patrullar día y noche las áreas donde convergían las prostitutas de la ciudad. No tuvieron que esperar mucho. El miércoles 12 de abril de 2000, Armstrong fue arrestado a las 12.30 del mediodía en su jeep Wrangler. La caza había terminado.

Las autoridades de Detroit lo enfrentaron a una enorme pila de evidencia, y él se quebró rápidamente. Llorando como un bebé, dijo que estaba arrepentido, y su confesión se convirtió en una letanía de horror. Fechas, detalles, hechos, muertes, asaltos, todo afloró como un torrente; y los agentes se fueron enterando, azorados, que su larga serie criminal se extendía más allá de los límites de Detroit, y aun de los Estados Unidos.

El exmarinero de la Armada, de 26 años, admitió no menos de 30 asesinatos entre 1992 y 1999. Además de los crímenes locales, confesó haber matado a un hombre y a dos prostitutas en Seattle, a otra prostituta en Spokane, a dos en Hawái, a dos en Hong Kong, y a una en Carolina del Norte, Tailandia, Singapur y Virginia, respectivamente. Sin que aún se haya confirmado, también pudo haber estrangulado prostitutas en Japón, Corea e Israel.

El cuerpo de una mujer de 34 años fue encontrado en Norfolk el 5 de marzo de 1998, cuatro días después que su antiguo barco, el USS Nimitz, atracó en el puerto. Linette Hillig, que tenía una larga lista de arrestos por prostitución, fue descubierta sin vida detrás de una sala de bingo. Armstrong informó a los investigadores que había estrangulado a la mujer en Virginia y luego pasado por encima de su cuerpo con el jeep.

Cuando se supo que la policía de Detroit había arrestado a un hombre del trasbordador USS Nimitz, el departamento de policía fue inundado por llamadas de todo el mundo, y agentes del FBI en 38 oficinas comenzaron a reunir pruebas de crímenes sin resolver en los lugares por donde Armstrong había pasado.

Los compañeros de escuela definieron a Eric como un muchacho muy sagaz, que no se diferenciaba demasiado de los demás. Los camaradas de a bordo lo recordaban como un hombre tranquilo, conocido como «Opio», el tipo de hombre al que cualquier madre querría que sus hijos se parecieran. Katie, su mujer, embarazada de su segundo hijo, no podía creer que su esposo fuera responsable de tantas matanzas.

En un juicio de dos semanas que transcurrió en marzo de 2001, John Eric Armstrong, acusado en primer grado de cometer el asesinato de la prostituta Wendy Jordan, fue condenado a pasar el resto de su vida en la cárcel, sin posibilidad de obtener la libertad condicional. Todavía espera cuatro juicios más por sus otros asesinatos en Detroit, mientras que funcionarios del FBI investigan si es uno de los asesinos en serie más viajados de la historia.

ÁNGEL MATURINO RESENDIZ

El asesino del ferrocarril

Ángel Maturino Resendiz, también conocido como Rafael Resendez Ramírez, fue uno de los diez hombres más buscados por el FBI en 1999. Viajando en los trenes de carga del ferrocarril Southern Pacific, recorrió Texas, Illinois y Kentucky diseminando muerte alrededor de sus vías.

Ángel nació en Juárez, México, en 1961. Según su madre, Virginia Maturino Resendiz, era víctima de alguna discapacidad mental, porque apenas nació sufrió una caída en la que se golpeó el lado derecho de la cabeza, y en la adolescencia recibió en el mismo lugar un pedrazo lanzado por unos estudiantes pendencieros. Lo cierto es que pasó su infancia aspirando pegamento, sufriendo ultrajes permanentes y conviviendo con hombres violentos. Entre otras vejaciones, fue violado dos veces por un vecino cuando apenas tenía ocho años.

Se cree que trabajó en una planta empaquetadora de carne, pero es seguro que dedicó el resto de su vida a vagabundear, mientras vivía con su madre y otras mujeres.

Tras una etapa incierta en su país, su rastro reapareció en marzo de 1989 bajo el seudónimo de Resendez Ramírez cuando tuvo que enfrentar un juicio federal en Saint Louis, acusado de 16 cargos, que incluían declarar falsamente ser ciudadano de los Estados Unidos y la posesión ilegal de un arma de fuego. Lo declararon culpable de todo y fue condenado a cumplir 30 meses en una cárcel para naturalizados e inmigrantes en Talladega, Florida. Recuperó su libertad a comienzos de 1991, pero solo unos meses más tarde volvió a tener

problemas con la Justicia, acusado en Nuevo México de robo residencial con circunstancias agravantes.

A fines de 1997 comenzó a hacer méritos para ganarse el título de «asesino del ferrocarril». Mató a Christopher Maier, un estudiante de la universidad de Kentucky, que caminaba con su novia a lo largo de las vías después de una fiesta. El 30 de abril de 1998, asesinó a martillazos al predicador Norman «Skip» Sirnic, de 46 años, y a su esposa, Karen, de 47. En diciembre del mismo año cometió uno de los pocos crímenes que reconoció: abusó sexualmente, golpeó y apuñaló a la doctora Claudia Benton en su casa de Houston. El 8 de junio de 1999, la víctima fue Josephine Konvicka, una mujer de 73 años, que vivía cerca del trayecto del ferrocarril, a unas tres millas al oeste de la residencia de los Sirnic. En esa oportunidad dejó huellas que permitieron identificarlo. Una semana después le disparó a un hombre de 80 años, George Morber, y golpeó hasta matarla a su hija de 52 años, Carolyn Frederick, en Gorham, Illinois. La policía de Houston cree que también fue responsable del asesinato de Noemí Domínguez, de 26 años, una maestra de escuela primaria de Houston, que también vivía cerca del tren.

Maturino Resendiz dejó palabras escritas que hacían referencia al Medio Oriente en al menos una pared de la casa de las últimas dos víctimas. Esto inquietó a las autoridades, porque los expertos en asesinos seriales les informaron que los mensajes en las escenas de los crímenes son generalmente indicadores de que la furia del asesino está creciendo, y de la inminencia de más ataques.

Entonces los funcionarios policiales comenzaron a trabajar contrarreloj. Esperaban que el intenso interés público aportara alguna pista que los ayudara a localizar al asesino. Las autoridades ofrecieron una recompensa de 125.000 dólares por el aporte de información útil, y el FBI anunció que entregaría una tarjeta verde a cualquier forastero ilegal que los llevara ante él.

Más de 200 policías, así como numerosos cazadores voluntarios, a lo largo

de los Estados Unidos, Canadá y México salieron a buscarlo. Policías y residentes de Rodeo, un pequeño pueblo del estado de Durango, dijeron que la foto del sospechoso distribuida por el FBI era, sin duda, del hombre que ellos conocían como Ángel. Los parientes informaron que el nombre real del sospechoso era Ángel Leoncio Reyes Resendiz, no Resendez Ramírez, pero los oficiales de la policía continuaron usando ese alias, porque ya estaba impreso en miles de carteles de búsqueda.

La esposa de Ángel, Julieta Domínguez Reyes, que trabajaba en un laboratorio en el centro de salud del pueblo, lo describió como un esposo «ejemplar», que nunca había manifestado signos de ser una persona violenta. Un vecino comentó que unos cuantos años atrás, Ángel había estudiado inglés en una escuela particular junto a la estación de policía; y que el año anterior había concurrido a clases para adultos, tras lo cual había pasado su examen para el grado elemental y medio en el mismo día.

Resultaba difícil para los mexicanos conciliar tantas contradicciones y aceptar que Ángel pudiera estar matando personas en los Estados Unidos. De todas formas, para el investigador especial de Chihuahua, Suly Ponce, y para el criminalista canadiense, Candace Skrapec, se sospechaba que Ángel Reyes Resendiz había matado a 187 mujeres en Juárez, México. Habían encontrado similitudes entre las brutales matanzas de los Estados Unidos y la forma particularmente grotesca en que muchas de las víctimas de Juárez encontraron sus muertes. Los informes de los medios norteamericanos describían marcas de dientes en algunas de las víctimas norteamericanas y la policía dijo que la mayoría había sido golpeada de una manera particularmente sádica, en algunos casos incluso salvajemente en la cabeza. También se encontró evidencia de sodomía, violación y tortura.

En Juárez, muchas mujeres habían sido golpeadas y violadas, con marcas de mordiscos que les cubrían el torso. En algunos casos, tenían objetos insertados en la vagina o el ano, o tenían el pecho izquierdo cortado. Muchas estaban sin

ropa interior, y sus prendas nunca fueron halladas.

El 13 de julio de 1999, a las 9.00 de la mañana, después de tres días de negociaciones entre el FBI y sus familiares en Nuevo México, el evasivo «asesino de ferrocarril» se entregó en un puesto de control del Servicio de Naturalización e Inmigración en Ysleta del Sur Pueblo. Desde ahí el fugitivo cruzó la frontera mexicana acompañado por sus dos hermanos y un sacerdote, y se rindió ante un policía montado en El Paso, Texas.

En su primera aparición en la corte, al día siguiente de su rendición, Ángel Maturino Resendiz, también conocido como Rafael Resendez Ramírez, Ángel Reyes Resendiz y otros 30 nombres, admitió que era culpable de un robo en unos de los asesinatos e indicó que estaba listo para cooperar con las autoridades. Al tener que dar su verdadero nombre al juez del distrito, William Harmon, Ángel explicó que Resendez Ramírez era un alias basado en el nombre de su tío.

Ángel, que fue acusado de cuatro asesinatos en Texas, dos en Illinois y uno en Kentucky, envió desde la cárcel en Harrys County una carta de 12 páginas escritas a mano en inglés y con decenas de faltas ortográficas al noticiero televisivo de la señal KPRC, en Houston. En esta se quejaba de la comida de la cárcel, hablaba sobre la raza presidencial, reflejaba sus pensamientos sobre el aborto, se refería a su propio caso y cuestionaba su propia cordura.

En lo concerniente a la raza presidencial escribió que apoyaba a los dos candidatos presidenciales porque eran sus hermanos en la fe, ya que tampoco estaban de acuerdo con el asesinato de bebés mediante el aborto.

Refiriéndose a su caso dijo que la fiscal general, Janet Reno, quería matarlo, y por eso lo había hecho entregar en el estado de Texas, donde existe la pena de muerte.

Además escribió que a su hermana Manuela le habían dicho que podía perder su casa y sus niños si no colaboraba con su captura; y que a su hermana Manitza le insinuaron que su esposo podía tener problemas, aunque, si

colaboraba, le prometían residencia en los Estados Unidos y una recompensa monetaria. En la página final escribió:

Creo que tal vez esté loco. Dado que la realidad no me ha sido favorable, no le temo a ello. En algún momento tengo que empezar a oír voces divertidas, como una persona llamándome, pero nadie me llama. No puedo realmente no querer vivir más, y esto es terrible para mi madre. Pude morir si muero. Pero lo malo es que estoy tentado por la muerte todo el tiempo, y lo puedo hacer en cualquier momento, pronto. He perdido el miedo de matarme y de los reglamentos que me impiden hacerlo. Ahora es solo una cuestión de tiempo, pero sé que será hecho. No tengo alternativa en esto. Estoy en un viaje sin retorno en un tren que solo lleva a la muerte, y no soy capaz de salir de él.

Maturino Resendiz, que se definió como un judío cristiano, dijo que tenía una mitad ángel que poseía poderes sobrenaturales, como la habilidad para predecir desastres. Dijo que dejó su cuerpo y causó catástrofes climáticas. El doctor Larry Pollock, un psiquiatra que trabajó para la defensa, dijo:

Él sentía que una fuerza negativa lo tironeaba dentro de esas casas y lo dirigía a las personas que eran malas y merecían estar muertas, y, como un ángel de Dios, había estado haciendo su voluntad.

El 18 de mayo de 2000, un jurado de Houston rechazó su defensa de locura y encontró a Ángel Maturino Resendiz culpable del asesinato y la violación de la doctora Claudia Benton en 1998. Antes que las personas del jurado regresaran con su veredicto, Ángel le dijo al juez que no quería que sus abogados montaran ninguna defensa durante la etapa de castigo:

He decidido que esa inyección es mejor que la vida gastada en la cárcel, así que quiero hacerlo.

Mientras esperaba la ejecución en la prisión de máxima seguridad de Terrell Unit, en el sur de Livingston, Texas, Matutino Resendiz declaró en una entrevista periodística que era responsable de muchos más de los once asesinatos que las autoridades le atribuían. Sin embargo, se negó a revelar el número exacto o las identidades de sus víctimas, a excepción de la doctora Benton y de Daryll Kolojaco, a quién calificó como un homosexual que tenía que morir. Aclaró que muchas de sus víctimas habían sido homosexuales, que, según la Biblia, debían morir ya que no iban a entrar nunca al reino de Dios.

Hubo muchos más asesinatos, pero no puedo establecer el número exacto. No voy a darles a las autoridades la información. Van a matarme de cualquier modo, así que ¿para qué? La única cosa que puedo tener conmigo y resguardar de los gringos es la verdad. Siempre se han quedado intrigados con casos en los que se usaron métodos similares al mío: ¿habrá sido él o no?

Mostrándose como un auténtico asesino serial, dijo que empezó a matar después del asalto del gobierno a David Koresh y sus seguidores en Waco:

Estaba enojado por las muertes de los niños en Waco, del profeta [...]. Todos han olvidado ya las muertes de esos niños inocentes, pero yo todavía las recuerdo. Siempre están en mi mente [...]. Quédese en sintonía para escuchar el próximo reporte de Radio Resendiz.

A pesar de una apelación pendiente en la Corte de Apelaciones del Quinto Circuito de los Estados Unidos, Resendiz ya tenía la orden de ejecución firmada por el asesinato de Claudia Benton.

Fue ejecutado en la unidad de Huntsville, en Huntsville, Texas, el 27 de junio de 2006, por inyección letal. Fue declarado muerto a las 8.05 de la noche, del 28 de junio de 2006. George, el marido de Claudia, estuvo presente en la ejecución.

GHOLAMREZA KORDIEH

El vampiro de Teherán

Gholamreza Khoshrou Kouran Kordieh nació en 1969 en Teherán, Irán, unos pocos años después que el país aboliera la esclavitud y concediera el voto a la mujer, con lo que se modificó en parte el orden feudal imperante. Pero se formó en los tiempos de la revolución islámica del ayatolá Jomeini y durante la guerra con Irak. No se sabe mucho sobre su entorno familiar, pero sí que mantenía una estrecha y afectuosa relación con su hermano y su hermana.

Se desconoce el motivo por el cual en 1993 violó y asesinó a una niña. Fue detenido y condenado, pero en el trayecto a la cárcel logró escaparse del camión que lo transportaba y los policías no volvieron a verlo. Dos meses después lograron detenerlo, acusado de varios asaltos a mano armada. Pero la Justicia solo lo condenó a tres años de cárcel por los robos, y no por la violación, ya que nadie lo reconoció. Cuando después de cumplir su condena quedó libre, Gholam, que prefería que lo llamaran Alí Reza, comenzó a trabajar como taxista y reemprendió su carrera criminal. Secuestraba a una mujer cada dos semanas durante la noche, la violaba, la asesinaba, bebía su sangre y luego vertía gas sobre el cadáver y le prendía fuego para impedir que fuera reconocida, aunque algunos de los cuerpos no fueron consumidos por completo y los forenses pudieron detectar hasta 30 heridas de puñal en ellos.

La menor de sus víctimas tenía 10 años, y la mayor 47. Según información de fuentes iraníes, Kordieh mató, al menos, a nueve mujeres entre febrero y junio de 1997.

Su captura se produjo entre polémicas por la ineficiencia policial y reavivó

las tendencias más conservadoras en el gobierno. Fue atrapado en una galería cuando su comportamiento les resultó sospechoso a unos guardias de seguridad, y fue posteriormente identificado en la comisaría a través de un retrato hablado que proveyeron dos mujeres que lograron salir indemnes de sus ataques. Enfrentado con la evidencia, que incluía una mancha de sangre encontrada en su automóvil, Kordieh ya no tuvo escapatoria.

Durante el juicio, que fue televisado en directo a todo el país y mantuvo en vilo a toda la población, reconoció su culpabilidad y fue condenado a diez sentencias de muerte consecutivas. Se estableció que la ejecución se haría efectiva el 13 de agosto de 1997 en el mismo sitio donde habían aparecido algunos de los cuerpos carbonizados.

Para satisfacer a los indignados familiares de las víctimas, el tribunal decidió efectuar una ejecución pública y optó por permitir los latigazos en su castigo. La Corte Suprema de Irán aprobó la sentencia. Además, un hermano, una hermana y la cuñada del taxista fueron condenados a recibir 70 latigazos y a varios meses de cárcel por encubrir a Gholam y revender las ropas de las mujeres asesinadas.

De acuerdo con la shariah, la ley islámica, los parientes de las víctimas tenían derecho a elegir cómo castigar al condenado. Días antes habían empezado a azotar al taxista, que recibió un total de 900 latigazos, 214 propinados por ellos, y el resto por las autoridades de la prisión. Pero en realidad, los familiares habían pedido la lapidación, es decir, que fuera muerto a pedradas.

El 12 de agosto de 1997, Ali Reza Khoshruy Kuran Kordieh, bautizado por el periodismo local como «el vampiro de Teherán» por sus singulares hábitos nocturnos, fue colgado durante horas de una grúa amarilla instalada en el barrio de la Villa Olímpica al oeste de Teherán. Sus últimas palabras pronunciadas cuando era levantado por la grúa fueron:

Yo no pedí prestado dinero de nadie y yo no debo nada a ninguna persona en el mundo. Pido a Dios perdón por lo que hice.

A través de altoparlantes fueron leídos versos del Corán mientras más de 1000 policías contenían a la multitud de 20.000 espectadores que cantaban «Dios es grande» (*Allahu Akber*) y «La sangre inocente siempre será vengada», al ver balancearse en el aire al ajusticiado.

«Este es un castigo para el criminal, pero para nosotros, una lección que debemos aprender. Cada uno es responsable de sus actos», dijo un sacerdote iraní ante los espectadores que se habían reunido en el lugar.

Si bien el proceso fue televisado íntegramente, no se permitieron cámaras durante la ejecución; sin embargo, un aficionado grabó un video que fue emitido en los canales de noticias occidentales.

Las autoridades temieron que la publicidad generada por el régimen de terror de Gholam pudiera provocar las tradicionales imitaciones conocidas como «copycat». Y tuvieron razón. En poco tiempo, otro taxista fue arrestado después de intentar asaltar a una pasajera. Según la prensa, alardeó: «Voy a ser el próximo vampiro de Teherán».

DONATO BILANCIA

El asesino de la Riviera

Cuando el 6 de mayo de 1998 Donato Bilancia fue detenido frente al hospital genovés de San Martino, toda Italia conoció al nuevo asesino en serie del país, el trigésimo noveno desde los años cincuenta. Esto ubicó a Italia en la quinta posición en el mundo, detrás de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y Francia. El retrato hablado y las dos primeras letras del coche Mercedes oscuro que utilizaba fueron vistos por testigos que efectuaron rápidamente la denuncia, y que permitieron que la policía finalmente cerrara el cerco sobre el asesino más buscado de los últimos 190 días.

Bilancia era un individuo violento, con antecedentes de robo y agresiones, y un jugador empedernido bien conocido en los casinos de Italia y del extranjero. Su vicio lo empujó a contraer deudas millonarias que lo llevaron a robarles a personas de su círculo, a las que posteriormente mataba para que no lo denunciaran. Se supone que pudo haber cometido algunos de los crímenes como sicario a sueldo de la filial genovesa de un clan mafioso de la Cosa Nostra, y que los homicidios de mujeres se debieron solo a la ira que le provocaba perder jugando al póquer o a la ruleta.

Su escalada violenta comenzó en octubre de 1997 con el asesinato del tahúr Maurizio Parenti y de su esposa Carla. Días después le llegó el turno a un jugador asociado, Giorgio Cenentaro, a quien estranguló con una cinta adhesiva. A partir de entonces se dedicó a matar a una prostituta «de cada nacionalidad», sembrando durante más de seis meses el pánico en Liguria, especialmente entre las mujeres.

Al principio estos homicidios fueron atribuidos a peleas entre bandas rivales en el mundo de las drogas y la prostitución, pero más adelante se comprobó que el homicida no seguía un patrón definido. En marzo de 1998 se encontró el cuerpo de un cambiador de dinero cerca de Ventimiglia, en la frontera francesa, y en abril, el de un asistente de una estación de expendio de combustible en la autopista que une esa ciudad con la portuaria de Génova. Ambos cadáveres se hallaron de rodillas y con un balazo en la nuca.

El 29 del mismo mes, la víctima fue una prostituta nigeriana, Evelin Edoghaie, que apareció con dos tiros en la cabeza en Cogoleto, un pueblo de las cercanías de Génova. Luego asesinó a dos guardias que lo sorprendieron cuando estaba a punto de matar a un transexual venezolano, Julio Castro, alias «Lorena», quien solo resultó herido y fue clave para identificar a Bilancia más adelante.

Para la policía no eran más que casos aislados, sometidos a una investigación de rutina, hasta que dos mujeres jóvenes aparecieron muertas en sendos baños de trenes de la zona, también arrodilladas y con un disparo en la cabeza efectuado por el mismo revólver. Entonces se encendió la alarma.

Elizabetta Zopetti, una enfermera de 32 años de Milán, que volvía a su casa en un tren de alta velocidad después de disfrutar un fin de semana en la Riviera, fue vista por Bilancia en el coche de primera clase. No la conocía ni había nada en ella que pudiera irritarlo. Esperó hasta que tomó su bolso y se dirigió al lavatorio. Abrió la puerta tras ella con una llave falsa y entró. La mujer gritó. Donato le tapó la cabeza con su chaqueta y disparó. Salió cerrando la puerta nuevamente y completó su viaje hasta Génova.

La otra víctima, que también fue la última, era María Ángela Rubina, una empleada doméstica de 32 años, que fue sorprendida de la misma manera. Bilancia no tocó a ninguna de las dos; solo quería matar.

Estos episodios, unidos al rumor de que el homicida habría dejado una carta en la que amenazaba con actuar de nuevo, desataron una psicosis de terror tan

grande a viajar en los ferrocarriles estatales que incluso el fiscal de Génova llegó a pedirles a las mujeres que usaran el tren «solo lo necesario y siempre acompañadas».

Las autoridades policiales empezaron a advertirle a la gente sobre un posible agresor de mujeres. En sus comunicados decían: «Es mejor que todos los ciudadanos que acordaron citas o encuentros con personas a las que no conocen presten la máxima atención y en caso de duda llamen a la policía».

El retrato hablado del presunto homicida, elaborado gracias a la colaboración de la sobreviviente «Lorena», comenzó a circular por la ciudad, y el 6 de mayo de 1998 alguien llamó a la policía para alertarla de que había visto a un hombre que respondía a la descripción. Minutos después se detuvo a Donato Bilancia.

Durante más de una semana el homicida guardó silencio absoluto, acogiéndose al derecho de no declarar, hasta que finalmente se derrumbó ante el juez y confesó su larga serie de asesinatos en la Riviera italiana, diciendo que estaba mentalmente enfermo. Pasó siete horas de la noche fumando y revelándole al magistrado a cargo de su caso que había cometido 18 asesinatos, 15 de ellos desde octubre de 1997, e incluso le informó de un crimen que la policía había considerado un fallecimiento natural. Aclaró que siempre había actuado solo y por propia iniciativa. «Pidió expresamente un tratamiento psicológico, porque no era capaz de superar lo que había hecho. No podía explicarse lo que había sucedido Algo estalló de pronto en él», dijo su abogado.

Los investigadores se encaminaron de inmediato a registrar su departamento de Génova, donde encontraron videos de películas pornográficas, jeringas y la estatua de un falo.

Bilancia confesó también que había comprado el año anterior un revólver calibre 38 Smith y Wesson con 50 balas, y que tras practicar un poco empezó a matar en serie después de ser traicionado por gente conocida del mundo del

juego local.

En una sensacional confesión de 14 páginas, el temido asesino de la Riviera volvió a relatar, completamente calmo y en detalle, cómo mató al asistente de la estación de combustible, a dos orfebres, a dos operadores de cambio, a las dos mujeres de los trenes, a dos guardias de seguridad, a seis prostitutas, a una figura del juego del bajo mundo y a su esposa, y a un jugador asociado.

Los fiscales de Génova dijeron que ya tenían la evidencia necesaria para inculpar a Bilancia de muchos de sus asesinatos. Habían encontrado pólvora en las ropas de las mujeres a las que les había disparado en el baño y en las escenas del crimen de algunas de las prostitutas muertas. La policía también reveló que uno de los homicidios tuvo lugar en la misma línea ferroviaria de Génova-Ventimiglia, donde el hermano de Bilancia, Michele, se había tirado con su hijo pequeño al paso de un tren, once años atrás.

Durante el proceso, en respuesta al argumento de la defensa, que expresaba que el acusado era un enfermo mental incapaz de entender sus acciones, la fiscalía solicitó se le aplicaran numerosos análisis psicológicos, en los cuales se determinó que, lejos de estar loco, se encontraba muy sano mentalmente, era consciente de todos sus actos y actuaba con verdadera determinación y frialdad.

Finalmente, el 14 de febrero de 2001 el Tribunal de Apelación de Génova sentenció a Donato Bilancia, de 39 años, a cumplir 13 cadenas perpetuas, más 26 años de reclusión. El juez ordenó que por ningún motivo fuera liberado.

Su caso es fuente de inspiración de la miniserie para la televisión italiana *Ultima Pallottola*, dirigida por Michele Soavi, y emitida por primera vez en el año 2002. En 2004 Bilancia fue entrevistado en directo durante el programa *Domecia In*, emitido por la RAI, y generó durísimas críticas.

JAVED IQBAL

El chacal de Pakistán

Javed Iqbal, el peor asesino en serie de la historia de Pakistán, fue juzgado según la ley del talión, creada por el rey Hammurabi de Babilonia 1700 años antes de Cristo.

Después de matar a un centenar de niños y de convertirse en el criminal más buscado desde que en 1947 Pakistán logró su independencia, Iqbal envió una carta a la policía confesando sus crímenes y burlándose de la incapacidad de las autoridades para atraparlo y encerrarlo tras las rejas. En ella también explicaba cómo había abusado sexualmente de sus víctimas antes de asesinarlas, cómo había cortado en pedazos los cuerpos y arrojado sus restos dentro de una tinaja llena de ácido para hacer desaparecer los cadáveres para siempre.

El 30 de diciembre de 1998, en un acto de exhibicionismo muy común en este tipo de criminales, Iqbal ingresó a las instalaciones del periódico *Las Noticias*, de la ciudad paquistaní de Lahore, y pidió hablar con algún responsable del área editorial. Cómodamente sentado frente a un escritorio en la oficina de redacción, les contó a los periodistas que no sentía ningún tipo de remordimiento por haber matado a esos 100 niños, ya que en realidad podría haber matado a 500 si se lo hubiera propuesto, y que si solo había asesinado a 100 había sido porque no quiso exceder ese número. También explicó que su decisión de confesarse en el periódico se debía a su convicción de que, si lo hacía ante las fuerzas de seguridad, seguramente estaría muerto antes que su declaración fuera difundida. Dicho esto se levantó, saludó y se fue sin siquiera

decir su nombre.

Estas osadías desencadenaron una frenética caza por parte de los cuerpos policiales, que se prolongó durante un largo mes y culminó con la captura de Javed Iqbal, ingeniero químico de 42 años, que los estaba esperando.

Las primeras investigaciones sobre este extraordinario caso de secuestro y muerte de menores comenzaron, naturalmente, en la casa que Iqbal compartía con sus tres cómplices. En el lugar, los detectives encontraron fotografías de los 100 niños asesinados y las vestimentas que muchos de ellos llevaban en el momento de su desaparición. Tal cual se suponía, también hallaron restos de dos cadáveres en el fondo de una tinaja azul.

Casi todas las víctimas habían sido mendigos o pertenecían a familias muy pobres, y en algunos casos habían transcurrido meses enteros después de su desaparición antes que sus parientes se decidieran a presentar una denuncia sobre su ausencia.

La gran mayoría de los niños asesinados fueron identificados por sus familiares a través de las fotos encontradas, que según el testimonio del acusado habían sido tomadas por sus dos cómplices homosexuales. Aclaró que él no compartía sus inclinaciones.

Durante el juicio, el ingeniero negó por completo los hechos y los conceptos expresados en la carta que había recibido la policía, y afirmó que su detención se debía a un serio error de las ineficientes autoridades. Un total de 105 testigos presentados por la parte acusadora desfilaron durante el proceso ante el tribunal de Lahore. Ninguno se presentó por la defensa.

Finalmente, el juez de la causa emitió su sentencia de acuerdo con la shariah, la tradicional ley islámica. Declaró al acusado culpable de todos los cargos presentados en su contra y lo sentenció a la aplicación de la antigua ley del talión («ojo por ojo, diente por diente»), determinando que debía ser ejecutado en el parque público más popular de la ciudad, de la misma manera que él había ejecutado a sus víctimas. Tras anunciar su dictamen, el juez se

dirigió a Iqbal y le expresó:

Morirá estrangulado delante de los padres de los niños a los que ha matado, y su cuerpo será cortado en cien pedazos que serán depositados en ácido, como usted hizo con los niños.

Uno de los cómplices del ingeniero, Sajid Ahmad, de 17 años, también fue condenado a muerte por ser considerado partícipe de cada uno de los asesinatos. Otro de ellos, Mamad Nadeem, de 15 años, fue hallado culpable de los crímenes de 13 de las víctimas y condenado a 182 años de prisión (14 por cada uno de ellos), y el restante, Mamad Sabir, de 13 años, fue condenado solamente a 63 años de cárcel.

Después de escuchar la sentencia, Iqbal miró hacia la sala atiborrada de público y juró por su honor que era inocente. Luego firmó el fallo y se dejó conducir a su celda.

El abogado defensor, Najeeb Faisal Chuadhry, declaró a la prensa su intención de apelar la sentencia y, si era necesario, de llevar el caso ante el Tribunal Supremo, con el fin de posponer la ejecución indefinidamente.

Como era de esperarse, la primitiva sentencia fue criticada duramente por grupos de derechos humanos e incluso por el Concilio de Ideología Islámica, pero la corte de Lahore mantuvo su fallo con absoluta firmeza. A pesar de las voces en contra y de los gritos a favor, la controvertida sentencia nunca llegó a hacerse efectiva. La mañana del 8 de octubre de 2001, apenas cuatro días antes de que la shariah rindiera su veredicto final, las autoridades de la prisión de Kot Lakhpat comunicaron públicamente los fallecimientos del condenado Javed Iqbal y de su cómplice Sajid Ahmad. Se los halló ahorcados en sus celdas, aparentemente colgando de sus sábanas.

Días después, las autopsias revelaron que ambos hombres habían sido golpeados, y algunas declaraciones de guardias y custodios no resultaron muy creíbles. A pesar de todo, las autoridades dictaminaron que la causa de sus

muertes había sido un simple «suicidio».

DORANCEL VARGAS GÓMEZ

El comegente venezolano

El puente colgante Libertador en Venezuela goza del privilegio de haber sido diseñado por el famoso ingeniero francés Gustave Eiffel, y se encuentra ubicado en las márgenes del río Torbes, entre las localidades de San Cristóbal y Táriba, en el estado de Táchira, a unos 750 kilómetros de la ciudad de Caracas.

A pesar de su prestigio, el viernes 12 de febrero de 1999 fue noticia por un hecho escabroso. Tres muchachos que circulaban por sus inmediaciones descubrieron, diseminados entre algunos escombros, varios pies y manos humanos. Superada la impresión, corrieron hasta el teléfono público más cercano y llamaron al número de emergencia 711 para dar aviso de su macabro hallazgo. Minutos después, los responsables de la Defensa Civil de Táchira destacaron un equipo de personal especializado para confirmar la denuncia.

Una hora más tarde, el lugar fue acordonado por la policía, y los funcionarios forenses comenzaron un minucioso examen del sector. Cuando dieron por concluida su tarea, habían localizado restos humanos parciales de entre diez y doce cuerpos. En un primer momento, los investigadores pensaron que estaban frente a un área de liberación de cadáveres de alguna banda de narcotraficantes o secta satánica, pero después de descartar esta hipótesis, optaron por revisar los casos de personas desaparecidas sin esclarecer.

Finalmente, determinaron la existencia de una serie de denuncias en la localidad entre noviembre de 1998 y enero de 1999, y decidieron rastrear la

zona con mayor profundidad. Por primera vez se comenzó a especular sobre la existencia de un asesino serial.

En al área del parque 12 de Febrero, en una vivienda rudimentaria fabricada con escombros, los policías descubrieron varios recipientes con carne humana, vísceras preparadas para el consumo, tres cabezas humanas y varios pies y manos que fueron llevados a la morgue del cementerio municipal de El Vigía, en el estado de Mérida, debido a su avanzado estado de descomposición. El habitante del rancho, un mendigo bastante conocido en la zona, era Dorancel Vargas Gómez.

Dorancel Vargas Gómez, cuyo nombre fue cambiado a Dorángel por un error de la prensa, nació en Caño Zancudo, estado de Mérida, Venezuela, el 14 de mayo de 1957. Aunque nadie la conoció, su familia, según dicen, era agricultora. Los escasos recursos del hogar lo obligaron a dejar los estudios cuando terminó la escuela primaria, y desde que se lo recuerda en el lugar siempre vivió solo.

Era común que desapareciera largas temporadas paseando con una barra metálica de un metro de largo, que esgrimía como una lanza. Lo que nadie imaginó jamás fue que esa misma barra era el arma que empleaba para cazar a sus víctimas, quienes, supuestamente, también eran indigentes de la zona y obreros que trabajaban en las costas del río Torbes, recogiendo y transportando arena. Tras cazarlos, los descuartizaba, guardaba las partes que separaba para cocinar y comérselas, y enterraba todo lo demás porque «le producía indigestión».

Cuando investigaron sus antecedentes, se descubrió que este era su cuarto arresto; los dos primeros se habían producido en El Vigía por dos delitos menores: robo de gallinas y de ganado. Lo que realmente sorprendió a los investigadores fue que ya había sido detenido y condenado en el año 1995 gracias a la denuncia de Antonio López Guerrero, un amigo de Cruz Baltazar Moreno, que sirvió de almuerzo a Vargas, y de quien solo quedaron los pies y

las manos.

Tras ser detenido, Vargas fue internado en el Instituto de Rehabilitación Psiquiátrica, de Peribeca. Después de dos años de tratamiento fue liberado una vez que la evaluación psicológica confirmó que no era una amenaza. No obstante Dorancel no recibió ningún tratamiento para su enfermedad mental, y nadie pudo prestarle el apoyo que necesitaba. Así, el comegente quedó libre para visitar a la persona que lo había denunciado: Antonio López. Tras comérselo se trasladó a la ciudad de San Cristóbal en el estado de Táchira, donde, aparentemente, llevó una vida normal como vagabundo.

Al vivir mendigando en las calles, la policía dejó de prestarle atención, y Dorancel pasaba sus días merodeando por los márgenes del río Torbes, también en las cercanías del parque 12 de Febrero, con su excompañero de celda, Manuel. Al parecer el comegente construyó una rústica vivienda en un rancho abandonado, donde se dedicó a condimentar a sus víctimas, aunque prefería dormir en un estrecho túnel bajo el puente Libertador. Es en este sector donde Dorancel se hacía amigo de los lugareños.

Su siguiente víctima fue Manuel, su amigo y compañero de la cárcel, a quien cocinó en deliciosas empanadas de acuerdo al testimonio de las personas que lo comieron sin saberlo. Cuando los oficiales le preguntaron por qué lo había matado, Dorancel respondió: «como era tan buena persona seguro tenía que estar bien sabroso».

A partir de noviembre de 1998, este «Hannibal Lecter de los Andes» comenzó a matar gente siguiendo un régimen semanal. Dorancel permanecía cerca de la orilla del río Torbes, donde cazaba tanto a obreros como a deportistas que habitaban o trabajaban en la zona. Cuando sus víctimas estaban desprevenidas, el comegente los atacaba con su infalible tubo metálico. Dorancel procedía a descuartizarlos bajo el puente Libertador, guardaba las partes que se comía, y tiraba las manos, pies y cabezas en el monte, camino a la granja abandonada donde los cocinaba. Los familiares de las víctimas

comenzaron a acudir a la policía para denunciar a los desaparecidos, pero los oficiales no pudieron hallar relación entre las víctimas, excepto que muchos de ellos eran hombres adultos. A causa de su pobreza, el comegente no contaba con una heladera para conservar la carne, por lo que mataba a dos personas por semana para no sufrir hambre.

Presionada por las denuncias, la policía comenzó a sospechar de los indigentes del sector. Cuando descubrieron la presencia de Dorancel, este se convirtió en el principal sospechoso por sus antecedentes penales y mentales.

El 12 de febrero de 1999, un miembro de la Defensa Civil atendió una llamada de emergencia de dos jóvenes, que decían haber encontrado ollas con restos humanos en el parque 12 de Febrero. Los oficiales acudieron rápidamente al lugar y hallaron restos de manos, pies y cabezas, acrecentando la lista de muertos con seis cadáveres más. Debido al estado de descomposición, los miembros se trasladaron de inmediato a la morgue del cementerio municipal El Vigía, en el estado de Mérida.

Los investigadores tenían diversas teorías sobre los cuerpos, creyendo al principio que habían sido ultimados por ajustes de cuentas entre narcotraficantes. También se pensaba que era el ritual de alguna secta satánica. Finalmente, se vincularon los datos con los reportes de las personas desaparecidas desde noviembre de 1998, y pronto se dieron cuenta de que estaban tratando con un asesino en serie, el primero de Venezuela.

Los policías comenzaron a rastrear las cercanías del puente en busca de más cuerpos y se tropezaron con el rancho de un loco. Tras investigarlo descubrieron varios objetos, ropas, libros, cuadernos y documentos, cuyo origen el dueño de la granja no pudo justificar. Cuando revisaron la cocina de la pequeña choza, encontraron en los recipientes carne y vísceras de personas preparadas para el consumo, además de tres cabezas humanas, varias manos y pies. Se arrestó al propietario, Dorancel Vargas Gómez, que fue escoltado por el Cuerpo Técnico de la Policía Judicial y por la Policía Montada, quienes lo

trasladaron a la comisaría más cercana del parque en las afueras de Tariba. Allí se lo sometió a un interrogatorio preliminar que dejó boquiabiertos a los agentes. Para sorpresa del sargento Gumersindo Chacón, el comegente narró sin remordimiento todas sus atrocidades.

No me arrepiento de lo que he hecho, porque me gusta la carne y no soy el único. En diciembre compartí a mi vecino Manuel, que era muy buena persona, y yo me dije, «si es tan buen vecino tiene que estar bien sabroso». Total que hice unas empanadillas con él y las compartí con los conocidos que en todo momento alabaron la sabrosura del relleno. Quizá ahora piensen mal de mí, pero yo lo hice con la mejor buena voluntad del mundo. Como recomienda la Iglesia, yo compartí mi pan; en este caso al bueno de Manuel. Pero al caso le hace lo mismo... y ahora me veo prisionero. Yo, por necesidad, me veo metido en este lío, por todo cuanto robaron en esta nación que nos han llevado al hambre a miles de venezolanos... Pero no me arrepiento... lo único que no me daba apetito eran las cabezas. Con las manos y los pies cuando más me apuraba el hambre yo me hacía una sopita con ellas y no desaprovechaba nada.

Esta y otras declaraciones similares tenían horrorizado al sargento de policía Gumersindo Chacón, encargado de la casilla. Dorancel no paraba de narrar en detalle la manera en la que descuartizaba, condimentaba y cocinaba a sus víctimas. Gumersindo sentía náuseas, pero siguió escuchando.

...los hombres tienen mejor sabor que las mujeres, saben recio como cochino salado, como jamón, da gusto comer un buen macho. Las mujeres saben dulce como quien come flores y te dejan el estómago flojo como si no hubieses comido [...]. Nunca mataba a hombres gordos, tienen mucha grasa y eso tiene mucho colesterol.

Naturalmente los habitantes de la región exigieron a la comisaría que trasladaran al comegente a San Cristóbal, la capital del estado. Pero los convictos de la cárcel de Santa Ana protestaron tanto como los enfermos mentales del Centro de Rehabilitación Mental, de Peribeca, quienes no estaban

tan dementes como para querer compartir el lugar con un caníbal.

Dorancel Vargas Gómez está considerado como el mayor asesino en serie de la historia venezolana. Actualmente permanece encerrado en una celda de la Dirección de Seguridad y Orden Público, del estado de Táchira, donde pasa los días fumando e imaginándose succulentas recetas. Tras su detención, comenzaron los trabajos destinados a identificar a sus víctimas. Se dice que los carnívoros y los caníbales están separados por una línea muy delgada. Como consecuencia de este caso, es evidente que para algunos seres humanos el hambre puede hacer que esa línea desaparezca. La policía sigue temiendo que aparezcan imitadores y están atentos a crímenes de la misma índole.

Bibliografía consultada

INTRODUCCIÓN

- CARRARA, Francesco, *Programa del curso de Derecho Criminal*, tomo I, Buenos Aires, Desalma, 1944.
- FERRI, Enrico, *Los nuevos horizontes del Derecho y del Procedimiento Penal*, Madrid, Centro Editorial de Góngora, 1887.
- FERRI, Enrique, *Principio de Derecho Criminal*, Madrid, Reus, 1933.
- JIMENEZ DE ASÚA, Luis, *Tratado de Derecho Penal*, tomo II, Buenos Aires, Losada, 1950.
- PEREZ, Álvaro, *Curso de Criminología*, Bogotá, Temis, 1986.
- SAINZ CANTERO, José, *La ciencia del Derecho Penal y su evolución*, Barcelona, Bosh, 1975.

BIOGRAFÍAS

- BERBELL, Carlos y ORTEGA MALLÉN, Salvador, *Psicópatas criminales: los más importantes asesinos en serie españoles*, Madrid, La esfera de los libros, 2002.
- BORRÁS ROCA, Luis, *Asesinos en serie españoles*, Barcelona, J.M. Bosch Editor, 2002.
- CARLISLE, A. C., «The Dark Side of the Serial-Killer Personality», Louise Gerdes, *Serial Killers*, San Diego, Greenhaven Press, 2000.

- CARTEL, Michael, *Disguise of Sanity: Serial Mass Murderers*, Toluca Lake, Pepperbox Books, 1985.
- EGGER, Stephen, *Serial Murder: An Elusive Phenomenon*, Westport, Praeger, 1990.
- EVERITT, David, *Human Monsters*, New York, Contemporary Books, 1993.
- FURIO, Jennifer, *Team Killers: A Comparative Study of Collaborative Criminals*, New York, Algora Publishing, 2001.
- GEKOSKI, Anna, *Murder by Numbers: British Serial Sex Killers since 1950*, London, Andre Deutsch, 1998.
- GIBNEY, Bruce, *The Beauty Queen Killer*, New York, Pinnacle Books, 1984.
- GILMOUR, Walter & hale, Leland E., *Butcher, Baker: A True Account of a Serial Murderer*, New York, Onyx Books, 1991.
- HICKEY, Eric, *Serial Murderers and Their Victims*, Belmont, Wadsworth, 1991.
- JACKMAN, Tom & cole, Troy, *Rites of Burial*, New York, Pinnacle Books, 1998.
- JAMES, Earl, *Catching Serial Killers*, East Lansing, Intl Forensic Services, 1991.
- LANE, Brian & GREGG, Wilfred, *The Encyclopedia of Serial Killers*, New York, Berkley, 1992.
- MASTERS, Brian, *Killing for Company*, New York, Dell, 1993.
- MENDOZA, Antonio, *Killers on the Loose: Unsolved Cases of Serial Murder*, New York, Virgin Books, 2002.
- NEWTON, Michael, *The Encyclopedia of Serial Killers*, New York, Checkmark Books, 2000.
- NORTON, Carla, *Disturbed Ground: The true story of a diabolical female serial killer*, New York, William Morrow, 1994.
- OLSEN, Jack, *The Man with the Candy: The Story of the Houston Mass Murders*, New York, Simon & Schuster, 1974.

- SCHECHTER, Harold and EVERITT, David, *The A to Z Encyclopedia of Serial Killers*, New York, Simon & Schuster Adult Publishing Group, 1997.
- SELTZER, Mark, *Serial Killers: Death and Life in America's Wound Culture*, New York, Routledge, 1998.
- SMITH, Carlton & GUILLEN, Tomas, *The Search for the Green River Killer*, New York, Onyx Books, 1991.
- SORIANO, Osvaldo, *Artistas, locos y criminales*, Buenos Aires, Bruguera, 1983.
- WARD, Carolyn, *Kansas: an Encyclopedia of state history, embracing events, institutions, industries, counties, cities, towns, prominent persons, etc.*, Volume I., Chicago, Standard Pub. Co., 1912.
- WILSON, Colin, *The Killers Among Us*, New York, Warner, 1995.
- WOOD, William P. *The Bone Garden: A chilling true excursion into the dark heart of a female serial killer*, New York, ibooks, 1994.

PÁGINAS WEB

- <http://www.pasarmiedo.com>
- <http://www.escalofrio.com>
- <http://escritoconsangre1.blogspot.com.ar/>
- <http://www.asesinos-en-serie.com/>
- <http://www.fbi.gov>
- <http://www.mayhem.net/Crime/serial.html>
- <http://www.asesinatoserial.net>

NÉSTOR DURIGÓN

ASESINOS SERIALES



La criminología ha debatido durante siglos sobre cómo se construye un asesino, cómo se forja su deseo de matar y cómo transita el camino que va del deseo a la concreción. Los asesinos seriales matan tres o más personas y dejan pasar un tiempo entre cada asesinato. Las motivaciones son variadas y complejas, suelen matar de una forma similar y sus víctimas, en

general, comparten alguna característica.

Nombres como los de Barbazul, Drácula, Jack el destripador, el Petiso Orejudo, el hijo de Sam y el Payaso Asesino, entre otros, han llegado a convertirse en leyendas. Pero existieron y sus actos fueron atroces: degollaban, empalaban, desollaban o descuartizaban a sus víctimas. A otros, les alcanzaba con drogarlas antes de matarlas. Algunos prefirieron enterrarlas en sus casas y otros llegaron a tener sexo con ellas después de muertas.

Hubo quienes ultimaron a un par de decenas, pero también está quien alcanzó la marca de trescientas. Cada uno tuvo su signo y su número, pero todos tuvieron algo en común: fueron los asesinos más brutales de todos los tiempos. Esta obra compila cronológicamente la mayor información difundida sobre los nombres y las historias de cerca de noventa de ellos. Los más famosos, los más prolíferos, los más sangrientos. Vidas, patologías, destinos y crímenes: todo está en estas páginas, hasta los detalles más escalofriantes.



NÉSTOR DURIGON

Nació en la ciudad de Buenos Aires en 1950. De naturaleza creativa decidió cursar la carrera de Artes y Técnicas Publicitarias en la Universidad del Salvador con el fin de especializarse en una profesión donde pudiera desarrollar su vocación. Se inició como redactor publicitario, pero también incursionó en el Periodismo, escribió guiones para Televisión y hasta llegó a hacerse oír por Radio hablando sobre Cine, su otra pasión. Los libros lo acompañaron desde su infancia y, entre ellos, siempre tuvo una particular predilección la novela negra. Como una cosa lleva a la otra, su afición por la escritura, su experiencia en la investigación periodística y su curiosidad por el mundo delictivo terminaron conjugándose para plasmar esta obra que compila los nombres, vidas y crímenes de los asesinos seriales más brutales de todos los tiempos.

Durigon, Néstor

Asesinos seriales / Néstor Durigon. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B,
2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-627-900-0

1. Historia Universal. I. Título.

CDD 909

© Néstor Alejandro Durigon, 2013

© De esta edición, Penguin Random House
como continuadora de Ediciones B Argentina S.A., 2013
Diseño de cubierta e interior: Pablo Piola

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-627-900-0

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

Asesinos seriales

Introducción a la criminología

Swaney Beane. El hombre de la caverna

Gilles De Rais. Barba Azul

Vlad Tepes. El verdadero Drácula

Elizabeth Báthory. La condesa sangrienta

Peter Stubbe. El hombre lobo alemán

William Burke y William Hare. Los comerciantes de
cuerpos

Manuel Blanco Romasanta. El hombre lobo gallego

Albert Fish. El abuelo asesino

La Familia Bender. La taberna fatal

Belle Gunness. La viuda negra

Jack, el Destripador. La leyenda continúa

John y Sarah Makin. Los babysitters del diablo

Herman Webster Mudgett. El doctor Holmes

Joseph Vacher. El destripador francés

Joe Ball. El carnicero de Elmendorf

Cayetano Santos Godino. El petiso orejudo

Henri Désiré Landru. El hombre de las muchas vidas

Bela Kiss. El mártir de Czinkota

Carl Panzram. Por el gusto de matar
Fritz Haarman. El vampiro de Hannover
Peter Kürten. El vampiro de Düsseldorf
Morris Bolter. El charlatán
Marcel Petiot. El doctor
John Reginald Christie. El carnicero de Rillington Place
John Haigh. El vampiro de Londres
Ed Gein. El carnicero de Plainfield
Joachim Kroll. El caníbal de Ruhr
Harvey Glatman. El feo
Charlie Starkweather. Asesino por naturaleza
José María Jarabo. El último carnicero español
Henry Lee Lucas. El asesino de la autopista
Albert De Salvo. El estrangulador de Boston
Ed Kemper. El asesino de las colegialas
Lucian Staniak. La araña roja
Richard Speck. El hombre del tatuaje
Charles Manson. El anticristo
El Monstruo de Florencia
Pedro Alonso López. El monstruo de los Andes
Dean A. Corll. Candyman
Juan V. Corona. El loco del machete
John Wayne Gacy. El payaso asesino
Manuel Delgado Villegas. El arropiero
Carlos Robledo Puch. El monstruo con cara de niño
Charles Sobhraj. La serpiente
Archie McCafferty. El perro loco

Robert Garrow. El depredador
Ted Bundy. El galán
Peter Sutcliffe. El destripador de Yorkshire
David Berkowitz. El hijo de Sam
Harold Shipman. El doctor Muerte
Joseph Franklin. El francotirador
Andrei Chikatilo. El carnicero de Rostov
Richard Chase. El vampiro de Sacramento
Aileen Wuornos. La doncella de la muerte
Theodore Kaczynski. Unabomber
Doug Clark y Carol Bundy. Los asesinos de Sunset Strip
Phoolan Devi. La reina de los bandidos
David Alan Gore y Fred Waterfield. Los primos asesinos
Robert Hansen. El depredador de Alaska
Dorothea Puente. La dulce anciana
Gary Ridgway. El asesino del río Verde
Dennis Andrew Nilsen. El asesino que temía a la soledad
Thierry Paulin. El monstruo de Montmartre
Christopher Wilder. El asesino de modelos
Richard Ramírez. El merodeador nocturno
Bob Berdella. El carnicero de Kansas City
Andras Pandy. El sacerdote diabólico
Francisco García Escalero. El mendigo asesino
Fred y Rose West. La casa del terror de Gloucester
José Antonio Rodríguez Vega. El mataviejas
Arthur Shawcross. El caníbal que vino de Nam
Tsutomu Miyazaki. El otaku mortal

Joel Rifkin. El peor asesino en serie de Nueva York
Adolfo Constanzo. El narcosatánico de Matamoros
Anatoly Onoprienko. La bestia de Zhitomir
Jeffrey Dahmer. El caníbal de Milwaukee
Marcelo Costa de Andrade. El redentor de Río
Ivan Milat. El matador de mochileros
Luis Alfredo Garavito. La bestia de Quindío
Sipho Thwala. El estrangulador de Phoenix
John Eric Armstrong. El marinero extraordinario
Ángel Maturino Resendiz. El asesino del ferrocarril
Gholamreza Kordieh. El vampiro de Teherán
Donato Bilancia. El asesino de la Riviera
Javed Iqbal. El chacal de Pakistán
Dorancel Vargas Gómez. El comegente venezolano
Bibliografía consultada
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos